TRATADOS MORALES,

DOCTRINALES, Y DOGMÁTICOS

DE SAN BERNARDO ABAD

DE CLARAVAL.

TRADUCIDOS AL CASTELLANO

POR UN MONGE CISTERCIENSE

El P. Mro. Fr. Adriano de Huerta, hijo del Monasterio de Osera, y Confesor del de Monjas Recoletas Cistercienses de Santa Ana de Valladolid.

CONTIENE ESTE TOMO OCHO TRATADOS.

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.

En Valladolid en la Imprenta y Librería de Tomas Cermeño.
Año de MDCCCIII.

Se hallará este Tomo y los cinco anteriores en dicha Imprenta: en Madrid en la Portería de S. Bernardo, y en la Librería de Millana, junto al Parte: en Leon en la de Blanco; y en Salamanca en la Portería de S. Bernardo.

INDICE

DE LOS TRATADOS CONTENIDOS EN ESTE TOMO.

Tratado del Precepto, y de la Dispensacion. . . . . Pág. 1.
Carta al Abad de Colomba. . . . . id.
Prólogo á los Monges de Chartres sobre el Tratado sig. . 2.
Cap. I. Si todas las ordenanzas de las Reglas monásticas son preceptos, ó solamente consejos. . . . . 3.
Cap. II. Quiénes son los que pueden dispensar de las constituciones de los Monasterios, y en qué tiempo lo deben hacer. . . . . 5.
Cap. III. Que Dios solo puede dispensar de sus mandamientos. Pero que lo que toca á la ley eterna, es enteramente inmutable aun respecto de Dios. . . . . 8.
Cap. IV. Qué pueden los Superiores dispensar en la Regla. . . . . 11.
Cap. V. Que los Superiores no deben extender la ley de la obediencia mas allá de los límites de la Profesion, ni restringirla mas acá de lo que está prometido. . . . . 14.
Cap. VI. Que el Religioso amante de su perfeccion no debe restringir su obediencia á los determinados límites de su Profesion. . . . . 15.
Cap. VII. Cómo se deben conocer los diversos grados de obediencia y la enormidad de la inobediencia segun las distinciones que de ella se han hecho. . . . . 16.
Cap. VIII. Que el desprecio que se hace de las leyes es mas grande pecado que la negligencia en observarlas. 20.
Cap. IX. Que es menester obedecer á los Superiores como á Dios mismo. . . . . 22.
Cap. X. Que la obediencia religiosa no es molesta ni difícil, sino á los imperfectos, á los rebeldes, y á los carnales; y que ella es suave y fácil á todos los otros. . 27.
Cap. XI. Que no siendo semejantes todos los mandatos, es tambien diferente la transgresion que se hace de ellos. . . . . 29.

Cap. XII. Que la desobediencia es igualmente diferente en la Regla de los Religiosos como lo es en la de Dios. . . . . 32.
Cap. XIII. Refuta el sentimiento de algunos Monges que exâgeraban demasiado las dificultades y la imposibilidad pretendida de la Obediencia. . . . . 35.
Cap. XIV. De dónde viene que la conciencia errónea no convierte el mal en bien como el bien en mal. . . . . 40.
Cap. XV. Si la desobediencia tiene tanta fuerza para desmerecer, como la obediencia para merecer. . . . . 46.
Cap. XVI. En qué caso se puede aprobar el paso y la mutacion desde un Monasterio á otro. . . . . 48.
Cap. XVII. Responde á ciertas dudas sacadas de los Padres. . . . . 54.
Cap. XVIII. Que no es permitido á los Monges mudar Monasterio despues de la muerte de su Abad. . . . . 57.
Cap. XIX. Responde brevemente á otras algunas dudas, que le habian propuesto. . . . . 59.
Cap. XX. Él concilia dos textos de S. Pablo, que parecen contrarios entre sí. . . . . 60.

Apología de la vida y costumbres de los Religiosos, ó del desprecio del mundo. . . . . 65.
Prólogo del Traductor. . . . . id.
Prólogo ó Carta á Guillelmo Abad de S. Theodorico. . . 70.
Cap. I. Él protexta, que él y los suyos están muy léjos de hablar mal de un órden Religioso. . . . . 71.
Cap. II. S. Bernardo se purifica de las calumnias que le imponian, y alaba extremamente el Orden de Cluni. . 75.
Cap. III. Que la diversidad de los Ordenes Religiosos no perjudica á las conexiones de la caridad. . . . . 76.
Cap. IV. Él protexta que aunque no es mas que de un órden por su profesion, él abraza con todo eso, y está en todos los órdenes por la caridad. . . . . 79.
Cap. V. Reprende agriamente los religiosos, que tienen envidia, y que hablan mal de los otros órdenes. . . . 83.
Cap. VI. Reprende aquellos que juzgan temerariamente, y que murmuran del modo de vivir de los Monges de Cluni. . . . . 85.

Cap. VII. Que el exercicio del espíritu es mas útil que el del cuerpo. . . . . 87.
Cap. VIII. Reprende con vehemencia los abusos y los vicios disfrazados con el nombre de las virtudes. . . . 90.
Cap. IX. El compara el regalo de algunos Monges con la abstinencia de los antiguos. . . . . 93.
Cap. X. Reprende agriamente el luxo y la hermosura de los hábitos en los Monges. . . . . 97.
Cap. XI. Declara la causa por la qual los superiores no corrigen los desórdenes de sus inferiores. Y reprende agriamente el luxo y la pompa de los Prelados. . . . 99.
Cap. XII. Reprende agriamente el luxo y el abuso que se comete en los edificios de las Iglesias y Capillas, y en sus ornamentos y pinturas. . . . . 101.
Cap. XIII. Recoge en compendio los medios que se pueden tomar para mantener mutuamente la caridad y la paz: y tacha de inconstancia los que salen de su Orden. . . . . 104.

Libro de la excelencia de la Nueva Milicia, dirigido á los Caballeros del Templo de Jerusalem. . . . . 107.
Prólogo á Hugo gran Maestre de la Milicia. . . . . id.
Cap. I. Alaba mucho el establecimiento de la Nueva Milicia, y da excelentes consejos á todos los Caballeros. 108.
Cap. II. Reprende los abusos y la vanidad de la Milicia Secular. . . . . 110.
Cap. III. Elogia la nueva Milicia. . . . . 112.
Cap. IV. De la vida que tienen los Caballeros del Templo. . . . . 115.
Cap. V. Del Templo de Jerusalem. Hace la comparacion del nuevo Templo con el antigüo, y le llama el refugio y el arca de los pecadores convertidos. . . . . 118.
Cap. VI. Que el pan de los Angeles y el pan del Verbo Dios es el alimento con que los animales racionales, es decir los hombres reengendrados en Jesu-Christo, son nutridos en esta vida. . . . . 122.
Cap. VII. De la Ciudad de Nazareth. Muestra como los Judios se han contentado otro tiempo con el olor pasagero de esta flor, pero á nosotros su olor debe atraer

á buscar en ella tambien el gusto. . . . . 123.
Cap. VIII. Del monte de las olivas, y del Valle de Josaphat. Enseña como es menester evitar la sobervia por el temor del juicio de Dios, y aplicarse á la humildad juzgándose á sí mismo. . . . . 125.
Cap. IX. Que las aguas del Jordan tan nombradas por sus milagros publican altamente la potencia de Dios. 127.
Cap. X. Del Monte Calvario. Que Jesu-Christo, habiendo sido burlado como el Propheta Eliseo, ha sufrido la ignominia de la Cruz. . . . . 128.
Cap. XI. Del Santo Sepulcro. Forma hermosos y piadosos pensamientos sobre la muerte de Jesu-Christo, con ocasion de hablar de su Sepulcro, los quales pueden servir de meditaciones á las almas devotas. . . . . 129.
Cap. XII. Del village de Bethphage. Enseña una doctrina muy útil para la confesion de los pecados. . . . . 140.
Cap. XIII. Del Burgo de Bethania. Recomienda la obediencia, y la desconfianza de sí mismo. . . . . 142.

De los grados de la Humildad, y de la sobervia. . 144.
Prólogo á Godefrido Prior suyo. . . . . id.
Cap. I. Que Jesu-Christo es el camino de la Humildad, por la qual se llega á la verdad. . . . . 145.
Cap. II. Quál sea el fruto de aquellos que suben los grados de la Humildad. . . . . 145.
Cap. III. Con qué órden los grados de la Humildad guian al conocimiento de la verdad. Y de qué manera Jesu-Christo ha aprendido la misericordia por su Pasion.. 150.
Cap. IV. Que el primer grado de la verdad es reflexionar sobre sí mismo, y reconocer su propia miseria. . . . 158.
Cap. V. El segundo grado de la verdad es compadecerse de la miseria del Próximo por el conocimiento de su propia flaqueza. . . . . 162.
Cap. VI. El tercer grado de la verdad es purificar el ojo del corazon para contemplar las cosas celestiales y divinas. . . . . 165.
Cap. VII. De qué manera la Trinidad Beatísima obra en nosotros estos tres grados de la verdad. . . . . 166.
Cap. VIII. Se explican los tres grados precedentes en el

rapto de S. Pablo. . . . . 169.
Cap. IX. Gemidos y suspiros de S. Bernardo, anhelando á la verdad. . . . . 172.

SEGUNDA PARTE DE ESTE TRATADO.

De los doce Grados de la Sobervia.

Cap. X. Del primer grado de la Sobervia, que es la curiosidad: al qual es opuesto el duodécimo Grado de la Humildad, que es la retencion y particularmente de los ojos. . . . . 187.
Cap. XI. Del segundo Grado de la Sobervia, que es la ligereza de espíritu: á la qual es opuesto el undécimo Grado de la Humildad, que es hablar poco, y de cosas buenas. . . . . 187.
Cap. XII. Del tercer Grado de la Sobervia, que es la vana alegria: al qual es opuesto el décimo Grado de la Humildad, que es no ser fácil á reir. . . . . 188.
Cap. XIII. Del quarto grado de la Sobervia, que es la jactancia: al qual es opuesto el noveno Grado de la Humildad: que es no hablar, sino quando es preguntado. . . . . 190.
Cap. XIV. Del quinto grado de la Sobervia, que es la singularidad: al qual es opuesto el octavo Grado de la Humildad, que es seguir todos los comunes exercicios del Monasterio. . . . . 191.
Cap. XV. Del sexto grado de la Sobervia, que es la arrogancia: al qual es opuesto el séptimo Grado de la Humildad, que es reputarse el menor de todos. . . . . 193.
Cap. XVI. Del séptimo grado de la Sobervia, que es la presuncion: al qual es opuesto el sexto Grado de la Humildad, que es juzgarse inútil para todas las cosas. 194.
Cap. XVII. Del octavo Grado de la Sobervia, que es la defensa de sus pecados: al qual es opuesto el quinto Grado de la Humildad, que es declarar humildemente sus faltas. . . . . 195.
Cap. XVIII. Del noveno Grado de la Sobervia, que es la confesion fingida y disimulada: al qual es opuesto el

quarto Grado de la Humildad, que es sufrir pacientemente, las cosas duras y severas. . . . . Id.
Cap. XIX. Del décimo Grado de la Sobervia, que es la Rebelion: al qual es opuesto el tercer Grado de la Humildad, que es someterse á su mayor . . . . . 197.
Cap. XX. Del undécimo Grado de la Sobervia, que es la libertad de pecar: al qual es opuesto el segundo Grado de la Humildad, que es no seguir su propia voluntad. 198.
Cap. XXI. Del duodécimo grado de la sobervia, qué es la costumbre de pecar: al qual es opuesto el primer Grado de la Humildad, que es el temor continuo de Dios. 199.
Cap. XXII. Si conviene orar, y en qué manera es menester hacerlo por los desesperados, y por aquellos, que están en pecado mortal. . . . . 200.
Censura ó retratacion de S. Bernardo sobre este Trat. . 206.
Tratado de la Gracia y del Libre Alvedrio. . . . 208.
Prólogo á Guillelmo Abad de S. Theodorico. . . . . 218.
Cap. I. Que el consentimiento del Libre Alvedrio concurre con la gracia de Dios al mérito de las buenas acciones. 219.
Cap. II. Qué sea el Libre Alvedrio, ó en qué consista la libertad. . . . . 222.
Cap. III. Que hay tres suertes de libertad; de naturaleza, de gracia, y de gloria. . . . . 225.
Cap. IV. Quál sea la libertad, de que gozan las almas santas separadas de su cuerpo, y quál es la que conviene indiferentemente á Dios, y á la criatura racional. . . . . 228.
Cap. V. Si la libertad de miseria, que tambien se llama de buen-placer, es concedida al hombre en esta vida. . . . . 233.
Cap. VI. Que la gracia es absolutamente necesaria para querer lo bueno. . . . . 236.
Cap. VII. Si nuestros primeros Padres en el Paraiso terreno han gozado de las tres libertades, del Libre Alvedrio, del Consejo, y del buen-placer: y qué despues del pecado. . . . . 241.
Cap. VIII. Que la libertad de Alvedrio permanece entera despues del pecado. . . . . 244.
Cap. IX. Que la imágen y semejanza de Dios, á la

qual nosotros habiamos sido criados, consiste en las tres libertades precedentes. . . . . 247.
Cap. X. Que la semejanza de Dios es reparada en nosotros por Jesu-Christo. . . . . 252.
Cap. XI. Que la gracia que nos atrae al bien, y la tentacion que nos incita al mal, no perjudican en nada al Libre Alvedrio. . . . . 255.
Cap. XII. Si aquel que niega la fe por el temor de la muerte, y de los tormentos, está excusado de pecado, ó privado del Libre Alvedrio. Se exâmina la negacion de San Pedro. . . . . 258.
Cap. XIII. Que los méritos del hombre son puros dones de Dios. . . . . 263.
Cap. XIV. Qué es lo que se debe atribuir á la gracia, y qué al libre alvedrio en el negocio de nuestra salud. 267.

De las Qüestiones propuestas por Hugo de S. Victor. 275.
Prólogo. . . . . id.
Cap. I. Que el Bautismo no ha sido de obligacion desde el tiempo que Jesu-Christo dixo á Nicodemo: *Aquel que no renaciere &c.* . . . . . 276.
Cap. II. Que la obligacion del Bautismo no ha comenzado, sino despues de haber sido suficientemente publicado. Pero que en la extrema necesidad el Bautismo recibido por la fe, y por el voto, es suficiente del mismo modo que el Martyrio. . . . . 282.
Cap. III. Que los Justos del antiguo Testamento no han tenido un conocimiento tan claro de los mysterios futuros de la fé, como el que nosotros tenemos de los pasados. . . . . 288.
Cap. IV. Muestra, que hay un pecado de ignorancia contra el defensor de la opinion contraria. . . . . 295.
Cap. V. El se defiende de la calumnia, que se hacia contra una opinion suya, que habia sido mal entendida, á saber: Que el designio de la Encarnacion del Verbo habia sido ocultado á los Angeles. . . . . 297.

De los Errores de Pedro Abelardo, condenados en el Concilio de Sens. Al Papa Inocencio II. . . . 302.

Prólogo. . . . . id.
Cap. I. Refiere la mala doctrina de Abaelardo tocante al Mysterio de la Santísima Trinidad, y particularmente él refuta esta proposicion: *Que el Espíritu Santo no es de la substancia del Padre y del Hijo.* 303.
Cap. II. Que en la Trinidad no conviene admitir desigualdad ninguna, sino una igualdad perfecta y universal. . . . . 307.
Cap. III. Combate la absurda doctrina de Abaelardo, que atribuye á una sola persona propiamente y especialmente los nombres absolutos y esenciales que convienen igualmente á todas tres personas. . . . . 309.
Cap. IV. Refuta la definicion de la fé por la qual Abaelardo dice, que la fé es una opinion. . . . . 314.
Cap. V. Reprende á Abaelardo de que prefiere sus pensamientos y sus imaginaciones á los comunes sentimientos de todos los Padres, particularmente en este lugar donde él dice, que Jesu-Christo no ha encarnado expresamente para librar el hombre del poder de Sathanas. . . . . 317.
Cap. VI. Que Dios no ha usado solamente de misericordia, sino tambien de justicia en la obra de la redencion del hombre. . . . . 323.
Cap. VII. Reprende agriamente á Abaelardo de que intente con tanta temeridad como impiedad penetrar en los secretos de Dios y extenuarlos. . . . . 326.
Cap. VIII. Por qué Jesu-Christo se ha servido de un medio tan áspero y penoso para librarnos, pues que un solo acto de su voluntad bastaba, ó un puro mandato suyo. . . . . 330.
Cap. IX. Que Jesu-Christo há venido al mundo, no solo para instruirnos, sino tambien para librarnos. . . . . 335.

Vida de S. Malachias Obispo de Hibernia. . . . . 340.

TRA-

TRATADO

DE SAN BERNARDO ABAD DE CLARAVAL.

DEL PRECEPTO, Y DE LA DISPENSACION.

CARTA AL ABAD DE COLOMBA sobre el asunto de este Libro.

AL SEÑOR ABAD DE COLOMBA, el Hermano Bernardo, llamado Abad de Claraval, desea una perfecta salud en nuestro Señor.

HE dado orden de que se ponga en vuestras manos, como os lo habia prometido, la respuesta mia á las Cartas, que algunos Monges de Chartres me han escrito: en la qual al mismo tiempo he satisfecho á otro mandato, que yo habia recibido de vuestra parte. Pero, habiendo resuelto desde luego responder á las que me habian enviado, vos podeis advertir, como siguiendo vuestro consejo, he extendido mi Discurso hasta la longitud de un libro: á fin de que siendo tratada la materia mas ampliamente, hallase aqui de que instruirse mayor número de personas. Mas, yo os pido, que despues que le hayais leido, le hagais entregar, no á aquellos para quienes le he hecho, sino á su Abad; de cuyas manos ellos le podrán recibir, si él lo juzgare conveniente. Pues siendo Monges, ellos no pueden, segun la ordenanza de la Regla (1), enviar ni recibir Cartas algunas sin la licencia de su Abad. Y principalmente por esta razon, como vos lo sabeis, he diferido por largo tiempo responderles; aunque ellos me han hecho para eso grandes instancias; porque yo tenia algun pensamiento de que ellos se habian tomado la liber-

A

(1) Reg. S. Ben. cap. 54.

tad de escribirme y enviarme sus cartas, sin que su Abad lo supiese. Y en efecto, he conocido despues, que mi sospecha era conforme á la verdad. En lo demas, quando comencé esta obra, la dí el nombre de Carta, como el Lector lo podrá reconocer facilmente. Mas, por quanto el mandato que vos me habeis hecho, me obligó á extenderme mas allá de los límites ordinarios de una Carta segun la promesa que os habia hecho sobre esto, ella pasará por lo que á vos agradare, ó por un Libro, ó por una Carta. Y porque entre muchas qüestiones, que aqui he explicado, la que trato mas exáctamente y con mas extension, es saber quales son los preceptos de los quales se puede dispensar; quiénes son los que en ellos pueden dispensar; y de qué manera ellos lo pueden hacer, creo que se le podrá dar el título, *Del Precepto, y de la Dispensacion*, á no ser acaso que vos halleis otro que le sea mas conveniente.

PROLOGO.

A LOS MONGES DE CHARTRES sobre el Tratado siguiente.

¿Qué intencion puedo yo tener en permanecer todavia en el silencio? Pero igualmente, ¿qué atrevimiento en mi, emprender hablar? Vos me obligais á fuerza de cartas, y de mensages á producir mi ignorancia, ó á faltar al deber de la caridad. Pero, porque yo quiero mucho mas, estar destituido de aquella que infla, que de aquella que edifica, me dexo, en fin, vencer de vuestros ruegos, y emprendo con toda mi flaqueza desatar estos ñudos dificiles, aunque con el justo temor de sucumbir en ello. Con todo eso, es en vano que yo os hable de esta manera, pues como vos me escribis, y me lo repetis muchas veces, mis escritos en mi ausencia, igualmente que mis palabras

quando estoy presente, condenan todas mis excusas. En efecto, ¿qué motivo pudiera yo tomar ahora para representaros mi impotencia, pues que vos creis tener todo el conocimiento posible de mi corazon y de mi lengua, para juzgar con certidumbre de lo que yo puedo en estos casos? Apoyado pues, mas antes sobre la confianza que vos testificais, que sobre las fuerzas de mi entendimiento, entro en este abysmo de dificultades, ignorando, Dios lo sabe, por donde podré salir. Espero que la caridad me asistirá en esta Obra, y Dios quiera tambien que la verdad me acompañe en ella. Y si yo no adelantare en ella segun vuestras esperanzas, será preciso, que lo atribuyais á la insuficiencia de mi entendimiento, mas antes que á la falta de mi buena voluntad. En lo demas, procuraré en quanto me sea posible, reducir á la brevedad de una Carta todas estas pequeñas Qüestiones, mas la Carta no podrá ser breve. Tampoco convendrá que lo extrañeis, si yo fuere un poco largo en explicarlas, siendo asi que para proponerlas solamente habeis vos empleado dos Cartas enteras, que no son de las mas cortas.

CAPITULO I.

Si todas las Ordenanzas de las reglas Monásticas son preceptos, ó solamente consejos.

1. La primera Qüestion pertenece á nuestra Regla, de la qual todas las otras (si yo no me engaño) ó casi todas han tomado su origen. Me preguntais pues ¿cómo la deben considerar los que hacen profesion de esta Regla? Es á saber, si todos los artículos que ella contiene, deben ser tomados por preceptos, que por consiguiente hagan culpables los que les quebrantan, ó bien solamente por consejos y advertencias: de suerte que á este respeto la profesion que se hace de ella, sea de poca, ó de ninguna importancia; é igualmente la transgresion de ninguna manera, ó muy poco criminal; ó á lo menos, si algunos

se deben tener por preceptos, y otros por simples consejos: hasta tal punto que los unos se puedan omitir sin pecado, y no se pueda enteramente faltar á los otros sin crímen. Y si este último artículo es cierto, vos me pedis entonces, que yo os señale los límites ciertos y particulares de cada parte; de temor de que alguno no tome motivo de extraviarse, siguiendo con demasiada licencia sus propias opiniones; y que asi suceda, que desechando escrupulosamente un mosquito, no haya reparo en tragarse un camello, si no se sabe el cuidado y el trabajo que cada uno está obligado á poner en la observancia de cada artículo de la Regla. Ved ahi en quanto mi memoria me puede ayudar, todos los sentidos de la division que vos habeis hecho, aunque estos no sean vuestros propios términos. Mas, en quanto á lo que vos preguntais todavia tocante á la obediencia, quales son los grados que la distinguen, y los límites que la cierran, yo creo, que eso pertenece á la misma division, como que es la parte principal de los estatutos de la Religion. Y despues que yo hubiere respondido suficientemente al primer punto, pienso que no restará ya dificultad alguna sobre el segundo.

2. Por deciros pues en esto mi sentimiento; yo juzgo, que la Regla de San Benito está propuesta á todos los hombres, pero que ella no está impuesta á ninguno. Ella es útil á los que la abrazan, y la practican con amor, mas ella no daña á los otros que no la quieren profesar. De suerte, que yo puedo decir con razon, que lo que depende de la voluntad de aquel que se sujeta á ella, y no de la autoridad de quien la propone, es puramente voluntario, y de ninguna manera necesario. Con todo eso, desde que un hombre admite de su propio movimiento esto que yo llamo voluntario, y promete guardarlo en lo sucesivo, es cierto que de voluntario que ello era, se hace necesario, y que ya no está en su libertad dexar, lo que antes le era libre no abrazar. Así, él estará necesariamente obligado á guardar lo que él no habia admitido, sino por su propia voluntad, porque él está absolutamente obligado á volver á Dios sus votos, que él ha pronunciado con sus

labios y con discernimiento, y debe ser en adelante ó condenado ó justificado por su propia boca. Mas, como un Santo ha dicho (1), ó qué dichosa es esta necesidad, que nos obliga á alguna cosa de mas perfeccion! Si pues se exceptuan en la Regla de San Benito algunos artículos que miran al estado espiritual de las almas, como son la caridad, la humildad, la mansedumbre, que se sabe no tanto ser de su institucion como de la de Dios, y que por esta razon no pueden jámas ser mudados; si se exceptuan, vuelvo á decir, estos artículos particulares, todos los otros (*a*) que restan, no deben á la verdad pasar, sino por unos avisos y simples consejos respecto de aquellos que no han hecho profesion de ella, y ellos no son culpables en modo alguno por no observarles: pero son unos preceptos para aquellos que han hecho profesion de ella, y unos crímenes para aquellos que los quebrantan. O bien, por servirme de vuestros propios términos, ellos son voluntarios para los primeros, á quienes les es libre executarlos, y necesarios para los segundos, que les deben mirar como leyes inviolables. En lo demas, yo les llamo de tal suerte necesarios, que yo no pretendo por eso, que no se pueda dispensar de ellos, quando la razon y la necesidad lo piden.

CAPÍTULO II.

Quienes son los que pueden dispensar de las constituciones de los Monasterios, y en qué tiempo lo deben hacer.

3. Mas, no todos han recibido el poder de dar esta suerte de dispensacion, sino solamente aquellos que pueden decir con los Apóstoles (2): *Que los hombres nos consideren como ministros de Jesu-Christo, y como dispensadores de los mysterios de Dios.* El siervo fiel y prudente

(1) S. Agust. Ep. 127, á Armentario.

(*a*) El Santo llama estas cosas en el num. 3. y siguientes: *Observancias corporales.*

(2) 1. Cor. 4. 1.

pues, á quien el Señor ha encargado el cuidado de su familia, sabe bien no dar dispensas, sino en los casos en que ellas puedan ser compensadas con alguna ventaja considerable. Por eso se exige de los dispensadores, que ellos sean extremamente fieles. Y acaso no se pide menos de fidelidad en los inferiores para obedecer, que en los Superiores para conceder las dispensas. Es pues cierto por las cosas que acabamos de decir, que la division que habeis hecho, es entera y suficiente, con tal que se haga el discernimiento de las personas y de los tiempos; de tal suerte que (en lo que mira solamente á las observancias corporales), todos los estatutos regulares permanecen voluntarios respecto de los particulares, antes que hayan hecho profesion de ellos, y se hacen para ellos necesarios, despues de haberla hecho: mas, por lo que mira á los Superiores, estos mismos estatutos dependen de su voluntad en parte en lo que ellos tienen de institucion humana, y en parte les obligan necesariamente en lo que ellos tienen de institucion divina.

4. Por eso quizá esa division parecerá todavia mas clara y mas congrüente, si ateniéndonos al uno de sus miembros, que nosotros hemos llamado necesario, le subdividimos derechamente en estos tres, es de saber, en las cosas que son *estables*; en las que son *inviolables*; y en las que son *inmutables*. Yo llamo estables, aquellas que son de tal suerte necesarias, que no es permitido á toda suerte de personas trocarlas, sino solamente á aquellos que son los Dispensadores de los Mysterios de Dios, es decir, á los Superiores; como son las Reglas de S. Basilio, de San Agustin, y de S. Benito, los Cánones auténticos, y todos los otros reglamentos Eclesiásticos, que son de una autoridad reconocida en la Iglesia. Pues, habiendo sido establecidas todas estas cosas por los Santos, subsisten siempre en su misma firmeza, sin que ninguno de los particulares tenga la potestad de hacer en ellas alguna mutacion. Con todo eso, como estas cosas han sido instituidas por los hombres, es tambien algunas veces permitido á los hombres que por una eleccion Canónica han sucedido en los cargos de estos grandes Santos, dar dis-

pensas justas y legítimas, teniendo consideracion á los motivos que se pueden presentar para ellas, á las personas, á los lugares, y á los tiempos. Mas, yo ruego á los que lean esto, que adviertan que yo no digo expresamente que estas personas mismas puedan sin un motivo razonable, y segun su fantasia introducir alguna alteracion en estas instituciones, sino solamente que pueden dispensar de ellas por justas causas y con fidelidad. Y la razon por qué ellas pueden ser alteradas por estas personas en las circunstancias sobredichas, consiste en que ellas no son buenas por sí mismas, y de su naturaleza.

5. Han sido pues establecidas é instituidas, no porque no fuese permitido vivir de otra suerte, sino porque era mas provechoso vivir de esta manera; sin otro fin, con todo eso, que el aumento ó la conservacion de la caridad. Asi pues, mientras que ellas hacen en favor de la caridad, permanecen firmes é inmutables, y los Superiores mismos no pueden hacer en ellas mutacion alguna sin pecado. Mas, si sucede alguna vez, que ellas se hacen contrarias á la caridad, al juicio de aquellos que tienen derecho de tomar conocimiento de esto, y que están establecidos para poner aqui el buen orden, ¿no se vé claramente, que es muy justo, que lo que ha sido ordenado á favor de la caridad, sea tambien ó dexado, ó interrumpido, ó mudado en otra cosa mas útil, quando se trata de los intereses de la misma caridad? Como al contrario, seria totalmente injusto, que lo que ha sido establecido por sola la caridad, sea mantenido con perjuicio de esta misma virtud. Asi, las cosas necesarias que son del número de aquellas, que nosotros hemos llamado *estables*, permanecen firmes é inmutables aun respecto de los Superiores mismos, pero en tanto que ellas son convenientes á la caridad. ¿Pensais que yo solo sea de esta opinion, ó que yo sea el primero que hable de esto? ¿No es tambien la sentencia del Papa Gelasio, quando él dice: »Dónde no hay necesidad, los decretos de los Padres »permanezcan sin mutacion ninguna? El Papa Leon habla tambien de esto en estos términos: »Donde no hay »necesidad, las ordenanzas de los Padres subsistan invio-

»lables. A lo que él añade: Quándo pues la necesidad lo »pide por el bien de la Iglesia, aquel que tiene el poder, »dispense de ello libremente, pues es la necesidad lo que »hace la mutacion de la ley.

CAPÍTULO III.

Que Dios solo puede dispensar de sus mandamientos. Pero que lo que toca á la Ley eterna, es enteramente inmutable aun respecto de Dios.

6. Por la segunda especie de cosas necesarias, que yo he llamado *inviolables*, yo entiendo aquellas, que no habiendo sido instituidas por los hombres, sino ordenadas por autoridad divina, no pueden ser mudadas sino por Dios mismo, que es el Autor de ellas. Tal es por exemplo el mandamiento: *Tu no matarás*: *Tu no cometerás la fornicacion*: *Tu no hurtarás*; y los (*a*) otros que están comprendidos en la Tabla de la Ley. Pues aunque los hombres no puedan dispensar de ellos, ni sea permitido jamas á ninguno tocar siquiera en esto, Dios, con todo eso, ha eximido de ellos los que él ha querido, y todas las veces que él ha querido; como quando él ordenó á los Hebreos (1) que despojasen los Egipcios de lo que ellos tenian de mas precioso; y al Profeta Osea (2) que tuviese hijos de una muger pública. Pues es cierto, que la primera accion no podia ser tenida sino por un pecado notable de hurto, y la segunda por un crimen infame de im-

(*a*) Es á saber, si hay otras algunas cosas, respecto de las quales el acto interno puede ser separado de la desordenada disposicion del ánimo; como sucede en el hurto y en el homicidio, quando el mismo hecho admite bien la divina dispensacion; la qual no puede recaer sobre el mal afecto del ánimo. De otra suerte, S. Bernardo seria contrario á sí mismo; pues qué él cuenta esta prohibicion de todo afecto depravado entre las cosas *inmutables* en el Num. siguiente, quando dice: *Baxo de esta especie están comprendidas todas estas espirituales instrucciones, que el Señor dió á sus Discípulos en el Sermon, que él les hizo sobre la montaña*: En el qual Sermon fué prohibida la desordenada concupiscencia de toda muger.

(1) Exod. 3. 22. (2) Osea. 1. 2.

impudicicia, si la autoridad de aquel que mandó la una y la otra, no las hubiera eximido de nota. Ciertamente, quando leemos, que los Santos han hecho alguna cosa semejante, sin que la Escritura nos diga, que ello haya sido ordenado por Dios, es preciso reconocer ó que ellos han pecado como hombres, ó que han tenido para ello un órden particular de Dios, como los Prophetas (1). Y en prueba de esta verdad me contentaré con traer el exemplo de Samsom, el (*a*) qual se mató á si mismo con las ruinas de la Casa, que él hizo caer sobre sus enemigos y sobre sí.

B

1 Judic. 16. 30.

(*a*) Aunque en la Escritura Santa no hay passage expreso en que se diga, que Samsom haya recibido orden secreto del Cielo para tomar aquella resolucion, es facil inferir del Cap. 11. de la Carta á los Hebreos, que para esta accion extraordinaria tuvo una inspiracion divina. Y este es tambien el sentimiento de S. Agustin Lib. 1. de Civitate Dei, Cap. 22 y 36; donde dice, que si Samsom se sepultó baxo de la ruina de la Casa con sus Enemigos, esto fué por un orden secreto del Espíritu de Dios, que habia hecho otros muchos milagros por su ministerio. Y lo que confirma mas todavia esta verdad, es que su primera fuerza que él habia perdido, y que le era necesaria para la execution de este designio, le fué vuelta milagrosamente en seguida de la Oracion, que él hizo á Dios en estos términos: *Acordaos de mi, Señor y Dios mio, y volved á darme mi primera fortaleza para vengarme de mis enemigos.* Ni de estas últimas voces resulta dificultad alguna contra la bondad de esta accion: Porque la injuria hecha á Samsom por los Philisteos, no tanto era una injuria privada, como un oprobio público, hecho á todo el Pueblo de Israel, de quien él era el Juez, y por la salud del qual él combatia contra sus enemigos. Y el docto Estio añade juiciosamente, que las burlas y los insultos, que los Philisteos hacian á Samsom, eran otros tantos insultos, que ellos hacian al Dios de Israel, en menosprecio del qual ellos rindieron gracias á sus falsos Dioses con grande aparato de ceremonias por la prision que ellos habian hecho del generoso Samsom. Asi, no era su venganza particular lo que Samsom meditaba, sino que él queria vengar por la muerte de sus enemigos la injuria que ellos hacian al verdadero Dios. El mismo Victoria justifica esta accion, aun en el supuesto de que él no tuviese inspiracion particular para ella; por quanto su intencion particular no era matarse á si mismo, sino solamente oprimir, y hacer morir sus enemigos; y fué por accidente que su muerte se siguiese á la de los otros; pues él bien hubiera querido, si le hubiera sido posible, y quizá lo esperaba, hacer morir sus enemigos, sin ser envuelto en su desgracia Tambien el mismo Victoria sostiene la bondad de esta accion por el exemplo de Eleazar, que la Escritura parece aprobar en una igual empresa (Lib. 1. Mach.) y á quien S. Ambrosio dá grandes elogios Lib. 1. de Offic. Lo que decimos para mayor ilustracion de este lugar.

Pues, si se sostiene, que él no pecó en eso, es preciso creer indudablemente, que él habia recibido para ello un órden particular del Cielo, sin embargo de que la Escritura no haga de esto alguna mencion.

7. Mas ¿qué pensais que yo haya querido comprender baxo la tercera especie de cosas necesarias, que yo he llamado *inmutables*? Nada he podido encontrar mejor para explicar mi pensamiento, que decir, que estas son aquellas que han sido de tal modo establecidas por la Razon divina y eterna, que Dios mismo no las puede alterar por qualquiera causa que pudiera haber. Baxo de esta especie están comprendidas todas estas espirituales instrucciones, que el Señor dió á sus Discípulos en el Sermon que él les hizo sobre la montaña, y todo lo que el Antiguo y Nuevo Testamento nos enseñan ácerca de la humildad, de la caridad, de la mansedumbre, y de todas las otras virtudes. Pues todas estas cosas son de tal naturaleza, que no es jamas permitido, ni conveniente, estar destituidos de ellas, porque siendo su bondad tan inmutable como ella es natural, jamas pueden ser mandadas sino inocentemente, ni practicadas sino útilmente. No hay tiempo, ni hay persona á quien su menosprecio no cause la muerte, y su observancia la salud. Es la voluntad quien empeña al que promete, en la primera necesidad: es la autoridad de aquel que manda, quien constituye en la segunda; y es la dignidad del precepto, quien impone la tercera.

8. Pues, como yo he dicho, estas tres especies de necesidad se diferencian las unas de las otras por ciertos grados, y todos no son igualmente inmutables. Porque, lo que viene de la primera, aunque no sea enteramente inmutable, no puede, con todo eso, trocarse fácilmente, pues que no hay sino solo los Superiores que puedan dispensar de ello con toda la fidelidad y toda la precaucion que estan obligados á poner en esto. Mas, lo que se hace por la segunda necesidad que es todavia mas grande que la primera, es casi enteramente inmutable, pues como yo he mostrado mas arriba, no hay sino solo Dios que pueda hacer mutacion en esto. En fin, lo que

se sigue de la tercera, que es la mas grande de todas, es del todo inmutable, porque ni Dios mismo puede trocar nada de ello. Se puede decir pues, que esto que solos los Superiores entre todos los hombres tienen potestad de alterar, es muy dificil de mudar; que lo que no es permitido sino á Dios solo, es casi inmutable; y que lo que Dios mismo no puede trocar, es absolutamente inmutable.

CAPÍTULO IV.

Qué pueden dispensar los Superiores en la Regla.

9. Presupuesto esto asi, á fin de volver á tomar el punto principal de la Qüestion, es claro, que muchas cosas de la Regla dependen, sino de la voluntad, á lo menos de la discrecion del Superior. Pero decis vos: ¿Qué restará pues entonces de necesidad? Resta muchísimo, si vos quereis escuchar. Porque primeramente, nosotros tenemos ya advertido que todo lo que la Regla prescribe en quanto á lo espiritual, no está de ningun modo en la disposicion del Abad. En segundo lugar, por lo que mira á las observancias corporales, ellas no estan de tal manera en su disposicion, que su voluntad sea la Señora de esto, sino mas antes la caridad. Porque el Abad no es sobre la Regla, pues que él mismo se sometió á ella voluntariamente por su profesion. Mas, lo que no se puede negar, la caridad que es la Regla de Dios, es con razon preferida á la Regla de S. Benito. Yo bien quiero, que el sentido literal de la Regla ceda algunas veces á la caridad, quando la necesidad ó la caridad lo pidan; pero yo no pretendo por eso sujetarla á la voluntad de qualquiera que sea. Aquel que está elegido por Abad, está establecido sobre las faltas de sus Monges, y no sobre los Reglamentos de los Padres, á fin de mantener las ordenanzas, y de corregir los desórdenes. Porque yo juzgo, que estas santas instituciones han sido encargadas á la prudencia, y á la fidelidad de los Superiores, mas no so-

metidas á su voluntad. Y por esta razon nuestro Santo Legislador en los puntos que él ha dexado á la disposicion del Abad, ha puesto particular cuidado, en quanto yo me puedo acordar, de no usar del término de voluntad, sino que él se ha servido expresamente ó del de consideracion, de disposicion, de prudencia, ó á lo menos, de juicio, ó otro semejante: queriendo mostrar por eso, que el Dispensador prudente y fiel debe seguir el Juicio de la razon en las ocasiones en que se vé obligado á dispensar, y no la inclinacion de su voluntad. De donde viene, que no una vez sola él le declara, que un dia él dará cuenta á Dios de todos los juicios que ha pronunciado.

10. Verdaderamente yo bien leo en la Regla (1), que *el Abad considere una tal cosa*, y que tales ó tales reglamentos sean dexados á la prudencia, ó al juicio, y á la disposicion del Abad; mas, yo no me acuerdo de haber leido en élla, que él pueda alterar alguna cosa segun que á él le agradare. Al contrario, se dice formalmente que *todos sigan la Regla en todas las cosas como la Maestra, y que nadie tenga la temeridad de apartarse de ella*; ni el mismo Abad, por consiguiente. Que *todos*, dice él, *sigan la Regla como la Maestra*. Nadie puede pues seguir su voluntad, pues que el Abad mismo no está exceptuado. Ya veis como él da á la necesidad otro tanto como él quita á la voluntad. En efecto, la Profesion religiosa, por la qual (*a*) el Novicio se somete absolutamente al Superior, ¿no liga el Superior igualmente que el inferior? Ciertamente yo creo, que ellos han contratado el uno y el otro una misma obligacion por el pacto mútuo que ellos han hecho, y que entrambos á dos por una misma promesa se han hecho mutuamente responsables: el uno, del cuidado de una conducta fiel, y el otro de una

(1) Reg. S. Ben. cap. 3.

(*a*) El sentido es que por la misma profesion que el Monge hace, es ligado él, y es ligado tambien el Abad: éste, para tener un fiel cuidado sobre que el Subdito se someta á la observancia de la Regla; y aquel, para reconocerse deudor de una obediencia humilde respecto de su Prelado.

humilde obediencia. ¿Qué resta pues, que dependa de la voluntad del Superior, pues que él mismo ha estipulado cumplir la obligacion que ha contraido? Mas, lo que hace ver todavia, que el Abad no debe obrar segun su voluntad solamente, es, que aquel que hace la profesion, promete obedecer, no en todas las cosas absolutamente, sino nombradamente segun la Regla, y la Regla de S. Benito, de suerte que no es razon, que el Superior pretenda governar sus inferiores segun su phantasia, sino que él debe saber los límites que la Regla le ha prescrito, y á consequëncia tener cuidado de no mandar jamas nada, que él no conozca ser justo, y aun todavia no todo lo que sea justo en general, sino solamente lo que S. Benito ha ordenado, ó lo que se halle conforme con lo que él ha ordenado. Porque de este modo es enunciada la Profesion: *Yo prometo*, no simplemente la Regla, sino *la obediencia segun la Regla de S. Benito*, y no segun la voluntad del Superior. Por eso, si habiendo hecho mi profesion segun la Regla, pretende mi Abad mandarme alguna cosa, que no sea segun la Regla, ni aun segun las otras instituciones Regulares, como las de S. Basilio (*h*), de S. Agustin, de S. Pacomio, ¿qué obligacion puedo yo tener de obedecer en este caso, pues que yo no puedo creer, que me puedan mandar otra cosa que aquello que yo he prometido?

(*h*) No se infiera de aqui, que el Monge está obligado á lo que le mandare segun el instituto de S. Agustin &c. Pues expresamente S. Bernardo establece lo contrario poco antes diciendo, que el mandato debe ser segun lo que S. Benito instituyó, ó á lo menos, conforme á lo que instituyó. Por eso, siguiendo unos Códices de excelente Nota, como son el de Compiegne, y otros, se debe restituir este lugar asi: *alguna cosa que no sea de la Regla, ni aun segun ella.* Si alguno porfiare por la vulgar leccion, decimos, que el argumento que el Santo hace, es de lo que es mayor á lo que es menor; como si pixera, que el Discípulo de S. Benito no está obligado á los mandatos, que no sean segun su Regla, y mucho menos á los institutos de S. Agustin &c. en los quales puede haber respecto del Prelado un honesto motivo de mandar; pero en el Súbdito no hay obligacion de obedecer. A este modo puede decirse, que un Christiano no está obligado á lo que no es segun los preceptos de Dios, mucho menos á lo que no es segun los consejos, los quales no le obligan.

CAPÍTULO V.

Que los Superiores no deben extender la ley de la obediencia mas allá de los límites de la Profesion, ni restringirla mas acá de lo que está prometido.

11. Veis pues ahora quales son los límites de la obediencia, que vos queriais saber. Porque, si los términos de la Profesion hacen la medida de la obediencia, y el poder del que manda no puede extenderse mas lexos que el voto de aquel que ha hecho la Profesion, ciertamente yo no reconozco otros límites de la obediencia que lo que está hacia acá ó hácia allá, ó tambien contra las obligaciones de la Regla. Y estos son los términos dentro de los quales está comprendida esta virtud. Asi, no se debe obligar al que ha hecho profesion de qualquiera vida santa y religiosa, sea la que se quiera, á pasar mas allá de los términos de la obediencia en la qual se ha empeñado, ni tampoco estorvarle la práctica de las cosas que él ha querido comprender en su Profesion. Y mucho menos se podria hacer esto con el respecto de las cosas que son contrarias. No hay pues sino este modo de vida determinado por el voto, y establecido por la Profesion, que tenga el medio entre estos extremos, como el árbol de la vida que estaba plantado enmedio del Paraiso; y él solo puede ser sujetado á la ley, y sometido al mandato del Superior. Y por tanto, el mandato, ó la prohibicion del Superior no pase los límites de la Profesion, pues que ni aquel puede extenderse mas allá de los votos, ni está restringir la práctica de estos. Que mi Superior no me estorve cumplir lo que yo he prometido, y que él no exija de mí mas de lo que he prometido. Que él no añada mas á mis votos sin mi consentimiento, y que él no les quite nada sin una evidente necesidad. Pues la necesidad no tiene ley, y sirve de excusa á la dispensa que se concede. Pero, porque la voluntad sola merece la recompensa, es tambien justo, que ella se eleve á un

grado mas alto de perfeccion. De otra suerte, la relaxacion del voto, hecha sin necesidad, no seria una Dispensa, sino una transgresion; y la restriccion de él contra la voluntad de los inferiores les serviria de motivo de murmuracion, mas antes que de un nuevo adelantamiento en la virtud. Que los Superiores pues, reglen la ley de la obediencia de sus inferiores por los votos que ellos han pronunciado con sus propios labios, y no por los movimientos de su phantasia, exhortándoles á las cosas mas perfectas sin precisarles á ellas, y usando de condescendencia con ellos en las cosas mas suavizadas, quando la necesidad lo quiere; sin dexarse caer sin embargo, en la relaxacion con ellos.

CAPÍTULO VI.

Que el Religioso, amante de su perfeccion, no debe restringir su obediencia á los determinados límites de su Profesion.

12. En lo demas, el Religioso sepa, que esta obediencia que se mantiene encerrada en los límites de los votos, es imperfecta. Pues la obediencia perfecta no está atenida á la ley, ni estrechada en términos algunos: y no contentándose con los límites demasiado estrechos de su Profesion, ella se dexa llevar por una voluntad mas extensa á la amplitud de la caridad. De modo, que sin ceñirse á límites ningunos, ella se dá una libertad infinita y abraza con mucho gusto todo quanto se la ordena, con el esfuerzo de un valor pronto y generoso. De ella es de quien el Apóstol S. Pedro ha dicho particularmente (1): *Purificando vuestros corazones por la obediencia de la caridad.* Queriendo por eso distinguirla de esta otra obediencia tibia y en algun modo servil, que no hace lo que es caridad con prontitud, sino que permanece sujeta á la necesidad. Esta misma es la que es propia de este justo (2) para quien la ley no ha sido hecha; no porque él deba vivir sin al-

(1) Petr. 1. 22. (2) 1. Tim. 1. 9.

guna ley por mas perfecto que él pueda ser, sino porque él no es esclavo de la Ley. Pues que no ciñéndose al voto que él ha hecho en su Profesion, pasa mucho mas allá por el ardor y zelo de su piedad. Con todo eso, la Regla misma (1) no ha olvidado esta obediencia, quando en el Capítulo, *Si se mandaren á algun Monge cosas imposibles*, ella les exôrta á obedecer *por caridad*, esperando que no les faltará la gracia de Dios. En fin, el tercer grado de la humildad, que la misma Regla prescribe (2), dice expresamente: *Que el Monge se someta á su Superior en toda obediencia*. Pues con decir toda, ella no quiere, que en la obediencia, que nosotros rendimos, nos contentemos con los límites ordinarios de nuestra Profesion; que miremos solamente á la obligacion de nuestra promesa; ni que nos arreglemos á los términos precisos del pacto, que nosotros hemos hecho, sino que pasemos valerosamente mas allá de nuestros votos, y obedezcamos en todas las cosas. Es cierto, que segun el tiempo la obediencia encuentra sus límites en el último momento del tiempo, de suerte que la obediencia y la vida tienen un mismo término. Y esta es principalmente, á la que nos exôrta el exemplo del Hijo de Dios, que se hizo obediente á su Padre hasta la muerte. Todas las veces pues, que el monge se desvía de esta virtud, él se hace desobediente, peca, quebranta la ley, y es transgresor de ella.

CAPÍTULO VII.

Como se deben conocer los diversos grados de obediencia, y la enormidad de la inobediencia segun las distinciones que de ella se han hecho.

13. Pero enteramente importa saber qué motivo, qué disposicion, qué intencion, qué mandato, y qué precepto es necesario, para caer en el pecado de desobediencia. Sobre lo qual desde luego os diré, que no hay desobediencia de la qual se deba hacer poco caso, aunque no se

(1) Reg. S. Ben. cap. 68. (2) Id. 7.

se debe creer, que todas sean igualmente peligrosas. Ved ahi por exemplo un mandamiento de Dios: *Tu no matarás.* Suponed pues, que dos hombres hayan cometido un homicidio, el uno por la codicia de robar, y el otro por la necesidad de defenderse. (*a*). ¿No es cierto, que las diferentes causas de estos dos homicidas hacen ver claramente la diferencia que hay entre lepra y lepra, pues que ellas hacen cometer dos culpas muy desemejantes en la transgresion de un solo mandamiento? Pero, si hubiera sido un arrebato de cólera lo que hubiera impelido á éste, y una malicia premeditada, y un odio inveterado, lo que hubiera movido al otro á cometer un mismo crímen, ¿convendrá hacer un mismo juicio de un hecho que ha sido executado con intenciones tan diferentes? No se ha visto nada mas incestuoso, ni mas infame, que la pasion que hizo desear juntarse con su Padre á las hijas de Loth (1). Y con todo eso, ¿quién no vé, que la piedad de su intencion, y la intencion de su piedad excusó enteramente, ó disminuyó mucho la enormidad de un crímen tan vergonzoso? Es preciso pues, poner gran cuidado en el discernimiento que se debe hacer segun el motivo entre aquel que manda, y la cosa que es mandada; de suerte, que nosotros debemos temer mas, quebrantar los mandatos de nuestros Superiores, que tengan una autoridad mas grande sobre nosotros, y juzgar mas criminales las faltas que violan un precepto mas grande. En efecto, vale mas obedecer á Dios que á los hombres (2), y á sus Maestros, que á sus condiscípulos; y entre los Maestros, á los nuestros propios, que á los extraños. Ello es cierto, que hay mayor culpa en no obedecer á los que haya mayor obligacion de obedecer.

14 Lo mismo es acerca de los mandatos. Pues se debe tomar mas cuidado y mas trabajo en cumplir los mas importantes, y menos por los menores. Y segun esta consideracion la culpa que se comete menospreciándolos,

C

(*a*) S. Bernardo explica su sentimiento sobre este homicidio en su Opúsculo á los Cavalleros del Templo, Num. 2.

(1) Gen. 19. 32. (2) Act. 5. 19.

es mas grave ó mas ligera. Pues, yo juzgo, que los mandatos son menores ó mayores á proporcion que aquel que manda, sea Dios, ó sea el hombre, manifiesta su voluntad mas fuertemente, ó con menos de ardor. Por exemplo, hay un mandamiento que dice (1): *Tu no hurtarás*; y otro que dice (2): *Dá á todos aquellos que te pidieren.* Es cierto, que ambos son importantes, porque ambos son de Dios, pero es mas considerable el que prohibe el hurto. Porque ¿quién no sabe, que Dios que es muy justo, no tiene igual displicencia de los ladrones, que de los que tienen apego á los bienes del mundo; y que de estos dos males, él quiere mas, que nosotros guardemos lo que es nuestro, que no que quitemos lo que pertenece al próximo; y asi, que aquel que no dá parte de sus bienes, es menos culpable, que el otro que quita lo que no es suyo?

15. Tambien en los mandatos de los hombres es bien raro encontrar una perfecta igualdad, porque los sentimientos de aquellos que mandan, se diferencian segun las diferentes necesidades ó utilidades de aquellas cosas que se deben executar; y segun que ellos desean ó quieren con mas ardor, que se observe lo que ellos juzgan mas útil ó mas razonable. La calidad pues de los mandatos, y la autoridad de los que mandan, prescriben los límites de la obediencia, y determinan la culpa de la desobediencia. Porque, como hemos dicho ya, la culpa que se comete despreciando los Superiores, que tienen una autoridad mas grande, y los mandatos que son de cosas muy útiles, es tanto mas grave, quanto hay mayor obligacion de obedecer con mas exâctitud.

16. Despues de haber notado estas diferencias, es fácil hallar la medida de la obediencia, y la enormidad de la desobediencia. Pues por medio de estos grados, no solamente se vé la diferencia que hay entre el dia, y la noche, es decir, entre el bien de la obediencia, y el mal de la desobediencia, sino tambien entre el dia, y el dia, y aun entre la noche y la noche, es decir, entre lo bue-

(1) Marc. 10. 19. (2) Luc. 6. 30.

no y lo mejor, entre lo malo y lo peor. A la verdad, es un grado de obediencia que es loable, el obedecer, segun el sentimiento de nuestro Maestro San Benito (1), por el temor del infierno, ó por la idea de la santidad de la Profesion, que se ha hecho; pero es todavia mas perfeccion obedecer por el amor de Dios; pues es la necesidad lo que hace la primera obediencia, y la caridad lo que produce la segunda. Mas, yo juzgo, que es un excelente grado de obediencia recibir lo que nos es mandado, en el mismo espíritu con que nos ha sido mandado. Porque, quando la intencion de aquel que executa, se hace dependiente de la voluntad del que manda, sucede que el inferior no se mueve confusamente, como muchas veces se vé, á obedecer con demasiado empeño en las cosas pequeñas, y con muy poco fervor en las mas importantes; sino que, pesando en su consideracion todos los preceptos que le imponen, segun su mérito, él sabe guardar la moderacion de una parte y otra, igualmente en las cosas que le son mandadas, que en la precaucion de aquellas que le son prohibidas: no porque él crea, que debe menospreciar las pequeñas, sin embargo de que él conozca su poca conseqüencia; sino porque él solamente las considera de poca conseqüencia, por la comparacion que hace de ellas con las que son mas importantes. El verdadero y humilde obediente no menosprecia jamas las cosas pequeñas, y toma siempre un grande cuidado sobre las cosas mas grandes, discerniendo por un cierto gusto interior de su piedad, y de la sinceridad de su corazon quales son los mandamientos en que él debe en alguna manera responder por sus acciones á su Superior, lo que David decia á Dios (2): *Vos me habeis ordenado guardar vuestros mandamientos con todo el cuidado imaginable.* Porque, pues él no habla en este lugar de todos los mandamientos en general, no se le debe entender, sino de aquellos que no pudiendo ser violados sin un grande crímen por qualquiera ocasion que sea, no pueden tampoco ser perdonados en manera alguna al que los viola, sin un

(1) Reg. S. Ben. cap. 5. (2) Ps. 118. 4.

grande castigo. Como es el mandamiento *Tu no matarás*, y los otros que le pueden ser semejantes; cuya observancia no puede jamas ser injusta ni mala, asi como la transgresion no puede ser buena ó lícita por alguna dispensacion humana.

CAPÍTULO VIII.

Que el desprecio que se hace de las Leyes, es mas grande pecado que la negligencia en observarlas.

17. Las otras ordenanzas, de que los Superiores pueden dispensar legítimamente, son llamadas mas ligeras, porque se castiga con pena mas ligera á aquellos que no cuidan de practicarlas. Yo pongo en este número la prohibicion de reir, ó la ordenanza de guardar silencio. Pues si estas cosas no se hacen contra un mandato expreso, no son pecado; mas, juntándose á ellas el mandato, si se viene á no observarlas, se comete un pecado, empero no un crímen, con tal que la transgresion suceda por sorpresa ó olvido, y no por desprecio. La razon consiste en que por estas ordenanzas se establecen los preceptos que vos llamais positivos, que obligan de una manera bien diferente que los preceptos de la ley natural; aunque no pueden omitirse sin ofensa, ni despreciarse sin crímen, pues que ellos han sido impuestos por aquellos á quienes está dicho (1): *El que os oye me oye, y el que os desprecia, me desprecia.* Porque, sin embargo de que la cosa mandada sea de suyo indiferente, con todo eso, la consideracion de la autoridad que sobreviene, nos obliga al mandamiento, y el mandamiento al pecado; el qual no obstante no es considerable, quando no es hecho con menosprecio.

18. Es pues una regla general, que todas las cosas que de sí mismas ó por ellas mismas no son ni buenas ni malas, ó que no han sido determinadas ó por institu-

(1) Luc. 18. 16.

cion divina, ó por la profesion de cada particular, quando ellas no han sido mandadas, es el hombre libre en hacerlas ó no hacerlas; mas, quando ellas lo son, no se puede ni omitirlas sin pecado, ni despreciarlas sin crímen: siendo siempre reprensible la negligencia, y digno de condenacion el menosprecio. Pero hay esta diferencia, que la negligencia es un caimiento de floxedad, y el desprecio una hinchazon de la soberbia. Tambien el desprecio en toda suerte de mandamientos es igualmente criminal, y digno de un mismo castigo; mas, la negligencia es un pecado mas grande en los mandamientos inmutables, y menor en aquellos que permiten mutacion. Por exemplo: el adulterio es siempre una accion infame, y un grande crímen en qualquiera manera, y con qualquiera intencion que se pueda cometer; en vez de que una palabra ligera que se ha escapado, quizá sin pensar en ello, en un tiempo ó lugar de silencio; ó bien una risa en que se rompe mas antes por violencia que por voluntad de violar el precepto, que es á la verdad indicio de un alma negligente, y de un espíritu poco recogido, es tanto mas digna de perdon, quanto apenas es tenida por pecado. Mas ¿qué diré yo de aquel que conocidamente y con ánimo deliberado se dexa ir á decir palabras ociosas, aunque esto no sea precisamente en el tiempo de silencio? ¿Se puede negar, que eso sea contra la regla de la Verdad, y que no se deba dar cuenta de ello en el dia del juicio, pues que el Juez mismo nos ha amenazado con esto por estas espantosas palabras (1): *Los hombres darán cuenta en el dia del juicio de todas las palabras ociosas, que ellos hayan dicho?* Ay! què cuenta podremos dar de nuestra ociosidad? Pero no es ociosidad aquello de que se puede dar algun motivo. Y con todo eso, ¿quien no sabe que una palabra de murmuracion es un pecado mucho mas grande, y que merece una pena harto mayor, que la que merece una multitud de palabras ociosas? ¿Por qué esto? Porque hay diferencia entre los mandamientos, y por consiguiente entre las faltas. De suerte, que como yo he

(1) Math. 14.

dicho, la transgresion de los mas grandes mandamientos es reputada mas criminal, y la de los menores mas ligera.

CAPÍTULO IX.

Qué es menester obedecer á los Superiores como á Dios mismo.

19. No es lo mismo respecto de aquellos que mandan. Porque, sea que Dios mismo, ó el hombre que está en su lugar, nos haga un mandato, nosotros debemos obedecer con otro tanto de cuidado, y someternos á él con el mismo respeto (*a*); con tal que el hombre no nos mande cosa contraria á Dios. Pues, si eso sucediera, yo aconsejaria por entonces, que se siguiese sin temor el sentimiento de S. Pedro (1): *Que se debe obedecer á Dios mas bien que á los hombres.* Porque es menester dar esta respuesta de Jesu-Christo (2): *¿Por qué vosotros mismos violais los mandamientos de Dios por seguir vuestras tradiciones?* Y si el hombre que es Superior, se enoja de verse menospreciado por la preferencia que se da á aquel que enseña la ciencia al hombre, es menester sacar el consuelo de la Sentencia de Samuel, que vos tambien habeis alegado; en la qual parece advertir la diferencia que hay entre la lepra y la lepra, quando dice (3): *Si un hombre ofende á otro hombre, se podrá hacer que Dios le sea propicio: mas, si él peca contra Dios, ¿quien podrá orar por él?* Por mi, si yo me hallára en tal extremo que estuviese precisado á ofender á Dios, ó al hombre, escogeria mucho mas antes no ofender á Dios, y esta eleccion sería la mas segura y la mas justa. Pues en la ofensa que yo habria cometido contra tal hombre, hallaria yo mi consuelo en las palabras precedentes del Profeta, que me prometen la gracia de parte de Dios; mas, si yo hubiera

(*a*) Qué poco atienden á esto, aquellos que casi tienen en nada los mandatos de los Prelados! Pero ved y cotejad esta doctrina con el num. 21, 22 y 29, y el Sermon 42 sobre los Cantares.

(1) Act. 5. 29. (2) Math. 15. 3. (3) 1. Reg. 7. 29.

ofendido á Dios, ¿quien seria el que orase por mí? El dirigirme á un hombre, la Escritura no me lo aconseja; al contrario ella me enseña que es maldecido aquel que pone su confianza en el hombre. Con razon pues dice la Escritura (1): *Si alguno ha pecado contra Dios, ¿quien será el que ore por él?* aun todavia en el caso que ella subentienda, que este pecado haya sido hecho por amor del hombre. Porque ni el uno ni el otro de estos dos hombres lo podrá hacer; pues que la oracion de qualquiera que peca, y la de aquel por cuyo amor se hace el pecado, son abominables igualmente delante de Dios, que es ofendido por entrambos. Es preciso pues, buscar para orar una persona que sea capaz tambien de aplacar la cólera de un Dios irritado. Y si hay alguna falta que dé motivo al hombre de ofenderse, quando no se le obedece, ella es mucho menor ó enteramente ninguna, quando ha intervenido alguna razon mas importante para no hacerlo. Por eso, quando se dice: *Si el hombre peca contra otro hombre*, es preciso subentender, por el amor de Dios, porque no hay sino la consideracion de Dios que pueda excusar la ofensa que se comete contra el menor de los hombres, y con mas fuerte razon la que se comete contra el Superior. De otra suerte, esto seria oponerse al sentimiento de San Pablo que dice (2): *De este modo pues, pecando contra vuestro hermano, vos pecais contra Jesu-Christo.* Y por lo que mira á los Superiores, tenemos el testimonio indubitable de la verdad misma, que habla en estos términos (3): *Aquel que os desprecia, me desprecia.* Y respecto de cada particular, el mismo Señor dice expresamente (4): *Guardaos bien de menospreciar uno de estos pequeños.* Yo pido á Dios que él nos preserve de lo que el mismo añade á esto.

20. Pero no conviene hacer un mismo juicio de toda suerte de escándalos. Es preciso considerar de diferente manera los escándalos, que se dán á los pequeños, y los escándalos que los Phariséos toman ellos mismos imprudentemente. Pues, quando los Apóstoles tenian temor por

(1) Ier. 17. 5. (2) 1. Cor. 8. 12. (3) Luc. 10. 16. (4) Matth. 18. 6.

esto, y representaban á nuestro Señor, que estas gentes estaban muy escandalizadas de las palabras de verdad, que les habia enseñado, ellos recibieron esta respuesta (1): *Dexadlos; estos son unos ciegos que guian otros ciegos.* En efecto, sus escándalos son bien diferentes, pues el escándalo de los primeros viene de su ignorancia, mas el de los segundos de su malicia. Aquellos se escandalizan, porque no conocen la verdad, y estos, porque ellos la aborrecen. Y esto es lo que me hace creer, que aquellos son llamados pequeños, á causa de que teniendo una buena intencion, y poco conocimiento, ellos tienen zelo por Dios, pero un zelo, que no es segun la luz de la verdad. Los escándalos de estas personas suelen atraer los cuidados caritativos, y no la cólera de los hombres espirituales, segun el aviso que S. Pablo les dá, quando dice (2): *Vosotros que sois espirituales, instruid estas personas en espíritu de mansedumbre.* Pues seria enteramente una cosa fuera de razon, que los hombres concibiesen indignacion contra aquellos, á quienes Dios tan facilmente hace misericordia. Aun estos que crucificaron á nuestro Señor, sin embargo de que cometieron un grande crimen, siendo, con todo eso, pequeños por el poco conocimiento con que ellos lo hacian, no solamente no sintieron los efectos de la cólera de Dios que ellos habian merecido, sino que merecieron tambien el perdon de su pecado. Y sin duda, ellos hubieran sido dichosos, si segun la palabra de Jesu-Christo (3), no se hubieran escandalizado en él. Mas, ahora que ellos han caido en este escándalo, ¿no son ellos desgraciados, y enteramente dignos de compasion? Esto es lo que parece por esta oracion llena de caridad, que padeciendo Jesu-Christo sobre la Cruz, y compadeciéndose al mismo tiempo de su miseria, hizo á su Padre en favor de ellos (4): *Padre mio*, dice él, *perdonadlos.* Y como si le hubieran preguntado: Qué razon le podia mover á buscar gracia para un delito tan enorme, él añade: *Porque ellos no saben lo que hacen.* Como si dixera: Ellos son tanto mas dignos de perdon, quanto

(1) Math. 15. 14. (2) Galat. 6. 1. (3) Math. 11. 6. (4) Luc. 23. 34.

tienen menos de conocimiento: y lo que me mueve á perdonarlos, es que ellos no me conocen. Pues, *si ellos hubieran conocido al Señor de la gloria, jamas (ellos) le hubieran crucificado* (1). Pero hay otros, á quienes yo no perdono tan facilmente, porque sé, que ellos me han conocido, y no han dexado de aborrecerme, y á mi Padre tambien. Hablando S. Pablo en favor de estos ignorantes, y queriendo infundir terror á los que teniendo mayores luces, no saben, con todo eso, condescender con la flaqueza de los otros: *de este modo*, dice (2), *vuestra ciencia será la causa de la pérdida de vuestro Hermano por quien Jesu-Christo ha muerto.*

21. Y si se debe tener tanto cuidado para no escandalizar los pequeños, ¿quánto mayor se deberá tener para no escandalizar los Superiores? Pues que queriendo Dios en alguna manera igualarlos á sí mismo en los buenos y en los malos tratamientos que ellos reciben, mira el honor y el menosprecio que se les hace, como si se hiciera á él mismo, diciéndoles expresamente (3): *Aquel que os oye, me oye; y aquel que os desprecia, me desprecia.* ¿No es esto tambien lo que nuestra Regla declara, quando dice (4) que la obediencia que se rinde al Superior, es rendida á Dios mismo? Por eso todo lo que el hombre nos manda de parte de Dios, de que no estemos seguros que desagrade á Dios con todo eso, es preciso executarlo con tanta sumision, como si Dios mismo lo hubiera mandado. Porque, ¿qué importa que Dios nos manifieste su voluntad por sí mismo, ó por sus ministros, que sean Angeles, ó que sean hombres? Pero decis vos: Los hombres pueden facilmente engañarse, pensando conocer la voluntad de Dios en las cosas dudosas, y pueden tambien engañar á los otros en los mandamientos que ellos les hacen en estos casos. Mas, ¿qué os importa eso, si vos no sabeis si ellos están en el error? especialmente enseñandoos por otra parte la Escritura (5): *Que los labios del Sacerdote son los depositarios de la ciencia,*

D

(1) 1. Cor. 1. 8. (2) 1. Cor. 8. 11. (3) Luc. 10. 16.
(4) Reg. S. Ben. cap. 5. (5) Malac. 2. 7.

y que todo el mundo debe instruirse de la ley de Dios por su boca, porque él es el Angel de Dios de los Exércitos. Yo digo, que todo el mundo debe instruirse de la Ley por la boca del Sacerdote, no de aquella que la Escritura canónica nos ha enseñado, ó que es evidente por una razon indubitable, pues en estas cosas no debemos esperar el mandato de ninguno, ni escuchar la prohibicion que se nos haga de ello; sino que es menester recurrir á él en las cosas, que de tal manera nos son ocultas, ó que de sí mismas son tan obscuras, que se puede quedar en la duda, si es Dios quien lo quiere asi, ó quien no lo quiere, hasta que estemos asegurados de ello por la boca de aquel que es depositario de la ciencia, y que es el Angel de Dios de los Exércitos. Porque, en fin, ¿de quién mejor podiamos nosotros saber los designios de Dios, sino de aquel á quien están encomendados los mysterios de Dios para dispensarlos? Es preciso pues, que escuchemos á quien para nosotros tiene el lugar de Dios como á Dios mismo, en las cosas que no son abiertamente contra Dios.

22. Y ciertamente nosotros no somos contrarios en esto al Santo Propheta Samuel, como si en estos casos diéramos á los hombres la autoridad que pertenece solamente á Dios, pues que en el lugar citado (1) él hace un perfecto discernimiento de la una y de la otra. Pues él dice solamente, que no conviene hacer en las cosas claras y evidentes lo que nosotros no decimos sino de las cosas dudosas. Como quando él dice: *Si un hombre peca contra otro hombre*, es preciso subentender por el amor de Dios, porque muchas veces los hombres tienen la temeridad de mandar á los otros unas cosas que son manifiestamente contra la voluntad de Dios. Mas, tomando de esto motivo para hacerme una objecion, sosteneis, que si es constante, que se deben mirar todos los mandamientos y ordenanzas de los hombres con el mismo respeto que si ellos fuesen de una autoridad divina; es muy dificil, ó aun imposible, que un hombre

(1) Reg. 2. 25.

hiciese su salud baxo la conducta de otro hombre. Porque parece, que en una multitud tan grande de mandamientos que los Superiores hacen muchas veces sin poner en eso mucho cuidado, es muy difícil, ó imposible no quebrantar algunos de ellos.

CAPÍTULO X.

Que la obediencia religiosa no es molesta ni difícil, sino á los imperfectos, á los rebeldes, y á los carnales; y que ella es suave y facil á todos los otros.

23. Por mí, yo no niego, que haya trabajo en llegar á tal perfeccion, pero él no es sino para aquellos que aspiran á ella con un deseo imperfecto. Es una señal de la imperfeccion del espíritu y de la flaqueza de la voluntad el exâminar demasiado exâctamente las órdenes de los Superiores; dudar á cada mandamiento que se nos hace; pedir razon de todas las cosas; tener mala opinion de todos los preceptos de que no se conoce el motivo; y no obedecer jamas con gusto, sino quando lo que se nos ordena, es conforme á nuestras inclinaciones, ó quando reconocemos por una razon evidente, ó por una autoridad indubitable, que no sería útil ni permitido obrar de otra suerte. Esta obediencia es un poco delicada, ó mas bien es demasiado molesta. Y no es ella la que la Regla nos prescribe por estas palabras (1): *Una obediencia sin tardanza.* Esto es disputar, entonces contra el mandato en la astucia del corazon; y no obedecer en la prontitud del oído. Y es preciso necesariamente, que esta alma carnal no solamente esté cargada, sino que del todo esté oprimida por el peso de esta perfeccion, á que ella aspiraba temerariamente. Porque la carne enferma no puede llevar la carga de Jesu-Christo, que solo el espíritu que es pronto, encuentra suave y ligera; siendo el yugo de Jesu-Christo una carga muy insoportable

(1) Reg. S. Ben. cap. 5.

á todo otro espíritu que al de Jesu-Christo. Y si vos inferis de ahi, que la ley de la Regla ha sobrevenido para multiplicar el pecado, Vos decis la verdad, pero no es la culpa de la ley que ha sido dada, ni de aquel que la dió, sino de aquel que se empeña en ella con indiscrecion, y que la viola con impiedad (1). El mandato es santo y justo, mas debeis advertir, que vos sois carnal, y estais baxo la esclavitud del pecado. Era menester pues, que hubiérais previsto eso, á fin de no echar los fundamentos de esta torre evangélica, antes de haber echado bien la cuenta de si vos teníais los medios necesarios para acabarla. Mas, ¿qué os resta ahora, sino ó obedecer á vuestros Superiores corrigiendo vuestras costumbres, ó con vuestra propia confusion escuchar de aquellos que se burlan de vos (2): *Este hombre comenzó á edificar, y no ha podido acabar?*

24. Mas, acaso me diréis: ¿Qué, se puede encontrar una persona tan perfecta, que no falte algunas veces por sorpresa á algun punto de tantas menudas ordenanzas, que los Superiores hacen muchas veces sin mucho de atencion? No: yo no concederé eso á ninguno, despues que los Apóstoles mismos han hecho esta confesion de su propia enfermedad (3): *Nosotros pecamos todos en muchas cosas.* Y tambien (4): *Si nosotros dixéremos, que no tenemos pecado, nos seducimos nosotros mismos.* Mas, no estamos perdidos, desde luego que faltamos á una cosa ligera; pues la Escritura nos dá este consuelo (5): *Si alguno pecáre, nosotros tenemos por nuestro Abogado á Jesu-Christo, que es justo, y que es la propiciacion por nuestros pecados.* En fin, el Propheta certifica de él (6), que ha orado por los pecadores, á fin de que no pereciesen. Donde es preciso observar muy particularmente, que sin embargo de que él ha orado por aquellos que habian violado la ley de Dios, con todo eso, no dice la Escritura, que haya orado por aquellos que la han menospreciado. Mas, ¿cómo pueden perecer aquellos, por quienes el Señor ora, á fin de

(1) Rom. 7. 14. (2) Luc. 14. 30. (3) Iacob. 3. 2.
(4) 1. Joan. 1. 8. (5) 1. Joan. 2. 1. (6) Isai. 53. 12.

que no perezcan? Asi, yo no veo, qué motivo háyais podido tener para exâgerar tan fuertemente la menor desobediencia que se comete contra los mas leves mandamientos, hasta el punto de decir: ¿Cómo los Monges pueden cometer algun pecado que sea venial y ligero, pues que todas sus acciones están expuestas al crímen de la desobediencia? Pero vos creeis, que se debe sacar esta consequencia de lo que nosotros hemos dicho, es á saber: Que es preciso considerar los mandamientos de los Superiores, como si fuese Dios quien los hubiese hecho: Como si no se hallase una muy grande diferencia entre los preceptos mismos del Evangelio, asi por el mérito de su observancia, como por el peligro de su violacion.

CAPÍTULO XI.

Que no siendo semejantes todos los mandatos, es tambien diferente la transgresion que se hace de ellos.

25. En lo demas, asi como es cierto, que todos los mandamientos no son igualmente ó necesarios, ó útiles, ó importantes, asi tambien no se debe hacer el mismo juicio de la culpa que se comete violándolos; porque siendo los pecados diferentes, los peligros que de ellos se pueden seguir, no deben ser semejantes. Tampoco es igualmente culpable el hombre, que no cuida de observar aquellos que no nos son intimados con un mismo cuidado; é igualmente no se castigan con una misma pena. Por exemplo: el Evangelio condena los excesos de la boca, y tambien los pecados infames de lascivia. Pero, ¿quién es aquel que considerando la qualidad de estos dos crímenes, no tenga mas horror de la infamia del segundo que de la deformidad del primero? En fin, ¿no vemos que la Verdad en el Evangelio (1) baxo los nombres de viga y de paja hace una grande diferencia entre las pequeñas y las grandes culpas de la desobediencia? ¿No aprendemos nosotros por las pro-

(1) Math. 7. 6.

posiciones, ó mas bien por los juicios que él hace de esto, los grados diferentes de las penas, que merece cada pecado, quando él declara (1), que el uno es culpable de juicio, el otro de consejo, el otro de infierno? ? Como pues, se puede sacar una conseqüencia necesaria, que si se concede que los mandatos de los Superiores tienen una autoridad divina, no se encontrarán faltas veniales y ligeras en la vida de los Monges, pues que todas sus acciones estarán expuestas al crímen de la desobediencia? Yo quiero, que lo que está condenado á un infierno de suplicio, ó al suplicio de un infierno, sea un crímen; pero ¿qué suerte de crímen podremos nosotros atribuir á la accion, que la Verdad misma no juzga culpable sino de juicio? No podemos negar, con todo eso, que sea culpa, lo que hace culpable á una persona. Si ello es culpa, es tambien pecado. Pues, no hay pecado que no sea contra el mandamiento de Dio; : y lo que es contra el mandamiento de Dios, es una pura desobediencia.

26. De aqui se infiere, que enojarse contra su hermano, es una desobediencia, y no un crímen. Ved ahi pues, como hemos encontrado uno de los pecados veniales y ligeros, que un Monge puede cometer, y que consiste no en la violacion del mandato de un hombre, sino del de Dios. Yo pongo todavia en esta clase de pecados estas conversaciones vanas y de chanza, que se tienen algunas veces, y toda suerte de palabras, de acciones, y de pensamientos ociosos. Pues todas estas cosas no se hacen nunca sino contra un mandamiento, y un mandamiento de Dios tambien : pues que son pecados, y Dios prohibe toda suerte de pecados. Con todo eso, son pecados veniales y no crímenes; á no ser que por el menosprecio pasen á habitud y costumbre. Y entonces, no tanto se considera el pecado como la intencion del que peca. Pues la soberbia de aquel que desprecia, y la obstinacion de aquel que permanece en la impenitencia, hacen que las culpas que se cometen contra los mas pequeños mandamientos, no sean pequeñas, y truecan muchas veces una ligera deso-

(1) Math. 5. 22.

bediencia en una rebeldia criminal. En fin, si quereis saber en qué consiste principalmente el crímen de la desobediencia, aprendedlo de Samuel (1). *La resistencia*, dice él, *que se hace al mandato, es como un pecado de mágia, y no querer someterse, es como un crímen de idolatria.* El no dice meramente no someterse, sino *no querer someterse*, á fin de que no se tome la mera transgresion, sino la resistencia de un espíritu orgulloso, por un crímen de idolatria. Pues no querer obedecer, y no obedecer no son una misma cosa, viniendo esto muchas veces ó de ignorancia, ó de flaqueza, y aquello de una terquedad odiosa, ó de una insolencia insoportable. No querer someterse es resistir al Espíritu Santo, y si eso dura hasta la muerte, es una blasfemia, que no se perdona ni en esta vida, ni en la otra. No toda transgresion pues de un precepto hace una desobediencia criminal, sino el resistir á él, y no querer obedecer. Mas, ¿quántos hay que no obedecen, sin tener, con todo eso, esta mala y rebelde voluntad? Y ¿cómo se puede imputar el crímen de desobediencia á un Monge, si es cierto que sin crímen cae en ella, todas las veces que él traspasa un mandato sin este espíritu de rebeldia y de resistencia?

27. Tampoco hay fundamento para que algunos comparen, como vos decis, todo género de desobediencia con esta antigua que fué cometida por el primer hombre en el parayso terrestre (2). Pues ella fué capaz, no solamente de hacer su persona criminal, sino tambien de infestar toda la naturaleza humana. Yo creo, con todo eso, que toda la enormidad de esta primera y maxima desobediencia no vino de otra parte ó vino principalmente de la rebeldia que Adam y Eva manifestaron en defenderse, quando preguntándoles Dios por qué se habian dexado ir al pecado, á fin de atraerles á penitencia, (pues él no deseaba su muerte, sino su conversion y su salud) quisieron mas torcer su corazon hácia las palabras de malicia, para excusar su pecado con un nuevo crímen. Y á la verdad, esta malicia era doble en el pecado de Adam: la primera, en

(1) 1. Reg. 5. 23. (2) Gen. 3. 17.

lo que le faltó de compasion por sí mismo, no queriendo confesar su culpa para obtener el perdon: la segunda, en que él acusó á su muger con inhumanidad, tirando á defenderse con una excusa falsa y engañosa.

28. En fin, ¿de donde viene, que Vos decis, que todas las acciones de un Monge están expuestas al crímen de la desobediencia, como si ella les sorprendiese secretamente sin que él pensase en ello, ó que él fuese tan desgraciado que cayese en ella por hazar; ó que no pudiendo cumplir lo que se le manda, se le acusase injustamente de no haber hecho lo que era para él imposible? ¿De este modo pues, se imputa á los Monges el crímen de la desobediencia, despues que esta antigua desobediencia, tan famosa y tan perjudicial, hubiera obtenido facilmente su perdon, si Adam hubiera reconocido su culpa en vez de defenderla? Tambien, como ya hemos dicho, la mera transgresion del precepto, aunque hecha de propósito deliberado, no le hizo tanto mal como la terquedad, que él manifestó inventando nuevas excusas para cubrir su pecado.

CAPITULO XII.

Que la desobediencia es igualmente diferente en la Regla de las Religiones, como lo es en la de Dios.

29. Mas ¿acaso es solamente preciso hacer esta diferencia entre las ligeras y las grandes desobediencias en la Ley de Dios, y no en nuestra Regla? Pero, ¿quién osaria decir, que se debe deferir mas á las disposiciones de los hombres que á las de Dios, y que se debe hacer mas aprecio de lo que él manda por sus Siervos, que no de lo que él manda por sí mismo? ¡Mas ¿el mismo San Benito (1) no hace reglamentos diferentes, y particulares para cada falta, ordenando diversas penas por las pequeñas que por las mas grandes culpas? Porque, ¿qué es

(1) Reg. S. Ben. cap. 24 y 25.

es una ligera culpa, sino una ligera desobediencia? Es constante pues, que los Superiores hacen algunas veces reglamentos y mandatos de menor importancia, cuya violacion hace la culpa mas ligera, segun la Regla, y que es, con todo eso, una ofensa contra Dios todas las veces que se desobedece á su Abad. Tampoco todos los mandatos que Dios nos ha dado de su propia boca, son todos iguales; y por tanto no hay obligacion de tener una misma exâctitud en cumplirlos todos. Pero es preciso seguramente poner otro cuidado en cumplir aquel, que él mismo declara (1) ser *el primero y principal mandamiento*, que otros de que él hace discernimiento, quando dice (2): *Aquel que violare uno de mis menores mandamientos.* ¿Qué pues? La Regla nos enseña, que hay culpas ligeras y culpas grandes; y nosotros leemos en el Evangelio, que hay grandes y hay pequeños mandatos, y ¿querremos sostener, que todas las violaciones que se hacen de los unos y de los otros, son todas iguales é igualmente importantes? No es pues necesario concederos lo que decis, es á saber, que no se debe recibir como de la parte de Dios todo lo que los Superiores nos ordenan y que no sea contrario á las órdenes de Dios; ó que los Monges no cometen jamas faltas ligeras y veniales. Porque, aunque todas las veces que ellos quebrantan las órdenes de aquel que tiene el lugar de Dios, y que no son contra la justicia, ellos sean convencidos de que desobedecen á Dios, como yo confieso: con todo eso, asi como no se exîge un cuidado mismo en la execucion de todas las ordenanzas, asi no se comete una culpa igual en la violacion que de ellas se puede hacer. Y es la razon; porque, aunque no sea sino una misma persona la que queda ofendida, sin embargo, las cosas que nos son mandadas, no son todas de una misma importancia. Y por tanto no debe ser tenida su transgresion por igualmente dañosa y criminal. De donde viene tambien que nuestro Padre San Benito dice (3), *que la medida de la*

(1) Math. 22. 28. (2) Math. 5. 19. (3) Cap. 24.

excomunion se debe tomar de la grandeza de la culpa cometida.

30. Sin fundamento pues, como podéis ver, tomais espanto, ó le queréis causar á otros tocante á la promesa de la obediencia que haceis al profesar la Regla, como si no se debiera prometer una cosa, que no se puede guardar de todo punto, ni violar sin crímen, puesto que sea constante, que se debe recíbir como de Dios todo lo que el hombre, que tiene su lugar, nos manda, siendo ello justo y razonable. Sin fundamento, vuelvo á decir, tomais motivo de exâgerar tanto el mal de la desobediencia, que apartais á otros de un bien tan necesario como es el voto de la obediencia. Porque, sin embargo de que en tan grande multitud de ordenanzas que los Superiores hacen, sea dificil evitar en todos los casos todas las sorpresas y atractivos de la desobediencia, como Vos decis, con todo eso, todas las culpas que se cometen desobedeciendo, no son siempre crímenes que merezcan la condenacion. Pues, bien que toda desobediencia haga al hombre culpable y sin excusa, con todo eso, no es castigada con damnacion eterna, sino aquella que no es curada con el remedio de la penitencia. Y no hay alguna que sea mortalmente criminal, sino aquella que está acompañada del desprecio que causa el orgullo. Asi, veis ahi un motivo de grande seguridad para los hijos de la obediencia, y de grande paz para los hombres de buena voluntad, pues que en todo lo que mira á la obediencia, no hay sino sola la impenitencia que merezca la damnacion, y de que no es capaz aquel que ama á Dios: y no hay sino sola la soberbia que sea criminal, de la qual se preserva facilmente quien teme los suplicios eternos. Pero los exemplos aclararán mucho mejor lo que yo digo. Si sucede pues, que habiéndome mandado mi Superior guardar el silencio, se me escapa una palabra por descuido, confieso que soy culpable de una desobediencia, pero venial solamente. Pero, si por desprecio del mandato que me ha sido impuesto, yo me dexo llevar de propósito deliberado y con conocimiento de causa á hablar, y rom-

per la ley del silencio, entonces yo me hago prevaricador, y cometo un crímen. Y si permanezco en esta impenitencia hasta la muerte, yo he pecado con riesgo de mi condenacion.

CAPÍTULO XIII.

Refuta el sentimiento de algunos Monges, que exâgeraban demasiado las dificultades, y la imposibilidad pretendida de la Obediencia.

31. ¿Teneis todavia este sentimiento por demasiado rigoroso? Pues, si yo bien me acuerdo, estos son vuestros propios términos, quando consultando la dificultad, ó como á Vos os parece, la imposibilidad de guardar la obediencia, ó de evitar la desobediencia, haceis esta exclamacion sobre el estado de la vida monástica. »¿Es es»te camino para ir á Dios, que es tanto mas ventajoso »quanto mas estrecho, y tanto mas seguro quanto mas »dificil; en el que el Religioso que á causa de la flaqueza »comun á todos los hombres apenas es bastante fuerte »para obrar lo bueno, y huir lo malo que él conoce por »la luz natural, está obligado á poner no menor cuidado »para evitar que para cumplir, lo que será del agrado del »Superior prohibirle ó mandarle? Pues, teniendo esta idéa »muchos de los inferiores, y no observándola enteramen»te sino muy pocos ó ninguno; ¿qué otro efecto produci»rá esta opinion, sino aquel que era causado por la li»bertad que se tomaban, aquellos que comian manjares »inmolados á los Ídolos, tan fuertemente reprendida por »el Apóstol?» (1) Ciertamente esto no seria otra cosa, si fuera verdad lo que vosotros decis. Porque aquel que no cree cumplir todo lo que él cree estar obligado á executar, no está absolutamente seguro en su conciencia. Vos juzgais pues, por reducir en poco toda la substancia de vuestro discurso, que es muy dificil cumplir enteramente todos los mandatos de Dios, y que es imposible guardar

(1) 1. Cor. 8. 7.

todos los de su Abad, aunque la verdad misma declara (1), que *ellos serán cumplidos hasta el ultimo punto.* Pero vos me perdonaréis, si yo os dixere, que quien tiene este sentimiento, no ha gustado todavia, á mi parecer, quan dulce es el Señor: que él gime todavia baxo del yugo de la ley: que él no respira todavia en la libertad de la gracia: qué él no ha probado aun la dulzura del yugo de Jesu-Christo; y asi, que él está todavia abatido en la enfermedad de la carne, porque el espíritu no sostiene su flaqueza.

32. Mas ¿qué quiere decir esta distincion que Vos haceis, quando abanzais, que es muy dificil cumplir todos los mandamientos de Dios, y que es del todo imposible guardar enteramente todas las cosas ordenadas, ó vedadas por los Superiores particulares? Como si se pudieran enteramente guardar los primeros, sin guardar al mismo tiempo los segundos. Pero, si Vos poneis atencion en ello, el precepto de Dios comprende tambien los Superiores, cuya conducta es defectuosa, pues que él mismo dice (2): *Haced todo lo que ellos os dicen.* Es pues evidente, que aquel que no lo hace, es transgresor no solamente contra los ordenamientos de un hombre, sino contra los de Dios. Mas ¿qué? ¿Es verdad, que nadie cumple perfectamente los mandatos de su Superior? Hé ¿qué razon teneis Vos para creer eso? ¿Es porque nosotros no lo podemos, ó porque no lo queremos? Pero, si lo queremos, y no lo podemos, nosotros estamos seguros. Si nosotros lo podemos, y no lo queremos, somos convencidos de nuestra soberbia. Pues, para evitar esta soberbia, yo confieso, que es necesaria esta vigilancia, de que habeis hablado de temor de no caer en el crímen de la desobediencia. Y si Vos creeis, que es imposible no resistir algunas veces con un menosprecio mezclado de soberbia á los mandatos de los Superiores, sabed que hay no un pequeño número, sino una infinidad de Religiosos que tienen otro sentimiento del todo diferente de este, y del qual ellos tienen la prueba por su propia experiencia. Y si vos juzgais, que

(1) Math. 5. (2) Math. 23. 3.

á la verdad no es imposible, pero que es muy difícil no despreciar los Superiores, y que despreciándolos, porque Vos no quereis humillaros, murmurais contra la Ley de la obediencia, sosteniendo, que hay peligro en prometer lo que cuesta tanta pena executar, yo os respondo á eso, ó mas bien Jesu-Christo, y no yo (1): *El que puede comprender esa palabra, la comprenda.* Pues esto es lo que mas arriba decia yo, que antes de comenzar vuestro edificio, debiais haber meditado bien si teniais con qué acabarle. Mas, ahora en el estado en que os hallais, yo os diré lo que otro tiene dicho ya: O no debiais haber comenzado, ó es menester hacer todo lo posible para acabarlo. Es cierto, con todo eso, que aquel que hace profesion de la Regla con la precaucion que él debe poner en ello, no promete, que él no violará el menor punto de ella en lo sucesivo, es decir, que él no cometerá ninguna falta. De otra suerte, ó aquel que hace asi sus votos, seria con el tiempo perjuro, ó seria mas Santo que el Apóstol Santiago, que dice (2): *Nosotros pecamos todos en muchas cosas.* Y si esta conseqüencia os parece falsa, es preciso considerar bien lo que se ha dicho antes; no sea, qué la ley, que ha sido dada para reprimir los pecados, no solamente no los reprima, sino que los aumente, añadiendo á ellos el crímen de perjurio, si queremos prometer por nuestros votos mas que de ningun modo podemos cumplir.

33. Por eso es necesario, que nosotros dividamos en dos miembros todas las observancias regulares, es á saber, en Preceptos, y en Remedios. Por los preceptos se establece la conducta que se debe tener para evitar el pecado: y por los remedios se restablece la inocencia que estaba perdida por el pecado. Pues, nuestra Profesion de tal modo comprende estas dos cosas, que si despues de nuestros votos, habiendo cometido alguna falta contra alguno de los mandatos de la Regla, nos servimos de los remedios que nos están prescritos en la Regla misma; aunque seamos convencidos de haber violado su observancia, no

(1) Math. 19. 12. (2) Jac. 3. 2.

somos juzgados, con todo eso, transgresores de los votos que nosotros hicimos por nuestra Profesion. Asi, yo creo, que aquel solo que ha menospreciado el precepto igualmente que el remedio, es culpable de haber quebrantado su voto, violado su empeño, y contravenido al pacto que él habia hecho. Ni yo pongo dificultad en que debe quedar sosegado, aquel que sin embargo de que traspase algunas veces los límites de la obediencia, no desecha, con todo eso, el remedio de la penitencia que se le aconseja. Porque se puede decir, que éste no sale de los límites de la Regla contra la qual comete faltas, desde que se somete voluntariamente á todo lo que la Regla ordena para la punicion de su exceso. Pues la disciplina regular es una parte de la Regla, por la qual no solamente aprendemos nosotros á tener una vida buena, sino tambien á corregir una mala. La obediencia encuentra aqui preceptos, y la desobediencia remedios; de tal suerte, que no se dexa la Regla aun entonces mismo quando se peca contra la Regla. Yo confieso, que es imposible á un hombre mortal no pecar algunas veces, á lo menos venialmente, contra los preceptos de la obediencia. Mas, no hay ahora por qué quexarse de esta imposibilidad, pues la Regla misma nos dá los remedios de corregir los crímenes que se hayan podido cometer contra sus ordenanzas tambien. Es pues cierto lo que decis, que nadie puede del todo observar todos los mandatos de sus Superiores; pero hay culpas de desobediencia, que son ligeras, y que hallan facilmente su curacion en la Regla misma, quando no están acompañadas del desprecio. Y si sosteneis que este desprecio no ha sido jamas separado de ellas, os engañais, porque la prevision de la Regla no ha dexado aun esta especie de desobediencia sin remedio. Y aunque ella tenga necesidad de un remedio mas fuerte, con todo eso, no está el Monge tocado del mal de la rebeldia, sino quando llega á despreciar el remedio mismo.

34 Siendo esto asi, no hay razon para que haciendo nosotros profesion de la Regla, nos quexemos de la imposibilidad de guardarla. Y es en vano que nos lisonjeemos de la necesidad en que pretendemos estar de pecar, á fin

de persuadirnos por consiguiente, que no se deben respetar los justos mandatos de nuestros Superiores, como que vienen de Dios mismo, sino menospreciarse como que vienen de los hombres: de temor de que no parezca, que nuestra Profesion nos empeña á cosas imposibles, si nosotros estamos obligados á obedecer á los hombres como á Dios mismo. En efecto, ¿quién ha hecho esta profesion, y encuentra que le sea imposible, ó mas antes no encuentra, que le es muy fácil con la gracia de Dios evitar el pecado, pues que no es la desobediencia, sino la impenitencia lo que le hace criminal? Pues, como yo he dicho ya, no hay uno entre aquellos que hacen los votos, que prometa no mas pecar; y asi, él no se hace rebelde desde el momento que él desobedece en alguna cosa: á no ser que él imagine falsamente, que está obligado á ella por sus votos; como vos decis que algunos se han encontrado, que tenian esta persuasion. Y si por ventura hay algunos de estos en el modo que Vos decis, sin duda el juicio que vos haceis de ellos, es muy verdadero por consiguiente; es á saber, que esta demasiada credulidad, ó mas bien crueldad, que ellos tienen en seguir sus propios sentimientos, no produce otro efecto en sus conciencias que aquel que la peligrosa libertad de los que comian de los manjares ofrecidos á los Ídolos, producia en la de otros. Porque es preciso necesariamente, que aquel que está en esta persuasion, se pierda por su propia phantasia; del mismo modo que como el Apóstol declara, los fieles que eran todavia débiles, se perdian por la creencia, que ellos daban al conocimiento de los otros. Y asi como el mismo Apóstol enseña (1), que lo que se recibe con accion de gracias, no es impuro sino para aquel que piensa, que es impuro; asi la Profesion Religiosa á nadie empeña por sí misma (2) en la damnacion, sino á aquel que cree haber en ella un empeño semejante (3). Mas, yo juzgo, que hemos manifestado ya bastante lo que se debe tener por verdadero en esta opinion.

(1) 1. Cor. 18. (2) Rom. 14. (3) 1. Tim. 4.

CAPÍTULO XIV.

De donde viene que la conciencia errónea no convierte el mal en bien, como el bien en mal.

35. Es menester ahora, que yo responda á la breve pregunta, que Vos me habeis hecho con motivo del precedente pasage del Apóstol San Pablo tocante á las viandas inmoladas á los Ídolos (1): *Yo creo que no hay nada de impuro en Jesu-Christo, sino para aquel que cree, que hay alli alguna cosa impura.* Y tambien (2): *Si él come de esto, él es culpable de damnacion, porque él no obra segun su creencia.* Vos me preguntais, repito, si estas dos Sentencias pueden servir de regla general: en manera, que las buenas acciones se hagan malas para aquel que cree, que ellas son malas, y que ellas sean otro tanto malas como él estuviere persuadido que lo son. Y si yo soy de este mismo sentir, vos continuais en preguntarme, por qué, al contrario, las buenas acciones que nosotros hacemos, no son tan buenas como nosotros lo creemos, aunque falsamente. Pues vos teneis por una cosa extraña, y aun injusta, que el juicio de los hombres tenga mas fuerza en el mal que en el bien. Si yo respondo, que se cree asi en quanto á lo malo á causa de la malicia del ojo, al punto me replicaréis, que se debe tener el mismo sentimiento tocante á lo bueno, á causa de la simplicidad del ojo, es decir, de la pureza de la intencion. Pues aquel que ha dicho (3), que si nuestro ojo está corrompido, todo nuestro cuerpo será tenebroso, nos ha declarado tambien, que si nuestro ojo fuere sencillo, todo nuestro cuerpo será luminoso. Pero reparad bien si quizá el ojo que se engaña, no es verdaderamente sencillo. Y se engaña efectivamente, asi el que juzga que el bien es mal, como aquel, que reputa el mal por un bien. Pues vos sabeis, que ninguno de los dos puede evitar esta maldicion del

(1) Rom. 14. id. (2) Id. 28. (3) Math. 6. 22.

del Propheta (1): *Ay de vosotros que decis, que el bien es mal, y que el mal es bien!* Con todo eso, ninguno habria que quisiese evitar una maldicion (*a*), que la Verdad misma declara ser *la luz* de todo el cuerpo, es decir, de la accion. Mas, no quiera Dios que el Predicador de la Verdad sea contrario á la Verdad, y que él maldiga lo que ella aprueba.

36. Por mí, yo juzgo, que para que el ojo interior sea sencillo, tiene necesidad de dos cosas, es á saber, de la caridad en la intencion, y de la verdad en la eleccion de lo que se debe hacer. Pues, si él tiene amor á lo bueno, y no hace eleccion de lo verdadero, tendrá ciertamente el zelo de Dios, mas este zelo no será segun la ciencia: y yo no sé como la sencillez, juntada á la falsedad, podrá pasar por verdadera al juicio de la Verdad. Porque, queriendo la suprema Verdad enseñar á sus discípulos la verdadera sencillez, les dice (2): *Sed prudentes como las serpientes, y sencillos como las palomas.* Asi, él puso la prudencia la primera, sabiendo que ninguno sin ella puede ser verdaderamente sencillo. En efecto, ¿cómo puede el ojo ser verdaderamente sencillo, si ignora la verdad? O ¿cómo esta sencillez puede ser verdadera, quando la verdad sencilla no la reconoce? pues que escrito está (3), que *aquel que ignora, será ignorado.* Es constante pues, que esta sencillez, que es loable de sí misma, y que ha sido loada por Jesu-Christo, no puede subsistir sin estas dos cosas, es decir, sin la buena voluntad, y sin la prudencia; á fin de que el ojo del corazon no sea solamente bueno para no querer engañar, sino que tambien sea prudente para no ser él mismo engañado.

(1) Isai 57. 22.

(*a*) Este lugar parece obscuro. S. Bernardo prueba en él, que la buena intencion, la qual es la luz de una obra, no vale lo mismo para lo malo que para lo bueno. Y él razona como de esta manera: Aquella intencion sobre lo que es malo, ó es el ojo sencillo, ó no. Si lo es, dice él, con todo eso incurre aquel ay del Propheta contra aquellos que llaman bien al mal: y por otra parte nadie querria evitar esta maldicion, siendo esta intencion aquel ojo sencillo, que la Verdad alaba en el Evangelio.

(2) Math. 10. 48. (3) 1. Cor. 14. 3.

37. En lo demas, asi como el amor de lo bueno, y el conocimiento de lo verdadero son dos cosas excelentes, que hacen toda la sencillez del ojo, asi tambien hay dos males, que le corrompen enteramente, es á saber la Ceguedad que le estorva conocer la verdad; y la Perversidad, que le hace amar la injusticia. Pues entre estos dos bienes, que no permiten, que él engañe, ni que sea engañado; y entre estos dos males, que hacen que él engañe, y que sea engañado, se hallan dos medios; el uno que es bueno; el qual sin embargo de que el ojo interior pueda ser engañado por la ignorancia de la verdad, con todo eso el zelo, que él tiene por lo bueno, hace que él no pueda jamas querer engañar á nadie: y el otro que es malo; por el qual, aunque no se le quite el conocimiento de la verdad, él queda, con todo eso, insensible por su malicia al amor del verdadero bien.

38. Mas, porque siempre se conocen mejor las cosas dividiéndolas; segun este doble mal, y este doble bien, de que vamos hablando, conviene que dividamos el ojo del corazon en quatro miembros: en aquel que es bueno, y en aquel que es todavia mejor; y en aquel que es malo, y en otro que es todavia peor: lo que haremos mas claro por los exemplos. Hay quienes aman lo bueno, y hacen lo malo sin conocerlo. El ojo de estos es bueno, porque es recta su intencion; pero no es sencillo, porque está ciego. Hay otros, que hacen lo bueno con buena voluntad, y que le distinguen con prudencia: y yo digo con razon, que el ojo de estos es sencillo verdaderamente; porque él tiene dos bienes necesarios, que son el buen zelo, y la ciencia verdadera. Este, sin duda, es el ojo, que Dios busca (1), quando él considera los hijos de los hombres *por ver si hay alguno que le conozca, y que le busque.* Hay otros por el contrario, que no teniendo alguna aficion á lo bueno, están enteramente pervertidos por su malicia; pero que siendo hábiles para hacer lo malo, no están, con todo eso, ciegos por la ignorancia. Yo no diré todavia, que estos son enteramente malos,

(1) Ps. 13. 9.

pues les queda todavia un bien que es la ciencia, aunque esto sirva á su propia condenacion. En fin, hay otros, que hacen algunas veces sin conocerlo, un bien que ellos no aman. Y estos son propiamente aquellos que yo llamo absolutamente malos, porque ellos tienen todo á un tiempo los dos males, que hemos dicho, la ceguedad, y la malicia. Estos pues, son llamados verdaderamente malos, porque no tienen algun bien en sí, estando absolutamente destituidos de entrambos, es decir, asi del conocimiento de la verdad como del amor á lo bueno. Asi, hay un ojo que es bueno, el qual á la verdad no se determina jamas á engañar á otro, pero es fácil, como nosotros hemos dicho, de ser engañado él mismo. Este es aquel del qual habla el Propheta (1): *Ephraim se ha hecho como una paloma seducida que no tiene inteligencia.* Hay otro, al qual Jesu-Christo llama sencillo, que es igualmente tan poco capaz de engañar como de ser engañado, y del qual él queria instruir los Apóstoles, quando les decia (2): *Sed prudéntes como las serpientes, y sencillos como las palomas.*

39. El tercer ojo que es simplemente malo, es aquel que toma placer en engañar á los otros, pero que no se dexa facilmente engañar. Este ojo es el de aquellos, de quienes habló el Hijo de Dios, quando aseguró (3), que ellos son mas prudentes en su conducta, que los hijos de la luz. En fin, el quarto es aquel, que nosotros hemos definido absolutamente malo, porque él lo es dobladamente, produciendo á su ignorancia su malicia, y cubriendo á su malicia su ignorancia: de tal suerte, que algunas veces sin pensar en ello, no hace todo el mal que queria hacer, y hace el bien que él no querria. El mal corazon de estas personas está enteramente obscurecido, y como entregados á un sentido reprobado ya, no pueden en manera alguna ni conocer, ni amar el bien. Estos son de quienes está escrito (4): *Quando el impio ha venido al profundo del abysmo del pecado, él lo desprecia todo.*

(1) Oseæ 7. 11.
(2) Math. 10. 25.
(3) Luc. 16. 2.
(4) Prov. 18. cap. 9.

Pues aquel que se halla en este estado, no querria evitar lo malo, quando el pudiera, y no sabe el medio de evitarlo, quando él lo querria. Con razon pues en la division, que yo acabo de hacer, he notado, que este ojo era mucho mas malo que el otro, no porque él tenga mas de malicia, sino porque es mucho mas peligroso. Pues la ignorancia le hace mas seguro, y la seguridad mas negligente, aunque no mas malicioso. Con todo eso, él es absolutamente mucho peor que el otro, por quanto el primero no está acompañado sino de un solo mal, que es su mala intencion, en vez de que este á mas de esta mala calidad tiene tambien el error y el extravio de espíritu. El primero, está privado de uno de los dos bienes; y el segundo está ademas privado del otro bien, que es el verdadero juicio. Pues, de este ojo el peor de todos, que no tiene ni el uno ni el otro de estos dos bienes; é igualmente de este ojo el mejor de todos, que tiene entrambos bienes juntamente, debemos creer, que la Verdad encarnada ha querido hablar, quando ella ha dicho (1): *Que todo el cuerpo era tenebroso ó luminoso.* Porque los otros dos ojos que no tienen cada uno ni los dos bienes, ni los dos males juntamente, no son capaces de iluminar ó de obscurecer enteramente todo el cuerpo, sino solamente alguna de sus partes.

40. Y si (por volver á nuestra primera qüestion) el ojo verdaderamente malo es aquel que, estando pervertido y ciego todo á un tiempo, hace lo bueno quando él juzga que es lo malo, es cierto por consiguiente, que haciendo lo bueno de esta manera, y siendo mala su intencion, convierte el bien en mal contra sí mismo, y que este mal es tan grande como él lo juzga, segun esta sentencia de nuestro Señor: *El ojo malo hace todo el cuerpo tenebroso.* ¿Ni como se podria encontrar luz alguna, donde no se encuentra ni buena intencion, ni juicio verdadero? Mas, no conviene sacar de aqui una conseqüencia por la que se infiera, que aquel que por el contrario

1 Math 6. 23.

hace lo malo, pensando que hace lo bueno; puede hallar su intencion conforme á su pensamiento. ¿Por qué motivo? Porque este ojo no es verdaderamente el ojo sencillo, de que hemos hablado, el qual al juicio de la Verdad misma *hace todo el cuerpo luminoso.* Pues no está todavia exênto de tinieblas, obscureciendo la ignorancia de la verdad á la luz de la buena voluntad. Asi, porque emtrambos males se encuentran en el primero, y entrambos bienes no se encuentran en el segundo, ¿no es justo decir, que el primero es mucho mas dañoso que el segundo? Pues no hay apariencia de que un solo bien tenga tanta fuerza para producir un buen efecto, como dos males para producir uno malo. Ciertamente, yo confieso que la buena intencion es digna de alabanza, y que la buena voluntad, aunque empeñada en una accion que no es buena en sí, no dexará de recibir la recompensa, que ella ha merecido; mas, con todo eso, la simplicidad que es seducida, no estará del todo exênta del mal. ¿Por qué asi, me decis vos? ¿No ha obrado ella segun la creencia que tenia? Yo no dudo de eso; pero su creencia no era verdadera, ó por mejor decir, ella no ha obrado con fè, pues una fé falsa no merece el nombre de fé. En fin, yo juzgo, que de esta fè verdadera, y no de la falsa, habló el Apóstol, quando dixo (1): *Todo lo que no es de la fé, es pecado.* No es verdadera fé el creer que esto que es malo, sea bueno, pues que es una falsedad, y por consiguiente un pecado. Asi, este texto del Apóstol: *Todo lo que no es de la fé, es pecado*, lo comprende todo igualmente, es decir, la malicia que está ciega, y la inocencia, que está viciada: porque la mala intencion condena absolutamente á quien hace lo bueno sin conocerlo; y la buena intencion no excusa del todo á quien hace lo malo sin saberlo. Por eso, sea que vos creais, que el mal que vos haceis, es un bien, ó que el bien que haceis es un mal, pecais en lo uno y en lo otro, porque no obrais por la fé: sin embargo de que sea cierto, que el pecado es mucho mas ligero, quando siendo buena

(1) Rom. 14. 1.

la intencion, no hay mas que la accion exterior que parezca reprensible, que no quando se encuentra una mala intencion en una accion que es buena en apariencia. Pero lo que no está exênto de algun pecado por pequeño que él pueda ser, no es un puro bien. ¿Cómo pues se puede comparar un bien que no es puro, con un puro mal en sus efectos, en manera que aquel sea poderoso para el bien, como lo es este para el mal? Pero ya es bastante detenernos en esta qüestion, pues que por otra parte hemos satisfecho plenamente las precedentes. Ello es cierto, que vosotros volveis á proponer muchas veces unas mismas dificultades, mas yo no estoy obligado á resolver las cosas tantas veces como Vos las repetis. Basta haber satisfecho una vez á todo lo que tantas veces ha sido propuesto.

CAPÍTULO XV.

Si la desobediencia tiene tanta fuerza para desmerecer como la obediencia para merecer.

41. Al proponer vuestras dudas sobre la obligacion de la obediencia, y los diversos grados de la desobediencia, habeis caido por incidencia en la qüestion del mérito y del demérito de la una y de la otra. Es á saber, si en toda suerte de mandato el demérito de la desobediencia, es tan grande como el mérito de la obediencia. Por exemplo (1), si quando Abraham recibió el mandato de inmolar su hijo, ó yo no sé qual otro Padre de echar el suyo en un horno encendido, si estos dos Padres, repito, hubieran irritado otro tanto la cólera y la venganza de Dios contra ellos con no obedecerle, como ellos han merecido alabanzas y gracias de él por haber sido fieles en obedecerle. Eso os parece desde luego rigoroso y necesario; pero no es asi. Porque es cierto, que hay acciones que se pueden hacer con gloria, y que se puede no hacerlas sin pecado. Y por tanto, ellas merecerán recompensa, si se

(1) Gen. 22. 2.

hacen; aunque no deban ser castigadas, si no se hacen. Asi, hay mucho mérito en no tocar una muger, aunque no hay ningun pecado por esto en un marido respecto de la suya propia. De esta naturaleza son todas las cosas, á que se puede aplicar este texto de la Escritura (1): *Aquel que puede comprenderlo, lo comprenda.*

42. Hay otras por el contrario, que no se puede descuidar de ellas, sin hacerse el hombre culpable, aunque no se adquiera nada de gloria, poniéndolas por obra: que condenan aquel que las menosprecia, aunque no honran al que las practica. De esta especie son todas las que Dios manda á los hombres por las leyes públicas, sin las quales ellos no pueden ser salvados. De donde viene este dicho de un Pagano (2): Yo no he robado: tu no serás pues, el pasto de los cuervos en el patíbulo. Y en el Evangelio se dice (3): *Si no amais sino aquellos que os aman á vosotros, ¿qué recompensa podeis pretender? Y si no saludais sino á vuestros hermanos, ¿qué ventaja teneis sobre los demas?* En fin, en él se dice generalmente (4): *Quando vosotros háyais hecho todo lo que os ha sido mandado, decid en vosotros mismos* (5): *Nosotros somos unos siervos inutiles, hemos hecho todo lo que debemos hacer.* Como si él dixese: Si os contentais con las solas ordenanzas, y con la ley que os ha sido impuesta, sin querer empeñaros en los consejos y exhortaciones de la perfeccion, vosotros cumpliréis á la verdad con vuestro deber, pero no mereceréis alguna gloria particular: vosotros habreis evitado el castigo, pero no habreis obtenido la corona. ¿Qué razon os obliga á creer que en todo lo que os está mandado, Vos debeis igualmente temer el castigo desobedeciendo, y esperar la recompensa obedeciendo? Es preciso pues, establecer esta máxima general en esta materia, que en las cosas mas dificiles la obediencia es siempre mas agradable que la desobediencia es criminal, y en las mas fáciles ó menos molestas, el menosprecio es mas digno de reprension, que no la execucion merecedora de alabanza.

(1) Math. 19. 12. (2) Horat. lib. 1 Ep. 16. (3) Luc. 6. 10.
(4) Math. 5. 12. (5) Luc. 17. 23.

CAPÍTULO XVI.

En qué caso se puede aprobar el paso y la mutacion desde un Monasterio á otro.

43. Despues de haber satisfecho plenamente á esta qüestion, es menester ahora que veamos hasta donde se extiende la obligacion de guardar la estabilidad en el Monasterio, que se acostumbra prometer al tiempo de la Profesion; y quales son las causas, si es que hay algunas, por las quales es permitido, ó útil el violarla. Pues vos decis, que esto es todavia una de vuestras dudas. Sobre lo qual yo os puedo dar una respuesta segura, es á saber, que no es permitido relaxarse á sí mismo la perfeccion, que se ha votado. Y yo no aconsejaré jamas á nadie, que en este designio trueque el lugar que él mismo ha escogido, y en el qual él se ha establecido de su propio movimiento, y por sus votos. Esto es tambien el sentimiento del Grande S. Gregorio Papa, quando él dice: »Todos los perfectos tienen la vista sobre sí, y se con»sideran con mucha circunspeccion, de temor de que »ellos no se dexen ir á la tibieza en sus acciones, y en »sus pensamientos.» Y lo que dice en este lugar este hombre apostólico, es lo mismo que el Apóstol se gloria cumplir por estas palabras (1): *Yo olvido lo que está detras de mí, y me abanzo bácia lo que está delante de mí.* Y ¿no es esto tambien lo que el Propheta Ezechiel nos ha querido enseñar, quando hablando de estos santos animales, dice él (2): *Que yendo ellos no volvian sobre sus pasos, sino que caminaban siempre delante de sí?* Y todos estos Santos en este punto no han hecho mas que seguir el pensamiento de su Maestro, que dice en el Evangelio (3): *Ninguno de aquellos que ponen su mano en el arado, si mira bácia tras de sí, es propio para el Reyno de Dios.* Es menester pues, que el voto de estabilidad sirva para estorvar todas las desobediencias, que nacen de la relaxacion

(1) Philip. 3. 12. (2) Ezech. 1. 4. (3) Luc. 9. 14.

cion del espíritu; todas las separaciones que vienen de un humor inquieto, todas las evagaciones y visitas que se hacen por un espíritu curioso; toda suerte de ligereza é inconstancia: pero, él no debe estorvar que se cumplan los otros puntos de la profesion, que son la conversion de las costumbres, y la obediencia segun la Regla. Pues, si la mala vida, y la poca religion de aquellos con quienes se vive, estorvan á alguno cumplir estas cosas, yo le aconsejo absolutamente, que mude lugar baxo la conducta del espíritu de libertad; y que pase á otro donde él pueda rendir á Dios sin obstáculo los votos que él ha pronunciado con sus labios; pues que escrito está: *Vos seréis Santo con los Santos, y Vos os haréis malo con los malos.*

44. Es verdad, que por lo que mira á los Religiosos, y bien reglados Monasterios (*a*), yo no aconsejaria jamas á ningun Profeso, que saliera de allí sin licencia de su Superior, aun con el designio de observar una vida mas austera. Mas, si habiendo salido de su Monasterio, encuentra otro que esté en mas floreciente regularidad, y él quiere morar en él, yo no le aconsejaré tampoco, que vuelva á su primer estado mas imperfecto, que él habia dexado y abandonado por tomar este que es mas perfecto: principalmente, si este segundo que es mejor, tiene mas conformidad con su primera profesion. A él toca ver por qué motivo, y con qué intencion ha emprendido un género de vida mas perfecta y mas austera que la de antes; pues jamas será mi parecer, que él se relaxe tomando otro mas imperfecto, y menos austero, á no ser que por la vecindad del primer Monasterio, él sea de nuevo llamado allí. Porque la Regla (1) no permite, que se retenga un Religioso de Monasterio conocido, ni que se le reciba sin la permision de su Abad. Mas, los exemplos os harán conocer mejor la razon que me asiste para tener esta opinion.

G

(*a*) La Carta 395 de S. Bernardo num. 2. donde afirma lo mismo del Monasterio de S. Bertino.

(1) Cap. 61.

45. Un Religioso de Cluni quiere dexar su Orden por abrazar la pobreza del Cister, queriendo mas seguir la pureza de la Regla, que no las costumbres de su antiguo Monasterio. Él me pide mi parecer: yo no le aconsejaré que lo haga, á menos que él no tenga el consentimiento de su Abad. ¿Por qué? Primeramente, por no escandalizar los que él dexa. En segundo lugar, porque no hay seguridad en dexar lo cierto por lo incierto; y porque, habiendo podido subsistir en la primera vida, no podrá quizá subsistir en la segunda. En tercer lugar, yo tengo motivo para temer, que eso no venga de ligereza; porque muchas veces sucede, que lo que queremos con ardor antes de haberlo experimentado, nos displace extremamente, despues que hemos tenido experiencia de ello, deseando una cosa, y desechándola en el mismo momento con un afecto tan ligero como irracional. Nosotros vemos con freqüencia estas personas, que no pudiendo permanecer apenas una hora seguida en una misma resolucion, se dexan llevar con el viento de su inconstancia, que les hace ir tan presto de este lado como del otro, como si ellos estuvieran embriagados; y truecan de sentimientos, al punto que han probado lo que ellos buscaban. De suerte, que en la inquietud y alteracion en que ellos están, toman otros tantos nuevos designios como ellos ven de lugares, que les eran desconocidos antes, menospreciando siempre lo que ellos tienen, y deseando siempre lo que no tienen.

46. Mas, me dirá alguno: ¿Cómo puedo yo con seguridad de conciencia no vivir segun la Regla que yo he votado? pues que es ser perjuro hacer los votos, y no guardarlos. Como si no tuviérais mayor motivo todavia para formar esta queja en el nuevo Monasterio donde hubiérais comenzado á vivir en la pureza de la Regla. Pues entonces tambien podriais decir: ¿Con qué conciencia podré yo vivir fuera de la casa, que me ha recibido la primera entre sus brazos, quando yo huía los peligros del siglo; que me ha dado los primeros sentimientos de piedad; que me ha sellado con el sello de la salud; despues de haberme hecho molesto á mis hermanos; desobe-

diente á mi Superior; y en fin, despues de haber violado el voto de estabilidad, que yo he prometido, y falsificado la fé, que yo habia dado? Con todo eso, ni la una, ni la otra de estas quexas es justa. Pues me parece, que aquel que cree, que es perjuro, porque no guarda la Regla en todos sus puntos, no considera bastante lo que él ha prometido. En efecto, aquel que hace los votos, no promete absolutamente la Regla, sino que promete expresamente la conversion de sus costumbres, y el arreglo de su vida segun la Regla. Y esta es la Profesion ordinaria casi de todos los Monasterios de este tiempo: de suerte que, sin embargo de que se sirva á Dios en diversas maneras, es cierto, con todo eso, que aquel que guarda exâctamente las buenas costumbres del Monasterio donde él está, vive segun la Regla, porque las buenas prácticas no son contrarias á la Regla. Aquel pues, que practica lo bueno, que él vé hacerse en el lugar donde él ha hecho sus votos, vive sin duda de la manera que él ha prometido. Porque seguramente, él no promete otra cosa que lo que él observa en la conducta religiosa de aquellos con quienes él resuelve pasar todo el resto de su vida.

47. Pues, por exemplo, ¿vemos nosotros, que los Religiosos de Marmoustier se obligan á guardar todas las costumbres de los de Cluni, ó los de Cluni todas las prácticas de los de Marmoustier; ó que los unos y los otros se empeñan en guardar todas las austeridades de los de Cister al rigor de la letra? Con todo eso, nosotros hacemos todos voto de vivir segun la Regla. Todos prometen la misma cosa por sus palabras; mas, porque todos no tienen la misma intencion en el corazon, ellos pueden sin duda hallarse en diversas observancias, sin arriesgar su salud, y sin violar su profesion. Porque, asi como no todos los Christianos, aunque sean virtuosos, práctican todo lo que está en el Evangelio, y no dexan de vivir, con todo eso, segun el Evangelio; (en efecto aquellos que se contentan con vivir en las obligaciones del Matrimonio, que les es permitido, no juzgan haberse apartado del Evangelio por no haber elegido este estado sublime del

Consejo Evangélico, que lleva los fieles á abrazar el celibato: con tal que ellos vivan en un estado inferior al otro segun las reglas de la piedad y de la fé); del mismo modo tambien aunque aquellos que vienen á vivir segun la Regla, no la guarden con la última exâctitud en todos estos puntos, y truequen ó omitan alguna cosa de ellos segun la costumbre del Monasterio, ellos no se alexan por eso de la obligacion de los votos que han hecho, con tal que ellos continüen en vivir en la frugalidad, en la virtud y en la piedad, que ellos han visto practicar allí á aquellos con quienes ellos habitan. En fin, el octavo grado de la Humildad, de que habla la Regla, dice expresamente (1), »Que el Monge no haga nada, sino lo »que le está prescrito por la comun Regla de su Monas»terio, ó los exemplos de sus mayores.

48. Si se exceptúan pues los Monges de Cister, y aquellos que á su imitacion se esfuerzan no tanto á vivir segun la Regla, como á guardarla á la letra en todos sus puntos, porque ellos creen estar obligados á eso por su profesion, no conviene que los otros se pongan en cuidado por los votos solemnes, que hicieron, pues que ellos no han prometido guardar toda la Regla: con tal que vivan en la obediencia, y que esten en unos Monasterios bien reglados, y en que la disciplina regular sea observada con las buenas costumbres. Asi, todos aquellos que moran en Monasterios bien reglados, guardan los votos que hicieron, si ellos tienen una intencion pura. Y si se halláre algun espíritu inquieto, y que no pueda creer lo que se le dice, sino que queriendo mas creer y escuchar los remordimientos de su conciencia, dexa su Monasterio, y busca otro en que él pueda cumplir los votos, que juzga haber hecho, y no haber cumplido en su primer Monasterio, asi como yo no le alabo de que él se haya salido, asi tampoco le aconsejaria, que volviese á él, con tal que el Monasterio donde entró, esté alexado del otro, y que sea para él desconocido. La razon de esto está apoyada, asi por la autoridad de San Pablo, que dice

[1] Cap. 7.

expresamente (1): *Aquel es dichoso, que no se condena en lo que quiere hacer*; como sobre la autoridad de nuestro Legislador, que manda recibir y detener un Monge de esta calidad, y aun tambien que hallándole virtuoso y útil, se procure atraerle por toda suerte de medios, y empeñarle por una nueva profesion. *Que se le persuada*, dice él, *permanecer*. Y de temor de que la memoria de su primer Monasterio, y los remordimientos ordinarios de su conciencia no le causen nuevas inquietudes sobre la violacion de su estabilidad (*a*), él pronuncia una sentencia general, que es de grande consuelo para todos estos espíritus escrupulosos, quando dice: Y no se debe tomar pena ninguna de esta mutacion, *porque*, dice él, *por todas partes se sirve á un mismo Dios, y se combate baxo el estandarte de un mismo Rey*. Con todo eso, él prohibe respecto de un Monasterio vecino, lo que él ordena respecto del que está alexado: de temor de que la vecindad de los Monasterios no sea una piedra de escándalo, y una materia de quexas entre ellos, si se reciben los Monges del otro sin el consentimiento recíproco de sus Superiores. Lo que nosotros vemos que sucede todas las veces que se emprende recibir los Monges de esta calidad contra la expresa ordenanza de la Regla.

49. Y si todavia despues de eso este Religioso, que ha sido recibido segun la Regla, se halla mas agitado que nunca en el pensamiento del escándalo que él ha dado por su salida, á los que él ha dexado, y él cree estar obligado á reparar por su vuelta, el mal que él ha causado por su retirada; es preciso que él considere con grande atencion, que un escándalo no puede jamas corregirse por otro escándalo. Pero aun por otra parte: ¿qué suerte de reparacion podrá haber, si por quitar el escándalo á los primeros, dais un nuevo escándalo á los otros? A mas de que, sin duda, el escándalo que ha sucedido por la intencion

(1) Rom. 14. 18.

(*a*) Tales fueron aquellos Monges trasladados á Pontigni, á quienes Pedro Celense escribió una insigne Carta, que se halla en el tomo 5. del Spicilegio; donde podeis ver tambien las dos siguientes.

(1) Cap. 61.

que habiais formado de adelantaros en la virtud, es mucho mas soportable y mas ligero que aquel que habiais pensado cometer volviendo á un género de vida mas imperfecto por una especie de apostasía. Yo digo mas: pues primeramente, en hacer lo que vos creiais que era mejor, aunque con algun escándalo de vuestros hermanos, habeis satisfecho mucho mejor á vuestra conciencia, que si vos hubiéseis permanecido contra los remordimientos que teníais de eso, en el lugar y en las prácticas de vuestra primera Profesion; aunque, con todo eso, vos hubiérais podido hacerlo con seguridad, si en estos lances hubiérais podido poner vuestra conciencia en reposo.

50. Acabemos pues todas estas dificultades por lo que el Apóstol determina (1) tocante á aquellos que comen de la vianda, y aquellos que no comen de ella: y digamos, que aquel que se cree obligado en conciencia á dexar su Monasterio por no faltar á la obligacion de sus votos, no menosprecie al que no le dexa: y que aquel que conservándose en seguridad de conciencia, y temiendo escandalizar sus hermanos, permanece firme en su Monasterio, no condene aquel que le dexa. Ved ahi el mejor parecer, que yo he juzgado poderos dar sobre este asunto, y que yo os pido que recibais con agrado, sin perjuicio de aquel que otro mas ilustrado que yo os podrá dar.

CAPÍTULO XVII.

Responde á ciertas dudas sacadas de los Padres.

51. Me preguntais todavia, porque S. Gregorio Papa (2) no obligó un cierto Venancio á volver á tomar el Hábito de Religioso, que él habia recibido santamente, y habia dexado por impiedad; sino que tambien le admitió á la Comunion general, aunque él permanecia en su apos-

(1) Rom. 14. 3.
(2) S. Greg. lib. 1. Ep. 33. y lib. 9. Ep. 55. y 31.

tasia. O bien, porque San Agustin (1) sometió en alguna manera el voto de castidad al estado de matrimonio, quando al parecer quiso sostener en el Libro de la Virginidad, que el voto de continencia no estorva, que si aquellos que le hicieron, le violan despues por la sugestion del diablo, y llegan á casarse, el matrimonio permanezca siempre indisoluble (*a*). Mas, por el presente yo no tengo ni mejor ni mas corta respuesta que daros, sino que esto ha sido la opinion de estos Santos Obispos; y á ellos toca ver si ha sido suficientemente fundada. Pues, quando se trata de los sentimientos y de las acciones de estos ilustres Padres de la Iglesia, yo tengo el cuidado posible de no ser de otra opinion que el grande Apóstol (2), que no buscaba entre los dispensadores de los mysterios de Jesu-Christo, sino encontrar alguno que fuese fiel. Porque yo estoy seguro de estos dos Santos, ó hayan dicho esto de su propio sentimiento, ó por el espíritu de Dios, que ellos han sido fieles, asi en este punto como en todos los otros: el primero, distribuyendo lo que tenia entre sus manos; y el segundo, publicando sus sentimientos sobre esta materia.

52. En fin, en quanto á lo que me preguntais todavia acerca de ciertos Obispos, que el mismo Papa S. Gregorio hizo encerrar por algun tiempo en unos Monasterios á causa de los grandes crímenes que ellos habian cometido; es

(1) V. S. Aug. de Bono Viduit. cap. 9. 10. y 12.

(*a*) Que en tiempo de San Bernardo se ventiló esta Qüestion, se hace claro no solamente por lo que Pedro Abalardo dice p. 106, donde redarguye á cierto Doctor de Borgoña, que afirmaba que los Monges aun despues del público voto de su profesion, ó vínculo de su bendicion, ó consagracion podian contraer matrimonio, sino por el Concilio de Rems baxo de Eugenio III, que en el Cánon 7 define, que semejantes matrimonios son irritos y nulos, aun en los Conversos profesos. Mucho antes S. Gregorio M. habia mandado, que fuesen revocados á sus Monasterios los Monges que se hubieran casado. Lib. 1. Ep. 40. Y á estos mismos excomulga el Concilio de Chalcedonia Cán. 16 Poco desemejante es el asunto de la Carta 76 de S. Bernardo sobre cierto hombre, que despues de una larga detencion entre los Monges de un Monasterio, y observancia del instituto, pero sin haber hecho expresa profesion, habia pasado á contraer segundas nupcias.

(2) 1. Cor. 4. 1.

á saber, si ellos permanecieron allí en su Hábito, ó si tenian el de la Religion, yo no sé nada de esto. Pero parece mas creible, que ellos no tuviesen este venerable Hábito, pues que ellos no le debian llevar siempre, y ellos no buscaban el retiro de los Monasterios, sino para vivir en ellos con mayor quietud, y hacer allí mas fácilmente penitencia.

53. Mas, todavia deseais, que yo os diga, por qué entre los demas estados de penitencia, el de la Religion ha merecido siempre este Privilegio de ser llamado un segundo Bautismo. Yo creo que esto es á causa de que aqui se renuncia perfectamente al mundo, y se practica la vida espiritual de una manera mas excelente y particular. Lo qual hace, que siendo este estado elevado sobre todos los otros que hay en el mundo, constituya á los que le abrazan y que le aman, semejantes á los Angeles, y diferentes de los otros hombres. O diciendo mejor, él retraza en los hombres la imágen de Dios, dándonos la forma y la figura de Jesu-Christo como el Bautismo. De suerte, que nosotros somos como bautizados segunda vez, quando mortificando nuestros miembros, que están sobre la tierra, somos nuevamente revestidos de Jesu-Christo, y como ingeridos en él en una nueva semejanza de su muerte. Y asi como en el Bautismo somos sacados de la potencia de las tinieblas, y trasladados al Reyno de las Claridades eternas, asi en esta vida nueva, que es como un segundo nacimiento, nosotros salimos de las tinieblas, no del solo pecado original, sino de muchos pecados actuales, para entrar en la luz de las virtudes; verificándose en nosotros estas palabras del Apóstol (1): *La noche ha precedido, y el dia ha venido.*

CA-

(1) Rom. 13. 12.

CAPITULO XVIII.

Que no es permitido á los Monges mudar Monasterio despues de la muerte de su Abad.

54. Todavia me pedis, que os diga, si la mutacion de Abad puede favorecer en alguna cosa el designio de los Monges, que tienen ansia de trocar de Monasterio; es decir, si por la muerte ó deposicion del Superior los Inferiores adquieren mayor libertad, para ir en este intervalo por donde ellos quieran, mientras que otro Abad no está establecido en el cargo del primero. Sobre lo qual yo respondo que no. Y la razon es, que quando la promesa de la Profesion se hace en la Iglesia segun la costumbre, ella toma si el testimonio de la presencia del Abad, pero no establece su duracion sobre la longitud de su vida. La vida propia de aquel que hace el voto, y no la de otro, ninguno, es la que hace la duracion de la profesion. En fin, que él considere, que éste ha sido no solo el sentimiento, sino tambien la disposicion del Legislador, quando él ha dicho: *Si sucede que él obra de otra suerte* (él quiere decir, de otra suerte que él ha prometido) *que él sepa, que será condenado de Dios de quien él se burla* (1). El dice todavia: *Que el novicio no podrá ya en lo sucesivo disponer de su cuerpo.* Y en otra parte (2): *Perseverando en el Monasterio hasta la muerte.* Asi, fuera del caso que nosotros hemos exceptuado mas arriba, el Monge sepa, que no le es permitido dexar de su propio movimiento el lugar de su profesion antes de su muerte baxo de qualquiera pretexto que sea, y que de otro modo él se hará culpable, y se expondrá á la condenacion, porque él hace falsa la fé, que ha dado antes.

55. Pero, vosotros pasais todavia mas adelante, y me preguntais qué sera conveniente hacer, si este Religioso no puede permanecer en el Monasterio, sin conservar siempre una aversion secreta contra su Abad, á causa de

(1) Cap. 58. (2) Prologo.

que su eleccion no ha sido hecha segun las Reglas, ni á gusto de los Monges. Ciertamente, eso me hace acordar de la respuesta, que los Discípulos dieron en otro tiempo á nuestro Señor, quando él los hablaba del estado del Matrimonio (1): *Si eso es asi*, dixeron ellos, *no es ventajoso casarse*. En efecto, estos son unos trabajos fuertes de una parte y de otra. Porque, si un hombre tiene una muger á la qual aborrece, nada hay mas insoportable: y si él la dexa á pesar de ella, nada es mas contrario al Christianismo. ¿No se encuentra en una pena semejante del todo, el que no puede ni dexar su Monasterio, de temor de violar su voto, ni permanecer en él, de temor de vivir allí en un odio continuo, y perecer miserablemente? ¿Qué consejo daré yo á semejante hombre? ¿Le diré, que se vaya de allí? No se lo permite su profesion. ¿Le diré, que permanezca? No le es conveniente á causa de la aversion que le atormenta. Las dos cosas pues, que Vos me proponeis, son igualmente molestas y peligrosas, en manera que qualquiera respuesta que yo os dé, no os puede ser útil. Pues vos quereis, que yo os determine qual de las dos cosas es mas segura; ó que un Monge permanezca siempre en su Monasterio con este afecto de aversion baxo la conducta de un Superior, que haya sido elegido contra las formas de eleccion, ó que él se vaya de allí á otro Monasterio, á fin de vivir allí en mayor sosiego. Mas, yo no encuentro vuestra pregunta muy diferente de la que me hiciera un hombre, que hubiera resuelto quitarse la vida, echándose en el fuego, ó en un precipicio. ¿Quál de estas dos muertes le aconsejaria yo, que él escogiese? En efecto, aquel que permanece en el odio, está abrasado de un fuego que le consume, y el que viola su voto, se echa en un precipicio. Con todo eso, vosotros mismos me dais el medio de salir de esta dificultad, quando en seguida vos explicais la manera en que entendeis que la eleccion del Abad no ha sido hecha segun la Regla, con decir que hablais de una eleccion, cuya irregulari-

(1) Math. 19. 10.

dad sea tan obscura y tan embarazosa, que bien que delante de Dios no se pueda dudar de ella, con todo eso, no se puede dar de ella una conviccion entera delante de los hombres. Tambien eso me hace acordar de esta sentencia del Sábio, que dice (1): *El que quiere dexar su amigo, busca pretextos.* ¿Cómo podeis vos decir, que una eleccion no es segun las Reglas, quando no se puede anular ni desechar segun las Reglas? Nosotros leemos, que lo que no se puede probar debe ser tenido, como si no estuviera hecho. Pero, decis vos: ¿Quién podrá obedecer á un hombre, que él sabe, que es indigno de su cargo, aunque su incapacidad no esté manifiesta? Amados Hermanos mios, vosotros no podeis ignorar lo que habeis leido en vuestra Regla, y en la de la Verdad (2): *Los Escribas, y los Phariseos se han sentado sobre la cátedra de Moyses, haced lo que ellos os dicen, pero no hagais lo que hacen.*

CAPÍTULO XIX.

Responde brevemente á otras algunas dudas que le habian propuesto.

56. Ahora, por lo que toca á lavar, ó mudar los hábitos á causa de las ilusiones de la noche, ved aqui en una palabra el consejo que yo os puedo dar. Pues que hay diversas costumbres sobre esto en muchos Monasterios, yo os aconsejo, que siga cada uno lo que se practica en el lugar donde os hallais. En quanto á aquellos que han hecho profesion en muchos Monasterios, (de lo que yo casi me habia olvidado) me parece que ya hemos suficientemente respondido, quando hemos hablado de la estabilidad del lugar, sin que sea necesario añadir otra cosa. Yo paso tambien algunas dificultades, que vos me proponeis sobre los Cánones, tanto porque siendo Monges como nosotros somos, estas matérias no nos tocan mucho, como porque vos las podreis hallar

(1) Prov. 18. 1. (2) Matth. 23. 2.

fácilmente en los Libros, si quereis tomar el trabajo de buscarlas.

57. Yo vengo pues á otras tres qüestiones, que vos me proponeis en vuestra última Carta. En la primera de las quales me preguntais, que aconsejaria yo á un hombre, que estuviese enojado contra otro, no hasta el punto de quererle dañar él propio, sino hasta tener alguna satisfaccion, si le sucedia qualquiera desgracia por otra parte: es á saber, si él puede con seguridad de conciencia llegarse al Altar en este estado, ó si debe retirarse de él hasta que su conmocion se haya pasado. Ah! Dios me guarde de acercarme jamas al sacrificio de la Paz con un espíritu alterado, y de tocar estando en la cólera y agrura un Sacramento, en que Dios, sin duda alguna, reconcilia el mundo consigo. Ciertamente, no se recibe el presente que yo ofrezco sobre el Altar, á menos que yo no haya antes aplacado á mi Hermano, á quien yo me acuerdo haber ofendido. ¿Quanto menos será él recibido, si antes no me he aplacado yo mismo?

CAPÍTULO XX.

El concilia dos textos de S. Pablo, que parecen contrarios entre sí.

58. En quanto á la otra qüestion que me proponeis sobre la contrariedad, que al parecer se encuentra entre estos dos pasages de S. Pablo (1): *Nuestro trato está en los Cielos*; y este otro (2): *Mientras que nosotros estamos en el cuerpo, estamos alexados de Dios*: es á saber, Como puede suceder, que estando nuestra alma en su cuerpo, pueda á un mismo tiempo estar alexada del Señor, y conversar con él en el Cielo? El mismo Apóstol resuelve toda esta dificultad, quando él dice en otra parte (3): *Nosotros conocemos aca baxo en parte, y en parte prophetizamos.* Pues, en quanto nosotros conocemos contemplando las cosas como presentes, estamos ya con

(1) Philp. 3. 20. (2) 2. Cor. 5. 6. (3) 2. Cor. 13. 9.

el Señor; pero, en quanto prophetizamos de las cosas todavia como futuras, creyendo las que nosotros no entendemos, y esperando las que no vemos, nosotros estamos alexados de Dios, permaneciendo en el cuerpo. Mas, *quando lo perfecto haya venido*, es decir la plenitud de la gloria que debe cumplirse en la Resurreccion (1); *entonces lo que es imperfecto, será destruido*: es decir, toda la corrupcion del cuerpo, de la qual viene, sin duda, este alexamiento de Dios, que permanece todavia en parte en nuestro cuerpo. Este miserable estado es, del que se quexa con gemidos y suspiros, quando dice (2): *Miserable de mi! quien me librará del cuerpo de esta muerte?* El no se quexa puramente del cuerpo, sino del cuerpo de esta muerte, es decir, de esta corrupcion que dura todavia, dando á entender, que no es el cuerpo, sino las miserias del cuerpo lo que causa, que nosotros estamos alexados de Dios. Porque *el cuerpo*, dice la Escritura (3), *que está sugeto á la corrupcion, grava el alma.* No es pues puramente el cuerpo, sino el cuerpo, que es corruptible: de suerte, que no es la naturaleza, sino la corrupcion del cuerpo lo que nos grava, y oprime. De donde viene, que aquellos que gimen en sí mismos, esperan la redencion de sus cuerpos (4), mas no su destruccion. Y asi con razon, hallándonos oprimidos por las miserias de este cuerpo, mas antes que por su union, deseamos la separacion para estar con Jesu-Christo; á fin de que este destierro que permanece aqui en parte, tenga fin, y que nuestra morada en el Cielo, que está ya comenzada en parte desde este mundo, reciba su última perfeccion.

59. O bien, si vos lo quereis, *nuestro trato está en los Cielos* (5), en el mismo sentido en que dice el Apóstol (6), que nosotros *estamos ya salvados por la esperanza.* Asi, nosotros moramos ya en el Cielo por la esperanza, aunque nosotros estemos todavia realmente separados de Dios, permaneciendo sobre la tierra y en el cuerpo. O bien, todavia se puede decir de otra manera, que nosotros

(1) 1. Cor. 13. 9. (2) Rom. 7. 24. (3) Sap. 9. 15.
(4) Rom. 8. 4. 29. (5) Philip. 3. 20. (6) Rom. 8. 24.

podemos á un tiempo mismo estar unidos á nuestro cuerpo, y á Dios: á nuestro cuerpo, vivificándole y dándole el sentimiento: y á Dios, creyendo en él, y amándole. Pues nuestra alma no está mas presente en el cuerpo, que ella anima, que en lo que ella ama. A no ser que se quiera creer, que ella está mas donde está retenida á pesar suyo y por necesidad, que allí adonde ella se vá voluntariamente y con placer. En fin, *vuestro corazon está donde está vuestro tesoro.*

60. Y si el alma, que ama á Dios, recibe de él la vida, como el cuerpo la recibe de ella: ¿cómo se puede decir, que ella está mas presente donde dá la vida, que donde la recibe? Pues la caridad es el origen de la vida, y yo no sabria decir, que un alma esté viva sin beber de esta fuente. Y ¿cómo puede ella beber, si no está presente á este manantial mismo, que es la caridad, la qual es el mismo Dios? Aquel pues que ama á Dios, en quanto él le ama le debe estar presente; y está otro tanto mas alexado de él, quanto menos le ama. Y es cierto que él le ama otro tanto menos, quanto él está acabajo ocupado todavia en los cuidados de la carne. Porque, ¿qué otra cosa es esta ocupacion en las miserias del cuerpo, sino un alexamiento de Dios? Y qué es este alexamiento, sino una peregrinacion y una separacion? Nosotros pues, estamos separados de Dios, y estamos alexados de él: mientras que estamos en este cuerpo, que estorva la union de nuestro espíritu con Dios por sus miserias, y que fatiga nuestra caridad por los continuos cuidados que la dá.

61, Hácia el fin de vuestra Carta me preguntais, qual es mi sentir acerca de esta promesa, que se lee en el Evangelio (2): *Vuestra recompensa es grande en el Cielo*, significando vuestra admiracion de que S. Agustin haya dicho sobre este asunto, que no es menester entender que Jesu-Christo haya hablado en este lugar de los Cielos corporales que nosotros vemos; de temor de que no parezca que él haya establecido nuestra recom-

(1) Math. 6. 2. (2) Luc. 6. 23.

pensa en unas cosas pasageras y sujetas á mutacion: sino que él ha querido hablar de un firmamento, que fuese todo espiritual: de lo que Vos no sabeis, segun decis, lo que debeis creer. Pero, si Vos haceis bien reflexion sobre lo que hemos leído en la Escritura (1): *El Reyno de Dios está dentro de vosotros*: y tambien (2) *que Jesu-Christo habita en vuestros corazones por la fé*: Como un Rey en su Reyno: y tambien (3) que los males de esta vida no son nada en comparacion de la gloria futura, que será manifestada en nosotros: y no se dice que nos será manifestada como alguna cosa exterior fuera de nosotros, sino que será manifestada en nosotros, como que permanece ya en nosotros, aunque ella no parezca todavia: Y en otra parte (4): *Toda la gloria de la Hija del Rey viene de adentro* (5): Que *el hombre elevará su corazon bien alto* (6): Que *él ha dispuesto grados en su corazon*: y en fin, que el alma del Justo es la silla de la Sabiduria (7): la qual ha dicho de si misma: *El Cielo es mi morada.* Si vosotros, repito yo, considerais bien todos estos pasages de la Escritura, y otros muchos semejantes á ellos, yo no dudo que trataréis mas antes de entrar en vosotros mismos, para encontrar allí el Reyno Dios y su justicia, que de salir hácia fuera, ó de elevaros sobre vosotros mismos. Mas, quando yo hablo de lo que está fuera de vosotros, ó sobre vosotros, yo entiendo que habló de la situacion de lugar, segun la qual como el Cielo está fuera de la tierra, asi tambien el Sol, la Luna, y las Estrellas estan sobre ella. Pues las mismas cosas que están en nosotros por la sutileza de su naturaleza todo espíritual, están tambien sobre nosotros por la eminencia y dignidad de su ser; y están todavia fuera de nosotros por la extension infinita de su Magestad. Mas, esto es demasiado elevado, y seria necesario tratarse mas exáctamente por otro hombre mas docto en un Discurso mas largo. Yo no juzgo, que debo pasar los límites de una

(1) Luc 17. 21. (2) Eph 3. 17. (3) Rom. 8. 28.
(4) Ps. 44. 14. (5) Ps. 63. 8. (6) Ps. 82. 6.
(7) Isai. 66. 1.

justa carta en esta obra: mas, á lo que yo veo, la materia me ha llevado mas lexos que lo que yo pensaba. Asi, Vos la llamaréis como mas os agradáre, ó una Carta, ó un Tratado. Pero, por lo que á mi toca, sea en muchas palabras ó en pocas, yo he debido procurar, como lo he hecho, satisfacer á lo que habíais deseado de mi.

FIN.

APOLOGIA

DE SAN BERNARDO ABAD

DE CLARAVAL.

De la vida, y de las costumbres de los Religiosos.

PROLOGO DEL TRADUCTOR.

Esta Apología cubre de honor el Orden Cluniacense. S. Bernardo tenia un grande conocimiento del fondo de probidad y de virtud, que generalmente florecian en los Monges de este Orden; y reconocia, que era muy justo el concepto ventajoso, y el profundo respeto, que los Obispos, los Príncipes, y el Pueblo, manifestaban tener á todo este esclarecido *Instituto*. El mismo S. Bernardo habia sido recibido en sus Monasterios con aquel género de obsequio que una sólida piedad y devocion suelen rendir á los Huéspedes Religiosos: pues ademas de asistirle con toda caridad, durante el tiempo de su detencion en ellos, tenian con él conferencias espirituales, y á instancias de ellos él les hacia Pláticas y Exhortaciones en sus Capítulos. Lo que el Santo habia executado con particular consuelo de su alma, al ver con quantas muestras de verdadera devocion era oída de ellos la divina palabra!

Asi, él estaba persuadido á que si el tiempo y la humana fragilidad habian sido poderosos para introducir algunos abusos en sus claustros, todos por lo general estaban bien dispuestos á desecharlos. Pues muchos de ellos no mostraban la menor adhesion á tales cosas; raro, ó ninguno las defendia, y no pocos deseaban, que el zelo de sus Superiores aplicase todos sus conatos á corregir tales abusos.

Llegóse á esto, que los hombres mas grandes de este Orden, de quienes las historias de aquellos tiempos nos refieren la sabiduria, y los méritos, habian contraido con S. Bernardo aquella amistad, que es tan firme y tan sincera, como la virtud, que la funda y aprieta sus nudos, es pura y permanente: y estos mismos eran justamente los que mas insistian para reducirle á que escribiese alguna cosa contra estos abusos.

S. Bernardo pues, cuyo zelo no rompia jamas impetuosamente, al ver que por todas partes aparecian las mas bellas disposiciones y esperanzas, ya no juzgó que le fuese permitido contenérse en el silencio. Asi, animado de discrecion y de caridad; y dando á su voz toda la valentia, pero tambien toda la mansedumbre y dulzura de un Orador evangélico, escribió este tocante, patético Discurso sobre la perfeccion religiosa: en el qual cada una de sus expresiones es un estímulo vehemente, que penetra hasta el corazon, y le abrasa é inflama, excitando estos deseos vivos de imitar la pureza y austeridad de vida de los antiguos Héroes del Monacato.

Apenas apareció este rasgo pasmoso de su docta pluma; quando ya sin resistencia todo el Orden de Cluni se apresuró á aprovecharse de sus saludables exhortaciones. Pocas veces se habrá visto mas próspero, y mas pronto efecto. El entendimiento queda gustosamente en suspenso, sin acertar á decidir, si el zelo de S. Bernardo fué el vencedor ó el vencido: y siempre será un problema en la Historia Monástica, si la humilde sumision de los Cluniacenses á los exhortos del Santo fué ó no mas digna de alabanza que toda la austeridad de los Claustros del Cister.

En efecto, como un fuego que se apodera de los montes, y como una llama abrasadora que se extiende rápidamente por las Selvas, asi hace progresos, y se inflama en todo el Orden de Cluni el amor del fervor primitivo, y el deseo del establecimiento de las prácticas severas del Monacato.

La célebre Abadia de Cluni juntamente con los numerosos Monasterios que estaban sujetos á ella, y se hallaban esparcidos por toda la Europa; la de San Dionisio de Paris,

la de San Bertino, la de Savigni, en un mismo espíritu que otras muchas que eran dependientes de ellas, ó estaban á ellas unidas, se renuevan en el fervor. Y dexadas todas las mitigaciones y relaxaciones, que á pesar de las leyes mas santas la flaqueza humana introduce en la misma Religion con el tiempo, se restauran en el antiguo explendor de su exácta disciplina.

Las elegantes Cartas de S. Bernardo tienen por digna materia esta feliz revolucion de los Claustros monásticos, hecha en ellos á las piadosas y activas diligencias del grande Pedro Mauricio, y del esclarecido Sugerio, nombres que ellos solos llenan de honor la historia monástica de aquellos tiempos. Entonces se manifestó con mas claridad el grande caudal de piedad y de humildad, que estaba depositado en los Claustros Cluniacenses: y se vió patentemente, que si hasta entonces se habia allí permitido permanecer algunos abusos, que á la verdad ni eran grandes, ni dexaban de fundarse sobre algunas razones y motivos de prudencia humana, no se tenia por ellos pasion, ni adhesion violenta.

En fin, la voz de S. Bernardo, cuya doctrina y santidad el Cielo hacia resplandecer con estupendos prodigios, anunciándole á todos como un hombre destinado por Dios para limpiar las manchas de la Iglesia, y restituir en los Monasterios la integridad y explendor de las prácticas y virtudes religiosas, declarando la guerra á los abusos que en algun modo ofuscaban su pureza, fué escuchada con respeto y con fruto, y consiguió, que los Cluniacenses (asi acostumbraban ser llamados entonces los Monges negros, aunque sus Monasterios no estuviesen subordinados al de Cluni) mirasen unos defectos que en sí mismos no eran muy graves, como perjudiciales á la pureza de la observancia monástica, y por eso muy dignos de ser excluidos de sus Claustros, reconociendo la verdad de aquella Sentencia, que dice: Que la ignorancia y el desprecio de las cosas mínimas es una oculta carcoma de las Repúblicas: y que ninguna de ellas podrá jamás conservar, ni aun alcanzar un estado floreciente de perfeccion,

sin un cuidado exquisitísimo de aquellas cosas, que no percibiria ó despreciaria el que no fuera exâctísimo en seguir y buscar las reglas de la perfeccion.

El conocido talento de S. Bernardo de hacer en sus palabras un vivo retrato de los nobles y puros afectos de su corazon hácia todos los Ordenes Religiosos; la sinceridad de sus intenciones que se manifiesta en la misma disposicion de este escrito, pues que primeramente, y con mayor vehemencia arguye y reprende sus Cistercienses, que baxo el pretexto de una vida mas austera censuraban las mitigadas prácticas de los Cluniacenses; y en fin, el zelo y prudencia de S. Pedro Mauricio, y de Sugerio, hicieron que este Opúsculo fuese mirado siempre como un monumento ilustre de la buena union entre Cistercienses y Cluniacenses.

Este Opúsculo fué escrito por los años de M.CXXV, siendo Abad de Cluni S. Pedro Mauricio llamado el Venerable, sucesor de Hugo, habiendo pasado pocos años desde la deposicion ó renuncia del Abad Poncio, baxo cuyo govierno la observancia de Cluni habia decaido bastante de su antiguo fervor. El es el tercero de los Opúsculos de S. Bernardo. Se halla en los Manuscritos é impresos con diversos títulos: pero, hemos querido preferir el que S. Bernardo mismo le dió algunas veces, que es el de Apología, al que otros le han dado, De las costumbres de los Religiosos ó del desprecio del mundo. En fin, no se debe pasar en silencio, que la invectiva del Santo Num. 27 contra el soberbio séquito de un Abad, nadie duda que no se dirigiese contra Sugerio Abad de San Dionisio, y se sabe bien, que ella fué para él una saeta de salud. Otro que no fuera San Bernardo, hubiera perdonado á Sugerio. Era este de excelentes costumbres, sábio consejero y perpetuo Ministro de los Reyes de Francia; quienes en su ausencia le habian hecho Regente de este vasto Reyno; honor que, sin embargo, él no aceptó, sin ser compelido por un mandato del Papa; pero que desempeñó tan cumplidamente, que el Pueblo le aclamó por Padre de la Patria. Sugerio pues, el gran Sugerio,

que con solo un rasgo de su Política supo reintegrar los Reyes de Francia en el justo poder y explendor, de que el gobierno feudal apenas les habia dexado mas que el nombre y la sombra, enviando por las Provincias aquellos Visitadores Reales conocidos baxo el nombre de *Misos Dominicos*; se vió precisado por causa de su brillante ministerio á hacer Corte de su Monasterio de S. Dionisio, y á ser buscado y seguido de los Pretendientes y de los Cortesanos. ¿Quién admiraria, que en su séquito se viesen ya 50 Caballos? ¿Quién no cohonestaria esta pompa por la calidad de Ministro y Regente de todo un Reyno? Con todo eso, S. Bernardo no le perdonó. El hombre espiritual todo lo juzga, y él no es juzgado de ninguno. Era ademas S. Bernardo el dulce amigo de Sugerio, y el estilo del Santo era dar pruebas de su amistad en la declaracion de las verdades á los amigos. El disparó esta saeta, repitió los tiros, y luego vió el mundo con edificacion y con asombro la mutacion de Sugerio, pasando este de bueno á mejor, á hombre mas espiritual, mas interior, á reformador zeloso y activo, que hizo mil mejoras en la Casa de Dios. Esta victoria de la gracia celebró S. Bernardo en la Carta, que dirigió á Sugerio, llena de encantos de eloqüencia, y mas llena del ardor y del gozo de su Espíritu.

APOLOGIA

DE SAN BERNARDO,

PRIMER ABAD DE CLARAVAL.

DE LA VIDA Y DE LAS COSTUMBRES DE LOS RELIGIOSOS.

A Guillelmo Abad de S. Theodorico.

PRÓLOGO.

Yo recibo gustoso el mandato, que vos me haceis de trabajar en alguna Obra, que pueda extinguir el escándalo que se ha levantado en el Reyno de Dios. Mas, yo no comprendo bien todavia en qué manera quereis Vos que yo lo haga. Pues, leyendo y volviendo á leer siempre con gusto nuevo vuestra dulcísima Carta (en efecto quanto mas la leo, mas ella me agrada) yo he percibido bien, que Vos deseábais, que yo diese alguna satisfaccion á los que se quexan de nosotros como de personas que hablan mal del Orden de Cluni, á fin de que cada uno fuese informado de que todo lo que se ha creido, ó querido creer sin razon de nosotros hasta el presente, no es de ningun modo verdad. Mas, si despues de una tal satisfaccion yo emprendo otra vez, como Vos me lo ordenais, reprender la superfluidad de su alimento, y de sus hábitos, con los otros abusos que Vos me advertis, sin duda parecerá, que yo me contradigo á mi mismo; y yo no veo tampoco enteramente como yo lo pueda hacer sin un nuevo escándalo. A menos que yo no declare, que el Orden es de todos modos loable en sí; y que aquellos que le reprenden, son muy reprensibles, y que con todo eso, yo no desisto de reprender los abusos que aqui se pasan al mismo tiempo. Si es de esta manera ó

de otra alguna mas conveniente que Vos quereis, que yo me explique, hacedme la gracia de mandármelo mas claramente; y suplicad al Señor con instancia, que yo pueda lo que Vos deseais (1). Yo os prevengo, sin embargo, que todo este comercio de Escrituras freqüentes no me trae poco daño, porque haciéndome ellas interrumpir muchas veces el exercicio de la Oracion, se disminuye mucho en mi el espíritu de devocion, especialmente no hallándome con la facilidad de dictar, ni con ocio para eso.

CAPÍTULO I.

Él protesta, que él y los suyos están muy lexos de hablar mal de un Orden Religioso.

EL HERMANO BERNARDO, inútil Siervo de los Monges que están en Claraval, saluda en nuestro Señor al Venerable Padre Guillelmo.

1. Hasta el presente yo no he querido condescender, ó ha sido á pesar mio, que yo me haya rendido, á las instancias, que Vos me habeis hecho para que trabajáse una nueva Obra. No porque yo hiciese poco caso de lo que Vos me ordenais, sino porque yo no me atrevo á emprender lo que excede mi conocimiento. Mas, hoy dia que un nuevo motivo me estrecha, mi primera retencion se desvanece, y dándome la necesidad mas atrevimiento, estoy obligado á satisfacer á mi dolor, sea que yo lo pueda hacer con suceso, ó que yo no lo pueda sin confusion. En efecto, ¿cómo es posible, que yo oyga,

(1) V. Carta 89 y 90.

sin hablar una sola palabra, las grandes quexas que Vos haceis de nosotros, echándonos en cara, que, sin embargo de ser tan miserables como somos, intentamos juzgar el mundo desde el fondo de nuestras cavernas, y baxo de nuestros hábitos rudos y groseros? Y, lo que nos es todavia mas insoportable que todo lo demas, que nosotros tratamos de hablar mal de vuestro Orden, que es muy ilustre; de desgarrar con impudencia la reputacion de los Santos hombres, que en él tienen una vida muy virtuosa; y de insultar desde la obscuridad de nuestra baxeza á las mas resplandecientes antorchas de la tierra? ¿Es asi que baxo de los vestidos de ovejas, osamos, nó como lobos rapantes, sino como picantes pulgas, ó bien como polillas que todo lo destruyen, corroer en secreto la vida de los hombres de bien, no osando hacerlo en lo público? ¿Y qué, no teniendo el atrevimiento de formar una invectiva, nos contentamos con el murmullo de la detraccion? (1) Si eso es asi, ¿de que nos sirve estar todos los dias en la mortificacion, y ser mirados como ovejas destinadas al matadero? Si asi, repito yo, con una soberbia de Phariseo nosotros menospreciamos los demas, y, lo que es todavia mas arrogante, aquellos que son tambien mejores que nosotros, ¿de qué nos sirve esta abstinencia y esta austeridad tan grande de nuestra vida, esta diferencia y vileza tan grande de nuestros hábitos, estos sudores diarios en el trabajo de las manos; este exercicio contínuo de ayunos y vigilias: en fin, esta profesion que nosotros hacemos de pasar toda nuestra vida en una austeridad tan particular? Si no es acaso, que nosotros hagamos todas nuestras acciones con el designio de ser vistos por los hombres. Mas, Jesu-Christo protexta (2): *Yo os digo de verdad que ellos han recibido su recompensa.* Y á la verdad, si toda la esperanza que nosotros tenemos en Jesu-Christo (3), no pasa de esta vida, ¿no somos nosotros los mas miserables de todos los hombres? Y si no buscamos mas que la gloria temporal por el servicio, que nosotros rendimos á Jesu-Christo, no manifestamos nosotros,

(1) Ps. 43. 12. (2) Math. 8. 5. (3) 1. Cor. 15. 9.

tros, que no esperamos en Jesu-Christo sino para esta vida?

2. ¿Qué hombre tan miserable y malo soy yo, que tomo tantas penas y cuidados para no ser, ó mas bien, para no parecer como los demas hombres, y que debo recibir con todo eso, menos recompensa, ó aun ser mas gravemente castigado que otro alguno de los hombres? ¿Qué pues? ¿no se hallaba para nosotros (si yo me atrevo á hablar de esta suerte) un camino mas soportable para descender á los infiernos? Si era una necesidad para nosotros el ser allí precipitados, ¿por qué á lo menos no escogeríamos este camino ancho de la mayor parte del mundo, que conduce á la muerte, para pasar de la alegria, y no de los llantos á otra mansion de los llantos? O quanta mayor dicha es la de aquellos (1), *que no tienen inquietudes en el pensamiento de su muerte, cuyas aflicciones no son de duracion, que no toman parte en las miserias de los otros, y no son afligidos con el resto de los hombres*! quienes aunque pecadores, y destinados á los suplicios eternos por los placeres temporales, que ellos han tenido aca baxo, se han encontrado á lo menos durante esta vida en la abundancia de las riquezas. Ay de aquellos que llevan la Cruz, no como el Salvador llevó la suya (2), sino como el Cyrineo la de otro. Ay de estos instrumentistas que tañen, no como los del Apocalipse con sus propios instrumentos (3), sino mas antes como los Hypócritas con las Harpas de otros! Ay una, y dos veces de estos pobres soberbios! Ay, digo otra vez, ay de estas gentes que llevan la cruz de Jesu-Christo, y que no le siguen: y que teniendo parte en sus sufrimientos, no cuidan de imitarle en su humildad!

3. En efecto, estos hombres son oprimidos de una doble miseria, quando ellos se afligen en esta vida por una gloria temporal, y en la otra ellos son precipitados en los tormentos eternos por una soberbia interior, y secreta. Han trabajado con Jesu-Christo, y no reynan con él: han seguido á Jesu-Christo en la pobreza, y no le po-

(1) Ps. 72. 4. (2) Math. 27. 32. (3) Apoc. 14.

seen en la gloria. Han bebido acabajo del torrente de las miserias, mas no elevarán su cabeza en el Cielo. Ellos lloran ahora, y para entonces ellos no serán consolados. Y esto con mucha justicia; porque ¿qué hace la soberbia bajo los paños de la humildad de Jesu-Christo? ¿Qué? ¿la malicia humana no puede encontrar nada para cubrirse, sino las mantillas con que la infancia del Salvador ha sido envuelta? Y ¿como el orgullo disfrazado se vá á esconder en la cuna de nuestro Señor; y en vez de los gritos infantiles de la inocencia, no hace oir sino las quexas de la murmuracion? Estos grandes soberbios del Psalmista, *de quienes la iniquidad no ha salido sino de una grande abundancia*, ¿no están ellos á cubierto por su malicia y por su impiedad, mas seguramente que nosotros no estamos escondidos bajo de una santidad extraña? Porque, ¿qual es mas impío, aquel que publica su iniquidad, ó aquel que la disfraza con las apariencias de la virtud? ¿Por ventura no es este, que añadiendo una mentira á su crimen, comete una doble impiedad? Pero, ¿qué mas diré? Yo temo mucho hacerme sospechoso, no á Vos, Padre mio, no á Vos, de quien yo sé que estoy conocido otro tanto como un hombre lo puede ser de otro en la obscuridad de esta vida; y particularmente en el conocimiento que yo tengo de que Vos no ignorais de ningun modo lo que pienso sobre este asunto; sino respecto de aquellos que no me han conocido, como Vos me conoceis, y que no me han oido hablar, como yo suelo hablaros desde el lugar de mi soledad. Yo os escribo pues, (lo mismo que Vos me habeis oido muchas veces) á fin de que como yo no puedo ir á buscar, ni satisfacer á cada uno en particular, Vos tengais á mano con qué persuadirles la verdad de mi parte con toda la seguridad y certidumbre, que Vos teneis de todos mis sentimientos particulares. Tampoco yo recelo exponer por escrito á los ojos de todo el mundo, lo que yo os he dicho al oido sobre este asunto.

(c) Ps. 72. 6.

CAPITULO II.

San Bernardo se purifica de las calumnias que le imponian, y alaba extremamente el Orden de Cluni.

4 ¿Quién me ha oido jamas declamar en público, ó murmurar en secreto contra este Orden? ¿Hay uno de este mismo Orden, que yo no haya siempre mirado con buenos ojos, que yo no haya recibido con honor, á quien yo no haya hablado con respeto, y que yo no haya exhortado con humildad? Yo lo he dicho ya, y lo vuelvo todavia á decir: Su manera de vida es santa, ella es honesta, enriquecida con la castidad, recomendable por la prudencia, instituida por los Padres, ordenada por el Espíritu Santo, y muy útil para la salud de las almas. ¿Es posible que yo reprenda, ó que menosprecie un Orden, que yo alabo de esta suerte? Yo me acuerdo de haber sido recibido otro tiempo de Huesped en algunos de sus Monasterios. Yo pido á Dios, que él haga con sus siervos las bondades que ellos me han manifestado en mi enfermedad, aun mas allá de la necesidad, y tambien el honor con el qual ellos me han tratado sobre mis méritos. Yo me he encomendado á sus oraciones, yo he asistido á sus conferencias, yo he tenido frequentemente con muchos de entre ellos Discursos sobre la Escritura santa, y sobre la salud de las almas asi en público en su Capítulo, como en particular en el aposento de los Huéspedes. Mas, no se encontrará uno que yo haya disuadido en público ni en particular de permanecer en este Orden, ni que yo haya persuadido venir al nuestro. Al contrario, yo lo he estorvado á muchos que querian colocarse entre nosotros; y luego que ellos se han presentado y han hecho todas las instancias posibles, yo les he despedido. ¿No he devuelto yo el Monge Nicolás al Monasterio de S. Nicolás, y remitido entre vuestras manos dos de los vuestros, de lo que Vos sois testigo fiel? Y por lo que es de estos dos Abades del vuestro Orden,

que vos conoceis muy bien, sin que yo esté obligado á nombrarlos, y con quienes sabeis hasta que punto estamos nosotros unidos de amistad, ¿no es cierto que deseando pasarse á otro Orden, y habiendo tomado ya esta resolucion, como Vos no habeis ignorado, yo los he hecho desistir de este designio, y les he estorvado que dexasen sus Abadías? ¿De donde viene pues, que se cree y se publica que yo reprendo extremamente un Orden, al qual persuado yo á mis Amigos, que rindan servicio; á quien yo devuelvo sus Monges que querian venir á vivir entre nosotros, y del que yo pido las oraciones con tanta instancia; y que yo recibo con mucha devocion?

CAPITULO III.

Que la diversidad de los Ordenes Religiosos no perjudica á las conexiones de la caridad.

5 Puede ser que se me tenga por sospechoso en vuestro Orden á causa de que yo parezco vivir en otra observancia que la suya. Mas, por esta misma razon yo pudiera tambien decir, que el nuestro era desacreditado por qualquiera que vive de otro modo. ¿Se creerá pues igualmente, que las personas que viven en la continencia, y aquellas que se hallan en el estado del Matrimonio, se condenen recíprocamente, porque ellas tienen cada una sus leyes particulares en la Iglesia? Se dirá tambien que los Monges y los Clérigos regulares son opuestos los unos á los otros, porque ellos son diferentes en sus observancias? ¿Y nosotros tendremos motivo para dudar todavía, si Noe, Daniel, y Job podrian oportarse en un mismo Reyno, pues que sabemos que ellos no han ido por un mismo camino de justicia? En fin, ¿será preciso necesariamente, que Martha y María, ó ambas á dos á un tiempo, ó una de las dos, no fuesen agradables á Dios, pues que la una y la otra pretendian agradarle por exercicios de devocion tan desemejantes? ¿Y por esta razon se persuadirá que no hay paz alguna, ni concordia en la

Iglesia, viéndola diversificada con tantos y tan diferentes Ordenes, como esta Reyna del Psalmista (1), que él pinta *revestida de variedad*? En efecto, ¿qué reposo y qué estado de seguridad se hallaria en ella, si escogiendo cada uno un Orden particular, viene á menospreciar aquellos que tienen otro género de vida, ó á dudar que ellos no sean menospreciados de los otros; especialmente no siendo posible, que un mismo hombre sea de todos los Ordenes, ó que un mismo Orden posea todos los hombres? Yo no soy tan ignorante, que no distinga bien la ropa de Joseph, no de aquel que libró el Egipto, sino de nuestro amable Joseph, que ha salvado el mundo, no solamente del hambre del cuerpo, sino de la muerte del cuerpo y del alma juntamente. Esta ropa es demasiado conocida, pues que ella es Polymita, es decir muy agradable por la variedad de sus colores. Es verdad, que ella parece ensangrentada, pero no de la sangre del Cabrito, que señala el pecado, sino de la del Cordero, que representa la inocencia, es decir de la suya propia, y no de la de otro. También el mismo es verdaderamente este dulcísimo Cordero, que no estuvo solamente callado quando se le despojó de su vellon, sino tambien quando le dieron la muerte: que no ha cometido pecado, sino que ha borrado todos los pecados del mundo. Ellos enviaron algunos, dice la Escritura (2), que dixesen á Jacob: *Nosotros hemos encontrado esta ropa; ved si es la de vuestro hijo, ó no.* Yo os digo lo mismo, Dios mio, ved si esta es la ropa de vuestro querido Hijo: reconoced, ó Padre Todo-Poderoso, esta ropa de diversos colores, que vos habeis hecho á Jesu-Christo, quando Vos le habeis dado los unos por Apóstoles, los otros por Prophetas; estos por Evangelistas, aquellos por Pastores y Doctores, y todo lo demas, que Vos habeis añadido en este Vestido admirable (3) *para la consumacion de los Santos, que llegan al estado de un hombre perfecto, á la medida de la edad de la plenitud de Jesu-Christo.* Reconoced todavia, si os agrada, ó Dios mio, la púrpura de esta preciosísima

(1) Ps. 44. 10. (2) Gen. 37. 32. (3) Eph. 4. 12.

sangre de que ella ha sido rociada, y en esta púrpura una excelente señal, y un testimonio muy glorioso de su obediencia. De donde viene esta pregunta del Propheta (1). *¿Por qué vuestro vestido está teñido de roxo? Es*, responde él, *porque yo he sido solo á pisar el lagar, sin que algun hombre de entre todos los pueblos estuviese conmigo.*

6 Por eso, habiéndose hecho obediente al Padre hasta el lagar de la muerte, donde él se encontró solo (pues no ha sido asistido sino de solo su brazo, segun esta palabra del Psalmista (2): *Y yo estoy solo hasta que yo pase*) es bien justo, Dios mio, que Vos le ensalzeis, y que Vos le deis un nombre que sea sobre todo otro nombre (3), *de suerte, que todos los Espiritus del Cielo, de la tierra, y de los infiernos doblen su rodilla al adorable nombre de Jesus* (4): que él suba á los Cielos, que él lleve consigo esta tropa, que estaba cautiva en el Limbo, y que él colme los hombres de bendiciones. ¿Quáles bendiciones? Que él dexe, es á saber, á la Iglesia su esposa por prenda de su amistad esta ropa de muchos colores, que está sin costura, y texida desde lo alto hasta abaxo: que es de muchos colores á causa de la diversidad grande de muchos órdenes, que ella comprende: y que está sin costura á causa de la perfecta unidad de su caridad indisoluble (5). *¿Quién me separará*, dice ella, *de la caridad de Jesu-Christo?* Escuchad todavía como ella es de muchos colores. (6) *Hay*, dice el Apóstol, *muchas gracias diferentes, mas no hay sino un mismo espiritu; hay muchas operaciones; pero no hay sino un solo Señor.* Y seguidamente, despues de haber referido muchas diferencias de gracias, como otros tantos colores de esta ropa, por donde se vé, sin duda alguna, que ella es Polymita; á fin de hacer ver todavía, que ella está sin costura, y texida desde lo alto hasta abaxo, él añade (7): *Pero no hay mas que un solo y mismo espiritu, que obra todas estas cosas distribuyendo á cada uno, segun que á él le agrada. Pues la caridad ha sido derramada en nuestros corazones*

(1) Isai. b. 3. 2. (2) Ps. 1. 10. (3) Philip. 2. 10.
(4) Eph. 8. (5) Rom. 8. 35. (6) 1. Cor. 12. 4.
(7) Id.

por el Espíritu Santo que nos ha sido dado. (1) Que esta ropa pues, no sea dividida, sino que la Iglesia por un derecho hereditario la posea toda entera, pues que de ella está escrito (2): *La Reyna está á vuestra diestra, adornada de una ropa de oro, y rodeada de variedad.* Así, los unos son diferentes de los otros recibiendo gracias diferentes; este de una manera, y el otro de otra, ó que ellos sean del Orden de Cluní, ó del de Cister; ó que ellos sean Clérigos Regulares, ó fieles Seculares; en fin, de qualquier órden que sean, de qualquiera nacion, de qualquiera sexô, de qualquiera edad ó condicion, en todo lugar, en todo tiempo, desde el primer hombre hasta el último. Pues por esta razon su longitud desciende hasta á los talones, porque ella llega hasta el fin; de suerte, dice el Propheta (3), *que no hay persona que no sienta su calor.* Esta ropa es enteramente justa, y conviene perfectamente á aquel para quien ella ha sido hecha, y de quien la Escritura dá testimonio (4), *que él alcanza desde una extremidad hasta la otra con fuerza, y dispone todas las cosas con suavidad.*

CAPÍTULO IV.

Él protexta, que aunque no es mas que de un Orden por su profesion, él abraza con todo eso, y está en todos los Ordenes por la caridad.

7 Es menester pues, que todos concurramos juntamente en la unidad de esta única Ropa; y que estando compuesta de todos nosotros ella permanezca única en sí misma. Yo digo única de todos, pues; sin embargo de que ella esté hecha de muchas y diferentes partes, con todo eso, dice la Escritura (5): *Mi paloma, mi hermosa, y mi perfecta es una.* Porque no soy yo solo, ni vos sin mí; ni este otro sin nosotros ámbos, sino que todos nosotros juntamente somos esta Ropa, con tal que, sin embargo, nosotros todos cuidemos de guardar la unidad del espíritu en

(1) Rom. 5. 5. (2) Ps. 44. 10. (3) Ps. 18. 7.
(4) Sap. 8. 1. (5) Cant. 6. 8.

el lazo de la paz. No es solamente, repito yo, nuestro Orden, ni el vuestro solo, el que pertenece á esta unidad, sino el nuestro y el vuestro juntamente; sino es acaso (lo que Dios no quiera) (1) que teniéndonos envidia los unos á los otros, y dándonos golpes, nos desgarrémos y destruyámos recíprocamente; y que así el Apóstol no pueda representarnos á Christo como una casta Vírgen, que él habia prometido á este único Esposo. Pero advertid bien, que aquella única dice en el Cántico (2): *Él ha ordenado en mí la caridad*: á fin de que, bien que ella sea única por la caridad, sea, con todo eso, diferente por la ordenacion. ¿Qué? yo soy del Orden de Cister: ¿luego es preciso que yo reprenda los del Orden de Cluni? Dios me guarde de eso: al contrario, yo las amo, yo las alabo, yo digo de ellos todos los bienes del mundo. Mas, decís vos: Si teneis de ellos pensamientos tan ventajosos, ¿por qué no sois de este Orden? Escuchad, os ruego, la razon de esto: es por lo que el Apóstol ha dicho (3): *Cada uno permanezca en la vocacion á la qual ha sido llamado.* Y si vos me preguntais todavía, por qué desde el principio yo no le escogí, si yo tenia de él tan buena opinion? Yo os responderé, que esto es tambien por la razon que el Apóstol ha dado en otro lugar (4). *Todas las cosas me son permitidas, mas todas no me son convenientes.* (5) No porque este Orden no sea justo y santo, sino porque yo era carnal, y estaba puesto baxo la servidumbre del pecado. Y yo sentir mi alma en una languidez tan grande, que yo tenia necesidad de una medicina mas fuerte. Pues es preciso usar de diferentes remedios para enfermedades diferentes, y se necesita de los mas fuertes para los males mas peligrosos. Representemos dos enfermos, el uno de una fiebre quartana, y el otro de una fiebre terciana. El primero exhôrta al segundo, que no use sino de agua, de frutas, y de otros alimentos refrigerantes; mas, en quanto á sí, él se abstiene de todo esto; bebe vino, y no toma sino el buen alimento que le dé calor, como que le es mas provechoso. Yo os ruego pues, ¿quién

(1) 1. Cor. 10. 1. (2) Cant. 2. 4. (3) 1. Cor. 4. 70.
(4) Cor. 10 22. (5) Rom. 7. 14.

¿quién podria con justicia reprenderle de una tal conducta? Si su compañero le dixera: ¿Por qué no bebeis agua, pues que me lo aconsejais con tanto empeño? ¿No le responderia él justamente: Es por fidelidad de amigo que yo os la aconsejo, y es por mi utilidad propia el abstenerme yo de ella?

8 En fin, se podria preguntar por la misma razon, ¿por qué no soy de todos los Ordenes, pues qué yo hablo de todos con elogio? En efecto, yo alabo y aprecio todos aquellos, donde se tiene una vida pura en la Iglesia, y se exercita la virtud. Yo, con todo eso, no estoy unido mas que á uno por mi profesion, aunque yo lo estoy á todos por la caridad. Mas, la caridad hará de suerte (yo hablo con confianza) que yo no seré privado del fruto de aquellos mismos, cuyas observancias yo no guardo. Yo diré algo mas todavía. Poned vos mucho cuidado en como os conducís. Pues bien puede suceder, que vos trabajeis inútilmente; mas, no puede suceder que yo ame en vano el bien que practicais. ¡Ó qué grande es la confianza de la caridad! Vos vereis uno que trabaja sin amar, y otro que ama sin trabajar. Aquel pierde su trabajo y su pena; y la caridad de éste no se pierde jamás. Pero ¿qué maravilla que en este lugar de destierro, en esta peregrinacion de la Iglesia, se encuentre, si yo me atrevo á hablar así, una cierta unidad numerosa, y una cierta pluralidad que es única, pues que en la pátria misma quando ella estará en su reyno, se encontrará una semejante especie de igualdad, en alguna manera desigual? De donde viene que está escrito (1): *Hay muchas moradas en la casa de mi Padre.* Así pues, como se encuentran en el Cielo muchas moradas en una misma casa, así se ven sobre la tierra muchos Ordenes diferentes en una misma Iglesia. Y así como hay acá abaxo (2) *muchas gracias diferentes, y un solo y mismo Espíritu*, así hay tambien en el Cielo muchas diferencias de gloria en una sola casa. Ademas, la unidad sobre la tierra, igualmente que en el Cielo consiste en una misma caridad. Mas, la diversidad que se encuentra sobre la tierra, viene de la grande diferencia de

(1) Joan. 14. (2) Cor. 12. 4.

los Ordenes ó de las operaciones; en vez que en el Cielo ella está establecida sobre una cierta distincion de méritos muy conocida, y muy ordenada. En fin, conociendo la Iglesia ésta concordancia suya en alguna manera discorde, y ésta acorde discordia, dice (1): *El me ha conducido por los caminos de la justicia por la gloria de su nombre.* Pues, sirviéndose de la voz de caminos en plural, y de la de justicia en singular, ella no ha querido pasar en silencio la diversidad de operaciones, ni la unidad de aquellos que trabajan. Y previendo, que esta misma unidad debe ser diversa en el Cielo, ella canta con devocion (2): *Vuestras plazas, ó Jerusalem, serán pavimentadas de oro puro, y se cantará Aleluya por todas vuestras calles.* Donde por estas palabras de plazas y de calles vos debeis comprender la diversidad de las coronas y de la gloria: y por el solo metal del oro de que se pinta el ornato de esta ciudad, y el solo Aleluya que se asegura deberse cantar allí, es preciso entender la belleza uniforme de especies diferentes, y la devocion de muchos Espíritus, que debe ser una.

9 No se marcha, pues, por un solo camino, porque no hay solamente una morada, adonde se pretende llegar. Y por tanto, que cada uno tenga cuidado del camino por donde él quiere ir; de temor de que por la diversidad de los caminos él no se aparte del camino de la justicia, que es una: pues á qualquiera morada que él llegue, si él tiene este verdadero camino, no será excluido de la única Casa del Padre Eterno. Con todo eso, *como una estrella es diferente de la otra en claridad, así es*, dice el Apóstol (3), *de la resurreccion de los muertos.* Pues, aunque los Santos resplandecerán como el Sol en el reyno de su Padre, los unos, con todo eso, resplandecerán mas que los otros por la diversidad de sus méritos. De los quales en esta vida no se puede hacer el justo discernimiento que se hace en la otra, porque no se ven aquí sino las apariencias solas de las acciones, en vez de que en la otra nada estorvará, que se vean los corazones al descubierto. Porque, echando el Sol de justicia sus rayos por todas partes (4), *los mas secretos*

(1) Ps. 22. 3. (2) Tob. 13. 22. (3) 1. Cor. 15. 41. (4) 1. Cor. 4. 5.

pensamientos de los hombres serán descubiertos entónces. Y así como al presente (1) *no hay persona que no esté tocada de su calor*, así entónces no habrá uno que se pueda esconder de su luz. En fin, no hay ordinariamente cosa mas incierta, ni mas peligrosa que el juicio que se hace de las obras exteriores, porque las acciones las mas resplandecientes no son siempre las mas justas.

CAPÍTULO V.

Reprende agriamente los Religiosos que tienen envidia, y que hablan de los otros Ordenes mal.

10 Esto es lo que ahora me dá motivo de reprender algunos Religiosos de nuestro Orden, á quienes se acusa de hablar mal de otros Ordenes, contra el sentimiento de San Pablo, que dice (2): *Guardaos de juzgar ántes de tiempo, hasta que el Señor venga, que esclarecerá lo que está oculto en las tinieblas, y descubrirá los mas secretos corazones*; y que queriendo pasar ellos solos por justos, no están sometidos á la justicia de Dios. Ciertamente, si hay algunos de éstos, yo diré mucho mas justamente, que ellos no son ni de nuestro Orden, ni de otro alguno. Pues que hablando con tanto orgullo, aunque ellos vivan en la observancia, se declaran ciudadanos de Babilonia, es decir, de la confusion y turbacion, y aun hijos de las tinieblas y del infierno, de donde está desterrado el Orden, y en donde reside un horror perpetuo (3). A vos pues, hermanos mios, me dirijo yo, á vos, repito, que despues de haber sido de nuestro Señor ésta parábola (4) del Pharisèo y del Publicano, teneis tan buena opinion de vuestra santidad, que no teneis sino el menosprecio para los demás; que os alabais, á lo que se dice, de ser dos solos santos entre todos los hombres, ó á lo ménos de ser mas santos que todos los otros; que decis que no hay mas Monges que vivan en las

(1) Ps. 18. 7. (2) 1. Cor. 4. 5. (3) Job. 10. 22.
(4) Luc. 18. 11.

observancias regulares; y que los otros no son sino verdaderos transgresores de la Regla.

11 Yo os pregunto primeramente: ¿Qué teneis Vos que mirar sobre los Siervos, que no os pertenecen? Su caida, ó su firmeza pertenece á su Señor: ¿quién os ha establecido Jueces suyos? En segundo lugar, si vos teneis tan buena opinion de vuestro Orden, como se dice, ¿qué orden hay en buscar con tanto cuidado una paja en el ojo de vuestro hermano, antes de sacar la viga (1), que se encuentra en el vuestro? Vosotros, que os gloriais de vuestra Regla ¿por qué hablais mal del próximo contra la ordenanza de la Regla? ¿Por qué juzgais antes de tiempo contra la prohibicion del Apóstol? ¿y á unos siervos que no son vuestros, contra las máximas del Evangelio (2)? ¿Consiste esto en que vuestra Regla no está acorde con el Evangelio, ni con el Apóstol? Si eso fuera asi, ella no seria una verdadera Regla, pues que ella no seria derecha. Vos pues que murmurais de otras Ordenes contra el orden, escuchad y aprended el órden, que es menester guardar. *Hypócrita*, dice el Señor (3), *quitad primeramente la viga de vuestro ojo; y despues buscaréis el medio de sacar la paja del de vuestro hermano.* ¿Preguntais qual es esta viga? No hay viga mas grande, ni mas gruesa que la soberbia, por la qual creyendo que sois alguna cosa, aunque no seais nada, os aplaudis neciamente como si os hallaseis con una perfecta santidad, y insultais vanamente á los otros por una paja, vos mismo que estais ciego de una viga entera. *Mi Dios*, decis Vos (4), *yo os doy gracias de que yo no soy como los otros hombres, injustos, robadores, adúlteros.* Proseguid todavia, y decid, detractores. Pues esta paja no es la mas pequeña entre las otras. ¿Por qué no decis una palabra de esta, ya que teneis tanto cuidado de contar las otras? Si Vos la teneis por cosa muy pequeña, ó por nada, escuchad al Apóstol, que dice (5): *Ni los murmuradores poseerán el Reyno de Dios.* Escuchad tambien las amenazas que hace Dios por

(1) Matth. 7. 5. (2) Rom. 14. 4. ( ) [3] Matth. 7. 5.
(4) Luc 18. 11. [5] 1. Cor. 6. 10.

el Psalmista (1) *Yo te acusaré, y te haré parecer tal como tu eres, delante de tus ojos.* Pues es constante por las cosas precedentes, que él habla del murmurador en este lugar. Y con mucha justicia se le revoca, y se le hace reflexionar sobre sí mismo, á quien apartando sus ojos para no ver sus miserias particulares, no tiene curiosidad sino para buscar los defectos de los otros, mas antes que los suyos propios.

CAPÍTULO VI.

Reprende aquellos que juzgan temerariamente, y que murmuran del modo de vivir de los Monges de Cluni.

12 Mas, dicen ellos: ¿Cómo estos Monges que llevan los hábitos aforrados; que estando sanos, comen carnes, ó usan de la manteca; que en un dia toman tres ó quatro suertes de platos contra la prohibicion de la Regla (2); que no hacen el trabajo de manos que ella les manda; y en fin, que truecan, aumentan, y disminuyen muchas de sus observancias segun su phantasía (3), como se puede decir, que guardan la Regla? Yo confieso, que no se puede negar nada de eso. Mas, haced un poco de reflexion sobre la Regla de Dios, á la qual la de S. Benito no es de ningun modo contraria. *El Reyno de Dios* (4), dice el Evangelio, *está dentro de vosotros.* Es decir, que no está exteriormente en los hábitos, ni en los alimentos del cuerpo, sino en las virtudes del hombre interior. Por lo que tambien ha dicho el Apóstol (5): *El Reyno de Dios no es el comer y el beber, sino la justicia, y la paz, y la alegria en el Espíritu Santo.* Y en otra parte (6): *El Reyno de Dios no está en la palabra, sino en la virtud.* Así, mientras que Vos formais una calumnia contra vuestros hermanos sobre las observancias corporales, robando nais las cosas de la Regla las mas importantes, es á saber,

(1) Ps. 49. 21. (2) Reg. S. Ben. cap. 39. (3) Id. c. 45.
(4) Luc. 17. 21. (5) Rom. 14. 17. (6) 1. Cor. 4. 20.

las Instituciones espirituales: y devorando un Camello sin dificultad, Vos la teneis en tragar un mosquito. Extraño abuso! Se tiene gran cuidado de que el cuerpo esté vestido regularmente, y se dexa el alma enteramente desnuda sin sus ornamentos contra la ordenanza de la Regla. No se quiere que el cuerpo quede sin su túnica y su ropa; y no se creeria ser Monge, si faltase la una ó la otra. Hè! ¿por qué no se pone otro tanto de cuidado en revestir el alma de la piedad, y de la humildad, que son sus verdaderos vestidos? Cóh nuestra túnica y nuestro orgullo nosotros tenemos aversion á los hábitos aforrados en pieles, como si la humildad, envuelta y rodeada de pieles, no fuese mejor que la soberbia vestida de una sola túnica. Especialmente, despues que Dios (1) ha hecho túnicas de pieles á los primeros hombres; y que S. Juan en el desierto (2) ha llevado un cenidor de cuero; y que el Instituidor mismo de la túnica se ha vestido de pieles y no de túnicas en la soledad. Sobre esto, despues que nosotros tenemos el vientre lleno de habas, y el espíritu de soberbia, ¿condenamos los que están saciados de viandas? como si no fuera mas ventajoso tomar poco de un buen alimento para subsistir, que hartarse de legumbres ventosas hasta vomitar. Principalmente siendo cierto que Esau (3) no ha sido reprendido de haber comido carne, sino unas lentejas solamente: que Adam (4) no ha sido juzgado con motivo de la carne, sino del Arbol; y que Jonathas (5) ha sido destinado á la muerte por haber gustado la miel, y no la carne. Y al contrario, que Elias (6) ha comido carne sin ser culpable: que Abraham (7) ha alimentado de carne los Angeles con mérito; y que Dios (8) ha mandado que se le hiciesen sacrificios con ella. Pero y tambien es mucho mas razonable usar de un poco de vino á causa de la flaqueza del estómago, que saciarse de una grande cantidad de agua con demasiada ansia. Pues que S. Pablo aconseja á Timo-

(1) Gen. 3. 25. [2] Math. 3. 4. [3] Heb. 12. 38.
(4) Gen. 3. 17. [5] 1. Reg. 14. 25. (6) 3. Reg. 17. 6.
(7) Gen. 18. 7. (8) Exod. 29. 1.

teo (1) beber un poco de vino: nuestro Señor mismo (2) ha usado de él hasta recibir por eso las afrentas; y él mismo (3) lo dió á beber á los Apóstoles, y de él hizo el Sacramento de su sangre. Y al contrario, él no quiso sufrir (4), que se bebiese agua en las Bodas de Caná; y castigó severamente (5) la murmuracion del Pueblo en el asunto de las aguas de contradiccion: siendo tambien cierto que David (6) no quiso beber el agua que él habia deseado apasionadamente; y que los Soldados de Gedeon (7) que por demasiada ansia bebieron echado el vientre sobre la tierra en el arroyo, no merecieron combatir con los otros. En quanto al trabajo de las manos, vos no teneis grande motivo para gloriaros de él, pues que nuestro Señor (8) reprende á Marta de su trabajo, y alaba á Maria en su reposo. Tambien S. Pablo dice en alta voz (9): *El trabajo del cuerpo no sirve de mucho, mas la piedad es útil para todas las cosas.* Un excelente trabajo es aquel de que habla el Propheta (10). *Yo he trabajado en mi gemido.* Y en otro lugar (11): *Yo me he acordado de Dios, y yo me he alegrado de eso, y he sido exercitado.* Y á fin de que no penseis que él habla de un exercicio corporal, él añade (12): *Y mi espiritu se ha encontrado en el desmayo.* Pues, quando es el espíritu, y no el cuerpo el que es fatigado, es preciso necesariamente que se entienda que se habla de un trabajo espiritual.

CAPÍTULO VII.

Que el exercicio del espíritu es mas útil que el del cuerpo.

13 ¿Qué pues? decis vos. ¿Es así que vos ensalzais los exercicios espirituales hasta reprender los corporales, que están ordenados por la Regla? De ninguna manera

(1) 1. Tim. 5. 23. [2] Math. 11. 19. [3] Joan. 2. 3.
(4) Math. 36. 47. (5) Joan. 2. 3. (6) Num. 20. 6.
[7] 2. Reg. 23. 16. (8) Judic. 7. 5. (9) Luc. 10. 41.
(10) 1. Tim. 4. 8. (11) Ps. 6. 7. (12) Ps. 76. 3. (1)

Pero, es preciso de tal suerte practicar estos, que no se venga á omitir los otros. Y en el caso de la necesidad de dexar los unos ó los otros, se deben omitir mucho mas antes los corporales que los espirituales. Pues otro tanto como el espíritu es mas excelente que el cuerpo, otro tanto el exercicio espiritual es mas útil que el corporal. Asi, quando ensalzando esta observancia corporal, insultais á los que no la tienen en práctica, ¿no os mostrais Vos mismos mas transgresores de la Regla que los otros? Pues que os ateneis á las cosas que son las menores, y os dispensais de las mas excelentes, á las quales nos exhorta el Apóstol en estos términos (1): *Aspirad á las cosas mas perfectas.* Pues perdeis la humildad murmurando de vuestros hermanos sobre una cosa de que Vos os gloriais; y despreciando las otras, Vos perdeis la caridad; que seguramente son virtudes mas excelentes. Vos, digo yo, que afligis vuestro cuerpo con trabajos reiterados y excesivos, y que mortificais vuestros miembros que están sobre la tierra, con las austeridades de la Regla, Vos estais á la verdad en una buena práctica. Mas, si aquel á quien Vos condenais por no estar en el mismo trabajo que Vos, no dexa de hacer algun exercicio corporal que sirve de poca cosa, y ademas él se aplica de otra diferente manera que Vos, á la práctica de la piedad y de la virtud, que es útil para todas las cosas, yo os pido que me digais qual de los dos es el que guarda la Regla perfectamente. ¿No es mas perfecto este, que la guarda mas perfectamente? Y ¿quién es mas perfecto de los dos, aquel que es mas humilde, ó aquel que está mas fatigado del trabajo? ¿No es aquel que ha aprendido de nuestro Señor (2) á ser manso y humilde de corazon, porque con Maria Magdalena (3) ha escogido la mejor parte, que jamás le será quitada?

Y si creeis, que todos estos que han hecho profesion de la Regla, deben de tal suerte observarla á la letra, que Vos no quisierais sufrir, que se pueda dispensar la me-

(1) 1. Cor. 12. 31. (2) Matth. 11. 29. (3) Luc. 10. 42.

menor cosa de ella, yo lo digo resueltamente: Vos no la guardais ni el uno ni el otro. Porque, si este falta en muchas cosas que conciernen á los exercicios corporales, es imposible tambien que Vos no falteis en algunas. Y Vos sabeis, que aquel que falta en una, es culpable de todas las otras. Mas, si Vos confesais, que se puede en ella alterar alguna cosa con dispensa, ciertamente Vos la guardais asi el uno como el otro, aunque en diferente manera. Vos con una grande exáctitud, y aquel acaso con mas de discrecion. Pero, yo no digo todo esto, como si se hubiesen de menospreciar las cosas exteriores, ó como si aquel que no las practicára, pudiera hacerse al punto por eso mas espiritual, pues que es muy difícil, ó casi imposible adquirir ó obtener las espirituales aunque mas excelentes, sino por medio de las corporales, segun lo que dice el Apóstol (1): *No es lo espiritual lo que precede, sino que lo animal es lo primero, y en seguida lo espiritual.* Asi, Jacob no mereció los abrazos de Rachel que él tanto habia deseado, sino despues de haber tenido el conocimiento de Lia. De donde viene tambien, que el Psalmista habla de esta manera (2): *Preparad los instrumentos para cantar los Psalmos, y haced resonar los tymbales*: es decir, pensad en las cosas espirituales, mas comenzad por las corporales. Pero, el mas perfecto es aquel que se sirve de las unas y de las otras en el tiempo, y con discrecion.

15 Convendria acabar aqui la Carta, á fin de que ella no excediese los límites ordinarios; supuesto que yo he dicho suficientemente quanto he podido, reprendiendo los Religiosos de nuestro Orden, de quienes Vos, Reverendo Padre, os quexais, que murmuran del vuestro; y que yo me he justificado, como debia, de las falsas sospechas que se tenian de mi. Mas, porque al mismo tiempo que yo no quiero disimular nada á los nuestros, pareceria, que yo queria condescender con algunos de los vuestros en lo que no es razonable, yo he creido que debia añadir aqui algunas pocas cosas, que yo sé que no os agradan, y que deben ser absolutamente reprobadas de

(1) 1. Cor. 15. 46. (2) Ps. 30. 2. 3.

todas las personas timoratas: las quales á la verdad, aunque pasan en el Orden, es constante que no pertenecen al Orden. No hay Orden en lo que admite algo de desarreglado. Y lo que es desarreglado, no es de la Orden. Por eso no se debe creer, que yo hablo contra el Orden, sino mas ántes á favor del Orden, quando yo reprendo no el Orden en los hombres, sino los desórdenes de los hombres. Así, yo no temo en este caso, que se enojen contra mí los que aman el Orden: al contrario, yo no dudo que ellos tendrán muy á bien, que yo emprenda hacer guerra á unos defectos, de que ellos tienen displacer. Y si hay algunos á quienes esto no agrada, ciertamente ellos muestran, que no aman el Orden, cuyos defectos no quieren que sean reprendidos. Así, yo les opondré esta sentencia de San Gregorio (1): *Vale mas ver el escándalo, que abandonar la verdad.*

CAPITULO VIII.

Reprende con vehemencia los abusos, y los vicios disfrazados con el nombre de virtudes.

16 Se dice, y se cree con verdad, que han sido los Santos Padres los que han instituido este género de vida. Y que, á fin de que muchos pudiesen aquí hacer su salud, ellos han moderado el rigor de la Regla por los flacos, y de ningun modo la han destruido. Mas, Dios me guarde de creer, que ellos hayan ordenado ó concedido todas las vanidades y superfluidades excesivas, que yo veo en la mayor parte de los Monasterios. Por mí, yo no puedo admirarme lo bastante, de donde ha podido nacer entre los Monges una tan grande intemperancia en el beber y en el comer, en los hábitos y en los muebles, en las cavalgaduras y en la construccion de sus edificios: hasta el punto mismo de pensarse, que el Orden es mas bien observado, y que hay mas religion en los lugares en que estas cosas se practican mas cuidadosamente, mas deliciosamente, y con mas de profusion. En efecto, se hace pasar el ahorro por ava-

(1) S. Greg. Hom. 7. in Exech.

ricia, la sobriedad por un rigor, y el silencio por un estado de melancolía. Todo al contrario, la relaxacion se toma por discrecion, la prodigalidad por liberalidad, la lisonja por afabilidad, los golpes de risa por alegria, la delicadeza de los vestidos y el fausto de los caballos por honestidad, el demasiado aseo y superfluidad de las camas por limpieza. Y quando estas cosas se comunican á otros, se llama esto caridad. Pero ciertamente, esta caridad destruye la caridad; y la discrecion es confundida por semejante discrecion. No dexa de estár llena de crueldad una misericordia que toma tanto cuidado del cuerpo, que ella dá la muerte al alma. Y á la verdad, ¿qué caridad hay en amar la carne, y abandonar el Espíritu? ¿Qué discrecion en dar todo al cuerpo, y nada al alma? ¿Qué misericordia en alimentar la sierva, y hacer perecer la Señora? Seguramente, no es por esta misericordia, por la que se debe esperar aquella misericordia que está prometida á los misericordiosos en el Evangelio por la boca de la misma Verdad (1): *Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.* Mucho mas ántes, ella debe temer el castigo, que el Santo Job por un espíritu de prophecia, y no por un motivo de imprecacion desea á esta impía misericordia, si yo me atrevo á hablar así, quando él dice (2): *Que su memoria sea abolida, y que sea quebrado como un palo inútil.* Despues de lo qual él añade al punto la razon de esta pena bastante justa. *Porque ha nutrido*, dice él, *la que era estéril y que no engendraba, y no ha hecho bien á la viuda.*

17 Ciertamente es una misericordia enteramente desordenada, y de ningun modo razonable, no dár todos sus cuidados y sus vigilias, sino á la satisfaccion de los deseos de una carne estéril é infructuosa, *que no sirve de nada*, segun lo que dice nuestro Señor (3), *y que no poseerá jamás el reyno de los Cielos*, segun el Apóstol (4), y descuidar enteramente del consejo muy saludable, que el Sábio nos dá tocante al cuidado que se debe tener del alma, quando él dice (5): *Tened lástima de vuestra alma, procurando*

(1) Math. 5. 7. (2) Job. 24. 20. (3) Joan. 6. 64.
(4) Cor. 15. 50. (5) Eccles. 30. 24.

agradar á Dios. ¡Ó qué dichosa misericordia, es tener lástima de su alma! Sin duda, ella os alcanzará la misericordia por la qual seréis agradable á Dios. Toda otra misericordia que ésta, no es, como yo he dicho, una misericordia, sino una crueldad; no es caridad, sino iniquidad: no es discrecion, sino confusion: es regalar una estéril que es incapáz de engendrar, es decir, es servir á las concupiscencias de una carne inútil, y no hacer algun bien á la viuda, yo quiero decir, no dár al alma socorro alguno para cultivar las virtudes. Pues, aunque en esta vida ella se encuentre como viuda, y separada de su esposo celestial, no dexa, con todo eso, de concebir, y de producir continuamente sentimientos inmortales por la operacion del Espíritu Santo, los quales son capaces de poseer un dia la heredad celestial é incorruptible, con tal que ellos tengan un piadoso Obrero que tenga cuidado de cultivarles bien.

18 Sin embargo, este abuso ha llegado á este punto, que estos desórdenes ahora pasan casi enteramente por el Orden mismo, y que casi todos tienen esta práctica, sin alguna reprehension ni remordimiento de conciencia, aunque de una manera diferente. Pues hay algunos que usan de estas cosas, como si ellos no usáran, y por tanto que no pecan en ello, ó nada, ó muy ligeramente. Los unos las practícan por simplicidad, los otros por caridad, y algunos por necesidad. Aquellos que las practícan con simplicidad, lo hacen así, porque se les ordena de esta suerte; y ellos están dispuestos á obrar de otro modo, si de otro modo se les mandase. Los otros, lo hacen por no tener una vida diferente de la de aquellos con quienes habitan, no tanto buscando su propia satisfaccion en estas cosas, como la conservacion de la paz con sus hermanos. Los terceros, observan la misma práctica, porque no se atreven á resistir al gran número de aquellos que tienen diverso sentimiento, y que sostienen fuertemente estos usos, como si ellos fueran verdaderas observancias de su Orden. De suerte, que todas las veces que aquellos comienzan á cercenar, ó á añadir alguna cosa, segun que la razon lo dicta, estos al punto se levantan contra ellos, y se oponen á esto con todas sus fuerzas.

CAPÍTULO IX.

El compara el regalo de algunos Monges con la abstinencia de los antiguos.

19 ¿Quién hubiera creido en el principio de los Ordenes Monásticos, que los Religiosos podrian degenerar en tan grande tibieza? ¡Ah! ¿quán diferentes somos de aquellos que vivian en tiempo de San Antonio! pues que se visitaban de tiempo en tiempo recíprocamente con un espíritu de caridad, y se comunicaban los unos á los otros el pan de las almas con tanto fervor, que olvidándose enteramente del alimento del cuerpo, ellos se pasaban los dias enteros muchas veces en el ayuno corporal; pero, con una plena saciedad de sus almas. Y esto era guardar el buen órden, pues satisfacian primero á la parte mas digna: esto era tener la discrecion en el último grado, pues daban mas á la que es mas excelente: esto era una verdadera caridad, pues alimentaban con tanto cuidado las almas, por cuyo amor ha dado Jesu-Christo la vida. Mas, por servirme de las palabras del grande Apóstol (1): *Quando nosotros nos hallamos juntos al presente, no comémos esta cena del Señor.* No se halla yá persona que pida este pan celestial, ó que le distribuya. No se hace yá la conversacion de las máximas de la Escritura Santa, ni de la salud de las almas, ni se oyen yá sino niñerías, chanzas, y discursos que agitan el ayre. Durante la mesa á medida que la boca se llena de manjares, las orejas se sustentan de nuevas, á las quales dando toda la atencion, no se piensa en guardar la templanza en la comida.

20 Entretanto, se sirven diferentes suertes de platos, y en lugar de las carnes, de que se abstienen, se doblan los servicios de peces grandes. De suerte, que estando yá saciados de aquellos que se sirvieron los primeros, se comienzan á comer los segundos, como sino se hubiera tocado en los otros. En efecto, todo ha sido tan bien sazo-

(1) 2. Cor. 11. 20.

nado por el gran cuidado é industria de los Cocineros, que despues de haber comido de quatro ó de cinco platos diferentes, los primeros bocados no estorvan los últimos, y la replecion no disminuye el apetito. Porque, siendo engañado el gusto por la novedad de los guisos, y no resintiéndose yá casi nada de aquellos que habia gustado, él se dexa llevar con un apetito enteramente nuevo sobre los otros, como si todavía estuviera en ayunas. El vientre, á la verdad, se carga sin poner cuidado en ello, mas la diversidad le estorva el disgusto. Y como se siente fastidio de las cosas en el puro estado en que la naturaleza nos las ha presentado, luego que se las diversifica en diferentes maneras por la mezcla que se hace de unas con otras; y que menospreciando los sabores naturales, que Dios ha dado, se irrita la gula por unos apetitos imaginarios, se pasan los límites de la necesidad, y aun no queda vencido el placer que aquí se encuentra. Y á la verdad, ¿quién es aquel que puede decir, de quántos géneros se componen y se alteran solos los huevos, sin hablar de otras cosas? ¿Qué trabajo y cuidado no se toma por guisarlos, liquidarlos, hacerlos blandos y esponjosos, endurecérlos y partirlos? Yá se frien, yá se cuecen sobre el fuego, yá se ponen con masa, yá se les bate todos juntos, yá se sirven todos en particular. Mas, ¿á qué fin todas estas diferencias, sino para estorvar el disgusto? Se trabaja tambien con tanta industria en transformar en tal grado las cosas en lo exterior, que la vista encuentra en ellas su placer, no ménos que el paladar. Y aunque el estómago dé bastante á conocer por sus continuos eructos, que él está suficientemente lleno, con todo eso, la curiosidad no está harta todavía. Mas, entretanto que los ojos se prendan de los colores, y el gusto de los sabores, el pobre estómago, para el qual los colores no tienen luces ni los sabores atractivos, obligado á recibir todo lo que se le dá, queda mas bien oprimido que confortado por el exceso del alimento.

21. Mas, ¿qué diré yo ahora de la bebida del agua, pues que ni se quiere mezclarla con el vino? Todos nosotros por poco que hayámos tenido la vida de Monges, nos sentimos de la flaqueza de nuestros estómagos, y tenemos yá

motivo de no olvidar el consejo enteramente necesario que el Apóstol dá (1) *del uso del vino*; mas, no sé de donde viene, que tan fácilmente se echa en olvido el término de *poco*, que él añade allí. Y ¡oxalá que nos contentásemos con un género de vino, aun quando él es puro! Mas, yo tengo vergüenza de decirlo, y es todavía harto mas vergonzoso el executarlo. ¿Pero, si se tuviere vergüenza de oirlo, no se deberá tener de corregirse de ello. Se vé en una misma mesa, que se llevan y se vuelven tres ó quatro tazas medio llenas de vino, á fin de que aquel que tiene el gusto mas fino, y que conoce mejor de su calidad, habiendo olido mas bien que bebido, y tocado mas ántes que sorbido muchas suertes de vinos, escoja entre todos el mas fuerte y el mas delicado. Pero, ¡qué prodigioso abuso de ciertos Monasterios, donde dicen, que se practica muy exâctamente la costumbre de dár en el refectorio los dias de grandes fiestas vinos compuestos con miel, y llenos de especerías! ¿Dirémos que eso se hace por la flaqueza del estómago? Por mí, yo no veo, que eso pueda servir para otra cosa, que para excitar á beber con mas freqüencia y con mas deleite. Mas, despues que las venas están llenas de este vino y palpitantes en la cabeza, ¿de qué es capáz entónces el hombre, sino de pasar desde la mesa á la cama? Y si obligais estos hombres á levantarse en su indigestion para que vayan á los Maytines, no podréis sacar de ellos sino suspiros en vez de canto.

22 Despues que yo haya entrado en mi cama en este estado, si me preguntan: qué tengo, yo responderé que estoy incomodado; y yo me quejo no del pecado de intemperancia, sino del disgusto que me estorva comer. En lo demás, es una cosa enteramente ridícula, (si con todo eso es verdadera) lo que me han contado muchos que decian saberlo muy ciertamente, y yo creo, que no se debe pasar en silencio. Me han dicho, repito, que muchos Jóvenes Monges, robustos y que tienen una salud perfecta, tenian la costumbre de dexar la comunidad, y sin estár malos, retirarse á la cámara de los enfermos, y comer allí

(1) Tim. 5. 23.

publicamente carne, (la qual la Regla (1) no concede sino apénas á los enfermos, y á los que están enteramente débiles por el reparo de sus fuerzas) no para restaurar los menoscabos de un cuerpo debilitado por achaques notables, sino para satisfacer los deseos de una carne que se vuelve contra el Espíritu. Yo os pregunto ¿qué seguridad se puede hallar en poner las armas en la tierra, como si el combate estuviese acabado, y el enemigo vencido, miéntras que todavía se vé de todos lados brillar las espadas y volar las flechas de los enemigos furiosos é irritados? ¿Qué seguridad puede haber en pasar el tiempo en largas comidas, ó en dar vueltas desnudo en una buena cama? ¿Qué flaqueza, ó Soldados valerosos, buscar manjares delicados, y dormir las dulces mañanas, miéntras que vuestros compañeros están lidiando con el enemigo, y todos cubiertos de sangre! Miéntras que los otros, vuelvo á decir, velan noche y dia, cuidando de redimir el tiempo, porque los dias son malos; vosotros por lo contrario, pasais toda la noche durmiendo, y los dias en la ociosidad de las conversaciones inútiles? ¿Qué? ¿Osais vos decir, que estais en paz, quando no se encuentra la paz? ¿Por qué mas ántes no os avergonzais de la reprehension que os hace el Apóstol (2): *Vos no habeis todavía combatido hasta la efusion de la sangre*? Ó mas bien, ¿de dónde viene que no despertais á éste espantoso golpe de trueno, que os amenaza? *Quando ellos*, dice (3), *se juzgarán en paz y en seguridad, les sorprenderá repentinamente la muerte del mismo modo que los dolores de parto, y no podrán evitarla.* Es un remedio muy delicado ligar la parte ántes que sea herida, quexarse de un miembro que no ha llevado todavía golpe; suavizar con unturas el lugar donde no se siente dolor; y poner un emplasto en el sitio que no ha sido herido.

23 En fin, para distinguir los enfermos de los sanos, se les ordena que lleven en la mano bastones, que sin duda les son necesarios, á fin de que éste apoyo les sirva de hacer parecer una enfermedad que no se manifiesta por el mal color, ni por lo flaco de la cara. ¿Diré yo que se debe reir, ó que se debe llorar, ésta especie de puerilidades? ¿Vivió así

(1) Cap. 31. y 58. (2) Heb. 12. 3. (3) Thes. 5. 3.

así el grande Macario? ¿Enseñó semejantes cosas San Basilio? ¿Es esto lo que ha ordenado San Antonio? ¿Los Padres del Egipto han vivido de esta manera? En fin, ¿los Santos Odon, Mayolo, Odilon, y Hugo, que ellos reconocen por cabezas y maestros de su Orden, han tenido ó han establecido una vida semejante á la suya? Mas, todas estas grandes personas, si han sido unos Santos, ó mas bien porque ellos han sido Santos, no se han apartado del sentimiento del Apóstol, quando dice (1): *Teniendo nosotros la comida y el vestido, estémos contentos con esto.* En vez de que nosotros tenemos por comida diaria la hartura, y no apetecémos el vestido, sino el ornato.

CAPÍTULO X.

Reprende agriamente el luxo, y la hermosura de los hábitos en los Monges.

24 Se busca para vestirse; no lo que es mas útil, sino lo que se puede encontrar de mas delicado: no lo que defiende del frio, sino lo que trae mas motivos al orgullo: no, en fin, *lo que se puede hallar mas barato*, segun la Regla (2), sino lo que parece mas bello y mas brillante para la vanidad. ¡Ay miserable de mí! pues vivo todavía, para ver este estado á que ha venido nuestro Orden. Este Orden, repito, que ha sido el primero en la Iglesia, ó mas ántes, que ha dado el principio á la Iglesia. Este Orden, el mas semejante en la tierra á los de los Angeles en el Cielo: el mas próximo á la Jerusalem celestial, que es nuestra Madre, sea por el candor de la castidad, sea por el ardor de la caridad: que los Apóstoles han instituido, y que aquellos que el Apóstol llama Santos, han comenzado. Pues así como ninguno de estos Santos habia retenido nada de los bienes que le habian pertenecido, así tambien *se distribuia á cada uno*, dice la Escritura (3), *aquello de que él tenia necesidad*, y no lo que él hubiera querido llevar por una vanidad pueril. Ciertamente, pues que ninguno recibia mas que aquello

(1) 1. Tim. 6. 8. (2) Cap. 55. (3) Act. 4. 35.

que le era necesario, no se permitia nada de superfluo, ni, con mas fuerte razon, nada de curioso, ni pomposo. *Se daba*, dice el Texto Sagrado, *aquello de que se tenia necesidad.* Es decir, respecto de los vestidos, lo que bastaba para cubrir la desnudéz y resistir al frio. ¿Pensais que irian á buscar telas extraordinarias para los vestidos de cada particular? ¿ó que cada uno tuviese á mano para caminar una mula de doscientos escudos? ¿Pensais, que todas las camas de los particulares estuviesen guarnecidas de cobertores delicados, y de colchas de diferentes colores, quando no se daba á cada uno, sino lo puro necesario? Por mí, yo no creo que se pusiese mucho cuidado sobre el precio, sobre el color, sobre el buen ayre de los vestidos, pues que todos los cuidados que se tomaban, no eran sino por conservar la uniformidad de las costumbres, la union de los corazones, y el progreso de las virtudes. *Todos los fieles*, dice San Lucas (1), *no tenian sino un mismo corazon, y una misma alma.*

25 ¿Se vé ahora en la práctica esta uniformidad de sentimientos? Nosotros nos derramámos enteramente en las cosas exteriores, y abandonando los bienes verdaderos y eternos del Reyno de Dios, que está dentro de nosotros, buscamos por fuera una vana satisfaccion en las vanidades, y en las locuras engañosas. Y no solamente hemos perdido yá la virtud de la religion antigua, sino que no tenémos de ella aun la apariencia exterior. En efecto, nuestro propio hábito (lo que yo no puedo decir sin un extremo dolor) que era otro tiempo una señal sensible de la humildad que los antiguos Monges profesaban, es hoy dia un testimonio público de la soberbia de los de este tiempo. Apénas se pueden hallar en nuestras Provincias Estofas bastante preciosas para vestirnos. El Soldado y el Monge se hacen cortar un vestido y una ropa de una misma tela. No hay seglar de qualquiera condicion que sea, aunque él fuese Rey ó Emperador, que no gustára de nuestras Estofas, si estuviesen ajustadas á su comodidad, y á su moda.

26 Pero, me decis: la Religion no consiste en el hábito; ella está en el corazon. Está bien dicho. Mas Vos, quando

(1) Act. 4. 32.

por lograr de qué haceros una ropa, vais de Ciudad en Ciudad, andais todos los mercados, correis todas las ferias, entrais en todas las tiendas de Mercaderes, revolveis todos sus géneros unos despues de otros, haceis desplegar una infinidad de piezas de estofas, las tocais suavemente, las mirais de muy cerca, las poneis á la luz, desechais lo que os parece muy grosero, ó de mal color; y al punto que hallais una tela que os gusta mas por su delicadeza y por su lustre, haceis quanto podeis por retenerla, de qualquiera precio que ella sea, yo os ruego me digais, si haceis todo eso por una afeccion del corazon, ó por mera sencillez? Y quando contra la ordenanza de la Regla comprais, no lo que es á mas baxo precio, sino que buscais con todos los cuidados imaginables lo que cuesta mas caro, porque se encuentra mas raras veces, ¿haceis eso por ignorancia, ó bien de propósito deliberado? Ciertamente, todo eso que parece vicioso hácia fuera, no puede venir sino del fondo del corazon. Un corazon que es vano, hace llevar á su cuerpo la divisa de la vanidad; y la superfluidad exterior es un testimonio de la vanidad que está en lo interior. La delicadeza de los vestidos manifiesta la molicie del Espíritu. Seguramente, no se tomaria tanto cuidado del adorno del cuerpo, sino se hubiera descuidado antes el cultivar su alma con las virtudes.

CAPÍTULO XI.

Declara la causa, por la qual los superiores no corrigen los desórdenes de sus Inferiores, y reprende agriamente el luxo y la pompa de los Prelados.

27. En lo demas, yo extraño mucho, que despues de lo que dice la Regla (1), es á saber, que los Maestros son responsables de todas las faltas, que los discípulos cometen; y que despues que nuestro Señor amenaza por el Propheta (2), que él hará á los Pastores dar qüenta exácta

(1) Cap. 1. (2) Ezech. 3. 18.

de la vida de todos aquellos que mueren en el pecado: yo extraño mucho, repito, que nuestros Abades sufran todos estos desórdenes. Si ya no es acaso (apenas me atrevo á decirlo) porque ninguno tiene la resolucion de reprender aquellas cosas, en que él mismo sabe que es reprensible. En efecto, es una indulgencia que cada uno usa consigo propio, no enojarse extremadamente contra los otros sobre los asuntos en que él mismo condesciende consigo. Yo lo diré pues; sí, yo lo diré: me acusarán de presuncion, mas yo diré la verdad. ¿Cómo la luz del mundo ha podido ser obscurecida? ¿Cómo la sal de la tierra se ha hecho insípida? Aquellos cuya vida nos debe servir de camino para llegar á la vida, se han vuelto ciegos, y hecho conductores de ciegos, quando por sus acciones nos han dado el exemplo de la soberbia. Pues, sin hablar de otras cosas, qué género de humildad se halla en viajar con tanta pompa, y tanto acompañamiento de Cavalleros, en tener al rededor de sí tan grande número de domésticos peynados y enrizados; de suerte que el acompañamiento de un solo Abad bastaria para componer el tren razonable de dos Obispos? Se me podrá acusar de mentira, si no es asi que yo he visto un Abad que tenia en su séquito mas de sesenta cavallos. Diriais al verlos pasar, que estos eran algunos Señores de Castillos, mas bien que Padres de Monasterios; y Governadores de Provincias, mas antes que Directores de almas. Se hacen llevar consigo los manteles de mesa, los vasos, los platos, los candeleros, y las maletas llenas no de simples cobertores, sino de lucidos adornos de cama. En fin, no se pueden apartar quatro leguas de su casa, sin que se lleve todo el equipage, como si se marchase al Exército, ó se hubiese de atravesar un desierto, en que no se pudiese encontrar nada de lo que es necesario para la vida. ¿No se podria servir de un mismo vaso para echar agua en las manos, y para beber el vino? ¿No podria una candela lucir, si ella no estuviera en el candelero de oro, ó de plata que se hace llevar? ¿No se podrá dormir sino sobre un lecho de diversos colores, ó baxo de un cobertor de un Pais extrangero? ¿No serviria un mismo criado para atar el ca-

vallo, para servir á la mesa, y hacer las camas? ¿Por qué pues ahora no llevamos con nosotros, á fin de aliviarnos de tanta pena, todo lo necesario para una tan grande multitud de criados y de cavallos, para no ser molestos á nuestros huéspedes?

CAPÍTULO XII.

Reprende el luxo, y el abuso que se comete en los Edificios de Iglesias, y Capillas, y en sus ornamentos y pinturas.

28 Mas, estas cosas son las menos considerables; yo paso á otras mas importantes, pero que parecen menores, porque están mas en uso. No hablo de la altura excesiva de los Oratorios, de su longitud desmesurada, de su anchura superflua, de los ornamentos suntuosos, de las pinturas demasiado curiosas: las quales cosas atrayendo á sí los ojos de los que vienen á orar, les estorvan los sentimientos de devocion, y me representan en algun modo los antiguos usos de la Synagoga. Mas, yo quiero que todo eso se haga en honor de Dios, con todo eso, como Monge que soy, pregunto á los Monges lo que un Pagano preguntaba á otros Paganos (1): Decidme Pontífices, de qué sirve el oro en el Santuario? Y yo os digo: Pobres de Jesu-Christo, (pues no me atengo á la medida de los versos, sino al sentido) decidme, si, sin embargo, vosotros sois pobres, ¿de qué sirve el oro en vuestra Iglesia? A la verdad, hay otra razon respecto de los Obispos, y otra diferente respecto de los Monges. Pues siendo aquellos deudores á los sábios y á los ignorantes, tratan de excitar la devocion de los Pueblos groseros por los atractivos corporales, no pudiendo excitarla lo bastante por los espirituales. Mas, nosotros que hemos salido de los Pueblos; que hemos dexado todo lo que es precioso y agradable en el mundo por el amor de Jesu-Christo; que hemos mirado como basura todo lo que hay de mas resplande-

(1) Persius. Sat. 2.

ciente, de mas brillante, de mas oloroso, de mas dulce, de mas grato al gusto y al tacto; y en fin, todos los placeres del cuerpo por ganar á Jesu-Christo ¿con qué cosas de estas, pregunto, pretendemos excitar la devocion? ¿Qué fruto queremos sacar de todas ellas? ¿Es la admiracion de los necios, ó la satisfaccion de los simples? ¿O es mas bien, porque habiendo estado mezclados entre las Naciones extrañas, nos hemos habituado á sus modos de obrar, y todavia rendimos adoracion á sus Ídolos?

29 Mas, por hablar mas abiertamente, ¿no es la avaricia, que es una especie de idolatria, la que nos lleva á todo eso, y que miramos al don que se nos hace, mas antes que al fruto que debia resultar de allí? Si me preguntais, Como se hace esto, respondo, que de una manera admirable. Hay cierta habilidad de sembrar la plata, que la multiplica; se expende para aumentarla, y la profusion produce su abundancia. Pues; la vista de estas vanidades suntuosas y brillantes anima mas antes los Expectadores á ofrecer su plata, que sus oraciones á Dios. Asi, las riquezas quitan las riquezas, y la plata atrae la plata, porque yo no sé de donde nace, que quanto mas se vé de riquezas, se siente mayor inclinacion á ofrecer de las suyas. Los ojos se recrean de ver las reliquias cubiertas de oro, y se abre al punto la bolsa: se muestra un excelente quadro de un Santo, ó de una Santa, y se le juzga tanto mayor santo, quanto mas tiene de brillante. Al mismo tiempo se pasa á besarlo; se exhorta á dar, y se admira mas la belleza, que se venera la santidad del quadro, ó del relicario. Ademas, se cuelgan en las Iglesias, no coronas, sino unas ruedas de pedrerias, rodeadas de lámparas; pero que no son menos resplandecientes por el brillo de las piedras, que están entre mezcladas en ellas. En fin, se ven en lugar de candeleros unos grandes árboles de metal de un peso extraordinario, y de una obra rara, que no son menos brillantes por las luces que ellos llevan, que por las pedrerias que les enriquecen. ¿Qué intenciones, pensais Vos, que hay en todas estas cosas? ¿La compuncion de los penitentes, ó la admiracion de Expectadores? O vanidad de vanidades! pero que no es menos extravagante que vana.

La Iglesia resplandece en sus paredes, y está necesitada en sus pobres. Sus piedras están vestidas de oro, y sus hijos abandonados á la desnudez. Se deleytan los ojos de los ricos á expensas de los pobres. Los curiosos hallan aqui de que satisfacerse, y los necesitados no encuentran de que sustentarse. ¿Por qué, á lo menos, no respetamos las imágenes de los Santos, que están gravadas sobre el pavimento que pisamos? Muchas veces se escupe en la boca de un Angel, y algunas los que pasan, desfiguran todo el rostro de un Santo. Y yá que no se tenga respeto á la santidad de estas imágenes, por lo menos se deberia tener atencion á la belleza de los colores. ¿Por qué hermoseais lo que ha de ser manchado al primer dia? ¿Por qué pintais con la mano, lo que se ha de borrar con los pies? ¿De qué sirven estas pinturas bellas, que están expuestas á la inmundicia de un polvo contínuo? En fin, ¿á que fin todas estas cosas para unos pobres, para unos Monges, para unas personas espirituales? Si acaso no es que para responder al verso del Poeta arriba citado, se quieran servir de estas palabras del Propheta (1): *Señor, yo he amado la belleza de vuestra casa, y el lugar de la residencia de vuestra gloria.* En el qual caso yo asiento á ello, y no me opongo á que se sirvan de estas cosas en la Iglesia, pues en estas circunstancias aunque ellas sean perjudiciales á las personas vanas y curiosas, no lo son, con todo eso, á las sencillas, y á las devotas.

30 Pero en lo demás, yo no sé de que pueda servir una cantidad de monstruos ridículos, una cierta belleza disforme, y una deformidad agradable, que se presenta sobre todas las paredes de los Claustros á los ojos de los Monges que se aplican allí á la lectura. ¿A qué provecho estas rústicas monas, estos leones furiosos, estos monstruosos centauros? ¿estos semi-hombres, estos tigres variegados, estas gentes armadas que se combaten, estos cazadores que tocan la trompeta? Se vén aqui muchos cuerpos baxo de una sóla cabeza, y muchas cabezas sobre un mismo cuerpo. De un lado, se presenta una bestia de quatro pies

(1) Ps. 25. 8.

con la cabeza de una serpiente: del otro, la cabeza de un quadrúpedo con cola de un pez. En este otro lugar, un animal representa un cavallo, que es mitad cabra por detras, y otro con cuernos en la cabeza, que es mitad cavallo por lo restante del cuerpo. En fin se vé aqui por todas partes una tan grande y tan prodigiosa diversidad de toda suerte de animales, que los mármoles mas bien que los libros podrian servir de letura; y se pasaria aqui todo el dia con mas gusto en admirar cada obra en particular, que en meditar en la ley del Señor. Ah Dios! yá que no se tenga vergüenza de estas miserias, ¿por qué á lo menos no hay pesar por unos gastos tan necios?

CAPÍTULO XIII.

Recoge en compendio los medios que se pueden tomar para mantener mutuamente la caridad, y la paz. Y tacha de inconstancia los que salen de su Orden.

31 Un asunto tan extenso como es este, me llevaba á continuar mi Discurso mas largamente; pero, mi querido Ogerio, he desistido de hacerlo, ya por la inquietud que me traen mis contínuas ocupaciones, yá por la precipitacion de vuestra partida, que no os permite deteneros aqui mas largo tiempo, ni tampoco volveros sin algun nuevo opúsculo de mis obras. Me rindo pues á lo que vos quereis; os dexo ir, y abrebio mi Discurso; especialmente, viendo que es mucho mas útil decir poco con paz, que producir mucho con escándalo. Y Dios quiera que lo que he escrito, no escandalice á ninguno: porque sé que reprendiendo los desórdenes, he de dar ocasion de enojo á los que los cometen. Con todo eso, podrá suceder, queriéndolo Dios asi, que algunos de aquellos que temeria haber disgustado mas, agradezcan mi designio, si están en la resolucion de corregirse de sus malos hábitos. Quiero decir, si los mas estrechos observantes dexan de ser detractores, y los que son mas remisos, dexan sus superfluidades: si cada uno se mantiene de tal suerte adicto al bien

que él practica, que no juzga á quien vive en otra observancia: si aquel que ha recibido yá la gracia de ser virtuoso no tiene envidia á los que lo son mas que él; y si creyendo obrar mas perfectamente que otro, no menosprecia la virtud de sus hermanos: si aquellos que pueden llevar una vida mas austéra, ni desprecian, ni imitan á los qne no pueden llevarla: y si aquellos igualmente que no pueden llevarla, no miran á los que lo pueden, con tanta admiracion que se hagan temerarios, queriendo imitarlos. Pues, asi como no es permitido á los que han profesado una Regla mas estrecha, venir á una vida mas suave, sin hacerse apóstatas, asi no es conveniente á toda suerte de personas pasar de las menores observancias á las mas grandes, de temor de que no caygan en el precipicio.

32 En efecto, sé de algunos de otras Congregaciones é Institutos, que han venido para colocarse en nuestro Orden, que han hecho para esto grandes instancias, y que han entrado al fin en él: los quales, obrando de esta suerte, han dexado á sus hermanos el escándalo, y nos le han traido á nosotros. Pues por su salida temeraria han puesto la alteracion entre los suyos, y tambien entre nosotros por su mala conducta. Y porque ellos menospreciaron con soberbia lo que practicaban, y han presumido con temeridad lo que no podian practicar, Dios ha hecho conocer su floxedad por un fin digno de su poco valor, quando ellos han abandonado con descaro, lo que habian emprendido con imprudencia; y volvieron con vergüenza suya á lo que habian dexado con demasiada ligereza. Porque, no habiendo buscado nuestros Claustros, tanto por el deseo de vivir mejor en nuestra Orden, como por la impaciencia que tenian en permanecer siempre en el suyo, muestran verdaderamente lo que son, quando con una veleidad enteramente inconstante, pasando de vuestro Orden al nuestro, y del nuestro retornando al vuestro, nos sirven á nosotros igualmente que á vosotros, y á todos los buenos, de motivo de escándalo. Y, aunque hemos conocido algunos de ellos, que con la gracia de Dios han comenzado generosamente, y que con la misma gracia perseveran todavia con mucho valor;

con todo eso, es mucho mas seguro perseverar en el bien que hemos comenzado, que no comenzar otro alguno en que no se pueda perseverar. Mas, lo que merece principalmente nuestros cuidados es obrar de manera, que segun el consejo del Apóstol (1) *todas nuestras acciones se hagan en la caridad.* Ved ahi los sentimientos que yo tengo de nuestro Orden, y del vuestro, y lo que acostumbro decir á nuestros Monges, y á los vuestros. De esta manera hablo yo, no de Vos, sino á Vos; de lo qual no quiero otros mejores testigos que Vos mismo, y todos aquellos que me conocen como Vos. Alabo y publico las cosas que merecen ser alabadas en vuestros hermanos; y si veo algunos de ellos que deben ser reprendidos, suelo persuadiros á Vos y á otros que son nuestros amigos, á trabajar en su correccion. Esto no es una detraccion, sino una atraccion al bien. Y esto mismo es lo que os pido que practiqueis respecto de nosotros en todas las ocasiones que se puedan presentar. Dios os guarde.

(1) 1. Cor. 16. 14.

FIN.

LIBRO
DE SAN BERNARDO ABAD
DE CLARAVAL.

De la excelencia de la nueva Milicia, dirigido á los Caballeros del Templo de Jerusalem.

PRÓLOGO.

Bernardo Abad de Claraval, mas solamente de nombre, á Hugo Caballero de Jesu-Christo, y Gran Maestre de la Milicia Christiana, le desea que pelee un buen combate.

Me habeis pedido una, dos y tres veces, si no me engaño, Hugo Carísimo, que os hiciese un Discurso de exhortacion para Vos y para vuestros Caballeros: y como no me es permitido servirme de la lanza contra los insultos de los enemigos, habeis deseado, que á lo ménos emplease mi lengua y mi ingenio contra ellos, asegurándome, que no os daria un socorro poco considerable, si animaba por mi pluma, los que no podia animar por el exercicio de las armas. Confieso, que he diferido por algun tiempo satisfaceros, no porque tuviese poco respeto al encargo, que me haciais, sino por el temor de que no se me notase de demasiada precipitacion, si hubiera emprendido con mi impericia acostumbrada, lo que otro mas ilustrado que yo hubiera cumplido con mejor suceso; y así, una cosa por otra parte muy necesaria se tratase por mí con ménos utilidad. Mas, en fin, viéndome hasta ahora frustrado de mi expectacion, me he resuelto á hacer lo que he podido, temiendo que no se creyese, que me faltaba la voluntad, más ántes que el poder.

El Lector juzgará si he adelantado en la empresa ó no: y si acaso mi trabajo no agradáre ó no bastáre á alguno, no debo tener por eso mucha pena; pues que he hecho lo que me era posible para satisfacer á vuestra voluntad.

CAPÍTULO I.

Alaba mucho el establecimiento de la nueva Milicia, y dá excelentes consejos á todos los Caballeros.

1 Vuela por todo el mundo la fama del nuevo género de Milicia, que se ha establecido en nuestros tiempos en el Pais mismo, que el Hijo de Dios, habiéndose hecho visible en la Carne, ha otro tiempo honrado con su presencia: á fin de que del mismo lugar de donde él arrojó por entónces los Príncipes de las tinieblas con la fuerza de su brazo, exterminase todavía hoy sus infelices ministros, que son los hijos de la infidelidad, disipándolos por el valor de estos bravos Cavalleros, haciendo así aun el dia de hoy la redencion de su pueblo, y enarbolando nuevamente el trofeo de nuestra salud en la casa de David su siervo. Este es, vuelvo á decir, el nuevo género de Milicia, y no conocido en los siglos pasados; en el qual se dán á un tiempo mismo dos combates con un valor invencible: contra la carne y la sangre; y contra los espíritus de malicia que están esparcidos en el ayre. Y, á la verdad, yo hallo, que no es maravilloso ni raro resistir generosamente á un enemigo corporal con las solas fuerzas del cuerpo. Tampoco es cosa muy extraordinaria, aunque sea loable, hacer guerra á los vicios ó á los demonios con la virtud del espíritu, pues se vé todo el mundo lleno de Monges, que están continuamente en este exercicio. Mas ¿quién no será sorprendido de pasmo por una cosa tan admirable y tan poco usada, como es ver el uno y el otro hombre poderosamente armado de estas dos espadas, y noblemente revestido del ceñidor militar? Ciertamente, este Soldado es intrépido y está seguro por todas partes, cuyo espíritu se halla armado del Casquete de la fé, igualmente que su cuerpo de la coraza de hier-

ro. Pues estando fortalecido con estas dos suertes de armas, no teme ni á los demonios, ni á los hombres. Yo digo mas, no teme la muerte, pues que desea morir. Y en efecto ¿qué es lo que puede hacer temer, sea viviendo ó sea muriendo, á quien encuentra su vida en Jesu-Christo, y su recompensa en la muerte? Es cierto, que él combate con confianza y con ardor por Jesu-Christo; pero él desea todavía mas morir y estár con Jesu-Christo; porque esto es toda la dicha suya. Sus pues, valerosos Caballeros, marchad con seguridad, echad fuera con un corage intrépido los enemigos de la cruz de Jesu-Christo, y estad ciertos de que ni la muerte, ni la vida podrán separaros de la caridad de Dios que está en Jesu-Christo: rumiando con freqüencia dentro de vosotros en todos los peligros estas palabras del Apóstol (1): *Sea que vivamos ó sea que moramos, nosotros somos para Dios.* ¡Ó con quánta gloria vuelven del combate estos vencedores! ¡Ó con quánta dicha mueren estos Mártires en la pelea! Regocijaos, Campeon valeroso, de vivir y de vencer en el Señor; pero regocijaos todavía mas de morir y de ser unido al Señor. Sin duda, vuestra vida es fructuosa, y vuestra victoria gloriosa; mas, vuestra muerte sagrada debe ser preferida á la una y á la otra con muy justa razon. Porque, si los que mueren en el Señor, son bienaventurados, ¿quánto mas lo serán los que mueren por el Señor?

2 A la verdad, de qualquiera manera que se muera, sea en el lecho, ó sea en la guerra, la muerte de los Santos será siempre preciosa delante de Dios; mas, la que sucede en la guerra, es tanto mas preciosa, quanto es mayor la gloria que la acompaña. ¡Ó qué seguridad hay en la vida que está acompañada de una conciencia pura! ¡Ó qué seguridad, repito yo, hay en la vida que espera la muerte sin temor ninguno! ¡Ó la desea con ansia tambien, y la recibe con devocion! ¡Ó quán santa y segura es esta Milicia, y quán libre y exênta está de este doble peligro en que se hallan ordinariamente las gentes de guerra, que no tienen á Jesu-Christo por fin de sus combates! Porque otras tantas veces como entras en la pelea, tu que no combates, sino por un

(1) Rom. 14. 8.

motivo temporal, debes siempre estár en temor ó de matar á tu enemigo en quanto al cuerpo, y á tí mismo en quanto al alma, ó quizá de ser muerto por él en quanto al cuerpo y en quanto al alma juntamente. Pues el peligro ó la victoria del Christiano se debe considerar, no por el suceso del combate, sino por el afecto del corazon. Si la causa de aquel que pelea, es justa, su éxito no puede ser malo, así como el fin no puede ser bueno, si es defectuoso su motivo, y no es recta su intencion. Si con la voluntad de matar á tu enemigo, tú mismo quedas en el puesto, mueres haciéndote homicida: y si quedas superior, y haces perecer á tu contrario con el designio de triunfar de él y de vengarte, vives homicida. Pues, ó sea que mueras, ó que vivas, sea que seas victorioso ó vencido, de ningun modo te es ventajoso ser homicida. ¡Desgraciada victoria, la que te hace sucumbir al vicio al mismo tiempo que triunfar de un hombre! y en vano te glorías de haber triunfado de tu enemigo, quando la cólera ó la soberbia te reduce á servidumbre. Hay otros que matan un hombre sin pasion de venganza, y sin codicia de vencer, sino solamente por librarse del peligro. Y por lo que á mí toca, no osaria aprobar esta victoria, porque de dos males es menor el morir en el cuerpo que en el alma. De donde no es permitido concluir en manera alguna, que el alma muere con el cuerpo, pues no hay sino el pecado que la dé la muerte, segun esta palabra de la Escritura: *El alma que pecare, morirá.*

CAPÍTULO II.

Reprende los abusos, y la vanidad de la Milicia Secular.

3 ¿Quál es pues el fin y el fruto, no digo de esta Milicia, sino de esta malicia del siglo, quando aquel que mata, peca mortalmente, y aquel que es muerto, perece por una eternidad? Pues, por servirme de las palabras del Apóstol (1): *Aquel que trabaja, debe trabajar en la esperanza de la co-*

(1) Cor. 2. 10.

secha; y aquel que siembra grano, debe hacerlo en la esperanza de gozar de su fruto. Mas decidme, valientes del siglo, ¿qué ilusion espantosa es ésta, y qué insoportable furor, combatir con tantas fatigas y gastos, sin otro salario que el de la muerte ó del crímen? Cubrís los caballos de bellas gualdrapas de seda, aforrais las corazas con ricas estofas que cuelgan de ellas; pintais las picas, los escudos, y las sillas, llevais las bridas de los caballos y las espuelas cubiertas de oro, de plata, y de pedrería; y con toda esta pompa brillante os precipitais en la muerte con un furor vergonzoso, y con una estupidéz que no tiene el menor miramiento. ¿Son estos equipages de guerra, y no mas ántes adornos de mugeres? ?Qué? ¿Pensais que la espada del enemigo tendrá respeto al oro, que llevais? ¿que reservará vuestra pedrería, y que no será capáz de pasar esas bellas estofas de seda? En fin, yo juzgo, y sin duda vosotros lo experimentais con bastante freqüencia, que hay tres cosas que son enteramente necesarias á un combatiente. Pues es menester que el prudente y valeroso Caballero esté muy sobre sí para burlar los golpes del contrario: que tenga expedicion y habilidad para moverse de todos lados: y que esté muy pronto para cargar sobre el enemigo. Vosotros haceis todo al contrário, llevais grande Cabellera al modo que las Damas, que os estorva ver lo que teneis al rededor: embarazais las piernas con vuestros largos vestidos: envolvéis vuestras tiernas y delicadas manos con grandes vuelos. Mas, sobre todo esto, lo que debe asustar mas la conciencia de los combatientes, es que ordinariamente se emprende una guerra muy peligrosa por motivos muy ligeros, y de ninguna importancia. Y efectivamente, lo que suscita los combates, y las querellas entre vosotros, no es las mas veces sino un movimiento de cólera poco razonable, un cierto apetito de vanagloria, ó el avaro deseo de poseer un pedazo de tierra. No hay seguridad ninguna en matar á un hombre, ó en ser muerto él mismo por semejantes causas.

CAPÍTULO III.

Elogia la nueva Milicia.

4 Mas, no es lo mismo respecto de los Cavalleros de Jesu-Christo, pues combaten solamente por los intereses de su Señor, sin temor de incurrir en algun pecado por la muerte de sus enemigos, ni en peligro ninguno por la suya propia, porque la muerte que es dada ó recibida por el amor de Jesu-Christo, bien léxos de ser criminal, es digna de mucha gloria. Por una parte, se hace una ganancia para Jesu-Christo; y por otra, es Jesu-Christo mismo el que se adquiere; porque este recibe gustoso la muerte de su enemigo en desagravio suyo, y se dá mas gustoso todavía á su fiel soldado para su consuelo. Así, el soldado de Jesu-Christo mata seguro á su enemigo: y muere con mayor seguridad. Si muere, á sí se hace el bien; si mata, lo hace á Jesu-Christo, porque no lleva en vano á su lado la espada, pues que es ministro de Dios para hacer la venganza sobre los malos, y defender la virtud de los buenos. Ciertamente, quando mata un malhechor, no pasa por un homicida, ántes bien, si me es permitido hablar así, por un malicida; por el justo vengador de Jesu-Christo en la persona de los pecadores; y por el legítimo defensor de los Christianos. Y quando él mismo pierde la vida, se sabe seguramente que esto es una ventaja para él, mas ántes que una pérdida. La muerte pues, que él dá á su enemigo, es una ganancia para Jesu-Christo, y la que él recibe de éste, es su dicha verdadera. Un Christiano se gloría en la muerte de un Pagano, porque Jesu-Christo es glorificado en ella: y la liberalidad del Rey de los Reyes se hace manifiesta en la muerte de un Soldado Christiano, porque es quitado de la tierra para ser enteramente remunerado. A vista de aquel, el justo se regocijará, viendo la venganza en él executada. De este dirán los hombres (1): *¿Quedará el justo sin recompensa? ¿No hay un Dios que es su juez sobre la tierra?* Es cierto, que no se deberian exter-

(1) Ps. 37. 10.

terminar los Paganos, si hubiera algun otro medio para estorvar los malos tratamientos, y las opresiones violentas, que ellos exercen contra los Christianos. Pero, es mucho mas justo ahora combatirles, que no sufrir siempre la dominacion de los pecadores sobre la cabeza de los justos, de temor de que estos no se dexen ir á cometer la iniquidad con ellos.

5 En efecto, si de ningun modo fuera permitido á un Christiano hacer la guerra, por qué pues el Precursor del Salvador declaró en el Evangelio (1), que los Soldados deben estar contentos con sus pagas, y mas ántes no prohibió toda suerte de guerra? Y si, como es cierto, este es un empleo lícito para todos aquellos que son destinados por Dios á él, y que no están empeñados en otra profesion mas perfecta, ¿quiénes, os ruego, le pueden exercer con mas ventaja, que nuestros valerosos Cavalleros; que por la fuerza de su brazo, y de su corage conservan generosamente la Ciudad de Sion, como el baluarte mas fuerte de todo el Christianismo, á fin de que, habiendo echado de él los enemigos de la Ley de Dios, las Naciones fieles, que guardan la verdad, puedan con toda seguridad entrar allí? Que dispersen pues, y que disipen con seguridad á los infieles que buscan la guerra, y que aquellos que nos conturban continuamente, sean exterminados; y arrojados de la Ciudad del Salvador todos los impios que cometen la iniquidad; que anhelan á robar los inestimables tesoros del Pueblo Christiano, de que la Ciudad de Jerusalem es el Sagrado depósito; á profanar las cosas santas; y á poseer el Santuario de Dios como si fuera heredad suya. Que las dos espadas de los fieles sean vibradas contra las cervices de los enemigos, á fin de destruir toda altura, que quiere elevarse contra la ciencia de Dios, que es la fé de los Christianos, de temor de que los Gentiles no digan un dia: *¿Donde está el Dios de estas Naciones?*

6 Entonces, habiendo sido expelidos los enemigos de su Casa, él mismo volverá á su heredad, de la qual habia

(1) Luc. 3. 22.

predicho en su cólera (1): *Ved ahí que vuestra Casa quedará desamparada como un desierto*; y de la que él se queixa por la boca de su Propheta en estas voces (2): *Yo he dexado mi Casa, y he abandonado mi heredad.* Él cumplirá esta prophecia de Jeremias: *El Señor ha rescatado su Pueblo, y le ha librado, y ellos vendrán y se regocijarán sobre la montaña de Sion, y gozarán con placer de los bienes del Señor.* Alégrate, ó Jerusalem, y reconoce el tiempo de tu visita. Regocijaos, y entonad cánticos de alabanzas, desiertos de Jerusalem, porque Dios ha consolado á su Pueblo, ha librado á Jerusalem, y ha preparado la fuerza de su brazo santo á la vista de todos los Gentiles. Virgen de Israel, tu estabas caída, y no se hallaba persona, que te levantáse. Levántate ahora, Hija de Sion, Virgen cautiva, y sal de entre el polvo. Levántate, repito, y sube sobre las mas altas eminencias, y mira el consuelo y la alegria, que te viene de la parte de tu Dios. Yá nunca mas te llamarán desierta y desamparada, y no se dirá, que tu Pais está en la última desolacion, porque el Señor se ha agradado de tí, y tu tierra será habitada. Echa los ojos todo al rededor de tí, y mira, que todos estos Pueblos se han juntado, y han venido para tu consuelo. Del Lugar Santo ha sido enviado este auxílio, y verdaderamente por medio de estas tropas fieles se cumple en tu favor esta antigua promesa, de que ha hablado el Propheta Isaías (3): *Yo estableceré en tí la gloria de todos los Siglos pasados, y una alegria que durará en las generaciones futuras. Tu chuparás la leche de las Naciones, y serás alimentada del pecho de los Reyes.* Y en otra parte (4): *Como una madre acaricia á sus hijos, del mismo modo yo os mostraré mi ternura, y vosotros tendreis en Jerusalem un sensible consuelo.* ¿No veis como por muchos testimonios de los Prophetas es aprobada nuestra nueva Milicia, y que nosotros reconocemos á la primera luz en la Ciudad del Señor de las virtudes todo lo que de esto hemos aprendido por las Escrituras santas? Es menester,

(1) Math. 23. 38.
(2) Ierem. 12. 7.
(3) Isai. 60. 15.
(4) Isai. 66. 13.

con todo eso, tener un gran cuidado de que esta explicacion literal no perjudique nada al sentido espiritual. De manera que nosotros debemos esperar por la eternidad, esto que atribuimos al tiempo presente, tomando á la letra las palabras de los Prophetas; de temor de que las cosas que nosotros vemos, no borren de nuestros espíritus las que nosotros creemos; que lo poco que poseemos, no disminuya las riquezas, que nosotros esperamos; y que la seguridad de los bienes presentes, no nos haga perder los del Siglo futuro. Y verdaderamente, tan lexos está, que la gloria temporal de la Ciudad terrestre destruya en nosotros los bienes que nos están reservados en el Cielo, que al contrario, ella sirve á establecerlos mejor: si, con todo eso, nosotros no dudamos en manera alguna, que esta Jerusalem de acabajo es la figura verdadera de aquella que en los Cielos es nuestra Madre.

CAPÍTULO IV.

De la vida que tienen los Cavalleros del Templo.

7 Es menester ahora, que para exemplo, ó para confusion de nuestros Soldados, nosotros digamos una palabra de la vida y de las costumbres de los Cavalleros de Jesu-Christo, y de qué manera ellos se portan en la guerra, y en su vida particular, á fin de hacer conocer mejor la diferencia que hay entre la Milicia de Dios, y la del Siglo. Primeramente, en el uno y en el otro estado se guarda perfectamente la disciplina, y la obediencia es exâcta, porque segun el testimonio de la Escritura (1): *El niño que vive sin disciplina, perecerá.* Y tambien (2): *Es cometer un crimen como de mágia el resistir, y como un pecado de idolatría no querer obedecer.* Se vá, y se viene al primer signo de la voluntad de aquel que manda: se viste de lo que se dá, y no se osa buscar en otra parte el

(1) Eccl. 22. 24. (1) 1. Reg. 14. 3.

vestido ni el alimento. No se vé nada de superfluo en el sustento, ni en el vestido, contentándose con satisfacer á la pura necesidad. Todos viven en comun en una sociedad agradable y modesta, sin mugeres, y sin hijos: y á fin de que nada falte de la perfeccion evangélica, ellos moran todos juntos de un mismo acuerdo en una misma Casa sin propiedad alguna particular, teniendo un cuidado muy grande de conservar la unidad de espíritu en el lazo de la paz. Diríais, que toda esta multitud de personas no tiene sino un solo corazon, y una sola alma. Tanto es lo que cada uno de ellos procura no seguir su propia voluntad, sino obedecer puntualmente al mandato del Superior. Ellos no están jamas ociosos, ni corren de aqui para allí por satisfacer su curiosidad, sino que quando ellos no están en marcha, lo que sucede raras veces, están siempre ocupados, de temor de no comer ociosamente su pan, ó en rehacer lo que se ha rompido en sus armas, ó en sus hábitos, ó en reparar lo que está ya demasiado viejo, ó en reducir á orden lo que estaba dislocado, ó, en fin, en trabajar en todo aquello que la voluntad del Gran Maestre, ó la comun necesidad prescribe. Entre ellos no hay acepcion de personas, sino que se tiene consideracion á las prendas, no á la mayor nobleza. Ellos se anticipan á honrarse los unos á los otros, y llevan las cargas del próximo, á fin de cumplir por este medio la Ley de Jesu-Christo. Una palabra insolente, una accion inútil, una risa inmoderada, una leve quexa, ó la menor murmuracion, no quedan jamás sin castigo en este lugar. El juego del ajedrez, y de los dados se detesta aquí: la caza está en horror; y no se pone el gusto (como en otras partes) en el vuelo de las aves de rapiña. Ellos desechan y tienen en horror los Cómicos, y los Mágicos, los cuentos de fábulas, las canciones burlescas, y todas suertes de expectáculos y de Comédias, como unas vanidades y locuras falsas. Ellos llevan sus cabellos cortos, sabiendo que segun el Apóstol es vergonzoso á un hombre mantener su cabellera. Jamas se rizan, se bañan muy raras veces, dexan sus cabellos del todo erizados al ayre de la negligencia mas antes que del aseo, estando ordinariamente cubiertos

de polvo, y negros por la cota de malla, y por los vehementes ardores del Sol.

8 En lo demas, quando ellos están dispuestos á entrar en guerra, se fortifican por dentro con la fé, y por fuera con las armas de acero, y no doradas, á fin de que armados de esta suerte sin algunos preciosos ornamentos, infundan terror á los enemigos, en vez de excitar su avaricia. Tienen mucho cuidado de tener buenos cavallos, que sean fuertes y ligeros, y no reparan en que ellos sean de un hermoso pelo, ó ricamente enjaezados. Porque ellos piensan mas ántes en combatir, que en presentarse con fausto y pompa; y aspirando á la victoria y no á la vana gloria, procuran hacerse mas respetar que admirar de sus enemigos. Sobre esto, ellos no marchan jamas en confusion y con impetuosidad, ni se precipitan á la ligera en los peligros, sino que guardan siempre su puesto con toda la precaucion y prudencia imaginable. Ellos se ponen en batalla con el mas bello orden, segun lo que está escrito del Pueblo de Dios (1): Los verdaderos Israelitas marchan en batalla con un espíritu pacífico. Mas, quando ya una vez han llegado á las manos, entonces ponen á un lado toda su mansedumbre ordinaria, como si ellos dixeran (2): *¿No es cierto, Señor, que yo aborrecia todos aquellos que os aborrecian, y que yo me consumia de cólera contra vuestros enemigos?* Ellos se echan como Leones sobre sus contrarios, mirando las tropas enemigas como unos rebaños de ovejas, y aunque en muy corto número no temen en manera alguna la multitud de sus Soldados ni su crueldad, enteramente bárbara. Igualmente, ellos están instruidos en no presumir nada de sus propias fuerzas, sino en esperarlo todo del poder del Dios de los Exércitos, al qual es fácil, segun el sentimiento del generoso Machabeo, entregar las filas numerosas entre las manos de un corto puñado de gentes, no habiendo diferencia ninguna respecto de Dios del Cielo en librar su pueblo con mucha ó con poca gente (1). Porque la victoria de la guerra no viene del grande número de Soldados, sino que toda la

(1) Gen. 42. 31. (2) Ps. 143. 21. (1) 1. Mach. 3. 17.

fortaleza viene del favor del Cielo. Esto mismo es lo que ellos han experimentado freqüentemente, hasta haber visto muchas veces un millar de hombres puesto en huida casi por uno solo, y diez mil por dos solamente. En fin, se vé todavia el dia de hoy por una providencia, todo singular y admirable enteramente, que ellos son mas mansos que los corderos, y mas feroces que los leones. En manera que á buena fé yo no acierto á decidir, si se debe mas antes calificarlos con el nombre de Monges, que de Cavalleros; si yá no es que yo pudiera quizá mas oportunamente llamarlos con uno y otro nombre, pues que todos conocen que ellos tienen, asi la mansedumbre de los Monges, como el esfuerzo de los Soldados. Mas ¿qué se puede decir en este lugar, sino que es Dios mismo quien es el Autor de estas maravillas, que nosotros vemos con pasmo delante de nuestros ojos? Dios es, vuelvo á decir, quien ha escogido para sí tales siervos, y les ha juntado desde las extremidades de la tierra de entre todos los mas valientes de Israel para guardar fielmente y animosamente el lecho del verdadero Salomon, es decir el Santo Sepulcro con la fuerza de sus armas, y con su destreza en los combates.

CAPÍTULO V.

DEL TEMPLO DE JERUSALEM.

Hace la comparacion del nuevo Templo con el antiguo, y le llama el refugio y el arca de los pecadores convertidos.

9 Hay un Templo en la Ciudad de Jerusalem, en que todos estos Cavalleros habitan juntamente, que no es, á la verdad, tan magnífico en su estructura como el famoso y antiguo Templo de Salomon, pero que no le cede en nada en quanto al explendor de su gloria. Porque toda la magnificencia del primero no consistia mas que en la materia corruptible del oro y de la plata, con que él estaba enriquecido; en la union maravillosa de las piedras; y en

la diversidad de las maderas, con que él estaba fabricado. Mas, la grande piedad, y la excelente manera de vida de los que habitan este, hace todo su ornamento. Aquel era expectable por la variedad de sus colores: este es venerable por las muchas virtudes y acciones santas, que se practican en él. Tambien la santidad (1) es el verdadero ornamento de la Casa de Dios, que no se agrada tanto de la pulidez de los mármoles, como del arreglo de las costumbres, y que ama las almas puras, mucho mas que las paredes doradas. No es decir, con todo eso, que la fachada de este Templo no esté adornada, mas lo está de excelentes armas, no de piedras preciosas. En vez de las coronas de oro, con que los muros del antiguo estaban cubiertos, los de este estan cargados de escudos impenetrables que cuelgan de todas partes. Y esta Casa está proveida de buenos arneses, de sillas de cavallos, de frenos, y de lanzas, en lugar de los candeleros, incensarios, y vasos, de que la de los antiguos Sacerdotes estaba llena. Todas estas cosas hacen ver claramente, que nuestros Cavalleros están animados del mismo zelo por la Casa de Dios, que manifestó en otro tiempo el Gran Capitan de los Exércitos, quando animado de cólera, y la mano armada, no de hierro, sino de un azote de cuerdas, entró en el Templo (2), echó de él los Vendedores, trastornó las mesas de los Traficantes, y tiró por el suelo todas las tiendas de los que vendian palomas, juzgando que era una cosa enteramente indigna profanar la Casa de la Oracion con estas suertes de negocios y tráficos temporales. Asi, nuestros piadosos Cavalleros, animados por este exemplo de su Rey, y viendo, que los Lugares Santos estaban manchados por los Infieles con mucho mayor indignidad, y de una manera mucho mas insoportable que ellos no habian sido profanados por los mercaderes del Templo, se han venido á establecer en la Casa de la Santidad con sus cavallos y armas. Y despues de haber echado de esta morada, igualmente que de los demas Santos Lugares, toda la infamia, y todas las horruras de una tirana infi-

(1) Ps. 92. 15. (2) Ioan. 11. 15.

delidad, se emplean el dia y la noche en este mismo lugar en ocupaciones útiles y honestas. Ellos honran con una santa emulacion el Templo de Dios por los servicios que hacen aqui asiduamente y con sinceridad de corazon, sacrificando todos los dias con una devocion constante, no la carne de las bestias al modo de los antiguos Judíos, sino las víctimas verdaderamente pacíficas de una caridad fraternal, de una devota obediencia, de una pobreza voluntaria.

10 Estas maravillas que se pasan en Jerusalem, animan todos los Pueblos de la tierra. Las Islas escuchan estas nuevas; y los Pueblos los mas remotos son arrebatados de ellas, y vienen á establecerse aqui de todos los lados, del Oriente, y del Occidente, como un torrente que viene á alegrar la Ciudad de Dios. Pero, lo que se nota aqui de mas agradable, y que se pasa con mas utilidad, es que entre esta grande multitud de personas que vienen á este lugar, Vos veréis muy pocos que no sean malhechores, impíos, ladrones, sacrílegos, homicidas, perjuros, ó adúlteros. De suerte, que asi como su viage produce un doble bien, asi tambien resulta de él una doble alegria; en que se regocijan igualmente, por su partida los del pais de donde ellos salen, y por su llegada los que ellos vienen á socorrer con sus personas. Asi, ellos son de utilidad á los unos, y á los otros: á estos, presentándose para defenderlos, y á aquellos, cesando de oprimirlos. De una parte, el Egipto se llena de alegria por su partida: de la otra, Sion, y las hijas de Judá se llenan de gozo por la proteccion que ellos reciben en su llegada. El Egipto se gloría de estar libre de sus manos, y Sion se vé en mas grande seguridad por la fuerza de su brazo. Aquel, hace una agradable pérdida de los que le robaban con crueldad, y este; recibe alegre los que vienen á defenderle con fidelidad: siendo una misma causa la que hace con una dicha igual, así la desolacion saludable del Egypto, como el dulce consuelo de Jerusalem. Asi es como Jesu-Christo sabe vengarse perfectamente de sus enemigos, y como acostumbra triunfar no solamente de ellos mismos, sino por ellos mismos, tanto mas gloriosamente quanto él lo ha-

hace mas poderosamente. En lo que, ciertamente, no se encuentra ménos de placer que de provecho; pues que él comienza á tener por protectores los mismos que por tanto tiempo le habian sido opuestos; y él hace un fiel soldado de su propio enemigo, como otro tiempo él hizo de un Saulo perseguidor un Pablo predicador. Por eso, yo no me admiro de que, segun la expresion del Salvador, la Corte Celestial manifieste una mas grande alegría por la conversion de un pecador que hace penitencia, que por la perseverancia de muchos justos que no tienen necesidad de penitencia. Porque la conversion de un pecador y de un impio es mas ventajosa á muchas personas, que la mala vida que ellos traian ántes, les podia ser nociva.

11 Dios te salve pues, ó Ciudad Santa, que el Hijo del Altísimo ha santificado para morada suya, á fin de que en tí y por tí él obrase la salud de todas las naciones de la tierra. Dios te salve, Ciudad del Grande Rey, de la qual se han visto manifestarse tan nuevos y tan agradables prodigios al mundo, casi en todos los tiempos desde su principio. Dios te salve, Soberana de las Naciones, Princesa de las Provincias, posesion de los Patriarcas, Madre de los Prophetas y de los Apóstoles, orígen de la fé, gloria y honor de todo el pueblo Christiano, que Dios ha permitido que fueras fácilmente combatida, á fin de que tú misma fueses para nuestros valientes guerreros una ocasion de salud, igualmente que de esfuerzo y de valor. Dios te salve, Tierra de promision, que habiendo otro tiempo manado leche y miel en bien de sus primeros habitantes, presentas ahora á todos los pueblos del Universo los alimentos de la vida, y los remedios de la salud. Tierra, vuelvo yo á decir, buena y excelentísima, que recibiendo el Grano Celestial de la abundancia del corazon Paterno en vuestro seno fecundo, habeis producido de esta divina simiente un número crecido de Santos Mártires; y no ménos como un terron fértil con exceso sobre todas las tierras, no habeis cesado de rendir del resto de todos los otros fieles yá el trigésimo, yá el sexágésimo, yá el centésimo fruto. De donde viene, que todos

(1) Act. 10. 13.

aquellos, que te han visitado, siendo gustosamente saciados y ricamente llenos de esta grande abundancia de tu dulzura, ellos la publican por todo el mundo; y no hablan á todos los que no te han visto, sino de la magnificencia de tu gloria y de las maravillas que se hacen en tí, hasta las extremidades de la tierra. Sí, Ciudad de Dios; de tí se dicen cosas que son enteramente gloriosas. Mas digámos nosotros mismos ahora tambien alguna cosa de estas grandes delicias, de que vos gozais, en alabanza y gloria de vuestro nombre.

CAPITULO VI.

DE LA CIUDAD DE BELEN.

Que el Pan de los Angeles y el Pan del Verbo Dios es el alimento, con que los animales racionales, es decir los hombres reengendrados en Jesu-Christo, son nutridos en esta vida.

12 Belen, que significa Casa de pan, es la primera que se presenta para el nutrimento de las almas Santas, en la qual primeramente este pan vivo que descendió del Cielo, se hizo visible, despues que la Vírgen Santa le dió á la luz del mundo. Allí se muestra el pesebre que sirve á los piadosos animales, y en éste pesebre el heno, que fué producido en el prado virginal; á fin de que á lo ménos por este medio el buey reconozca su Dueño, y el asno el pesebre de su Señor. En efecto, *toda carne es heno, y toda su gloria es como la flor del heno* (1). Mas, porque, no comprendiendo el hombre el honor en que habia sido criado (2), fué justamente comparado á los animales irracionales, y se hizo semejante á ellos, el Verbo que era pan de los Angeles, se hizo el manjar de los animales, á fin de que aquel que habia dexado de nutrirse del pan del Verbo, tuviese el heno de la Carne para comerle, hasta que siendo restablecido en su primera dignidad por el Hombre Dios, y trocado por segunda vez de bestia en hombre, él pudiese decir con San Pablo (3): *Aunque no-*

(1) Isai. 46. (2) Ps. 18. 3. (3) 2. Cor. 5. 16.

sotros hemos conocido á Jesu-Christo segun la carne, no le conocémos yá de esta suerte ahora. Mas, yo no creo, que alguno pueda tener verdaderamente este lenguage, sino aquel que yá aprendió con San Pedro de la boca de la Verdad (1): *Las palabras, que yo os digo, son espiritu y vida, y la carne no sirve de nada.* Ciertamente, aquel que ha encontrado la vida en las palabras de Jesu-Christo, no se cuida yá de la carne, y él es seguramente del número de los bienaventurados que no han visto, y han creido (2). Tampoco hay sino los pequeños Infantes que tengan necesidad de la leche; y sino las bestias á quienes el heno les sea necesario. Mas, aquel que no hace faltas por la boca, es un varon perfecto, y capáz de un alimento mas sólido, y él come el pan del Verbo sin ofensa, aunque con el sudor de su rostro. Él predica tambien con seguridad y sin escándalo la sabiduría de Dios; pero solamente á los perfectos, distribuyendo las cosas espirituales á los espirituales, y no proponiendo Jesu-Christo y Jesu-Christo crucificado á los infantes y á las bestias, sino con mucha precaucion y segun su capacidad. Con todo eso, no es mas que un solo y un mismo manjar el que, habiendo venido de los pastos celestiales, la bestia rumia, y el hombre come con suavidad; que nutre los párvulos, y fortifica los perfectos.

CAPITULO VII.

DE LA CIUDAD DE NAZARETH.

Muestra como los Judios se han contentado otro tiempo con el olor pasagero de esta flor; pero que á nosotros su olor debe atraer á buscar en ella tambien el gusto.

13. Se vé tambien cerca de este lugar la Ciudad de Nazareth, que significa flor, en donde el Verbo que habia nacido en Belen, ha sido nutrido como un fruto en la flor: á fin de que el olor de esta flor, precediese al sabor del gus-

(1) Joan. 6. 4. (2) Joan. 20. 19.

to; éste santo perfume pasase del olfato de los Prophetas á infundirse en las fauces de los Apóstoles; y habiéndose contentado los Judios con sentir su fragancia muy ligeramente, que él saciase enteramente los Christianos con la excelencia de su gusto. Con todo eso, es cierto que Nathanael habia sentido, que el olor de esta flor era mil veces mas suave que los mas excelentes aromas, lo que le hacia decir (1): *¿Es posible que de Nazareth pueda venir alguna cosa de bueno?* Mas, no estando satisfecho de sentir solamente la fragancia de este olor, él siguió con gran voluntad á San Felipe, luego que él le dió esta respuesta: *Venid y ved.* De suerte, que encontrándose todo lleno de este perfume maravillosamente agradable, y por el atractivo de esta fragancia apasionado yá del sabor, él procuró, siendo ella misma su guia, llegar quanto ántes al goze del fruto, deseando experimentar con mas abundancia lo que él no habia sentido sino de paso, y gustar yá entónces en persona lo que otro tiempo no habia olido mas que á la ligera, quando él estaba alexado de ello. Veamos todavía si el buen olfato de Isaac no nos ha querido vaticinar algo de semejante, luego que él sintió la fragancia de los vestidos de Jacob. La Escritura habla de esto en estos términos (2): *Al punto que él hubo sentido la fragancia de sus vestidos*, (de Jacob sin duda); *Ved ahí*, dice él, *el olor de mi hijo que es el mismo que el olor de un campo fértil, al qual el Señor ha dado su bendicion.* El sintió la fragancia del vestido, mas él no reconoció la persona que le llevaba; y habiendo tomado gran placer en el olor, que salia de este vestido, como si hubiese sido de una flor muy olorosa, él no gustó la dulzura del fruto interior, quando á un tiempo él quedó privado del conocimiento del Mysterio y de su Hijo de eleccion. Mas ¿á qué se dirige todo esto? El vestido es el Espíritu, y la letra de él es la Carne. Pues, los Judios aun ahora no conocen el Verbo en la Carne, ni la Divinidad en el hombre, y no han podido hasta al presente descubrir el sentido espiritual, que está encerrado baxo el velo de la Letra. Y palpando por el exterior el pellejo del cabrito que les habia exprimido la

(1) Joan. 1. 46. (2) Gen. 27. 27.

resemejanza del Hijo mayor, es decir, del primero y antiguo pecador, ellos no han podido llegar todavía al conocimiento de la verdad pura. Ciertamente, aquel que venía al mundo para deshacer el pecado, y no para cometerle, no se hizo visible en la carne de pecado, sino solamente en la semejanza de la carne de pecado: á fin de que, como él mismo ha explicado, aquellos que no ven, sean capaces de ver, y aquellos que ven, caigan en la ceguedad. Engañado pues, por esta semejanza el Propheta, y estando ciego aún el dia de hoy, dá su bendicion á aquel que él no conoce, quando él no reconoce por los milágros al que las Escrituras Santas le descubren; y tocándole con sus propias manos, atándole, azotándole y abofeteándole, permanece todavía en la ignorancia, aún quando él ha resucitado. En efecto (1), *si ellos le hubiesen conocido, no hubieran crucificado jamás al Señor de la gloria.* Discurrámos ahora por los demás Lugares Santos brebemente; y yá que no podemos visitarlos todos, visitémos algunos, hablando sucintamente de los mas considerables é insignes, pues que no estámos en disposicion de admirarles cada uno en particular.

CAPÍTULO VIII.

DEL MONTE DE LAS OLIVAS, Y DEL VALLE DE JOSAPHAT.

Enseña como es menester evitar la soberbia por el temor del juicio de Dios, y aplicarse á la Humildad, juzgándose á sí mismo.

14 Se sube á la montaña de las Olivas, y se desciende al Valle de Josaphat, á fin de que Vos penseis de tal suerte en las riquezas de la Divina Misericordia, que no perdais la memoria de los rigores del Juicio último. Porque, sin embargo de que Dios tenga toda la propension posible á perdonar por la grandeza infinita de su clemencia, sus juicios, con todo eso, son un abismo infinitamente profundo, que

(1) 1. Cor. 2. 8.

nos debe hacer conocer que él es extremamente terrible en los designios que tiene sobre los hijos de los hombres. David mismo que nos señala el Monte de las Olivas, quando él dice (1): *Señor, Vos salvaréis los hombres y las bestias, segun que habeis, Dios mio, multiplicado vuestra misericordia*; no dexa tampoco en el mismo Psalmo de hablarnos del Valle del Juicio Universal, en estos términos: *Que el pie de la soberbia no venga hasta á mí; y que la mano del pecador no me eche fuera de mi puesto.* Y él confiesa, que tiene un extremo horror á este precipicio, quando él habla y ora de esta suerte en otro lugar (2): *Traspasad mi carne con el sentimiento de vuestro temor, pues yo estoy poseído de espanto á la idea de vuestros juicios.* El Soberbio cae y se hace pedazos en este Valle; mas, el humilde desciende á él, y no corre peligro. El Soberbio, busca excusas de su pecado; y el humilde, se acusa de él, sabiendo bien que Dios (3) no juzga dos veces una misma cosa, y que si nos juzgamos nosotros mismos, no serémos juzgados por otra vez.

15 Por cierto, el Soberbio, no considerando qué cosa tan horrible es caer entre las manos de Dios viviente, se dexa ir facilmente á buscar palabras de malicia para alegar excusas en sus pecados. Y, á la verdad, es una extrema malicia no tener lástima de Vos mismo, desechar la confesion, que es el solo medio que os resta despues de la culpa, y encerrar el fuego en vuestro seno en vez de sacudirle de allí, sin querer prestar la oreja al consejo del Sábio, que os está diciendo (4): *Tened lástima de vuestra alma, procurando agradar á Dios.* Hé! ¿cómo aquel que es malo para sí mismo, puede ser bueno para otro alguno? (5) Ahora es, quando se vá á hacer el juicio del mundo: *Ahora es quando el Príncipe de este mundo ha de ser echado fuera.* Es decir, fuera de vuestro corazon, si es que humillándoos, os juzgais á Vos mismo. Pues el juicio del Cielo se hará, quando el Cielo mismo será llamado (6) de en alto, y la tierra de en baxo para hacer el discerni-

(1) Ps. 35. 7. (2) Ps. 118. 120. (3) 1. Cor. 11. 13.
(4) Ecl. 30. 24. (5) Ioan. 11. 3. (6) Ps. 49. 2.

miento de su Pueblo. Y lo que es de temer en este juicio es, que no seais precipitado con el Príncipe de las tinieblas y sus Angeles, si ha sucedido que Vos todavia no os háyais juzgado. Porque el hombre (1) espiritual que juzga todas las cosas, no será juzgado de ninguno. Tambien por esto mismo el Juicio comienza por la Casa de Dios, á fin de que llegando el Juez, el halle que los suyos, que le son conocidos, han sido ya juzgados; y que no resta mas juicio que hacer respecto de ellos, quando han de ser juzgados aquellos que no están en el trabajo de los hombres (2), y que no son afligidos con los hombres.

CAPÍTULO IX.

DEL JORDAN.

Que las aguas del Jordan, tan nombradas por sus milagros, publican altamente la potencia de Dios.

16. ¿Con qué alegria el Jordan recibe los Christianos, despues que él tiene la gloria de haber sido consagrado por el Bautismo de Jesu-Christo (3)! Seguramente, este Leproso de Siria se alexó mucho de la verdad, quando él prefirió, yo no sé qué aguas de Damasco, á las de Israel, despues que nuestro Jordan ha dado devoto tantas pruebas de su obediencia á las órdenes de Dios, quando deteniendo su curso por un milagro enteramente evidente, él quedó en seco á fin de dar libre paso, yá al Propheta Elias (4), yá á su discípulo Eliséo (5), ô yá, por decir alguna cosa de mas antiguo, al gran Capitan Josué (6), y al Pueblo todo que le acompañaba. En fin, qual de todos los Rios ha sido jamas mas ensalzado que este, que ha recibido una consagracion todo particular por la presencia sensible y manifiesta de la Santísima Trinidad (7)? El Padre hizo aqui oir su voz; el Espíritu Santo se hizo aquí

(1) 1. Cor. 2. 15. (2) Ps. 72. (3) 4. Reg. 5. 12.
(4) 4. Reg. 2. 8. (5) Id. (6) Josue 3. (7) Luc. 3.

ver baxo la figura de una paloma; y el Hijo ha sido bautizado aquí en su propia persona. Con grande razon pues, todos los Christianos experimentan en sus almas, obedeciendo á Jesu-Christo (1), esta misma virtud, que el Siro Naaman sintió en su cuerpo, siguiendo el conséjo del Propheta.

CAPÍTULO X.

DEL MONTE DEL CALVARIO.

Que Jesu-Christo, habiendo sido burlado como el Propheta Eliseo, ha sufrido la ignominia de la Cruz.

17 Al salir de Jerusalem se vá al lugar del Calvario, donde el verdadero Eliseo (2), despues de haber servido de risa á los niños insensatos, ha merecido la dulce risa de la gloria eterna para aquellos, de quienes él dice (3): *Vedme aquí, y mis niños que el Señor me ha dado.* Niños enteramente buenos, á quienes, por el contrario de estos otros maliciosos, el Psalmista convida á cantar las alabanzas de Dios por estas palabras (4): *Niños, alabad al Señor, alabad su santo Nombre.* A fin de que esta alabanza se hallase perfecta en la boca de los Santos Infantes, y de aquellos que estan todavia al pecho de su madre; pues que ella habia faltado en la de los envidiosos y de los ingratos, de quienes él se quexa por estas palabras sentidas del Propheta (5): *Yo he alimentado y ensalzado hijos, mas ellos enteramente me han despreciado.* Subió pues á la Cruz nuestro Calvo mystico, y él ha sido expuesto á la risa del mundo por la salud del mundo. Y trabajando en borrar el pecado, el rostro y la frente todo descubiertos, no tuvo dificultad en exponerse, no solamente á la vergüenza, sino tambien al suplicio de una muerte tan ignominiosa como cruel, para librarnos del oprobrio, y restable-

[1] 4. Reg. 5. [2] Reg. 2. 17. [3] Isai. 8. 18.
(4) Ps. 112. 2. (5) Isai. 1. 2.

blecernos en la gloria eterna. Ni esto es maravilla. Porque, ¿de qué se deberia avergonzar aquel que de tal suerte nos ha lavado de nuestros pecados, que él no ha sido como un agua que diluye las horruras, y las detiene en sí, sino como un rayo del Sol que las deseca, y conserva su pureza? Tambien es él la misma Sabiduría de Dios que alcanza á todas partes á causa de su limpieza singular.

CAPÍTULO XI.

DEL SANTO SEPULCRO.

Forma hermosos y piadosos pensamientos sobre la muerte de Jesu-Christo, con ocasion de hablar de su Sepulcro, los quales pueden servir de Meditaciones á las almas devotas.

18 Entre estos Santos y amables Lugares, el Sepulcro tiene en cierta manera la primacia, y se sienten no sé qué movimientos de mas grande devocion en el Lugar en que nuestro Señor reposó despues de su muerte, que en todos los otros en que él ha estado durante su vida. Y aun la memoria de su muerte nos mueve con mas eficacia que la de su vida, á los sentimientos de la piedad y de la devocion. Yo juzgo, que eso viene de la dulzura que apareció en aquella, en vez de que no se vé sino austeridad en esta. De suerte, que el reposo del sueño es mas agradable á la flaqueza humana, que el trabajo de una vida laboriosa; y la seguridad de una buena muerte, mas que la rectitud de la vida. La vida de Jesu-Christo me ha sido dada para modelo de la mia: mas, su muerte ha sido el rescate de la que yo habia merecido. Aquella ha instruido mi vida; y esta destruido mi muerte. Su vida, á la verdad, ha sido penosa; pero su muerte ha sido preciosa: y la una y la otra me eran enteramente necesarias. En efecto, ¿de qué hubiera podido servir ó la muerte de Jesu-Christo á quien tiene una mala vida, ó la vida del mismo Salvador al que muere en estado de damnacion? Pensais que aun ahora la muerte de Jesu-

Christo libra de la muerte eterna los que viven acabajo en el pecado hasta la muerte? Ó que la santidad de su vida haya sacado de su cautiverio los Santos Padres, que habian muerto, antes que nuestro Señor? ¿No está pues escrito (1): *¿Quién es el hombre que vivirá sin ver la muerte; y quien librará su alma de la potencia del infierno?* Mas, como ambas cosas igualmente nos eran necesarias por todos modos, es decir, el vivir piadosamente, y el morir con seguridad de nuestra salud, él nos ha enseñado á vivir con su vida, y á morir con seguridad con su muerte. Pues que él murió para resucitar, y él ha dado á los que mueren una esperanza cierta de su resurreccion. Pero, él ha añadido un tercer beneficio, sin el qual todos los otros no hubieran servido de nada, quando él ha perdonado los pecados. Pues por lo que mira á la verdadera y soberana bienaventuranza, ¿qué hubiera aprovechado qualquiera rectitud ó longitud de la vida, aun al que no estuviera manchado, sino del solo pecado original? Pues que el pecado ha precedido, para que la muerte le siguiese. En vez de que, si el hombre le hubiera evitado, jamas él hubiera gustado la muerte.

19 Pecando pues, él perdió la vida, y encontró la muerte: porque no solamente Dios lo habia asi predicho, sino que era verdaderamente una cosa muy justa, que el hombre muriese, si él pecaba. Porque, qué cosa mas conforme á la justicia, que la pena del Talion? Pues siendo Dios la vida del alma, como ella es la vida del cuerpo, es justo que habiendo querido perder el principio de su vida, pecando mortalmente, ella pierda tambien á pesar suyo el poder dar la vida á su cuerpo. Ella voluntariamente desechó la vida, no queriendo vivir mas: es justicia pues, que ella no pueda darla mas á quien ella querria, ni de la manera que ella querria. El alma no ha querido dexarse governar por la bondad de Dios: que su cuerpo pues, no sea mas governado por ella. Si ella no ha obedecido á su Superior, ¿por qué ha de mandar ella á su inferior? Pues que el Criador encuentra á su Criatura en

(1) Ps. 88. 49.

la rebelion, es justo tambien que el alma encuentre la resistencia en la carne, que no estaba sino para servirla. Hecho el hombre transgresor de la Ley de Dios, justamente ha merecido encontrar en sus miembros (1) una ley que resistiese á la Ley de su espíritu, y que le reduxese en servidumbre baxo la ley del pecado. El pecado, como dice la Escritura (2), pone una separacion entre Dios y nosotros: haga la muerte por tanto una separacion tambien entre nuestro cuerpo y nosotrós. Y como el alma no ha podido ser separada de Dios sino por el pecado, tampoco el cuerpo ha podido ser separado de ella sino por la muerte. ¿En qué pues su punicion ha sido mas rigorosa, pues que ella no ha sufrido en su vasallo, sino lo que ella habia osado emprender contra su Soberano? Ciertamente, nada era mas congruente, que deber la muerte producir otra muerte, la espiritual engendrar la corporal, la criminal la que debe servir de suplicio, y la voluntaria la que es obligado el hombre á sufrir á pesar suyo.

2o Asi, habiendo sido condenado el hombre á esta doble muerte en las dos partes que le componen, la una espiritual y voluntaria, y la otra que era corporal y necesaria; el Hombre Dios por su benignidad y por su poder ha traido el remedio para entrambas con sola su muerte corporal y voluntaria, y ha condenado la una y la otra que nosotros habiamos merecido, por la única que él ha querido sufrir por amor nuestro. Y esto se ha hecho con toda la justicia que es posible, porque habiendo sido la una de estas muertes el fruto del pecado, y la otra la pena, Jesu-Christo, tomando sobre sí la pena sin haber cometido el pecado, nos ha merecido justamente la vida y la santidad por sola la muerte, que él ha querido sufrir en su propio cuerpo. En efecto, si él no hubiera padecido corporalmente, él no hubiera satisfecho nuestra deuda; y si él no hubiera muerto voluntariamente, no hubiera tenido mérito ninguno su muerte. Pues, como hemos dicho yá, si el pecado es el fruto de la muerte, y la muerte la deuda del pecado, remitiéndonos Jesu-Christo el pecado,

(1) Rom. 7. (2) Isai. 59.

y muriendo por los pecadores, el fruto de la muerte es deshecho, y su deuda es enteramente pagada.

21 Mas ¿de donde sabemos, que Jesu-Christo tiene el poder de remitir los pecados? Nosotros lo sabemos ciertamente, porque él es Dios, y porque él puede todo lo que quiere. Mas ¿de donde conocemos que él es Dios? Sus milagros son de esto una prueba convincente. Pues, sin hablar de los Oráculos de los Prophetas, y del testimonio, que de esto nos fué dado por la voz del Padre, que se hizo con magnificencia oir del Cielo por medio de esta gloria brillante que pareció sobre el Monte de Thabor, él hace cosas que son imposibles á todo otro que á él. Y si Dios está por nosotros, ¿quién podrá nada contra nosotros? Si Dios nos justifica, ¿quién podrá condenarnos? Si él mismo es, y no otro, á quien nosotros confesamos nuestras culpas todos los dias, diciéndole (1): *Contra Vos solo he pecado yo*: ¿quién mejor, ó mas antes quien otro podrá remitirnos el pecado, que ha sido cometido contra él? ¿Como no lo podrá él hacer pudiendo todas las cosas? ¿Qué? está en mi poder, si yo quiero, perdonar lo que se ha hecho contra mí, ¿y Dios no podrá remitir lo que se ha hecho contra él? Si pues él es Todo-Poderoso para remitir los pecados, y él solo quien puede remitirlos, pues que ellos son cometidos contra él solo, ciertamente aquel es bienaventurado al qual él no imputa su pecado. Asi ¿veis claramente como Jesu-Christo ha podido perdonar los pecados por el poder de su Divinidad?

22 Mas ahora, ¿quién dudará de su voluntad? ¿Qué, pensais Vos que aquel Señor que se revistió de nuestra carne, y que ha querido padecer nuestra muerte, nos podrá rehusar su justicia? Él encarnó voluntariamente, él padeció voluntariamente; él ha sido crucificado, porque él ha querido, ¿y él retiraria de nosotros sola su justicia? No; él nos ha hecho bastante manifiesto, que él ha querido por su bondad, lo que nosotros no podemos dudar, que él ha podido por su divinidad. Mas ¿de donde sacamos nosotros esta seguridad de que él haya destruido la

(1) Ps. 50.

muerte? De que él la ha sufrido, sin haberla merecido. Y ¿con qué razon se nos pediria segunda vez una deuda, que él mismo ha pagado yá por nosotros? Aquel mismo Señor que ha borrado la deuda del pecado, comunicándonos su justicia, ha satisfecho plenamente á la obligacion de la muerte, y nos ha dado la vida. Asi, la vida retornó por la muerte misma, y la justicia ha sido restablecida por la destruccion del pecado; pues que por la muerte de Jesu-Christo la muerte ha sido echada afuera, y su justicia nos ha sido imputada. Mas, ¿como aquel que era Dios, ha podido morir? La respuesta á esto es muy fácil: porque él era hombre tambien. Y ¿cómo la muerte de este hombre ha podido satisfacer por otra? Muy bien pudo, porque él era tambien justo. Pues verdaderamente, porque él era Hombre ha podido morir, y porque él era justo, no ha debido morir inutilmente. Es cierto que un hombre manchado del pecado no es capaz de satisfacer á la obligacion de la muerte por otro, pues que cada uno muere por sí mismo. Mas, aquel, que no está obligado á morir por su propio crímen, ¿debe él morir en vano por otro? Ciertamente, quanto es cosa mas indigna, que muera aquel que no ha merecido la muerte, tanto es cosa mas justa, que viva este por quien aquel dió la vida.

23 Mas ¿qué justicia hay, decis Vos, en que el inocente muera por el culpable? Yo confieso que esto no es justicia, pero es misericordia. En efecto, si esto fuera justicia, él no moriria gratuitamente, sino por obligacion; y si esto fuera por obligacion, á la verdad, él moriria, mas aquel por quien él moria, no viviria. Y si no hay justicia en esto, tampoco hay nada contra la justicia: de otra suerte, la justicia y la misericordia no podrian hallarse en una misma persona. Mas, aunque un justo pueda satisfacer por un pecador sin injusticia, ¿cómo uno solo puede satisfacer por muchos? Pues parece que sea bastante para guardar la justicia, que la muerte de uno solo dé á otro solo la vida. Escuchad la respuesta del Apóstol (z): *Asi como por el pecado de uno solo cayeron en la condena-*

(z) Rom. 5. 18.

cion todos los hombres; asi por la justicia de uno solo los hombres reciben la justificacion de la vida. Pues del mismo modo que muchos se hicieron pecadores por la inobediencia de un solo hombre, asi muchos serán hechos justos por la obediencia de uno solo. Mas, puede ser que uno solo haya podido dar la justicia á muchos, y no la vida. Sin embargo el Apóstol dice (1): *que la muerte ha entrado por un hombre en el mundo. y la vida por otro hombre, y que asi como todos murieron en Adam, asi todos tambien serán vivificados por Jesu-Christo.* ¿Qué? habiendo pecado uno solo, todos se han hecho culpables, y la obediencia de otro no podria aprovechar mas que á uno solo? ¿Es posible que la justicia de Dios sea menos poderosa para socorrer, que para condenar? ¿ó que Adam haya tenido mas poder para el mal, que Jesu-Christo para el bien? ¿El pecado de Adam me será imputado, y la justicia de Jesu-Christo no me aprovechará de nada? Me ha perdido la desobediencia del primero, ¿y no me restablecerá la obediencia del segundo?

24 Pero, hay mucha razon, decis vos, para que todos nosotros hayamos contraido la culpa de Adam, pues que nosotros todos hemos pecado en él: por quanto nosotros estábamos todos encerrados en él, quando él pecó, y nosotros todos hemos sido engendrados de su carne por la concupiscencia de la carne misma. Mas, ¿quién duda que el nacimiento segun el espíritu, que nosotros hemos tenido de Dios, no nos sea harto mas íntimo que aquel que hemos tenido de Adam segun la carne; siendo cierto que nosotros habíamos estado en Jesu-Christo segun este espíritu mucho antes que estuviésemos en Adam segun la carne? con tal que, sin embargo, nosotros confiemos ser del número dichoso de aquellos, de quienes el Apóstol, hablando del Padre al respeto de su Hijo, dice (2): *El qual nos ha elegido en él antes de la creacion del mundo.* El Evangelista San Juan dá tambien testimonio del nacimiento que nosotros hemos recibido de Dios, quando él habla de aquellos (3), *que no han sacado su nacimiento de la sangre,*

(1) 1. Cor. 15. 21. (2) Eph. 1. 4. (3) Ioan. 1. 13.

ni de la voluntad de la carne, ni de la voluntad del hombre, sino de Dios mismo. Y todavia en su primera Carta (1): *El que es nacido de Dios, no peca, porque la generacion celestial le conserva.* Mas, la concupiscencia carnal, decis Vos, testifica, que él saca su orígen de la carne: y el pecado, que sentímos en esta carne, prueba manifiestamente que segun la carne descendémos de la carne de un pecador. Yo convengo en esta verdad; mas, esta generacion espiritual se hace sentir en el corazon, y no en la carne: á aquellos solamente que pueden decir con San Pablo (2): *Nosotros tenémos el sentido y el espíritu de Jesu-Christo.* En el qual ellos conocen tambien que han hecho un progreso tan grande, que no temen decir con toda la confianza posible (3): *Su espíritu dá testimonio á nuestro espíritu de que somos hijos de Dios.* Y todavía: *Mas, nosotros no hemos recibido el espíritu de este mundo, sino el espíritu que es de Dios, á fin de que conozcámos los dones que él nos ha hecho* (4). Por el espíritu pues que es de Dios, la caridad ha sido difundida en nuestros corazones, del mismo modo que por la carne que viene de Adám, se insinúa y se derrama la concupiscencia en nuestros miembros. Y así como ésta que se saca del Padre de los cuerpos, no se alexa jamás de la carne, durante esta vida mortal; así la primera, que viene del Padre de los espíritus, no dexa jamás de acompañar las intenciones de los hijos que están en la perfeccion.

25 Sí pues somos nacidos de Dios, y elegidos en Jesu-Christo, ¿qué justicia habria en que la generacion humana y terrena fuera mas poderosa para dañar, que la divina y celestial para hacernos bien; en que la extraccion de la carne superase la eleccion de Dios; y en que la concupiscencia carnal, comunicada en el tiempo, prescribiese al designio que él ha tenido toda la eternidad? Pero mas ántes, si la muerte acaeció por un hombre, ¿por qué la vida no nos será dada por un hombre, y un hombre tal como es Jesu-Christo? Si todos hemos muerto en Adam, ¿por qué no serémos todos vivificados en Jesu-Christo, y de una manera mucho mas

(1) 1. Joan. 3. 8. (2) 1. Cor. 2. 16. (3) Rom. 8. 16.
(4) 1 Cor. 2. 12.

eficaz? En fin, *no es lo mismo del delito que de la gracia; porque nosotros hemos sido condenados por el Juicio de Dios, por un solo pecado en vez de que nosotros somos justificados por la gracia despues de muchos pecados* (1). Es pues verdadero, que Jesu-Christo ha podido remitir los pecados, porque él es Dios, y ha podido morir, porque él es hombre; y que muriendo él, ha podido satisfacer la obligacion que teníamos de morir, porque él es justo; y en fin, que él solo ha sido capáz de merecer la justicia á todos los hombres y la vida tambien, pues que de un solo hombre habia procedido en todos los hombres, así el pecado como la muerte.

26 Mas tambien, ha sido enteramente necesario que éste hombre, retardando su muerte, quisiera por algun tiempo conversar entre los hombres, á fin de que por las instrucciones freqüentes y llenas de verdad, él les pudiera elevar al conocimiento de las cosas invisibles; les fortificase en la fé por sus obras milagrosas, y les formase en las buenas costumbres por la santidad de sus acciones. ¿En qué pues éste Hombre-Dios, que ha tenido siempre una vida arreglada, justa y santa delante de los hombres; que ha predicado siempre la verdad, obrado prodigios, y sufrido mil indignidades, en que, repito yo, nos ha faltado la menor cosa en todo lo que era necesario para nuestra salud? Y si nosotros añadimos tambien la gracia de la remision de los pecados, es decir, la remision gratuita de nuestros crímenes, ¿no es esto seguramente la consumacion perfecta de la obra de nuestra salud? Ciertamente, no hay por qué temer que á Dios falte el poder, ó que en Jesu-Christo que ha sufrido, y ha sufrido con tanto exceso por los pecadores, falte la voluntad para perdonarles sus pecados: con tal que, sin embargo, tengámos el cuidado que debemos tener, de seguir sus exemplos, y de venerar sus milágros, y que no nos hagámos rebeldes á su doctrina, ni ingratos á sus sufrimientos.

27 En fin, todo lo que Jesu-Christo ha hecho por nosotros, nos ha sido meritorio; todo nos ha sido necesario y ventajoso para nuestra salud: su flaqueza misma no nos

(1) Rom. 5. 16.

ha sido ménos útil que su magestad. Porque si ha sido por la potencia de su Divinidad, que él nos ha sacado de la cautividad del pecado, ha sido tambien por la flaqueza de su carne, que muriendo él, ha destruido todos los derechos de la muerte. Por lo que hermosamente dixo el Apóstol (1): *Lo que parece flaqueza en Dios, es mas fuerte que los hombres* (2). Mas, aún esta necedad, por la qual á él le ha placido salvar el mundo, á fin de combatir la sabiduría del mundo y confundir los sábios; por quanto teniendo él la naturaleza de Dios, y siendo igual á Dios, él se abatió á sí mismo, tomando la forma de un siervo; siendo rico de todas maneras, se hizo pobre por nuestro amor, de grande pequeño, de elevado humilde; y flaco de todo poderoso que él era: que él ha padecido el hambre y la sed: se ha fatigado en los caminos, y ha sufrido una infinidad de miserias voluntariamente, y no por necesidad; esta especie de necedad, vuelvo yo á decir, ¿no ha sido para nosotros un camino de sabiduría, un modelo de justicia, y un exemplo de santidad, segun lo que dice el mismo Apóstol (3): *Lo que parece una necedad en Dios, es mas sábio que los hombres?* Tan cierto es, que la muerte nos ha librado de la muerte, la vida del error, y la gracia del pecado. Así, la muerte ha consumado su victoria por la justicia, porque habiendo el Justo satisfecho por una deuda que él no habia contraido, há justamente merecido recibir lo que él habia perdido. La vida ha satisfecho por la sabiduria á lo que era de su deber, quando ella nos ha dado las instrucciones de la verdad, y el exemplo de la santidad de la vida que nosotros debemos tener: y la gracia ha remitido los pecados por la potencia de que acabamos de hablar, porque ella ha hecho absolutamente todo lo que ella ha querido. La muerte de Jesu-Christo pues, ha sido la muerte de mi muerte, pues que él há muerto para que yo viva. Y de hecho, ¿cómo seria posible que aquel, por quien la Vida ha muerto, no viviese? Pues ¿quién es el que en lo adelante temerá engañarse en el camino de la virtud, y en el conocimiento de la verdad, teniendo la Sabiduria por guia y por conductora? ¿Quién será tenido por culpable, despues

(1) 2. Cor. 2. 25. (2) Id. 2. 1. (3) Id.

de haber sido absuelto por la Justicia? Jesu-Christo es quien dá este testimonio de sí mismo en el Evangelio, quando él dice (1): *Yo soy la vida.* Y el Apóstol San Pablo es quien nos asegura de las dos cosas siguientes, quando él habla de Jesu-Christo en estos términos (2): *Él nos ha sido dado por Dios Padre, para ser nuestra justicia y nuestra sabiduría.*

28 Pero, si la ley del Espíritu y de la vida en Jesu-Christo nos ha librado de la ley del pecado y de la muerte; ¿de dónde viene que nosotros estámos sugetos todavía á la muerte, y que no gozámos al punto del dón de la inmortalidad? La razon es, que es menester, que la verdad de Dios se cumpla: pues como Dios (3) ama la misericordia y la verdad, es preciso necesariamente que el hombre muera, pues que Dios lo habia declarado así; y es menester tambien, que él resucite de la muerte á la vida, á fin de que Dios no se olvide de tener misericordia. Sin embargo pues, de que la muerte no tenga un imperio perpetuo sobre nosotros, ella, con todo eso, le tiene por un tiempo, á causa de la verdad de Dios: así como el pecado no es destruido enteramente en nosotros, aunque él no exerza yá tan poderosamente su tiranía en nuestro cuerpo mortal. Por eso, San Pablo se gloria de estár en parte librado de la ley del pecado y de la muerte; y por otro lado se quexa de las miserias, y penas que él siente algunas veces de la parte de la una y de la otra ley; quando él clama contra los ataques del pecado por estas palabras lastimosas (4): *Yo siento otra ley en mis miembros, &c.* Ó sea quando él gime por las miserias que le afligen, que son sin duda la ley de la muerte, aguardando con ansia la libertad de su cuerpo.

29 En lo demas, de qualquiera manera que los Christianos considéren todas estas cosas, ú otras semejantes á ellas, que pueden venirles en pensamiento con ocasion del Santo Sepulcro, pues cada uno abunda en su sentido sobre asuntos de esta naturaleza: yo juzgo que aquel que se halla sobre estos Lugares, y que los vé en propia persona, no sentirá una dulzura de devocion poco sensible en su alma;

(1) Joan. 14. 6. (2) 1. Cor. 1. 30. (3) Ps. 83. 12.
(4) Rom. 7. 23. (4) 1. Cor. 5. 4.

y que la vista corporal del Lugar mismo del reposo del Señor le será extremamente provechosa. Pues, aunque éste Sepulcro esté privado ahora de la posesion de sus miembros sagrados, no dexa, con todo eso, de estár lleno de nuestros agradables mysterios. Yo los llamo nuestros y muy nuestros, con tal que nosotros los abracémos con tanto de afeccion como tenémos de seguridad en las palabras del Apóstol, quando él dice (1): *Nosotros hemos sido sepultados con él por el Bautismo para morir por él, á fin de que así como Jesu-Christo ha resucitado por la gloria del Padre, así tambien nosotros caminémos en una nueva vida. Pues si nosotros hemos sido ingeridos en él por la semejanzá de su muerte, nosotros lo serémos tambien por la semejanza de su Resurreccion.* ¡Ah! qué cosa tan dulce para los Peregrinos, despues de haber sufrido las grandes fatigas de un largo viage, despues de haber escapado de una infinidad de peligros, á que ellos se habian expuesto por mar y por tierra, el reposar, en fin, en el mismo lugar en que ellos reconocen, que su mismo Señor ha sido puesto en depósito! Ciertamente, yo creo que por entónces ellos reciben una alegría tan grande, que no sienten yá del todo, ni las fatigas del camino, ni el gravámen de sus gastos, sino que segun el pensamiento de la Escritura (2), ellos se transportan de gozo, luego que han llegado al Santo Sepulcro, que ellos miran como la recompensa de sus trabajos y el premio de su carrera. Mas, no penseis que sea por caso fortuito ni subitamente, ni por el rumor comun de un pueblo engañado, que éste Santo Sepulcro se haya hecho tan recomendable para todo el mundo, pues que el Propheta Isaias lo habia predicho tan claramente muchos siglos ántes en estos términos (3): *En este tiempo se elevará de la Rayz de Jesé un Príncipe que mandará á las Naciones, y las mismas dirigirán sus oraciones á él, y su sepulcro será glorioso.* Así vemos efectivamente cumplido lo que ha sido predicho por los Prophetas: y si esto es una cosa nueva para aquel que lo vé con sus ojos, es antigua para aquel que ha leido las Escrituras. De suerte, que

(1) Rom. 6. 2. (2) Job. 3. 2. (3) Isaí. 11. 10.

si la novedad dá alegria al Peregrino, la antigüedad tambien no dexa de confirmarle con su autoridad. Y sea esto bastante por lo que mira al Santo Sepulcro.

CAPITULO XII.

DEL VILLAGE DE BETHPHAGE.

Enseña una doctrina muy útil para la confesion de los pecados.

30. ¿Qué diré yo del Lugar de Bethphage, que era la mansion de los Sacerdotes, y que yo casi habia puesto en olvido, que comprendè, con todo eso, así el Sacramento de la Confesion, como el Mysterio del ministerio Sacerdotal? Bethphage significa *casa de la boca.* Y escrito está (1): *La palabra está cerca de vuestra boca y de vuestro corazon.* Tened presente, que esta palabra no está en el uno ni en el otro solamente, sino juntamente en entrambos. Así, la Palabra produce la contricion saludable en el corazon del pecador, y esta misma palabra en la boca destruye la vergüenza perniciosa, á fin de que ella no estorve la confesion que le es enteramente necesaria. De donde viene, que la Escritura declara (2), *que hay una vergüenza que trae pecado, y una vergüenza que trae gloria.* La vergüenza útil es la que nos dá la confusion de haber cometido el pecado, ó de cometerle actualmente: y que hace que sin embargo de que nadie acaso haya podido ser testigo de vuestra accion, respeteis, con todo eso, la vista de Dios mas que la de los hombres, con tanto mayor retencion quanto Vos sabeis, que Dios os es mucho mas presente que la criatura, y que el pecador le ofende tanto mas gravemente quanto el pecado le es mas esencialmente opuesto. Sin duda, esta vergüenza destierra el oprobio, y dispone la gloria, quando ella enteramente no consiente al pecado, ó que habiéndole cometido, ella le castiga por la penitencia, y le echa fuera por la

(1) Rom. 10. 8. (2) Eccl. 4. 25.

confèsion: sí, con todo eso, es el testimonio de nuestra conciencia lo que hace todo el motivo de nuestra gloria. Pero, si alguno tiene vergüenza de confesar el pecado de que á él le pesa, esta vergüenza produce el pecado, y destruye la gloria que viene del testimonio de la conciencia, quando esta necia conciencia, teniendo cerrada la boca, estorva que la lengua ponga fuera el pecado, que la compuncion se esforzaba á arrojar del fondo del corazon; en vez de que, á exemplo de David, él debia mas ántes clamar (1): *No, yo no estorvaré á mis labios hablar, Señor Vos lo sabeis.* Tambien de este pudor necio é irracional, segun yo pienso, el Rey penitente se hacia esta reprension (2): *Porque yo estuve callado, la corrupcion se envejeció en mis huesos.* Lo que igualmente le hace desear, que se ponga una puerta de circunspeccion á sus labios, á fin de que él sepa abrir su boca para la confesion, y cerrarla para las excusas. En fin, él pide abiertamente esta misma gracia á Dios, sabiendo muy bien (3) *que la confesion y la magnificencia es obra suya.* Ello es cierto que es un gran bien esta doble confesion, por la qual no ocultámos nuestra malicia, y anunciamos la magnificencia de la bondád y de la potencia divina igualmente; mas, tambien esto es un puro dón de la liberalidad de Dios (4). Por eso él le habla en estos términos (5): *Señor, no sufrais que mi corazon se dexe llevar á las palabras de malicia para buscar excusas á mis pecados.* Es pues, muy necesario, que los Sacerdotes, como Ministros que son de Dios, tengan un cuidado muy particular de estas dos cosas, es á saber, de insinuar las palabras de temor, y de contricion en los corazones de los pecadores con tanta moderacion que ellos no se espanten ni se retiren de la confesion de sus pecados; de tal suerte abrán los corazones que no cierren sus bocas; y que no dén la absolucion sino á los que estando verdaderamente compungidos, se hayan confesado de todos sus crímenes. Pues que segun la máxima del Apóstol (7): *Es menester creer de corazon para ser justificado, y confesar de boca para ser salvado.* De otra suerte, la confesion no

(1) Ps. 89. 10. (2) Ps. 31. 3. (3) Ps. 140. 3. [4] Ps. 110. 3.
(5) Ps. 140. 4. [6] Eccl. 17. 10.

sirve mas á un muerto que al que no es enteramente. Qualquiera pues, que tiene la palabra en la boca, y no la tiene en el corazon, es un vano ó un engañador: y aquel que la tiene en el corazon, y no la tiene en la boca, es ó soberbio ó tímido.

CAPÍTULO XIII.

DEL BURGO DE BETHANIA.

Recomienda la obediencia, y la desconfianza de sí misma.

31 En lo demas, aunque yo me apresuro á acabar, no debo de ningun modo pasar en silencio la Casa de Obediencia, que se significa por el nombre de Bethania, que era el Castillo de Maria y de Martha, donde Lázaro fué resucitado, y que nos representa la figura de la vida activa y contemplativa, y nos recuerda el lugar en que la infinita bondad de Dios respecto de los pecadores se manifestó con tanto explendor, y la virtud de la obediencia se halló tan dichosamente junta con los frutos de la penitencia. Basta pues, que en este lugar nosotros advirtamos sucintamente, que ni la práctica de las buenas obras, ni el reposo de una santa contemplacion, ni las lágrimas de la penitencia, jamas serán agradables fuera de Bethania á aquel Señor que hizo tanta estima de la obediencia, que quiso mas perder la vida que esta virtud; habiéndose hecho obediente á su Padre hasta la muerte. Estas son, sin duda, aquellas riquezas que el Propheta Isaías nos promete sobre la palabra del Señor (1). *Dios*, dice él, *consolará á Sion, y la relevará de todas sus ruinas: él trocará su desierto en un lugar de delicias, y su soledad se hará el Jardin del Señor. No se verá en ella sino gozo y alegria, acciones de gracias, y cánticos de alabanzas.* Estas delicias del Orbe pues, este tesoro celestial, esta heredad de los Pueblos fieles, han sido confiados á vuestra fé, carísimos

(1) Isai. 51. 1.

mios, y se han encomendado á vuestra prudencia y á vuestro valor. Y vosotros seréis capaces de guardar seguramente y fielmente este sagrado depósito, con tal que no presumais nada de vuestra prudencia, y de vuestra fuerza; y solamente pongais toda vuestra seguridad en el socorro de Dios. Pues que debeis saber que el hombre no debe sacar su apoyo de su propia fuerza: y por tanto debeis decir con el Propheta (1): *El Señor es mi fuerza, mi refugio, y mi libertador.* Y tambien (2): *Yá conservaré mi fuerza para Vos, ó Dios mio, porque Vos sois mi protector, mi Dios; su misericordia me prevendrá.* Y todavia (3): *Señor no nos deis la gloria, no nos la deis, sino dadla solamente á vuestro nombre.* A fin de que aquel Señor (4) que dirige vuestras manos á la guerra, y vuestros dedos al combate, sea bendecido en todas las cosas.

(1) Ps. 17. 2. (2) Ps. 58. 10.
(3) Ps. 113. 9. (4) Ps. 143.

FIN.

TRATADO
DE SAN BERNARDO ABAD
DE CLARAVAL.

De los grados de la Humildad, y de la Soberbia.

PRÓLOGO.

Me habeis rogado, Hermano Godefrido, que os hiciese un Tratado, en que yo comprendiese con mas extension todo lo que en presencia de nuestros Hermanos habia explicado antes sobre los Grados de la Humildad. Mas, deseando satisfacer dignamente á una peticion tan justa, y temiendo no poder executarlo con tanto suceso como seria de desear, os aseguro, que siguiendo el consejo del Evangelio, no me he atrevido á emprenderlo, sin que primeramente no hubiese echado la cuenta sobre si yo me hallaba con fondos suficientes para llevar al cabo una empresa tal. Sin embargo de eso apenas la caridad habia disipado el temor de que no se burlasen de una obra, que yo no habria podido concluir, me sentí al punto combatido de una segunda aprension, contraria á la primera, que me hacia recelar un accidente mucho mas peligroso por la gloria que me resultaria, si ponia esta obra en perfeccion, que por el sonroxo que me podia venir, si me quedaba en el camino. Asi, hallándome entre el temor y la caridad, como entre dos caminos, largo tiempo permanecí dudoso sobre qual de los dos tomaria con mas seguridad, teniendo un justo recelo, ó de no ser humilde, si hablaba de la Humildad con fruto, ó de hacerme inútil á mi mismo, si por un sentimiento de Humildad guardaba en

en esto silencio. Pero, al fin, viendo, que me era preciso resolverme á una de estas dos cosas, aunque yo no hallase seguridad en la una ni en la otra, me determiné á haceros participante del fruto de la palabra, si yo era capaz de eso, mas antes que á pensar en la seguridad de sola mi persona en el puerto del silencio. Esperando, al mismo tiempo, lo uno, que vuestras oraciones me alcanzarán la gracia de no envanecerme, si dixere alguna cosa que merezca vuestra aprobacion; y lo otro, que yo no tendré ocasion de ensalzarme, si no dixere cosa alguna que sea digna de vuestra atencion, como tengo mas motivos para creerlo.

CAPÍTULO I.

Que Jesu-Christo es el camino de la Humildad, por la qual se llega á la verdad.

1 Habiendo pues de hablar de los Grados de la Humildad, que S. Benito nos propone en su Regla (1), para subirlos, no para contarlos: es menester primeramente, que yo os explique, si puedo, el término al qual debemos llegar por medio de ellos, á fin de que el trabajo que se debe tomar para subir allí, se suavice por el sentimiento del fruto, que se espera recibir. Asi, nuestro Señor nos propone el trabajo del camino, y juntamente la recompensa de este trabajo por estas palabras (2): *Yo soy el camino, la verdad, y la vida.* Él llama la Humildad camino que conduce á la verdad. La una es el trabajo; la otra, el fruto de este trabajo. Mas, ¿de donde puedo yo saber, decis Vos, que él ha querido hablar de la Humildad en este lugar, habiendo él dicho indeterminadamente: *Yo soy el camino*? Oidlo mas claramente (3): *Aprended de mí*, dice él, *que soy manso y humilde de corazon.* ¿Veis, que él se propone por exemplo de Humildad, y por modelo de mansedumbre? Si Vos le imitâreis (4), no caminaréis en las

T

(1) Reg. S. Ben. c. 7. (2) Joan. 14. 68.
(3) Math. 11. 29. (4) Joan. 8. 12.

tinieblas sino que tendreis la luz de la vida. ¿Y qual es la luz de la vida, sino la verdad, la qual iluminando todos los hombres, que vienen al mundo, les manifiesta donde se encuentra la vida verdadera? Por eso, habiendo dicho: *Yo soy el camino, y la verdad*; añade luego: *Y la vida.* Como si dixera: Yo soy el camino que lleva á la Verdad: Yo soy la Verdad que promete la Vida; y Yo soy la Vida misma que yo doy. Pues él mismo es quien dice (1): *La vida eterna consiste en conoceros á Vos Dios verdadero, y á Jesu-Christo que Vos habeis enviado.* O bien, como si Vos mismo dixéseis: Yo considero el camino, es decir, la Humildad: yo deseo el fruto, que es la verdad. Mas ¿de qué me servirá este tan grande trabajo del camino, si no puedo lograr aquello por qué tanto anhelo y suspiro? Y entonces él responde: Yo soy el camino, esto es el Viático, con qué sereis sustentado en el camino. Por lo qual él dá voces á los que se extravian y no saben el camino: *Yo soy el camino*: á los que están entre dudas, y no creen; *Yo soy la Verdad*: á los que ya suben; *Yo soy la Vida.* Con bastante claridad se manifiesta, á mi parecer, por el propuesto pasage del Evangelio, que el conocimiento de la Verdad es el fruto de la Humildad. Y ved aqui otro muy semejante (2): *Yo os doy gracias, ó Padre, Señor del Cielo y de la Tierra, de que habeis escondido estas cosas*, sin duda los secretos de la Verdad, *de los Sábios, y de los Prudentes*, es decir, de los Soberbios, *y las habeis revelado á los pequeñuelos*, es decir, á los humildes. Por donde se hace claro, que la misma Verdad que se oculta á los Soberbios, se manifiesta á los humildes.

2. Ved pues aqui la definicion que se puede dar de la Humildad. La Humildad es una virtud por la qual el Hombre, teniendo un conocimiento muy verdadero de sí mismo, se hace menospreciable á sus propios ojos. Y esta definicion conviene muy bien á estos, que habiendo dispuesto en su corazon las subidas, se abanzan de virtud en virtud, esto es, de grado en grado hasta arribar á la cima de la Humildad; en la qual colocados, como sobre

(1) Ioan. 17. 3. (2) Luc. 10. 21.

la montaña de Sion, es decir sobre un lugar elevado, especulan y descubren la verdad. Pues se dice tambien (1): *El Legislador dará su bendicion.* Porque aquel que ha dado la ley, dará la bendicion igualmente; esto es, aquel que mandó la Humildad, el mismo conducirá á la Verdad. Mas, ¿quién es este Legislador, sino el Señor (2), *que es dulce y recto, y que ha dado la ley á los que se extravian en el camino?* En efecto, aquellos se extravian en el camino, que abandonan la verdad. Pero, ¿juzgais, que ellos son abandonados aun en este caso por un Dios tan lleno de dulzura? De ninguna manera. El Señor que es dulce y recto, les dá la ley, que es el camino de la Humildad, á fin de que por él vuelvan al conocimiento de la verdad. El les dá la ocasion de recobrar la salud, porque es dulce; mas, no sin la disciplina de la ley, porque es recto. Asi, porque es dulce, no puede sufrir que perezcan; y porque tambien es justo, no quiere olvidarse del castigo.

CAPÍTULO II.

Qual sea el fruto de aquellos, que suben los Grados de la Humildad.

3 Es pues cierto, que S. Benito ha establecido esta ley, por la que se vuelve á la verdad, sobre doce grados particulares: á fin de que asi como se llega á Jesu-Christo por los diez mandamientos de la ley, y la duplicada circuncision (que hacen el número de doce) asi igualmente despues de haber subido estos doce grados se llegue al conocimiento de la Verdad. Del mismo modo, el haber aparecido el Señor apoyado sobre lo alto de esta escala mysteriosa, que fué mostrada á Jacob por un symbolo de humildad, ¿qué otra cosa nos dá á entender, sino que el conocimiento de la Verdad se halla establecido sobre la cima de la Humildad? Pues desde lo alto de la escala echaba sus ojos sobre los hijos de los hombres, como Verdad esencial, cuyos ojos ni pueden jamas engañar, ni pueden

(1) Ps. 83. 8. (2) Ps. 24. 8.

ser engañados, para ver si habia alguno aqui que conociese á Dios, ó que le buscase. En efecto, ¿no os parece que está gritando desde lo alto, y que dice á los que le buscan (pues él conoce á los suyos) (1): *Pasad á mi (a) todos los que me deseais, y llenaos de mis generaciones*? Y en otra parte (2): *Venid á mi todos los que trabajais, y que estais cargados, y yo os aliviaré.* Venid, dice él. ¿A donde? A mí que soy la verdad. ¿Por donde? Por la Humlidad. ¿Y qué fruto resultaria de eso? Yo os aliviaré. Mas, ¿qué refeccion es esta, que la Verdad promete á los que suban estos grados, y que ella misma dá á los que hayan subido hasta su cima? No es tal vez otra cosa que la caridad misma. Pues, como dice S. Benito (3), al punto que el Monge haya subido todos los grados de la Humildad, llegará á la posesion de la caridad. Ah! qué dulce y qué agradable manjar es la caridad, pues alivia los fatigados, fortifica los débiles, alegra los tristes; y hace, en fin, agradable el yugo de la Verdad, y ligera su carga.

4 Ah! qué plato tan excelente es la caridad, pues teniendo el lugar de enmedio en el festin de Salomon (4), harta los famélicos, y recrea los convidados con el olor de diferentes virtudes, como con otros tantos excelentes olores de toda suerte de perfumes. Porque alli se pone tambien á los convidados la paz, la paciencia, la benignidad, la longanimidad, el gozo en el Espíritu Santo, y todos los otros frutos de la Verdad, y de la Virtud, que son las generaciones de la sabiduria. Tiene tambien sus alimentos la Humildad en este convite, que son el pan del dolor, y el vino de la compuncion, que la Verdad presenta en primer lugar á los principiantes, á quienes ella dice (5): *Levantaos despues de haber estado sentados vosotros que comeis el pan del dolor.* Tiene allí la contemplacion el alimento sólido de la sabiduría, que es la flor del trigo, juntamente con el vino que alegra el corazon del hombre, á que la

[1] Eccl. 24. 26.
(a) Otros literalmente: *Venid á mí todos los que me deseais con ansia, y llenaos de los frutos que yo produzco.*
[2] Math. 11. (3) Reg. c. 7. grad. 12.
[4] Cant. 3. 19. (5) Ps. 126. 2.

Verdad convida á los perfectos, diciéndoles (1): *Comed, amigos mios, y bebed: y embriagaos vosotros carísimos mios. Él ha establecido*, dice, *la caridad en medio del festin, á causa de las hijas de Jerusulem* (2): es decir, á causa de las almas imperfectas; las quales no estando todavia capaces de tomar este sólido manjar, deben ser solamente nutridas de la leche de la caridad, en lugar del pan; y del azeyte en lugar del vino. Por eso, no sin razon, se pone enmedio, porque su suavidad ni es todavia gustada por los principiantes, á causa del temor, que se lo estorva: ni es bastante para los perfectos, á causa de las grandes dulzuras, que ellos reciben en la contemplacion. Aquellos no son todavia capaces de gustar la dulzura de la leche, porque deben ser primeramente purgados de los humores pecantes de la sensualidad con la bebida amarguísima del temor: estos, por haber sido destetados yá, se hallan participantes de este agradable festin, que hace como la entrada de la gloria. En manera que solo quedan enmedio los que aprovechan, y que habiendo gustado algunos panales de esta miel de la caridad, se contentan con eso, á causa de su mucha delicadeza.

5 El primer plato pues es el de la Humildad, que purga con amargura: el segundo el de la Caridad, que consuela con dulzura: el tercero, el de la contemplacion, que hace el alma sólida por la fuerza que la dá. Ay dé mí! *Señor Dios de las virtudes, ¿hasta quando estareis ayrado contra la oracion de vuestro siervo? Hasta quando me alimentaréis con el pan de lágrimas, y me hareis beber el agua de mis llantos?* ¿Quién me hará la gracia de convidarme siquiera al lugar de enmedio de este dulce festin de la caridad, en donde los Justos son saciados en la presencia de Dios, y rebosan en la alegria: para que, no hablando yá en la amargura de mi alma, diga yo á Dios: *Señor, no me condeneis*; y siendo nutrido de los panes sin levadura, de la sinceridad y de la verdad, cante yo alegre en los caminos del Señor: *Que lo gloria del Señor es grande.* Asi, buen camino es el de la Humildad, pues que ella

(1) Cant. 5. 1. (2) Cant. 3. 19.

nos hace buscar la Verdad, conseguir la Caridad, participar de los frutos de la Sabiduría. Ultimamente, como Jesu-Christo es el fin de la ley, asi la perfeccion de la Humildad es el conocimiento de la Verdad. Jesu-Christo en su venida traxo la gracia: la Verdad á los que se dá á conocer, comunica la Caridad: Con que haciéndose ella conocer á los humildes, es claro que á los humildes dá la gracia.

CAPÍTULO III.

Con qué órden los Grados de la Humildad guian al conocimiento de la verdad. Y de qué manera Jesu-Christo ha aprendido la misericordia por su Pasion.

6. He explicado, en quanto he podido, el fruto que se debe recibir, despues de haber subido los grados de la Humildad; y es menester ahora explicar el órden que se ha de tener para arribar á la recompensa de la verdad que nos ha sido propuesta. Mas, porque este mismo cimiento de la verdad consiste en tres grados, yo quiero brevemente distinguirlos, segun que me sea posible: á fin de que se conozca con mas claridad, á qual de los tres grados de la verdad pertenezca y llegue el duodécimo de la Humildad. Es pues necesario saber, que nosotros buscamos la verdad en nosotros mismos, en nuestro próximo, y en su propia naturaleza. En nosotros, juzgándonos á nosotros mismos; en nuestro próximo, compadeciéndonos de sus miserias: y en su propia naturaleza, contemplando con un corazon purificado. Tened cuenta, si os agrada, así con el número, como con el órden. Primeramente, es menester que la verdad os enseñe, que la debeis buscar en el próximo, ántes que en su propia naturaleza; y en seguida sabréis porque la debeis buscar en Vos mismo, ántes que en el próximo. En efecto, en el número de las Bienaventuranzas (1), que nuestro Señor ha distinguido en el Evangelio, él ha colocado los mi-

(1) Math. 5. 7.

sericordiosos antes que los puros de corazon. Porque los misericordiosos descubren bien pronto la verdad en su próximo, quando extienden hácia él sus afecciones, y de tal suerte se conforman á él por los sentimientos de la caridad, que ellos sienten sus miserias ó sus felicidades como si fueran suyas propias. Ellos son flacos con los flacos (1), y se abrasan con los que padecen el escándalo: ellos acostumbran alegrarse con los que se alegran, y llorar con los que lloran (2). De modo que purificándose su corazon por esta caridad fraternal, sienten un grande deleite en contemplar la verdad en su propia naturaleza, por amor de la qual ellos soportan los males de su próximo. Mas, aquellos que no se unen de este modo á sus hermanos, sino que por el contrario, ó insultan á los que derraman sus lágrimas, ó murmuran de los que se alegran, ¿cómo pueden reconocer la verdad en su próximo, pues que no hallándose con los mismos sentimientos que él, no pueden sentir lo que hay en él en sí mismos? De donde se sigue, que se les puede justamente apropiar este proverbio comun. El que está sano, no sabe lo que sufre el enfermo, y el que está harto, no sabe lo que pasa el hambriento. En vez de que el enfermo y el hambriento se compadecen de otro enfermo y de otro hambriento, con tanto mayor sentimiento quanto es mayor su semejanza en los trabajos. Porque, así como la pura verdad no se dexa conocer sino de un corazon que sea puro, así la miseria del próximo no se hace en un principio sentir, sino á un corazon afligido con la miseria. Para qué vuestro corazon sea tocado de la miseria de otro, es preciso primeramente, que Vos reconozcais la vuestra propia; á fin de que encontréis los sentimientos del próximo dentro de Vos mismo en la vuestra; y que aprendais de Vos mismo el modo con que deberéis socorrerle; á exemplo de nuestro Salvador que ha querido padecer á fin de aprender á compadecerse y sugetarse á la muerte, á fin de tener lástima de los miserables. De manera, que así como está escrito de él (3): *Que aprendio la obediencia por las cosas que él ha sufrido*, así tambien él ha aprendido de eso mismo la mise-

(1) 2. Cor. 11. 29. (2) Rom. 12. 15. (3) Heb. 5. 8.

ricordia. No porque ántes no supiese exercer la misericordia, pues su misericordia es desde toda la eternidad y por toda la eternidad, sino á efecto de que él aprendiese por su experiencia en el tiempo, lo que él sabia por su esencia en la eternidad.

7 Mas, puede ser, que extrañeis, que yo haya dicho, que Jesu-Christo que es la Sabiduría de Dios, ha aprendido la misericordia, como si aquel Señor, por quien todas las cosas han sido hechas, hubiera podido ignorar alguna de quantas tienen ser. Especialmente, quando lo que yo he citado de la Carta á los Hebréos como prueba de mi proposicion, puede fácilmente entenderse en otro sentido, que no parece nada absurdo. En manera que esta expresion: *El ha aprendido* no se refiera á su misma cabeza en su propia persona, sino á su cuerpo mystico, que es la Iglesia, dandole este sentido particular (1), *Él ha aprendido la obediencia por las cosas que ha padecido*, es decir, ha aprendido la obediencia en su cuerpo por las cosas que ha padecido en su cabeza. Porque esta muerte, esta cruz, estos oprobios, estas salivas, estos golpes de los azotes, por los quales Jesu-Christo nuestra Cabeza fué exercitado, ¿de qué han servido á su cuerpo, yo quiero decir, á nosotros, sino de unas excelentes lecciones de obediencia, segun el testimonio de San Pablo, que dice (2): *Que Jesu-Christo se ha hecho obediente á su Padre hasta la muerte y muerte de Cruz*? Pero ¿queréis saber con qué necesidad se ha hecho eso? Responda San Pedro, diciendo (3): *Que Jesu-Choisto ha padecido por nosotros, dexándoos exemplo para que Vos caminéis sobre sus mismos pasos*: es decir, para que imitéis su obediencia. De estas cosas pues, que él ha padecido, aprendémos nosotros quanto nos conviene, que por la obediencia padezcamos, siendo unos puros hombres: pues que por ella no dudó morir aquel Señor, que tambien era Dios. De esta manera, decís Vos, no hay inconveniente ninguno en decir, que Jesu-Christo aprendió la obediencia, ó la misericordia, ó alguna otra cosa en su cuerpo, con tal que se crea, que nada le ha podido acontecer en su persona en el tiempo, que

(1) Heb. 5. 8. (2) Philip. 2. 4. (3) 1. Petr. 2. 21.

que no le haya sido conocido ántes: y que así él mismo es el que enseña á compadecerse, y á obedecer, y él mismo quien lo aprende por su experiencia, porque la Cabeza, y el cuerpo es un mismo Jesu-Christo.

8 Ciertamente yo no debo negar, que esta inteligencia pueda ser buena, pero parece que la primera interpretacion está aprobada por otro lugar de esta misma Carta, en que se dice (1): *Él no se ha unido á los Angeles, sino que se ha unido á la sangre de Abraham, por lo qual debió hacerse semejante en todas las cosas á sus hermanos, para ser misericordioso.* Yo por mí, juzgo, que estas palabras se deben referir á la Cabeza en tal calidad que de ningun modo pueden convenir al cuerpo; porque del Verbo Divino es de quien se dice: *que no se ha unido á los Angeles*, es decir, que no se ha unido personalmente á su naturaleza, sino á la sangre de Abraham. Ni se lee en la Escritura, que el Verbo se hizo Angel, sino mas bien *que el Verbo se hizo Carne* (2), y carne de la carne de Abraham, segun la promesa, que antes se le habia hecho á éste. *Por lo qual*, es decir, por medio de la qual union, *debió ser semejante en todas las cosas á sus Hermanos.* Lo que quiere decir, que ha sido conveniente, y ha sido necesario, que habiéndose hecho pasible como nosotros, se sugetase á todas nuestras miserias, exceptuado el pecado. Y si me preguntais ¿qué necesidad habia de esto? Esto fué, responde el Apóstol, para que él se hiciese misericordioso. Pero esto tambien, decís Vos, se puede justamente atribuir á su cuerpo. Escuchad lo que despues se sigue (3): *En lo que él ha sufrido, y en lo que él ha sido tentado, puede socorrer á los que son tentados.* Porque yo no veo en estas palabras, qué otra cosa se pueda entender mejor, sino que él ha querido sufrir, y ser tentado, y sugetarse á todas las miserias humanas, á excepcion del pecado (lo que es propiamente ser semejante en todas las cosas á sus hermanos) á fin de aprender por su propia experiencia á compadecerse y tener lástima de aquellos que se hallan en los trabajos, y en la tentacion.

9 No es que yo pretenda, que por esta experiencia él

(1) Heb. 2. 16. (2) Joan. 1. 14. (3) Heb. 2. 18.

se haya hecho mas sábio, sino que él se ha hecho mas familiar, á fin de que los hijos de Adám, que son flacos, y que él se ha dignado honrar con el nombre y qualidad de Hermanos suyos (1), no tuviesen dificultad alguna en descubrirle sus enfermedades, pues que él podia curarlas como Dios, lo queria como hermano suyo; y las conocia perfectamente como quien las habia sufrido en su propia persona. Por eso es el llamarle el Propheta Isaias (2): *Un hombre de dolores, y que sabia lo que es la enfermedad.* Y el Apóstol San Pablo dice (3): *Que nosotros no tenémos un Pontifice, que no pueda compadecerse de nuestras enfermedades.* Y él explica de donde puede compadecerse, quando añade: *Que él ha sido tentado como nosotros en todas las cosas para hacerse semejante á nosotros, á excepcion del pecado.* A la verdad, él era Bienaventurado é impasible en esta forma, en la qual él no ha juzgado que fuese una usurpacion el ser igual al Padre (4), ántes que se hubiese abatido á sí mismo tomando la forma y la naturaleza de Siervo, y no habiendo probado lo que era la miseria y la sugecion, no sabia por la experiencia tampoco ni la obediencia, ni la compasion. Él las sabia por su esencia, mas no por su experiencia. Pero, despues que él fué abatido no solamente debaxo de sí mismo, sino todavía debaxo de los Angeles, que son impasibles por gracia, y no por naturaleza; y que él se abatió hasta esta forma, en la qual él fué capáz de padecer, y de ser esclavo, lo que no podia hacerse en su propia persona, como yá dexamos dicho, él probó la compasion en sus propios sufrimientos, y la obediencia en su sujecion. No porque él haya adquirido por esta experiencia un conocimiento mas grande, sino que esto ha sido para nosotros un nuevo motivo de confianza en él, en quanto por esta suerte de conocimiento de la miseria, aquel de quien nosotros estábamos extremamente alexados, se ha aproxîmado mas cerca de nosotros. Y ciertamente, ¿cómo habríamos osado nosotros aproxîmarnos á él, si él hubiera permanecido siempre en su impasibilidad? Mas ahora, el Apóstol nos exhorta (5) *á pre-*

(1) Heb. 2. 11. (2) Isai. 53. 3. (3) Heb. 4. 15.
(4) Philip. 2. 6. (5) Heb. 4. 16.

sentarnos con confianza delante del trono de la gloria de aquel que nosotros conocémos haber sufrido nuestras enfermedades, y padecido *nuestros dolores* (1), como dice el Propheta Isaias, y que nosotros no dudamos en ninguna manera, que tiene compasion de nosotros, despues de las cosas, que él ha padecido en su persona.

10 No se ha de tener pues por extraño, si se dice, que Jesu-Christo jamas ha comenzado á saber una cosa que él hubiese ignorado antes, sino que él conoció la misericordia de una manera en la Eternidad por su esencia divina, y de otra en el tiempo por su Encarnacion. Mirad, si os agrada, si él mismo no se ha dignado de servir de esta misma manera de hablar, quando preguntándole los Discípulos acerca del dia del Juicio último, él respondió (2), que no tenia conocimiento de él. Porque en efecto, ¿cómo aquel *en quien estaban encerrados* (3) *todos los tesoros de la sabiduria, y de la ciencia*, habria podido ignorar este dia? ¿Por qué pues, él niega que sepa, lo que seguramente no podia ignorar? ¿Es posible, que él haya querido ocultar con una falsedad, lo que no podia descubrirles con utilidad? De ninguna manera. Asi como él no podia ignorar nada, porque él es Sabiduria, tampoco podia mentir, porque es Verdad. Pero, queriendo estorvar, que sus Discípulos se dexasen ir á curiosidades y preguntas inútiles, él les negaba que supiese lo que ellos preguntaban, no de una manera absoluta, sino de aquella de que él podia usar para no negarlo contra la verdad. Pues sin embargo de que por las luces de su Divinidad que le descubren todos los tiempos igualmente, el pasado, el presente, y el futuro, veia claramente este último dia, no le conocia, con todo eso, por alguna experiencia de los sentidos corporales. De otra suerte, él habria ya hecho morir el Anti-Christo con el soplo de su boca; habria escuchado ya con los oidos del cuerpo la voz del Archangel, y la Trompeta á cuyo sonido deben resucitar los muertos; y habria visto ya con sus ojos corporales las ovejas y los cabritos

(1) Isai. 53. 4. (2) Math. 24. 36. (3) Colos. 2. 3.

que han de ser separados los unos de los otros en el último dia del Juicio.

11 En fin, para que comprendais, que él ha querido hablar solamente de este conocimiento que se saca de los sentidos del cuerpo, quando ha dicho, que no sabia qual era este dia último, él responde muy exâctamente (1), y no dice: Yo no lo sé, sino que dice: *El hijo* mismo del hombre *no lo sabe.* ¿Qué quiere él significar por el hijo del hombre, sino el nombre de la carne, de la qual se ha revestido; por el qual nombre quiére dar á entender, que quando él dice, que no sabe alguna cosa, habla no en quanto Dios, sino en quanto hombre? Pues hablando en otras partes de sí mismo segun la Divinidad, no acostumbraba á decir *el hijo*, ó *al hijo* del hombre, sino que decia: *Yo*, ó *á mí*, como quando él dice en San Juan (2): *Yo os digo en verdad, que yo soy antes que Abraham fuese nacido*: él dice: *Yo soy*, y no dice, el hijo del hombre es. Y sin duda él hablaba de su naturaleza Divina, que es antes del tiempo de Abraham, y de toda la eternidad, y no de la que ha sido despues de Abraham, y que aun ha sido sacada de Abraham. Asi, en otro lugar preguntando á sus Discípulos, qué opinion tenian de él los hombres, él les dixo (3): *Quien dicen los hombres*, no qué yo soy, sino *qué es el hijo del hombre?* Y en seguida preguntándoles todavia, qué opinion tenian ellos mismos de él, les dice: *Y ¿vosotros quien decis que soy yo?* Él no dice: Quien decis vosotros que es el hijo del hombre. La razon de esto es, que quando se informaba de la carne qual era la opinion del mundo carnal, él se servia del nombre de la carne, que es propiamente del hijo del hombre: mas, preguntando acerca de su Divinidad á sus Discípulos, que eran mas espirituales, él usaba de la expresion: *Yo soy*, y no de la de hijo del hombre. Tambien S. Pedro manifestó bien por sus respuestas, que comprendia lo que á él le preguntaba por este término: *Yo soy*, quando él le dixo: *Vos sois el Christo hijo de Dios*, y no Vos sois Jesus hijo

(1) V. la Retratacion, al fin. (2) Luc. 8, 58. (3) Math. 16, 13.

de la Virgen; sin embargo de que si él hubiera respondido de esta suerte, no hubiera dexado de decir la verdad. Pero, concibiendo muy bien el pensamiento del que les preguntaba, por los términos mismos de que él se valia, respondió discretamente y muy al caso á la pregunta que les estaba hecha, con decir: *Vos sois el Christo hijo de Dios.*

12 Pues, si reconoceis, que Jesu-Christo tiene dos naturalezas en una misma persona; la una, por la qual él ha sido siempre, y la otra, por la que ha comenzado á ser; y que segun su ser eterno él ha tenido siempre conocimiento de todas las cosas, pero segun su ser temporal ha recibido en el tiempo la experiencia de algunas de ellas, ¿por qué tendreis dificultad en confesar, que asi como en el tiempo él ha comenzado á ser por la carne, del mismo modo tambien haya comenzado á aprender las miserias de la carne, por este género de conocimiento que se adquiere en la flaqueza misma de la carne? A la verdad, nuestros primeros Padres hubieran sido mucho mas sábios, y mucho mas dichosos con estar privados de esta ciencia, á la qual no podian llegar sino por su necedad y su propia miseria. Con todo eso, Dios que les habia criado por su poder, teniendo lástima de ellos por su bondad, les fué á buscar despues de su pérdida, sujetándose por su misericordia á las mismas miserias, en las quales ellos se habian desgraciadamente precipitado. El quiso probar en sí por su admirable caridad, lo que ellos justamente merecian padecer por haber obrado contra sus órdenes, para satisfacer á su propia curiosidad; no á fin de permanecer en la miseria con los miserables, sino á fin de que habiéndose hecho compasivo, les pudiese librar de las miserias. Yo digo compasivo, no por esta misericordia eterna, que él ha tenido siempre en el estado de su felicidad, sino por aquella, que ha encontrado en su Encarnacion por medio de la miseria, á la qual ha querido sujetarse. Así, por la misericordia temporal él ha dado la última mano á la obra de su bondad, á la qual por la eterna él habia dado principio: no porque esta primera misericordia no fuese capaz de acabar su obra, sino porque ella sola sin la otra no era

suficiente respecto de nosotros. Ello es cierto, que la una y la otra nos era necesaria; pero, esta nos era mucho mas conveniente. O invencion admirable de la divina bondad! ¿Cómo habríamos nosotros podido conocer esta admirable misericordia, si ella no hubiese sido tocada de la miseria precedente? ¿Cómo habriamos podido percibir esta compasion, que nos era desconocida, la qual sin ser prevenida de algun sufrimiento, se halla subsistente en la impasibilidad! Con todo eso, si esta misericordia, que no sabe que cosa es miseria, no hubiera precedido, ella no se hubiera aproximado á la que es engendrada por la miseria: si ella no se hubiera aproximado, ella no la hubiera atraido; y si ella no la hubiera atraido, no la hubiera extraido. Mas ¿de donde la ha extraido sino de un abismo de miseria, y (1) de un lodazal muy profundo? Sin embargo, él no ha dexado esta primera misericordia, sino que ha añadido á ella esta segunda: él no la ha trocado, sino que la ha multiplicado, segun lo que está escrito en el Psalmo (2): *Señor, Vos salvaréis los hombres y las bestias, segun que habeis multiplicado, Dios mio, vuestras misericordias.*

CAPÍTULO IV.

Que el primer grado de la Verdad es reflexionar sobre sí mismo, y reconocer su propia miseria.

13 Mas, volvamos á nuestro primer punto. Si es pues verdad, que aquel Señor que no estaba en la miseria, se ha querido hacer miserable, á fin de probar en sí mismo lo que él sabia ya por su ciencia infinita, ¿con quanto mayor razon debeis Vos trabajar, yo no digo en reduciros á lo que Vos no sois, sino á considerar lo que sois, es decir, verdaderamente miserable? y asi de este modo aprendais á tener compasion de los otros, Vos que no podeis aprenderlo de otra manera; no suceda que si mirais

(1) Ps. 39. 3. (2) Ps. 35.

la miseria de vuestro próximo sin reflexionar sobre la vuestra, no os lleveis mas antes á la indignacion que á la compasion, á condenarle mas antes que á socorrerle: y en fin, no á instruirle en un espíritu de dulzura, sino á maltratarle en un espíritu de cólera. *Vosotros que sois espirituales*, dice el Apóstol (1), *instruid estas personas con espíritu de mansedumbre.* El consejo, ó mas bien el precepto del Apóstol, quiere que socorrais á vuestro próximo, que está enfermo, con mansedumbre, es decir con el mismo espíritu de bondad, con el qual Vos quereis que se os asista, quando Vos mismo estais enfermo; y que aprendais con qué dulzura os debeis portar en quanto al pecador, *reflexionando sobre Vos mismo; no suceda que igualmente seais Vos tentado como él.*

14 Pero considerad, os ruego, como el Discípulo de la Verdad observa perfectamente el orden establecido por su Maestro. Pues, asi como en el orden de las Bienaventuranzas, de que he hablado mas arriba (2), han sido nombrados los misericordiosos antes de los puros de corazon; asi los mansos han precedido á los misericordiosos. Esto es lo que el Apóstol exáctamente ha observado, quando exhortando los hombres espirituales á instruir los hombres carnales, ha añadido: *En espíritu de mansedumbre*, porque la instruccion del próximo pertenece á los misericordiosos, y el espíritu de suavidad á los mansos. Como si él dixera: Es imposible que aquel que no tiene mansedumbre en sí mismo, sea del número de los misericordiosos. Ved ahí como el Apóstol (3) enseña claramente lo que yo habia prometido desde luego mostraros, á saber, que es menester primeramente buscar la Verdad en nosotros mismos, antes que en nuestro próximo. *Reflexionando*, dice él, *sobre Vos mismo.* Es decir, considerando quan fácil sois á caer en la tentacion, y quan inclinado al pecado, á fin de que os hagais mas manso por la consideracion de vuestra propia flaqueza, y por este medio mas bien dispuesto á socorrer á los otros con un espíritu de mansedumbre. Y si no quereis escuchar las advertencias del Discípulo, es preciso á

(1) Galat. 6. 1. (2) Num. 6. (3) Id.

lo menos que temais las represiones del Maestro (1). *Hypócritas*, dice él, *quitad primero la viga de vuestro ojo, y despues de eso vereis como podreis sacar la paja del ojo de vuestro hermano.* Es una grande y gruesa viga en el ojo la soberbia que está en el espíritu; la qual por una cierta corpulencia de sí misma, pues es mas vana que verdadera, mas inflada que sólida, obscurece el ojo del espíritu, y ofusca la verdad. En tal manera, que si ella llega á ocupar vuestro entendimiento, ni podreis yá veros á Vos mismo, ni conoceros segun lo que sois, ó lo que podreis ser; sino que por el contrario, creeréis ser, ó esperaréis haceros tal, qual Vos os deseais. Efectivamente, ¿qué es la Soberbia sino un amor de su propia excelencia, como la define S. Agustin (2)? De donde podemos decir por oposicion, que la Humildad es un menosprecio de su propia excelencia. Porque el amor igualmente que el odio enteramente no conoce el Juicio de la Verdad. ¿Quereis Vos entender el juicio de la Verdad? Yo juzgo de la misma manera que yo entiendo, mas no de la manera que yo aborrezco; que yo amo; ó que yo temo. Hay un juicio de odio, como aquel de que habla San Juan en estos términos (3): *Nosotros tenemos una ley, y segun nuestra ley es preciso que él muera.* Le hay de temor, como este otro (4): *Si le dexamos obrar de esta suerte, los Romanos vendrán, y arruinarán la Ciudad y nuestra Nacion.* Hay todavia otro de amor, como el de David en favor del parricida Absalom (5). *Perdonad*, dice él, *á mi Absalom.* Yo sé tambien, que está ordenado por las leyes humanas, y que se observa en las Causas eclesiásticas, igualmente que en las Seculares, que los amigos particulares de aquellos que litigan pleyto, no deben ser recibidos en el Juicio, de temor de que ellos no engañen, ó no sean engañados por la afeccion que les tienen. Y si, segun vuestro sentimiento, el amor que un amigo tiene á su amigo, es capaz de disminuir, ó de ocultar enteramente su crímen, ¿con quan-

(1) Matth. 7. 5. (2) Lib. 11. de Gen. ad litt. Cap. 12.
(3) Ioan. 19. 48. (4) Ioan. 11. 5.
(5) 2. Reg. 18. 1. ll qui Iurisd. de Iurisd. om. iudic.

quanto mayor razon debeis Vos creer, que el amor de Vos mismo os puede engañar en el Juicio, que estais obligado á hacer contra Vos mismo?

15 Es pues necesario, que aquel que quiere conocer plenamente la Verdad en sí, despues de haber sacado de su ojo la viga de la Soberbia, que le estorvaba la luz, comience á disponer los grados en su corazon, por medio de los quales suba á buscarse en sí mismo. A fin de que, habiendo subido el duodécimo Grado de la Humildad, llegue dichosamente al primero de la Verdad. Mas, luego que habiendo encontrado en sí la Verdad, pueda decir (1): *Yo he creido, por eso yo he hablado, mas, he sido humillado con exceso*: es menester entonces que el hombre suba hasta un corazon elevado, á fin de que la Verdad sea ensalzada, y que habiendo llegado al segundo grado, él diga en su transporte: *Todo hombre es mendaz.* ¿Pensais, que David no ha guardado este órden? ¿Pensais que este Propheta haya sido de otro sentimiento que el Señor, que el Apóstol, que nosotros mismos despues de ellos y por ellos? Yo he creido, dice él, á la Verdad, luego que ella me ha dicho (2): *Aquel que me sigue; no anda en las tinieblas. Yo* pues *he creido* siguiendo, *por eso yo he hablado* confesando. ¿Confesando qué? La Verdad que he conocido creyendo. Mas, despues que yo he creido para mi justificacion, y he hablado para mi salud, *yo he sido demasiadamente humillado*: Es decir perfectamente. Como si él dixese: Porque yo no he tenido empacho de confesar contra mí la Verdad que en mí he conocido, he llegado á la perfeccion de la Humildad. Pues este término de *demasiadamente* se puede entender por el de perfectamente, como se puede observar en este Versito del Psalmista (3): *Él tomará demasiado de placer en hacer sus mandamientos.* Y si alguno insiste en que el término de demasiadamente se debe tomar en este lugar por el de *mucho*, y no por el de perfectamente, segun el pensamiento de muchos Expositores, tampoco eso es contrario al sentido del Propheta, y nosotros podemos decir, que él ha querido explicarse en

(1) Ps. 115. 1. (2) Ioan. 8. 12. (3) Ps. 111. 2.

substancia de esta suerte. Por lo que á mi toca, quando yo no conocia todavia la verdad, yo creia ser alguna cosa, aunque efectivamente yo no fuese nada. Mas, despues que yo he conocido la Verdad, creyendo en Jesu-Christo, es decir, imitando su humildad; yo confieso, que ella ha sido ensalzada en mí por mi propia confesion; mas, *yo he sido demasiadamente humillado*, es decir, yo me he hecho muy menospreciable á mí mismo por la consideracion de mi nada, y de mi miseria.

CAPÍTULO V.

El segundo Grado de la Verdad es compadecerse de la miseria del Próximo por el conocimiento de su propia flaqueza.

Estando pues el Propheta humillado en este primer grado de la Verdad, como él dice en otro Psalmo (1): *Y Vos me habeis humillado en vuestra Verdad*; que se mire á sí mismo y considere la miseria general por la suya propia; y así pasando al segundo grado diga en su exceso, *todo hombre es mentiroso*. Mas ¿en qué exceso de sí mismo? Sin duda en éste, por el qual elevándose sobre sí mismo, y aplicándose á la Verdad, llega á juzgarse á sí propio. Diga pues en este arrebato, no indignándose, ó insultando, sino compadeciéndose, y lastimándose: *Todo hombre es mentiroso*. ¿Qué quiere significar: *Todo hombre es mentiroso*? Lo mismo que decir: Todo hombre es flaco, todo hombre es miserable; no estando en su poder salvarse á sí mismo, ni á los demas. Del mismo modo que el Psalmista dice, que *un Cavallo es engañoso para salvar su Ginete*; no porque el cavallo sea capaz de engañar á ninguno; sino porque aquel que se asegura sobre la fuerza de su cavallo, se engaña el mismo. De esta misma manera dice él, que todo hombre es mentiroso, es decir, fragil, inconstante, del qual no se puede esperar ni su salud, ni la de otro, pues, al contrario: *Aquel que pone su esperanza en el hom-*

(1) Ps. 11.2. [2] Ps. 115. 2.

bre, es herido de maldicion. Asi, hecho yá humilde el Propheta (1), abanzándose en el camino de la Verdad, y viendo en los otros la miseria, que él lloraba en sí mismo, bien propio es aumente su dolor á medida de lo que se adelante en su conocimiento, y que él diga en general, mas con verdad: *Todo hombre es mentiroso.*

17 Observad quan diferente sentimiento tenía de sí mismo el Phariseo Soberbio. Mas ¿qué ha exprimido él en el exceso de su hinchazon? *Dios mio* (2), *yo os rindo gracias, de que yo no soy como el resto de los hombres.* Al mismo tiempo que él explica la complacencia particular que tiene de sí mismo, insulta á los otros con arrogancia. Pero, el Rey David no habla de esa suerte, pues que él dice (3): *Todo hombre es mentiroso.* Él no exceptúa á nadie, á fin de no engañar á nadie, porque él sabe bien, que todos han pecado, y tienen necesidad de la gracia de Dios (4). El Phariseo se engaña á sí mismo solamente, quando condenando á todos los demás, no exceptua sino á sí propio. Pero, el Propheta no se exceptúa de la miseria comun, de temor de no ser exceptuado de la misericordia. El Phariseo repele la misericordia, quando él disimula su miseria: y el Propheta asegura de sí mismo igualmente que de todos los otros, que *todo hombre es mentiroso.* El Phariseo confirma su sentimiento respecto de todos los otros, mas á excepcion de sí mismo, diciendo: *Yo no soy como el resto de los hombres.* Él rinde acciones de gracias, no de que él es bueno, sino de que él es solo; no tanto por los bienes que posee, como por los males, que él nota en todos los otros. Él no habia quitado todavia la viga de su ojo, y yá contaba las pajas, que estaban en los de sus hermanos, diciendo (5), *que ellos son injustos, ladrones, &c.* Yo no creeré haber excedido inútilmente los términos que me habia propuesto, si he tenido la dicha de haceros comprender la diferencia, que se encuentra entre estos dos excesos, de que acabo de hablar.

[1] Ier. 17. 9. [2] Luc. 18. 43. (3) Ps. 115. 2.
[4] Ioan. 3. 12. (5) Luc. 18. 10.

18. Volvamos á entrar ahora en nuestro asunto. Es pues necesario, que aquellos que la verdad ha hecho conocer á sí mismos, y que ella ha hecho menospreciables á sus ojos, comienzen á encontrar amargura en todas las cosas, que ellos acostumbraban amar. Pues haciéndose comparecer delante de su propio tribunal, ellos se obligan á mirarse en un estado, en que se avergüenzan de verse. Y al tiempo mismo en que, concibiendo un grande displacer de ver lo que ellos son, y suspirando hácia aquello que no son, y que ellos desesperan poder obtener por sus propias fuerzas, no encuentran otro consuelo en el estado deplorable en que se ven, que establecerse los Jueces rigorosos de sí mismos, que por un amor sincero de la verdad, teniendo hambre y sed de la justicia hasta el menosprecio de su propia persona, exijan de sí mismos una satisfaccion severísima respecto de lo pasado, y una enmienda verdadera por lo futuro. Mas, como ellos reconocen muy bien, que no son capaces de cumplirlo por sí mismos; pues que, despues de haber cumplido todos los mandamientos que les han sido hechos (1), ellos confiesan, que son unos siervos inútiles, se ven obligados á recurrir de la justicia á la misericordia; y á fin de obtenerle, siguen el consejo de la verdad (2): *Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán la misericordia.* Y este es el segundo grado de la verdad, por el qual ellos la buscan en sus próximos, quando del conocimiento de sus propias miserias pasan al conocimiento de las de los otros, y aprenden á compadecerse de los trabajos de su próximo por los que ellos toleran en su propia persona.

[1] Luc. 17. 10. (2) Math. 5. 6.

CAPÍTULO VI.

El tercer Grado de la Verdad es purificar el ojo del Corazon, para contemplar las cosas celestiales y divinas.

19 Si ellos pues perseveran en las tres cosas, de que acabamos de hablar, es decir, en el llanto de la penitencia, en el deseo de la justicia, y en las obras de la misericordia, purificarán el ojo del corazon de tres estorvos que habian contraído, por la ignorancia, por la flaqueza, ó por su afeccion: á fin de que por medio de la contemplacion pasen al tercer grado de la Verdad. Ved ahí tres caminos que parecen derechos á los hombres, exceptuados aquellos que se regocijan quando han obrado lo malo (1); que toman placer en las cosas mas criminales, y que se cubren con su flaqueza ó con su ignorancia para excusar sus pecados. (2) Pero, en vano aquellos que afectan una ignorancia, ó una flaqueza voluntaria para pecar con mas libertad, se lisongean de estas dos suertes de excusas. ¿Juzgais, que el primer Hombre que no habia pecado de su propio movimiento, haya encontrado grande ventaja en defenderse con el pretexto de su muger (3), que para él tenia el lugar de la flaqueza de su carne? ¿Ó que los que apedrearon al primero de los Mártires, hayan sido excusables por su ignorancia, á causa de haberse tapado las orejas para no escuchar la verdad (4)? Estos pues que por un deseo y un amor de pecar, se encuentran alexados de la verdad, y abatidos por la ignorancia ó la flaqueza, estos, repito yo, truequen sus deseos en suspiros, y su amor en tristeza; superen la flaqueza de la carne, por el fervor de la justicia; expelan la ignorancia por la liberalidad; no suceda que si ahora ignoran la verdad, pobre, desnuda y enferma, no la conozcan sino demasiado tarde con confusion suya, quando ella vendrá un dia con grande poder y magestad, infundiendo terror, y re-

(1) Prov. 2. 14. [2] Ps. 140. (3) Gen. 3.
(4) Act. 7.

prendiendo, y no respondan sino en vano, temblando (1): *¿Quando fué que nosotros os vimos en la necesidad, y no os hemos socorrido?* Ciertamente, este Señor que no se conoce al presente, quando él mismo busca la misericordia (2), se hará conocer demasiado, quando él vendrá á juzgar todo el mundo. (3) *Ellos verán aquel que ellos han traspasado*: y los avaros conocerán á quien ellos han despreciado. Derramando pues lágrimas; teniendo hambre de la justicia, y practicando las obras de misericordia, se purifican los ojos del corazon de todas las manchas, que han contraido por la flaqueza, por la ignorancia, y por el afecto. Y en este estado de su pureza es quando la verdad les promete mostrarse á ellos (4): *Bienaventurados los limpios de corazon, porque ellos verán á Dios.* Habiendo pues tres grados ó tres estados de la verdad, es menester que subamos el primero por el trabajo de la Humildad, el segundo por el sentimiento de la compasion, y el tercero por el vuelo de la contemplacion. En el primer grado, se encuentra la verdad severa, en el segundo piadosa, y en el tercero pura. La razon, por la qual nos exâminamos á nosotros mismos, nos conduce al primero: el sentimiento con que tenemos compasion de los otros, nos hace subir al segundo: y la pureza, que nos eleva á las cosas invisibles, nos pone en el tercero.

CAPÍTULO VII.

De qué manera la Trinidad Beatísima obra en nosotros estos tres grados de la verdad.

20. Aquí es donde yo diviso una admirable y diferente operacion de la Trinidad invisible; si es que un hombre, que tropieza en las tinieblas, es capáz de comprender en alguna manera esta inefable division en las operaciones de las tres Personas Divinas. Pues parece desde luego, que el Hijo obra en el primer grado, el Espíritu Santo en el segundo,

(1) Math. 15. 44. (2) Ps. 9. (3) Joan. 7. 37.
(4) Math. 5. 8.

y el Padre en el tercero. ¿Queréis oir la operacion del Hijo (1)? *Si os he lavado los pies*, dice él, *yo que soy vuestro Señor y vuestro Maestro, vosotros debeis mucho mas bien lavar los pies los unos á los otros.* Este Maestro de la verdad daba á sus Discípulos exemplo de la Humildad, por la qual ellos debian primeramente conocer la verdad en el primer grado. Considerad ahora la obra del Espíritu Santo (2): *La caridad de Dios ha sido difundida en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado.* En efecto, la caridad es un dón del Espíritu Santo, que hace que aquellos que han subido al primer grado de la verdad baxo la disciplina del Hijo por el medio de la Humildad, arriben fácilmente al segundo por la compasion del próximo baxo la conducta del Espíritu Santo. Escuchad, en fin, lo que se dice de la operacion del Padre (3): *Vos sois bienaventurado, Simon Baryona, porque no es la carne y la sangre quien os lo ha revelado, sino mi Padre que está en los Cielos.* Y en otra parte (4): *El Padre hará conocer su verdad á los Infantes.* Y todavía en otro lugar (5): *Yo os doy gracias, Padre mio, de que Vos habeis escondido estas cosas á los Sábios, y las habeis revelado á los párvulos.* Notad bien, si os place, como los que han sido primeramente humillados por la doctrina y el exemplo del Hijo, y que han recibido la caridad en su corazon por la bondad del Espíritu Santo, son, en fin, recibidos en la gloria por el Padre. Así, el Hijo forma sus Discípulos, el Espíritu Santo consuela sus amigos, y el Padre ensalza sus hijos. Y porque no solamente el Hijo, sino el Padre tambien y el Espíritu Santo son verdaderamente llamados Verdad; es constante tambien, que sin confundir la propiedad de las Personas, una sola y una misma Verdad obra estas tres cosas en los tres grados. Ella instruye primeramente, como Maestro: en segundo lugar, ella consuela, como Amigo y Hermano: y en tercer lugar, ella abraza sus hijos, como Padre.

21 Pues primeramente, luego que el Hijo de Dios, que es el Verbo y la Sabiduría del Padre, encuentra esta poten-

(1) Joan. 13 14. (2) Rom. 5. 3. (3) Math. 16. 17.
(4) Isai. 38. 19. [5] Math. 11. 29.

cia de nuestra alma que se llama Razon, oprimida por la carne, cautiva por el pecado, ciega por la ignorancia, y pegada á las cosas exteriores; tomándola por su bondad, elevándola por su poder, instruyéndola por su sabiduría, atrayéndola dentro de sí misma, y sirviéndose de ella por un artificio admirable como de un substituto que él pone en su lugar, la establece á ella misma su propio Juez. De suerte, que por respeto del Verbo al qual ella está asociada, ella se hace su acusadora, su testigo y su Juez, y ella misma hace el oficio de la verdad contra sí misma. De esta primera sociedad del Verbo y de la Razon nace la Humildad. En quanto á la segunda potencia del alma que es la voluntad, el Espíritu Santo que la vé todavía infectada del veneno de la carne, mas yá ilustrada por la Razon, viniendo á visitarla por su bondad, á purificarla por su dulzura, y á hacerla participante de su amor, la hace misericordiosa. De suerte que así como una piel que está empapada en algun humor, es facil á extenderse, así tambien esta voluntad, hallándose toda penetrada de la uncion celeste, se extiende por el amor hasta á sus propios enemigos. De esta manera la caridad es producida por esta segunda union del Espíritu Santo y de la Voluntad humana. El Padre, en fin, encontrando estas dos facultades del alma, la Razon y la Voluntad, la una instruida por la palabra de la Verdad, la otra inspirada por el Espíritu de Verdad; aquella purificada por el hysopo de la Humildad, y esta abrasada del fuego de la caridad; el Padre, vuelvo á decir, encontrando esta alma yá perfecta, sin alguna mancha á causa de su Humildad, y sin arruga, á causa de su caridad, viendo que la voluntad no repugna yá á la Razon, y que la Razon no disimula la Verdad, la asocia á sí mismo como una gloriosa esposa. En tal manera que no es permitido á la Razon pensar en sí, ni á la Voluntad cuidar de su próximo, sino que esta alma bienaventurada no tiene otro placer que pronunciar estas palabras del Cántico (1): *El Rey me ha hecho entrar en su cámara.* Bien digna ciertamente, de pasar de la escuela de la Humildad, en la qual primeramente baxo la disciplina del Hijo

(1) Cant. 1. 3.

Hijo habia aprendido á volver á entrar en sí misma, segun esta amenaza que le habia sido hecha (1): *Si no os conoceis, salid y apacentad vuestros cabritos*: bien digna, repito yo, de pasar de la escuela de la Humildad á los cilleros de la caridad. Es decir, á los corazones de sus próximos, donde ella ha sido introducida baxo la conducta del Espíritu Santo por los sentimientos de ternura y de compasion: y de donde, en fin, estando sostenida de flores y rodeada de granadas, que son las buenas obras, y las virtudes santas, ha sido dichosamente admitida en la cámara del Rey, por quien ella se desmayaba de amor. Allí, haciéndose silencio en el Cielo por un poco de tiempo, el espacio quasi de media hora, y reposando dulcemente entre los castos abrazos que ella habia tanto deseado, ella, es verdad, se duerme, mas vela su corazon, y ella procura durante este tiempo penetrar los mas grandes secretos de la verdad, á fin de que habiendo vuelto á sí misma, pueda ocuparse en la memoria de estos mysterios. Allí es donde ella vé cosas que no es posible ver, donde oye cosas que no se pueden explicar, y de que no es permitido al hombre hablar, porque estas cosas sobrepasan todo el conocimiento, que una noche puede dar á otra noche. Con todo eso, un dia comunica su conocimiento á otro dia; y se permite hablar de la sabiduría entre los Sábios, y comunicar las cosas espirituales á los espirituales.

CAPÍTULO VIII.

Se explican los tres grados precedentes en el Rapto de San Pablo.

22 ¿Pensais, que S. Pablo (2), que asegura haber sido arrebatado hasta el tercer Cielo, no haya pasado por los grados, de que acabamos de tratar? Mas, ¿por qué dice él, que ha sido arrebatado, y no conducido? Es sin duda á fin de que si un tan grande Apóstol confiesa, que él ha estado adonde él no podia ir, ni por alguna instruccion, ni por alguna guia, yo que ciertamente soy muy inferior á San Pablo, no tenga la presuncion de creer, que pueda jamás arri-

Y

(1). Cant. 1. 8. (2). 2. Cor. 12. 2.

bar al tercer Cielo, ni por mis propias fuerzas, ni por algun trabajo mio: de temor de que yo no confie demasiado de mi virtud, ó desconfie excesivamente de mi trabajo. Pues aquel que es instruido, ó que es conducido, por el hecho mismo de seguir su maestro ó su conductor, manifiesta bien, que él trabaja, y que hace de sí mismo alguna cosa, á fin de que él pueda ser conducido al lugar destinado, y pueda decir con el Apóstol (1): *No yo, sino la gracia de Dios conmigo.* Pero aquel que es arrebatado, no siendo en manera alguna apoyado sobre sus propias fuerzas, sino solamente sobre las de otro, como quien ignora adonde es llevado, no se glorifica en sí mismo, ni en todo ni en parte, porque él no contribuye á esto ni por sí, ni con otro. Es cierto pues, que el Apóstol, siendo ayudado ó conducido, podia subir al primer Cielo, ó al de enmedio; pero para arribar al tercero, era menester, que él fuese arrebatado. Tambien leemos nosotros, que el Hijo ha descendido para llamar y ayudar á los que debian subir al primero, y que el Espíritu Santo ha sido enviado para conducirles al segungundo: mas, aunque el Padre haya siempre obrado con el Hijo y el Espíritu Santo, no se hallará jamás en la Escritura, que él haya descendido del Cielo, ó que haya sido enviado á la tierra. Yo leo sí (2), *que la tierra está llena de la misericordia del Señor: que los Cielos y la tierra están llenos de vuestra gloria*, y otras cosas semejantes á estas. Yo leo del Hijo (3), *que, habiendo llegado la plenitud del tiempo, Dios ha enviado su Hijo*: y él mismo, hablando de sí, dice (4): *El Espíritu del Señor me ha enviado.* Y por este mismo Propheta (5): *El Señor*, dice él, *me ha ahora enviado, y su Espíritu.* Yo leo todavía del Espíritu Santo (6): *El Espíritu Consolador, que el Padre enviará en mi nombre.* Y en otra parte (7); *Luego que yo hubiese subido, os le enviaré*: queriendo, sin duda, hablar del Espíritu Santo. Mas, aunque no haya lugar alguno en que el Padre no esté en su persona, con todo eso, yo no le encuentro jamás sino en el Cielo. Por exemplo, en el Evangelio (8): *Mi Padre que está en*

(1) 1. Cor. 13. 10. (2) Ps. 32. (3) Galat. 4. (4) Isai. 65, 1.
(5) Isai. 48. 12. (6) Joan. 12. (7) Joan. 18. (8) Mat. 13. 10.

los Cielos: y en la Oracion (1): *Padre nuestro, que estais en los Cielos.*

23 De donde infiero, que por quanto el Padre no ha jamás descendido, era menester para verle el Apóstol, que no pudiendo subir hasta el tercer Cielo, él declaráse que habia sido arrebatado allí. Tambien está escrito (2), *que ninguno sube al Cielo, sino el Hijo del hombre que ha descendido de él.* Y á fin de que no penseis que eso haya sido dicho del primero ó del segundo Cielo, el Propheta David declara (3), *que su salida ha sido del mas alto de los Cielos.* Al qual despues él ha sido no transportado subitamente, ni arrebatado en secreto (4), *sino elevado poco á poco á vista de sus Apóstoles.* Él no ha sido arrebatado como Elias, que tampoco habia tenido mas que un testigo de eso, ni como San Pablo (5) que no tuvo uno siquiera, pues que apenas él pudo ser su propio testigo, segun lo que confiesa de sí mismo (6): *Yo no sé nada de esto; Dios lo sabe*: sino que él se elevó á la vista de aquellos que él quiso honrar con una vision tan importante, como Todo-Poderoso, que habia descendido, quando él habia querido, y que subia quando á él le plugo, habiendo aguardado los testigos y los expectadores el lugar y el tiempo, el dia y la hora de su Ascension, segun su voluntad (7). San Pablo fué arrebatado, Elias fué transportado, Enoch fué trasladado (8); mas, nosotros leemos, que nuestro Redentor fué elevado, es decir, levantado de sí mismo, sin ser ayudado de parte alguna. En fin, *una nube le robó á sus ojos*, siendo sostenido de su propia virtud, sin haber tenido necesidad de un carro, ni del ministerio de un Angel. Mas, ¿para qué esta nube? ¿Es que él tenia necesidad de ella para que le aliviase, como si él hubiera sido fatigado; ó para que le impeliese, como si él hubiera tenido dificultad en subir, ó para que le sostuviese, de temor de que él no cayera? De ningun modo: sino que ella le retiró de delante de los ojos carnales de sus discípulos, que despues de haber conocido á Jesu-Christo segun la carne, no debian conocerle yá de esta manera. Es pues cier-

(1) Math. 6. 9. (2) Joan. 3. 13. (3) Ps. 18. (4) Act. 1. 3. (5) 4. Reg. 2. (6) 2. Cor. 12. 8. [7] 4. Reg. 2. (8) Eccl. 44.

to, que los que el Hijo llama al primer Cielo por la Humildad, y que el Espíritu Santo hace entrar en el segundo por la Caridad, el Padre los eleva hasta el tercero por la contemplacion. Primeramente, ellos son humillados por la verdad, y dicen (1): *Vos me habeis humillado en vuestra verdad.* En segundo lugar, ellos se regocijan de la verdad, y ellos cantan (2): *¡Oh, qué grande bien es, y qué cosa tan agradable permanecer muchos hermanos juntamente!* pues está escrito de la caridad *que* (3), *ella se regocija de la verdad.* En tercer lugar, ellos son arrebatados para entrar en los secretos de la verdad, y ellos claman (4): *Mi secreto es para mí, mi secreto es para mí.*

CAPÍTULO IX.

Gemidos y suspiros de San Bernardo anhelando á la verdad.

24 Mas, como, ay de mí, he tenido la presuncion de elevarme y discurrir por los dos mas altos Cielos por una superfluidad de palabras, mas antes que por la vivacidad del Espíritu, yo que estoy fatigado del trabajo, no haciendo todavía sino arrastrar los pies y las manos hácia aquel que está mas abaxo? Es cierto, que para subir á este, yo me he puesto una escala con la ayuda de aquel Señor, que me ha llamado aquí, pues que aquí mismo está el camino por el qual él quiere mostrarme la salud de mi Dios. Yo veo yá al Señor, que está apoyado sobre lo alto, y yo me rgocijo á la voz de la Verdad. El me ha llamado, y yo le he respondido (5): *Vos extenderéis vuestra mano derecha á la obra de vuestras manos.* Yo sé bien, Señor, que Vos contais mis pasos, mas como yo subo con lentitud, y estoy fatigado del camino, yo busco unas pequeñas vueltas. Ay de mí, si yo soy sorprendido de las tinieblas de la noche, ó si mi huida sucede en tiempo de invierno, ó en el dia de Sábado, mientras que yo dexo de caminar á la luz, ahora que es el tiem-

(1) Ps. 112. (2) Ps. 132. 14. (3) 1. Cor. 13. 8.
(4) Isai. 24. 18. [5] Job 14. 13.

po favorable, y que estos son los dias de la salud! ¿Por qué lo dilataré yo todavía? ¡Ah! Hijo mio, Hermano mio, compañero mio, y qualquiera que toma parte en mi adelantamiento en el Señor, orad por mí al Todo-Poderoso (1), que él afirme de tal suerte mis pasos desmayados, que el pie de los soberbios no me haga caer. Pues sin embargo de que el pie de la pereza no sea propio de ningun modo para subir el Grado de la verdad, es, con todo eso, mucho mas soportable que el de la soberbia, que no puede subsistir en este lugar, así como está escrito (2): *Ellos han sido expelidos, y no han podido permanecer en el sitio.* Y ved ahí por lo que respeta á los soberbios.

25 Mas ¿qué dirémos nosotros de su Gefe, de aquel que es llamado *el Rey sobre todos los hijos* (3) *de la Soberbia? Él no permaneció*, dice (4), *en la Verdad.* Y en otra parte (5): *Yo veía á Sathanas caer del Cielo como un relámpago.* Y por qué, sino por su soberbia? Ay de mi! si aquel que mira de lexos las cosas elevadas, me vé en la soberbia, y emplea contra mí esta palabra terrible! Es cierto que tu eras hijo del Excelso (6), mas tu morirás como un hombre, y caerás como uno de los Príncipes del Cielo. ¿Quién no se asusta al ruido de este trueno? O quanto mas saludable fué al nervio de la Corva de Jacob (7) secarse por el toque del Angel, que inflarse, disiparse, y caer este del Angel orgulloso! Pluguiese á Dios, que un Angel tocase el mio para secarle, á fin de ver si acaso comenzaba á aprovechar por esta flaqueza yo que no puedo hacer sino caidas con todas mis fuerzas! Ciertamente yo veo (8), que *lo que parece flaqueza en Dios, es mas fuerte que todos los hombres.* Y el Apóstol, lamentándose de su carne, que era abofeteada por el Angel de Sathanas, y no del Señor, recibió por último de todo esta respuesta (9): *Mi gracia os basta, pues la virtud se perfecciona en la flaqueza.* Mas ¿qual virtud? Escuchad la Sentencia del Apóstol (10): *Yo tendré placer de gloriarme en mis flaquezas, á fin de que la vir-*

(1) Ps. 35. (3) Iob. 4. 41. 25. (2) Id. 41. 15.
(4) Ioan. 8. 40. (5) Luc. 11. 18. [6] Ps. 83.
(7) Gen. 24. (8) 1. Cor. 1. 15. [9] 2. Cor. 12. 9. (10) Id.

tud de Jesu-Christo habite en mí. Pero puede ser que no comprendais todavia de qual virtud quiere él hablar particularmente, porque Christo las ha poseído todas. Sin embargo, aunque las haya tenido todas, hay una particular entre ellas, que él nos ha hecho recomendable en su persona, que es la Humildad, quando dixo (1): *Aprended de mí que soy manso y humilde de corazon.*

26 Yo tambien me gloriaré gustoso en mi enfermedad, y en la flaqueza de mi carne, O Señor Jesus, á fin de que vuestra virtud, yo quiero decir, vuestra Humildad, encuentre su perfeccion en mí. Vuestra gracia me bastará, quando mi fuerza me haya faltado. Sí ciertamente: apoyándome fuertemente sobre el pie de la gracia, y sacando suavemente el mio, que es muy flaco, yo subiré con seguridad por la Escala de la Humildad, hasta que aplicándome á la Verdad, pase hasta á la vasta extension de la Caridad. Entonces será quando yo cantaré con accion de gracias, y diré (2): *Vos habeis afirmado mis pies en un lugar harto espacioso.* De este modo se camina con mas seguridad y con mas precaucion en un camino estrecho. De este modo se sube sin ningun peligro paso á paso por una Escala dificil. Asi, en fin, caminando dificilmente, se llega á la Verdad de una admirable manera, aunque mas tarda, pero, con todo eso, mas segura y mas firme. Mas hay! que mi destierro (3) se ha hecho largo! ¿Quién me dará las alas de la paloma (4), á fin de que yo pueda arribar quanto antes á la Verdad, y que despues de eso yo encuentre mi reposo en la Caridad? Mas, porque estas cosas me faltan, Señor, conducidme en vuestro camino, y haced que yo entre en vuestra Verdad, y vuestra Verdad me librará. Ay de mi por haber descendido de este lugar! porque, si por mi ligereza no hubiera yo descendido importunamente, yo no habria tenido tanta pena en subir tan lentamente allí. Mas ¿qué digo yo, he descendido? Yo diria, puede ser, con mas verdad, que yo he caido de allí. A no ser que se quiera decir mejor, que asi como no se llega jamas de un solo golpe al colmo de la grandeza, sino que cada uno sube

[1] Math. 11. [2] Ps. 34. (3) Ps. 119. (4) Ps. 54.

allí por grados, asi nadie cae jamas en lo extremo de la malicia en un momento, sino que se dexa ir allí poco á poco. De otra suerte, ¿como pudiera subsistir esta palabra de Job (1): *El impío se hace todos los dias de su vida mas orgulloso?* En fin, hay caminos que parecen buenos á los hombres, y que, con todo eso, conducen al pecado.

27 Hay pues un camino para descender, como igualmente para subir: un camino que lleva á lo bueno, y un camino que lleva á lo malo. A Vos toca evitar el malo, y escoger el bueno; y si no lo podeis hacer por Vos mismo, orad con el Propheta, y decid (2): *Señor, apartad de mí el camino de la iniquidad.* ¿De qué manera eso? *Y tened lastima de mí segun vuestra ley*: aquella ley, es á saber, que Vos habeis dado á los que se extravian del camino, esto es, que desamparan la Verdad. Mas ¿qué? ¿Aquel que ha caido, no podrá volverse á levantar? Por eso *he escogido yo el camino de la Verdad* (3), por donde habiendo sido humillado, suba al lugar de donde por mi soberbia habia descendido. Suba, digo, y cante (4): *Señor, ha sido un grande bien para mí el haberme Vos humillado, y la ley de vuestra boca es para mí un tesoro mas estimable que los millones de oro y de plata.* Tal vez os parecerá, que David os ha propuesto dos suertes de caminos; pero es menester, con todo eso, que Vos no reconozcais mas que uno, aunque diferente de sí mismo, y llamado con diferentes nombres: *de iniquidad* al respecto de aquellos que descienden, y *de Verdad* respecto de aquellos que suben. Porque en efecto, son los mismos grados por los que se sube, y por los que se baxa del trono: es un mismo camino por el que se vá y se vuelve á la Ciudad; y es una misma la puerta, por la que se sale y se entra en la Casa. En fin, una misma Escala fué (5), donde los Angeles aparecieron á Jacob, subiendo y descendiendo. Mas ¿á qué se dirigen estas cosas? Es á fin de que si deseais volver á la Verdad, no esteis obligado á buscar un nuevo camino, que os sea desconocido, sino este mismo,

(1) Iob. 15. 20. (2) Ps. 118. (3) Ps. 118.
(4) Id. (5) Gen. 28.

por el qual habeis descendido. De tal suerte, que siguiendo vuestros mismos pasos por marchas recíprocas; subais, despues de haber sido humillado, por los mismos grados, por los quales habíais descendido dejándoos llevar de la soberbia. Asi, aquel que era el duodécimo Grado respecto de la Soberbia, que ha descendido, será el primer Grado respecto de la Humildad, que debe subir. El onceno se encontrará el segundo: el décimo será el tercero: el noveno será el quarto: el octavo será el quinto. El séptimo será el sexto. El sexto será el séptimo. El quinto será el octavo. El quarto será el noveno. El tercero será el décimo. El segundo será el undécimo; y el primero será el duodécimo. Porque, despues que Vos háyais encontrado, ó mas bien reconocido en Vos mismo todos estos Grados de Soberbia, no tendreis en adelante ninguna pena en buscar el camino de la Humildad.

SE-

SEGUNDA PARTE
DE ESTE TRATADO.
DE LOS DOCE GRADOS DE LA SOBERBIA.
CAPÍTULO X.

Del primer Grado de la Soberbia, que es la Curiosidad, al qual es opuesto el duodécimo Grado de la Humildad, que es la retencion, y particularmente de los ojos.

28 El primer Grado de la Soberbia es la curiosidad, de la qual ved aquí las notas particulares. Si veis un Religioso, de quien teníais una buena opinion desde un principio, que por todas partes donde él se halla, por donde camina, donde se detiene, echa los ojos de todos lados, vá la cabeza levantada, y abierto el oído para escucharlo todo: reconoced por estos movimientos exteriores, que el interior de este hombre, que se dá todo afuera, está enteramente trocado. En efecto, es una máxima del Sábio (1), que *el hombre pervertido hace señal de ojo, golpea con el pie, y habla con la mano.* Y por estos movimientos del cuerpo es por donde se nota la nueva enfermedad del alma, la qual á medida que ella cesa de reflexionar sobre sí misma por su negligencia, se hace curiosa en los negocios de otros. Por éso, es tambien (2), que viniendo á ignorarse á sí misma, se la envia afuera, para que se emplee en apacentar los cabritos. Pues por los cabritos que significan el pecado, yo creo que se pueden justamente entender los ojos y las orejas, porque por estas ventanas entra la muerte en el alma, del mismo modo que ella ha entrado en el mundo por el pecado. Asi, el curioso se ocupa en repastar estos dos sentidos, quando

(1) Prov. 6. 12. (2) Cant. 1. 8.

no cuida de saber en qué estado se dexa en su interior. Y á la verdad, ó hombre, si te consideras á tí mismo con atencion; será bien difícil, que puedas aplicarte á ninguna otra cosa. Curioso, escucha á Salomon; insensato, escucha al Sabio (1): *Conserva tu corazon*, dice él, *con todas las diligencias imaginables*; á fin de que, quiere él decir, todos tus sentidos no velen sino en conservar esta única raiz de la vida. Porque dime, curioso, á donde te vas, quando te alexas de tí mismo? ¿A quién te encomiendas durante este tiempo? ¿Cómo tienes el atrevimiento de levantar los ojos al Cielo, despues de haber pecado contra el Cielo? Mira mas antes la tierra, á fin de conocerte á tí mismo. Ella te representará perfectamente á tí mismo, porque eres tierra, y en tierra te has de volver.

29 Sin embargo de esto, podeis levantar los ojos inocentemente por dos motivos diferentes: ó por pedir socorro, ó por darlo. David (2) ha levantado los ojos hácia las montañas, para sacar de ellas el amparo; y nuestro Señor echó los ojos sobre los Pueblos que le seguian, á fin de dárselo. El uno, porque él estaba en la miseria, y el otro, porque él queria exercer la misericordia; y entrambos lo hacian sin pecar. Asi, si levantais los ojos por vuestra necesidad particular, ó por la de vuestro próximo, considerando el lugar, el tiempo, y la ocasion favorable, no solamente yo no os reprendo, sino que os alabo mucho; pues la miseria excusa lo primero, y la misericordia recomienda lo segundo. Mas, si esto lo haceis por una vana curiosidad, yo os reprenderé de ser imitador, no del Profeta, ni del Salvador (3), sino de la desgraciada Dina, de Eva, y de Sathanas mismo. Pues Dina, habiendo salido para hacer apacentar sus Cabritos, fué robada á su Padre, y perdió su virginidad. Desgraciada Dina, ¿qué necesidad teniais de ver las mugeres extrangeras? ¿Qué necesidad, ó qué utilidad habia en esto? ¿Era solamente por curiosidad? Mas, si Vos mirais ociosamente, no ociosamente se os mira. Si Vos veis por curiosidad, con mayor curiosidad os están viendo. ¿Quién creería entonces, que esta curiosidad ociosa,

(1) Prov. 4. 15. (2) Ps. 120. 1. (3) Gen. 34. 1.

ó esta ociosidad curiosa pudiera hacerse al punto, no tan inútil, sino tan perniciosa á Vos misma, á vuestra propia nacion, y á vuestros mismos enemigos?

30 Vos tambien, ó Eva, habeis sido puesta en el Paraiso para trabajar en él con vuestro Marido, y conservarle para Vos (1), á fin de que habiendo cumplido el órden que os han dado, se os haga pasar á otra mansion todavia mas deliciosa, en que no esteis obligada á ocuparos en el trabajo, ni á velar en su conservacion. Se os permite comer de todos los frutos que hay en el Paraiso, excepto del de aquel arbol, que es llamado (2) *de la ciencia del bien y del mal.* Y si todos los otros son buenos y de un buen gusto, qué necesidad teneis de comer de aquel que enseña tambien á saber el mal? Saber el mal, no es saber, sino hacerse ignorante. Guardad bien lo que os han encargado, atended á lo que os han prometido, evitad lo que os han vedado, de temor de que no perdais lo que os han concedido. ¿Por qué mirais tan atentamente vuestra muerte? Para que echais con tanta freqüencia vuestros ojos sobre ese objeto? ¿A qué fin mirar lo que no es permitido comer? Pero, decis Vos, Yo no llego alli sino con los ojos, y no con la mano; no me han prohibido mirarle, sino comerle. ¿Qué? habiéndome Dios dexado los ojos á mi disposicion, ¿no me será permitido levantarlos adonde yo tenga gusto? Escuchad la Sentencia del Apóstol: (3) *Todo me es permitido*, dice él, *mas no todo me es conveniente.* Aunque no haya en eso falta, con todo eso, hay el indicio de una falta. Porque, si vuestra alma no estuviera menos sobre si que lo que ella debia vuestra curiosidad no encontraria tiempo inútil. Asi, aunque no haya falta en eso, sin embargo, la ocasion de una falta es á un tiempo mismo no solamente el indicio de la que ha sido cometida por lo pasado, sino la causa de la que se cometa de aqui adelante. Pues mientras que Vos permaneceis atenta á otra cosa, la serpiente se resbala imperceptiblemente en vuestro corazon, os habla dulcemente, detiene vuestra razon con sus caricias, y vuestro te-

(1) Gen. 2. 15. (2) Id. (3) 1. Cor. 6. 12.

mor con sus mentiras, con deciros (1): *No, no, Vos no moriréis.* Ella aumenta el deseo, á medida que despierta la gula: ella excita la curiosidad, irritando la codicia; en fin, ella presenta lo que está vedado, y quita lo que está concedido; ella dá la manzana, y roba el paraíso. Vos tomais el veneno que os ha de hacer perecer, y paris los que han de perecer con Vos. La salud se ha perdido, mas el nacimiento no cesa. Nosotros nacemos, y nosotros morimos, y nosotros nacemos para morir, porque morimos antes de nacer. Y ved ahí el yugo insoportable, que Vos habeis atraido sobre todos vuestros hijos hasta el dia de hoy.

31 Tu igualmente que eras el sello de la divina semejanza, habías sido establecido, no en el paraíso de la tierra (2), sino en las delicias del paraíso de Dios. ¿Qué mas pues, debes desear? Pues que estás lleno de sabiduría, y eres perfecto en la belleza, guárdate bien de anhelar á lo que es sobre tí, y á lo que supera tus fuerzas. Permanece firme en tí mismo; no suceda que caygas abajo, si llegas á emplear tus pensamientos en las grandezas de las maravillas que son sobre tí. Pero ¿qué es lo que ahora estás mirando de lado á la parte del Aquilón? Me parece, ya que te veo pensar con un poco mas de curiosidad en ciertas cosas, que son mucho sobre tí. *Yo quiero*, dices (3), *establecer mi trono del lado del Aquilon.* Mas, ¿no reparas, que desde el punto que pretendes sentarte sobre el trono, mientras que los otros Angeles permanecen en pie, turbas, en quanto está de tu parte, la concordia de tus hermanos, la paz de todo el Cielo, y el reposo mismo de la Trinidad Santísima? Considera, miserable, á donde te lleva tu curiosidad, pues no temes en manera alguna, con una presuncion enteramente particular, poner el escándalo entre los habitantes del Cielo, y hacer injuria á tu Rey. Millares de Millones le sirven (4), y diez veces cien Millones, asisten en su presencia, donde nadie tiene el atrevimiento de sentarse, sino aquel solo que está sentado sobre los Cherubines, y á quien todos los otros rinden servicio; y tu, baxo

(1) Gen. 3. 4. (2) Ezech. 22. 12.
(3) Isai. 14. 13. (4) Dan. 7. 9.

el pretexto de unas luces, que te hacen conocer estas cosas de una otra manera que los demas, baxo el pretexto de que las buscas con mas curiosidad, y que las penetras con menos respeto, osas establecer una silla en el Cielo, á fin de hacerte semejante al Altísimo? Mas, ¿á qué fin, y con què seguridad? Qué insensato eres! mide bien tus fuerzas; considera el fin; piensa en el medio. Dime, ¿tu presuncion es conocida, ó es ignorada del Altísimo? ¿Es de su voluntad, ó contra su voluntad, que tu pretendas esta elevacion? Mas, ¿cómo aquel Señor, cuya voluntad es infinitamente justa, y cuya ciencia es perfecta, puede querer, ó ignorar todo lo malo que estás premeditando? ¿Qué? ¿tu no dudas de su conocimiento, ni de su voluntad que es contraria á tí; y crees, que él no podrá resistirte? Pero, á menos que tu no dudes, que has sido sacado de la nada, yo no creo que puedas dudar de la Omnipotencia, de la Ciencia, y de la Bondad infinita del Criador, que ha podido sacarte de la nada; que ha conocido lo que eres; y que ha querido ponerte en el estado en que te hallas. ¿Cómo pues te persuades, que Dios dé su consentimiento á lo que él no quiere que sea, y á lo que él puede estorvar que sea? Ciertamente, yo veo cumplirse en tí, ó mas bien comenzar en tí lo que ordinariamente se dice, que despues de tí, y por tí practican tus semejantes sobre la tierra: que, un Señor particular cria temerarios. Qué? ¿tu ojo debe ser malo, porque Dios es bueno? Mas, al mismo tiempo que tu tomas una seguridad criminal de su bondad, te haces imprudente contra su Ciencia, y temerario contra su Omnipotencia.

32. Este es, ó Impío, este es el pensamiento, que tu revuelves en tu espíritu: este es el crímen, que tu meditas en tu lecho, y que te hace decir: ¿Pensais que el Criador querrá destruir su obra? Yo sé verdaderamente, que Dios conoce todos nuestros pensamientos, porque él es Dios, y que un pensamiento tan malo como el mio no le puede ser agradable, porque él es bueno; y aun sé tambien, que yo no puedo evitar su castigo, si me quiere castigar, porque es Todo-Poderoso. Pero, ¿es todo esto motivo para ponerme yo en mucha pena? Si porque él es bueno, el mal

que vé en mí, no puede agradarle, ¿quánto menos le agradaria el suyo? Yo llamo mi mal el querer hacer alguna cosa contra su voluntad: y el suyo, el vengarse á sí mismo. Él pues no puede tomar venganza de qualquiera crímen, sin que él no quiera y no pueda ser privado de su bondad. Mas, tu te engañas, desventurado, tu te engañas, y no Dios. Tu te engañas, vuelvo á decir, y la iniquidad ha mentido contra sí misma, y no contra Dios. Tu obras dolosamente, mas esto es en su presencia; y asi, no es Dios á quien tu engañas, sino á tí mismo. Y porque tu tomas motivo del grande bien, que has recibido de él, para pensar un mal contra él, con mucha justicia tu iniquidad es el objeto de su aborrecimiento. Porque ¿qué mas grande malicia, que menospreciar tu Criador, por el motivo mismo que le hacia á él mas amable? ¿Qué mayor crímen, que, despues que tu de ningun modo dudas del poder de Dios, y de que aquel que ha podido criarte, puede tambien destruirte; con todo eso, confiando en su demasiado grande bondad, que te hace esperar que él no querrá vengarse, aunque él pueda, volverle el mal por el bien, y el odio por el amor que él te ha tenido?

33 Ciertamente, esta malicia no merece solamente ser mirada con una indignacion pasagera, sino que es digna de ser castigada con una aversion eterna. Esta malicia, repito yo, por la qual contra la voluntad de tu dulcísimo y soberano Señor, tu deseas y esperas hacerte igual á él; de suerte que él vea siempre delante de sus ojos lo que le desagrada infinitamente, luego que te vea su igual, aunque él no lo quiera, y aunque él no te derrive, bien que lo pueda hacer; sino que, al contrario, quiera mas soportar su desagrado que sufrir tu ruina. Y que él tenga si el poder de perderte, si él lo quiere, pero que por su mucha bondad, como tu te lo persuades, él no tenga el poder de quererlo. Ciertamente, si es esto lo que tu te imaginas, tanto mas malo eres tu, quanto menos le amas á él. Porque, si él quiere mas sufrir, que se obre contra su gloria, que no hacer cosa alguna contra tu bien, ¿quán grande es tu malicia en no perdonar á aquel Señor, que no se perdona en nada á fin de per-

donarte á tí mismo! Seria una cosa opuesta á su perfeccion, no ser justo, porque él es dulce, como si él no pudiera ser dulce y justo todo á un tiempo. Pues que una dulzura justa es mas perfecta que una débil; y aun la dulzura no es virtud sin la justicia. Asi, porque tu eres ingrato contra la bondad gratuita de Dios, por la qual él te ha dado gratuitamente el ser, y no temes la justicia, que no has todavia probado, lo que te hace cometer atrevidamente el crímen, de que te prometes falsamente la impunidad, es preciso ahora, que reconozcas justo aquel mismo Señor de quien has conocido ya la bondad, y que caygas en la hoya, que tu mismo habias abierto para tu Bienhechor. De tal suerte, que al mismo tiempo que tu trabajas en forjar una pena, de que él pueda eximirse, si quiere, pero que él no puede querer, á lo que tu te imaginas, y por eso ni carecer de esta bondad por la qual tu no has experimentado que él haya castigado á ninguno; es preciso, vuelvo á decir, que Dios que es justo, y que no puede, ni debe sufrir, que su bondad sea ofendida impunemense, te haga justisimamente sentir una semejante pena. En manera, que moderando la Sentencia que él ha dado contra tí en su venganza, él no te rehúse el perdon, si tu quieres enmendarte, mas, con todo eso, que por la dureza é impenitencia de tu corazon tu no puedas quererlo, y por consiguiente ni eximirte del suplicio.

34 Mas, oid yá la calumnia. *El Cielo*, dice Dios por su Propheta (1), *es mi trono y la tierra el escabel de mis pies.* Él no dice, el Oriente, ó el Occidente, ó alguna otra parte del Cielo, sino todo el Cielo es mi trono. No hay lugar alguno en el Cielo donde tú puedas establecer tu silla, pues que Dios se le ha reservado todo entero. Tú no la puedes poner en la tierra tampoco, pues que ella le sirve de tarima. Tambien la tierra es un lugar sólido, en que la Iglesia está establecida y fundada sobre la piedra firme. ¿Qué harás tú ahora? Vé ahí que estás echado del Cielo, y no puedes morar sobre la tierra. Es preciso pues, que tú escojas un lugar en el ayre, no para sentarte, sino para volar: á fin de

[1] Isai. 66. 1.

que tú tengas la pena de una agitacion continua, pues que intentaste conmover el estado inmutable de la eternidad. Así, miéntras que tú estás siempre fluctuando entre el Cielo y la tierra (1), Dios está sentado en su trono sublime y elevado, y toda la tierra está llena de su Magestad; de manera, que tú no puedes encontrar lugar sino en el ayre solamente.

35 Yo pienso, que los Seraphines que de una parte con las alas de su contemplacion vuelan del trono á la tarima, y de la tarima al trono de Dios; y de la otra parte cubren los pies y la cabeza de nuestro Señor, han sido puestos determinadamente en este lugar; á fin de que así como la entrada del Paraiso estaba estorvada por el Cherubin al hombre despues de su pecado, del mismo modo tu curiosidad sea reprimida por los Seraphines. De suerte que tú no tengas yá la impudencia, ni la imprudencia de penetrar los secretos del Cielo, ni de conocer los Mysterios de la Iglesia sobre la tierra, sino que te contentes solamente con los corazones de los soberbios, que no quieren ser como los otros hombres de la tierra, y no pueden volar al Cielo como los Angeles. Mas, aunque te sean ocultados la cabeza en el Cielo, y los pies sobre la tierra, te es permitido, con todo eso, ver alguna cosa de enmedio para exercitar tu envidia; quando estando tú en el ayre, ves los Angeles descender y subir, mas tú no sabes nada de lo que ellos oyen en los Cielos, ni de lo que ellos anuncian á las tierras.

36 O Lucifer, que te levantabas de mañana, ó mas bien, no yá Portaluz, sino astro desgraciado que lleva consigo las tinieblas y aun la muerte; tu curso regular era de Oriente á Medio-dia, ¿por qué, perturbado este orden, te diriges al Aquilon? Quanto mas te apresuras á elevarte á lo alto, tanto mas rápidamente caes al ocaso. Mas, yo querria, ó curioso, preguntarte mas curiosamente qual es el designio de tu curiosidad. *Yo* (2) *pondré*, dice él, *mi silla al lado del Aquilon*. Yo no creo que esta silla y este aquilon se deban tomar materialmente y corporalmente, pues que tú eres espíritu. Yo pensaria mas ántes, que los hombres reprobados son designados por el aquilon, y el poder que tú tienes so-

(1) Isai. 6. 2. (2) Isai. *14. 9.*

sobre ellos, por la silla. Pues, como tú penetrabas en la presciencia de Dios tanto mas que los otros, quanto estabas mas próximo á él; conociendo que estos desgraciados ni estaban resplandecientes con algun rayo de la Sabiduría, ni abrasados de algun amor del Espíritu Divino, tú les has encontrado como un lugar enteramente vacío; y emprendiste establecer tu imperio sobre ellos, comunicándoles alguna luz de tu astucia, y calentándolos con los ardores de tu malicia. A fin de que, así como el Altísimo preside por su Sabiduría y por su bondad á todos los hijos de la obediencia, del mismo modo tambien, estando tú establecido Rey sobre todos los hijos de la soberbia, les gobernases por tu malicia industriosa y tu maliciosa industria; y por este medio tú te hicieses semejante al Altísimo. Mas, yo no puedo extrañar lo bastante, como habiendo previsto tu imperio en la presciencia de Dios, no has previsto tambien en ella tu precipicio. Porque, si tú lo has previsto, ¿qué extrema locura querer dominar con tanta miseria, y querer mas mandar en un estado infeliz, que estár sometido en el colmo de la felicidad? ¿Qué? ¿no era mas ventajoso para tí ser participante de aquellos grandes espacios todo luminosos, que ser príncipe de esas horribles tinieblas? Pero, es mucho mas creible, que tú no lo has previsto, ó porque, como yo dixe ántes, atendiendo tú á la bondad de Dios, dixiste en tu corazon: *Él no se pondrá en cuidado*: en lo que, ó impio, tú has enteramente irritado á Dios contra tí: ó porque mirando tu imperio, la viga, que estaba yá en el ojo de tu soberbia, se engruesó de tal suerte en ese momento, que te estorvó que pudieses ver tu miserable caída.

37 Así, habiendo Joseph previsto su elevacion (1), no conoció que habia de ser vendido ántes, aunque su servidumbre debiese preceder á su grandeza. Esto refiero aquí, no porque crea, que un tan grande Patriarcha haya caído en la soberbia, sino á fin de que se conozca por su exemplo, que sin embargo de que aquellos que preveen lo futuro por un espíritu de prophecía, no prevean todas las cosas, no se debe juzgar, con todo eso, que ellos no prevean algunas. Y si al-

(1) Gen. 37. 7.

guno insistiere en que se puede notar de alguna vanidad la revelacion que este jóven niño hacia de sus sueños, cuyo mysterio no le era entónces conocido, yo, sin embargo de todo, mas ántes lo atribuiré á mysterio, ó á la sencilléz del Niño, que á vanidad. Y si quizá esta tuvo alguna parte en esto, no se puede dudar que fué enteramente expiada por los trabajos que él sufrió despues. En efecto, sucede algunas veces, que algunos ven por revelacion las cosas que les conciernen, y que les son agradables; mas, aunque el espíritu humano tenga mucha pena en conocerlas sin alguna mezcla de vanidad, ellas no dexan, con todo eso, de suceder infaliblemente de la manera que han sido reveladas. Pero de tal suerte, que la vanidad que él ha tomado de la grandeza de la revelacion ó de la promesa que le ha sido hecha, y de que él ha tenido complacencia en sí mismo, por ligera que ella sea, no quede impune. Pues, así como los Médicos no se sirven solamente de ungüentos, sino tambien del hierro y del fuego para cortar y quemar todo lo que crece de superfluo en una llaga, de temor que esto estorve la curacion que se adelanta por medio del ungüento; así Dios que es el Médico de las almas, procura á esta alma las tentaciones, y la envia las aflicciones, por las quales encontrándose afligida y humillada, trueca su alegría en lloros, y mira sus revelaciones como otras tantas ilusiones de su espíritu. De donde, en fin, sucede, que no toma de ellas alguna vanidad, y que la verdad de la revelacion no sufre alguna quiebra. Así se vé, que la vanagloria (1) de San Pablo es reprimida por los estímulos de la carne, y él no dexa de ser elevado por freqüentes revelaciones. Así, la infidelidad de Zacharias (2) fué castigada con el impedimento de su lengua, y la verdad del Angel, que debia ser manifestada en su tiempo, no fué de ningun modo alterada. Así es todavía como los Santos aprovechan con el honor y la ignominia, quando entre los favores particulares que reciben de la divina bondad, se sienten acometidos por la vanidad como hombres, á fin de que no se olviden de lo que son, quando se ven favorecidos de la gracia sobre sus méritos.

(1) Cor. 11. 7. (2) Luc. 1. 22.

38 Pero, ¿qué respeto hay entre las revelaciones y la curiosidad? A la verdad, he mezclado estas cosas por digresion, tomando ocasion para ello de haber querido manifestar que el Angel reprobado pudo bien ántes de su caída proveer la dominacion, que él ha recibido despues sobre los hombres reprobados, y que, con todo eso, él no pudo preveer en manera alguna su condenacion. Mas, dexando aparte muchas qüestiones, que he mas bien referido que resuelto tocante á éste miserable, ved aquí en una palabra el sumario de todo este Discurso. Este es, que por la curiosidad él ha caído de la verdad, porque él miró primeramente con curiosidad lo que despues deseó ilícitamente, y esperó con presuncion. Justamente pues, se coloca la curiosidad en el primero de los grados de la soberbia, porque ella ha sido el principio de todos los pecados. Y si no es prontamente reprimida, al punto caerá el hombre en la ligereza de espíritu, que es el segundo grado.

CAPÍTULO XI.

Del segundo grado de la soberbia, que es la ligereza de espíritu, á la qual es opuesto el undécimo grado de la Humildad, que es hablar poco y de cosas buenas.

39 El Monge, que, descuidando de sí mismo, se aplica curiosamente á mirar sobre los demas, menosprecia los que están baxo de él á medida que echa los ojos hácia aquellos que tienen el lugar superior. Y como él vé en estos lo que le causa envidia, nota tambien en los otros lo que le causa menosprecio. De donde viene, que no estando detenido su espíritu por algun cuidado de sí mismo, y haciéndose mas ligero por la levedad de sus ojos, tan presto se eleva á las cosas sublimes por la soberbia; tan presto se abate por la envidia á las mas ínfimas; ahora se seca de disgusto por una desgraciada animosidad; y luego sale fuera de sí de alegria por una complacencia pueril. En lo uno, él se muestra maligno, en lo otro, vano; en lo uno y en lo otro, soberbio. Porque es el amor de la propia excelencia,

el que le ocasiona el disgusto de verse sobrepasado de los otros, y el que le causa la alegria, de ver que sobrepuja á los demás. Mas, nada hay que mejor descubra estas diversas mutaciones de su espíritu, que la diversidad continua de sus palabras, de las que las unas son algunas veces reservadas y picantes; otras veces, excesivas y vanas; yá llenas de una alegria excesiva, ya acompañadas de llantos amargos; pero siempre nada razonables. Haced cotejo, si quereis, de estos dos primeros grados de la Soberbia con los dos últimos de la Humildad, y veréis si la Curiosidad no es reprimida en el último, y la ligereza en el penúltimo. Mas, pasemos ahora al tercero, no descendiendo á él, sino descubriendo su caracter.

CAPÍTULO XII.

Del tercer Grado de la Soberbia, que es la vana alegria, al qual es opuesto el Décimo Grado de la Humildad, que es no ser fácil á reir.

40. Es propio de los Soberbios apetecer siempre las cosas alegres, y huir las tristes, segun esta palabra del Sábio (1): *El corazon del necio está siempre donde hay alegria.* De ahi viene, que el Religioso, que ha descendido yá los dos primeros grados de la Soberbia, pasando de la Curiosidad á la Ligereza de Espíritu, quando él vé que la alegria tras la qual suspira continuamente, es con freqüencia interrumpida por la tristeza que concibe del bien de otro, no pudiendo soportar mas su humillacion, recurre al arbitrio de un falso consuelo. Reprime pues su curiosidad del lado que ella le hace ver su propia bajeza, y la excelencia de los otros, á fin de dar toda su atencion á la parte opuesta, notando con mas cuidado aquello en que se imagina sobrepujar á los otros, y disimulando siempre aquello en que los otros le sobrepasan, á fin de perpetuar su alegria por el alexamiento de lo que le causaria tristeza. Asi, la vana alegria comienza á poseer sola aquel, en quien al-

(1) Eccl. 7. 4.

ternaban á su vez el gozo y la tristeza. Pero, es preciso que yo os dé las señales, por las quales podreis descubrir ó en Vos mismo, ó en el próximo esta alegria, en la qual he establecido el tercer grado de la Soberbia. Jamas, ó muy raras veces oiréis gemir, ó veréis llorar al que está en esta mala disposicion. Si le observais con cuidado, creeréis ó que está en un entero olvido de sí mismo, ó que está exênto de toda falta. La ligereza parece en su gesto, la alegria sobre su rostro, la vanidad en sus pasos. Él no busca sino divertirse, y está siempre pronto á reir. Porque, como él trata de borrar de su memoria todo lo que le puede hacer menospreciable, y por consiguiente contristarle, y por otra parte él llama y recoge delante de los ojos de su espíritu todo lo bueno que él cree poseer en sí mismo, no entreteniendo sus pensamientos sino de lo que le es agradable, sin pensar si es ó no lícito; él no puede ya retener su alegria, ni disimular su gozo vano. Porque, asi como una vegiga llena de viento, y penetrada de la punta de una ahuja, hace ruido, quando se le aprieta, á medida que ella se deshincha; y el viento que de ella sale, no siendo todo de un golpe esparcido en el ayre, sino impelido poco á poco, resuena á muchas represadas; del mismo modo tambien luego que un Religioso ha llenado su corazon de pensamientos vanos y ridículos, no encontrando el viento de la vanidad el medio de salir fácilmente afuera á causa de la observancia estrecha del silencio, sale poco á poco, y como apretado por risas que se sufocan en la estrechez de la garganta. Muchas veces él oculta su rostro por vergüenza que tiene de ser percibido; muerde los labios, aprieta los dientes, rie contra toda su voluntad, suelta carcajadas á pesar suyo. Y despues de haber cerrado bien la boca con sus manos, se le oye estornudar por las narices.

CAPÍTULO XIII.

Del quarto Grado de la Soberbia, que es la Jactancia, al qual es opuesto el novéno Grado de la Humildad, que es no hablar sino quando es preguntado.

41 Mas, despues que la vanidad se ha aumentado, y que la vegiga ha comenzado á inflarse, es preciso necesariamente una mas grande abertura, á fin de que el viento salga con mas extension: de otra suerte, todo se romperia. Asi, el Religioso que se ha llenado de una vana alegria, no encontrando el medio de producirla por la risa, y por los gestos, grita como Helíu en el Propheta Job (1): *Yo siento en mi vientre como un vino mosto que no tiene salida, y que rompe los vasos nuevos que le tienen cerrado.* Es preciso que él hable, ó que él rebiente. Él ha concebido mil cosas que tiene que decir; y no puede mas retenerse dentro de sí mismo (2). Él tiene hambre y sed de encontrar gentes que le escuchen, y á quienes pueda vender sus jactancias; declare todos los altos sentimientos que él tiene de sí mismo (3); y haga conocer todo lo que él es, y todo lo que él vale. Asi, luego que se presenta la ocasion de hablar, si se comienza á discurrir á cerca de las Ciencias, se producen todos los Autores antiguos y modernos, se proponen las diversas opiniones, no se habla sino con términos ampulosos. Él previene la razon de dudar de aquel que le pregunta; responde á lo que no se le ha preguntado; hace qüestiones, y las resuelve él mismo, y á cada momento interrumpe el discurso de aquel que conversa con él. Mas, luego que el sonido de la campana viene á romper el coloquio, se lamenta de que una hora entera no le ha parecido mas que un momento: y la hora siguiente no es pasada, quando pide una segunda licencia para volver á comenzar la primera conversacion, no para edificar al Próximo, sino para satisfacer

[1] Iob. 42. 19. (2) Id. (3) Id.

á su vanidad. Puede él edificar, pero no es eso lo que intenta. Él no se cuida en modo alguno de instruiros á Vos, ni de aprender lo que ignora, sino que su designio es solamente que otros sepan que él sabe lo que sabe. Si se llega á hablar de cosas de Religion, al punto se profieren visiones y sueños. En fin, alaba los ayunos, habla encarecidamente de las Vigilias, ensalza sobre todo la Oracion, trata ampliamente, mas con toda la vanidad posible, de la paciencia, de la humildad, y de todas las virtudes particulares. En manera, que Vos que le escuchais hablar tan ventajosamente de la virtud, creeréis (1), *que la boca habla de la abundancia del corazon*, y que este es un hombre bueno, que (2) *saca todas estas excelentes cosas del tesoro de su piedad.* Mas, si la conversacion cae sobre cosas de diversion, en estas se le halla tanto mas hablador, quanto es mayor su freqüencia de hablar. Diríais al escucharle, que su boca es un arroyo de jactancia, y un torrente de bufonerias hasta hacer reir con exceso á las personas mas graves, y mas austeras. En fin, para comprenderlo todo de un golpe, en esta profusion de palabras es donde Vos advertiréis el verdadero carácter de la jactancia. Y aquí es donde encontraréis el nombre y la descripcion del quarto Grado. Evitad cuidadosamente la cosa, y acordaos del nombre: y con esta precaucion pasad al quinto Grado, que yo llamo la singularidad.

CAPÍTULO XIV.

Del quarto Grado de la Soberbia, que es la singularidad, al qual es opuesto el octavo Grado de la Humildad, que es seguir todos los comunes exercicios del Monasterio.

42 Es una cosa vergonzosa para quien se gloría de estar elevado sobre los demás, el no hacer nada de mas considerable que los otros, y que le pueda hacer parecer muy superior á todos. Así, este no se contenta con la re-

(1) Luc. 6. 18. (2) Math. 12. 5.

gla comun del Monasterio, ni con los exemplos de sus ancianos; pero, no por esto se aplica á ser mejor, sino solamente á parecerlo. Él se alegra, no de vivir mejor, sino de tener la apariencia de esto, á fin de decir con el Phariseo del Evangelio: *Yo no soy como los otros hombres.* Él se lisongea mas de un ayuno, que hace mientras que los otros comen, que si hubiera ayunado una semana entera con los demas. Una pequeña Oracion, que él haya hecho de particular, le parece mas considerable que toda la Psalmódia de una noche entera con la Comunidad. Quando está en el Refectorio, registra ordinariamente con sus ojos todas las mesas, á fin de que si vé alguno comer mas sobriamente que él, sienta verse vencido en esto, y comience á substraerse con una cruel vanidad, lo que habia juzgado serle necesario para el sustento de su vida, temiendo mucho mas la pérdida de la gloria propia que el suplicio del hambre. Si percibe que alguno está mas seco, ó mas flaco que él, se considera á sí mismo vil, y no acierta á sosegarse. Y porque no puede vér su semblante de la manera que él se presenta á los que le miran, echando los ojos, como puede, sobre sus manos, y sobre sus brazos, cuenta sus costillas, tienta sus espaldas y sus lomos, á fin de que segun que encuentra sus miembros mas ó menos descarnados, pueda juzgar del color bueno ó malo de su semblante. En fin, es muy diligente en lo suyo propio, y muy perezoso en todas las cosas comunes. Vela en su cama, duerme en el Coro: y como durante los Maytines, no hace mas que dormitarse mientras que los otros cantan, luego que despues de los Maytines los demas están en el Claustro (*a*) en reposo, permanece solo en el Oratorio. Allí escupe, tose, y no hace sino incomodar á los que están afuera, con los gemidos y los suspiros que arroja desde el lugar secreto donde se halla retirado. Así, los mas simples Espíritus, que se atienen al exterior de las obras que vén, sin mirar el

(*a*) *En el intervalo despues de los Nocturnos, siéntense en el Claustro los que quisiesen.* Usus Cistercienses cap. 84. Es á saber en el Verano; pero en el Invierno en el Capítulo, como se vé por el cap. 74.

el fondo de donde ellas parten, dexándose engañar por las cosas que este miserable hace por singularidad, toman una grande estima de su virtud, y le hacen caer en el error (1) á medida que ellos le alaban y le felicitan.

CAPÍTULO XV.

Del Sexto Grado de la Soberbia, que es la Arrogancia; al qual es opuesto el Séptimo Grado de la Humildad: que es reputarse el menor de todos.

43 El Arrogante cree lo que él oye, alaba lo que él hace, y no considera lo que pretende. Él olvida sus intenciones al mismo tiempo que abraza los sentimientos de otros; y aunque en las demás cosas él crea mas á sí mismo que á todos los otros, luego que se trata de sí solo, cree mas á los otros que á sí mismo. De manera que él no prefiere yá su propia virtud por las palabras solamente, ó por sola la ostentacion de las buenas obras, sino que cree de todo su corazon, que él es mas Santo que todos los otros: hasta tal punto, que con una arrogancia insoportable, atribuye todas las alabanzas que le dan, no á la ignorancia ó afeccion de sus Panegiristas, sino á solos sus méritos. Así, despues de la singularidad, es la Arrogancia la que se atribuye al sexto Grado de la Soberbia; y en seguida se encuentra la Presuncion que ocupa el séptimo.

(1) Isai. 3.

CAPÍTULO XVI.

Del Séptimo Grado de la Soberbia, que es la Presuncion, al qual es opuesto el Sexto Grado de la Humildad, que es juzgarse inútil para todas las cosas.

44 En efecto, ¿cómo aquel que se juzga muy superior á todos los demás, no tendrá de sí una opinion mucho mas ventajosa que de los otros? Por eso es que él toma el primer lugar en las Juntas, dá el primero su parecer en los consejos, se presenta sin ser llamado, se entremete sin órden alguno, hace trocar los reglamentos de las cosas que han sido ordenadas, y dá una nueva forma á las que están yá establecidas. Él no cree nada bien hecho, ni perfectamente reglado, sino lo que él ha hecho, y lo que él mismo ha ordenado. Él juzga del sentimiento de los demás, y previene sus juicios. Si sucede que al tiempo de dar los Oficios, no le dán el de Prior, él condena su Abad ó de envidia, ó de error. Y si le ponen en una obediencia menos considerable, él se arrebata de cólera, y hace menosprecio de todo, imaginándose que se le hace injuria en emplearle en pequeños cargos, pues que él se reputa muy capaz de los mas grandes empleos. Pero, es imposible, que quien tiene la costumbre de ingerirse tan precipitadamente en todas cosas con mas de temeridad que de libertad, no se engañe por lo menos algunas veces. Pertenece al Superior reprender y dirigir á quien está en el error. Mas ¿cómo aquel que no se cree en ningun modo culpable, y que no puede sufrir que otros le crean tal, podrá confesar su falta por sí mismo? Bien lexos de eso, luego que se le atribuye alguna, en vez de abatirse, él se eleva. Y por tanto desde que Vos viéreis, que habiendo sido reprendido, su corazon declina á las palabras de malicia, reconoced entonces que él ha caído en el octavo Grado de la Soberbia, que se llama la Defensa de su pecado.

CAPÍTULO XVII.

Del Octavo Grado de la Soberbia, que es la Defensa de sus pecados; al qual es opuesto el Quinto Grado de la Humildad, que es declarar humildemente sus faltas.

45 Hay muchos modos de que se valen los hombres para excusar sus pecados. Pues aquel que se excusa, tiene costumbre de decir: Yo no lo hice, ó si lo he hecho, yo lo he hecho bien: y si acaso yo he hecho mal, eso no ha sido muy considerablemente; ó si la cosa ha sido considerable, mi intencion no ha sido mala. Y si él es convencido de su malicia, como Adam ó Eva, entonces él trata de excusarse con el mal consejo que le han dado. Pero ¿cómo aquel que defiende con porfia las faltas que son conocidas de todo el mundo, podria descubrir á su Abad con humildad los malos pensamientos, que están en su corazon?

CAPÍTULO XVIII.

Del Noveno Grado de la Soberbia, que es la Confesion fingida y disimulada; al qual es opuesto el Quarto Grado de la Humildad, que es sufrir pacientemente las cosas duras y severas.

46 Aunque todos estos géneros de excusas se reputen tan malos, como que el Propheta les llama (1) *palabras de malicia*, con todo eso, una confesion engañosa y soberbia es todavia mas peligrosa, que una defensa atrevida y porfiada de su pecado. Pues hay algunos, que siendo reprendidos de las faltas conocidas de todos, y viendo que no se daria crédito á todas las defensas que pudieran alegar, encuentran un medio mas sutil para defenderse por los términos estudiados de una confesion engañosa y di-

(1) Ps. 14. 17.

simulada. *Hay*, dice la Escritura (1), *quienes se humillan con malicia, y cuyo corazon está lleno de fraude y de engaño.* Se abate el rostro, se postra el cuerpo, se violenta á los ojos para que saigan de ellos algunas lágrimas, su voz es entrecortada de suspiros, y sus palabras de ayes. No solamente estas tales personas no trabajan en excusar lo que se les objeta, sino que ellos mismos agravan sus defectos, á fin de que á medida que Vos ois de su propia boca lo que ellos añaden de increible y de imposible á su falta, ceseis de creer lo que Vos teniais por asentado; y comenceis á entrar en duda sobre lo que teniais por cierto, quando no podeis dudar de la falsedad de las cosas de que ellos se confiesan culpables. Asi, quando ellos afirman lo que ellos mismos quieren que no se crea, defienden su culpa confesándola, y la cubren descubriéndola; pareciendo muy loable en su boca la confesion, que hácen de ella, al mismo tiempo que la iniquidad permanece mas escondida en su corazon. A fin de que aquel que les oye hablar de esta suerte, quede persuadido á que su confesion es mas antes un efecto de su humildad, que de la verdad, y les atribuya este pasage de la Escritura (1): *El justo se acusa á sí mismo en el principio de su discurso.* Tambien ellos quieren mas pasar por humildes, que por verdaderos, aunque delante de Dios ellos no sean ni lo uno ni lo otro. Si su falta es de tal suerte conocida, que no puede ser ocultada con ninguna astucia, ellos no dexan, con todo eso, de tomar no el corazon sino la voz de un penitente, para borrar la nota, no la culpa, queriendo reparar por la belleza de una confesion pública la ignorancia pretendida de la falta que ha sido conocida de todos.

47. O qué cosa tan gloriosa es la humildad! pues que la soberbia misma busca esconderse baxo de sus apariencias, de temor de no atraerse el menosprecio. Mas, esta disimulacion bien presto es descubierta por el Superior, si él no se dexa fácilmente doblar por esta soberbia humildad, para disimular mas la culpa, y diferir la pena. El Horno prueba los vasos del Alfarero, y la tribulacion hace el

(1) Prov. 18. 1.

discernimiento de los verdaderos penitentes. Porque aquel que se arrepiente verdaderamente, no huye del trabajo de la penitencia; él abraza con resignacion y sumision todo lo que le es ordenado para la expiacion de la falta que él detesta. Igualmente, si en la misma obediencia se encuentran cosas ásperas y difíciles; por mas injurias tambien que le puedan hacer, él no se cansa de sufrir, á fin de permanecer firme en el quarto Grado de la Humildad. Mas, aquel que no se acusa sino con ficcion, alterándose aun por la menor injuria que se le hace, ó por la mas pequeña pena, que él sufre, no podria ya aparentar la Humildad, ni ocultar su disimulacion. El murmura, brama, se enoja; y manifiesta bastante, que bien lexos de permanecer en el quarto Grado de la Humildad, ha caido desgraciadamente en el noveno de la Soberbia, que del modo que se describe, es justamente llamado una confesion simulada. Qué confusion para un corazon soberbio, quando su ficcion se descubre, su paz se pierde, se disminuye su fama, y su culpa no se borra! En fin, todos le notan, todos le juzgan, y todos están tanto mas indignados contra él, quanto ellos mas conocen, que los buenos sentimientos que habian tenido de él antes, son muy contrarios á la Verdad. Y entonces es quando el Superior tanto menos debe perdonarle, quanto él escandalizaria mas todos los otros, si él perdonára á este solo.

CAPÍTULO XIX.

Del décimo grado de la soberbia que es la Rebelion, al qual es opuesto el tercer grado de la humildad, que es someterse á su Mayor.

48 Este Hombre, á ménos que la Divina Misericordia no le mire favorablemente, á fin de hacerle sugetarse al juicio de todos los otros, (lo que sucede difícilmente á esta suerte de personas); haciéndose entónces mas insolente y mas imprudente que ántes, cae por su rebelion en el décimo grado, de una manera tan perniciosa como ella es desesperada. Pues que aquel que por su arrogancia, acostumbrat a

otras veces menospreciar sus hermanos en secreto, habiéndose hecho un desobediente público, no pone reparo ninguno en despreciar su Maestro.

49. Mas, es preciso saber, que todos estos grados que yo he partido en doce, se pueden fácilmente reducir á tres. En manera que el menosprecio de sus hermanos comprenda los seis primeros: el menosprecio del Maestro, los quatro siguientes; y el menosprecio de Dios, los otros dos que restan. Se debe notar tambien, que estos dos últimos grados de la soberbia, los quales al subir son los dos primeros de la humildad, igualmente como se deben ascender fuera de la congregacion, así no se pueden descender en ella. Pues, lo que hace verdaderamente, que cada uno está obligado á subirles ántes, es que la Regla en el artículo del tercer grado dice expresamente (1): *El tercer grado es someterse á su anciano en toda obediencia por el amor de Dios.* Si pues la sumision está colocada en el tercer grado, como ella se verifica luego que un Novicio es la primera vez asociado á la comunidad, es preciso necesariamente, que se hayan subido yá los dos grados anteriores. En fin, desde que el Monge no hace caso de la concordia de los Hermanos, ni de las órdenes de su superior, él no puede yá hacer sino escándalo en el Monasterio.

CAPÍTULO XX.

Del undécimo grado de la soberbia, que es la libertad de pecar; al qual es opuesto el segundo grado de la humildad, que es no seguir su propia voluntad.

50. Despues del décimo grado que hemos dicho ser la Rebelion, habiendo sido echado, ó habiéndose salido del monasterio este hombre, cae al punto en el undécimo. Y entónces es quando él entra en los caminos, que parecen buenos á los hombres, mas, cuyo fin les hace caer en el abysmo del infierno, es decir en el menosprecio de Dios, á mé-

(1) Reg. 7. 31.

nos que la divina bondad no le detenga con fuertes barreras. Pues, como dice la Escritura (1): *El impio, quando ha caido en el abysmo de los pecados, todas las cosas desprecia.* Así, el undécimo grado de la soberbia se puede llamar la libertad de pecar, por la qual el Monge, que no vé ya maestro que él tema, ni hermanos que respete, con tanto mas seguridad quanto él se vé mas en libertad, toma placer en el cumplimiento de sus deseos, de que él estaba estorvado en el Monasterio ya por la vergüenza, ya por el temor. Mas, sin embargo de que él no teme ya ni sus Hermanos, ni su Abad, con todo eso, no ha perdido totalmente el miedo á Dios. Pues la razon, aunque entre débiles murmullos propone algo á la voluntad, y esta no executá desde luego sin alguna repugnancia y recelo las cosas ilicitas: sino que á manera de aquel que tienta un vado, entra poco á poco y no con precipitacion en el abysmo de los vicios.

CAPITULO XXI.

Del duodécimo grado de la soberbia, que es la costumbre de pecar; al qual es opuesto el primer grado de la Humildad que es el temor continuo de Dios.

51 En fin, despues que por un espantoso juicio de Dios han quedado impunes los primeros extravíos del soberbio, él repite gustoso el plader de que ha tenido experiencia, y que el uso repetido le hace mas alhagüeño. A medida que su concupiscencia revive, su Razon se adormece, y llega á ligarla la mala costumbre. Así, este miserable es arrastrado al abysmo de los vicios; es entregado cautivo á la tiranía de los pecados: en manera que abysmado en la sima de las pasiones carnales, olvidado á un tiempo mismo de su razon, y del temor divino, él insensato dice en su corazon (2): *No hay Dios.* Entónces ya, se sirve indiferentemente de las cosas agradables como de las lícitas: los pensamientos, las acciones, las solicitudes ilícitas, no son de ninguna manera

(1) Prov 18. (2) Ps. 13.

entredichas á su espíritu, á sus manos, ni á sus pies; sino que todo lo que le viene al corazon, á la boca y á la mano, lo intenta con ansia, habla de ello con vanidad, lo executa con malicia. En fin, así como el justo, despues de haber subido todos estos grados, se abanza libremente y sin pena hácia la vida por medio de su buen hábito; así tambien el impio, despues de haberles descendido todos, no conteniéndose por la razon, y no siendo retenido por el temor, se precipita en la muerte con una intrepidez enteramente espantosa por su mala costumbre. Los de enmedio están continuamente en las angustias y en la pena: tan presto ellos son atormentados por el temor de los suplicios, y tan presto viéndose detenidos por su primer hábito, trabajan incesantemente yá en subir y yá en baxar. El primero solamente y el último corren sin impedimento y sin trabajo. Este corre á la muerte: aquel á la vida. El uno marcha con alegria, y el otro con facilidad. La caridad dá la alegria al primero, y la codicia la precipitacion al último. En el uno, el amor no siente el trabajo; y en el otro, la estupidéz se le hace insensible. En fin, la caridad perfecta echa fuera el temor en aquel, y la malicia consumada lo retira de este otro. El uno, saca su seguridad de la verdad, y el otro de la ceguedad. Así pues, se puede llamar el duodécimo grado una costumbre de pecar, que hace perder el temor y caer en el desprecio de Dios.

CAPÍTULO XXII.

Si conviene orar, y en qué manera es menester hacerlo por los desesperados, y por aquellos que están en pecado mortal.

52. *Yo no digo*, dice el Apóstol San Juan (1), *que se ore por aquel que está en este estado.* Pero, ¿por ventura, decís vos, ó Apóstol, que se desespere de él? Antes bien, gima aquel que le ama. No presuma orar, pero no desista de llorar. Mas, ¿qué es lo que yo digo? ¿Puede quedar el refu-

(1) 1. Joan. 5.

fugio de la esperanza, donde la oracion no tiene lugar? Escuchad una persona que cree, y que espera, pero que, con todo eso, no ora. *Señor*, dice ella (1): *si vos hubiérais estado aquí, mi hermano no hubiera muerto.* Grande fé esta, por la qual cree, que el Señor hubiera podido estorvar la muerte con su presencia, si él se hubiera hallado en aquel lugar! Mas ahora, ¿qué dice ella? Léjos de nosotros el pensar que la que creyó al Señor bastante poderoso para conservar á Lázaro vivo, dude si el mismo tendrá poder para resucitarle despues de muerto. *Yo sé* (2) *muy bien ahora*, dice ella, *que Dios os dará todo lo que Vos le pidiéreis.* Además de esto, luego que él preguntó donde le habian puesto, ésta le respondió: *Venid, y ved.* Y ¿por qué eso? Ciertamente, ó Martha, Vos nos dais grandes muestras de vuestra fé: mas, ¿cómo podeis tener desconfianza con una fé tan grande? *Venid, y ved*, decís: pero, si no desesperais de un buen suceso, ¿por qué no continuais, y no añadís: *Y resucitadle?* Y si desesperais de esto, ¿por qué fatigais al Señor sin motivo? ¿Es acaso esto por que la fé puede recibir lo que la oracion no osa prometerse? En fin, vos aún quereis estorvar que él se acerque al cadáver, y decís: *Señor, se siente yá un mal olor en él, estando muerto despues de quatro dias.* ¿Es por desesperacion, ó por disimulacion que vos hablais de esta suerte? En efecto, nuestro Señor lo hizo así despuesde su Resurreccion, fingiendo que iba mas léjos (3), aunque él quisiese mas permanecer con los dos discípulos de Emaús. Ó Santas Mugeres, confidentes de Jesu-Christo, si amais á vuestro Hermano, ¿por qué no solicitais la misericordia de este Señor, de cuyo poder no podeis de ningun modo dudar, como ni tampoco desconfiar de su bondad? Mas, yo entiendo que ellas responden: De este modo es como sin parecer suplicantes, nosotras oramos mas ventajosamente, y obrando como si tuviéramos desconfianza, nosotras mismas confiamos mas eficazmente. Nosotras declaramos nuestra fé, testificamos nuestro amor, y aquel Señor á quien no hay necesidad de decir nada, sabe perfectamente adonde se dirigen nuestros deseos. Nosotras, á la verdad, sabémos que

[1] Joan. 11. (2) Id. (3) Luc. 24.

él puede todas las cosas: mas, este milagro tan grande, tan nuevo, tan inusitado, aunque sé comprende bien baxo de su poder, él sobrepasa, con todo eso, todos los méritos de nuestra baxeza. Nos basta haber dado lugar á su poder, y una ocasion á su bondad. En lo demas nosotras querémos mas aguardar pacientemente lo que sea de su agrado, que pretender animosamente lo que tal vez no sea segun su voluntad. En fin, nuestra detencion vergonzosa podrá acaso suplir lo que falta á nuestros méritos. Yo veo tambien las lágrimas de San Pedro despues de su grande pecado, mas no escucho sus súplicas, y con todo eso, no dudo de su perdon.

53 Aprended todavía del exemplo de la Madre del Salvador á conservar una grande fé en las cosas maravillosas, y á reteneros en la modestia con esta grande fé (1). Aprended á hermosear vuestra fé con el rubor, y á reprimir los ímpetus de la presuncion. *Ellos no tienen vino*, dice la Madre á su Hijo. Ved con qué moderacion y respeto ella insinúa á Jesu-Christo, lo que habian exîgido de su piedad. Y á fin de que aprendais que debeis mas ántes gemir dulcemente en semejantes casos, que pedir con demasiado atrevimiento y presuncion, advertid que la Santa Vírgen, templando el ardor de su caridad con la sombra del pudor, suprimió por modestia la confianza que habia concebido por su súplica. No se acercó con empeño, no habló en voz alta, no pasó á decir animosamente delante de todos los concurrentes: *Ruegoos, Hijo mio, falta el vino*, los convidados están disgustados, el esposo confundido, haced ver hasta donde se extiende vuestro poder. Mas, sin embargo de que el ardor de su corazon y el fervor de su caridad la diesen estos sentimientos y otros muchos semejantes, con todo eso, esta virtuosa Madre se dirige en particular á su Hijo, que ella sabe que es omnipotente, no empeñando su poder, sino explorando su voluntad. *Ellos no tienen vino*, dice ella. ¿Qué cosa mas modesta? ¿Qué cosa mas fiel? Ni la fé faltó á su piedad, ni la gravedad á sus palabras, ni la eficacia á sus deseos. Si pues esta, que era la Madre, olvidándose de la qualidad de Madre, no osa pedir el milagro

(1) Joan. 2.

del vino; ¿cómo yo que no soy mas que un miserable esclavo, para quien es demasiado honor ser siervo del Hijo y de la Madre, tendré el atrevimiento de solicitar con súplicas la vida de un muerto de quatro dias?

54. Leemos en el Evangelio, que dos ciegos fueron iluminados, habiendo el uno recibido la vista, de que él jamás habia gozado, y habiendo recobrado el otro la que él habia perdido; es decir, que el uno habia cegado, y el otro habia nacido ciego. Mas, aquel que habia perdido la vista mereció una admirable misericordia por sus clamores subidos y lastimosos: y el otro que habia nacido ciego, siendo prevenido sin haber hecho la menor instancia, recibió en su iluminacion un favor, tanto mas admirable, quanto estaba acompañado de mayor misericordia. En fin, á aquel, y no á este se dixo (1): *Tu fé te ha vuelto la vista.* Yo leo todavía en la Escritura, que dos personas recientemente muertas, y una tercera despues de quatro dias han sido resucitadas: mas solamente la hija del Príncipe de la Synagoga (2) fué resucitada por las súplicas de su Padre, estando todavia en la casa; y las otras dos lo fueron por el exceso de una bondad inesperada.

55. Del mismo modo, si sucede (lo que Dios aparte de nosotros) que alguno de nuestros Hermanos llegáre á morir, no segun el cuerpo, sino segun el alma, mientras que él esté todavia entre nosotros, por grande pecador que yo soy, yo solicitaré al Señor por mis oraciones, y por las de toda la Comunidad. Si él recibe la vida, nosotros habremos recobrado nuestro Hermano; pero si no merecemos ser oidos, luego que él yá no pueda soportar los vivos, ni ser yá soportado de ellos, sino que comiencen á echarle fuera, no dexaré, con todo eso, de continuar mis gemidos; mas, yá no oro con tanta confianza. No oso decir abiertamente: Venid, Señor, y resucitad nuestro muerto. Mas, sin embargo, aunque suspenso mi corazon, no ceso, todo temblando, de gritar dulcemente en mi interior: Puede ser, puede ser, puede ser, que el Señor oyga el deseo de los pobres, y que su oreja escuche la dispo-

(1) Luc. 18. (2) Math. 3.

sicion de su corazon. Y tambien (1): *Por ventura entre los muertos haréis Vos los milagros, ó los Medicos los resucitarán, á fin de que ellos os alaben?* y hablando del muerto de quatro dias (2): *¿Por ventura anunciará alguno en el Sepulcro vuestra misericordia; y vuestra verdad en la perdicion?* Ello es cierto, que el Salvador puede, si quiere, sorprendernos, y venir delante de nosotros, y tocado mas bien de las lágrimas que de las oraciones de aquellos que llevan el muerto, darle la vida, ó resucitarle aun estando yá en el Sepulcro. Y yo diré con verdad, que aquel está muerto, que defendiendo sus pecados, cayó yá en el octavo Grado de la Soberbia. Pues (3) *la confesion perece en la persona de un muerto, como de aquel que yá no es.* En fin, despues del décimo, que es el tercero comenzando del octavo, él es transportado á la libertad de pecar, quando es echado de la sociedad del Monasterio. Mas, luego que haya pasado el quarto, entonces es quando justamente es llamado muerto de quatro dias, y cayendo en el quinto por la costumbre de pecar, queda enteramente sepultado.

56 No plegue á Dios, con todo eso, que nosotros cesemos de orar en nuestros corazones por estas personas, aunque no osemos hacerlo públicamente; pues que el mismo San Pabio (4) no dexaba de llorar aquellos que él sabia haber muerto sin haber hecho penitencia. Pues, aunque estos infelices se hagan ellos mismos incapaces de las Oraciones comunes, no pueden con todo eso, retirarse enteramente de los corazones de sus Hermanos. Pero, que ellos mismos vean en quanto peligro se hallan, pues que la Iglesia que tiene bastante confianza para orar en favor de los Hereges, de los Judíos, y de los Gentiles, no se atreve á hacerlo públicamente por ellos; y orando nombradamente por todas suertes de impíos el dia de Viernes Santo, ella no hace, con todo eso, mencion alguna de los Excomulgados.

57 En lo demás, mi querido Hermano Godefrido, me direis acaso, que he hecho una cosa del todo diferente de lo que me habíais pedido, y que os habia prometido,

[1] Ps. 87. [2] Id. [3] Eccl. 17. [4] 1. Cor. 11.

viendo que en vez de los Grados de la Humildad, parece que yo he descrito solamente los de la Soberbia. Mas, ved aquí lo que tengo que responderos sobre este asunto. Yo no he podido instruiros sino de las cosas que he aprendido; y no creí que debiese trazaros los grados para subir, yo que sé mucho mejor baxar que ascender. A S. Benito es á quien toca proponeros los Grados de la Humildad, qué él ha dispuesto antes en su corazon: por lo que á mí toca, yo no puedo expresaros otra cosa que mi manera de descender. Sin embargo, es cierto, que si se hace aquí una séria reflexion, se advertirá tambien el camino por donde se debe subir. Porque del mismo modo que si yendo á Roma encontrais un hombre que viene de allí, y le preguntais el camino que se debe llevar, él no podrá satisfacer mejor, que enseñándoos aquel que él mismo ha traido, pues que nombrándoos los Castillos, las Aldeas, las Villas, los Rios y los Montes por los quales él ha pasado, y haciéndoos la descripcion de su camino tambien, él os describe perfectamente el vuestro; de tal suerte, que al ir Vos, reconoceis los Lugares por donde él ha pasado al venir: igualmente en este descenso de los Grados, que yo os he notado, Vos encontraréis, puede ser, los que sirven para subir; y al subirlos los reconoceréis en vuestro corazon harto mejor, que les podeis leer en este escrito mio. Así sea.

FIN.

CENSURA, O RETRATACION DE SAN BERNARDO

SOBRE ESTE TRATADO,

DE LOS GRADOS DE LA HUMILDAD.

Quando yo referí en este Tratado el pasage del Evangelio, en que nuestro Señor dice, que él no sabia el dia último del Juicio, para confirmar y corroborar una Sentencia que yo habia propuesto, dixe sin pensar en ello, lo que advertí despues no hallarse en el Evangelio. Pues el Texto contiene solamente: *El Hijo no lo sabe*, y estando yo mismo engañado, mas antes que teniendo designio de engañar, y no acordándome de la Letra, sino solamente del sentido, yo dixe: *El Hijo mismo del Hombre no lo sabe* (1). De donde provino tambien, que comenzando la disputa siguiente, yo he querido probar una proposicion verdadera por una cosa que yo adelanté contra la verdad. Mas, como yo no he advertido este error sino mucho tiempo despues que se hizo público este Tratado, y que ha sido transcrito por muchas personas, no pudiendo yá corregir una equivocacion que estaba difundida en muchos manuscritos, he creido, que era preciso recurrir al remedio de mi propia confesion. Tambien en otra parte he propuesto cierta opinion á cerca de los Seraphines (2), que jamás he oído, ni he leído en algun lugar. Por lo mismo tambien mi Lector advertirá, si le place, que yo he usado solamente de la expresion: *Ya pienso*, pretendiendo que no se tome sino por una mera opinion la cosa de que no he podido encontrar certidumbre en la Escritura. En fin, se podria todavia encontrar qué replicar sobre la Inscripcion del Libro que yo he intitulado, De los Grados de la Hu-

(1) Num. 11. (2) Num. 35.

mildad, en vez de que al parecer yo queria hablar y hacer descripcion de los Grados de la Soberbia mas antes que de los de la Humildad: pero solamente haria esto quien concibiese mal, ó hiciese poca reflexion sobre el motivo del Título, el qual, sin embargo, he tomado el cuidado de explicar en pocas palabras al fin de este Tratado.

Nota del Traductor.

Este Librito, con la inscripcion de los Grados de la Humildad, es el primer rasgo de la pluma de S. Bernardo, como se colige evidentemente de la Carta XVIII del Santo al Cardenal Pedro, en que dice á éste: Y para que sepais lo que podeis pedir, yo me acuerdo de que he escrito un Librito, cuya inscripcion es de la Humildad, y quatro Homilias, &c.; y expresamente lo afirma asi Gofredo lib. 3. de la Vida del Santo cap. 8. por estas palabras: Si alguno desea saber, quan solícito Juez y exâminador de sí mismo haya sido él desde un principio, registre su primera Obra de los Grados de la Humildad. Y como la citada Carta fué escrita cerca del año M.CXXVII, se debe decir que esta Obrita fué escrita antes del año MCXXV. Él la hizo á ruegos de Godefrido, Prior de Claraval y Pariente suyo, despues Obispo de Langres, á quien dirigió tambien la Carta CCCXX. Á éste mismo llama hijo, hermano, compañero, y consorte de su aprovechamiento espiritual (1). El docto Cisterciense Sianda asegura, que esta Obrita fué la primera en que se exercitó el Arte de la Imprenta, apenas se inventó.

(1) Num. 24.

TRATADO
DE SAN BERNARDO ABAD
DE CLARAVAL.
DE LA GRACIA, Y DEL LIBRE ALVEDRIO.

PRÓLOGO DEL TRADUCTOR.

Al considerar cómo pudo la pluma de San Bernardo producir tantos y tan varios escritos con una pureza de estilo que jamás se desmiente á si misma; y al acordarse de que este hombre Santo, sujeto á tantos achaques y enfermedades, distraído en tantos cuidados, aplicado á entender en los negocios domésticos, (que á la verdad ni eran leves, ni pocos en la direccion y régimen interior y exterior de una Comunidad tan numerosa, que ordinariamente se contaban en ella sobre seiscientos Monges, sin las Abadias que dependian de Claraval, y por eso estaban tambien baxo de su inspeccion) pero principalmente en los asuntos de la Iglesia, y del Estado, pues nada importante se hacia en la Causa pública, en que San Bernardo no interviniese: se vé precisado el entendimiento á reconocer, que sobre su ingenio natural, que en él era excelentisimo y elevadísimo, una cierta divina luz y sabiduría le alumbraba, ó yá él hablase, ó yá obrase, ó bien enseñase, ó escribiese.

El presente Opúsculo, que San Bernardo escribió antes del año MCXXVIII, y por consiguiente antes del año 38 de su edad, ha sido siempre mirado como uno de los rasgos mas hermosos de su erudicion, y como un docto compendio de la doctrina de S. Agustin, y precioso fruto de los Dones que Dios le habia comunicado, y de las medita-

taciònes santas de esta grande alma, cuyas delicias fueron siempre las Escrituras divinas. Libro pequeño, pero que lleno de jugo excede en el precio muchos gruesos volúmenes que se han escrito sobre este argumento Theológico. Dá gusto ver con qué maravillosas maneras hace amena, elegante, y clara una discusion tan séria sobre el dogma de la necesidad de la gracia y de la libertad. Todo este Discurso no respira sino una uncion santa; y lleno de vivacidad de ingenio, y de luz, al mismo paso que ilustra el entendimiento, inflama la voluntad en el amor de las cosas celestiales.

Ni habia necesidad de ponderar aquí con quanta veneracion ha sido siempre leído este Tratado en la Iglesia de Dios; pues basta decir, que sobre haber sido mirado San Bernardo en todos los Siglos como uno de los Doctores de los mas esclarecidos, y una de las mas fuertes columnas de la verdad, los enemigos mismos de la Iglesia han sido obligados á confesar, que él no hablaba sino la verdad.

Mas, porque aquellas personas para quienes principalmente hemos emprendido la traduccion de este excelente Tratado Dogmático, tienen menos de estudio y de conocimiento de la Ciencia Theológica, juzgo, que no será trabajo inútil poner aquí las convenientes ilustraciones, á fin de que puedan comprender mejor la sólida é importante doctrina, que en él es enseñada tocante al Libre Alvedrio especialmente.

Todo hombre sensato, sea que trate algun asunto por escrito, ó le explique de viva voz, procura declarar su pensamiento en términos propios y acomodados á la materia; y quando yá ha puesto patente su intencion, con razon no se cree precisado á ceñirse escrupulosamente á unas solas expresiones, pues este mismo cuidado haria árido é inelegante su discurso, y prácticamente señalaria en los Oyentes rudeza, ó poca penetracion, como quienes necesitaban de que se les avisase incesantemente, que no tomasen una cosa por otra. La misma Escritura Santa pasa con freqüencia á usar de unas mismas expresiones, que ántes habia empleado para significar una cosa, en el designio de significar otras muy distintas, sin ningun perjuicio de la

verdad ántes establecida, ni de su inteligencia, dando á sus términos una significacion mas extensa, ó mas rigorosa. Por exemplo, la palabra *malicia* es aplicada por ella muchas veces para significar la depravacion, ó las culpas; pero otras veces ella se sirve de esta misma palabra para significar las cosas molestas y penosas. En lo primero, usa de aquella palabra en su significado rigoroso, y como si dixéramos philosóphico: en lo segundo, usa de ella en el sentido comun y popular, pues que nosotros solemos vulgarmente llamar malo lo que nos trae pena y molestia.

Y ciertamente, seria faltar á las leyes de la buena fé y de la equidad querer arrancar de nuestros escritos, ó de nuestras conversaciones familiares una proposicion, dando á sus términos una significacion mas extensa, ó mas rigorosa, que la que nosotros de intento y con la posible claridad exprimiamos en todo nuestro Discurso.

En efecto, se encuentran varios modos de hablar, cuyos términos tienen significaciones esencialmente opuestas, y que formarian una proposicion enteramente contraria á la intencion de aquel que habla, si se les tomára en otro sentido, ó en otra manera que él ha pretendido; pues hay gran diferencia en hablar de una cosa, en un modo comun y popular, y en tratar de ella exâctamente en los términos propios y particulares, y como suele decirse, en los términos de la Escuela: y muchas veces el error, ó la verdad de una proposicion depende de la intencion de aquel que la pronuncia, segun que él ha pretendido explicarse en el modo comun y familiar, ó en el rigoroso y mas exâcto.

Todo esto es necesario observar en el presente Tratado, en el qual se encuentran términos muy diferentes en su significacion, y que con todo eso, son empleados por San Bernardo indiferentemente, como que ellos no significan sino una misma cosa, sin atenerse á las significaciones estrechas y rigorosas de la Escuela, porque él se contentaba con hablar en la manera comun y popular. Mas, la cosa se hará mas clara con los exemplos siguientes.

Los términos de *necesidad*, y de *precision*; de *libre*, y de *voluntario*, tienen seguramente en la philosophia signifi-

caciones esencialmente diferentes las unas de las otras. Lo que es fácil verificar por las proposiciones siguientes. Es constante, que el Eterno Padre ama á su Verbo necesariamente, y no por precision: él le ama necesariamente, porque le ama de tal manera, que no está en su poder no amarle: con todo eso, él no le ama por precision, porque le ama muy voluntariamente, y con todas las complacencias posibles. Ademas és constante, que Dios há amado á San Pedro libremente, y no necesariamente: le há amado libremente, porque há sido libre á su voluntad eterna amar, ó no amar á S. Pedro: y él no le ha amado necesariamente, porque há estado en su poder no amarle, si él no hubiera querido. En fin, es constante, que el primer hombre há pecado libremente, y no necesariamente, ó por precision: él ha pecado libremente, porque ha estado en su poder pecar, ó no pecar: él no ha pecado necesariamente, porque él podia no pecar, si hubiera querido: y él no há pecado por precision, porque há pecado por su propia voluntad, y no á pesar suyo. Es pues sin duda, que hay una diferencia esencial entre los términos de *necesidad*, y de *precision*: de *libre*, y de *voluntario*, pues que ellos no convienen igualmente á Dios respecto del Verbo Divino, y de S. Pedro, ni á Adam respecto del pecado.

Con todo eso, en el modo comun de hablar nosotros no hacemos diferencia entre los términos de *necesidad*, y de *precision*, ni entre los de *libre*, y de *voluntario*. San Bernardo pues, se sirve muchas veces aquí de estos términos como si fueran synónomos, y significasen una misma cosa; porque intentaba principalmente producirse con claridad, y de un modo que todos comprendiesen sus sentimientos á cerca de la necesidad de la Gracia, y de la indiferencia del libre Alvedrio. Mas, de tal suerte hizo uso de estos términos, que él mismo quitó toda ambigüedad, y puso patente la diversidad que hay entre ellos, quando se toman en un sentido exácto y rigoroso.

La prueba de todo esto es fácil y sensible en el primer Capítulo de este Tratado, en que hablando del consentimiento voluntario, dice: *Est habitus animi, liber sui. Siquidem non cogitur, non extorquetur. Est quippe volunta-*

tis, *non necessitatis*. Es claro, que él usa del término, *cogitur*, y *necessitatis* para excluir la precision, ó la necesidad opuesta á la voluntad, que es solamente la de coaccion.

Y en el Cap. 2. explicando mas ampliamente este consentimiento voluntario, dice: *Ubi necessitas, jam non voluntas.* Y mas abaxo: *Ubi necessitas est, libertas non est.* ¿Quién no vé, que en estos lugares los términos de *voluntas*, y de *libertas* son tomados por una misma cosa, y que el termino *necessitas* excluye aquí toda necesidad, que en el libre Alvedrio fuese una determinacion á una cosa de otra parte que de la voluntad? la qual necesidad es incompatible con la libertad, aunque no es incompatible con la voluntad; pues que el Eterno Padre, conociéndose á sí mismo y sus infinitas perfecciones, engendra su Verbo voluntariamente, y necesariamente de una necesidad simple, y no de coaccion.

Pero muy lexos de que en nada vacile por esto la firmeza de las pruebas, que S. Bernardo produce para sostener la libertad é indiferencia del libre Alvedrio, ó de que por ello se ofusque la claridad con que él procede en todos sus Discursos, antes bien en estos mismos lugares emplea á este fin unas frases tan puras, tan enérgicas, y tan expresivas, que solamente usando de una extrema injusticia, se podria dudar si el sentimiento de S. Bernardo tocante á la Gracia y libertad de indiferencia era perfectamente conforme al de la Iglesia. Pues, aunque sea verdad, que él no usa del término de *indiferencia*, que ahora está mas en uso, aquellos, sin embargo, que él emplea, dicen de tal suerte la misma cosa en substancia, que seria menester cegarse voluntariamente para no vér un dia tan claro, y una luz tan resplandeciente.

Mas, yo quiero referir aquí unos pocos de estos pasages, á fin de mostrar, que S. Bernardo poseía, juntamente con un rico caudal de erudicion sagrada y estudio de los Santos Padres, la penetracion y sutileza de los Doctores Escholásticos, sirviéndole su bello natural de talentos adquiridos y de estudio para disponer en órden y méthodo el nervio y mazizo de las razones y fundamentos de sus

aserciones; lo que hizo que él estableciese dignamente, y en un grado de claridad el mas grande, asi el dogma de la necesidad de la Gracia, como el de la libertad del Alvedrio del hombre, que coopera con ella para hacer obras sobrenaturales, y meritorias de la vida eterna. En manera, que no solamente se verá, que él destruye con el último convencimiento los errores de Pelagio, y de los Semi-Pelagianos, enemigos implacables de la Gracia, sino que anticipadamente echó por tierra la novedad impía de Bayo, que enseñó en estos últimos tiempos, que sola la necesidad de coaccion era opuesta á la libertad.

Asi dice, hablando del consentimiento voluntario, que es propio del libre Alvedrio: "es una cierta habitud del alma, que es libre de sí misma, y por tanto ni puede ser obligada, ni violentada; como que es una operacion de la voluntad, y no de la necesidad. El no se dá, ni se rehusa tampoco á qualquiera cosa que sea, sino por la voluntad misma. Porque en efecto, si él pudiera ser compelido á pesar suyo, seria violento y no voluntario. Y entonces no habiendo voluntad allí, tampoco habria consentimiento, pues que todo consentimiento debe necesariamente ser voluntario. Allí pues donde hay consentimiento, hay voluntad. Y allí donde hay voluntad, hay libertad. Y esto es lo que yo pienso llamarse propiamente libre Alvedrio."

Y explicando esto mismo con mas extension en el cap. 2 dice así: "La razon ha sido dada á la voluntad para instruirla, no para destruirla. Ella conspiraria efectivamente á su ruina, si la impusiese la menor necesidad, que la estorvase moverse libremente segun sus deseos, sea en lo malo, consintiendo al apetito y al espíritu maligno... sea en lo bueno, siguiendo las luces de la gracia. Y en el cap. 3: hay otra libertad, que conviene mucho mejor al libre alvedrio que no las otras dos; y esta es la que llamamos libertad de necesidad." Y mas abaxo: "Nosotros hemos sido criados en una voluntad libre, y en una libertad voluntaria, como unas de las mas nobles criaturas de Dios."

Con expresiones igualmente claras procede en lo restante del Tratado, sosteniendo que la gracia no destruye el Libre

albedrío, que él declara permanecer entero despues del pecado del primer hombre, y no haberle nosotros perdido por el pecado original. En fin, para que se vea la uniformidad de doctrina y claridad que reina en este tratado, yo solamente citaré unas palabras del cap. 2, y del penúltimo, en donde explica lo que él queria que se entendiese por esta expresion *libre de sí misma*, que él habia empleado en el cap. 1 para definir el consentimiento voluntario. Así pues, dice: "¿cómo se podria con justicia imputar el bien ó el mal al »que se sabe que no es libre de sí? Sin duda alguna, la nece»sidad sirve de excusa legítima á lo uno y á lo otro. Ello »es cierto, que no hay libertad donde hay necesidad; y si »no hay libertad, no hay tampoco mérito, y por consiguien»te ni juicio." Y en el capítulo penúltimo, "despues de haber referido San Pablo, dice él, muchas buenas obras que »Dios habia hecho por medio de él, dice así: *No soy yo, si»no la gracia de Dios quien las ha hecho conmigo.* Él podia »decir, quien las ha hecho por mí; mas, porque este modo »de hablar no exprimiria bastante la parte que él tenia en »esta accion, él quiso mas bien decir *conmigo*, no creyendo »solamente haber servido á Dios de instrumento para la pro»duccion de la buena obra, si no juzgándose tambien como »su compañero en algun modo por medio de su consenti»miento." Y mas abaxo: "En fin, San Pablo dice animosa»mente hablando de sí mismo y de todos aquellos que le imi»tan: *Nosotros somos coadjutores de Dios.*"

Todo esto concuerda perfectamente con la doctrina que él mismo establece en el Serm. 81. sobre el Cántico de los cánticos por estas elegantes palabras: *Sed enim adhuc unum ocurrit, quod minime præteribo: nec enim minus insignem similemve minus Verbo animam facit, et forte etiam plus. Arbitrij libertas hæc est, plane divinum quiddam præfulgens in anima, tanquam gemma in auro. Ex hac nempe inest illi inter bonum quidem et malum, necnon inter vitam et mortem, sed et nihilominus inter lucem et tenebras, et cognitio judicij, et optio eligendi: et si qua sunt alia quæ similiter circa animi habitum sese è regione respicere videantur. Nihilominus inter ipsa censorius quidam arbiter (is animæ oculus) dijudicat et discernit, sicut arbiter in dif-*

pernendo, ita in eligendo liber. Unde et liberum nominatur arbitrium, quod liceat versari in his pro arbitrio voluntatis.

¿Quién no vé una conformidad perfecta entre todas estas descripciones del libre alvedrio, y entre las que el Santo Concilio de Trento despues empleó para declarar el dogma de la libre cooperacion á la gracia, por estas palabras: *Si quis dixerit liberum hominis arbitrium á Deo motum et excitatum, nihil cooperari assentiendo Deo excitanti, atque vocanti... neque posse dissentire, si velit &c.* Anathema sit. Sess. 6. de justif. can. 4.

Ciertamente no habia necesidad de prevenir nada de esto; pues aunque ni San Bernardo, ni San Agustin hayan usado formalmente del término de indiferencia, que ahora está mas en uso, aquellos de que ellos se sirven, declaran en el modo mas expresivo y mas claro la misma cosa en substancia. La Iglesia no ha tenido en diversos tiempos sentimientos diversos en quanto á la gracia, y el libre alvedrio: y con todo eso, ella se há diferentemente enunciado segun la exigencia de los tiempos, y de las heregías que han nacido de nuevo. Ha sido pues preciso, que ella y los Teólogos se hayan explicado con las frases mas expresas y significativas, á fin de combatir mas fuertemente, y no dexar camino para el efugio á los Calvinistas, á los discípulos de Bayo, y á todos los sequaces de estos en sus malas y perversas doctrinas sobre el libre alvedrio: errores, que seguramente son parto monstruoso de otros monstruosos errores, en que los Hereges modernos comenzaron á implicarse. Así es verdad, que un falso paso fuera de la línea de la fé lleva á un precipicio dentro de poco tiempo. Pues la libertad del hombre para lo bueno y lo malo se halla confesada por todas las naciones en todos los siglos, y por el testimonio irrefragable de la conciencia en cada uno de los hombres. Porque, ¿cómo pudiera la legislacion humana ni aun la divina intimar pena y vituperio contra el que traspasa sus decretos, si no hay libertad para cometer y no cometer los delitos? ¿Ni cómo la conciencia pudiera arguir ó aprobar á quien estuviera necesitado á obrar segun la ley, ó bien contra ella? Siempre fué una verdad conocida de todo hombre

que no se haya obstinado en cegarse voluntariamente para no ver la luz, lo que dixo San Agustin lib. 3 de Lib. Arbitrio: *Quis peccat in eo quod nullo modo caveri potest? peccatur autem: caveri igitur potest.*

Tambien en el cap. 4. acomodándose San Bernardo á un modo de hablar comun y popular, dice que el Angel celestial, ó tambien el mismo Dios permanece libremente bueno: Es decir *voluntariamente*, y sin ser precisados á esto por alguna fuerza extraña: en manera que el término *libere* significa lo mismo que el término *libenter*, ó *voluntarié*; que se toman por synónomos. La qual inteligencia está manifiesta en la misma cláusula del Santo; pues dice así: *Et sicut cælestis Angelus, aut etiam Deus ipse, permanet libere bonus, propia videlicet voluntate, non aliqua extrinseca necessitate &c.* "Y así como el Angel celestial, ó Dios mismo tam»bien, permanece tambien libremente bueno, á causa de que »él permanece tal por su propia voluntad, y no por alguna »necesidad que le sea impuesta de afuera." Nadie hay que ignore, que el Angel celestial permanece bueno por un principio que determinadamente y necesariamente le conserva en la bondad; el qual principio es la vision beatífica, y de ningun modo es extrínseco á él, sino principio íntimo é inherente que le perfecciona, y en alguna manera le informa ó le afecta. Igualmente nadie hay que no sepa que Dios es esencialmente bueno, y por consiguiente que lo es necesariamente, pero él es bueno y permanece bueno por su esencia misma; siendo por sí mismo la misma bondad y santidad, sin que nada extrínseco le imponga esta necesidad. Ambas verdades las trata y explica San Bernardo mas difusamente en mil lugares de sus obras, y aún dentro de este mismo Tratado. Y en esta exêncion de necesidad que fuese inducida por alguna causa extrínseca, está la comparacion que el Santo hace respecto del Angel malo, manifestándose por las mismas expresiones de que el Santo usa, que en esto solamente está la semejanza con el Angel celestial; y no en que el Diablo sea y persevere malo por otro principio que su voluntad: como se vé claramente en las expresiones del Santo: *Sic profecto diabolus æquè libere in malum et corruit, et persistit, suo utique voluntario nutu, non alieno impulsu.*

Así

Así el Diablo se dirige al mal y persevera en él con la misma libertad, porque él obra de su propio movimiento y por la inclinacion de su propia voluntad, y no es llevado á él por alguna violencia extraña.

En fin, San Bernardo dirige este Tratado á su particular y cordial amigo Guillelmo Abad de San Teodorico, á quien igualmente habia enviado la Apología. La humildad de San Bernardo, igualmente que la estimacion que él hacia del Abad Guillelmo, están vivamente retratadas en el Prólogo, que antecede á este Tratado.

TRATADO

DE SAN BERNARDO ABAD

DE CLARAVAL.

DE LA GRACIA, Y DEL LIBRE ALVEDRIO.

Á Guillelmo Abad de San Theodorico. (San Thierry.)

PRÓLOGO.

Al Venerable Abad de San Theodorico Guillelmo, el hermano Bernardo.

En fin, yo con la gracia de Dios he acabado lo mejor que me ha sido posible, el Tratadito de la Gracia y del Libre Alvedrio, que habia últimamente emprendido con el motivo que vos sabeis. Mas, todo lo que yo recelo en este caso, es si no he tocado bastante dignamente una materia tan elevada, ó he trabajado inutilmente sobre un asunto que muchos han tratado con suceso. Por eso os pido, que le leais primero en particular, y aun, si vos quereis, solo; no sea que viniendo á parecer en la luz, él no sirva mas ántes de hacer pública la temeridad de su autor, que de edificar la piedad de los lectores. Y si juzgais, que él pueda ser útil al público, obligadme en este caso á explicar mas exâctamente todo lo que haya en él de mas obscuro, y que se podria exprimir mas puramente, y con la debida brevedad. O bien, tomaos el trabajo, si os agrada, de corregirle por vos mismo, ó advertidme de lo que deberia ser corregido; á ménos

que no querais tener parte en esta bella promesa de la sabiduría (1): *Aquellos que me ilustran, gozarán un dia de la vida eterna.*

CAPÍTULO I.

Que el consentimiento del Libre Alvedrio concurre con la gracia de Dios al mérito de las buenas acciones.

1 Hablaba yo un dia en presencia de otros de las operaciones maravillosas que la gracia de Dios hacia en mí, sea previniéndome para hacer lo bueno, sea acompañándome en todo el curso de mi accion, sea, en fin, dando á ésta toda su perfeccion por un efecto todo particular de su bondad: quando un cierto sugeto de los circunstantes, tomando la palabra, me hizo esta objecion: Si es Dios quien hace la obra toda entera en Vos, ¿qué parte podeis Vos pretender en ella? ó ¿qué motivo teneis para esperar su recompensa? Mas, ¿Vos mismo, le repliqué yo, que querríais que yo hiciese en esta ocasion? Yo quiero, dixo él, que Vos rindais la gloria á Dios, que os ha gratuitamente prevenido, excitado, y dado principio á vuestra accion. En lo demas, que Vos tengais una vida santa y virtuosa, que sirva de testigo público de que Vos no sois menospreciador de las gracias ya recibidas, y de que Vos mereceis todavía recibir otras nuevas. Ciertamente, dixe yo, es un excelente consejo el que Vos me dais, si al mismo tiempo Vos me poneis en poder de cumplirle: mas, no es igualmente fácil saber lo que conviene hacer, y el executarlo. Son dos cosas bien diferentes el conducir un ciego en su camino, y el proveer de carruage á un hombre que no puede ya caminar. Aquel que muestra un camino á un pasagero, no pretende por eso darle con qué haga su viage. Una cosa es decirle lo que es menester que él sepa para no extraviarse; otra cosa es darle lo que le seria necesario para no desfallecer en el camino. Lo mismo es en nuestro asunto. Todos los que nos enseñan el camino de la virtud, no

(1) Eccl. 2. 31.

nos dán por eso el poder de practicar el bien que ellos nos enseñan. Sin embargo, yo tengo absolutamente necesidad de dos cosas, de ser instruido, y de ser ayudado. A la verdad, Vos satisfaceis plenamente á mi ignorancia por vuestro consejo: mas, si el sentimiento del Apóstol es verdadero (1), *es el espíritu de Dios quien ayuda nuestra flaqueza.* Yo digo mas: el que me provee de luz con vuestra instruccion, es aquel mismo que debe por su santo espíritu darme el socorro, de que yo necesito, á fin de que yo pueda practicar los buenos consejos, que Vos me dais. Esto no es decir, que yá por su liberalidad yo no sienta en mí el querer, mas, yo no encuentro todavia el poder de cumplirlo (2): y aun yo desesperaria de encontrarlo, si aquel que me ha dado el querer, no me diese tambien su cumplimiento por un efecto de su bondad (3). Pero, decis Vos: Si eso es así, ¿donde están pues nuestros méritos? ¿Sobre qué se fundará nuestra esperanza? Escuchad á San Pablo, que nos lo enseña (4): *Él nos ha salvado*, dice él, *por un efecto de su misericordia, y no por el mérito de las buenas obras que nosotros hemos hecho.* ¿Qué pues? ¿Pensabais acaso, que Vos habíais criado vuestros méritos, y que podíais salvaros por vuestra propia justicia, Vos, que no podeis siquiera pronunciar el nombre de Jesus sin un socorro particular del Espíritu Santo (5)? ¿Es posible que háyais echado en olvido lo que el mismo Jesu-Christo ha dicho (3): *¿Sin mí Vos no podeis hacer nada?* ¿Y lo que está en otra parte escrito (6): *No está el poder en aquel que corre, ó que quiere, sino en Dios que hace misericordia?*

2 Mas, me diréis todavia: ¿Qué es pues lo que el Libre Alvedrio hace? Yo respondo brevemente: El llega á la salud. Quitad el Libre Alvedrio; no habrá sugeto que salvar: quitad la gracia; no habrá medio para salvarle. La salud es una obra, que no puede substir sin estas dos cosas. Es menester una causa, que la produzca; y un sugeto para quien ó en quien se produzca. Dios es el autor de la Salud. El Libre Alvedrio es el solo sugeto de ella: no hay mas que

(1) Rom. 7. 28. (2) Philip. 2. 13. (3) Tit. 3. 15.
(4) 1. Cor. 11. 9. (5) Joan. 15. 5. (6) Rom. 9. 12.

Dios, que la pueda dar, y el Libre Alvedrio, que la pueda recibir. Por tanto, es preciso concluir, que esto que es dado de Dios solo, y recibido por el Libre Alvedrio solo, no puede subsistir ni sin el consentimiento de aquel que lo recibe, ni sin la liberalidad de aquel que lo dá. Y en este sentido es verdad el decir, que el Libre Alvedrio coopera con la gracia que obra nuestra salud, quando él presta su consentimiento, es decir, quando él obra su salud; pues que consentir á la gracia y hacer su salud, no es mas que una misma cosa. Por tanto, es cierto que el espíritu de una Bestia es incapaz de salud, porque él está destituido del consentimiento voluntario que le seria preciso para obedecer dulcemente á las voluntades de Dios, sea conformándose á sus mandamientos, sea creyendo á sus promesas, sea agradeciendo sus beneficios. En efecto, hay grande diferencia entre el consentimiento voluntario, y el apetito natural. Este último nos es comun con las Bestias; el qual atraído por los placeres de la carne, no podria en modo alguno concordar con el espíritu. Y quizá este mismo es, á quien el Apóstol dá otro nombre, llamándole (1), *Sabiduría de la carne*, quando escribiendo á los Romanos, dice, que *la sabiduria de la carne es enemiga de Dios, no estando sometida á la ley de Dios*, y aun siendo incapaz de eso. Mas, si el apetito natural nos hace comunicar en alguna cosa con las Bestias, el consentimiento voluntario nos separa de ellas enteramente. Porque él no es otra cosa que una cierta habitud del alma, que es libre de sí misma, y por tanto que no puede ser obligada, ni violentada, como que es una operacion de la voluntad, y no de la necesidad. Él no se dá, ni se rehusa tampoco á qualquiera cosa que sea, sino por la voluntad misma. Porque en efecto, si él pudiera ser compelido á pesar suyo, seria violento y no voluntario. Y entonces no habiendo voluntad allí, tampoco habria consentimiento: pues que todo consentimiento debe necesariamente ser voluntario. Allí pues donde hay consentimiento, hay voluntad. Y allí donde

(1) Rom. 8. 6.

hay voluntad, hay libertad. Y esto es lo que yo pienso llamarse propiamente Libre Alvedrio.

CAPÍTULO II.

Qué sea el Libre Alvedrio, ó en qué consista la libertad.

3 Mas á fin de hacer mas inteligible lo que acabamos de decir, y de proceder con mejor órden para arribar al punto que nos hemos propuesto, yo creo que es preciso tomar la cosa de un poco mas arriba. Es constante, que en las cosas naturales la vida no es lo mismo que el sentido, ni el sentido lo mismo que el apetito, ni el apetito que el consentimiento. Lo qual parecerá mas evidentemente por la definicion de cada una de estas cosas en particular. La vida en cada ser corporal no es otra cosa que un movimiento interior y natural que encierra todo su vigor adentro. El sentido es un movimiento vital en el cuerpo, que hace parecer su vigor afuera tambien. El apetito es una habitud natural en el animal, que hace mover todos los sentidos con ardor y prontitud. El consentimiento es una condescendencia que se hace de pleno gusto de la voluntad, ó mas bien, como yo he dicho mas arriba, una habitud del espíritu, que es libre de sí mismo. En fin, la voluntad no es otra cosa que un movimiento racional que preside al sentido y al apetito. A qualquiera parte que la voluntad se vuelva, ella tiene siempre la razon por compañera inseparable, y en alguna manera por su precursora: no porque sea la razon lo que la lleva siempre hacia su objeto, sino porque ella no obra jamás sin la razon. De tal suerte, que ella hace muchas cosas por la razon contra la razon misma, es decir, que ella obra muchas veces como por su ministerio, mas, con todo eso, contra su luz y contra su dictamen. Y en este sentido se dice en el Evangelio (1): *Los hijos del siglo son mas avisados en su con-*

(1) Luc. 16. 10.

ducta que los hijos de la luz. Y en el Propheta Jeremias (1): *Ellos son sabios para hacer lo malo.* Porque la criatura no saca todo su conocimiento y su industria, aun para hacer el mal, sino de la razon.

4 Es cierto, que la razon ha sido dada á la voluntad para instruirla, no para destruirla. Sin embargo, ella conspiraria efectivamente á su ruina, si la impusiese la menor necesidad, que la estorvase portarse libremente segun sus deseos, sea en el mal, consintiendo al apetito, y al espíritu maligno, por donde ella se vuelve todo animal, no comprendiendo, y aún combatiendo las cosas del espíritu de Dios: sea en el bien, siguiendo las luces de la gracia; y por este medio haciéndose todo espiritual, capaz de juzgar de todas las cosas, sin ser sometida ella misma al juicio de los otros. Si pues la razon estorvára á la voluntad que se llevase á alguna de estas cosas, es constante que la voluntad no seria yá voluntad. Porque la voluntad no puede compadecerse con la necesidad. Y si la criatura racional pudiera hacerse justa ó injusta por la necesidad, y sin el consentimiento de la voluntad, de esto se seguiria necesariamente, que ella no deberia jamás ser miserable, y que ni podria en manera alguna ser bienaventurada. Pues que de todas partes la faltaria á ella lo que solamente es capaz en ella de miseria y de felicidad, esto es, la voluntad. Lo que es tanto mas cierto, quanto las otras cosas de que hicimos mencion mas arriba, es á saber, la vida, el sentido, y el apetito, no podrian de si mismas establecer un estado de dicha, ó de desgracia. De otra suerte, seria preciso decir, que los árboles por la vida que ellos tienen, y las Bestias por el sentido y apetito que hay en ellas, podrian ser susceptibles de bienaventuranza y de miseria; lo que absolutamente es imposible. De ahi viene, que no obstante que nosotros tengamos la vida comun con los árboles; y el sentido y el apetito, y la vida misma comun igualmente con las Bestias, con todo eso hay en nosotros una cosa que se llama voluntad, que nos distingue enteramente de ellos. Y el consentimiento voluntario y no necesario

[1] Ier. 4. 22.

de esta voluntad es lo que nos hace justamente bienaventurados, ó desgraciados, á medida que él nos establece en la virtud, ó en el vicio. Por eso, yo juzgo tambien que este consentimiento es muy oportunamente llamado Libre Albedrio, asi á causa de la libertad inseparable de la voluntad, como á causa del juicio indeclinable de la Razon de que ella no se encuentra jamas destituida. Pues este consentimiento es verdaderamente libre de sí mismo á causa de la voluntad, y verdaderamente Juez de sí mismo á causa de la Razon. Y no sin motivo, el juicio acompaña á la libertad, porque desde que una cosa que es dueña de sí misma, llega á pecar, por el mismo hecho ya se hace culpable y sujeta á su propia sentencia. Tambien por eso mismo, el juicio es justo y legítimo, porque aquel que no peca sino quando él quiere, merece muy justamente sufrir lo que él no quiere, quando él se resuelve á pecar.

5 En fin, ¿cómo se podria con justicia imputar el bien ó el mal al que se sabe que no es libre de sí? Sin duda la necesidad sirve de excusa legítima á lo uno y á lo otro. Ello es cierto, que no hay libertad donde hay necesidad, y sino hay libertad, no hay tampoco mérito, y por consiguiente ni juicio. En lo que yo exceptúo siempre el pecado original, cuya naturaleza es enteramente diferente de la de los otros. En lo demás, es preciso tener por indubitable, que toda accion que no está acompañada de esta libertad del consentimiento voluntario, está enteramente destituida de mérito, y no puede ser juzgada ni buena ni mala. Y de consiguiente, que todas las potencias del hombre, exceptuada su voluntad, son absolutamente incapaces de bien ó de mal, porque ellas no tienen libertad en sí. Así, la vida, el sentido, el apetito, la memoria, el entendimiento y otras semejantes facultades del hombre, desde que ellas no están sometidas á la voluntad enteramente, permanecen baxo la ley de la necesidad. Y porque esta voluntad no puede de sí misma no obedecer á ella misma (pues que no se puede hacer que alguno quiera lo que él no quiere, ó no quiera lo que él quiere) tambien es imposible que ella sea privada jamás de su libertad. Puede muy bien, sin duda alguna, mudarse la voluntad; pero es preciso necesariamente que esto sea en otra voluntad; de

suer-

suerte que ella no pueda jamás perder su propia libertad. Tan imposible es pues, que la voluntad sea privada de su libertad, como de su esencia misma. Quando el hombre pueda algunas veces ó no querer nada del todo, ó querer alguna cosa sin la voluntad, entónces será verdad que la voluntad podria estár sin la libertad. De ahí viene, que las acciones de los locos, de los niños, y de los que duermen, no son reputadas ni buenas ni malas, porque no gozando de las luces de la razon, no tienen tampoco el uso de su propia voluntad, ni por conseqüencia el juicio de su libertad. Por tanto, no teniendo la voluntad nada de libre sino á sí misma, tampoco puede con justicia ser juzgada sino por ella misma. Y esto tanto mas verdaderamente, quanto ni la pesadez del entendimiento, ni la fragilidad de la memoria, ni la impaciencia del apetito, ni el obscurecimiento de los sentidos, ni la languidez de la vida, no son capaces de sí mismos de hacer á un hombre criminal, del mismo modo que sus contrarios no le pueden hacer inocente. Y eso por esta sola razon de que todas estas cosas suceden ordinariamente por necesidad, y sin el consentimiento de la voluntad.

CAPÍTULO III.

Que hay tres suertes de libertad, de naturaleza, de gracia, y de gloria.

6 No hay pues, sino la voluntad sola, que á causa de su libertad natural, que hace que ella no pueda ser forzada por alguna violencia ó necesidad á ser contraria á sí misma, ó á consentir en alguna cosa á pesar suyo, pueda hacer á una criatura inocente ó criminal, digna y capaz de la bienaventuranza ó de la miseria, á medida que ella consiente á la virtud ó al vicio. Y esto es lo que me hace decir, que este consentimiento libre y voluntario, de donde depende todo su juicio, es propiamente lo que se llama Libre Alvedrio; como lo hemos definido mas arriba. De suerte que el término de libre se refiera á la voluntad, y el de alvedrio á la razon. Yo le llamo libre, no ciertamente con

esta libertad, de que habla el Apóstol, quando dice (1): *Donde está el espíritu de Dios, allí se entiende la libertad.* Pues esta no es otra cosa que la libertad ó exêncion del pecado, de la qual dice en otra parte (2): *Quando érais esclavos del pecado, poseíais una funesta franqueza de la justicia. Mas, ahora que estais librados de la tiranía del pecado, y que reconoceis á Dios por vuestro Soberano, sometiéndoos á sus leyes, y á su obediencia, el fruto presente que vos recogeis de esto, es la santificacion de vuestras almas, y el fin que vos esperais, es la vida eterna.* En efecto, ¿quién es aquel que en una carne corrompida por el pecado, puede alabarse de estár exênto y puro de pecado? Y así, no es de esta libertad de quien el Libre Alvedrio toma su nombre. Hay además otra suerte de libertad que se llama de miseria, de la qual el Apóstol habla en estos términos (3): *La criatura será librada de la servidumbre de la corrupcion para entrar en la libertad de la gloria de los hijos de Dios.* Mas, ¿quién podria atribuirse una libertad tan excelente en esta mansion de la muerte? No es pues de esta libertad de la que queremos sacar nosotros la denominacion del libre alvedrio. Pero, hay otra tercera que le conviene mucho mejor que no las otras dos, y esta es la que llamamos *libertad de necesidad*, á causa de que lo necesario parece opuesto á lo voluntario. Pues que lo que se hace por necesidad, no puede proceder de la voluntad; no de otra suerte que lo que procede de la voluntad, no puede ser hecho por necesidad.

7 De estas suertes de libertad que acabamos de reconocer, es á saber, *la libertad de pecado*; *la libertad de miseria*, *la libertad de necesidad*, es de advertir, que la última nos ha sido dada con la condicion de nuestra naturaleza; la primera nos ha sido restituida por el beneficio de la gracia; y la tercera nos está reservada en el Cielo, que es nuestra pátria. Dígase pues la primera, *libertad de Naturaleza*, la segunda, *libertad de Gracia*, la tercera, *libertad de Gloria ó de vida eterna.* Pues primeramente nosotros hemos sido criados en una voluntad libre, y en una libertad voluntá-

(1) 1. Cor. 3. 17. (2) Rom. 6. 22. (3) Rom. 8. 21.

ria, como unas de las mas nobles criaturas de Dios. En segundo lugar, nosotros somos reparados y restituidos á la inocencia, haciéndonos una nueva criatura en Jesu-Christo. Y en tercer lugar, nosotros somos elevados á la gloria, donde arribamos al estado de una criatura perfecta por la bondad del Espíritu Santo. La primera libertad nos llena de mucho honor, la segunda nos aumenta mucha virtud, y la tercera nos colma de gozo y de delicias. Por la primera, nosotros somos superiores á todos los animales de la tierra; por la segunda, sugetamos la carne á la servidumbre; y por la tercera, triunfamos de la muerte. Mas, digamos todavía mejor, que como por la primera libertad *ha puesto Dios baxo de nuestros pies las ovejas, los bueyes, y las otras bestias del campo*; así por la segunda libertad él humilla y somete á nuestro imperio las bestias espirituales del ayre; de las quales está escrito (1). *Señor, no entregueis á las bestias las almas que cantan vuestras alabanzas.* Y en fin, por la tercera libertad, él nos hará perfectamente triunfar de nosotros mismos, dándonos la victoria perfecta y entera sobre la corrupcion y sobre la muerte, luego que en el dia del juicio la última muerte sea destruida, y que nosotros pasemos de la servidumbre de la corrupcion á la libertad de gloria de los hijos de Dios. La qual libertad nos será dada por Jesu-Christo, quando él nos presentará á Dios su Padre para establecer en nosotros su reyno eterno. Tambien era de esta libertad de miseria y de la de pecado, de que él queria hablar, quando dixo á los Judios (2): *Si el Hijo os pone en libertad, entónces vosotros sereis verdaderamente libres.* Él queria darles á entender por estas palabras, que el Libre Alvedrio tenia necesidad de un Libertador, que le pudiese librar, no de la necesidad, que siendo él la voluntad, de ningun modo conocia, sino del pecado, en el qual estaba caído tan libre, como voluntariamente; y al mismo tiempo de la pena del pecado en que él habia incurrido por su imprudencia, y que él sufria con mucho de impaciencia. Pues él no podia ser librado de estos dos males en manera alguna, sino por aquel (3) *que de todos los hombres era el*

(1) Ps. 73. 29. (2) Joan. 8. 36. (3) Ps. 87. 6.

solo libre entre los muertos; es decir, libre del pecado entre los pecadores.

8 En efecto, de todos los hijos de Adam no hay quien pueda gloriarse de poseer la libertad de pecado, sino éste (1); *el qual no ha cometido pecado, y en su boca no se encontró jamás la mentira.* Y si él no ha tenido plenamente y en efecto la libertad de miseria, que es la pena del pecado, estaba, con todo eso, en su poder el tener el goce de ella todo entero: pues que segun lo que dice San Juan (2), *nadie le ha quitado la vida á pesar suyo, sino que él mismo la ha dado de su plena voluntad.* Y segun Isaias (3), *él ha sido ofrecido en sacrificio, porque él lo ha querido así.* Del mismo modo que luego que él quiso, nació de una muger, y se sometió á la ley, á fin de rescatar los que estaban baxo la servidumbre de la ley (4). Es pues verdad, que él ha estado tambien baxo la ley de miseria: mas, esto ha sido de su plena voluntad, á fin de que siendo él libre entre los miserables, y los pecadores, él pudiera sacar sus propios hermanos del yugo insoportable de esta doble servidumbre. Así, él ha poseído en su persona todas las tres suertes de libertad: la primera, á causa de la naturaleza humana, y juntamente de la divina; y las otras dos por su divina potencia. Por lo que toca al primer hombre, nosotros verémos mas adelante si él ha gozado en el parayso terrestre de estas dos libertades, y de qué manera haya gozado de ellas.

CAPÍTULO IV.

Qual sea la libertad de que gozan las almas santas separadas de su cuerpo, y qual es la que conviene indiferentemente á Dios, y á la criatura racional.

9 Es una verdad constante, que las almas santas que están libradas de esta mortalidad, gozan eternamente y perfectamente con Dios y con su Christo, y con los

(1) 1. Petr. 2. 22. (2) Joan. 10. 18. (3) Isai. 53. 7.
(4) Galat. 4. 5.

Angeles soberanos, asi de la libertad de pecado, como de la libertad de miseria. Y aunque las almas justas, que no están todavia reunidas á sus cuerpos, no están tampoco en una entera posesion de la gloria, con todo eso, es verdad, que ellas están enteramente exêntas de todas suertes de miseria. Mas, la libertad de necesidad conviene igual é indiferentemente á Dios, y á toda criatura racional, tanto buena como mala; y no se pierde, ni se disminuye por el pecado, ni por la miseria; y no es mas grande en el justo que en el pecador, ni mas entera en el Angel que en el hombre. Pues del mismo modo enteramente que el consentimiento de la voluntad humana que se dirige al bien con el socorro de la gracia, á causa de que ella se dirige voluntariamente y sin ser arrastrada á pesar suyo, constituye al hombre libremente bueno, y libre en el bien que él abraza, igualmente tambien dexándose ir al mal de su pleno gusto, hace al hombre libremente malo, y libre en el mal que comete; porque de su propia voluntad viene que él sea malo, sin ser forzado á esto por parte alguna. Y asi como el Angel celestial, ó Dios mismo tambien, permanece libremente bueno, á causa de que el es tal por su propia voluntad, y no por alguna necesidad que le sea impuesta de afuera: asi el diablo se dirige al mal y persevera en él con la misma libertad, porque él obra de su propio movimiento y por la inclinacion de su propia voluntad, y no es llevado á él á pesar suyo por alguna violencia extraña. De donde resulta, que la libertad de la voluntad subsiste juntamente con la cautividad del espíritu; tan grande en los malos como en los buenos, solo que en los buenos está siempre mejor ordenada; y tan entera á su modo como en el Criador, solo que en el Criador, es mas fuerte y mas poderosa.

10 Mas, en quanto á la quexa ordinaria de la mayor parte de los hombres, que dicen: Yo quisiera tener una buena voluntad, y no está en mi poder; eso no puede perjudicar en nada á esta libertad de la voluntad, como si en este caso la voluntad sufriera alguna violencia ó alguna necesidad; y todo lo que ellos quieren decir por estas palabras, es que no gozan de la libertad de pecado

En efecto, desde el punto en que alguno desea tener una buena voluntad, él manifiesta claramente que tiene en sí la voluntad, pues que él no quiere tener una buena voluntad, sino por la voluntad misma. Pues, si él tiene la voluntad, no se puede dudar que él no tenga tambien la libertad, pero la libertad de necesidad, no la de pecado. Pues al mismo tiempo que él siente que le falta la libertad para poder tener la buena voluntad, quando él quiere, su experiencia le hace bastante conocer, que él está privado de la libertad de pecado, cuyos combates sufre él con mucha displicencia, aunque á la verdad no destruya su voluntad: bien que, sin duda, él tiene una voluntad en alguna manera buena desde el momento que él la desea tener. Pues es bueno lo que él quiere; y por otra parte él no pudiera querer lo bueno, sino con una voluntad buena; como ni lo malo tampoco, sino con una mala. Quando nosotros queremos lo bueno, es buena la voluntad; quando queremos lo malo, es mala. De ambas partes se halla la voluntad, igualmente que la libertad, no habiendo sino la necesidad sola que no pueda compadecerse con la voluntad. Mas, quando sucede que queremos lo que no podemos, nosotros conocemos bien que esta voluntad es en algun modo esclava del pecado, y que ella está en la miseria, mas no enteramente perdida, ni reducida á la nada.

11 Yo creo pues, que el libre alvedrio no saca su denominacion sino de esta libertad sola, por la qual está en el poder de la voluntad juzgarse á sí misma buena ó mala segun el consentimiento que ella haya dado al bien ó al mal. Pues que ella reconoce bastante por su propia experiencia, que no puede consentir á lo uno ni á lo otro, sino queriendo. Mas, respecto de las otras dos libertades de pecado y de miseria, parece que el nombre de *libre consejo* convendria mucho mejor á la primera que es la de pecado; y á la segunda, que es la libertad de miseria, el de *buen placer*, mas que el de libre alvedrio. La razon es, que el alvedrio no es otra cosa que el juicio. Pues enteramente del mismo modo que pertenece al juicio hacer el discernimiento de lo que es permitido y de lo

que es vedado, asi es propio del consejo reconocer lo que es ventajoso ó lo que es nocivo; como tambien del buen placer experimentar lo que es agradable ó displicente. Ojalá que nosotros tuviésemos otro tanto de libertad para el consejo, como para el juicio de las cosas que nos pertenecen: á fin de que asi como por el juicio distinguimos libremente las cosas lícitas de las ilícitas, del mismo modo por el consejo fuésemos libres para no escoger sino las cosas lícitas en quanto ellas nos son útiles, y para desechar las vedadas en quanto nos son perjudiciales y nocivas. Entonces verdaderamente nosotros nos encontrariamos, no solamente en una perfecta posesion del libre alvedrio, sino tambien del libre consejo, y gozariamos por consiguiente de la verdadera libertad de pecado. Y ¿qué, si fuéramos todavia tan dichosos, que no nos agradase sino lo que nos fuese permitido y ventajoso? ¿No es cierto, que entonces poseeriamos perfectamente la libertad de buen placer, pues que efectivamente nosotros no experimentariamos jamás nada de fastidioso, y que asi estariamos exêntos de toda suerte de miseria? Mas ahora que por el juicio reconocemos muchas cosas que deberíamos admitir ó desechar, y que, con todo eso, el consejo nos hace muchas veces escoger ó menospreciar contra la rectitud del juicio: y que no solamente abrazamos con placer y como agradables todas las cosas que un consejo mas sabio nos hacia conocer buenas y útiles; sino que por el contrario mirándolas como ásperas y enfadosas, no las soportamos sino con pena y repugnancia, bien manifiestamente aparece que nosotros estamos enteramente destituidos tanto de la libertad de consejo como de la de buen placer.

12 Se presenta todavia otra qüestion que exâminarémos mas particularmente en su lugar, es á saber, si antes del pecado del primer hombre gozábamos de estas dos libertades. Es bien cierto que nosotros gozarémos de ellas plenamente, luego que por la misericordia de Dios tengamos el cumplimiento de esta peticion del Señor (1): *Que vuestra voluntad se cumpla asi en la tierra como en el Cielo.* En-

(1) Math. 6. 10.

tonces esta doble libertad estará en su última perfeccion, quando el Libre Alvedrio, que es exênto de la necesidad, y que en esta vida es comun á toda criatura racional indiferentemente, se hallará en los predestinados como él está yá en los Angeles, no solò libre de pecado, sino seguro de la miseria. Y por una dichosa experiencia de estas tres libertades ellos gustarán con delicia *quan excelente, agradable y perfecta es la voluntad de Dios.* Mas, porque estas dos ventajas no nos son concedidas por el presente, no hay sino la libertad de Libre Alvedrio que permanezca plena y entera acá abaxo en los hombres. Pues la libertad de consejo no se encuentra aqui sino en parte, y eso todavia en un muy corto número de personas espirituales, que han crucificado su carne con sus vicios y concupiscencias, á fin de que el pecado no reyne mas en su cuerpo mortal. Pues que es la libertad de consejo la que se opone al imperio del pecado, asi como es la esclavitud del Libre Alvedrio la que le dá todavia alguna autoridad. Mas, quando nosotros háyamos llegado, como dice el Apóstol, al dichoso estado de la perfeccion, entonces lo que no poseíamos sino en parte é imperfectamente, dexará de ser: es decir, que quando estarémos en el goze entero y perfecto de la libertad de consejo, el libre alvedrio no estará mas en la esclavitud ni en la servidumbre. Esto es lo que todos los dias suplicamos á Dios en esta peticion (1): *Que vuestro reyno nos venga.* Es cierto que no estamos todavia enteramente en la posesion de este reyno: con todo eso, él se acerca poco á poco, y todos los dias extiende sus límites mas y mas en las almas, que con la gracia de Dios trabajan incesantemente en la renovacion de su hombre interior. El imperio del pecado se debilita á medida que el reyno de la gracia crece: y á medida tambien que él se disminuye por la condicion de este *cuerpo mortal que grava al alma*, y por las miserias *de esta morada terrestre, que abate nuestro espíritu*, aquellos que parecen los mas perfectos en esta vida, están siempre obligados á confesar y decir (2): *Nosotros cometemos todos muchos*

(1) Math. 6. 10. (2) Iac. 3. 2.

chos pecados: y tambien (1). *Si dixéremos que no tenemos pecado, nos engañamos á nosotros mismos, y no hay verdad en nosotros.* Por eso ellos hacen esta peticion á Dios (2): *Que vuestro reyno nos venga.* Mas, aun ellos no tendrán el entero cumplimiento de esta peticion, hasta que el peeado no solamente no reyne mas en su cuerpo mortal, sino que él sea enteramente desterrado, y ni aun pueda en manera alguna encontrarse en este mismo cuerpo, yá revestido de la inmortalidad.

CAPÍTULO V.

Si la libertad de miséria, que tambien se llama de buen placer, es concedida al hombre en esta vida.

13 Mas¿ qué dirémos de la libertad de buen placer en esta vida miserable, donde la malicia es tan grande, que cada dia no basta á sus excesos apenas: donde toda criatura gime (3), y sufre dolores semejantes á los del parto, viéndose sujeta á pesar suyo á las vagatelas y vanidades del siglo: donde la vida del hombre sobre la tierra no es mas que un combate perpetuo (4): donde aun los mas espirituales que han recibido las primícias del Espíritu de Dios, están en continuos gemidos, suspirando en sí mismos, y aguardando con ansia la libertad de su cuerpo? ¿Qué? ¿Pensais que esta dichosa libertad pueda encontrarse en medio de estas misérias? ¿Qué lugar puede tener esta libertad de buen placer en una mansion, que no está llena sino de desgracias y calamidades? Ciertamente aun la inocencia y la virtud no pueden pretender estar exêntas de la miséria, como ellas lo están del pecado, en un lugar donde el Justo clama incesantemente (5): *Miserable de mí! ¿quién me librará de este cuerpo mortal?* Y en otra parte (6). *Mis lágrimas han sido mi pan ordinario el dia y la noche.* Y en efecto, ¿qué tiempo puede restar para la alegria y el buen placer, don-

(1) 1. Ioan. 1. 8. (2) Math. 6. 10. (3) Rom. 8. 24.
(4) Iob. 7. 8. (5) Rom. 7. 22. (6) Ps. 41. 3.

de los dias y las noches se pasan en los disgustos y en las tristezas continuas? En fin el Apóstol nos enseña (1), *que todos los que quieren vivir santamente en Jesu-Christo, serán los mas perseguidos.* Tanto mas, quanto el juicio debe comenzar por la casa de Dios, segun que está escrito, y aun verdaderamente mandado por estas palabras del Propheta (2). *Comenzad por los mios.*

14 Mas, si la virtud no encuentra su seguridad en una mansion tan miserable, ¿podrá acaso el vicio estar exênto de miséria, y gozar en parte de la libertad de buen placer? De ninguna manera. Pues la alegria de los malos que no toman sus placeres sino en el crímen, no tiene mas solidéz que la risa de los frenéticos. No hay miséria mas verdadera que la falsa alegria. En fin, tan cierto es que lo que nos parece felicidad en esta vida, no es mas que una miséria real y efectiva, que el Sábio mismo nos asegura (3): *Que es mejor ir á las casas de los llantos y del duelo, que á la de festines y de regocijos.* No es, á la verdad, que no se encuentre alguna manera de placeres en los bienes corporales, en el beber, en el comer, y en todas las comodidades del cuerpo. Pero ¿estas mismas cosas qué acompañadas no están de miséria? Yo confieso, que el pan es una cosa buena y agradable, pero es para aquel que está apretado del hambre. El beber dá placer al que tiene sed, mas ni el beber ni el comer tienen aliciente ninguno para aquel que está harto, antes le sirven de una carga y de un peso insoportable. Si vos no teneis hambre, no tomaréis mucha fatiga en buscar el pan; y sino teneis sed, vos miraréis la fuente mas cristalina con los mismos ojos que un charco cenagoso. Solo el que está abrasado de los ardores del sol, es quien busca la sombra, así como aquel solamente que está helado de frio, ó el que camina en las tinieblas, es quien desea con ansia las luces y el calor de este astro. Tan cierto es, que la sola necesidad de esta cosa nos hace desear el goce de ella. De suerte, que desde que la necesidad viene á cesar, desde este momento tambien toda la satisfaccion que debia estár en ellas, se desvanece y se trueca en disgusto. Por tanto, es menester con-

(1) 2. Tim. 3. 12. (2) Ezech. 7. 6. (3) Eccl. 7. 2.

fesar, que de la parte misma de estos placeres corporales la vida presente no está llena sino de misérias: solo que entre las aflicciones contínuas de las mas grandes penas, las mas ligeras tienen lugar para nosotros de alguna suerte de consuelo; y que por la vicisitud de los menores males que suceden á los mas grandes, la experiencia de los mas leves parece dar alguna relaxacion á la miséria. Así, se toma por un efecto de dicha y de felicidad, lo que no es verdaderamente sino un pasage de los mas excesivos dolores á otros mas soportables.

115 En quanto á aquellos que por el éxtasis de la contemplacion son en algun modo capaces de gustar en este estado alguna pequeña parte de las dulzuras de la bienaventuranza eterna, es constante que ellos gozan de esta libertad de buen placer otras tantas veces como ellos son elevados en estos raptos. Ciertamente, no se puede negar, que estas personas, que han escogido con María la mejor parte, que jamás les será quitada, aun en esta vida tengan el goze de esta libertad de buen placer, aunque raras veces y como de paso. Pues aquellos que poseen desde el presente lo que jamás se les ha de quitar, sin duda alguna experimentan yá lo que está reservado para la otra vida, que no es otra cosa que la bienaventuranza misma. Porque, siendo incompatibles á un tiempo mismo, y en un mismo sujeto la bienaventuranza y la miséria, otras tantas veces como estas personas participan en espíritu de este estado de felicidad, otras tantas están sobre las impresiones de la miséria. Por tanto, es preciso concluir, que solos los contemplativos gozan aca baxo de la libertad de buen placer en alguna manera, pero en muy poca porcion, y muy raras veces; que todos los Justos poseen en parte, pero en parte considerable la libertad de consejo; y que la libertad del Libre Alvedrio permanece comun á todas las criaturas racionales, como lo hemos hecho ver claramente arriba; tan grande de su parte en los buenos como en los malos, y tan entera en este siglo como en el futuro.

CAPÍTULO VI.

Que la gracia es absolutamente necesaria para querer lo bueno.

16 Tambien juzgo, que se ha mostrado con bastante claridad, que esta libertad de Libre Alvedrio permanece siempre en alguna suerte de cautividad, mientras que ella no está, á lo menos en parte, acompañada de las otras dos libertades: y aun tambien que es de este principio, de donde viene nuestra impotencia, de la que habla el Apóstol, quando dice (1). *Vosotros no haceis todo lo que tendriais voluntad de hacer.* Pues es bien cierto, que nosotros tenemos el querer por nuestro Libre Alvedrio, mas no el poder de lo que nosotros queremos. Yo no digo, que tengamos de nosotros el querer el bien ó él mal, sino solamente el querer. El querer el bien es una perfeccion, y el querer el mal es un defecto: mas, el simple querer es la cosa misma que es capaz de perfeccion ó de defecto. Es la gracia de la creacion, la que ha dado el ser á nuestra voluntad: es la gracia de redencion, la que ha dado su perfeccion: y es la voluntad misma quien causa su defecto por su propia caida. Asi, el Libre Alvedrio nos hace querer, y la gracia nos hace querer el bien. De aquel tenemos nosotros la voluntad, pero de la gracia tenemos la buena voluntad. Y enteramente de la misma manera que el temer meramente es otra cosa que el temer á Dios, y el amar simplemente es tambien otra cosa, que amar á Dios; por quanto los simples términos de *temer* y de *amar* declaran solamente las afecciones ó habitudes de la naturaleza en vez de que estando juntas con el otro término, significan las virtudes de nuestra alma; igualmente tambien querer meramente es otra cosa que querer el bien.

17 Las simples afecciones pues, están naturalmente en nosotros, como de nosotros, mas las virtudes absolutamente vienen de la gracia. De suerte, que no hay otra diferencia

(1) Galat. 5. 17.

sino que la gracia perficiona las simples habitudes, que la creacion nos habia dado, y asi las virtudes, hablando propiamente, no son otra cosa que habitudes perfectas y bien regladas. De algunas personas está escrito (1), *que estaban poseidas de temor, donde no habia el menor motivo de temor.* Hubo en ellas temor, pero desarreglado. Este temor queria el Señor ordenar en sus Discípulos, quando les decia (2): *Yo os mostraré á quien debeis temer.* Y David lo habia yá declarado por estas palabras (3): *Venid, hijos mios, escuchadme, y yo os enseñaré el temor de Dios.* Tambien era del amor desordenado, de lo que el Hijo de Dios reprendia á los hombres, quando él decia en San Juan (4): *He venido del Cielo á la tierra yo que soy la verdadera luz, y con todo eso, los hombres han tenido mas amor á las tinieblas que á la luz.* Esto mismo hacia que la Esposa pidiese en el Cántico de los Cánticos (5): *Ordenad en mi la caridad.* Tambien fué en este mismo espíritu que nuestro Señor reprendió á sus dos Apóstoles Santiago y San Juan de sus deseos desarreglados, quando él respondió (6): *Vosotros no sabeis lo que pedis.* Y ellos aprendieron de él como era preciso traer esta voluntad desordenada al derecho camino de la virtud, quando ellos oyeron estas palabras (7): *¿Podeis beber el Caliz, que yo he de beber?* Por entonces él les enseñó de palabra el modo con que era menester reglar la voluntad: mas, despues él les dió la misma leccion harto mas eficazmente con su exemplo, quando en el principio de su Pasion, orando á su Padre Eterno, que apartase de él este Cáliz, él añadió al momento (8): *Con todo eso, que mi voluntad no sea cumplida, sino la vuestra.* Por la condicion pues de nuestra naturaleza nosotros hemos recibido de Dios el querer igualmente que el temer y que el amar; pero por la presencia de la gracia nosotros recibimos de él mismo el querer lo bueno, del mismo modo que el temer y el amar á Dios; á fin de que nosotros nos hagamos verdaderamente la criatura de Dios.

(1) Ps. 13. 9. (2) Luc. 12. 5. (3) Ps. 33. 12.
(4) Ioan 3. 19. (5) Cant. 2. 4. (6) Math. 10. 8.
(7) Math. 10. 8. (8) Math. 26. 19.

18 En efecto, como nosotros hemos sido criados en alguna manera dueños de nosotros mismos por la voluntad misma, tambien por la voluntad buena nosotros entramos en algun modo en el camino de Dios. Pues aquel que la ha criado libre, es el mismo que la hace buena, mas con el designio de que por esta bondad que él nos comunica, nosotros comenzemos á ser su verdadera criatura: siendo para nosotros mucho mas ventajoso no haber estado jamás en el mundo que permanecer en nuestro propio dominio. Pues aquellos que han querido hacerse dueños de sí mismos, y tener el conocimiento del bien y del mal como Dioses, no solamente no han retenido su propio dominio, sino que ellos se han vuelto los esclavos del Demonio. Es pues la voluntad libre, la que nos hace dueños de nosotros mismos: la mala voluntad, la que nos sujeta al poder del Demonio; y la buena, la que nos hace reconocer á Dios por nuestro Soberano. A este asunto dice él Apóstol (1): *El Señor conoce los que son de él.* Pues á aquellos que no son suyos, el mismo Señor les dice (2): *Yo os digo de verdad, que no os conozco.* De donde es fácil inferir, que en el mismo tiempo en que nosotros hemos entrado en el poder del Demonio por la mala voluntad, en el mismo momento hemos sido en algun modo substraidos del dominio de Dios: asi como entrando despues en el servicio de Dios por la buena voluntad, cesamos de estar sugetos al Demonio; segun esta palabra de Jesu-Christo (3): *Es imposible servir á un tiempo á dos Señores.* Mas, sea que pertenezcamos á Dios, ó sea que pertenezcamos al Demonio, no dexamos, con todo eso, de ser de nosotros. Porque en ambos estados la libertad de nuestro Alvedrio permanece en su entereza, y por consiguiente la verdadera causa del mérito: á fin de que podamos justamente ser castigados como malos, pues que la propia voluntad nos hacia libres para no caer en el crímen; ó ser recompensados como justos, pues que nosotros no hemos podido abrazar la virtud, sino por nuestra misma voluntad. Ciertamente, no es el poder del Demonio lo que nos hace sus esclavos, sino

(1) Tim. 1. 29. (2) Math. 25. 12. (3) Math. 6. 24.

nuestra propia voluntad solamente: la gracia de Dios es lo que nos sugeta á él; no nuestra propia voluntad. Es bien cierto, que nuestra voluntad ha sido criada buena por la bondad de Dios; mas, ella no será jamás perfecta sin que ella sea perfectamente sometida á su Criador. No es, con todo eso, que yo quiera atribuirla la obra de su perfeccion, y á Dios solamente la de su creacion; pues que es mucho mas el ser perfecta que el ser hecha; y seria una blasphemia atribuir solamente á Dios lo que fuera menos considerable, y á nosotros lo que fuera mas excelente. En fin, esto mismo es lo que el Apóstol S. Pablo queria dar á entender, quando distinguiendo bien lo que el sentia en si mismo venir de la naturaleza, y lo que el esperaba de la gracia, decia (1): *Yo bien conozco que yo tengo el querer, mas yo no encuentro en mi el poder de cumplirlo.* El conocia, á la verdad, que el tenia en sí el querer por su Libre Alvedrio, mas él reconocia al mismo tiempo, que la gracia le era necesaria para tener la perfeccion de él. Porque si querer el mal es un verdadero defecto de la voluntad, es preciso decir, que querer el bien es una de sus ventajas, pero que su última perfeccion es poder todo el bien que nosotros queremos.

19 A fin pues de que nosotros podamos arribar á la perfeccion de este querer que nos ha sido dado por el libre alvedrio, tenemos necesidad de dos dones particulares de la gracia. El primero es un verdadero conocimiento de la verdad, que obra la conversion de la voluntad al bien: el segundo, un pleno poder que establece la firmeza de la misma voluntad en el bien. La perfecta conversion al bien consiste en que nosotros no gustémos sino de lo que nos es conveniente y lícito: y la perfecta estabilidad en el bien, en que nosotros poseamos efectivamente todo lo que nos es agradable. Mas, entonces nuestra voluntad será verdaderamente perfecta, quando ella sea buena de todas maneras, y ella goze de todos estos bienes. Es cierto, que desde el principio de su sér ella ha poseído dos suertes de bienes, el uno general que le ha sido comunicado por la sola creacion en quanto ella

(1) Rom. 7. 18.

no ha podido ser criada sino buena por un Dios, lleno de bondad, segun lo que está escrito (1): *Dios ha visto todas las cosas que él habia hecho, y ellas eran todas muy buenas.* El otro especial, que la ha venido por el libre alvedrio en quanto ella ha sido hecha á la imágen y semejanza de aquel que la ha dado el sér. Mas, si con los dos precedentes ella llega á poseer un tercer género de bienes, es á saber, la conversion al Criador, entonces es quando con grande razon se la reputará perfectamente buena. Buena sin duda, en general; mejor en su especie; y muy buena por el respeto de sí misma á Dios. Este respeto á Dios no es otra cosa que una total conversion de la voluntad, y una sumision voluntaria y absoluta de sí misma toda á la Divina Magestad. En lo demas, con mucha justicia la plenitud de la gloria es debida, y aun tambien unida á un estado de santidad tan perfecta. Pues que estas dos cosas son de tal suerte inseparables, que es imposible poseer la perfeccion de la santidad, sino en la plenitud de la gloria, ni la plenitud de la gloria sin la perfecta santidad. En fin, no se debe extrañar que esta santidad no pueda ser separada de la gloria, pues que la verdadera gloria no puede venir sino de esta misma santidad. Por lo qual justamente se dice (2): *Bienaventurados los que han hambre y sed de la justicia, porque ellos serán plenamente saciados.*

20 Ved ahi quales son estos dos bienes, de que hicimos mencion mas arriba, es á saber la verdadera Sabiduria, y la plena Potencia. La primera mira á la santidad, y la segunda se refiere á la gloria. Estos dos términos de *verdad* y de *plenitud* se han añadido á los de *Sabiduria* y de *Potencia*: el uno para distinguir la primera de la Sabiduría de la carne, que engendra la muerte (3), y de la Sabiduría del mundo, que no es mas que una locura delante de Dios (4), y por la qual los hombres se juzgan en sí mismos muy prudentes (5), pero son prudentes y sábios para hacer el mal, como dice el Propheta; la otra, para establecer la diferencia de aquellos, de quienes se dice (6): *Los po-*

(1) Gen. 2. 21. (2) Math. 5. 6. (3) Rom. 8. 6.
(4) 1. Cor. 3. 13. (5) Ier. 4. 22. (6) Sap. 6. 7.

derosos del mundo serán poderosamente atormentados. En efecto, la verdadera Sabiduría, y la plena potencia no pueden hallarse en aquellos, cuyo Libre Alvedrio no está yá acompañado de las otras dos cosas que hemos tambien mencionado mas arriba, que son la libertad de Consejo, y la de buen Placer. Y por lo que á mí toca, yo no llamaria verdaderamente Sabio, y plenamente Poderoso, sino á aquel que no solamente tiene el querer por su Libre Alvedrio, sino que todavia él halla el cumplimiento de sus deseos por la posesion de los otros dos bienes; quando, es á saber, él no puede querer lo que es malo, ni estar privado de lo que él quiere: de lo que lo primero que es la verdadera Sabiduria, viene de la libertad de consejo, y lo segundo, que es la plena Potencia, nos es dado por la libertad de buen placer. Mas ¿quién hay tan grande entre los hombres, que pueda gloriarse de este dichoso estado? ¿En qué lugar, ó en qué tiempo le puede él poseer? ¿Por ventura en esta vida? Mas, este hombre sería mas grande que S. Pablo, que confiesa de si mismo (1), *que él no se encuentra en esta perfeccion.* ¿Por ventura le poseyó Adam en el parayso? Mas, si él hubiera tenido esta felicidad, no hubiera sido desterrado jamás de este lugar de delicias.

CAPÍTULO VII.

Si nuestros primeros Padres en el parayso terrestre han gozado de las tres libertades, del Libre Alvedrio, del Consejo, y del buen Placer; y despues del pecado.

21 Ved aqui el lugar de agitar la qüestion, que diferimos antes; es á saber, si los primeros hombres en el parayso terrestre han tenido las tres libertades, de Libre Alvedrio, de consejo, y buen placer, de que hemos hablado en los capítulos precedentes, y que se nombran de otra suerte libertad de necesidad, de pecado y de miseria: ó bien si ellos no han tenido mas que una de las tres,

(1) Rom. 7. 18.

ó solamente dos? En quanto á la primera, sería inútil hablar mas, despues que las razones alegadas mas arriba nos han hecho ver claramente, que ella conviene á los justos, y á los pecadores. Pero en quanto á las otras dos no es sin motivo el preguntar, si Adám las poseyó otro tiempo, ó entrambas juntamente, ó á lo menos una sola. Porque, si es verdad que él no ha tenido ninguna de ellas; ¿qué ha perdido él? pues que él ha conservado en su ser entero la libertad de Libre Alvedrio, asi antes como despues del pecado. Y si él no ha perdido nada, ¿qué grande desgracia le ha sucedido por haber sido echado del Parayso terrestre? Pero, si él ha tenido una de las dos, la dificultad es saber como él la ha perdido: pues es cierto que despues que él pecó, no ha sido exênto ni de pecado ni de miseria durante el resto de su vida. Por otra parte es constante que él no ha podido perder alguna de estas dos libertades, si es que él la hubo recibido alguna vez. De otra suerte, sería menester decir, que él no habria jamás tenido ni la verdadera Sabiduría, ni la plena Potencia, segun la distincion que hemos dado de ellas anteriormente; pues que él ha podido querer lo que no debia, y recibir lo que no queria. ¿Diremos que á la verdad él las ha tenido en una cierta manera, pero que él las ha podido perder, porque no las tenia en su última perfeccion? En efecto, la una y la otra de estas dos libertades tienen dos diversos grados, el uno superior, y el otro inferior. La libertad superior de consejo consiste en no poder pecar: la inferior, en poder no pecar. Igualmente la libertad superior de buen placer, consiste en no poder ser inquietado; la inferior, en poder no ser inquietado. El hombre pues en su creacion ha recibido el grado inferior de estas dos libertades, juntamente con la perfecta libertad de Libre Alvedrio, y él cayó de entrambas á dos por el pecado. Mas cayó tan desgraciadamente, que del estado en que él se hallaba antes, de poder no pecar, se precipitó en el de no poder menos de pecar, por la pérdida entera que él hizo de toda la libertad de consejo, como tambien, habiéndo perdido la libertad de buen placer, cayó en el estado de no poder ya no ser inquietado; en vez de aquel en el qual él se

hallaba de poder no ser inquietado. De suerte què no le ha quedado para suplicio suyo sino la libertad de Libre Alvedrio, por la qual él ha perdido ciertamente las otras, mas no pudo perder esta en ninguna manera. La razon de esto consiste, en que habiéndose él hecho esclavo del pecado por su propia voluntad, perdió muy justamente la libertad de consejo; y habiéndose hecho tributario de la muerte por el pecado, él no ha podido conservar en manera ninguna la libertad de buen placer.

22 Es pues cierto, que de tres libertades que él habia recibido en su creacion, usando mal de la de Libre Alvedrio, él se privó á un tiempo mismo de las otras dos. Y él verdaderamente abusó de ella, por quanto habiéndola recibido para la gloria, él la hizo servir á su propia ignominia, segun lo que está escrito en el Psalmo (1): *Habiéndo sido el hombre criado en el honor, no comprendió su excelencia; él ha sido comparado á las bestias brutas, y se ha hecho semejante á ellas.* En lo demas, no hay sino el hombre entre los animales, á quien se haya dado el poder pecar á causa de la dignidad de su Libre Alvedrio. Mas, este poder le ha sido dado, no á fin de que él se dexase ir al pecado, sino á fin de que él pareciese tanto mas glorioso, sino pecára, pudiendo él pecar. En efecto, ¿qué honor mas grande le podia venir que decirse de él lo que está escrito en el Eclesiástico (2): *¿Quién es este, y nosotros haremos su elogio?* Mas ¿quién es el sugeto de este elogio? *Este es él que ha hecho*, dice, *las maravillas en su vida.* Y ¿quales son estas maravillas? *Que él ha podido dexar el camino de la virtud, y ha permanecido firme. El ha podido hacer el mal, y él no lo ha cometido.* Este es el honor que él ha conservado siempre, mientras que ha vivido sin pecado, y que él ha perdido desde el momento que él ha cometido el crímen. Mas, él ha pecado, porque le era libre el pecar: y esta libertad no le ha venido sino del Libre Alvedrio, del qual seguramente tenia el poder pecar. En lo que, con todo eso, la falta no debe en manera alguna atribuirse á su Bien-hechor, sino sola-

(1) Ps. 48. 13. (2) Eccl. 31. 9.

mente á aquel que desgraciadamente abusó de él, porque hizo servir al pecado el poder que habia recibido para sacar de él la gloria de no pecar. Es cierto, que él ha pecado por el poder que él habia recibido: mas él ha pecado, porque él lo ha querido, no porque él lo ha podido. Asi, los Angeles buenos no han caido en la rebelion con el Diablo y sus adherentes, no porque ellos no lo han podido, sino porque ellos no lo han querido.

23 No es pues al dón de la potencia, sino al defecto de la voluntad, á quien se debe atribuir la caida de aquel que comete el pecado. Pero la desgracia es, que aunque la caida viene de la voluntad, no le es ya igualmente libre salir del precipicio, porque en efecto, aunque se le ha dado el poder para mantenerse sin caer, mas no para levantarse despues de su caida: siendo mucho mas fácil caer en un precipicio, que salir de él. El hombre, á la verdad, ha caido por sola su voluntad en el abysmo del pecado; mas su voluntad no ha tenido bastante poder para retirarse de él; pues que efectivamente él no puede ya no pecar, aunque él bien quisiera ahora contenerse del pecado.

CAPÍTULO VIII.

Que la libertad de Alvedrio permanece entera despues del pecado.

24 ¿Qué dirémos pues? ¿Se ha perdido el Libre Alvedrio á causa de que él no puede ya no pecar? No; sino, que él ha perdido el libre consejo, que le daba antes el poder no pecar: asi como él perdió la libertad de buen placer, que le daba antes el poder no ser inquietado, en vez de que al presente él es tan miserable que él no puede menos de ser inquietado. Permanece pues entero el Libre Alvedrio, aunque miserable despues del pecado. Y aunque el hombre no podria por sí mismo librarse del pecado y de la miseria, eso no es porque él haya perdido el Libre Alvedrio, sino porque él ha sido despojado de las otras dos libertades. Tambien es constante, que el Libre Alvedrio no tiene de sí, ni ha tenido jamás el Poder, ni el Saber,

sino solamente el querer; y que él no hace á la criatura poderosa, ó sabia, sino solamente capaz de querer. Por tanto no se debe pensar, que ella haya perdido su Libre Alvedrio, á menos que ella no sea destituida de su voluntad, aunque por otra parte ella esté desproveida de potencia y de Sabiduría: porque no hay libertad, donde no hay voluntad. Yo no digo, que si faltára en la voluntad querer el bien precisamente, sino que digo que si faltára en ella absolutamente el querer, en semejante hypótesi, se debería confesar sin contradiccion, que no solamente habria perecido el Libre Alvedrio, sino que enteramente habria faltado la misma voluntad: y por consiguiente, que en este caso no precisamente faltaria la bondad por el defecto de la voluntad, sino que aun faltaria la voluntad misma del todo. Mas, si ella está solamente en la impotencia de querer el bien, es una prueba de que está privada de la libertad de consejo, mas no de la de Libre Alvedrio. Pero, si por otra parte ella no falta á querer el bien, sino que solamente la falta á ella el poder hacer este bien que ella misma quiere, entonces es manifiesto que no ha perdido á la verdad su Libre Alvedrio, sino que está destituida de la libertad de buen placer. Si pues el Libre Alvedrio es de tal suerte inseparable de la voluntad, que no hay sino la destruccion de esta que pueda causar la ruina de aquel; y si la voluntad permanece igualmente, asi en el bien como en el mal; es preciso decir tambien, que el Libre Alvedrio del mismo modo subsiste y permanece tan entero en el bien como en el mal. Y asi como la voluntad, por estar caida en la miseria, no cesa de ser voluntad, sino que ella de nombre y de realidad se llama una voluntad miserable; y reciprocamente una voluntad dichosa, asi el alvedrio permanece siempre libre en qualquiera miseria que él se encuentre, y (en quanto es de su parte) no puede ser destruido por alguna necesidad.

25 Sin embargo, aunque en todos estos estados él subsista siempre de un mismo modo sin la menor diminucion de su libertad, con todo eso, no está igualmente en su poder el volver del mal al bien, como le habia sido libre de si mismo caer del bien en el mal. Mas, ¿qué

maravilla es, que estando caido, no pueda de sí mismo levantarse, pues que estando en pie, él no podia con todos sus esfuerzos elevarse á un estado mas excelente? En fin, es constante que quando él gozaba todavia en parte de las otras dos libertades, no ha podido subir de sus grados inferiores á los superiores, yo quiero decir, del estado de poder no pecar, y de poder no ser inquietado, al de no poder pecar, y de no poder ser inquietado. Si pues estando ayudado en alguna manera de estas dos libertades, no ha podido, con todo eso, pasar de lo bueno á lo mejor, ¿cómo estando enteramente destituido de ellas, podria él mismo retirarse del mal, para volver al bien que él ha perdido?

26. Por eso es menester, que el hombre reconozca la grande necesidad, que él tiene de Jesu-Christo, Virtud y Sabiduría de Dios, el qual como Sabiduria, le comunique enteramente de nuevo un perfecto conocimiento de la verdad, á fin de restablecer en él la primera libertad de consejo, y como Virtud de Dios le dé otra vez un poder absoluto, á fin de reparar en él su libertad de buen placer: y que asi, habiéndose hecho perfectamente bueno por el restablecimiento del libre consejo, él no tenga ya en lo adelante algun comercio con el pecado; y por otra parte, hallándose perfectamente dichoso por el recobro del buen placer, no esté ya expuesto á los insultos de la miseria. Mas, ciertamente es en la otra vida donde es preciso esperar el goze de esta perfeccion, quando estas dos libertades que nósotros ahora hemos perdido, serán plenamente restituidas á nuestro Libre Alvedrio, no en la manera que ellas han sido comunicadas en esta vida á las almas las mas perfectas, ni aun tampoco como lo fueron al primero de los hombre en el parayso terrestre, sino en la misma que los Angeles bienaventurados las poseen en el Cielo. Por el presente nos debe bastar, mientras que estamos en este cuerpo mortal, y en este siglo malo, no obedecer al pecado, reprimiendo la concupiscencia por la libertad de consejo; y no temer las aflicciones, manteniendo la justicia por medio de la libertad de buen placer. Sin duda no es poca Sabiduría en esta carne de pecado, y en estos dias de

malicia, ya que no se puede del todo carecer de pecado, á lo menos no darle su consentimiento: como igualmente, no es un poder débil el despreciar valerosamente todos los rebeses de esta vida por mantener la verdad, aunque el hombre no sea tan dichoso, que no sienta algunos de sus golpes.

27 En fin, es menester, que en el estado presente la libertad de Consejo nos enseñe á no abusar de la libertad de Libre Alvedrio, á fin de que algun dia podamos gozar plenamente de la libertad de buen placer. Por este medio nosotros retrazarémos la Imágen de Dios, que estaba en nosotros borrada, y con el socorro de la gracia estarémos mas bien dispuestos para recobrar esta primera dignidad, que habíamos perdido por el pecado. Y dichoso aquel que merezca oir de si mismo esta alabanza (1): *¿Quién es este, y nosotros haremos su elogio? pues que él ha hecho maravillas en su vida: Él ha podido alexarse de la virtud, y no lo ha hecho, cometer el mal, y él no lo ha cometido.*

CAPÍTULO IX.

Que la Imágen y semejanza de Dios, á la qual nosotros habiamos sido criados, consiste en las tres libertades precedentes.

28 Por mí, yo creo, que esta Imágen y Semejanza del Criador, á la qual nosotros habiamos sido hechos, está propiamente establecida sobre estas tres libertades; de suerte que la Imágen se refiera á la libertad de alvedrio, y que en las otras dos libertades se exprese una duplicada semejanza. Por eso es acaso, que el Libre Alvedrio no padece alguna decadencia ni diminucion en su naturaleza, porque en el es principalmente dónde la esencia de la Divinidad eterna é inmutable está representada como en su perfecta Imágen (2). Pues bien que sea cierto, que él ha tenido su principio, es cierto, con todo eso, que él no

(1) Eccl. 31. 3. (2) V. Ser. 80. y 81. Sobre el Cántico de los Cánticos.

tendrá fin jamás. Y asi como él no recibe aumento por la santidad ó por la gloria, asi tampoco viene á su ruina por el pecado, ó por la miseria. ¿Qué cosa mas semejante á la eternidad, entre todo lo que no es la eternidad? Mas, por lo que toca á las otras libertades, se las puede llamar mas oportunamente una cierta semejanza accidental de la Sabiduría y de la Potencia divina, que es añadida á la Imágen; pues que no solamente puede sufrir alguna alteracion, sino que tambien se puede enteramente perder. En efecto, nosotros las hemos perdido por el pecado, y las recobramos por la gracia: y nosotros vemos tambien, que hacemos todos los dias en ellas nuevas adquisiciones, y nuevas pérdidas, los unos mas, y los otros menos. Tambien pueden perderse sin esperanza de recuperarlas jamás: é igualmente se pueden poseer sin temor de perderlas por lo futuro, ni de sufrir en ellas alguna diminucion.

29 Es cierto que el hombre ha sido criado en el parayso terrestre, no, á la verdad, en el supremo grado de esta duplicada semejanza de la Sabiduría y de la potencia de Dios, pero en otro bastante próximo á este. Y ciertamente, ¿qué cosa mas próxîma al estado de no poder pecar, ni ser turbado, al qual los Angeles y los Santos han llegado ya sin duda alguna, y que Dios posee por toda la eternidad, que el poder no pecar y no ser turbado, en el qual estado ha sido criado el primer hombre? A la verdad, él cayó de este estado por el pecado, y nosotros tambien en él y con él: mas, por medio de la gracia volvemos á entrar en él de nuevo; yá que no en el mismo grado, á lo menos en otro inferior á él. De donde viene, que aunque acabaxo no podamos estar exêntos totalmente de pecado ni de miseria, la gracia, con todo eso, nos da bastante fuerza para no ser vencidos por el pecado. Y si la Escritura dice (1) *que todo lo que es nacido de Dios, no peca*, ella nos quiere hablar de los predestinados á la vida eterna, y enseñarnos, no que ellos esten absolutamente sin pecado, sino que su pecado no lés es imputado, pues que él ó es castigado con una penitencia saludable; ó en-

(1) 3. Ioan. 3. 4.

cubierto en las obras de la caridad. *La caridad*, dice S. Pedro (1): *cubre la muchedumbre de los pecados.* Y David nos asegura, *que aquellos son Bienaventurados, cuyos crímenes fueron perdonados, y los pecados cubiertos.* Y en otra parte (2). *Bienaventurado aquel á quien Dios no ha imputado su pecado.* Yo digo pues, que los Angeles poseen el primer grado de esta divina semejanza: nosotros el último: Adam el de enmedio: los Demonios ninguno. A aquellos Espíritus sublimes se les dió la ventaja de permanecer sin pecado y sin miseria; á Adam la de vivir algun tiempo sin lo uno ni lo otro, mas no de perseverar en esto; á nosotros la de no sucumbir á lo uno ni á lo otro, sin estar exêntos, con todo eso, de ambas cosas. Mas, en quanto al Diablo y los que son miembros suyos, como ellos no tienen jamás la voluntad de resistir al pecado, tampoco están jamás en la potestad de evitar la pena, que es debida al pecado.

30. Asi, por quanto estas dos libertades de consejo, y de buen placer (3), por medio de las quales Dios comunica á la criatura racional la verdadera Sabiduría, y la Potencia absoluta, se encuentran freqüentemente en diferentes estados segun la diversidad de los sugetos, de los lugares, y de los tiempos, ordenándolo la divina Providencia, como á ella la agrada, de suerte que sobre la tierra no se goza de ellas sino muy poco, en el Cielo con toda perfeccion, en el parayso terrestre en un grado mediocre, y nada absolutamente en los Infiernos, y de otra parte tambien, por quanto la libertad de Alvedrio permanece siempre invariable en el primer estado de su creacion, de suerte que (en quanto es de parte de ella) el Cielo, la Tierra, y los infiernos la poseen siempre igualmente; es con grande razon, que las dos primeras libertades son empleadas para representarnos la semejanza con Dios, y la última para expresarnos su Imágen. Y ciertamente para hacernos conocer, que estas dos libertades, que nos exprimen la divina semejanza, están enteramente desterradas de los infiernos, no es menester mas que la auto-

(1) 1. Petr. 4. 8. (2) Ps. 31. 8. (3) V. num. 31.

ridad de las Sagradas Escrituras. Estas palabras del Eclesiáste (1): *Trabajad incesantemente para cumplir todas las obras que podeis al presente hacer, porque las acciones de virtud, la razon, ni la Sabiduría no tienen ningun lugar en el Infierno á donde vos os apresurais*: Estas palabras, vuelvo á decir, manifiestan abiertamente, que la verdadera Sabiduría, que viene de la libertad de Consejo, no se encuentra de ninguna manera en este lugar del desorden. Y por lo que mira á la Potencia, que nos es comunicada por la libertad de buen Placer, el Evangelio habla de ella asi (2): *Echadle, atados pies y manos en las tinieblas exteriores.* Donde este encadenamiento de pies y manos nos hace ver evidentemente, que aqui están enteramente privados de toda suerte de poder.

31 Pero, alguno me dirá: ¿Cómo es posible que no haya alguna Sabiduría en un lugar donde los males que se padecen, causan necesariamente un extremo pesar de los pecados que se han cometido? ¿Puede acaso faltar este pesar en los tormentos, ó puede tampoco dexar de ser Sabiduría este mismo pesar? A la verdad esta objecion sería de algun peso, si asi como es castigada alli la obra del pecado, no fuera tambien castigada la voluntad mala. Es bien cierto, que ninguno que está puesto en medio de los tormentos puede deleytarse en repetir de nuevo el acto de pecado. Pero, si la voluntad aun en medio de los tormentos permanece en la malicia, ¿qué grande fundamento es la inexecucion ó cesacion de la obra, para que se pueda decir, que este miserable condenado tiene algo de Sabiduría, porque estándo rodeado de llamas devorantes, no le agrada mas satisfacer á su lascivia? En fin: *La Sabiduria*, dice Salomon (3), *no puede habitar en un alma mal intencionada.* Mas ¿de donde probarémos, que la voluntad persiste siempre en su malicia, aun en medio de los tormentos? Ciertamente, por decirlo todo en una palabra: de que los condenados no querrian enteramente ser castigados. Y como nada hay mas justo que castigar los que han merecido la pena por sus pecados, sin duda ellos no

(1) Eccl. 9. 10. (2) Math. 22. 13. (3) Sap. 1. 4.

quieren lo que es justo. Pues ahora: La voluntad de aquel que no quiere lo que es justo, nó puede ser justa ella misma: y desde qûe ella se aparta de la justicia, se hace injusta, y por consiguiente mala (1). Hay dos cosas que comprueban la injusticia de la voluntad, ó quando ella se agrada de cometer el pecado, ó quando desea quedar impunidà despues de haberle cometido. En aquellos pues, que han tenido la voluntad de darse al pecado, quandó ellos tuvieron la libertad para eso, y que buscan la impunidad de sus crímenes, luego que ellos se ven en la impotencia de cometerlos: ¿qué apariencia siquiera hay ni de la verdadera Sabiduría, ni de una voluntad buena? Mas, demos, que ellos se arrepientan de sus pecados: ¿no es verdad, con todo eso, que ellos querrian mas todavia pecar que sufrir la pena del pecado, si se les diera opcion para esto? Y sin embargo, lo primero es injusto; lo segundo justo. Quando pues la voluntad que es buena, se determinaria á escoger mas antes lo que es contrario á la justicia, que lo que es conforme á ella? Ni ¿cómo se puede decir que están tocados de un verdedero arrepentimiento, los que no tanto se duelen de haber satisfecho á sus malos deseos, como sienten el verse en la impotencia de executarlos ya jamás. En fin, lo que parece por fuera, nos hace juzgar de lo que se pasa por dentro; no siendo nada mas constante, sino que la voluntad persevera porfiadamente en la malicia, otro tanto tiempo como el cuerpo es conservado incorruptible en las llamas. Es pues una verdad cierta, que no se halla en el infierno ni se puede hallar algun rasgo de la divina semejanza, que nos es representada por las dos libertades de Consejo, y de buen Placer, aunque la Imágen expresada por el Libre Alvedrio permanezca alli en su ser entero é inmutable.

(1) V. Lib. 5. de Consid. Cap. 12.

CAPÍTULO X.

Que la semejanza de Dios es reparada en nosotros por Jesu-Christo.

32 Pero ni aun en esta vida tampoco podria encontrarse esta divina Semejanza; sino que aun la misma Imágen permaneceria en su estado de abatimiento fea y deforme, si la Muger del Evangelio (1) no hubiera encendido la antorcha, es decir, si la Sabiduría Increada no hubiera transtexado en la morada del pecado, y buscado la joya que habia perdido, yo quiero decir su Imágen: la qual despojada de su belleza natural y todo manchada de los horrores del pecado, se hallaba como sepultada en la basura y el polvo: si ella no la hubiera purificado despues de recobrada, y sacado de este estado de desemejanza en el qual estaba caida; y si, en fin, habiéndola restituido á su primera belleza, no la hubiera hecho todo resplandeciente como los Santos en la gloria eterna, ó mas bien perfectamente semejante á ella misma, para que se cumpliese esta palabra de la Escritura (2): *Estamos asegurados de que luego que él se descubra á nosotros, le seremos enteramente semejantes, y le veremos tal como él es.* Ciertamente, no pertenecia á otro que al Hijo de Dios trabajar en esta obra. Pues siendo el Explendor de la gloria, y la figura de la substancia del Padre, y sosteniendo todo el mundo en la virtud sola de su palabra, él poseía en si mismo las dos qualidades necesarias para reparar la deformidad de esta Imágen, y para fortificar su flaqueza: sacando del explendor de su gloria, con qué disipar las tinieblas del pecado, y haciéndola por este medio verdaderamente sábia; y por la virtud de su palabra, haciéndola poderosa contra la tirania del Demonio.

33 Vino pues, habiendo descendido del Cielo, este Divino modelo, al qual el Libre Alvedrio debia ser enteramente conforme: tanto mas, quanto para volver á tomar

(1) Luc. 15. 8. (2) Ioan. 3. 2.

su primera belleza, era conveniente que él fuese en ella establecido por este mismo por quien él habia sido primeramente formado. Pues este modelo no es otro que la Sabiduría eterna: y la conformidad, que se debe encontrar entre la copia y el original, consiste en que la Imágen obre en el cuerpo lo que la Sabiduría divina en el Universo. *La Sabiduría*, dice Salomon (1), *obra con fuerza desde una extremidad hasta otra extremidad, y ordena todas las cosas con suavidad.* Ella obra desde una extremidad hasta la otra: esto es, desde el mas alto Cielo hasta las partes mas baxas de la tierra; desde el primero de los Angeles hasta el mas infimo gusanillo. *Ella obra con fuerza*: no ciertamente por un movimiento sucesivo, ó segun la extension de los lugares, ó bien solamente por el ministerio oficioso de las criaturas que están á ella sometidas, sino por su propia virtud, que está substancialmente en todo lugar, y por la qual ella mueve, ordena, y govierna todas las cosas muy fuertemente y muy poderosamente. Sin embargo, ella no obra todas estas cosas por alguna necesidad de si misma: pues que no solamente las hace todas sin pena y sin trabajo, sino que tambien las ordena muy suavemente y con una voluntad perfectamente tranquila. Digamos todavia, que *obra de una extremidad hasta otra extremidad*, esto es, desde el nacimiento de la criatura hasta el fin que la está destinado por su Criador; sea que este fin suceda por el curso ordinario de la naturaleza; sea que él sea anticipado por algun accidente inopinado, ó bien, que él sea un particular efecto de la gracia. *Ella obra tambien con fuerza*: porque ninguna de estas cosas sucede sin su voluntad, y por el órden expresado de su providencia Omnipotente.

34 Es preciso pues, que el Libre Alvedrio se esfuerze á dominar sobre su cuerpo, de la misma manera que la Sabiduría preside al Universo: y que á su exemplo, él obre fuertemente desde una extremidad hasta la otra, es decir, que el mande á todos sus sentidos y á todos sus miembros con tanto imperio, que él no sufra que el pecado

(1) *Sap. 8. 1.*

reyne en modo alguno en su cuerpo mortal, ni que sus miembros sirvan á la iniquidad, sino que mas bien él los emplee en el servicio de la santidad. Y asi, yá él hombre no será esclavo del pecado, pues que él no le habrá cometido: al contrario, hallándose libre ya de su tirania, comenzará á recobrar la libertad de Consejo, y á tomar su antigua dignidad, al mismo tiempo que él se revestirá de la semejanza que es digna y conforme á esta Imágen de Dios que está en él; y aun recuperará su antigua belleza. Mas sobre todo, es menester que él tenga un gran cuidado de hacer todas estas cosas con tanta suavidad como fuerza, es decir, sin tristeza, y sin coaccion, lo qual es el principio, aunque no la perfeccion de la Sabiduría, sino con una voluntad pronta y gozosa, que hace nuestro sacrificio enteramente agradable á la divina Magestad, segun esta palabra del Apóstol (1): *Dios ama al que le dá con alegria.* Asi, llegando el hombre á resistir fuertemente á todos sus vicios, y gozando dulcemente del reposo de su conciencia, se hará un perfecto imitador de la Sabiduría divina en todas las cosas.

35 Mas, si tenemos necesidad de su exemplo para aspirar á esta divina conducta, su auxîlio nos es absolutamente necesario para hacernos conformes á él (2), y para ser transformados en la misma Imágen de claridad en claridad por la iluminacion del Espíritu del Señor. Pues, si esto es por la iluminacion del Espíritu del Señor; luego no es por el Libre Alvedrio. Nadie pues imagine, que él Libre Alvedrio es asi llamado, por tener un igual poder ó facultad de dirigirse al bien ó al mal; pues que de si mismo él ha podido dexarse caer en el mal, pero no puede levantarse de alli, sino por el Espíritu del Señor. De otra suerte, como Dios, y los Angeles Santos están de tal suerte firmes en el bien, que no pueden jamás determinarse al mal: y los Angeles rebeldes estan de tal suerte adheridos al mal, que ellos no podrian jamás determinarse al bien; sería forzoso decir, que ni los unos ni los otros gozaban de la libertad de Alvedrio; y que noso-

(1) 1. Cor. 9. 7. (2) 2. Cor. 3. 18.

tros mismos la perderémos despues de la resurreccion, quando serémos inseparablemente asociados, los unos con los buenos, y los otros con los malos. Con todo eso, es cierto que ni Dios esta privado de alvedrio, ni el Diablo tampoco: porque no es una necesidad de flaqueza ó de impotencia, sino una firme voluntad y una firmeza voluntaria en el bien, lo que hace que Dios no pueda ser malo. E igualmente no es una fuerza extraña y violenta, sino la voluntad obstinada del Demonio, y su obstinacion voluntaria en el mal, lo que le estorva dirigirse hácia el bien. Es pues mas probable, que el Libre Alvedrio es asi llamado, porque él hace á la voluntad igualmente libre, sea en el bien, sea en el mal, pues que nadie puede ni debe ser reputado bueno ni malo, sino el que quiere. Y sobre este fundamento se puede decir, que él se dirige igualmente al bien que al mal, en quanto de ambos lados hay una misma libertad en la voluntad, aunque no haya una igual facilidad en la eleccion.

CAPÍTULO XI.

Que la gracia que nos atrae al bien, y la tentacion que nos incita al mal, no perjudican en nada al Libre Alvedrio.

36 Ciertamente, como hemos dicho ya, el Criador de todas las cosas, ha querido particularmente honrar á la criatura racional con esta prerrogativa de excelencia en este punto, que como él mismo es independiente de otra qualquiera cosa, y es bueno por su propia voluntad, y no por necesidad, del mismo modo tambien ella fuese en alguna manera señora de si misma, no pudiendo hacerse mala sino por su voluntad, lo que haria la materia de su justa condenacion, ni permanecer buena, sino por su misma voluntad, lo que estableceria el mérito de su salud eterna. No que la propia voluntad sea suficiente para hacerla merecer su salud, sino porque ella no podria obtenerla

(1) Ioan. 6. 44.

sin su voluntad. Pues que nadie es salvado á pesar suyo. En nada se opone á esto lo que leemos en el Evangelio (1): *Nadie viene á mi que no sea traido por mi Padre.* Y en otra parte (2): *Compeledlos á que entren.* Porque, sin embargo de que Dios como un buen Padre que quiere salvar todos sus hijos (3), parezca llevar y compeler con fuerza los hombres á su salud, con todo eso, él no juzga digna de este grande favor persona alguna, de quien él antes no haya reconocido la voluntad. Y todo lo que él pretende por sus amenazas, es hacernos tener la voluntad, y no salvarnos contra nuestro gusto. En manera que, quando él muda nuestra voluntad del mal al bien, no nos quita la voluntad, sino que la hace pasar á un estado mas ventajoso para ella. Ni es siempre á pesar nuestro el ser traidos por otro alguno: un ciego ó un viagero fatigado del camino, no se enojan, quando les llevan por él. No (4) era contra el gusto de S. Pablo, que le llevasen de la mano para conducirle á la Ciudad de Damasco. Y la Esposa en el Cántico de los Cánticos deseaba especialmente ser traida de este modo, quando ella oraba á su Esposo con tanta instancia (5): *Traedme en pos de vos; nosotros correrémos al olor de vuestros perfumes.*

37 En quanto á los pasages de la Escritura, que parecen hablar de otra diversa coaccion de la voluntad; por exemplo, el del Apóstol Santiago (6): *Cada uno es tentado por su propia concupiscencia, que le lleva y le atrae*: y este otro de la Sabiduría (7): *El cuerpo que está sugeto á la corrupcion, oprime el alma y esta morada terrestre deprime el Espíritu por el embarazo contínuo de las cosas de la tierra*: ó todavia esta quexa del Apóstol (8): *Yo siento en mis miembros una ley, que se opone á la ley de mi Espíritu, y que me tiene cautivo baxo la servidumbre del pecado*, parecen á primera vista imponer coaccion á la voluntad y quitarla su libertad. Mas, con todo eso, es constante, que por mas tentaciones que de dentro y de

(1) Ioan. 6. 44. (2) Luc. 14. 23. (3) 1. Tim. 2. 3.
(4) Act. 9. 8. (5) Cant. 1. 3. (6) Iac. 1, 14.
(7) Sap. 9. 15. (8) Rom. 7. 23.

fuera combatan la voluntad, ella queda siempre libre en quanto á su alvedrio; porque ella juzgará libremente siempre de su propio consentimiento. Y en quanto á su libertad de Consejo ó de buen Placer, ella á la verdad conoce bien, que los ataques continuos de la concupiscencia, y las miserias de esta vida la ponen en un estado, en que ella tiene menos de libertad, pero tambien sabe igualmente, que ellos no pueden en manera alguna hacerla mala, mientras que ella no quiere consentir al pecado. San Pablo (1) mismo, que se quexa de estar como encadenado baxo la servidumbre del pecado, á causa de que él sentia la flaqueza de su libertad de Consejo, no dexa, con todo eso, de gloriarse de tener siempre su consentimiento pleno y entero, y de encontrarse en una grande libertad para seguir la virtud. *No soy yo*, dice él (2), *quien hace el mal.* Mas ¿sobre que fundais, ó Santo Apóstol, esta confianza? *Porque yo quiero*, dice él, *seguir la ley de Dios á causa de que ella es justa.* Y en otra parte (3): *Porque yo me deleyto en la ley de Dios segun la parte superior de mi mismo.* El se persuade, que siendo el ojo, es decir, la intencion sencilla, todo el cuerpo debe estar exênto de tinieblas. Y él no duda decir, que es muy libre en el bien por la integridad de su consentimiento, aunque él se sienta atraido por el pecado, ó por la miseria. Lo que le hace inferir generalmente con confianza (4): *Que todos los que viven en el espiritu de Jesu-Christo, no tienen que temer la condenacion, ni sus suplicios.*

(1) Rom. 7. 19. (2) Id. 20. (3) Id. 25.
(4) Rom. 8. 1.

CAPÍTULO XII.

Si aquel que niega la fé por el temor de la muerte y de los tormentos, está excusado de pecado, ó privado de Libre Albedrio. Se exâmina la negacion de S. Pedro.

38 Es menester hablar ahora de aquellos, que han sido forzados á negar la fé de boca solamente por el temor de la muerte y de los tormentos, no sea que se imagine con la ocasion de las resoluciones precedentes, ó que ellos hayan negado la fé sin ofender á Dios, no habiéndola negado mas que exteriormente, ó que la voluntad haya sido precisada á pecar, queriéndo sin duda el hombre lo que él mismo igualmente no queria; de donde se seguiria la destruccion del Libre Alvedrio. Pues, no siendo eso posible de ningun modo (porque no se puede á un tiempo mismo querer y no querer una misma cosa) se pregunta que por qué se imputa el pecado á aquellos que de ninguna manera le querrian cometer. Especialmente, porque no es lo mismo de este pecado de que estamos hablando, que del pecado original, que por una razon particular mancha al que todavia no ha recibido el Bautismo, no solamente sin su consentimiento, sino tambien muchas veces sin que él tenga conocimiento de ello. Veamos la prueba de esta verdad en la persona de S. Pedro. Parece desde luego que este Apóstol ha negado la verdad contra su gusto, viéndose necesitado á negar ó á morir; y en efecto él ha negado de temor de morir. El no queria pues negar, pero él queria todavia menos morir. En manera, que verdaderamente esto ha sido á pesar suyo: mas, con todo eso, él ha negado, para no morir. Y si este Apóstol ha sido obligado á decir de boca y no de voluntad lo que su corazon no queria confesar; él no ha sido forzado á querer otra cosa que lo que él queria. Ello es cierto que la lengua ha hablado contra su voluntad; mas ¿pensais Vos, que él haya mudado de voluntad? De ninguna manera. Pues; ¿qué queria este Apóstol? El queria ser Discípulo de Jesu-Christo, como en efecto lo era.

Pero ¿qué decia él (1)? *Yo no conozco ese hombre.* Y ¿por qué hablaba él de este modo? Porque él queria librarse de la muerte. ¿Qué crímen pues ha cometido él en este caso? Esta accion nos hace notar dos voluntades en San Pedro: la una, que no le hace de ningun modo culpable, por la qual él no hubiera querido morir: la otra, que es enteramente digna de alabanza, por la qual él tenia gozo de ser Discípulo de Jesu-Christo. ¿En qué pues le hallamos nosotros delinqüente? ¿Es en que él haya querido mas mentir que morir? Sí; esta voluntad merece reprension, porque ella se interesa mas en conservar la vida de cuerpo que la vida del alma. Pues escrito está (2): *La boca que profiere la mentira, da la muerte á su alma.* El peca pues, y por consentimiento de su propia voluntad, y de su voluntad muy libre, aunque flaca y miserable. Porque él ha pecado verdaderamente, no por el menosprecio ó aborrecimiento que él tuviese á Jesu-Christo, sino por el grande amor que se tenia á sí mismo. Ni creais, que este terror imprevisto haya impelido la voluntad de S. Pedro á este amor malo de sí mismo; solamente hizo manifiesto, que él estaba ya en el fondo de su corazon. Y sin duda él se amaba mucho, y sin conocerlo, quando oyó de la boca de aquel que no podia ignorarlo (3): *Tú me negarás por tres veces antes que el gallo llegue á cantar.* Es pues verdad, que esta flaqueza de la voluntad, que ha sido conocida y no concebida por el temor de la muerte, ha hecho patente la diferencia del amor, que este Apóstol tenia á sí mismo respecto del que él mismo tenia á Jesu-Christo. La ha hecho patente, digo yo, á S. Pedro, no á Jesu-Christo, pues el Señor sabia ya perfectamente todas las cosas secretas de su corazon. En quanto él amaba á Jesu-Christo, no se puede negar, que su voluntad no haya sufrido una grande violencia en hablar contra su gusto: mas en quanto él se amaba á sí mismo, es tambien verdad, que él se ha determinado muy voluntariamente á hablar por su interes. Si él no hubiera tenido amor á Jesu-Christo, no le hubiera negado á pesar suyo: pero

[1] Math. 26. 13. (2) Sap. 1. 34. (3) Math. 26. 11.

sino se le hubiera tenido mas á sí mismo, no le hubiera negado en manera alguna. Por tanto, es preciso confesar, que él ha sido compelido, ya que no á trocar, á lo menos á ocultar su voluntad: compelido, digo yo, no á renunciar al amor de su Dios (*a*) sino á suspenderle en algun modo por el amor de sí mismo.

39 Mas ¿qué? ¿Pensais que todas las resoluciones, que hemos establecido mas arriba tocante la libertad de la voluntad, son destruidas, por haber dicho ahora, que la voluntad ha podido sufrir violencia? Ellas lo serian sin duda, si fuera verdad, que ella hubiera podido ser compelida por otro que por ella misma. Mas, si ella misma es quien ha hecho la violencia, es forzoso tambien decir, que habiéndola hecho y sufrido ella misma y por ella misma, ha recobrado su libertad por el mismo medio, por el qual parecia perderla: pues que es ella misma la causa de la violencia, que ella ha recibido. Porque, no pudiendo venir sino de la voluntad misma, lo que la voluntad sufre por ella misma; y no pudiendo ser efecto de la necesidad lo que viene de la voluntad, es absolutamente voluntario, y por consiguiente libre. En fin, aquel á quien la propia voluntad compelió á negar, ha sido compelido, porque él ha querido: ó mas bien, él no ha sido compelido, sino que solamente él ha consentido, no á una violencia de alguna potencia extraña, sino á su propia voluntad, por la qual él queria evitar la muerte por toda suerte de medios. Y en efecto, ¿cómo hubiera podido la voz de una simple servienta precisar una lengua tan santa á proferir tan horribles blasfemias, si la voluntad que era señora absoluta de la lengua, no hubiera convenido en ello? Es esto tan cierto, que en seguida de esta accion, luego que S. Pedro llegó á reprimir este amor excesivo de sí mismo, y comenzó á amar á Jesu-Christo, como él debia, con todo su corazon, con toda su alma, y con todas sus fuerzas, jamás su voluntad pudo ser ganada ni

(*a*) Es á saber, por un acto contrario al amor. Pues que *él pecó, no despreciando, ó aborreciendo á Jesu-Christo, sino amándose demasiadamente*: Mas arriba.

por amenazas, ni por tormentos para emplear su lengua en favor de la iniquidad, sino que al contrario, se sirvió animosamente de ella para mantener la verdad. *Conviene*, dice él (1), *obedecer mas antes á Dios, que á los hombres.*

40 En fin, hay dos suertes de coacciones segun los diversos casos en que estamos necesitados á sufrir, ó á obrar contra la propia voluntad. La primera, que se puede muy bien llamar pasiva, puede muchas veces suceder sin el consentimiento voluntario de aquel que sufre. Mas, no es lo mismo de la activa. De donde viene, que no se nos debe imputar en manera alguna el mal que se hace contra nosotros ó de nosotros, todas las veces que eso sucede á pesar nuestro. Mas, quando él se hace por nosotros mismos, entonces la voluntad no podria estár inocente, porque se nos convencerá plenamente de haber querido una cosa, la qual no hubiera jamás sucedido, si nosotros no lo hubiéramos querido asi. Esta segunda coaccion pues, que es la activa, no admite excusa, porque ella es voluntaria. Asi, los Christianos que eran forzados á negar á Jesu-Christo, lo hacian con un extremo disgusto, mas, con todo eso, de su consentimiento voluntario, porque ellos querian escapar del filo de la espada: y no era la espada que brillaba delante de los ojos, sino la voluntad de evitar la muerte, que dominaba en lo interior, lo que les hácia abrir la boca para obedecer á los Tiranos. La espada manifestaba bien qual era la voluntad de aquel que negaba, mas ella no podia compelerá cometer el crimen; la voluntad sola era quien de sí misma se iba á él. Ultimamente, eso se manifiesta claramente en la persona de aquellos, cuya voluntad permanecia firme é inalterable en medio de los tormentos; ellos podian ser muertos, pero no doblados. Esto mismo es lo que se les habia predicho (2): *Harán con vosotros todo lo que ellos quieran*: pero en los miembros, no en los corazones. No haréis vosotros lo que ellos quieran: Ellos lo harán, vosotros lo padeceréis. Ellos atormentarán los miembros, pero no mudarán vuestra vo-

(1) Act. 5. 11. (2) Matc. 9.

luntad: Ellos descargarán su rabia y su furor sobre vuestros cuerpos, mas ellos no podrán tocar en vuestra alma. Asi, la voluntad del Martir permanecia siempre libre, al mismo tiempo que su cuerpo estaba en el poder de los verdugos. Ello es cierto que ellos conocian por el rigor de los tormentos, si su voluntad era flaca, ó timida: mas, si ella era intrépida y constante, no tenian poder para derrivarla. A la verdad esta flaqueza de la voluntad totalmente viene de ella misma: y toda su fuerza la es comunicada por el Espíritu solo del Señor; de que ella, sin embargo, no gozará perfectamente sino en su última renovacion.

41 En lo demás (1): S. Pablo nos enseña, que ella no posee este nuevo estado de renovacion, sino quando contemplando la gloria de Dios, es transformada en la misma Imágen de luces en luces, es decir, de virtud en virtud, por el Espíritu del Señor. Entre este Espíritu de Dios y el apetito de la carne tiene como el lugar medio lo que se llama en el hombre Libre Alvedrio, esto es la humana voluntad, entre los quales permaneciendo suspenso como sobre él pendiente de una montaña extremamente áspera, se halla de tal suerte debilitado por el apetito carnal, que si el Espíritu Divino no toma enteramente el cuidado de socorrer su flaqueza con su gracia, tan lejos está de que subiendo de virtud en virtud, el pueda arribar á la cima de la santidad (2) *que es comparada á las montañas de Dios*, que al contrario, él se precipitará de pecado en pecado incesantemente por estar oprimido de su propio peso; lo que le sucede no solamente por la pesada carga de la ley del pecado que está originalmente en sus miembros, sino tambien por la larga habitud que él ha tenido en esta habitacion terrestre de satisfacer continuamente á todas sus pasiones, y á todas sus concupiscencias. Tambien de este doble gravámen de la voluntad humana hace mencion la Escritura en este breve pasage (3): *El cuerpo que está sujeto á la corrupcion, grava el alma, y esta morada terrestre oprime el Espíritu por la multi-*

(1) 2. Cor. 3. 18 (2) Ps. 35. 7. (3) Sap. 9. 15.

tud de sus cuidados. Y estos dos males de la vida mortal, asi como no dañan á los que les resisten, sino que les sirven de materia de mérito, asi tambien condenan justamente los otros que les prestan su consentimiento, bien lejos de servirles de excusa. Asi, ni la salud ni la condenacion se pueden obrar sin que preceda el consentimiento de la voluntad: de temor de que la libertad del alvedrio no se halle en alguna manera perjudicada ó destruida.

CAPÍTULO XIII.

Que los méritos del hombre son puros dones de Dios.

42 Es preciso pues confesar, que con grande justicia el Libre Alvedrio es condenado en la criatura, pues que no hay violencia externa que le pueda necesitar al pecado, y tambien que es una misericordia todo particular el ser salvado, pues que él no tiene en si fuerzas suficientes para aplicarse á la virtud. El Lector tendrá siempre presente, que en todo esto exceptuamos el pecado original. En efecto, siendo inútiles todos los esfuerzos del Libre Alvedrio para lo bueno, si ellos no son ayudados de la gracia, como ellos igualmente son ningunos sin la prevencion de esta misma gracia, no se debe buscar fuera de él mismo la verdadera causa de su condenacion, pues que él no es condenado sino por su propia culpa: como ni tampoco se deben buscar los méritos de su salud en él mismo, pues que él no es salvado sino por sola la misericordia. *Los sentidos y los pensamientos del hombre están propensos á lo malo,* dice la Escritura (1): y por tanto, como ya hemos dicho, tan lexos está de que se le deban atribuir sus méritos como de su propio fondo, que al contrario, es preciso tener por indubitable que ellos le vienen de lo alto por la liberalidad del Padre de las luces, á menos que no se quisiera quitar del número de los dones perfectos, y de las comunicaciones divinas estos mismos

(1) Gen. 8. 21.

méritos, que son absolutamente necesarios para adquirir la salud eterna.

43. Sin duda, Dios que es tambien nuestro Rey desde toda la eternidad, quando obró la salud del genero humano en medio de la tierra, partió en méritos y en recompensas todas las gracias y dones que él hizo á todos los hombres; á fin de que por el buen uso que nuestra libertad hiciera de estas gracias presentes, ellas se hiciesen á un tiempo mismo nuestros propios méritos; é igualmente en virtud de su promesa divina pudiésemos esperar, y aun pedir los favores de la otra vida como una recompensa legitimamente debida á nuestras acciones (1). Esto es lo que S. Pablo nos enseña por estas palabras de la Epistola á los Romanos (2): *Teneis por fruto de vuestras acciones la santificacion, y por fin la vida eterna.* Y en otra parte: *Teniendo nosotros las primicias del Espíritu, suspiramos á la adopcion de los hijos de Dios, que nosotros aguardamos.* Donde llama la santificacion primicias del Espíritu, es decir las virtudes por medio de las quales el Espíritu Santo nos santifica en esta vida; á fin de que en la otra merezcamos entrar en la divina adopcion. Igualmente en el Evangelio se prometen las mismas cosas á quien renunciare al mundo, quando en él se dice (3): *El recibirá el céntuplo, y poseerá la vida eterna.* Asi pues, se vé bien que la salud no es del Libre Alvedrio, sino del Señor. Mas bien, él es nuestra salud, y el camino para llegar á ella, como él mismo dice (4): *Yo soy la salud del pueblo:* y en otra parte (5): *Yo soy el verdadero camino.* Se hizo camino aquel Señor que ya era la salud y la vida, á fin de que el hombre no tuviera ocasion de gloriarse en si mismo. Si pues los méritos son los bienes del camino, como la salud y la vida son los de la patria; y si David ha dicho una verdad, pronunciando (6): *No se encuentra persona que practique lo bueno; exceptuado uno solo*, es á saber, aquel de quien esta escrito (7): *No*

(1) Rom. 6. 24. (2) Rom. 8. 23. (3) Matth. 19. 29.
(4) Ps. 34. 9. (5) Ioan. 14. 6. (6) Ps. 13. 2.
(7) Marc. 10. 12.

hay sino solo Dios que sea bueno: si todo esto, repito yo, es asi ¿se puede dudar razonablemente, que nuestras obras igualmente que su recompensa, no sean puros dones de Dios? ¿y que aquel mismo Señor que se ha hecho nuestro deudor de sus propios bienes, no sea el mismo que nos hace capaces de merecerlos por su propio auxîlio? Sin duda, él tiene la bondad de servirse de sus criaturas para establecer estos méritos, no porque el tenga necesidad de su servicio, sino porque él quiere tomar de esto la materia de su dicha.

44 Él obra pues la salud de aquellos, cuyos nombres están escritos en el Libro de la vida, sirviéndose de las criaturas ya sin su consentimiento, ya contra su voluntad, ya otras algunas veces de su agrado. Y en efecto, suceden muchas veces á los hombres cosas que les son enteramente ventajosas, por medio de las criaturas insensibles, y aun de aquellas que están destituidas de razon, á causa de lo qual yo digo que ellas se hacen sin ellas, porque estando privadas de inteligencia, no pueden aun ser sabedoras de lo que ellas hacen. Otras muchas cosas útiles á muchos hace Dios tambien por medio de los malos, ya sean Angeles, ya sean Hombres: pero por quanto ellos son empleados en esto á pesar suyo, digo yo que estas cosas suceden contra ellos mismos. Porque, ayudando á los hombres, quando su designio es perjudicarlos, su mala intencion es tan nociva á ellos mismos como la accion es ventajosa á los otros. En fin, aquellos por quienes y con quienes Dios obra otras muchas cosas provechosas á las almas, son los buenos Angeles y los Hombres, que quieren y executan fielmente todo lo que Dios quiere. Y porque de su buena voluntad ellos se determinan á hacer el bien, Dios les hace participantes del mismo bien, que él obra por su ministerio. Por eso, habiendo referido S. Pablo muchas obras buenas, que Dios habia hecho por medio de él, habla en estos términos (1): *No soy yo, sino la gracia de Dios quien las ha hecho conmigo.* El podia decir, *Quien las ha hecho por mí*: mas, porque este modo

(1) 1. Cor. 15. 10.

de hablar no exprimiria bastante la parte que él tenia en esta accion, él quiso mas bien decir, *conmigo*, no creyendo solamente haber servido á Dios de instrumento para la produccion de la buena obra, sino juzgándose tambien como su compañero en algun modo por medio de su consentimiento.

45 Veamos ahora el mérito que cada criatura puede pretender por haber concurrido con Dios á estas tres suertes de operaciones, de que acabamos de hablar. Y primeramente, ¿qué mérito puede tener aquella por quien la obra se cumple, sin tener en ello consentimiento ninguno? ¿Qué es lo que merece la segunda, que trabaja contra si misma, sino el castigo? Y la tecera con la qual Dios hace el bien, ¿qué otra cosa puede merecer que la misericordia? Es preciso pues decir, que la primera no tiene ningun mérito en la accion en que se le emplea; que la segunda no tiene sino demérito; pero que la tercera se adquiere unos grandes méritos. ¿No se ve en efecto, que las bestias son incapaces de merecer ó de desmerecer en qualquiera buena ó mala obra en que ellas puedan ser empleadas, porque ellas no tienen en si mismas los principios necesarios para consentir al bien ó al mal? Y todavia son mas incapaces las piedras y los metales, pues que aun están destituidos de todo sentimiento. Mas, el Diablo ó el Hombre malo, como dotados de razon para conocer y para obrar, no podrian apartarse del bien, sin que al mismo tiempo mereciesen la pena, que es debida á su mala conducta. Todo por el contrario, S. Pablo (1) que predica con alegria el Evangelio, de temor de que si lo hiciera contra su gusto, no fuera mas que un mero dispensador de la comision que se le habia confiado, y todos aquellos que se emplean como él en semejantes acciones, tienen la confianza de que recibirán algun dia la corona de justicia que les está reservada en el Cielo, porque ellos han cumplido la voluntad de Dios muy voluntariamente y de su pleno consentimiento. Es cierto pues, que Dios se sirve para la salud de sus predestinados, de las cria-

(1) 1. Cor. 9. 17.

turas sin razon, y de las insensibles como de un instrumento que no debe subsistir mas despues del cumplimiento de la obra. Él se sirve igualmente de la criatura racional y malévola como de una vara de correccion, que él debe echar en el fuego, no siendo ya mas que un sarmiento inútil despues del castigo de su hijo. Y en tercer lugar él se sirve tambien de los Angeles y de los Hombres de buena voluntad, como de unos compañeros y coadjutores suyos, que él quiere recompensar ampliamente despues de haber logrado la victoria. Lo que hace, en fin, que S. Pablo diga animosamente hablando de sí mismo, y de todos aquellos que le imitan (1): *Nosotros somos los coadjutores de Dios.* Asi, Dios por una misericordia particular establece y ordena los méritos del hombre al mismo tiempo que él tiene la bondad de servirse de él para que trabaje en su compañía en el cumplimiento de alguna buena obra. Y de ahi es verdaderamente de donde nosotros tomamos con confianza la qualidad de coadjutores de Dios, de cooperadores del Espíritu Santo, y de conquistadores del Reyno celestial; porque nos unimos estrechamente á la voluntad divina por el consentimiento de la nuestra.

CAPÍTULO XIV.

Qué es lo que se debe atribuir á la gracia, y qué al Libre Alvedrio en el negocio de nuestra salud.

46 ¿Qué diremos pues? ¿Es toda la obra, y todo el mérito del Libre Alvedrio en hecho de la salud el prestar meramente el consentimiento? Si; ved ahi toda la parte que él puede tener en eso. Ni, con todo eso, digo yo, que este consentimiento en que consiste todo el mérito, venga absolutamente de él; pues que (2): *de nosotros mismos no somos capaces de producir como de nosotros mismos un solo buen pensamiento*; que es mucho menos que un consentimiento. No soy yo quien habla de esta suerte; es el Apóstol

(1) 1. Cor. 9. (2) Philip. 2. 8.

S. Pablo, que atribuye á Dios y no á su Libre Alvedrio, todo el bien que él puede hacer, sea por el pensamiento, sea por la voluntad, sea por la execucion. Y si es Dios quien hace en nosotros estas tres cosas, es decir, si es él quien nos da el buen pensamiento, la voluntad justa, y el cumplimiento de la obra, ciertamente es preciso decir, que él obra lo primero sin nosotros; lo segundo con nosotros; y lo tercero por nosotros. El nos previene, inspirándonos el pensamiento bueno: él nos asocia á sí por el consentimiento trocando nuestra mala voluntad: él da á nuestro consentimiento la facultad de cumplir la buena obra, dexándose conocer en lo exterior la bondad de aquel que está obrando en lo interior. Ciertamente, nosotros no podemos prevenirnos á nosotros mismos en nuestras acciones. Y por tanto aquel Señor, que no encuentra ninguno en el bien, no salvará á ninguno que él no haya prevenido por su bondad. Es pues indubitable, que el principio de nuestra salud viene de Dios solo, y no por nosotros ni con nosotros. Mas, sin embargo de que el consentimiento y la obra no vengan de nosotros, es constante, con todo eso, que ellos no se hacen sin nosotros. Asi, ni lo primero, en lo qual nosotros no hacemos nada, ni lo último que muchas veces nos es arrancado por un vano temor, ó una ficcion reprehensible; sino solamente lo segundo nos es imputado á mérito. Sin duda, muchas veces la sola buena voluntad nos basta; y nos es ventajosa: y si ella falta, las otras dos cosas quedan inútiles y sin fruto. Yo digo que quedan inútiles para aquel que hace la accion, mas no para aquel que la mira. De donde es fácil concluir, que la intencion sirve para adquirir el mérito; la accion, para dar el exemplo: y el pensamiento que nos previene, para excitarnos á hacer bien ambas cosas.

47 Mas sobre todo, es menester tener gran cuidado, quando nosotros sentimos que estas operaciones se hacen invisiblemente dentro de nosotros y con nosotros, de no atribuir nada á nuestra voluntad, que es flaca, ni á la necesidad de Dios pues que no tiene ninguna de nuestros servicios, sino antes bien de referir fielmente el todo á su gracia, de que él tiene en sí la plenitud. Esta misma

gracia es quien excita el Libre Alvedrio, inspirándole el pensamiento bueno; quien le sana inmutando su afecto; quien le fortifica para que execute la buena obra; y quien le guarda, para que él no desfallezca. Mas, de tal suerte ella hace estas operaciones á favor del Libre Alvedrio, que en la primera solamente le previene, y en las otras ella obra de compañia con él: previniéndole sin duda, para que en seguida él coopere con ella para su propia utilidad. Con todo eso, el uno y el otro concurren de tal suerte á la perfeccion de la obra, que la gracia comenzó sola absolutamente; que ellos obran juntamente en su adelantamiento, y no cada uno en particular; ambos á dos á un mismo tiempo, y no el uno despues del otro. La gracia no se hace una parte, ni el Libre Alvedrio la otra, sino que cada uno de ellos por una sola y misma accion hace la obra toda entera: el Libre Alvedrio, todo, y la gracia todo; de suerte, que asi como la obra toda se hace en el Libre Alvedrio, asi tambien ella toda se hace por la gracia.

48 Creemos que el Lector tiene mucho placer de que nosotros no nos alexamos jamás del sentido del Apóstol, y que de qualquiera lado que nuestro discurso se vuelve, nosotros venimos casi siempre á sus mismos términos. Y á la verdad, ¿todo lo que hemos dicho hasta el presente, no es lo mismo que San Pablo nos enseña por estas palabras (1): *La salud no es de aquel que quiere, ó que corre, sino de Dios que hace misericordia?* En lo que él no quiere decir, que alguno puede querer ó correr en vano; sino antes bien, que aquel que quiere ó que corre, no debe gloriarse en sí mismo, sino en aquel solamente, de quien él recibe, asi el querer como el correr. En fin, él mismo dice (2): *¿Qué otra cosa teneis vos, sino lo que habeis recibido?* Quando vos recibis el ser, quando sois restablecido en el bien; quando obrais vuestra salud; ¿ó hombre, qué hay en todo esto de tí mismo? ¿qué cosa de estas no es imposible al Libre Alvedrio? Y sin detenerme en los otros bienes que son necesarios á los fieles en esta vida, ó que están reservados para la otra á los que están predestinados,

(1) Rom. 9. 16. (2) 1. Cor. 4. 7.

¿no es verdad que vos no os podeis dar el ser, pues que vos no erais antes: ni justificaros, pues que estábais manchado del pecado: ni menos todavia resucitaros vos mismo, pues que estábais sepultado en la muerte? Lo primero y lo último son cosas bien manifiestas; y nadie puede poner en duda lo segundo, sino aquel que no conociendo la justicia de Dios, y queriendo establecer la suya en sí mismo, muestra bien claramente, que él no está sometido á la justicia de Dios. ¿Qué? reconoceis la potencia del Criador y la gracia del Salvador (1), y quereis ignorar la justicia del Santificador? El Propheta Jeremías decia á Dios (2): *Señor, santificadme, y yo seré santo: salvadme, y yo seré salvado, porque vos solo sois toda mi alabanza.* Él conocia perfectamente la justicia de Dios, y que de él solo él debia esperar verse un dia librado del pecado, é indultado de la miseria. Por eso él establecia justamente toda su gloria en Dios, y no en sí mismo. De esto mismo habla David con reduplicacion de términos, diciendo, así (3): *No á nosotros, Señor, no á nosotros, sino solo á vuestro nombre dad la gloria*; mostrando asi, que era de Dios solo de quien él esperaba las dos estolas, la de la santidad y la de la gloria. Mas ¿quien es aquel que no sabe, que la justicia viene solamente de Dios? es aquel que se justifica á sí mismo. Y ¿quien es el que se justifica á sí mismo? El que cree tener sus méritos de otra parte que de la gracia. Sin embargo, aquel que ha criado al hombre para salvarle, es el mismo que le da los medios para que se salve. Y él mismo es tambien el que comunica los méritos á los que él ha criado, para hacerles capaces de la magnificencia de sus liberalidades. *¿Qué volveré yo al Señor*, dice el Propheta, *por todas las cosas*, no solamente que él me ha dado, sino *que él me ha retribuido*? El conoce que tiene de Dios así el ser como la justicia; de temor de que negando lo uno y lo otro, no viniese á perder ambas cosas, perdiendo la gracia que le hace justo, y causando por este medio la condenacion infalible de su ser. Pero teniendo él estos humildes y verdaderos sentimientos,

(1) Rom. 10. 5. (2) Ier. 17. 14. (3) Ps. 113. 9.

encuentra á lo menos una tercera cosa, por la qual puede mutuamente corresponder á la liberalidad de Dios: *Yo tomaré*, dice él, *el cáliz de la salud.* El cáliz de la salud, es la sangre del Salvador. Y si vos no teneis enteramente nada de vos mismo, por donde podais corresponder agradecido aun á los dones de la justicia de Dios, ¿de qué parte podeis vos pretender la salud? *Yo invocaré*, dice él (1), *el nombre del Señor*: por lo qual todos aquellos que le invocan, serán salvados.

49 Por eso los que son sabios, reconocen tres suertes de operaciones, no del Libre Alvedrio, sino de la gracia divina en él, ó de él. La primera es la creacion; la segunda la reparacion, y la tercera la consumacion. Primeramente nosotros hemos sido criados en Jesu-Christo con la libertad de nuestra voluntad. En segundo lugar, nosotros somos restablecidos por Jesu-Christo en el espíritu de libertad: á fin de que en tercer lugar seamos consumados con él en el estado de la eternidad. Porque ha sido preciso, que lo que no era antes, haliáse su nacimiento en Jesu-Christo; que lo que estaba deforme, fuese reformado por Jesu-Christo; y que los miembros no recibiesen la perfeccion sino con Jesu-Christo, que es su cabeza. Lo qual sin duda se cumplirá perfectamente, quando todos nosotros háyamos llegado á esta edad de plenitud de Jesu-Christo, que hace al hombre perfecto (2), y Jesu-Christo, que es nuestra vida (3), se manifieste á nosotros, y nosotros tambien aparezcamos con él en la gloria. Por tanto, pues que la consumacion no se debe hacer por nosotros, sino solamente de nosotros ó en nosotros; y que por otra parte la creacion se ha hecho sin nosotros, no resta sino sola la reparacion, la qual en alguna manera es hecha con nosotros, que nos pueda ser imputada á mérito. Estos méritos son nuestros ayunos, nuestras vigilias, nuestra continencia, las obras de misericordia, y todas las prácticas de virtud, por cuyo medio nuestro hombre interior se renueva de dia en dia, á medida que nuestras intenciones, que están siempre en-

(1) Rom. 10. 13. (2) Ephes. 4. 13. (3) Colos. 3 4.

corvadas hácia la tierra por los cuidados contínuos de esta vida, se levantan poco á poco hácia el Cielo; y nuestras afecciones, que no hacen sino desmayar tras los deseos de la carne, se fortifican insensiblemente en el amor del espíritu; y en fin, la memoria todo infectada de las horruras de la vida pasada, se hace cada dia mas pura y mas alegre por el recuerdo de las acciones nuevas y virtuosas. Porque en estas tres cosas consiste la renovacion interior, es á saber en la rectitud de la intencion, en la pureza de la afeccion, y en la memoria de las buenas acciones, de que sintiéndose la memoria asegurada recibe muy grandes luces.

50 Es cierto que estas tres cosas son verdaderamente dones de Dios, pues que ellas son obradas en nosotros por el Espíritu divino: pero al mismo tiempo ellas son nuestros méritos, porque interviene en ellas el consentimiento de nuestra voluntad. *No sois vos los que hablais*, dice el Señor á sus Apóstoles (1), *es el Espíritu de vuestro Padre quien habla por vuestra boca.* Y San Pablo dice (2): *¿Quereis una prueba de que es Jesu-Christo quien habla en mí?* Si pues es Jesu-Christo, ó el Espíritu Santo quien habla en San Pablo, ¿pensais que no sea el uno ó el otro quien obra en el mismo Apóstol? *Yo no hablo de cosas*, dice él (3), *que Dios no haya hecho por mí.* Mas ¿que? si las palabras y las obras de San Pablo no son de él, sino de Dios que habla en él, ¿donde están los méritos de San Pablo? ¿Sobre qué estará fundado lo que él pronuncia con tanta seguridad (4): *Yo he peleado un buen combate, yo he acabado mi carrera, yo he guardado la fidelidad: en lo demas, yo espero una corona de justicia, que me está reservada, y que el Señor, que es un Juez equitativo, me dará en el dia destinado?* ¿Creeis que él se asegure de que esta corona le está reservada, porque estas buenas obras han sido hechas por su medio? De ninguna manera. Pues nosotros sabemos que se hacen muchas obras buenas por los malos Angeles, y por los hombres criminales, que con to-

(1) Math. 10. 20. (2) 2. Cor. 13. 9. (3) Rom. 11. 13. (4) 2. Tim. 4. 7.

todo eso, no se vuelven en mérito suyo. Mas bien es, por que ellas son obradas con él, es decir, con su voluntad. Pues él mismo dice (1): *Si yo predico el Evangelio á pesar mio, yo me desempeño solamente de la comision que me ha sido dada*; mas, si yo le predico de buena voluntad, *me vendrá de eso mucha gloria.*

51 Pero, si aun la misma voluntad de que depende todo el mérito, no viene de San Pablo, ¿como llama él esta corona, que él confia estarle reservada, una corona de justicia? ¿Dirémos, que hay derecho de pedir como una cosa justamente debida, todo lo que nos han prometido, aunque sin obligacion y graciosamente? *Yo sé*, dice él (2), *en quien yo he confiado, y yo estoy cierto de que él puede guardar fielmente mi depósito.* El llama la promesa de Dios su depósito, y pide animosamente la execucion de la promesa, en virtud de la confianza que él ha tenido en sus palabras. Y aunque él sabe, que esta promesa no ha sido hecha, sino por un afecto de bondad y de misericordia, él no duda, con todo eso, que ella no deba cumplirse por una obligacion de justicia. Así, la corona, que San Pablo aguarda, es verdaderamente una corona de justicia, mas de la justicia que viene de Dios, y no de San Pablo. En efecto, es de la justicia de Dios el pagar lo que él debe; y él debe justamente lo que él ha prometido. Pues, esta promesa de Dios es la justicia sobre la qual se apoya este grande Apóstol. De otra suerte, si él quisiera establecer la suya propia sin reconocer la de Dios, no estaria sometido á la justicia de Dios; de la qual él le ha querido hacer participante, para darle así el medio de merecer la corona. En esto pues, propiamente él le hizo participante de su justicia, y le constituyó merecedor de la corona, en haberse dignado tomarle por su coadjutor en las buenas obras, á las quales él habia prometido la corona. Y él le hizo su coadjutor, quando á él mismo le dió la voluntad de eso, es decir, quando le hizo sometido y conforme á su divina voluntad. Así, la voluntad le es dada por socorro, y el socorro le es im-

(1) 1. Cor. 9. 17. (2) 2. Tim. 3. 2.

putado á mérito. Si pues la voluntad viene de Dios, es preciso tambien que el mérito saque de allí su origen; y es una verdad sin contradiccion, que el querer, y el perficionar son verdaderos efectos de la pura bondad de Dios. Es pues indubitable, que Dios es verdaderamente el autor del mérito, pues que él es quien hace aplicar la voluntad á la buena obra, y quien descubre lo bueno á la voluntad. Y si nosotros queremos dar nombres mas significativos á las acciones, que nosotros llamamos nuestros méritos, se puede decir, que ellas son las simientes de nuestra esperanza, los incentivos de la caridad, las señales de una secreta predestinacion, los presagios de nuestra felicidad futura, el camino del reyno celeste, mas no la causa que nos dé su posesion: en una palabra, por acabar con San Pablo (1): No son los que él ha encontrado justos, sino los que él ha justificado, á quienes él ha glorificado en la eternidad.

F I N.

(4) Rom. 8. 30.

TRATADO

DE SAN BERNARDO ABAD

DE CLARAVAL.

De las Qüestiones propuestas por Hugo de S. Victor.

PRÓLOGO.

Si hallais que yo haya diferido por demasiado tiempo responderos, sabed que no he recibido vuestros escritos sino muy tarde; pues en vez de traerme con diligencia lo que me habiais enviado, lo han retenido mucho tiempo en Pontigni. Mas, desde el momento que los recibí, he trabajado con toda priesa en daros la respuesta. Puede ser que yo la haya hecho un poco mas corta que lo que hubierais deseado, mas yo la he dado toda la extension que mis precisas ocupaciones me han podido permitir. He procurado igualmente explicaros mi sentimiento sobre todas las Qüestiones que me haceis, con toda la pureza posible, dexando á vuestro ocio, y á vuestras luces el aprobar, y establecer mas ampliamente los pensamientos que yo he tenido sobre esta materia, si lo juzgais á propósito. Yo no dudo en manera alguna, que tendreis á mano poderosas razones, y legítimas autoridades, que os facilitarán los medios para eso. Que aquel pues, á cuyas proposiciones me obligais á responder, sin declararme su nombre, tenga entendido, que yo digo meramente mi sentimiento sobre los artículos propuestos, sin combatir su opinion, sin embargo de que mi pensamiento no sea siempre conforme al suyo. En efecto, si yo sostengo la verdad, no

tanto soy yo como la verdad quien le es contrario. Pero, si él no se avergüenza de rendirse á la verdad, estamos de acuerdo con él la verdad y yo. Y si él rehusare aquietarse á ella, San Pablo nos advierte (1), que el siervo de Dios no debe contestar, sino mucho mas antes practicar la paciencia respecto de todo el mundo. Por eso yo no pretendo entrar en las contestaciones de palabras; y por seguir la máxima del Apóstol, yo quiero evitar tambien la novedad de los términos. Yo refiero solamente los sentimientos y las palabras de los Padres y no los mios, no siendo yo mas ilustrado que los Padres. Por tanto, que aquel que lo quiere asi, abunde en su sentido tanto como él quiera, con tal que nos dexe la libertad de aplicarnos al sentido de la Escritura de la manera que el Apóstol dice (2): *No que nosotros seamos capaces de formar de nosotros mismos algun buen pensamiento como de nosotros mismos, mas toda nuestra suficiencia viene de Dios.*

CAPÍTULO I.

Que el Bautismo no ha sido de obligacion desde el tiempo que Jesu-Christo dixo á Nicodemo: Aquel que no renaciere &c.

1 Vos me escribis pues, que hay un cierto Doctor, que yo no conozco, pues no me le nombrais, que asegura, que desde el momento que nuestro Señor Jesu-Christo dixo á Nicodemo (3): *Aquel que no renaciere del agua y del Espíritu Santo, no entrará en el reyno de los Cielos*; nadie ha podido ser absolutamente salvado sin que haya recibido actualmente el Sacramento visible del Bautismo, ó el Martyrio en su lugar: y que aunque alguno quizá animado de la verdadera fe, y con una grande contricion de corazon hubiese podido recibirle, si habiendo sido prevenido de la muerte, él no ha podido obtener lo que él deseaba con ardor, estaba absolutamente condenado. Sobre lo qual primeramente yo os diré, que

(1) 2. Tim. 2. 24. (2) 2. Cor. 3. 5. (3) Ioan. 3. 5.

tocante á la determinacion del tiempo, me parece, que es ser demasiado severo y demasiado rigoroso, el querer que una palabra, que está todavia en el secreto, traiga unos daños públicos tan notables, y que un Juez hiera antes de haber amenazado: y ademas, que esto que el Salvador ha dicho en las tinieblas y al oido, no tenga bastante fuerza para obrar la salud, porque no está todavia declarado, y que tenga la suficiente para llenar el mundo de personas condenadas. ¿Qué pues? La palabra de la salud y el precepto de la vida no han sido capaces de dar la vida antes de dar la muerte, y eso á unas personas que por no saber todavia la voluntad de su Señor, se podian reputar inocentes? ¿Convenia, por usar de las voces de un Pagano (Abimelec), que Dios hiciese morir una nacion justa, y que estaba en la ignorancia (1)? ¿Quién podria entrar en este sentimiento? No, de ningun modo es conveniente al Autor de la vida, que desde el principio en que él ha conversado con los hombres, se sirviese de la muerte que él mismo venia á destruir, con grande perjuicio de un siglo, que no habia oido todavia hablar de esta Ley divina, enteramente nueva. Es sin duda un pensamiento del todo criminal, creer que el Autor de todos los bienes haya dado tan funesto principio á su entrada sobre la tierra. Ciertamente, yo me guardaré bien de atribuir á Jesu-Christo, lo que se debe temer del Ante-Christo con harto fundamento, que no dexará de preparar sus flechas en su carcax para herir con ellas los buenos en la obscuridad.

2 En lo demas, ¿quántas personas entretanto moririan por todo el mundo sin haber sido bautizadas, que no han oido jamás nada de esta conversacion, que nuestro Señor ha tenido por la noche, y en secreto con Nicodemo? ¿Qué? ¿La ley no está todavia publicada, y ella obliga ya á los que no la observan? *¿Cómo creerán ellos*, dice el Apóstol (2), *en aquél de quien ellos no han oido hablar? ¿Y como lo oirán ellos, si no se les predica? ¿Y cómo se les predicará, sino se les envian Predicadores?* Con todo

(1) Gen. 20. 4. (2) Rom. 10. 14.

eso, la predicacion no está ordenada todavia, no está todavia públicada, no está todavia oida, y segun la sentencia del siervo perezoso y malo, el Señor es tan riguroso, que él quiere ya segar lo que no está sembrado, y recoger lo que todavia no está derramado. Esté léjos de nosotros semejante pensamiento. Pero escuchad la verdad de este Mysterio. Este Señor, que es el solo Maestro en el Cielo y en la tierra, hablaba en una conversacion familiar y secreta á Nicodemo, que no era Maestro mas que en Israel, de lo que él debia hablar en seguida á los otros: él le enseñaba lo que debia enseñar, no lo que él debia exîgir de los ausentes, ni sobre lo que él pudiera condenar aquellos que no habian oido nada de ello. En efecto, sería una extrema injusticia exîgir la obediencia en una cosa, de la que jamás se hubiera oido hablar nada. Pues esto no es lo mismo que lo que la Ley natural no permitia ignorar, sin embargo de que de ello no hubiese intervenido publicacion; tal como es, por exemplo, este precepto (1): *No hagas á otro lo que no quieres que te hagan*: siendo lo primero mas bien un precepto voluntario que un mandamiento de la naturaleza. Porque, ¿qué razon natural nos enseña, que un hombre no puede ser enteramente salvado, á menos que su cuerpo no haya sido exteriormente lavado por el elemento visible de agua? Es preciso recibir este Mysterio del Altísimo con humildad, mas no se debe exâminar. Es menester reverenciarle, no juzgarle. Él nos es comunicado por la fe, no por la naturaleza. Él está establecido por la tradicion, no inventado por la razon. Es necesario, que el oido preceda la fé, como dice el Apóstol (2): *La fe pues viene por el oido*. Por tanto, yo os pregunto, ¿Cómo una cosa que de ningun modo puede saberse, sin hablarse de ella, puede obligar las personas, aun antes que ellas hayan tenido de ella el menor conocimiento? Ved, si os agrada, como el Apóstol se templa en este punto, y no convence los incrédulos sino por el conocimiento que ellos han tenido por el solo medio del oido. ¿*Qué*, dice él, *no han oido*

(1) Tob. 4. 18. (2) Rom. 10. 17.

ellos hablar de eso? Como si dixera, ellos pudieran ser excusables, si no hubieran oido jamás hablar de ello; porque no hay transgresion donde no ha habido la ley. Mas ahora que la palabra de los predicadores se ha hecho oir en toda la tierra, y hasta los últimos confines del mundo, como ellos no pueden disimular haberla oido, el menosprecio que han hecho de ella, es enteramente inexcusable.

3 A la verdad, hay muchas cosas, que hay obligacion á saber, de las quales, con todo eso, no hay conocimiento, ó por el poco de cuidado que se pone en saberlas, ó por la negligencia en aprenderlas, ó por la vergüenza de preguntarlas: y esta suerte de ignorancia no es en modo alguno excusable. Mas, ¿la cosa de que aqui se trata, es ella de tal naturaleza, que se puedan encontrar hombres que nos la enseñen? Si un hombre no podria conocer el pensamiento de otro hombre, sin que él mismo se le descubriese, mucho menos podrá alguno saber el designio de Dios, sino es que el Hijo de Dios se lo revele. Escuchad, os pido, lo que él mismo dice en el Evangelio (1): *Si yo no hubiera venido, y yo no los hubiera hablado, ellos no tendrian pecado.* El no dice meramente, si yo no hubiera hablado, sino que él añade este término *les*: *Si yo no les hubiera hablado*: sin duda para mostrar, que antes que el mandato viniese á su conocimiento, su menosprecio no se juzgaba sin excusa. Porque, si él hubiera á la verdad hablado, pero no á ellos, la ignorancia haria excusable la falta de obediencia. Mas, *al presente*, dice él (2), *que yo les he hablado, ellos no tienen excusa de su pecado.* De donde viene tambien, que él mismo decia: *Yo he hablado públicamente al mundo, y yo nada he dicho en secreto.* No, á la verdad, que él no haya instruido á sus Discípulos de muchas cosas en secreto y en particular, sino que él no hacia de esto alguna cuenta todavia, juzgando que todas las cosas que él les decia en secreto, no merecian pena ni recompensa hasta que ellas fuesen hechas públicas, y se pusiesen en la luz. En fin, él les decia (3): *Lo que yo os digo en las tinieblas, públi-*

(1) Ioan. 15. 22. (2) Ioan. 18. 21. (3) Math. 10. 27.

cadlo en pleno dia: á fin de que por este medio él imputase el mérito ó el menosprecio de la obediencia á aquellos que las hubiesen oido, luego que ellas hubiesen sido publicadas á todo el mundo. Él dice todavia (1): *Aquel que os escucha, me escucha, y aquel que os menosprecia, me menosprecia.* Como si él dixera: El juicio que yo haré de los obedientes, y de los negligentes de su salud, no dependerá de la declaracion de mi ley, que yo os he hecho en secreto, sino de la públicacion que Vos habreis hecho de ella por todo el mundo.

4 Pero alguno acaso dirá, que aquellos que no han oido hablar de la ley, no serán verdaderamente juzgados por el desprecio que hayan hecho de ella, pero que ellos serán condenados á causa del pecado original, del qual no han podido ser lavados sino por las aguas del santo Bautismo. Mas ¿quien no sabe, que en los primeros tiempos no faltaban otros remedios á mas del Bautismo contra el pecado original? ¿El Sacramento de la Circuncision no fué dado de Dios para eso á Abraham y á su posteridad (2)? Y nosotros creemos todavia, que todos los fieles, que se han hallado entre los Gentiles, han expiado este pecado de origen; los adultos por la fe y los sacrificios; y los infantes por la fe de sus Padres, que les ha aprovechado y suplido á su defecto. Lo que ha durado hasta el tiempo del Bautismo, que siendo él solo substituido en el lugar de las antiguas ceremonias, ellas se han vuelto inútiles, y el uso de ellas ha sido abolido.

5 La Qüestion pues ahora, es saber en qué tiempo ha comenzado la obligacion del Bautismo. Ella ha comenzado, dice él, desde el tiempo que nuestro Señor pronunció (3): *Aquel que no hubiere renacido, &c.* Sobre lo qual es menester, que vos tengais por cierto, que esto fué dicho á Nicodemo, que era amigo de Jesu-Christo, mas, que no parecia tal por el temor que él tenia de los Judios, y que habia buscado este secreto coloquio durante la noche. Pues ¿quantos millares de circuncidados, pensais vos que murieron, sin hablar de los Gentiles, desde este tiempo has-

(1) Luc. 10. 16. (2) Gen. 17. 12. (3) Ioan. 3. 5.

hasta que se produxo á la luz, lo que no habia sido dicho sino en las tinieblas, tocante á la obligacion del Bautismo? ¿Qué pues? ¿Dirémos nosotros, que todas estas gentes fueron condenadas, porque ellas no hayan sido bautizadas? No es hacer injuria á este antiguo mandamiento que Dios habia dado, igualmente que el nuevo, creer, que no habiéndo este sobrevenido sino como furtivamente, sin hallarse en estado de dar algun socorro todavia, se haya destruido el otro tan súbitamente, que haya sido incapaz de aprovechar mas largo tiempo? Mas, ¿quanto tiempo, juzgais vos, que se haya pasado hasta que se predicó, y publicó en alta voz (1): *Si vos os circuncidais, Jesu-Christo no os aprovechará de nada*? Y ¿cómo subsistiria esta palabra de S. Matheo (2), *que desde los dias de San Juan Bautista, el reyno de los Cielos sufre violencia*, si principalmente en este tiempo sobrevino esta interclusion del reyno de los Cielos, tan violenta que ni jamás la hubo tal, ni la habrá semejante? En efecto, habiéndo sido hecho el decreto de este nuevo Mysterio, y permaneciendo, con todo eso, en el secreto, ¿qué entrada podian tener en el reyno de los Cielos aquellos que morian durante este tiempo, pues que ni el antiguo tiene ya virtud á causa de estar abolido por el nuevo, ni el nuevo puede servir utilmente tampoco, porque no estando conocido todavia, no tiene uso ninguno? O tiempos los mas desgraciados de todos, pues ellos solos entre todos los siglos pasados han estado destituidos de todos los medios de la salud, supuesto que la circuncision que hasta entonces habia estado en vigor, no estaba ya en libertad de poder aprovechar por la intrusion secreta del Bautismo, y el Bautismo no daba auxilio alguno, porque él estaba retenido todavia en el secreto! Puede ser que Dios dormiese en este tiempo; que entretanto no se hallase persona para redimir, y para salvar los que se perdian.

(1) Galat. 5. 2. (2) Math. 11. 12.

CAPÍTULO II.

Que la obligacion del Bautismo no ha comenzado, sino despues de haber sido suficientemente publicado. Pero que en la extrema necesidad el Bautismo recibido por la fe y por el voto es suficiente del mismo modo que el Martyrio.

6. Bastante claro se hace, á mi juicio, por lo que acabamos de decir, que ni la condenacion de aquellos que no han sido bautizados, ni la perdicion de aquellos que han sido circuncidados, ni la destruccion del sacrificio, de que en la antigua Ley se podia usar contra el pecado original, de ningun modo han generalmente comenzado en el tiempo, en que nuestro Señor dixo á Nicodemo en particular (1): *Aquel que no hubiere renacido del agua y del Espíritu Santo, no entrará en el reyno de los Cielos.* Pero ni esta obligacion ha comenzado tampoco luego que fué publicamente ordenado á los Apóstoles (2): *Id, instruid todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo*, sino que la observacion de las ceremonias antiguas ha comenzado á no aprovechar mas á ninguno; y aquel que no ha sido bautizado se ha hecho culpable del nuevo precepto, solamente desde el tiempo en que este mismo precepto del Bautismo ha podido llegar al conocimiento, sin que haya habido lugar de excusarse. Ciertamente, por lo que mira á los infantes pequeños, y á aquellos que no tienen todavía el uso de la razon, puesto que no hay sino la comunicacion del pecado original que les pueda ser dañosa, y no la transgresion del nuevo precepto, se debe creer, que los antiguos Sacramentos les han aprovechado hasta el tiempo en que la publicacion ha sido pública y cierta. Y si por ventura eso ha pasado todavia mas adelante, Dios lo sabe, y no me toca á mi determinarlo. En quanto á las personas de mas edad, qualquiera que ha rehusado recibir el Bautismo, despues

(1) Ioan. 3. 5. (2) Math. 28. 19.

que la publicacion ha sido hecha por todo el mundo, añade de si propio un nuevo crimen de sobervia al pecado general y original, llevando consigo dos causas de su justísima damnacion, si él llegára á morir en este estado. Y si antes de morir él vuelve sobre sí, desea y pide el Bautismo, mas prevenido del tiempo, él muere sin haberlo podido recibir actualmente, Dios me haga misericordia, si este hombre ha tenido una fé recta, una piadosa esperanza, y una caridad sincera, yo de ningun modo podria desesperar de su salud por el solo defecto del agua, ni podré yo creer que la fe le haya sido inútil, ó que su esperanza haya sido confundida, y su caridad anonadada. Con tal que, como yo he dicho, él no haya despreciado recibir el agua saludable, sino que haya sido estorvado por la sola imposibilidad del tiempo. Y si alguno está en diferente sentimiento, que él vea de donde puede sacar un fundamento seguro, pues yo confieso que no me rendiré, á menos que una razon mas convincente me dé mas ilustracion, ó alguna poderosa autoridad mas creencia.

7 Mas, yo admiraré sobremanera, que este inventor nuevo de nuevas opiniones, y este defensor moderno de sus invenciones, haya podido encontrar para eso alguna razon incógnita á S. Ambrosio y á S. Agustin, ó alguna autoridad mas considerable que la suya. Pues, si él no lo sabe, estos dos Padres no tienen otro sentimiento en esta materia que aquel en que yo estoy. Que lea pues, si él no le ha leido, el Libro de S. Ambrosio (1) sobre la muerte (a) de Valentiniano, que él lo pase una segunda vez, si él lo ha leido, y que despues de haberle repasado muy atentamente, no use de disimulacion, y él advertirá sin duda que este Santo Padre tiene una grande esperanza de la sa-

(1) S. Ambros. de obitu Valentin.

(a) Extraña impudencia la de Abaelardo en este punto, pues, sintiendo el mismo, que los Cathecumenos se pueden salvar con el solo Martyrio en vez del Bautismo en la Carta 7 á Eloisa pág. 229, y sobre la Ep. á los Romanos pág. 564, dice que S. Ambrosio haya escrito en esta materia cosas contrarias á la fe con el fin de suavizar el dolor de la Hermana de Valentiniano.

lud sobre la sola fe de un hombre que habria muerto sin ser bautizado, dando á la buena voluntad lo que habia faltado al poder. Que él lea tambien el Quarto Libro de S. Agustin (1) del solo Bautismo, y él estará obligado á reconocer ó que él se ha dexado engañar muy imprudentemente, ó que él está terco con mucha impudencia. "Que »los tormentos, dice él, pueden suplir al defecto del Bau»tismo algunas veces, el Bienaventurado Cypriano saca pa»ra esto un argumento muy eficaz del exemplo del buen »Ladron, el qual, no habiéndo sido bautizado, no dexó »de oir de la boca de nuestro Señor (2): *Hoy dia estaras »conmigo en el parayso.* Y el mismo S. Agustin añade: Esta »reflexion me hace creer, que no solamente los tormentos »sufridos por la gloria de Jesu-Christo pueden suplir al »defecto del Bautismo, sino tambien que la fe y la con»version del corazon tienen el mismo efecto, si sucede por »desgracia del tiempo, que no se pueda recibir actualmente »el Sacramento del Bautismo. Y todavía mas abaxo: Ha sido »declarado, dice él, en la persona del buen Ladron quanto »vale sin la recepcion del Bautismo lo que el Apóstol dice »en estos términos (3): *Se cree en el corazon para ser jus»tificado, mas es menester la confesion de la boca para »la salud.* Pero entonces, dice el mismo S. Agustin, las »cosas se cumplen invisiblemente, quando no es el despre»cio de la religion, sino la necesidad del tiempo lo que »estorva la recepcion del Bautismo." Yo no ignoro, que este Santo Padre (4) ha hecho una retratacion del argumento que el habia tomado del buen Ladron, y que él confiesa que este exemplo no es del todo propio para establecer esta sentencia, porque es incierto si él habia sido bautizado. Con todo eso, él no dexa de sostener firmemente esta misma sentencia acerca del Bautismo, y él la confirma en muchas maneras, y si yo no me engaño, no encontraréis, que él la haya jamás retratado. Además de esto, el mismo San Agustin en otro lugar, despues de haber prenotado que se

(1) S. Agust. lib 4. contra Donalist. y de Consecrat, dict. 4.
(2) Luc. 23. 43. (3) Rom. 6. 10.
(4) S. Aug. lib. Retract. 2. 6. 18. y 53.

encuentran algunos de quienes la Escritura hace mencion (1), que habian sido santificados no visiblemente, sino invisiblemente, él saca de esto esta conseqüencia. "De » las cosas de arriba, dice él, es fácil reconocer, que ha » habido una santificacion invisible, de que algunos han go- » zado, y que les ha sido provechosa sin los Sacramentos » visibles, los quales han sido trocados segun la diversidad » de los tiempos, habiendo sido diferentes los del pasado » de los del presente." Y poco despues, dice el mismo: » No que por eso se deba menospreciar el Sacramento vi- » sible, pues aquel que hiciera menosprecio de él, no po- » dria ser invisiblemente santificado. Donde él muestra bien claramente, que aquel que tiene la fe, y que está convertido á Dios, es justamente privado del fruto del Bautismo, no por no haber podido, sino por no haber tenido el cuidado de hacerse bautizar.

8 Yo os confieso, que con dificultad me podrian arrancar de estas dos grandes columnas de la Iglesia S. Ambrosio, y S. Agustin. Yo quiero, repito, seguir el error ó la verdad con estos, permaneciendo en la creencia de que un hombre puede ser salvado por la sola fe, con el deseo de recibir el Sacramento en el caso que una muerte anticipada, ó qualquiera otra fuerza invencible haya prevenido el cumplimiento de su piadoso deseo. Advertid tambien, si acaso no es por eso mismo, que habiendo dicho el Salvador (2), *Aquel que creyere, y fuere bautizado, será salvado*, no ha con designio y expresamente repetido, *Aquel que no fuere bautizado*, sino que ha dicho solamente por segunda vez, *Aquel que no creyere, será condenado*; dando á entender, que sola la fe es suficiente algunas veces para la salud, y que sin ella ninguna cosa basta. Por eso, sin embargo de que no se duda, que el Martyrio puede suplir la virtud del Bautismo, no es tanto la pena de los tormentos, como el mérito de la fe, lo que tiene este efecto, pues que sin ella el Martyrio no es mas que un suplicio. ¿Qué dirémos pues? Aquella que da tanta fuerza al Martyrio, que se juzga tener él la virtud del Bautismo, será

(1) Id. in Levit. cap. 44. [2] Marc. 18. 16.

tan débil en sí misma, que no podrá ella sola obtener lo que puede dar á otro? Es cierto, que la efusion de la sangre por Jesu-Christo es una prueba indubitable de una fe extraordinaria, sino delante de Dios, á lo menos delante de los hombres. Mas ¿qué, si Dios que no tiene ninguna necesidad de la experiencia para conocer lo que él quiere, reconoce en el corazon de una persona que muere en paz una fe tan grande como la precedente, aunque á la verdad ella no haya sido probada por el Martyrio, pero con todo eso, que hubiera estado dispuesta á sufrirle? Y si un hombre se acordase de que él no habia recibido todavia el Sacramento del Bautismo, teniendo de esto un gran pesar; y deseándolo de todo corazon, no hubiera podido recibirle por la sorpresa de una muerte inopinada? ¿Dios condenará este hombre, que es del número de los fieles? ¿Él condenará, repito, un hombre, que está todo dispuesto á dar su vida por amor de él? San Pablo dice (1), *que nadie puede decir Mi Señor Jesus, sino por el Espíritu Santo.* Y con todo eso, nosotros osariamos decir, que aquel que no invoca solamente á nuestro Señor Jesu-Christo en la muerte, sino que desea tambien de todo su corazon recibir el Sacramento que él ha instituido, ó no habla por el Espiritu Santo, lo que seria tachar al Apóstol de falsedad, ó es condenado con el movimiento del Espíritu Santo? ¿Qué? Él tiene al Salvador, que reside en su corazon por la fe, y en su boca por la confesion, ¿y será condenado en la compañia del Salvador? Ciertamente, pues que el Martyrio no tiene esta prerogativa de suplir únicamente al defecto del Bautismo, de otra parte que del mérito de la fe, yo no veo por qué esta misma fe no tenga otro tanto poder cerca de Dios sin el martyrio, puesto que él no tiene necesidad de la prueba del martyrio para conocerla perfectamente. Yo digo pues, que ella tiene otro tanto poder para la adquisicion de la salud, mas no la perfeccion del mérito, en lo que sin duda el martyrio la sobrepasa mucho. Nosotros leemos en San Juan (2), *que aquel que tiene odio contra su hermano, es homicida;* y en

(1) 1. Cor. 12. 7. (2) 1. Ioan. 3. 15.

San Matheo (1): *Qualquiera que mirare una muger con mal deseo sobre ella, ha cometido ya el adulterio en su corazon.* ¿Como se puede decir mas claramente, que la voluntad es reputada por hecho, quando la necesidad sola estorva el efecto? Si no que acaso se quiera creer, que Dios, que es la caridad misma, imputa mas antes el mal que el bien á la voluntad; y que siendo un Dios lleno de bondad y de misericordia, él se halla mas inclinado á tomar venganza del vicio, que á recompensar la virtud. Ciertamente, así como en el comun sentir, aquel que se acuerda en el artículo de la muerte de una deuda que él ha contraido respecto de una persona, hallándose en la impotencia de satisfacer, no dexa de obtener su perdon por la sola penitencia y contricion del corazon, sin que él pueda ser condenado por eso: del mismo modo tambien la fe sola, y la conversion del corazon á Dios sin la efusion de la sangre, y sin la aspersion del agua, es capaz de salvar aquel que quiere, pero que no puede recibir el Bautismo por el accidente de la muerte, de que es sorprendido. Igualmente, así como no hay penitencia que perdone el pecado á aquel que no restituye lo que ha tomado, quando él está en posibilidad de hacerlo, de la misma manera tambien no hay fe que pueda aprovechar á aquel que no recibe el Bautismo, quando él está en el poder de recibirle. A la verdad, aquel que le dexa de recibir, es convencido de que él no tiene una fe perfecta, pues que la fe perfecta y verdadera abraza universalmente todos los preceptos, y este es uno de los principales. El que rehusa pues, obedecer, es con justa razon reputado, no fiel, sino rebelde, y menospreciador. Y ¿como seria fiel, quien menosprecia el Sacramento del Hijo de Dios?

9 Por lo que toca á los niños, como por defecto de edad ellos no pueden tener esta fe, yo quiero decir esta conversion del corazon á Dios, se sigue necesariamente, que ellos no pueden ser salvados, quando mueren sin la actual recepcion del Sacramento. Ni es decir con todo eso, que quando ellos son bautizados, estén destituidos entera-

1) Math. 5. 28.

mente de la fe, sin la qual ellos no podrian jamás ser agradables á Dios: pero ellos son salvados por la fe de otros, y no por la suya propia. En efecto, nada es mas justo, ni mas conforme á la divina bondad, que disponer las cosas de manera, que la gracia haga la fe de otro provechosa á aquellos que no pueden tenerla de sí propios por la impotencia de su edad. Y la justicia del Todo-Poderoso no cree, que se deba exigir una fe propia de aquellos que él conoce no tener pecado particular. No ménos ellos tienen necesidad de la fe de otro, pues que ellos no nacen sin el crímen de otro, á fin de que estos mismos infantes no sean excluidos de lo que ha sido dicho generalmente de todos los otros: *Purificando sus corazones por la fe* (1). Y no conviene de ningun modo dudar, que el pecado contraido por una via extraña, no pueda ó no deba ser extinguido por la fe de otros. Porque estos son entonces los juicios de la justicia divina, de los quales el santo Rey David se regocijaba en estos términos (2): *Señor, yo me he acordado de vuestros juicios eternos, y yo he recibido de eso la consolacion.* Mas esto baste sobre este asunto.

CAPITULO III.

Que los Justos del antiguo Testamento no han tenido un conocimiento tan claro de los mysterios futuros de la fe, como el que nosotros tenemos de los pasados.

10. Mas, á lo que vos decis, aquel de quien vos me hablais, asegura que todos los Justos del antiguo Testamento, es decir, los que han precedido la venida de Jesu-Christo, han tenido un conocimiento tan cierto de los mysterios futuros, como nosotros, que no hemos venido sino despues de ellos, le tenemos de las ceremonias antiguas: de tal suerte, que no hay uno de los menores Justos de aquel tiempo, que no supiese perfectamente todos los mysterios, que la Historia Evangélica nos descubre al presente. Por exemplo, que el mysterio del Verbo Encarnado, el del

(1) Act. 5. 7. (2) Ps. 118. 52.

del Parto de la Virgen, de la doctrina del Salvador, sus milagros, su cruz, su muerte, su sepultura, el descenso á los infiernos, su Resurreccion, y su Ascension á los Cielos, todos estos mysterios han sido conocidos de todos los Justos de este tiempo tan claramente, y cada uno en particular tan distintamente, como ellos han sido cumplidos en el tiempo siguiente, y como ellos al presente nos son manifiestos: hasta el punto de decir, que aquellos que no han tenido un conocimiento universal, claro, y manifiesto, no han sido justos, y no son salvados. Con todo eso, nada hay mas falso.

11 Pero en la Carta que me habeis escrito, habeis ilustrado tan bien estas cosas, refutando su falsedad, que me parece que nada se puede decir mas, y yo no encuentro apénas nada que añadir á ello. Con todo eso, en quanto á aquel que abanza todas estas cosas, yo os diré en pocas palabras lo que pienso de él, sin designio de ofenderle. Él me parece que es mas amante de la novedad, que aplicado á la verdad; y que tiene pena en ser del mismo sentimiento que los otros, y en decir alguna cosa que él no haya dicho solo, ó el primero. De donde viene, que en todas las cosas que piensa ó adelanta, no guarda medida, ó usa de disimulacion. Pues en la opinion que acaba de producir, quando él hace los antiguos, que esperaban en los misterios futuros, iguales en el conocimiento á los que ven hoy dia en la Escritura todas las cosas pasadas, él predica un Dios, ó demasiado avaro, ó demasiado pródigo, no manifestando discrecion alguna de qualquier lado que sea. Porque, ó el reduce los Escogidos de aquel tiempo á un número muy corto de hombres espirituales, de que la Escritura hace mencion, á causa de que ellos han sido muy ilustres y muy recomendables en aquel tiempo por la excelencia todo particular de su santidad; y que por un dón particular del Espíritu Santo, ellos han podido tener un conocimiento cierto de todos los mysterios particulares, que debian cumplirse á su tiempo; y de esta suerte él acorta demasiado la mano de Dios, quando él cree, que nadie ha podido ser salvado en este tiempo, si-

no este pequeño número de personas que estaban en muy grande perfeccion: ó ciertamente, si él confiesa, que estos primeros tiempos han tenido todavia una grande cantidad de personas que debian ser salvadas, á mas de estos ilustres perfectos, él sostiene, que Dios ha tenido para con este antiguo pueblo una liberalidad tan grande, que nunca se ha oido hasta ahora. Porque seria indubitable, que esta innumerable multitud de personas habria conocido muy claramente todo lo que nosotros hemos referido aqui arriba del mysterio de nuestra redencion. Pues siendo manifiesto, que nada hay de todas estas cosas, que haya sido escrito con claridad, ó predicado publicamente, se sigue, que nosotros debemos confesar, que todas estas cosas han sido reveladas á todas suertes de personas por el Espíritu Santo. Y así, que todos aquellos que han sido justos, y salvados antes de la venida de nuestro Señor, han sido todos espirituales, todos perfectos, y todos Prophetas. Y por tanto, ó que la salud ha sido muy rara en el antiguo Testamento, ó que la perfeccion ha sido en él demasiado abundante. A la verdad, es enteramente pasar los límites de la discrecion, sostener la una ó la otra opinion de estas.

12 Pero, si se halla mas tolerable, ó bien mas digno de la divina Bondad, el haber querido llenar y enriquecer estos primeros siglos de una tan grande multitud de gentes perfectas, en vez de contentarse de un tan corto número de salvados; de suerte, que muchos hayan sido entonces capaces de la salud, y que no menos, estando todos llenos del espíritu de prophecia, hayan tenido perfecto conocimiento de los mysterios, que les estaban revelados; si esta opinion, digo yo, es recibida, es cierto, que nosotros tendrémos motivo de bendecir á Dios en sus beneficios, pero no vemos, que él haya reservado cosa en particular para el tiempo de la gracia. A no ser que segun este sentimiento se quiera llamar mas apropósito tiempo de la gracia, aquel en que el Pueblo de Dios recibia una tan grande abundancia de las riquezas del espíritu, viéndose cumplido en él por una dicha enteramente admi-

rable, lo que Moyses deseaba ardientemente, quando clamaba (1): *¿Quien nos hará esta gracia de que todos puedan prophetizar?* Mas, si esto es así, ¿qué es lo que el Evangelio nos ha traido de semejante? En vano se gloría San Pablo de las primicias del espíritu, que él cree haber recibido con los demas Apóstoles, pues que él no ha experimentado nada de semejante en su tiempo. Por lo qual él mismo decia (2): *¿Pensais vos que todos sean Prophetas?* En vano, repito yo, se gloría él de su Evangelio, porque él no le haya recibido, ni aprendido de un hombre, sino, por un privilegio particular, por la revelacion de Jesu-Christo (3), pues que él habia sido revelado otras veces á los pueblos del antiguo Testamento por el Espíritu Santo. Y el Apóstol San Pedro (4) no ha tenido mayor motivo para referir á su tiempo estas palabras del Propheta Joel (5): *Yo derramaré de mi espíritu sobre vuestros hijos, y sobre vuestras hijas, y ellos prophetizarán*; si es verdad que esta efusion del espíritu habia sido ya mas abundante en los siglos pasados. Ó bien ciertamente, el Propheta, ó mas antes Dios por su Propheta, (si, con todo eso, es cierto que pronunciando estas palabras él haya tenido en la idea el tiempo de los Apóstoles) no habrá debido decir absolutamente, *Yo derramaré*, sino mas bien, *yo retiraré de mi espíritu.* Porque en efecto, si nosotros hacemos todos los Justos del antiguo Testamento iguales en conocimiento con los hijos del Nuevo, ¿no seremos obligados consiguientemente á reconocerlos mas aventajados en la gracia, puesto que ellos no habrán sido ilustrados, ó por la lectura ó por la predicacion, como nosotros, sino que la interior uncion les habrá á todos instruido perfectamente sobre todas estas cosas?

13 Mas, sea esto así, toleremos nosotros nuestra injuria, y los Apóstoles la suya tambien, de suerte, que los menos considerables de los antiguos justos sean comparados con ellos en la ciencia, y preferidos á ellos en la gracia.

(1) Num. 11. 29. (2) 1. Cor. 12. 29. (3) Galat. 1. 2.
(4) Act. 2. 17. (5) Ioel. 2. 28.

Hay, con todo eso, una cosa, que nosotros ni podemos ni debemos suportar en manera alguna, que es creer, que el Señor de la gloria haya podido jamás ser engañado, ó que él mismo haya querido engañar. Pues él es quien ha protextado, que entre los hijos de los hombres no habia otro mas grande que San Juan Bautista (1). Ved pues, si nosotros no estarémos obligados á confesar, que este testimonio de la Verdad es absolutamente falso en caso de que atribuyamos á los antiguos mas que lo que podemos dar á San Juan Bautista. Yo confieso, que no se hace injuria á San Juan Bautista, quando se cree ó se dice, que él ha tenido alguna ignorancia, pues que él mismo lo confiesa de sí. Mas, si contra el elogio de la Verdad nosotros atribuimos á otro lo que negamos al Predicador de la Verdad, esto no solamente sería una injuria, sino una blasfemia; y seria absolutamente contradecir, no á San Juan Bautista, sino á la Verdad misma. ¿Qué pues? El Amigo del Esposo está en la duda, y él pregunta (2): *¿Sois Vos aquel que debe venir, ó es otro el que nosotros aguardamos?* Y nosotros por nuestra mentira confirmarémos millares de personas en la certidumbre de todas las cosas?

14 Pero nosotros podemos facilmente observar, que los Antiguos mismos no han tenido de sí sentimiento tan favorable. Moyses ha dexado escrito, que hablándole Dios, se habia declarado en esta manera (3): *Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob, y yo no les he declarado mi nombre de Adonay*: donde es menester subentender, como á vos. Él pues manifiesta por eso, que él habia recibido un conocimiento mas grande de Dios que los antiguos Padres que le habian precedido. David mismo se persuade animosamente á que él ha tenido el dón de la inteligencia por sobre todos sus Maestros y antiguos; quando él dice (4): *Yo he sido mas inteligente que todos mis Maestros, porque yo he meditado siempre vuestra ley.* Y todavia: *Yo he tenido mas inteligencia que*

(1) Math. 11. 11. (2) Id. (3) Exod. 3. 6.
(4) Ps. 118. 99.

los viejos. Y el Propheta Daniel tambien dice (1): *Muchos pasarán, y la ciencia se multiplicará.* Por donde él prometia á la posteridad un conocimiento mas amplo de las cosas. Si pues, como dice el Papa S. Gregorio (2), la ciencia de los Padres Espirituales crece á medida que los tiempos, se abanzan; y quanto mas vecinos han sido ellos á la venida del Salvador, mas conocimiento han tenido del Mysterio de la salud, no se puede dudar que el cumplimiento de las cosas mismas y la presencia de aquel Señor que es el Autor de ellas, no haya dado mas luces á los que tenian la ventaja de estar presentes. Por eso ellos oyen de la boca del mismo Salvador (3): *Dichosos los ojos que ven lo que vosotros veis.* Y tambien (4): *Yo os he llamado amigos mios, porque yo os he hecho manifiestas todas las cosas, que yo he oido á mi Padre.* Y todavia (5): *Muchos Reyes y Prophetas han deseado ver lo que vos veis, y no lo han visto, y oir lo que vos oís, y no lo han oido.* Y ¿porque? A fin de que ellos conociesen mas claramente, y mas ampliamente, lo que los otros no habian previsto sino ligeramente y en la obscuridad. De otra suerte, ¿qué necesidad tendrian ellos de ver la carne exteriormente, y de oir los discursos de la carne, si ellos estuvieran ya perfectamente instruidos de todas las cosas en su interior por el Espíritu Santo? Especialmente, puesto que nuestro Señor declara (6), *que la carne no aprovecha nada, sino que es el Espíritu el que vivifica.* Y si los Prophetas, y aquellos que han sido los mas recomendables en este pueblo, no han podido todos conocer todas las cosas con igual claridad, sino los unos mas, los otros menos, segun que el Espíritu se las revelaba, distribuyendo sus luces como á él le placia, y eso sin perjuicio de su santidad y de su perfeccion, ¿con quanto mas fuerte razon los Justos del comun han podido ignorar sin detrimento de la salud, el tiempo, la manera, y el orden de este mysterio, aunque, con todo eso, segun las promesas que les habian sido

(1) Dan. 12. 4.
(2) S. Greg. M. Hom. 17. in Ezech.
(3) Luc. 10. 23.
(4) Joan. 1. 15.
(5) Luc. 10. 24.
(6) Joan. 6. 64.

hechas, ellos estaban muy fuertemente persuadidos de él por la certidumbre de su esperanza y de su fe?

15 Pero ¿quántas personas encontrarémos aun el dia de hoy en medio del Pueblo Christiano, que no conocen sino muy ligeramente el estado y disposicion de la vida eterna y del siglo futuro, aunque sin embargo de eso ellos le creen sin alguna duda, le esperan con firmeza, y le desean de todo su corazon? Asi, muchos antes de la venida del Salvador, creyendo un Dios Todo-Poderoso, y amando aquel Señor que les prometia salvarles gratuitamente, no dudando de ningun modo de la fidelidad de sus promesas, y esperando que él les rescataría ciertísimamente, han sido salvados en esta fe, y en esta esperanza, sin embargo de que ellos no conociesen quando, como, y con que orden, se cumpliría la salud que los estaba prometida. En fin, Beda enseña abiertamente, que todo lo que habia de suceder algun dia tocante al mysterio de nuestra Redencion, no habia sido enteramente descubierto á toda suerte de personas, y vos mismo habeis referido su testimonio en vuestra carta. "Los Prophetas, y Moyses, dice él, han conocido y »predicado antes de los Apóstoles el mismo y el único triun»fo de la Cruz de nuestro Señor Jesu-Christo, mas los »Prophetas no han hablado de él algunas veces, sino con »discursos cubiertos de diversas figuras en vez de que los »Apóstoles y sus sucesores le predicaron siempre al descu»bierto con la luz resplandeciente del Evangelio. En ma»nera que todos los Christianos están ahora obligados á »saber y confesar la fé, que era antiguamente conocida »de muy corto número de personas, y esas mismas de las »mas perfectas, aunque en aquel tiempo todo el pueblo »de Dios llevaba en figuras los mysterios de esta misma »fe en las ceremonias legales." Me venian tambien al pensamiento otras muchas cosas, que podian confirmar esta verdad, mas la estrechez de una carta no permite estas grandes pruebas, ni tampoco hay necesidad de ellas. Á mas de que, yo creo, como ya he dicho, que las cosas que vos decis en vuestra carta, serian muy suficientes, aun quando yo no diese respuesta alguna. Mas, yo he añadido esto, á fin de no dexar sin tocar ninguna de las cosas que vos me habeis pedido.

CAPÍTULO IV.

Muestra que hay un pecado de ignorancia contra el defensor de la opinion contraria.

16 En lo demas, no me parece que sea necesario tomarnos mucho trabajo para rebatir la tercera proposicion: asi porque ella contiene una falsedad demasiado manifiesta, como tambien á causa de que su Autor, siendo contrario á sí mismo, la combate suficientemente por su asercion precedente. Pues al mismo tiempo que de esta conversacion particular, que nuestro Señor tuvo por la noche con Nicodemo, él pone un lazo de damnacion comun á todos aquellos que no tenian conocimiento ninguno de esta ley por todo el mundo, imaginando que desde este tiempo nadie ha podido ser salvado sin haber sido bautizado; ¿no confiesa él abiertamente que hay un pecado de ignorancia y un pecado de damnacion? A menos acaso que él no sea tan protervo, que llegue á creer que Dios quiera condenar los hombres, sin que ellos sean culpables. Con todo eso, es de temer, que si no se responde á lo menos en pocas palabras al necio segun su necedad, él no la tome por sabiduría, y no esparza con mas atrevimiento la simiente de su estupidez en los oidos de las personas menos consideradas, y que asi el número de sus extravagancias no se aumente á lo infinito. Por eso es forzoso refutar una mentira manifiesta con algunos testimonios evidentes de la verdad. Puede ser que aquel que sostiene, que no se puede pecar por ignorancia, no haya pedido perdon jamás de sus ignorancias propias; y que al contrario, él se burle del Propheta, quando se dirige á Dios y le dice (1): *Señor, no os acordeis de los pecados de mi juventud, ni de mis ignorancias.* Aun puede ser, que halle que censurar en la conducta de Dios, quando él exîge una satisfaccion por los pecados de ignorancia, y habla de esta suerte á Moyses en el Levitico (2): *El alma que pecare por ignorancia, y que hiciere alguna*

(1) Ps. 24. 18. (2) Levit. 5. 19.

de las cosas que están prohibidas por la ley del Señor, y que siendo culpable de pecado, conozca su culpa, ofrecerá al Sacerdote un carnero sin mancha de su rebaño, segun la medida y la estimacion del pecado. Y todavia (1): *Aquel que orare por lo que ha cometido por ignorancia, recibirá su perdon, porque él ha delinquido contra el Señor, estando en el error.*

17 Y si la ignorancia no es jamás pecado, ¿porque se dice en la Carta á los Hebreos (2), que no habia sino el solo gran Sacerdote que entrase una vez al año en el segundo Tabernáculo, no sin efusion de sangre que él ofrecia por la ignorancia del pueblo, y por la suya? Si no hay pecado ninguno de ignorancia, Saulo pues, no habrá pecado, quando él ha perseguido la Iglesia de Dios (3), porque él lo hizo estando en la ignorancia, y permaneciendo en la incredulidad. Él haria pues bien, siendo un blasfemo, un perseguidor, y un calumniador, no respirando sino amenazas y muertes contra los Discípulos de Jesu-Christo, pues que en eso testificaba mas de zelo por la tradicion de sus Padres. Él no debería pues decir (4): *Yo he conseguido misericordia* (5), sino, yo he recibido mi recompensa; pues que la ignorancia le hacia libre de pecado, y el zelo le declaraba digno de recompensa. Si no se peca jamás por ignorancia, ¿porque nos quexamos nosotros contra los homicidas de los Apóstoles, pues que ellos no solamente no sabian que era malo hacerles morir, sino que ademas ellos creian que haciéndolo, rendian un grande servicio á Dios? Pero, aun el Salvador mismo (6) oraria en vano en la Cruz por aquellos que le crucificaban, pues que de su propia confesion ellos no sabian lo que hacian, y asi ellos no pecarían en manera alguna. Con todo eso, no es de ninguna suerte permitido sospechar á Jesu-Christo de mentira, quando él testifica públicamente (7), que ellos no sabian lo que hacian: aunque acaso alguno pudiera dudar si el Apóstol (8) segun la flaqueza de su carne habria po-

(1) Id. 18. (2) Heb. 9. 7. [3] 1. Tim. 1. 13.
(4) Galat. 1. 14. (5) 1. Tim. 5. 13. (6) Ioan. 16. 22.
[7] Luc. 13. 33. [8] 1. Cor. 2. 7.

podido mentir como otro hombre, quando él dixó: *Pues si ellos le hubieran conocido, no hubieran jamás crucificado al Señor de la gloria.* No se vé pues bastante por todas estas pruebas en qué tinieblas de ignorancia está sepultado aquel que no sabe, que se puede algunas veces pecar por ignorancia? Mas, esto es bastante sobre esta materia.

CAPÍTULO V.

El se defiende de la calumnia que se hacia contra una opinion suya, que habia sido mal entendida, á saber, que el designio de la Encarnacion del Verbo habia sido ocultado á los Angeles.

18 Al fin de vuestra carta me insinuais, pero como amigo; que algunas personas se han formalizado tocante á una opinion que yo he abanzado, quando explicando un lugar del Evangelio de S. Lucas, he dicho, que el designio de Dios por lo que mira á la Encarnacion, no habia sido revelado á alguno de los Angeles bienaventurados antes que á la Virgen. Primeramente, estas gentes podian advertir que no tienen, á mi parecer, mucho asunto para conmoverse; pues que yo no doy mi opinion por cierta, sino que uso de un temperamento, suspendiéndola baxo esta particula disyuntiva (1): O por eso es, digo yo, haberse expresamente especificado *A Deo* por Dios, es decir de parte de Dios. Pues habiéndo referido una de las causas, que me parecia verosimil hubiese movido al Evangelista, para que despues de haber dicho que el Angel Gabriel fué enviado, hubiera nombradamente insertado, *de parte de Dios*, yo he añadido todavia otra con un segundo correctivo, y con una disyuncion, á fin de no quedar yo obligado á sostenerla, y tambien para dexar al Letor la libertad de escoger de entre las dos la que mas le agradase. Si pues, qualquiera de las dos es facil de sostener, no hay lugar de emprender nada contra la otra, pues que no sosteniendo la una en particular, yo las dexo entrambas al juí-

(1) Luc. 1. 36.

cio del Lector. Con todo eso, quando yo sostuviera formalmente, que el designio de Dios habia sido hasta entonces incógnito á los Santos Angeles, no á la verdad en quanto á haber de obrarse algun dia la salud de los hombres en medio de la tierra por la Encarnacion del Verbo (pues qué muchos de los mortales habian recibido la gracia de conocerlo y de predicarlo) sino del tiempo prefixado, del lugar, de la manera, y especialmente de la Virgen que Dios habia escogido para el cumplimiento de su designio: quando, repito yo, hubiera yo creido y escrito, que los Santos Angeles no habian conocido este designio de Dios, no al respecto del Mysterio, sino del tiempo, del lugar, &c. verdaderamente yo no veo alguna razon, que lo pueda hacer increible. Ciertamente, cada uno puede abundar en su sentido con seguridad, quando él es de un parecer que no es contrario á una razon convincente, ó que no va en desprecio de la autoridad.

19 En efecto, ¿qué razon ni qué autoridad me obliga á creer que los Angeles han conocido otras veces el tiempo, de que el Apóstol habla en estos términos (1): *Luego que la plenitud del tiempo ha venido, Dios ha enviado su Hijo, que ha sido hecho de una muger, y sometido á la Ley.* Antes bien me parece mucho mas creible, que asi como ellos ignoran el dia de su advenimiento futuro (2), no hayan tenido tampoco conocimiento del primero. Pero ¿quien puede saber si la Sabiduría de Dios no ha dicho en su manera espiritual á los Angeles acerca de su primera venida lo que nosotros leemos, que respondió á los Apóstoles, por la boca de la carne, de que ella se habia revestido, tocante á su segundo advenimiento (3)? *No os toca á Vos saber el tiempo y los momentos, que el Padre ha reservado á su potestad.* ¿Qué necesidad me puede impeler á creer, que los Angeles hayan hecho especial atencion á la Ciudad de Nazareth, antes de haber visto la embajada de este Archangel, que fué enviado á saludar á la Virgen en este Lugar, y anunciarla su parto divino? Pues en quanto á la eleccion de Belem para lugar de su naci-

(1) Galat. 4. (2) Math. 24. 36. (3) Act. 1. 7.

miento, y de Jerusalem para el de su pasion, los Prophetas habian tenido conocimiento de ello, y lo habian predicho abiertamente. Mas, aunque Nazareth tambien hubiese sido prevenida para lugar de su concepcion, yo creo con todo eso, que los Prophetas no le habian conocido como los dos primeros; de lo qual nosotros tenemos algun testimonio evidente en la Escritura. Pues en quanto á lo que nosotros leemos (1), *que el será llamado Nazareno*, parece con bastante claridad, que el Evangelista, que ha citado este pasage del Propheta, no tanto ha pretendido referirlo á su concepcion como á su educacion, á causa de que él fué restituido á este lugar desde Egipto, y en el fué criado. En fin, los Judíos dixeron á Nicodemo (2): *Leed con cuidado las Escrituras, y veréis que de Galilea no sale Propheta alguno.* Y á la verdad, ellos hablaban á un hombre que sabia la ley, que era Doctor en Israel, y que de ningun modo podia ignorar todo lo que pertenecia á esta doctrina. Y con todo eso, ellos insistian confiadamente y resueltamente contra él, haciéndole ver, que las Escrituras no decian, que Jesu-Christo viniese de Galilea, de que Nazareth era una Ciudad bastante conocida. Ellos mas bien se referian al testimonio de los Prophetas, por lo qual se vió que informándose el Rey Herodes sobre el lugar del nacimiento de aquel que los Magos buscaban, le respondieron al punto, que este lugar debia ser Belem. Es pues constante, que Jesu-Christo ha nacido en Belem (3); que ha padecido en Jerusalem; y que los Prophetas predixeron lo uno y lo otro abiertamente. Además tambien es verdad, que él fué concebido en Nazareth, Ciudad de Galilea; mas, Nicodemo no ha encontrado nada en la Escritura, de que él haya podido aprender, que la Provincia de Galilea, ni la Ciudad de Nazareth pudiesen tener alguna conexion con la venida de Jesu-Christo.

20 Así tambien Nathanael, que era igualmente un Doctor de la Ley, respondió por admiracion á S. Phelipe, que le hablaba de Jesu-Christo, hijo de Joseph de Nazareth.

(1) Math. 2. 23. (2) Ioan. 7. 52.
(3) Math. 2. 28.

preguntándole de esta suerte (1) *¿Qué, puede salir alguna cosa de bueno de Nazareth?* Sin duda admirándose de lo que se decia, que Jesu-Christo habia salido de Nazareth, porque no se hacia mencion alguna de esto en la Escritura. Y si se pretende que las palabras de este Doctor no tanto han sido una pregunta, como una afirmacion de la cosa, teniendo en su idea este testimonio, de que acabamos de hablar, *Él será llamado Nazareno*, no se puede con todo eso, probar de ahí con seguridad, qué él haya conocido, que Jesu-Christo fué concebido en Nazareth, puesto que él hubiera podido hallar otras muchas razones, por las quales el Propheta predixese esto. Y por tanto, es verdad decir, que el designio de Dios tocante al lugar de la Concepcion de Jesu-Christo, ha podido ser incógnito á los Angeles, igualmente que á los Prophetas.

21. Además; decidme, os ruego, ¿de dónde podria yo conocer, que este modo tan incomprensible, sobre el qual la misma Vírgen con mucha solicitud pedia la ilustracion, hubiese sido conocido de los Angeles? Por mí, yo pienso, que este mismo, que venia á anunciar el Mysterio (salvo el respeto que yo le debo) no tenia el conocimiento. Y él lo confiesa efectivamente, si ponemos cuidado en sus palabras, pues respondiendo (2): *El Espíritu Santo sobrevendrá en Vos*, ¿no la envia abiertamente á la escuela del Espíritu Santo? por la uncion del qual ella debia ser instruida de todas las cosas, de que él no osa atribuirse el conocimiento, y ella debe aprender por su experiencia, lo que no puede escuchar por su palabra. En fin, añadiendo (3): *Y la virtud del Altísimo os cubrirá con su sombra*, él señala mucho mas expresamente el modo secretísimo del Mysterio incomprensible é inefable, por el qual la Trinidad sola debia obrar esta divina Concepcion con la Vírgen, y en la Vírgen sola, como á la sombra. Y el grande San Juan se conocia y confesaba ménos capaz de penetrar en este admirable Mysterio, quando él declaraba, que no era digno de desatar la correa de sus zapatos. Y á la verdad, ¿de dónde se puede probar, que antes del

(1) Ioan. 14. 44. (2) Luc. 1. 35. (3) Id.

cumplimiento de este Mysterio, los Angeles hayan conocido la Santa Vírgen de nombre ó de vista por aquella que habia sido escogida de Dios en calidad de Madre suya, exceptuado solamente este Archangel, al qual tambien se puede creer piadosamente, que ella habia sido dada en guarda desde un principio? Y si el Diablo, habiendo sido engañado por el casamiento de San Joseph, no lo ha conocido aun despues de la Concepcion, bien se puede creer, que antes de este tiempo los Santos Angeles no han tenido el conocimiento de que ella debia ser algun dia la Madre de Dios. Pues, aunque los Angeles reprobados están destituidos de las gracias espirituales, ellos no dexan de tener todavia la vivacidad de su industria natural.

22 ¿No veis ya quántas razones hay, por las quales se puede creer, salva la fe y la verdad de las Escrituras santas, que los Angeles no han tenido el conocimiento de este designio de Dios, especialmente á fin de que la prerogativa de la revelacion de estas cosas fuese unicamente reservada á la Vírgen Madre? La primera de las circunstancias de este Mysterio era el tiempo, la segunda el lugar, la tercera el modo, y la quarta la eleccion de la persona de la Vírgen. Ved ahí lo que Vos podeis responder á los Hermanos, que me reprenden de que yo haya dicho, en alabanza de la Vírgen, que era quizá por esta razon el haber el Evangelista usado de esta expresion: *De parte de Dios*, para que no se creyese que Dios hubiese revelado su designio á los Santos Angeles antes que á la Vírgen, á excepcion del Archangel San Gabriel. Pues, quando yo digo su designio, yo no hablo del Mysterio en sí, sino del tiempo en que este designio ha sido cumplido, del lugar, de la manera, y de la eleccion de la persona. Dios os guarde.

FIN.

TRATADO

DE SAN BERNARDO ABAD DE CLARAVAL.

DE LOS ERRORES DE PEDRO ABAELARDO, CONDENADOS EN EL CONCILIO DE SENS.

AL PAPA INOCENCIO II.

PRÓLOGO.

Á su muy amado Padre y Señor Inocencio Summo Pontifice el hermano Bernardo, llamado Abad de Claraval, ofrece lo poco que él es.

Es menester dar parte al sagrado tribunal de vuestro Apostolado de todos los riesgos, y de todos los escándalos, que se levantan en el Reyno de Dios; especialmente quando ellos suceden en materia de la fe cathólica. En efecto, no hay lugar, como yo creo, donde los daños de la fe puedan ser reparados mas ventajosamente, que aquel mismo donde la fe no puede sentir algun detrimento. Pues, es la Cathedra de San Pedro la que tiene esta prerogativa, con preferencia á todas las otras. Porque, ¿á qual otra se ha dicho jamás (1): *Pedro, yo he rogado por vos á fin de que vuestra fe nunca falte*? Del Sucesor de San Pedro, pues, es de quien se exige lo que se sigue (2): *Y luego que vos fuéreis convertido, tened cuidado de confirmar vuestros hermanos.* Esto es lo que al presente es

(1) Luc. 22. 33. (2) Id.

necesario. Es tiempo, Padre Amantísimo, de que Vos reconozcais vuestra autoridad, testifiqueis vuestro zelo, deis honor á vuestro ministerio. Vos desempeñaréis dignamente el cargo de Pedro, de quien teneis el lugar, si con vuestras amonestaciones afirmais el corazon de aquellos que vacilan en la fe, y reprimis con vuestra autoridad la audacia de otros, que la quieren corromper.

CAPITULO I.

Refiere la mala doctrina de Abaelardo tocante al Mysterio de la Santísima Trinidad, y particularmente él refuta esta proposicion: Que el Espíritu Santo no es de la substancia del Padre y del Hijo.

1 Tenemos en Francia un Hombre, que de viejo Philósopho se ha hecho un nuevo Theólogo: que se ha entretenido desde su juventud en el arte de la Dialéctica; y que ahora quiere profanar las santas Escrituras con sus desvarios y sus extravagancias. Él no se contenta con renovar los errores, que han sido otras veces condenados, así en su persona como en la de otros, sino que inventa otros nuevos todavia. Este es un hombre temerario, que al mismo tiempo que se lisongea de no ignorar nada, sino el *Yo no sé* solamente, de todo lo que está en lo alto del Cielo, y acá baxo sobre la tierra, abre con insolencia la boca contra el Cielo, y se esfuerza en vano á penetrar los profundos secretos de Dios allí. De donde, en fin, viniendo á nosotros despues de este elevado rapto de su espíritu, él nos habla de los mysterios inefables, de que no es permitido al hombre hablar. Mas, quando él se jacta de estar pronto á dar razon de todas estas cosas, él emprende contra la razon, y contra la fe dar razon de las que están sobre la razon. En efecto, ¿qué hay mas opuesto á la razon, que pretender elevarse sobre la razon con las solas fuerzas de la razon? ¿Y qué hay mas contrario á la fe, que no querer creer todo lo que no se puede comprender por la razon? Quando él quiere explicar

estas palabras del Sabio (1): *El que crée prontamente, tiene el espíritu ligero*; dice que creer prontamente, es creer ántes de razonar: siendo así que Salomon no habla en este lugar de la fe sobrenatural que tenemos en Dios, sino de la creencia ordinaria que tenemos respecto de los otros. Pues en quanto á esta fe que nosotros debemos tener de Dios, el Papa San Gregorio dice muy bien (2), que ella no tiene mérito alguno, quando es fundada sobre la experiencia de la razon humana. Y al contrario, él da grandes alabanzas á los Apóstoles de que al primer mandato de nuestro Redentor, dexáron al punto todas las cosas por seguirle. Tampoco él ignoraba, que estas palabras del Psalmista (3): *Él me ha obedecido en el momento en que él oyó mi voz*, eran un verdadero elogio dado por el Espíritu Santo; y que los Discípulos que se mostráron demasiado difíciles para creer (4), mereciéron justamente la reprension, que por ello recibiéron del Señor. Vemos igualmente en el Evangelio (5), que María ha sido ensalzada, porque ella ha prevenido la razon por la fe; y que Zacharías fué castigado, porque él quiso juzgar de la verdad de la fe por la razon (6). En fin, el Patriarcha Abraham ha recibido alabanzas de todo el mundo por haber esperado contra toda razon de esperar (7).

2 Mas, nuestro Theólogo está muy alexado de estos verdaderos sentimientos de la Iglesia; pues que él dice: "¿De »qué sirven los discursos que se hacen para instruir á los »otros, si no se halla modo ni términos bastante expre»sivos para hacerles comprender lo que nosotros les que»remos enseñar?" De ahí viene, que prometiendo á sus oyentes hacerles entender los mas altos mysterios y los mas profundos secretos de la fe, él establece grados en la Trinidad, medidas en la magestad, números en la eternidad. "Él enseña, que Dios Padre es una plena potencia, que »el Hijo es una cierta potencia; y que el Espíritu Santo »no es una potencia. Él dice, que el Hijo es, respecto del

(1) Eccl. 19. 16. (2) S. Greg. Hom. 26. in Evang.
(3) Ps. 17. 28. (4) Marc. 16. (5) Luc. 1. 8.
(6) Luc. 1. (7) Rom. 4. 8.

» del Padre, lo que una cierta potencia es al respecto de » una potencia plena y entera; lo que la especie es al » respecto del género, lo material al respecto del animal; » en una palabra, lo que el sello de metal es al respecto » del metal mismo." ¿No es cierto, que este hombre es todavia peor que Arrio? ¿Quien podrá tolerar estas extravagancias? ¿Quien no tapará sus orejas á estas voces sacrílegas? ¿Quien no tendrá horror de estas novedades profanas, así de voces como de sentimientos? Él añade todavia, que "el Espíritu Santo procede, á la verdad, del » Padre y del Hijo, pero que él no es de la substancia » del uno ni del otro." ¿De donde pues? ¿Ha sido él sacado de la nada, como todas las cosas que han sido hechas, y que el Apóstol confiesa haber salido de Dios, quando él usa de estos términos: *Del qual* (1) *todas las cosas han sido hechas*? ¿Qué pues? Dirémos, que el Espíritu Santo no procede del Padre, y del Hijo de otra manera que todas las demas cosas; es decir, que él no procede en identidad de esencia, sino por via de creacion; y por tanto, que él ha sido criado como las otras cosas que están en el mundo? ¿Ó por ventura este hombre, que busca siempre alguna cosa de nuevo; que inventa con artificio lo que él no puede encontrar en la verdad; y que habla con seguridad de cosas que no son, como si ellas fuesen, forjará algun otro tercer medio, por el qual él haga salir el Espíritu Santo del Padre y del Hijo de una manera todo nueva? Pero, dice él: "Si el Espíritu Santo fuera de la » substancia del Padre, se seguiria de eso, que él era en» gendrado, y que por consiguiente el Padre tenia dos Hi» jos." Ridícula conseqüencia! Como si todo lo que viene de otra substancia, estuviera obligado al mismo tiempo á reconocer por padre aquello mismo de donde ha sacado su existencia. Si es así, es preciso decir, que los gusanos y las humedades son los hijos de la carne; ó que los gusanillos que salen de la substancia del madero podrido, son hijos del madero; y, en fin, que las polillas que sacan su substancia de la substancia del paño, sacan igual

[1] Rom. 11. 36.

mente la qualidad de engendrados y de hijos del paño; y así de otros.

3 Mas, yo me pasmo de admiracion de que un hombre tan sutil y tan sabio, á lo menos á lo que él se imagina, despues de haber confesado, que el Espíritu Santo es consubstancial al Padre y al Hijo, niegue en seguida, que él sea de la substancia del Padre y del Hijo. A no ser acaso que él quiera decir con una impiedad inaudita que las dos primeras divinas Personas proceden de la Tercera, porque, si el Espíritu Santo no es de la substancia del Padre y del Hijo, ni el Padre y el Hijo de la substancia del Espíritu Santo; ¿dónde está de verdad esta consubstancialidad? Es preciso pues ó que él confiese con la Iglesia, que el Espíritu Santo es de la substancia del Padre y del Hijo, de los quales él mismo confiesa que procede, ó bien que él niegue con Arrio la consubstancialidad del Espíritu Santo, y que él predique abiertamente la creacion de él como este Herege. Ademas, si el Hijo es de la substancia del Padre, y el Espíritu Santo no es de ella, es preciso necesariamente, que haya entre ellos una muy grande diferencia no solamente en que el Espíritu Santo no es engendrado, como el Hijo lo es, sino en que el Hijo es de la substancia del Padre, lo que no es el Espíritu Santo. Pero hasta ahora la Iglesia Cathólica no ha reconocido esta última diferencia entre estas dos Personas divinas. Y si efectivamente la recibimos, ¿donde estará la Trinidad? ¿donde la Unidad? Es bien cierto que la Unidad no sería ya, si el Hijo y el Espíritu Santo estuviesen separados el uno y el otro por una nueva pluralidad de diferencias, particularmente siendo substancial esta diferencia, que este Novador pretende introducir. Igualmente no restaría tampoco Trinidad, sino solamente dualidad (por hablar en los términos de la Escuela) si el Espíritu Santo no fuera en efecto de la substancia del Padre y del Hijo; no siendo enteramente razonable reconocer en la Trinidad una persona, que no tenga en la substancia nada de comun con las otras dos. Que él cese pues de separar la procesion del Espíritu Santo de la substancia del Padre y del Hijo, de temor de que con una doble im-

piedad él no añada á la Unidad él número que él cercena á la Trinidad, siendo lo uno y lo otro absolutamente reprobado por la fe Cathólica. Mas, á fin de que no se crea, que yo quiero fundarme solamente sobre discursos humanos en un asunto de esta importancia, que él se tome el trabajo de leer la Carta que San Gerónimo (1) escribió á Avito, ciertamente él verá que entre las demas blasphemias que él reprende en Orígenes, detesta particularmente aquella por la qual decia, que el Espíritu Santo no era de la substancia del Eterno Padre. Tambien San Athanasio (2) en el Libro de la Trinidad Unica habla en estos términos: *Quando yo he hecho mencion de un solo Dios, yo no he querido expresar la sola Persona del Padre, porque yo no he negado jamás, que el Hijo, y el Espíritu Santo sean de la sola y misma substancia del Padre.* Asi habla S. Athanasio.

CAPÍTULO II.

Que en la Trinidad no conviene admitir desigualdad ninguna, sino una igualdad perfecta y universal.

4 Vuestra Santidad puede reconocer bien al presente, como por las necedades de este Novador, mas bien que por sus argumentos, la Trinidad no subsiste, y la Unidad se destruye: lo que no se puede decir sin blasphemar contra la Magestad divina. Pues, qualquiera cosa que Dios sea, él es indubitablemente lo que no se puede concebir de mas grande. Y si quando nosotros venimos á considerar las Personas de esta Unica y Soberana Magestad, encontramos en ellas alguna cosa que no es perfectamente igual, dando al uno lo que quitamos al otro; es sin duda que este Todo es menos que aquel otro, de que no se puede imaginar nada de mas grande. Porque no se puede dudar que el Todo que es máximo en todas maneras, no sea mas grande que aquel que no lo es mas que en parte. Pues

(1) S. Hierom. Tom. 1. Ep. 59. (2) S. Athanas. L. de Un. Trinit.

en quanto él puede, forma pensamientos, dignos de la magnificencia divina, aquel que no concibe nada de desigual en Dios, donde todo es sumamente grande; nada de dividido, pues que todo es perfectamente uno; nada de separado, pues que todo es absolutamente entero; en fin, nada de imperfecto ni de defectuoso, donde todo es todo perfecto y absoluto. En efecto, el Padre es todo lo que es el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo: él Hijo es todo lo que es el mismo y el Padre y el Espíritu Santo: é igualmente el Espíritu Santo es todo lo que es el mismo y el Padre y el Hijo. Y, lo que es admirable, es, que este Todo es un solo y mismo todo, que no es ni mas grande en todas las tres divinas personas juntamente, ni mas pequeño en cada una y en particular. La razon es, porque ellas no parten entre sí separadamente y en particular este verdadero y soberano bien, que es todo su ser, pues que ellas no le poseen por participacion, sino que son este mismo bien por su propia esencia. Y quando con grande verdad se dice, que el uno procede del otro, y que el uno tiene relacion al otro, no es que se quiera dividir la Divinidad, sino que se quiere solamente declarar la distincion de las Personas. Pues aunque se afirme muy propia y muy catholicamente, que en esta inefable é incomprensible esencia de la Divinidad hay uno y uno, á fin de distinguir las propiedades personales, con todo eso, no hay en ella una cosa y una cosa, sino una sola y simplicísima cosa: de suerte que la confesion de la Trinidad no perjudica en alguna manera á la unidad de la esencia, asi como la confesion de la unidad no destruye las propiedades de las Personas. Por tanto es menester, que esta miserable comparacion, ó por mejor decir, desproporcion del género y de la especie, igualmente que la del sello de metal con el metal de que él está hecho, esté tan alexada de nuestros sentimientos, como ella lo está de la verdad; tanto mas, quanto siendo la relacion que el género y la especie tienen el uno al otro, una relacion de inferior á su superior; y no siendo Dios sino uno en su Esencia, no puede haber verdadera conveniencia entre una tan grande igualdad, y una tan grande desigualdad.

Lo mismo es menester decir del metal y de un cierto metal, que no es otro que el sello de metal, pues que Abaelardo no emplea esta segunda comparacion, sino para servir de prueba á la primera. Siendo pues la especie, como yo he dicho ya, menor que el género como que es inferior á él, no conviene creer que esta diversidad se encuentre entre el Padre y el Hijo, y es preciso huir de decir con este Novador, que el Hijo es al respecto del Padre, lo que la especie es al respecto del género, el hombre al respecto del animal, el sello de metal al respecto del metal, y una cierta potencia al respecto de la potencia en general. Pues todas estas cosas tienen entre si tal conexion por su propia naturaleza, que ellas encierran necesariamente una relacion de inferioridad y de superioridad las unas de las otras, y por consiguiente no se debe admitir alguna semejanza de estas cosas con este Ser simplicísimo, en quien nada se encuentra de desigual, ni de desemejante. Vos notaréis facilmente, que la invencion de estas comparaciones no puede venir, sino de una prodigiosa ignorancia, ó de una extrema impiedad.

CAPÍTULO III.

Combate la absurda doctrina de Abaelardo, que atribuye á una sola Persona propiamente, y especialmente los nombres absolutos y esenciales que convienen igualmente á todas tres Personas.

5 Yo suplico á vuestra Santidad, que advierta todavia mas claramente lo que este hombre siente, enseña, y escribe. El dice, que la potencia pertenece propia y especialmente al Padre, y la Sabiduría al Hijo. Es muy falso, pues que el Padre es muy verdaderamente la Sabiduria, y el Hijo la Potencia; y lo que es comun á entrambos, no puede ser propio y particular á cada uno de ellos. Ciertamente, hay mucha diferencia entre los nombres que tienen relacion á otra persona, y aquellos que no tienen relacion sino á la misma: y de ahi viene, que cada una tiene el suyo propio, y que no es comun á la otra. Pues

este que es el Padre, no es el Hijo, y este que es el Hijo, no es el Padre, porque por el nombre de padre se hace ver, que él es Padre no respecto de sí mismo, sino por respecto al Hijo. Igualmente por el nombre de Hijo se quiere exprimir, que él es Hijo por relacion al Padre, y no por relacion á si mismo. No es asi de la potencia, ni de la Sabiduría, ni de otros muchos atributos, que se refieren á ellos mismos, en vez de que el Padre y el Hijo tienen su respecto el uno al otro, y no cada uno á si mismo. Mas, nuestro (1) Theologo no está de acuerdo con nuestra doctrina. "Pues yo encuentro, dice él, »que la Omnipotencia pertenece propiamente y especial»mente á la propiedad personal del Padre, no solamente »á causa de que él puede hacer todas las cosas igualmente, »y conjuntamente con las otras dos Personas, sino tam»bien porque él solo es de sí mismo, y él no recibe sú »ser de otro; y como él tiene el ser de sí mismo, tam»bien tiene su potencia de si mismo, y no de otro." O nuevo Aristóteles! Mas, aun suponiendo que su razonamiento fuera verdadero, yo le pregunto: si nosotros por la misma razon no podriamos decir, que la Sabiduría, y la bondad pertenecen particularmente al Padre, pues que el Padre no tiene menos, de sí mismo y no de otro la Sabiduría y la bondad, que él tiene de sí mismo, y no de otro su ser y su potencia. Y si el asiente á esto (pues que él no lo puede negar, si es cierta su razon) ¿que se hará, yo os ruego, de esta noble particion por la qual él ha dado al Padre la potencia, y al Hijo la Sabiduría, y al Espíritu Santo la bondad como propiedades personales, pues que es imposible, que una misma y sola cosa pertenezca propiamente y particularmente á dos diferentes personas, es decir, que ella sea propia y especial de cada una de ellas en particular? Que él escoja pues lo que quiera: ó que él dé la Sabiduría al Hijo, y que él la quite al Padre, ó que él la dé al Padre, y que él la quite al Hijo: igualmente, ó que él atribuya la bondad al Espíritu Santo sin darla al Padre, ó que él la dé al Padre sin

(1) Abad. T. 2. lib. 2. pág. 990.

atribuirla al Espíritu Santo, ó bien en fin, que el desista de hacer propios y personales los nombres que son comunes á todos: y que él no tenga ya el atrevimiento de enseñar, que la potencia pertenece propiamente y especialmente al Padre á causa de que él la tiene de si mismo; de temor de que por la misma razon él no esté obligado á confesar, que la Sabiduría y la bondad, que él tiene igualmente de si mismo, le pertenecen como propiedades especiales y personales.

6. Pero aguardemos un poco todavia, y veamos con qué alta theórica contempla nuestro Doctor las cosas invisibles que hay en Dios. Él dice, como ya he notado, que la omnipotencia pertenece propiamente al Padre, y para hacerla entera y perfecta, él la establece en el govierno y en el discernimiento. Él añade, que la Sabiduría pertenece propiamente al Hijo: y él declara al mismo tiempo, que ella no es simplemente y absolutamente potencia, sino una cierta potencia, es decir, la potencia solamente de discernir. Quizá él teme hacer injuria al Padre, si concede otro tanto poder al Hijo como al Padre; y como él no osa darle la potencia todo entera, se satisface con darle de ella á lo menos la mitad. Mas, á fin de dar más ilustracion á su doctrina, él se sirve de exemplos muy conocidos de todo el mundo. Él dice pues, que la potencia de discernir que es el Hijo, es una cierta potencia, al modo que el hombre es un cierto animal, y el sello de metal un cierto metal: y asi, que la potencia de discernir, es decir el Hijo, es al respecto de la potencia de governar y de discernir, es decir el Padre, lo que es el hombre respecto del animal, y el sello de metal respecto del metal. "De la misma manera, dice él, que (1) de que una »cosa es sello de metal, se sigue necesariamente ser metal; »y de que una cosa es hombre, se sigue con la misma nece»sidad, que es animal, aunque no se puedan volver estos »términos sin falsedad; del mismo modo tambien desde »que se reconoce una divina Sabiduría, que es la potencia »de discernir, es preciso necesariamente reconocer una di-

(1) Id. Tom. 2. pág. 1083.

»vina potencia; sin embargo de que estos términos no »sean mutuamente convertibles.» Mas ¿qué? ¿Quereis pues, que conforme á vuestra comparacion sea permitido concluir como en las cosas precedentes, que de que el Hijo es, es preciso que él sea Padre, es decir, que aquel que es el Hijo sea tambien el Padre, aunque no se pueda retornar la conseqüencia? Si vos manteneis esta proposicion, es cierto que sois Herege: y si vos no la aprobais, vuestra comparacion es nula, y fuera de propósito.

7 ¿Para qué pues vais á buscarla tan lexos por tantos rodeos, y sirviéndoos de cosas tan remotas, y tan poco convenientes á vuestro asunto? ¿para qué tomais tanta pena por ponerla en su lustre? ¿por qué empleais tantos discursos vanos é inútiles, y la dais tantos elogios á fin de imprimirla bien dentro de los espiritus, si ella no puede servir de nada á vuestro designio, que es manifestar que los miembros de vuestra comparacion se reducen los unos á los otros por proporciones justas y convenientes? No es vuestro designio y vuestro afan hacernos conocer por esta comparacion la habitud ó respecto que hay entre el Padre y el Hijo? Con todo eso, nosotros aprendemos por vuestra misma doctrina, que la posicion ó afirmacion de hombre es necesariamente posicion ó afirmacion de animal tambien, pero que por eso no se debe concluir lo contrario, es decir, que de la posicion de animal no se sigue necesariamente que él sea hombre al mismo tiempo. Porque segun la regla de vuestra dialéctica la especie presupone el género, mas el género no presupone la especie. Pues ya que vos comparais el Padre al género, y el Hijo á la especie, para que la comparacion fuese verdadera é hiciera á vuestro propósito, era preciso, que hiciéseis ver que á la posicion ó afirmacion de ser el Hijo, se sigue necesariamente que él sea Padre tambien, aunque no mutuamente: á fin de que, como aquel que es hombre, es tambien necesariamente animal, sin embargo de que aquel que es animal, no sea necesariamente hombre; del mismo modo aquel que es Hijo, sea tambien necesariamente Padre, sin embargo de que aquel que es el Padre no sea necesariamente el Hijo. Mas, la fe cathólica, que os es opuesta enteramente, en es-

esto, desecha absolutamente la una y la otra de vuestras proposiciones, no pudiendo admitir que el Hijo sea el Padre, ni que aquel que es el Padre sea tambien el Hijo. Pues es constante, que el Padre es otro, y el Hijo otro, aunque el Padre no sea otra cosa que el Hijo. Y por estos términos de *otro* y de *otra cosa* la piedad de la fe sabe mas prudentemente exprimir la diferencia que hay entre las propiedades de las personas divinas, y la unidad indivisible de la Esencia: y temiendo siempre un medio, ella camina siempre segura por el camino real, sin torcer á la derecha confundiendo las personas, ni á la izquierda dividiendo la substancia. Y si por el simple ser quereis decir que verdaderamente se infiere, y es buena conseqüencia: Si el Hijo es, es preciso necesariamente que el Padre sea tambien; eso no hace nada en vuestro favor. Pues que la naturaleza de la relacion exige necesariamente que ella sea recíproca, y que la misma verdad se encuentre en ambas proposiciones convertibles: lo que no conviene de ningun modo á la comparacion, que vos traeis del género y de la especie, ó del metal y el sello de metal. Pues se puede decir con mucha verdad por el solo ser simple: si el Padre es, el Hijo es; y recíprocamente: si el Hijo es, el Padre es; pero nosotros no podemos establecer una conseqüencia recíproca entre el hombre y el animal, ni entre el sello de metal y el metal. Porque, bien que sea cierto decir: si hay un hombre, hay un animal, la proposicion recíproca no es, con todo eso, verdadera, por la qual se dixese: si hay un animal, hay un hombre. Y del mismo modo: si hay un sello de metal, se sigue de ahí necesariamente que hay metal; mas de que haya metal, no se puede concluir necesariamente, que hay un sello de metal. Pero pasemos á lo demás.

8 Hemos visto hasta aquí como nuestro Doctor establece la toda potencia en el Padre, y una cierta potencia en el Hijo: ahora es preciso que él nos declare su sentimiento acerca del Espíritu Santo. "La misma bondad, »dice él (1), que es exprimida por el nombre del Espíri-

(1) Id. pág. 1085.

» tu Santo, no es en Dios ni potencia ni sabiduría." Yo veia á Satanas caer del Cielo como un relámpago (1). Tambien es de esta suerte como debe caer, aquel que no ama sino las alturas, y que se eleva siempre por sobre sí mismo. Y vos, ó Santo Padre, bien veis qué grados, ó por decir mejor, qué precipicios se ha preparado este temerario para su ruina; es á saber, estos términos nuevos de toda potencia, de semi-potencia, y de ninguna potencia. Ciertamente, yo me lleno de horror solamente de oirles nombrar, y yo creo que este horror es mas que suficiente para refutarlos. Es preciso, con todo eso, que yo traiga un testimonio de la Escritura santa, que enmedio de la turbacion en que estoy, se me presenta, á fin de rebatir la injuria, que este desventurado hace al Espíritu Santo. Nosotros leemos en Isaias: *Espíritu de sabiduría, Espíritu de fortaleza.* Y no es necesario mas, ya que no para reprimir enteramente, á lo menos para convencer manifiestamente la temeridad atrevida de este Novador. Ó lengua insolente y orgullosa! yo doy que te se perdone la injuria que tu haces al Padre y al Hijo: mas ¿como osas tu esperar el perdon de las blasphemias, que vomitas contra el Espíritu Santo? ¿No ves tu el Angel de Dios que te aguarda, y que te va á dividir por enmedio, á fin de castigar tu impiedad, con que presumes decir, que el Espíritu Santo no es en Dios ni la potencia ni la sabiduria? Así es como la sobervia se precipita, quando ella quiere abanzar demasiado.

CAPÍTULO IV.

Refuta la definicion de la fe, por la qual Abaelardo dice que la fe es una opinion.

9 No hay que admirar, que este hombre, que no se toma pena ninguna de quanto él habla, osando entrarse en la profundidad de la fe, no recele invadir y destrozar con desacato é irreverencia los sagrados tesoros de la pie-

(1) Luc. 10. 18.

dad; pues que él mismo tiene tan malos sentimientos de la piedad de la fe. Desde la entrada de su Teología (1), ó diciendo mejor, de sus extravagancias, él define, que la fe es una opinion. Como si fuera permitido á cada uno creer y hablar en esta materia segun su phantasía, ó los Sacramentos de nuestra fe dependiesen de la incertidumbre de vanas y diversas opiniones de los hombres; ó mas antes ellos no estuviesen fundados sobre una verdad cierta é indubitable. ¿No es verdad, que si fluctúa nuestra fe, nuestra esperanza será vana y sin seguridad? Nuestros Mártyres pues, estarian destituidos del buen sentido, en sufrir tan crueles tormentos por unas cosas inciertas, y en soportar un tan largo y penoso destierro por una recompensa muy dudosa y tan mal asegurada. Mas, no permita Dios, que nosotros creamos, como este miserable, que hay algo de dudoso en nuestra fe ó en nuestra esperanza: sabemos muy seguramente, que todo esta apoyado sobre la verdad sólida é inmutable aquí; que todo está verificado por los milagros y oráculos divinos, y que todo está establecido y consagrado por el parto de la Vírgen, por la sangre de nuestro Redentor, y por la gloria de Jesu-Christo resucitado. Nada hay tan creible como estos testimonios divinos. Mas, si ellos no bastan todavia para asegurar nuestras dudas, ved ahí que el Espíritu Santo mismo nos da testimonio de que somos verdaderamente hijos de Dios. ¿Quien se atreve á decir, que la fe es una opinion, sino aquel que no ha recibido todavia el Espíritu Santo; que no sabe el Evangelio, ó que le tiene por una fábula ó por una chimera? *Yo sé*, dice el Apóstol (2), *quien es aquel á quien yo he creido, y yo estoy cierto de no ser engañado*: y ¿con todo eso, yo os oigo murmurar, que la fe es una opinion? ¿y quereis hacerme pasar por una cosa dudosa lo que es lo mas cierto del mundo? Bien diferentes sentimientos tenia en esto S. Agustin. "*La fe*, dice »este gran Padre de la Iglesia, no es una congetura, ni »una simple opinion en el corazon de aquel donde ella

(1) Lib. 1. pag. 977. y 1086. (2) 1. Tim. 1. 12.

» reside, sino una ciencia muy cierta, de la qual él recibe » las seguridades por el testimonio de su propia conciencia." No creais pues, no creais, que la fe christiana tenga unos límites tan dudosos y tan inciertos. Estas opiniones y estas incertidumbres no pertenecen sino á los Philósophos Académicos, que hacen profesion de dudar de todas las cosas, y de no saber nada. Mas, por lo que á mi toca, yo subscribo animosamente al sentimiento del Doctor de las Naciones, y estoy muy seguro de no ser engañado. Confieso, que la definicion que él da de la fe, me agrada muchísimo, aunque por baxo este Novador testifique bastante, que no la aprueba. *La fe*, dice San Pablo (1), *es la substancia de las cosas que se deben esperar, y la seguridad de aquellas que no son visibles.* Él dice, que ella es la substancia y el fundamento de nuestras esperanzas, y no una phantasía de mil congeturas extravagantes. Así, este término de substancia no nos permite creer ni disputar en la fe segun nuestra imaginacion, ni vagar aquí y allí por el vacío de las opiniones, ó por el extravío de los errores. Pues que la substancia os dice alguna cosa de fixo y de determinado, y ella os encierra en ciertos términos y límites. No es pues la fe una opinion, sino una certidumbre.

10 Mas, yo os ruego, que noteis todavia los demas errores suyos. Yo no quiero hablar aquí de lo que él dice, que nuestro Señor no ha tenido el espíritu del temor del Señor: Que no habrá en el Cielo el casto temor del Señor: Que los accidentes que quedan despues de la consagracion del pan y del vino, permanecen en el ayre: Que las sugestiones de los Demonios se hacen en nosotros por el contacto de ciertas piedras, y de ciertas yerbas, de que estos malignos Espíritus se sirven diestramente segun el conocimiento, que ellos tienen de la virtud particular, y de las diversas propiedades de estas cosas, para excitar en nosotros pasiones diferentes, é incitarnos á diferentes pecados: Que el Espíritu Santo es el alma del mundo: Que el mundo, segun las ideas de Platon, es un animal tanto

(1) Heb. 11. 1.

mas noble, quanto él tiene un alma mas excelente, que es el Espíritu Santo. En lo qual, á medida que él se fatiga en hacer á Platon Christiano, nos da todas las pruebas de que él es un Pagano. Mas, como ya he dicho, yo paso todas estas cosas en silencio, igualmente que otras extravagancias de esta naturaleza, que son muchas, á fin de venir á otras de mas grande importancia. No es, con todo eso, que yo pretenda responder exâctamente aun sobre todas estas, pues para eso seria menester escribir grandes volúmenes: mas, yo hablaré solamente de aquellas de que absolutamente no podria callar.

CAPÍTULO V.

Reprende á Abaelardo de que prefiere sus pensamientos y sus imaginaciones á los comunes sentimientos de todos los Padres, particularmente en este lugar, donde él dice, que Jesu-Christo no ha encarnado expresamente para librar el hombre del poder de Satbanas.

11 Este hombre presuntuoso, que quiere penetrar con su acostumbrada temeridad en los mas profundos abysmos de la divina Magestad, emprendiendo hablar del Mysterio de nuestra Redencion, confiesa desde el principio de su Tratado, que todos los Doctores de la Iglesia son de un mismo sentimiento sobre este mismo asunto: (esto es una cosa que yo he leido en su Libro de las Sentencias por mí mismo, y en una cierta explicacion que él ha hecho de la Carta á los Romanos.) Mas, lo que hace parecer su audacia insoportable, es que al mismo tiempo que él reconoce esta doctrina orthodoxâ de los Santos Padres, él la desecha con menosprecio, y se alaba insolentemente de que él tiene otra mejor, sin recelar en manera alguna, contra la prohibicion del Sabio (1), traspasar los antiguos términos, que nuestros Padres han prescrito. "Es preciso » notar, dice él, que todos nuestros Doctores, que han » vivido despues de los Apóstoles, convienen todos en este

(1) Prov. 22.

» punto: Que el Diablo tenia un poder y un imperio sobre el » hombre, de quien él era justamente el Señor, porque » abusando el hombre de la libertad de su alvedrio, ha- » bia voluntariamente consentido á la sujecion del Demo- » nio. La razon que ellos dan para esto, es la ley del » vencedor, por quanto si alguno lleva la victoria so- » bre otro, el vencido por el derecho mismo se hace es- » clavo del vencedor. Y ved ahí, dice él, la necesidad » que ha obligado al Hijo de Dios á encarnar, en el sen- » timiento de estos Doctores, á fin de que el hombre que » no podia recobrar su libertad por otra via, fuese muy » justamente librado de la servidumbre del Demonio por » la muerte de este Inocente. Mas, por lo que á mi toca, » añade él, yo no puedo persuadirme, ni á que el Dia- » blo haya tenido jamas algun derecho sobre el hombre, » sino quizá, permitiéndolo Dios así, en calidad de car- » celero: ni á que el Hijo de Dios haya querido tomar » carne humana particularmente para sacar al hombre de » la esclavitud, y para darle libertad." ¿Qué es mas in- tolerable en estas palabras, su blasphemia, ó su arrogan- cia? ¿Qué es mas digno de castigo, su temeridad, ó su impiedad? ¿No seria mas justo cerrar esta boca maldicien- te á golpes de un palo, que refutar sus extravagancias con razones ordenadas? En efecto, ¿no es con justicia, que él ha provocado las manos de todos contra él, pues que las suyas están armadas contra todos? Todos los Pa- dres, dice él, son de este sentir, mas yo no. Hé! *quién* sois vos para hablar de esta suerte? ¿Qué traeis de mejor fundado? ¿Qué habeis encontrado de mas sutil que los otros? ¿Podeis alabaros de haber tenido revelacion parti- cular de alguna verdad oculta, que haya estado escondi- da á tantos Santos, y incógnita á tantos sabios? Aparece bien, que este hombre no nos servirá sino unas aguas robadas, y unos panes escondidos, segun el lenguage de la Escritura.

12 No dexeis, con todo eso, de decirnos vuestro pen- samiento, y de descubrirnos lo que no ha estado jamas en el espíritu de ningun Doctor. ¿No es esto lo que vos sentis, que el Hijo de Dios se hizo hombre, sin haber te-

nido el designio de sacar al hombre de su cautiverio? Si este es vuestro sentimiento, él os es muy particular, y efectivamente no es comun á otro alguno. Pero á vos toca ver donde habeis aprendido tan bella doctrina. Porque seguramente no la habeis podido recibir de ningun sabio, ni de algun Propheta, ni de algun Apóstol, ni del mismo Jesu-Christo. El Doctor de las Gentes (1) nos ha enseñado lo que él ha aprendido de nuestro Señor. El Maestro de todos los hombres confiesa (2), que su doctrina no es de él. *Yo no hablo*, dice él, *de mi mismo*. Y vos nos traeis una doctrina que es de vos solo, y que no habeis aprendido de ninguno. Aquel, dice S. Juan (3), que profiere palabras mentirosas, las saca de su propio fondo. Por eso yo os dexo muy gustoso lo que es vuestro. Por mi, yo quiero escuchar con humildad los Prophetas y los Apóstoles, yo quiero obedecer sencillamente al Evangelio, mas no al Evangelio de Pedro Abaelardo. Vos nos forjais un nuevo Evangelio, mas la Iglesia no recibe un quinto Evangelista. La Ley, los Prophetas, los Apóstoles y los hombres Apostólicos, no nos predican otra cosa, que lo que vos solo teneis el atrevimiento de negar; es á saber, que Dios se hizo hombre para poner al hombre en libertad. Y si un Angel baxára del Cielo á la tierra, para anunciarnos otra doctrina, seria preciso pronunciar anathema contra él.

13 Mas, vos que presumis haber recibido mas luces que todos vuestros Maestros juntamente, rehusais conformaros con el sentimiento de todos los Doctores, que han ilustrado la Iglesia despues de los Apóstoles. Y aun no teneis vergüenza de decir, que ellos son contrarios á vuestra opinion, pues que ellos convienen juntamente en una misma sentencia. Seria pues en vano, que yo os propusiera su creencia y su doctrina, pues que vos los habeis ya proscrito: yo os citaré pues, y conduciré delante de los Prophetas. Ved aqui no un Propheta, sino el Señor de los Prophetas, que hablando por la boca de un Propheta á su pueblo de conquista baxo la figura de Jerusalem, le

(1) 1. Cor. 11. 13. (2) Ioan. 7. 16. (3) Ioan. 8. 44.

dice estas palabras (1): *No temas, yo te salvaré, y te libraré.* ¿Preguntais de qué potestad? pues vos no quereis que el Demonio la haya tenido jamás, ni que él tenga alguna al presente sobre el hombre. Y cierto, yo no lo quisiera tampoco. Mas, aunque vos y yo no lo queramos, él no dexa, con todo eso, de tenerla. Y si vos teneis dificultad en confesarlo y reconocerlo (2): *Todos aquellos que han sido rescatados por el Señor, y que él ha sacado del poder de su enemigo*, lo confiesan y lo publican altamente. Vos mismo no podriais negarlo, sino estuviéseis baxo la potestad de vuestro enemigo. Si vos no podeis rendir gracias con aquellos que han sido rescatados, es que vos no sois de este dichoso número. Y si en efecto vos estuviérais rescatado, reconoceriais vuestro Redentor, y no negariais vuestro rescate. Mas, aquel que no conoce su cautiverio, no se cuida de buscar su libertad. Y al contrario, aquellos que se sienten, *han clamado al Señor, y el Señor les ha oido, y les ha sacado del poder de su enemigo.* Mas, á fin de que vos entendais quien es este enemigo, *Aquellos*, dice el Propheta (3), *que él ha librado del poder de su enemigo, él les ha juntado de diversas naciones.* Donde es preciso primeramente, que reconozcais que el Autor de esta reunion es aquel mismo, de quien Caiphas prophetizó en el Evangelio (4), que Jesus moriria por su nacion. A lo que S. Juan añade (5), *que él no moriria solamente por su nacion, sino tambien para reunir y congregar juntamente los hijos de Dios que estaban dispersados.* ¿Donde estaban dispersados? En todas las regiones. Es pues verdad decir, que él ha juntado de diversas regiones los que él ha rescatado. Él no los juntaria, sino los rescatára. Porque ellos no estaban dispersados solamente, sino que estaban en el cautiverio tambien. Él pues les ha redimido, despues él les ha reunido: mas, él les ha redimido del poder de su enemigo. No dice del poder de sus enemigos, sino *de su enemigo.* No hay sino solo un enemigo, pero hay muchas naciones que han sido libradas, segun lo que es-

(1) Soph. 3. 16 (2) Ps. 106. 2. (3) Id.
(4) Isaïs. 11. 12 (5) Id. 52

está escrito: *Él les ha congregado*, no de una region, sino *de diversas regiones, del oriente y del occidente, del septentrion y del medio dia.* Mas, ¿quien es este Principe tan poderoso, que no domina en un pais solamente, sino en toda la tierra? Ciertamente, yo no reconozco otro sino aquel, de quien otro Propheta ha dicho (1): *Él sorberá sin admirarse un rio todo entero*, esto es el linage humano; *y él tendrá confianza todavia de que aun el Jordan*, es decir, los Escogidos, *vendrá á caer en su boca.* Dichosos aquellos que no han caido en esta boca desgraciada, sino para ser sacados de ella, y que no han entrado alli, sino para salir de alli!

14 Mas, ¿qué? Puede ser, que vos no creais á los Prophetas, bien que ellos convengan unanimemente en este grande poder, que el Demonio tiene sobre el hombre: Venid pues conmigo, y dirijámonos á los Apóstoles. Vos habeis declarado, que no estábais de acuerdo con aquellos que han vivido despues de los Apóstoles, mas vos debeis rendiros á lo menos á los sentimientos de los Apóstoles: por si quizá tambien á vos os sucede lo que uno de ellos ha dicho de algunos hombres (2): *Puede ser que Dios les dé un arrepentimiento saludable, y les haga conocer la verdad, á fin de que por este medio ellos se puedan retirar de la servidumbre del Demonio, que les tiene cautivos en sus lazos y les hace obedecer á su voluntad.* S. Pablo es quien habla asi, y quien nos asegura, que todos los hombres son esclavos del Demonio, de suerte, que él dispone de ellos á su voluntad. ¿Cómo pues podeis vos negar, que él tenga la potestad, quando el Apóstol reconoce en él una voluntad tan absoluta? Y si, en fin, no creeis á la autoridad de S. Pablo, es preciso por último resorte, que nosotros hagamos recurso á Jesu-Christo mismo, por si quizá le ois, y os aquietais á su doctrina. Nuestro Señor mismo es quien hablando del Diablo (3), le llama *príncipe de este mundo, y el fuerte armado*, que tiene en su posesion los vasos: ¿y no obstante vos teneis tanta temeridad, que llegais á decir, que él no tiene potestad ninguna

(1) Iob. 40. 18. (2) 2. Tim. 2. 25. (3) Ioan. 4. 30.

sobre los hombres? ¿Pensais pues, que por la palabra de casa, de que él usa en este lugar, él entiende otra cosa que el mundo, y por la palabra de vasos otra cosa que los hombres? Pues, si vos quedais de acuerdo, y confesais, que el mundo es la casa del Diablo, y que los hombres son sus vasos, ¿cómo podeis sostener, que él no tiene poder ninguno sobre los hombres? ¿No sabeis lo que nuestro Señor dixo á los que se apoderaban de su persona en el Jardin de las Olivas (1), *Ved ahi vuestras horas, y la potestad de las tinieblas*? No ignoraba S. Pablo este poder tampoco, quando él decia (2): *El nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y nos ha trasladado al Reyno todo brillante de luces de su Hijo.* Nuestro Señor mismo no ha tenido dificultad en confesar, que el Diablo, igualmente que Pilatos que era uno de sus miembros, habia tenido potestad sobre él, quando él replicó (3): *No tendriais ninguna potestad sobre mí, sino os hubiera sido dada de lo alto.* Y si este poder dado de lo alto se ha exercido con tanto rigor sobre el leño verde, ¿cómo puede ser que él no se haya atrevido á tocar el leño seco? En lo demas, yo no creo que nuestro Doctor quiera contestar este poder como injusto, pues que es Dios mismo quien se le da al Demonio. Es mas apropósito, que él sepa que el Diablo no ha tenido solamente este poder sobre los hombres, sino que él le ha tenido tambien con grande justicia; á fin de que por una conseqüencia necesaria él reconozca, que el Hijo de Dios ha venido á la tierra á vestirse de nuestra carne, para librar los hombres del poder de su enemigo. En fin, nosotros decimos, que el poder del Diablo ha sido justo, mas no tambien su voluntad. Asi, el Diablo no ha sido justo, quando él se ha hecho dueño del hombre; y el hombre no ha sido justo, quando él mereció caer en la esclavitud: mas, Dios ha manifestado su justicia, abandonando el hombre al poder del Diablo. Tambien es la voluntad y no la potestad, lo que hace á una persona justa ó injusta. Y por tanto, aunque el Diablo no haya adquirido el poder, que él ha tenido sobre

(1) Luc. 22. 53. (2) Colos. 1. 13. (3) Ioan. 19. 11.

el hombre, por un derecho de justicia, sino que él en efecto le ha usurpado con su propia malicia, con todo eso, ello ha sido muy justo para la voluntad de Dios, que lo ha permitido. Asi pues, justamente el hombre ha sido hecho esclavo del Diablo; de suerte, con todo eso, que esta justicia no se encuentra en el hombre, ni en el Demonio, sino en solo Dios que lo ha ordenado asi.

CAPÍTULO VI.

Que Dios no ha usado solamente de misericordia, sino tambien de justicia en la obra de la redencion del hombre.

15 Es pues cierto, que justamente el hombre fué reducido á la servidumbre; y que la misericordia le ha librado de ella; mas, de tal suerte ha obrado aqui la misericordia, que no ha faltado tampoco la justicia, aun en esta grande obra de nuestra Redencion. Tambien asi resplandeció mas la misericordia del Libertador, sirviéndose de la justicia mas antes que de su potencia, para combatir este injusto usurpador: y esto mismo convenia mas á los medios que era menester tomar para la libertad de un criminal. Porque, ¿qué pudiera el hombre hacer por sí mismo para recobrar la justicia, que él habia perdido, estando esclavo del pecado, y cautivo del Demonio? Era menester pues aplicar la justicia de otro á quien carecia de la suya propia: lo que ha sucedido de esta manera. El príncipe de este mundo ha venido, y el no ha encontrado nada, que le pudiese pertenecer en el Salvador del hombre. Y como sin embargo de eso él puso sus manos sacrilegas en este inocente, justísimamente él ha perdido los reos que él tenia baxo de su dominacion: quando aquel que no era deudor de algun tributo á la muerte, habiendo aceptado voluntariamente una muerte ignominiosa, por el mismo derecho de justicia ha librado los reos, asi de la servidumbre de la muerte, como del imperio del Demonio. ¿Con qué justicia pues, se podia pedir segunda vez este tributo al hombre? Porque, si el hombre era deudor, tambien ha

sido el hombre quien ha pagado la deuda. Pues, como dice el Apóstol (1): *Si un hombre ha muerto por todos los otros; luego todos los otros estaban muertos.* Sin duda, á fin de que la satisfaccion de uno solo sea imputada á todos, asi como aquel mismo solo ha llevado los pecados de todos: y para que ya no haya ocasion de decir, que aquel que ha cometido el crímen, es otro que aquel que ha satisfecho, porque el cuerpo y la cabeza es un solo Jesu-Christo. La Cabeza pues ha satisfecho por sus miembros; Jesu-Christo por sus entrañas, quando segun el Evangelio de S. Pablo, que convence á Pedro Abaelardo de mentira (2), *habiendo muerto por nosotros, él nos ha hecho revivir con él, perdonándonos todos nuestros crímenes, y deshaciendo el decreto de nuestra condenacion, por el qual todos nosotros estábamos sujetos á la muerte, y habiéndole arrancado de las manos del Demonio, él le ha clavado en la Cruz, y por este modo ha despojado los principados y las potestades del infierno.*

16 Dios quiera, que yo me encuentre entre estos despojos, que han sido quitados á las potencias enemigas, y que yo sea restituido á la posesion de mi divino Dueño. Si Laban me persigue, y me echa en cara, que yo le he abandonado secretamente; que él sepa, que yo habia ido á él en secreto, y que por eso yo me he retirado de él de la misma manera. Un pecado cometido en secreto me habia sujetado á su dominacion, y una justicia todavia mas secreta me ha librado dichosamente de ella. O si yo he sido gratuitamente vendido, ¿no podré ser gratuitamente rescatado? Si Assur me ha calumniado sin causa, ¿por qué pide él la causa de mi evasion? Si él me dice, que es mi Padre quien me ha puesto en la esclavitud, yo le responderé que es tambien mi Hermano quien me ha librado de ella. Pues que mi delito se ha derivado de un origen extraño, ¿por qué tambien mi justificacion no podrá venir de otra parte? Es otro el que me ha hecho pecador, y es otro el que me justifica del pecado: lo uno viene del origen, y lo otro viene de la sangre. ¿Por ventura el

(1) 2. Cor. 6. 15. (2) Coloss. 2. 13.

pecado sacará mas fuerza de la raza del pecador, que la justicia saca de la sangre de Christo? Mas, dirá él, la justicia quede á quien le pertenece: ¿qué parte teneis vos en ella? Bien, sea asi. Pero al mismo tiempo, que la culpa sea solamente imputada al autor de ella: ¿qué parte debo yo tener en ella? ¿Es razon, que la justicia no sea ventajosa sino al Inocente, y que la impiedad sea dañosa á otros que al culpable? No se compone bien, que el hijo lleve la iniquidad del Padre, y que sea destituido de la justicia del hermano. La muerte ha venido (1) por un hombre, y la vida nos ha sido dada por otro hombre. Porque *asi como todos los hombres mueren en Adam, asi todos tambien serán vivificados* (2) *en Jesu-Christo*: en manera que yo no pertenezco de tal suerte á aquel, que no pertenezca tambien á este. Y si yo soy del uno por la carne, yo soy del otro por la fe. Si yo he sido infestado en Adam por la concupiscencia original, yo he sido ungido en Jesu-Christo por su gracia espiritual. ¿Por qué se me ha de imputar mas de mal del lado del Prevaricador? Si se me echa en cara la generacion, yo represento mi regeneracion. Toda la diferencia que hay en ellas, es que la una es carnal, y la otra espiritual. Mas, la razon y equidad no sufren que entrambas se balanceen y compitan igualmente; sino que es justicia, que el Espíritu pueda mas que la carne, y que su virtud sea tanto mas eficaz, quanto su naturaleza es mas excelente y mas noble: y asi, que la segunda generacion me traiga mas de bienes y ventajas, que la primera me habia causado de males. Es verdad, que el pecado ha descendido hasta mí, mas la gracia tambien ha llegado hasta mí. Pero, *no es de la gracia* (3) *como del pecado, pues en vez de que la condenacion de todos los hombres ha venido por un solo pecado, les ha sido dada la justificacion por la gracia despues de muchos pecados.* El pecado ha descendido del primer hombre, mas la gracia ha venido de lo mas alto de los Cielos. Lo uno y lo otro ha venido de mis Padres, aquello del Primero, esto del Summo. Mas, si mi nacimiento terrestre ha sido capaz

(1) Rom. 5. 12. (2) 1. Cor. 15. 22. (3) Rom. 5. 16.

de perderme, ¿con quanto mayor razon mi nacimiento celestial podrá conservarme? Tampoco yo temo ser desechado del Padre de las luces, despues que he sido sacado de esta suerte de la potestad de las tinieblas, y he sido plenamente justificado por la sangre de su Hijo. Sin duda, él mismo es quien me justifica: ¿quién se atreverá á condenarme? Aquel que ha hecho misericordia con el pecador, no condenará el inocente. Y si yo me atrevo á llamarme justo, yo sé que esto es por su justicia. Y si quereis saber qual es esta justicia, S. Pablo (1) en la Carta á los Romanos nos enseña, que *Jesu-Christo es el cumplimiento de la Ley para la justificacion de todos aquellos que creen en él.* Y él dice todavia, *que él ha sido hecho justicia para nosotros por Dios Padre.* ¿Qué pues? La justicia que ha sido hecha para mi, no será para mí? Si el pecado de otro se ha hecho mio por la comunicacion que me ha sido hecha con él, ¿por qué la justicia de otro que me ha sido concedida, no ha de ser mia? Ciertamente, hay mas seguridad en la que me ha sido donada, que en la que ha nacido conmigo. Es verdad que esta tiene gloria, pero no delante de Dios, en vez de que aquella que produce eficazmente mi salud, no tiene materia de gloriarse, sino en el Señor. *Si yo* (2) *soy justo*, dice Job, *Yo no levantaré la cabeza*: sin duda, de temor de que no se me responda (3): *¿Qué teneis que no háyais recibido? Y si lo habeis recibido, ¿por qué os gloriais de ello, como sino lo hubiérais recibido?*

CAPÍTULO VII.

Reprende agriamente á Abaelardo de que intente con tanta impiedad como temeridad penetrar en los secretos de Dios y extenuarlos.

17 Ved ahi pues la justicia, que el hombre ha recibido por la sangre del Redentor; pero que Abaelardo, este hombre de perdicion, desechándola con menosprecio, trata

(1) Rom. 10. 4. (2) Iob. 10 15. (3) 1. Cor. 4. 7.

de anonadar de tal suerte, que él cree y enseña, que todo lo que Jesu-Christo ha obrado por nuestra salud, quando, siendo el Señor de la gloria, él se ha abatido hasta la nada; se ha hecho inferior á los Angeles; ha nacido de una muger; ha tratado en el mundo con los hombres; se ha puesto á la prueba de nuestras enfermedades; ha sufrido mil indignidades en su persona; y en fin, él ha querido volver á su gloria por la muerte ignominiosa de la Cruz; él cree, vuelvo á decir, y sostiene, que Jesu-Christo no ha obrado todas estas maravillas entre los hombres, sino para darles un modelo de bien vivir por sus exemplos y por su doctrina, y para hacerles conocer la extension de su caridad por sus sufrimientos y por su muerte. ¿Con que él enseñó la justicia, y no la dió? manifestó la caridad, pero no la infundió; y de esta suerte él se volvió á su reyno? ¿A esto pues estarán reducidas todas las ventajas de *este admirable mysterio de amor y de verdad*(1), *que nos ha sido manifestado en la carne, que el Espiritu Santo ha justificado, que ha sido descubierto á los Angeles, predicado á las naciones, confiado al mundo, y elevado tambien hasta la mansion de la gloria*? O Doctor incomparable, que al mismo tiempo que él cree tener bastantes luces para darse entrada en los mas profundos abysmos de la Divinidad, y para hacerles fáciles y accesibles á todos los que él quiere ilustrar con su doctrina, pone con sus mentiras tan llano y tan descubierto este Sacramento altísimo, y Mysterio incomprensible, que ha estado escondido á todos los siglos pasados; que los profanos mismos y los incircuncisos, pueden tener aqui libre acceso, y comprenderle sin trabajo! Como si la Sabiduría divina no hubiera acertado á precaver, ó hubiera despreciado lo que ella misma ha prohibido; sino que ella misma hubiera consentido en dar á los perros las cosas santas, y en arrojar las piedras preciosas á los puercos. No, esto no es asi. Pues aunque este Mysterio ha sido manifestado en la carne, con todo eso, él ha sido justificado por el testimonio del Espíritu Santo, á fin de que las cosas espirituales no sean

(1) 1. Tim. 3. 16.

comunicadas sino á los espirituales, y el hombre animal y sensual no pueda penetrar en los secretos del Espíritu de Dios: y por este medio permanezca constante y averiguado, que nuestra fe no está fundada sobre la eloqüencia de las palabras humanas, sino sobre la Omnipotente virtud de Dios. Y por esto ha dicho el Salvador del mundo, dirigiéndose al Eterno Padre (1): *Yo os adoro y os doy gracias, Padre mio, que sois el Señor del Cielo y de la tierra, de que vos habeis escondido estos mysterios á los sabios y á los prudentes del siglo, y los habeis descubierto á los pequeños y á los humildes.* Y S. Pablo en este mismo sentimiento dice asi (2): *Aunque el Evangelio que yo predico, está encubierto, es para aquellos que perecen, estar él encubierto.*

18 En fin, yo os pido, que noteis como este hombre se burla de todo lo que viene del Espíritu de Dios, pareciéndole que todas estas cosas son unas locuras; como él insulta á S. Pablo porque nos descubre la Sabiduría infinita de Dios encerrada en este Mysterio adorable; y como él hace invectivas contra el Evangelio, y blasphema contra la Magestad Divina. ¿Quanto mas prudente seria él, si se sometiese humildemente á creer lo que él no puede comprender por sus propias luces, y si él no tuviera la temeridad de menospreciar y poner á sus pies un Mysterio tan santo y tan respetable? Mas, yo no haria fin jamás, si quisiera responder á todas las impertinencias y calumnias, que él impone á los sabios designios de Dios. Me contentaré con referir algunas, de que facilmente se podran inferir las demas. Pues que Jesu-Christo, dice él, ha rescatado solamente los predestinados, ¿como el Diablo era Señor de ellos, sea en esta vida, sea en la otra, de una manera mas particular que al presente? Yo respondo, que por esta misma razon es, que siendo el Diablo dueño de los Escogidos, y teniéndolos cautivos baxo de su tirania, han tenido ellos necesidad de un Libertador; á fin de que el decreto (3) de Dios, que habia sido hecho en su favor, fuese plenamente executado. Y sin duda, era durante su vi-

(1) Math. 11. 25. (2) 1. Cor. 4. 3. (3) 1. Tim. 2. 24.

vida, quando era menester librarlos, á fin de que ellos pudiesen gozar en la otra de una entera libertad. Él añade seguidamente, y pregunta: Si el Diablo atormentaba este pobre, que reposaba en el seno de Abraham igualmente que el rico que estaba condenado á las llamas del Infierno? O bien, si aun tenia poder sobre la persona de Abraham, y de los otros Predestinados? Yo respondo, que él no le tenia, mas él le hubiera tenido, si ellos no hubiesen sido librados por la fe de Jesu-Christo, que habia de venir, asi como está escrito de Abraham (1): *Abraham creyó á las promesas de Dios, y eso le fué imputado á justicia.* Y en otra parte (2): *Abraham se regocijó en la esperanza de ver el dia de mi venida. Él le ha visto, y ha sido de eso arrebatado de alegria.* Por tanto desde este tiempo mismo la sangre de Jesu-Christo servia á Lázaro, como de un dulce rocio, para estorvar que sintiese el ardor de las llamas, porque habia creido, que él vendria un dia á padecer por los Christianos. Y es preciso decir lo mismo de todos los predestinados que vivian entonces: ellos estaban nacidos igualmente que nosotros baxo la potencia de las tinieblas, á causa del pecado original; mas, antes de salir de esta vida, ellos fueron librados de él por la sangre de Jesu-Christo. Asi, S. Matheo dice en el Evangelio (3): *Que los pueblos que marchaban delante de él, y los que le seguian, clamaban diciendo: Gloria sea al Hijo de David. Bendito sea aquel que ha venido en el nombre del Señor.* Es pues verdad, que las tropas de los Escogidos han bendecido á Jesu-Christo, no solamente quando él vino á la tierra en la carne, sino tambien antes que él hubiese venido, y aun todavia despues de su venida; aunque á la verdad los primeros, que precedieron, no habian recibido una bendicion entera, habiendo sido reservada esta prerogativa solamente para el tiempo dichoso de la gracia.

(1) Gen. 15. 16. (2) Ioan. 8. 16. (3) Math. 22. 9.

CAPÍTULO VIII.

Por qué Jesu-Christo se ha servido de un medio tan áspero y penoso para librarnos, puesto que un solo acto de su voluntad bastaba, ó un puro mandato suyo?

19 Nuestro Teólogo prosigue en su designio, y hace todos los esfuerzos para mostrar, que el Diablo ni ha podido, ni ha debido arrogarse algun poder sobre el hombre sin una expresa permision de Dios: y que si Dios quisiera hacer misericordia con su fugitivo, podia muy justamente, y sin hacer ningun agravio al Demonio, revocarle á sí, y con una sola palabra retirarle de su miseria. Como si hubiera alguno que le contestase esta verdad. En fin, él pasa adelante, y despues de muchos discursos concluye de esta manera: "Qué necesidad pues, »ó qué razon, ó qué conveniencia habia en que habiendo »el Hijo de Dios encarnado por nuestra salud, sufriese tan»tas miserias, tantos oprobios, los golpes de los azotes, las »salivas, y en fin, que él muriese en una cruz como un »malvado con tanto dolor como ignominia; pues que la »Bondad Divina podia librar al hombre de su pecado con »solo mandarlo?" Mas, yo le respondo, que ha sido nuestra propia necesidad quien lo exîgia así. Necesidad á la verdad bien dura, pues que nosotros estábamos postrados en las tinieblas y sombra de la muerte. Yo digo mas: Era necesario igualmente por nosotros, por la gloria de Dios, y por el interes de sus Angeles. Por nosotros, á fin de que fuésemos sacados del yugo del duro cautiverio. Por la gloria de Dios, á fin de que su decreto eterno fuese cumplido. Y por el interes de sus Angeles, á fin de que sus sillas, que permanecian vacias, fuesen llenadas. Mas, la principal razon de esta obra ha sido la infinita bondad de aquel que la ha executado. En efecto, ¿hay persona alguna en el mundo, que pueda negar razonablemente, que el Todo-Poderoso haya tenido entre sus manos una infinidad de otros medios de rescatarnos; de justificarnos,

y de recobrar nuestra libertad? Mas, tan lexos está de que este que él ha escogido entre muchos, deba ser menos eficaz, que al contrario él tiene mas poder y fuerza que los otros en este caso. Porque, estando nosotros sepultados en una tierra de olvido, todos estos grandes excesos que nuestro Redentor ha sufrido por librarnos, nos representan harto mas vivamente, y nos hacen reconocer mas eficazmente la grandeza de nuestra caida, y la extremidad de nuestra miseria. Y yo puedo decir, que de otra suerte los hombres no habrian jamas conocido, ni podido comprender las riquezas infinitas, que están encerradas en este Mysterio adorable de nuestra redencion. Ellos no habrian podido jamás descubrir los tesoros todos, que contienen en sí la profundidad impenetrable de este Myterio en asunto de gracias; los respetos y las conveniencias admirables de estos medios con la Sabiduría divina; los nuevos rasgos de belleza, que ellos añaden á la gloria, y las grandes ventajas que ellos traen á nuestra salud. Por eso el Propheta Habacuc (1) al considerar estas maravillas, se llena de pasmo sin poder comprenderlas (2). Y el Precursor del Señor confiesa (3), que él no es digno de penetrarlas.

20 Mas, si no nos es permitido buscar con demasiada curiosidad los secretos de la voluntad divina, nos es, con todo eso, agradable, sentir los efectos de este Mysterio, y recibir el fruto, y las ventajas de él. Y nosotros no podemos retener en un silencio que sea inocente, las cosas de que hemos adquirido un legítimo conocimiento. Es cierto (4) que *resulta gloria á los Reyes de la tierra de ocultar sus designios, pero importa á la gloria de Dios inquirir sus voluntades.* ¿Ó cómo es una palabra llena de verdad (5), y muy digna de ser recibida por todo el mundo con grande alegria, que nosotros hemos sido reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, entonces mismo quando nosotros estábamos todavia metidos en el pecado! Pues si hay

(1) Habacuc 3. 2. (2) Segun los LXX. (3) Ioan. 1. 27.
(4) Prov. 25. 2. Ahora se lee en la Vulgata en diverso sentido.
(5) Rom. 5. 10.

reconciliacion, hay tambien remision de los pecados. Porque, si, como dice la Escritura (1), *nuestros pecados ponen la separacion entre Dios y nosotros*, es indubitable, que permaneciendo el pecado en nosotros, no podia haber reconciliacion aqui. ¿En donde está pues la remision de los pecados? Vedla ahi en las palabras de nuestro Salvador (2), *Este Caliz del nuevo testamento está establecido en mi sangre, que será derramada por vosotros, y por la remision de los pecados.* Es pues verdad, que la remision de los pecados se encuentra necesariamente, donde se halla la reconciliacion. ¿Y qué otra cosa es ella que la justificacion? Sea pues que vos la llameis reconciliacion, ó remision de los pecados, ó justificacion, ó redencion, ó liberacion de las cadenas del Demonio que nos tenia cautivos baxo su dominacion, y á su voluntad, es por la muerte del Hijo de Dios, que nosotros obtenemos esta gracia; y por su sangre, que nosotros somos justificados, sin haberlo merecido, segun lo que dice el Apóstol escribiendo á los Colosenses (3): *Es en él en quien nosotros hemos sido rescatados por su sangre, y hemos recibido la remision de nuestros pecados segun la extension infinita de las riquezas de su gracia.* Mas, decis vos, ¿por qué ha empleado él su sangre para llevar al cabo una cosa, que él podia absolutamente hacer por una sola palabra? Haced esa pregunta á él mismo. Por lo que á mi toca, yo puedo bien saber, que él lo ha hecho asi, mas no me es permitido buscar la razon de eso. No pertenece al barro decir al Alfarero que le ha formado: ¿Por qué vos me habeis hecho de esa suerte?

21 Pero todas estas razones no satisfacen á este hombre; él toma todas estas respuestas por extravagancias; se burla de ellas á placer. Oid las risas que él hace sobre esto. "¿Cómo el Apóstol, dice él, puede asegurar, que » nosotros hemos sido justificados, y reconciliados con » Dios por la muerte de su Hijo, puesto que Dios tenia » tanto mayor materia de irritarse contra los hombres, quan-

(1) Isai. 59. 2. (2) Luc. 22. 20.
(3) Eph. 1. y Colos. 2. 14.

» to ellos cometian un crímen harto mas enorme crucifi-» cando su Hijo único, que no traspasando su mandamien-» to primero por la comida de una manzana?" Como si en un mismo asunto la malicia de los malos no pudiera desagradar á Dios, y al mismo tiempo serle agradable la piedad del que sufre. Él añade seguidamente: Si el pecado de Adam ha sido tan horrible delante de Dios, que no ha podido ser borrado sino por la muerte de su Hijo, ¿qué es lo que podrá jamás servir de expiacion para el homicidio, que ha sido cometido en la persona de Jesu-Christo? Yo respondo en dos palabras: Esta misma sangre, que ellos han derramado, y las oraciones de aquel que ellos han hecho morir. Mas, prosigue él todavía: "¿Es po-» sible, que la muerte del Hijo inocente haya de tal suerte » agradado á Dios Padre, que ella haya sido capaz de re-» conciliarle con nosotros, puesto que este mismo pecado » que nosotros cometimos, era la materia misma por la » qual se hacia morir nuestro inocentísimo Señor; y que » á ménos de cometer un tan grande crímen, no se ha-» ya podido obtener el perdon del primero, que era mu-» cho mas ligero que este?" A esto respondo yo, que no es la muerte del Hijo lo que ha sido agradable al Padre, sino mas bien la voluntad de aquel que murió de su propia voluntad, y que por esta misma muerte destruyó la nuestra, obra nuestra salud, nos restituye nuestra primera inocencia, triunfa de los principados y de las potestades, despoja los infiernos, enriquece los Cielos, restablece la paz entre el Cielo y la tierra, y en fin, reparte todas las cosas por una renovacion universal. Y porque esta muerte tan preciosa, que Jesu-Christo debia sufrir voluntariamente para destruir el pecado, no podia suceder sino por el pecado; nosotros decimos, no que él haya tomado placer, sino que sirviéndose ventajosamente de la malicia de los impíos, él ha vencido la muerte por la muerte, y sacado del pecado la condenacion del pecado mismo. Y quanto mayor ha sido la malicia de ellos, tanto mas santa tambien y mas eficaz para nuestra salud ha sido la voluntad de este Inocente: á fin de que por la mediacion de una potencia tan prodigiosa, este pecado primero, aunque enor-

me, cediese con todo eso, como lo menor á lo mas grande, al que fué cometido en la sagrada persona de Jesu-Christo. Ni esta victoria debia en modo alguno ser atribuida al pecado ó al pecador, sino mucho mas antes á la sabiduría de aquel, que ha sabido sacar ventajas del pecado; que ha sufrido los pecadores con constancia, y que ha encontrado el medio de servirse de la misma crueldad, que los malos habian exercido contra su Hijo, para hacer en lo adelante resplandecer su bondad en su lugar.

22 Y lo mas admirable, es, que esta sangre que ha sido derramada, ha sido tan eficaz para obtener el perdon, que ella ha borrado enteramente este crímen exêcrable, que era la causa de esta misma efusion, y ha quitado por este medio toda la duda que podia restar respecto del perdon del antiguo pecado, que era mucho menor que este último. Pero nuestro Doctor grita todavia: "¿Qué » crueldad y qué injusticia sería, exigir la sangre, ó gus» tar de la muerte de un inocente por el precio y el res» cate de un criminal! Y por tanto, ¿que apariencia hay » de que la muerte del Hijo haya podido de tal suerte » agradar á Dios, que haya podido reconciliarle con » todos los hombres?" Yo no digo, que Dios Padre haya pedido la sangre de su Hijo, sino solamente que él ha aceptado su sacrificio: no que él estuviese sediento de la sangre del Inocente, sino que él tenia sed de la salud del culpable, la qual estaba encerrada en esta sangre. Sí, sin duda; esta sangre adorable contenia efectivamente en sí nuestra salud, y no era solamente un testimonio, y una prueba exterior de la caridad divina para con nosotros, como este hombre siente y escribe. Porque aquí es adonde se dirigen todas las calumnias y las invectivas, que él vomita contra Dios con tanta impiedad como ignorancia, quando él asegura, que Dios no se ha hecho visible en la carne, sino para informarnos ó instruirnos por sus exemplos; y que él no ha querido morir y padecer, sino para testificarnos, y hacernos conocer mas particularmente la grandeza de su amor.

CAPÍTULO IX.

Que Jesu-Christo ha venido al mundo, no solo para instruirnos, sino tambien para librarnos.

23 En lo demas, ¿de qué nos servirian todas estas bellas lecciones del Hijo de Dios, si al mismo tiempo él no nos hubiera restablecido á su gracia? ¿No es verdad, que todas sus instrucciones nos serian inútiles, si primeramente él no destruyera en nosotros el ser del pecado, de suerte que nosotros no permaneciésemos ya miserablemente oprimidos baxo los hierros de su tirania? Si todos los bienes que Jesu-Christo nos ha conseguido por su Encarnacion, no consisten sino en habernos enseñado el camino de la virtud, ¿no es preciso decir igualmente, que todos los males, que nuestro primer Padre nos ha causado por su desobediencia, se reducen á habernos hecho conocer la malicia del pecado; pues que el remedio nos ha sido aplicado segun la calidad de la llaga, que habiamos recibido? Esto es lo que el Apóstol nos testifica por estas palabras (1): *Todos los hombres serán vivificados en Jesu-Christo de la misma manera que ellos todos han muerto en Adam.* Pues, si el primer Adam nos ha dado la muerte, es preciso que el segundo nos dé la vida. Y si la vida, que Jesu-Christo nos da, no es otra que su celestial doctrina, la muerte que Adam nos ha causado, no debe tampoco consistir en otra cosa que en su mal exemplo: y así, todo el bien y el mal que los hombres han recibido del primero y del segundo Adam, se deben reducir simplemente á que por la prevaricacion del primero ellos hayan tenido conocimiento del pecado, y por los documentos y las virtudes del segundo hayan sido perfectamente instruidos en la virtud y en su amor. Mas bien, si per-

(1) 1. Cor. 15. 22.

maneciendo en los sentimientos de la fe cathólica, mas antes que en los de la heregía Pelagiana, confesamos ingenuamente, que el pecado de Adam y la muerte por el pecado, nos ha sido comunicado por la via de la generacion; y no solamente por su mal exemplo, es preciso que consiguientemente confesemos, que Jesu-Christo nos ha dado la santidad, y por la santidad la vida, no solamente por sus instrucciones, y su vida exemplar, sino ademas tambien por la generacion espiritual que él nos da por su cruz y por su muerte: *á fin de que así como por el pecado de uno solo todos los hombres han caido en la condenacion de la muerte* (1), *así tambien por la justicia de uno solo todos los hombres sean restablecidos en la justificacion de la vida.* Pues, siendo esto así, ¿cómo este hombre puede decir con alguna verdad, que todo el designio de Dios en la Encarnacion de su Hijo, no ha sido sino para esclarecer al mundo con las luces de su sabiduría, y para encender el fuego de su amor en el corazon de todos los hombres? ¿Donde estará pues la redencion? Él confiesa bien á la verdad, que Jesu-Christo es el autor de las luces del entendimiento, y de los atractivos del corazon: mas, ¿quien lo será de la redencion y de la libertad de los hombres?

24 Yo quiero que la venida de Jesu-Christo aproveche á los que le pueden imitar por su buena vida, y por su amor corresponder recíprocamente á aquel que él les ha manifestado en su pasion y en su muerte: mas ¿qué será de los párvulos? ¿Qué luz de sabiduría puede él comunicar á los que apénas han recibido la luz de la vida? Y ¿como aquellos que no son capaces todavia de amar á los otros hombres, podrán elevarse hasta amar á Dios? ¿Qué? ¿La venida de Jesu-Christo será inútil á estos inocentes? ¿Y no les servirá de nada haber sido ingeridos en Jesu-Christo, y haber tenido parte en su muerte por el Bautismo, porque su corta edad no les permite todavia conocer y amar á Jesu-Christo? "Nuestra redencion, dice » él, es la excelente caridad que hay en nosotros por la » pa-

(1) Rom. 5. 13.

» pasion de Jesu-Christo." Luego los párvulos no tienen parte en esta redencion, porque ellos están destituidos de esta excelente caridad. O quizá porque ellos no están en estado de amar, tampoco están en estado de perecer; de suerte que ellos no tienen ninguna necesidad de un segundo nacimiento por Jesu-Christo, pues que ellos no han recibido algun daño por el primer nacimiento, que ellos han traido de Adam su primer padre? Si Abaelardo está en este sentimiento con Pelagio, es tan insensato como él. Mas, qualquiera de estas cosas que él sienta, no podrá paliar la envidia que él tiene contra el Mysterio amoroso de la redencion de los hombres; pues que él hace todos los esfuerzos para destruir toda la economia de este altísimo é incomprensible Mysterio, al mismo tiempo que él reduce toda la obra de nuestra salud á una simple afeccion, y no á una verdadera regeneracion; y que él establece toda la gloria de nuestra redencion, y la perfeccion de nuestra salud en los progresos de nuestra conducta, en vez de atribuirles efectivamente á la potencia de la cruz, y al precio de la sangre de Jesu-Christo. Mas (1), *por mí yo me guardaré bien de gloriarme en otra cosa, que en la cruz de nuestro Señor Jesu-Christo, que es la causa efectiva y fundamental de nuestra salud, de nuestra vida, y de nuestra resurreccion.*

25 En lo demas yo observo tres cosas principales en esta divina obra de nuestra salud. La primera, es el exemplo de la humildad, por la qual Dios se ha anonadado á sí mismo. La segunda, la medida de su caridad, la qual se ha extendido hasta la muerte, y muerte de cruz. Y la tercera, el Mysterio de la redencion, en el qual ha destruido la muerte, que él mismo ha querido sufrir. Si vos separais las dos primeras de la tercera, ellas no subsistirán mas que la pintura que vos emprendeis hacer sobre el vacío y sobre el ayre. Esto no es decir, que el exemplo de la humildad igualmente que el de la caridad, no sean extremamente necesarios, y muy dignos de ser seguidos de todos: pero si ellos no son acompañados de la reden-

(1) Galat. 6. 14.

cion, no tienen sólido fundamento, y por consiguiente no pueden subsistir en un estado permanente. Yo bien quiero hacer todos los esfuerzos para seguir á mi amable Jesus; yo deseo ansiosamente abrazar como con los brazos de un amor recíproco aquel que me ha amado, y que se ha entregado él mismo por mi salud: mas, eso no basta; es preciso todavia, que yo coma el cordero Pasqual, pues que está escrito en San Juan; que si yo no como su carne, y no bebo su sangre, no tendré la vida en mí. Una cosa es seguir á Jesu-Christo, y abrazarle, y otra comerle. Seguir á Jesu-Christo es un designio muy saludable, abrazarle es una alegria igual: mas, el comerle, eso es el colmo de la felicidad, y la bienaventuranza de la vida. Su carne es verdadera vianda (1), y su sangre es verdadera bebida. Y él es el pan de Dios mismo, que ha descendido del Cielo. Mas, el designio y el gozo sin la vida, no tendrán mas solidez que la pintura hecha en el ayre sin apoyo ninguno. Por tanto, es menester concluir, como yo he dicho ya, que ni los exemplos de la humildad, ni las pruebas de la caridad tienen poder alguno sin el socorro del adorable Mysterio de la Redencion.

26 Ved ahí, Señor y Padre (2), los reparos que vuestro humilde siervo ha hecho contra algunos artículos de la nueva heregía de Pedro Abaelardo. Si vos no encontrais aquí nada de considerable, mas que el zelo que me anima, á lo menos yo tengo el consuelo de haber satisfecho á la obligacion de mi conciencia. Como yo no tenia en mi mano el poder, para vengar la injuria hecha á la fe de la Iglesia, que yo sentia con mucho dolor, he creido que era de mi obligacion advertir de ello á aquel cuyas armas son el poder de Dios mismo, para destruir todas las falsas opiniones que se forman contra la verdad de la Iglesia; para abatir el orgullo de estos presuntuosos, que se elevan contra la ciencia de Dios; y para obligar todos los espíritus á someterse al yugo de Jesu-Christo, y á la obediencia de la fe. Hay todavia otros muchos artículos en sus escritos, que no son ménos peligrosos que los precedentes; pero ni el

(1) Ioan. 6. 56. (2) Epilogo.

tiempo, ni la brevedad de una carta, me permiten al presente responder á ellos. Por otra parte, yo no creo, que sea muy necesario refutarlos; siendo su falsedad por sí misma tan manifiesta, que el conocimiento de la fe la mas comun, basta para destruirla. Ved ahí, con todo eso, algunos que yo he recogido, y que yo envio á vuestra santidad.

FIN.

LA VIDA

DE SAN MALACHIAS OBISPO DE HIBERNIA,

ESCRITA POR SAN BERNARDO ABAD DE CLARAVAL.

Prólogo al Abad Congano.

Ha sido costumbre muy loable poner por escrito las ilustres vidas de los Santos, á fin de que ellas sirviesen de espejo y de exemplo á los hombres para mejor reglar su vida sobre la tierra. En efecto, esto es hacerles vivir en algun modo entre nosotros despues de su muerte; y muchas veces ellos atraen y revocan á una verdadera vida los que están verdaderamente muertos, aunque vivos en la apariencia. Mas, lo que me mueve mas á escribir esta vida, es la rareza de los Santos, que nosotros vemos en estos tiempos. Ciertamente, esta esterilidad de virtud y de santidad es ahora tan grande entre nosotros, que no se podria casi dudar, que no haya sido fulminada contra nosotros esta sentencia del Evangelio (1): *La caridad de muchos se resfriará, porque la iniquidad*

(1) Math. xx. 12.

será mas abundante. Y yo temo mucho, que nosotros no háyamos llegado, ó que por lo ménos no estemos muy próximos á aquel tiempo, del qual está escrito (1): *La miseria caminará delante de él.* Si yo no me engaño, el Ante-Christo es este hombre, que debe ser precedido y acompañado de la esterilidad y del hambre. Mas, sea de esto lo que se quiera; ó que esta esterilidad de personas virtuosas nos señale el tiempo en que nosotros vivimos, ó el de nuestros sucesores, ello es cierto, que nosotros nos hallamos al presente en este estado deplorable. Yo no hablo del comun del pueblo, ni del número infinito de los hijos del siglo: yo quiero, que vos echeis los ojos sobre las columnas mismas de la Iglesia. ¿Quien me mostraréis aun de aquellos que están establecidos para ser la luz del mundo, cuya elevacion no eche mas humo que fuego? *Y. Si la luz que está en vos*, dice nuestro Señor (2), *no es sino tinieblas, ¿quales serán las tinieblas mismas?* A no ser que vos me digais (lo que yo no creo) que aquellos que se sirven de la piedad, para sacar de ella una ganancia vergonzosa, y que no buscan en la heredad del Señor, sino sus propios intereses, y no los de Jesu-Christo, difunden mucho de luz. ¿Qué digo yo, que buscan sus intereses? Yo disimularia, que se tuviese por perfecto y por santo aun el que busca sus propios intereses, y retiene sus riquezas, con tal que el corazon y las manos se abstuviesen de los bienes agenos. Sin embargo, aquel que se halla en este estado, haga la reflexion de que se exîge tambien de un Pagano (3) el mismo grado de santidad. ¿Por ventura no se encarga á los Soldados, que se contenten con su paga, si ellos quieren ser salvados? Por cierto, seria una cosa grande para un Doctor de la Iglesia hacerse igual á un Soldado; ó bien, segun la exprobacion que sobre ello hace el Propheta (4), *estár el Sacerdote y el pueblo en un grado mismo.* O cosa enteramente vergonzosa! ¿Qué, se puede justamente reputar elevado al que habiendo decaido del grado supremo, tiene pena de mantenerse en el ínfimo,

(1) Iob. 41 13. (2) Math. 6. 12. (3) Luc. 3. 14.
(4) Isai. 24. 2.

de temor de no caer en el abysmo? Con todo eso, ¿qué raros son los que se encuentran de estos en el Clero? ¿Donde me hallaréis todavia alguno, que se contente con las cosas necesarias, y que menosprecie la superfluidad? Sin embargo, esto es una Ley impuesta á los sucesores de los Apóstoles por los Apóstoles mismos: *Teniendo con qué vivir, y con qué vestir*, dice San Pablo (1), *nosotros estemos contentos.* ¿Donde encontrarémos nósotros esta práctica? Ciertamente, nosotros la vemos en los Libros, mas no en las personas. Y solo en el Justo hallamos nosotros, que *la Ley de Dios está en su corazon* (2), y nó en su Libro. En lo demas, esto no es todavia el grado de la perfeccion: pues que el hombre perfecto está siempre dispuesto á carecer aun de las cosas necesarias. Mas, esto se dice en valde. Oxalá que nos moderásemos en las cosas superfluas! Oxalá que nuestros deseos no se dirigiesen á lo infinito! ¿Pero qué? ¿Encontraréis acaso alguno, que se conduzca de esta manera? Yo confieso, que no es fácil encontrarle: mas, reflexionad sobre lo que yo he emprendido. Nosotros buscábamos un Varon excelente, que trabajase en la salud de muchos, y tenemos mucha pena en hallar alguno que tenga cuidado de su propia salud. Se cree hoy dia, que no ser extremamente malo, es ser enteramente bueno.

Asi, pues que el mundo está tan destituido de Santos, me parece que no será inútil representaros aquí de entre todos aquellos que han sido adquiridos por Jesu-Christo de sobre la tierra, el gran Obispo Malachias, cuya santidad es verdaderamente ilustre, y cuya Sabiduría y virtud ha sido singular en nuestros tiempos. Él ha sido una Lámpara ardiente y luciente, que jamas ha sido apagada, pero que ha sido retirada. ¿Quién podrá pues llevar á mal, que yo la presente de nuevo á los ojos del mundo? Mas antes las gentes de este siglo, y las venideras me deberán alguna suerte de reconocimiento de que yo revoque por mi pluma, aquel que su condicion mortal nos habia quitado; de que yo haga volver al mundo,

(1) 1. Tim. 6. 8. (2) Ps. 36. 18.

aquel de quien el mundo no era digno; de que yo conserve en la memoria de los hombres un hombre cuya memoria estará en bendicion en el Espíritu de todos aquellos que se tomen el trabajo de leer lo que nosotros escribimos de él; y de que despertando á nuestro Amigo que duerme, la voz de la Tórtola se haga oir en nuestra tierra, y nos diga: *Ved ahi que yo* (1) *permanezco siempre con vosotros hasta la consumacion del siglo.* A mas tambien de que estando él enterrado entre nosotros, conviene particularmente á nosotros trabajar en esta obra. ¿Qué, si se añade todavia, que yo tenia la dicha de ser uno de sus mas íntimos amigos, y aún hasta tal punto, que yo no creo que haya ninguno que me pueda disputar la preferencia? Tambien puedo yo decir, que la amistad que yo he tenido con una santidad tan eminente, no me ha sido infructuosa: yo he recibido ya las primicias de ella. Estando él en los últimos de la vida, ó mas bien en los principios de ella, segun esta palabra del Sabio (2): *Quando el hombre está próximo al fin, entonces él comienza,* yo me acerqué prontamente á su lecho, á fin de recibir la bendicion de él, que ya estaba en la agonia. Y este Santo Moribundo, que no tenia ya movimiento libre de alguno de sus miembros; sacando fuerzas de su flaqueza, levantó sobre mi cabeza sus santas manos para darme su bendicion, que yo recibí con todo el gozo de mi corazon, y que yo conservo como mi propia herencia. ¿Cómo pues podré yo permanecer en silencio sobre los elogios de un amigo, que me es tan apreciable? En fin, Vos, Abad Congano, hermano de mi veneracion, y dulce Amigo mio, me haceis este encargo, y juntamente con Vos me lo ordenan asi tambien los Santos Religiosos de vuestra Comunidad, como Vos me lo escribis desde Hibernia. Yo os obedezco muy gustoso, tanto mas quanto Vos no exîgis de mi, sino una mera relacion de las cosas, que se han pasado, y no una pieza de exquisita eloqüencia. Yo procuraré pues, que mi Discurso sea sincero y sólido; que satisfaga á la piedad de los Letores; y que no sirva de

(1) Math. 28. 20. (2) Eccli. 18. 6.

tedio á los que no encontraren en él cosa de su gusto. En lo demas, podeis estar seguros de que yo no adelantaré sino la verdad de las cosas que Vos me habeis comunicado, y que me protestais haber sabido con toda la certidumbre posible.

CAPÍTULO I.

De la Infancia, y de la Adolescencia de San Malachias.

1 Habiendo nacido Malachias en Hibernia enmedio de un pueblo bárbaro, alli fué criado, y alli tuvo sus estudios. Mas, asi como los pezes de la Mar no retienen nada de las aguas saladas, en que ellos nacen; asi nuestro Santo Infante no conservó nada de esta barbarie natural de su Pais. ¿Qué cosa mas agradable que ver un Ciudadano de los Santos, y un Doméstico de Dios, tan honesto, y tan afable, nacido en una tierra tan bárbara y tan inculta? Mas, esto fué la obra de aquel Señor, que sabe sacar la miel de la piedra, y el aceyte de la roca la mas dura. Sin embargo, sus Padres eran ilustres por su nacimiento y sus riquezas, segun la estimacion de los Grandes de la tierra. Y su Madre, todavia mas generosa por las bellas qualidades de su Espíritu, que por la nobleza de su sangre, tomaba todo el cuidado posible de hacer conocer al niño Malachias desde sus mas tiernos *años* el verdadero camino de la vida, haciendo diferente estimacion de la virtud, que de la vana ciencia de las letras humanas. Se halló, con todo eso, que nuestro niño tenia un entendimiento maravilloso para su edad, y muy capaz del uno y del otro conocimiento. Él aprendió las ciencias en las Escuelas, y el temor de Dios en su casa: y él satisfacia igualmente á su Maestro que á su Madre por los grandes progresos que hacia todos los dias. Desde el principio él estuvo dotado de un Espíritu muy bueno, que le hacia un niño enteramente dócil, y del todo amable, haciéndose maravillosamente estimar de todo el mundo en todas cosas. Él bebia del pecho materno las aguas de una Sa-

Sabiduría saludable, y se hacia de dia en dia mas sabio y mas advertido. ¿Diré yo, mas advertido, ó diré, mas Santo? Pero seguramente yo puedo decir lo uno y lo otro, sin temor de retratarme, pues que yo diré la verdad, si dixere, que él era un anciano en sus costumbres, quando él no era todavia sino un infante por la edad, pero superior á todas las ligerezas y solturas pueriles. Sin embargo, aunque su virtud le hiciese respetar y admirar de todo el mundo, él jamas se hacia por eso mas fiero ni insolente, como sucede de ordinario, sino que él permanecia mas apacible y mas sometido con una mansedumbre admirable. Él no se impacientaba en los estudios, él no huia el arreglo de la disciplina, no se disgustaba de la letura, no buscaba los juegos y las diversiones, que hacen todas las delicias y la dulzura de una edad poco abanzada. En lo demás él adelantaba en los estudios sobre sus compañeros, que eran de una misma edad: y aun en poco tiempo él se avanzó tanto en la conducta de las buenas costumbres, y en el progreso de las virtudes, que él sobrepasaba á todos sus Maestros, no tanto por las instrucciones de su Madre, como por la uncion de la gracia, y del Espíritu Santo. Por estas inspiraciones interiores él se hacia muy diligente en todo lo que concernia al culto divino, freqüentaba los lugares solitarios, anticipaba el tiempo de las Vigilias, meditaba continuamente en la Ley del Señor, comia poco, y oraba mucho. Y como él no podia ir á la Iglesia tán freqüentemente como él lo deseaba, á causa de sus estudios, y de que él no osaba hacerlo por modestia, tenia siempre las manos levantadas hacia el Cielo en todas las partes donde no podia ser visto. Porque desde entonces él tuvo un cuidado muy grande de evitar la vanagloria, que es el veneno mortal de las virtudes.

2 Habia una Villa cerca del Lugar, donde él hizo sus estudios, á la qual su Maestro acostumbraba ir de paseo, acompañado solamente de nuestro Santo Estudiante. Mas, quando ellos iban juntos en compañia, dexando el Discipulo ir su Maestro un poco delante, retraia el pie, y detenia el paso, y

estando detras de él sin que el otro hiciese en ello reflexion, y levantando las manos al Cielo, hacia freqüentes oraciones jaculatorias como furtivamente: y sin darse á entender nada, continuaba en acompañar á su Maestro como antes. De este modo este Santo niño engañaba muchas veces á su Maestro y compañero con este piadoso robo. Yo no haria fin, si quisiera contar todas las cosas, que honraron sus primeros años baxo la apariencia de un buen natural. Es menester, que pasemos á cosas mas importantes y mas útiles. Con todo eso, no puedo yo omitir una, que á mi parecer no anunciaba solamente una buena, sino una muy grande esperanza de las virtudes eminentes que habian de hallarse en este Santo Infante. Excitado de la reputacion de un cierto Maestro, que era muy celebrado en la ciencia de las Artes liberales, él fué un dia á buscarle con un grande deseo de recibir sus instrucciones: pues apenas él habia salido de la infancia, ya anhelaba por instruirse en estas bellas letras. Mas, desde luego que él hubo entrado en la casa de este hombre, le halló embelesado en hacer rayas con una lesna sobre la pared de una manera harto extraña. Esta ocupacion, que tenia algo de ligereza, disgustó de tal suerte á nuestro Joven, que era extremamente serio, que al punto se salió de alli, y no cuidó mas de verle. De suerte, que no obstante que él amase extremamente las ciencias, él las menospreciaba, con todo eso, en comparacion de lo honesto, porque él era todavia mas amante de la virtud. Por esta suerte de preludios él se preparaba á los combates, que debia sostener en una edad mas abanzada; y yá él provocaba su enemigo al combate. Ved ahi como se pasó la infancia de Malachias. En quanto al tiempo de su adolescencia, él le pasó en una misma sencillez y pureza de vida; solamente que á medida que él crecia en edad, crecia tambien en Sabiduría y en gracia delante de Dios, y delante de los hombres.

3 En los principios pues de esta segunda edad, fué quando se vió parecer con mas explendor lo que estaba encerrado en el hombre; y quando se reconoció mas clara-

mente, que la gracia de Dios no era inútil en su persona. Porque observando este Joven con mucha penetracion, que todo el mundo (1) está lleno de malicia, y reflexionando sobre el Espíritu, que él habia recibido, decia dentro de sí mismo: "Este no es el Espíritu de este mundo: ¿qué re» lacion tiene este con aquel? No hay mas sociedad entre » el uno y el otro, que entre la luz y las tinieblas. El es» píritu que yo he recibido, es el de Dios, y yo reco» nozco bien las cosas que me han sido dadas con él. Dios » es quien me conserva en la inocencia de la vida; quien » me hacer amar la belleza de la continencia, y buscar la » justicia; y es por su bondad, que el testimonio de mi » conciencia hace mi propia gloria tanto mas segura, quanto » ella es mas secreta y menos conocida. Yo nada de eso » tengo seguro baxo la conducta del Principe de este mundo. » Por otra parte, yo llevo todo este tesoro en un vaso » de barro; lo que me debe hacer temer mucho, que él » no tropieze contra alguna cosa que le quiebre, y que el » aceyte que yo guardo en él, venga á derramarse. Es » muy difícil no dar alguna vez un traspie entre las pie» dras y los tropiezos de esta vida y de este camino tan » áspero y lleno de vueltas. ¿Qué pues? ¿Perderé yo en un » momento todas las bendiciones de dulzura, con que yo » he sido prevenido desde el principio de mi vida? Mejor » es que yo las ponga igualmente que todo lo que yo soy, » entre las manos de aquel que es el Autor de ello, puesto » que á él pertenecen enteramente. Yo perderé con gusto » mi alma por algun tiempo, á fin de no perderla por » una eternidad. En las manos pues de mi Criador y de » mi Bienhechor pongo enteramente, asi lo que yo soy, » como lo que yo poseo, porque allí es donde todo se » halla en una perfecta seguridad. Y á la verdad, ¿quién » es tan Señor como él para conservarlo; quien es tan » poderoso para defenderlo; tan fiel para volver aquello mis» mo que se le ha confiado? El lo conservará seguramen» te, y él lo volverá fielmente en el tiempo que sea ne» cesario. Yo me consagro, sin haberme jamas de retratar,

(1) 1. Ioan. 5. 19.

»á su servicio por medio de sus propios dones. Seguro es»toy de que no he de perder nada de todas las cosas, que »yo hubiere empleado en las obras de piedad. Y aun no »pongo dificultad en que recibiré mas todavia. Su costum»bre es volver con usura, siendo él mismo quien da gra»tuitamente. Asi es. Y aun él mismo aumentará, y mul»tiplicará la virtud en mi alma." Él hizo todas estas reflexiones, y él las cumplió fidelísimamente, sabiendo que todos los pensamientos de los hombres son vanos, si no se llega á ponerlos en práctica.

CAPÍTULO II.

De los principios de su vida religiosa.

4 Habia un hombre en la Ciudad de Armaca, que era donde S. Malachias fué criado y educado, que era un Santo y de una vida austerísima: que castigaba su cuerpo con mucho rigor: y que tenia su pequeña Celda muy próxima á la Iglesia. Alli permanecia, pasando los dias y las noches en ayunos y oraciones. A este Santo hombre fué á buscar nuestro Malachias, para aprender la manera de vida que él debia tener, de quien, estando vivo, se habia condenado á si mismo á este sepulcro. Pero, observad la humildad de nuestro Santo. Desde sus primeros años él habia tenido á Dios por Maestro suyo en sus santos exercicios; y como él era manso y humilde de corazon, se hizo nuevamente discípulo de un hombre. Quando nosotros no hubiéramos conocido su humildad, él nos hubiera convencido de ella por esta sola accion. Que aquellos que se mezclan en enseñar lo que ellos todavia no han aprendido: que, no habiendo sido jamas discípulos, solicitan juntarlos á si de todas las partes; y que pretenden conducir los ciegos, estando ellos mismos privados de la luz; que ellos, repito yo, vengan á leer este exemplo. Malachias enseñado de Dios, no dexa de buscar un hombre para ser instruido; y á la verdad, esta era una conducta prudente y oportuna. Yo os ruego que me digais. ¿Quál otra cosa

semejante á esta pudiera él presentar; de donde pudiese él mismo igualmente dar que sacar la experiencia de su adelantamiento? Mas, si el exemplo de Malachias no es para ellos bastante apreciable, que ellos hagan reflexion sobre lo que S. Pablo ha prácticado. ¿No conferenció él su Evangelio con los hombres (1), aunque él no le habia recibido de los hombres, sino de Jesu-Christo; de temor de que él no hubiese corrido en vano, ó corriese asi todavia? Ciertamente, yo no debo tenerme por seguro, donde S. Pablo no ha juzgado estarlo para sí mismo. Aquel que sabe esto, debe temer, sin duda, que él no tenga en sí mismo mas temeridad que seguridad, si obra de otra manera. Pero, mas vale reservar este Moral para otro tiempo.

5 En esto, la fama de todo lo que habia pasado, se extendió por toda la Ciudad, y todos se sorprendieron extremamente al oir una novedad tan extraordinaria. Todo el mundo se pasmó, y admiró una semejante virtud, y el pasmo fué tanto mayor, quanto eso estaba menos en práctica en una Nacion tan bárbara como la de los Hibernenses. Veriais descubrirse entonces los pensamientos, que muchas personas tenian en su corazon. La mayor parte de aquellos que no miraban la cosa sino por un sentimiento humano, lloraban y se lamentaban mucho de ver que un Joven, tan delicado y querido de todo el mundo, se hubiese empeñado en una vida tan áspera y tan austera. Habia otros que temian la inconstancia de su resolucion, á causa de su edad tan poco abanzada, desconfiando mucho de su perseverancia, y recelando su caida. Otros le acusaban de temeridad, se indignaban y hablaban contra él, por haber emprendido importunamente una cosa tan dificil, que era superior mucho á su edad, y mas alla de sus fuerzas. Con todo eso, él no habia hecho nada sin consejo; pues que él habia consultado al Propheta, que dice (2): *Es un gran bien llevar el yugo del Señor desde su adolescencia.* A lo qual añade (3): *El permanecerá*

(1) Galat. 1. 12. (2) Thren. 3. 27. (3) Id. 28.

en la soledad, y guardará silencio; porque él se ha elevado sobre sí mismo. De esta suerte era, como este Santo Discípulo se estaba á los pies de su Maestro Imaro, donde él aprendia la obediencia, y enseñaba lo que él habia aprendido. Él permanecia alli en quietud con grande mansedumbre y humildad. Él permanecia alli, y guardaba el silencio, sabiendo, que segun el Propheta (1), *el silencio es el verdadero culto de la justicia.* Él permanecia alli con perseverancia en la virtud; él callaba por modestia; solamente que con su silencio él hablaba á Dios, y le decia con el Propheta (2): *Yo soy un Joven niño, y despreciado; mas, yo no he olvidado vuestros mandamientos.* Él permanecia solitario todavia, porque se hallaba solo, sin compañero y sin exemplo. Y en efecto, ¿quién antes de Malachias habia jamas osado pensar emprender un género de vida tan austero como el del Santo hombre Imaro? Esto era una cosa que parecia admirable á todo el mundo, mas no imitable. Sin embargo, Malachias convenció á todo el mundo de que se podia imitar, emprendiendo él este retiro y este silencio. No se pasó tampoco largo tiempo, quando ya un buen número de imitadores fué atraido alli por su exemplo. Asi, aquel que desde luego estaba solo, y era el único de su Padre, se hizo compañero de muchos; y de único que él era en un principio, se hizo el Primogénito entre muchos hermanos. Mas, asi como él habia sido el primero en la conversion, él fué tambien siempre el mas elevado en su conducta; y aquel que habia venido antes que todos los otros, resplandecia en virtud sobre todos en el juicio de todo el mundo: en tanto grado, que el Obispo y su Maestro le juzgaron digno de ser promovido al Diaconado, y le obligaron á recibir este sagrado Orden.

(1) Isai. 32. 17. (2) Ps. 118. 141.

CAPÍTULO III.

Él suple las funciones del Obispo, despues de haber sido iniciada en las Ordenes.

6 Este nuevo Orden, que nuestro Santo Levita habia recibido, le empeñó en la práctica de toda suerte de buenas obras; y se empleaba mas particularmente en aquellas que le podian traer mas de desprecio. Él tomó un grande y exâcto cuidado en sepultar los pobres, y con tanto mayor gusto, quanto esto no era solamente una accion de humildad, sino de humanidad y misericordia. Mas, nuestro nuevo Tobias no dexó de encontrar una nueva tentacion de parte de una muger, ó mas antes, de la serpiente antigua por medio de una muger. No pudiendo una Parienta suya soportar, que él se entregase á un empleo que la parecia enteramente vil y menospreciable: ¿Qué haceis, le dixo ella, y qué insensato sois? Dexad á los muertos que entierren sus muertos. Cada momento le repetia ella esta exprobacion: pero él respondió á una muger necia segun su necedad. Vos sois bien miserable, la dixo él: á la verdad, el texto de que Vos os servis, es muy bueno; pero vos no sabeis su virtud y su sentido. Asi, él continuó el exercicio que habia emprendido, con mucha devocion y constancia: hasta que se tuvo por muy conveniente elevarle al Orden y Oficio Sacerdotal. Y asi se hizo. Él tenia cerca de veinte y cinco años, quando fué ordenado Presbytero. Pero, si hubo algun defecto en su ordenacion de Diaconado, y Presbyterado, como en efecto parece que le hubo, porque él fué Diacono antes de los veinte y cinco años, y Presbytero antes de los treinta; esto es un defecto muy excusable, tanto á causa del zelo del Ordenante, como de los méritos de aquel que recibió dichos Ordenes. Por mi, yo no lo puedo reprender en la persona de un Santo, mas, yo no aconsejaria al que no es Santo, que obrase de esta manera.

Sin embargo, el Obispo Celso (1), no se contentó con haberle promovido á los Ordenes sagrados, sino que le hizo todavia su Vicario, para sembrar el buen grano de la palabra de Dios enmedio de una Nacion, que no sabia qué cosa era la virtud, y para dar un piadoso arreglo de conducta y de disciplina á un pueblo grosero, y que vivia sin órden alguno. Malachias recibió esta comision con toda la alegria imaginable, y con todo el fervor de su zelo, como quien no aspiraba á retener en una ociosa esterilidad los talentos que habia recibido, sino á lograr por medio de ellos la salud de las almas. Él se sirvió de su lengua como de un excelente instrumento, para arrancar, destruir, y disipar de dia en dia las malas costumbres, enderezando todas las cosas, y allanando todos los caminos los mas ásperos, y los mas difíciles. Él caminaba á pasos de Gigante, corriendo por todas partes. Vos hubiérais dicho, que este era un viento abrasador, que consumia en un instante todas las espinas y abrojos de los pecados y de los desórdenes. Hubiérais dicho, que este era una hoz, y una hacha, que destruia todas las malas plantas; que arrancaba los malos usos de estos bárbaros; y que plantaba en su lugar las prácticas de la Iglesia Cathólica. Él abolia por todas partes las antiguas supersticiones, que eran muy freqüentes en este Pais, y todas las malas impresiones, que los Espíritus malignos habian hecho en él.

7 Sus ojos no podian sufrir nada de inmodesto, de indecente, ni de mal arreglado: sino que como un granizo que hace caer todos los higos del árbol, ó como un viento impetuoso que arrebata todo el polvo de la tierra, así él empleaba todas sus fuerzas (2) en derribar, y en destruir todos los desórdenes de su pueblo. Y para llegar mejor á conseguir su fin, este excelente Legislador le hacia ordenanzas todo celestiales. Las Leyes, que él le prescribia, estaban llenas de justicia, de modestia, y de honestidad: y él establecia en todas las Iglesias las Constituciones Apostólicas, los Decretos de los Santos Padres, y especialmente las Prácticas, y las Ceremonias de la Sta. Iglesia Ro-

(1) N. 19. (2) V. n. 47.

Romana. De ahí viene, que el dia de hoy todavía se cantan allí todas las Horas Canónicas, segun la práctica que se observa en todas partes; lo que antes no se hacia aun en la Ciudad capital. Como él habia aprendido bien el Canto desde su juventud, él hizo que se cantase todo en su Monasterio, entónces mismo quando en la Ciudad Episcopal no se sabia todavia, ó no se queria cantar. En seguida él puso en práctica el saludable Sacramento de la Penitencia, el de la Confirmacion, la celebracion de los Matrimonios; sobre todas las quales cosas ellos vivian en una espantosa ignorancia ó negligencia. Mas, esto sea bastante acerca de estas cosas particulares, para que quede un buen exemplo de ellas, siendo preciso pasar en silencio otras muchísimas en toda esta Historia, á fin de seguir en ella la brevedad.

CAPÍTULO IV.

Él se fixa cerca de la persona del Obispo Malco, á fin de instruirse mas perfectamente en todas las prácticas de la Iglesia.

8 Como nuestro nuevo Presbytero tenia un maravilloso zelo, y un cuidado muy particular de todo lo que concernia al culto Divino, y á la veneracion de nuestros Sacramentos, le vino al pensamiento ir á visitar al Obispo Malco, (otros Mâlaco,) para mejor instruirse de todas las prácticas de la Iglesia, á fin de no enseñar ni establecer alguna ceremonia, que no fuese conforme á la práctica de la Iglesia universal. Este buen Obispo era ya muy abanzado en edad, y muy virtuoso, y él estaba lleno de la sabiduria de Dios. Él era Hibernes de nacimiento; pero habia vivido largo tiempo en Inglaterra en el Hábito y la Profesion Monacal en el Monasterio de Wintan; de donde fué sacado para ser Obispo de Lesmor en la Provincia de Mumonia, que era una de las mas consideráables de todo el Reyno. Él recibió aquí tantas gracias de Dios, que no solamente él resplandecia por la santidad de su vida, y la eminencia de su doctrina, sino tambien por

los muchos milagros que él obraba. Yo refiero solamente dos para exemplo, á fin de que todos conozcan quánto habia adelantado el Maestro de Malachias en la ciencia de los Santos. El curó enteramente un pequeño niño, que era lunático, por la uncion del Sacramento de la Confirmacion. Esto fué tan público, y tan cierto, que él le hizo al punto Portero de su Casa; y este Jóven pasó muchos años en este empleo, gozando siempre de una perfecta sanidad. El dió tambien el oido á un sordo, el qual declaró una cosa enteramente pasmosa en este lance: pues él dixo, que habiéndole el santo Obispo puesto los dedos en sus dos orejas, él sintió en el tiempo mismo como dos pequeños puercos, que salian de ellas. La fama de tantas maravillas que se publicaban por todas partes, le adquirió bien presto una grande reputacion de santidad; de suerte que los Hiberneses, y Escoceses le venian de todas partes á visitar, y le veneraban como á Padre comun de todos. Este santo hombre pues, fué, á quien Malachias fué enviado por su Obispo, despues de haber tomado la bendicion de su Padre y Maestro Imaro; y habiendo llegado felizmente cerca de él, fué recibido de este santo Viejo con toda la benevolencia imaginable. Permaneció con él algunos años, á fin de beber en el tiempo de esta su mansion, de este antiguo manantial de las mas bellas instrucciones, segun esta palabra de la Escritura (1): *La sabiduría está en los ancianos.* Pero tambien juzgo yo, que una de las causas particulares de este viage, era el designio de la Providencia divina, que queria que su siervo Malachias fuese conocido de todo el mundo en un Lugar tan célebre, porque él debia allí ser útil á todos. *En efecto,* nadie llegaba á conocerle, que al momento no fuese tocado de amor por su persona. Tambien sucedió una cosa, que hizo manifiestamente conocer á los hombres, lo que no estaba conocido sino de Dios en este santo hombre.

9. Se excitó una grande guerra entre el Rey de Mumonia, que es la parte meridional de Hibernia, y un

(1) 12. Job. 12. 18.

Hermano suyo; y habiendo éste quedado vencedor, se vió el Rey precisado á salir de su reyno, y retirarse cerca del Obispo Malco, no para recobrar el reyno por su asistencia, sino para dar lugar á la ira. Y efectivamente este piadoso Príncipe hizo de la necesidad virtud, y se resolvió á mantenerse en una vida privada. Habiendo el Obispo tenido esta noticia, se preparaba á recibirle con todo el honor, que le era debido; mas, el Rey sin aceptar estas honrosas ceremonias, le declaró, que él venia con el designio de vivir con él como uno de estos pobres hermanos, que permanecian en su compañía; que él venia á despojarse de la dignidad Real; y á pasar la vida gustoso con la pobreza comun, y esperar la voluntad de Dios, mas antes que reivindicar su Reyno por la violencia y la fuerza; no pudiendo resolverse á recobrar un honor terreno por la efusion de la sangre humana, que clamaria á Dios contra él de sobre la tierra. Habiendo el Obispo oido este discurso con mucha alegria, admiró la piedad de este Príncipe, y procuró satisfacer á lo que él deseaba. Él hizo dar al Rey una pobre casita para su morada: le dió por su Director á Malachias, y le proveyó de pan, de sal, y de agua para su mantenimiento. La presencia de Malachias, su vida y doctrina, eran las delicias del Rey, y le hacian decir muchas veces como el santo Rey David (1): *Vuestras palabras son para mí mas dulces que la miel.* A mas de esto, él regaba su lecho con sus lágrimas todas las noches, y extinguia todos los dias en un baño de agua fria los fuegos de la concupiscencia. Y este Rey decia con otro Rey (2): *Mirad, Señor, mi abatimiento y mi trabajo, y perdonadme todos mis pecados.* El Señor no desechó su súplica, ni retiró de él su misericordia: él oyó su oracion aun con mayor suceso que él no habia esperado. Pues, aunque él no cuidase de otra cosa, que de la salud de su alma, queriendo Dios, que es el protector de la inocencia, mostrar á los hombres, que siempre hay alguna dicha que esperar para un hombre pa-

(1) Ps. 118. 103. (2) Ps. 24. 18.

cífico, se disponia á hacer justicia á aquel que padecía injustamente, en lo que este hombre penitente no pensaba de ninguna manera. Dios, pues, suscitó un Rey de sus vecinos, pues la Hibernia está dividida en muchos reynos, que considerando lo que se habia pasado en el Reyno de Mumonia, se animó de un zelo digno de la Magestad Real; é irritándose por una parte contra la osadia de los Usurpadores, y contra la insolencia de los ambiciosos, y por otra compadeciéndose de la desolacion de este Reyno, y del destierro del Rey, fué á verse con él en su pobre Celdita, le aconsejó, que volviese, y aunque no se lo persuadió, no dexó de hacerle, con todo eso, todas las instancias posibles. Él le promete su socorro, le fortifica en la esperanza de un buen suceso; le asegura, que Dios no dexará de asistirle de una manera tan poderosa, que todos sus enemigos no podran resistirle jamas. Él le representa todavia la opresion de los pobres, y la desolacion de todo el Pais, sin ganar nada, con todo eso, sobre su espíritu.

10 Mas, en fin, habiendo recibido para esto el mandato del Obispo, y el consejo de Malachias, á quien él obedecia perfectamente, él se rindió esta vez. El Rey sigue al Rey, y segun la palabra del Rey, y la voluntad del Cielo, habiendo sido expelidos los usurpadores con toda la facilidad que es posible, es restituido el Principe á sus Vasallos, y el Rey á su Reyno entre las muestras mas grandes de alegria y de aplauso. Seria dificil exprimir con qué ternura este nuevo Rey amó á su Maestro Malachias, y el respeto que él conservó siempre á su persona: y todo esto tanto mas cordialmente, quanto él mismo habia reconocido en este Santo hombre todas las cosas, que merecen la veneracion y el amor. En efecto, la grande familiaridad que en el tiempo de su adversidad habia tenido con él, le habia proporcionado todos los medios posibles para conocer bien la eminencia de su santidad. Lo qual hizo, que en su prosperidad tuviese siempre para con él sentimientos de respeto y de amistad muy particulares. Él le escuchaba con gusto, y hacia con buena voluntad todo lo que él deseaba. Y esto es bastante sobre

este asunto. En lo demas, yo no creo, que haya sido por azar que sucediesen estas cosas del modo que acabamos de referirlas. Dios quiso asi glorificar su Santo delante de los Reyes: él estaba destinado para ser un vaso de eleccion, que debia llevar su nombre y anunciarle en presencia de los Principes, y de los Monarcas.

CAPÍTULO V.

El ofrece el Santo Sacrificio por su Hermana que habia muerto.

11 En este tiempo murió su Hermana, de la qual nosotros hemos hablado en el principio, y él tuvo sobre eso muchas revelaciones. Nuestro Santo tenia grande horror de la vida carnal que ella tenia en el mundo, y estaba animado de un zelo tan grande contra su desorden, que él hizo propósito de no verla jamas mientras que ella viviese. Asi se cumplió, y habiendo ella pasado de esta vida á la otra, y quedando él por eso libre de su propósito, comenzó á ver en espíritu á la que no habia querido ver mas en su cuerpo mortal. El oyó una noche en sueños una voz que le decia, que su Hermana estaba á la puerta de su casa, y que ella no habia comido nada en treinta dias. Y despertando sobresaltado conoció en la hora misma, qual era el ayuno que su Hermana habia hecho; pues exâminando cuidadosamente el número de dias, que se le habia especificado, halló que era justamente el mismo número de dias, en que él no habia ofrecido por ella el Pan vivo, descendido del Cielo. Entonces, como él no tenia ninguna aversion al alma de su Hermana, sino solamente á su pecado, comenzó de nuevo su primera liberalidad, que él habia interrumpido; lo que no se hizo inutilmente. Porque poco tiempo despues ella le apareció en la entrada de la Iglesia, en la qual, sin embargo, ella no podia entrar todavia, y estaba vestida de una ropa muy negra. Continuó sus oraciones, procurando no faltar dia alguno á hacer por ella sus sufragios ordinarios; y él la vió por segunda vez con una ropa algo blanca, y habien-

do tenido ya la permision de entrar en la Iglesia, mas no de acercarse al Altar. En fin, él la vió por tercera vez entre una tropa de personas vestidas de blanco, teniendo tambien ella una vestidura muy blanca. Por donde, Vos veis, amado Lector, lo que puede la perseverancia de la Oracion del Justo. Es cierto que el Reyno de los Cielos no se gana sino por violencia, y que solamente aquellos que usan de ella, le conquistan. ¿No os parece que la Oracion de Malachias hizo violencia, y que ella en alguna manera rompió las puertas del Cielo, quando su Hermana pecadora ha obtenido por las armas de su Hermano lo que no se podia conceder á sus propios méritos? Pero Vos mismo sois, ó buen Jesus, quien haceis la violencia que sufris. Vos sois poderoso y piadoso para la salud de los hombres. Vos haceis misericordia, y vos exerceis el poder de vuestro brazo; y Vos os conservais en vuestro Sacramento para los Santos que estan sobre la tierra hasta la consumacion de los siglos. Tambien este Sacramento es enteramente capaz de consumir los pecados, de destruir las potencias enemigas, y de elevar al Cielo aquellos que han dexado la tierra.

CAPÍTULO VI.

Él restablece el Monasterio de Benchor, que habia sido arruinado.

12 Por estos preludios Dios destinaba su amado Malachias á la gloria de su nombre en la Provincia de Lesmor. Mas, no siendo ya soportable su ausencia á aquellos que le habian enviado alli, le escribieron para que se volviese á ellos. Estando ya restituido á los suyos, y mucho mas instruido para todas las cosas necesarias al servicio de Dios, ved ahi lo que la divina Providencia habia preparado á Malachias. Un hombre rico y poderoso, que tenia la tierra de Benchor, y todas sus dependencias, inspirado de Dios vino á poner su persona y sus bienes en manos de Malachias: y este mismo era Tio suyo. Pero nuestro Malachias hacia mucho mayor estima de la conexion del Es-

piritu, que de la de la carne y de la sangre. Él le cedió tambien el mismo lugar de Benchor de que él llevaba el nombre y la calificacion de Señor, á fin de que él edificase aqui, ó mas bien reedificase un nuevo Monasterio. Pues el que habia aqui desde el tiempo de Congelio su primer Abad, habia sido muy célebre, y habia tenido grande número de Monges, y de Monasterios, de que él era la Cabeza: siendo este lugar muy Santo y fecundo en personas de mucha santidad: donde la gloria de Dios estaba aumentada hasta tal punto, que se refiere que un hijo de esta Santa Comunidad que se llamaba Luano, habia él solo fundado cien Monasterios. Lo que yo refiero con gusto, á fin de que el Letor sea mejor persuadido por este solo exemplo, de la multitud extraordinaria de otros Monasterios. En una palabra, la Hibernia y la Escocia se hallaron llenas de tantas Casas de esta Congregacion, que se puede decir particularmente de este tiempo lo que David decia del suyo (1): *Vos habeis visitado esta tierra, y la habeis inebriado; Vos la habeis colmado de riquezas en abundancia. El rio de Dios se ha llenado de aguas; Vos le habeis preparado alimentos, porque Vos lo habeis ordenado asi. Llenad sus arroyos, multiplicad las generaciones, ella se alegrará de vuestras lluvias, y llevará sus frutos*: y lo demas que alli se sigue. Mas, estos nuevos enxambres de Santos Monges no se difundieron solamente en su propio pais; ellos inundaron todavia los paises mas remotos; de cuyo número fué S. Columbano, quien pasó hasta nuestra Francia, y edificó en ella el Monasterio de Luxûéil, donde él fué Abad de un grande número de Monges, hasta tal punto que se cuenta, que los oficios divinos eran perpetuos en el Coro, sucediéndose los unos á los otros, sin que de dia, ni de noche se cesase de cantar alli las alabanzas de Dios.

13. Baste haber referido todas estas cosas para gloria del Monasterio de Benchor. Él pues habia sido arruinado otro tiempo por los Pyratas, y nuestro Malachias emprendió restablecerle en su primer lustre, asi á causa de su

(1) Ps. 64. 18.

alta y antigua reputacion, como porque en este lugar habia un grande número de cuerpos Santos, que estaban en él enterrados. Pues, sin hablar de los que allí murieron de una preciosa muerte, fueron novecientos los que en un mismo dia fueron muertos por los Pyratas. Las Posesiones de este Monasterio producian una grande renta: mas nuestro Santo, contentándose con la santidad del lugar, abandonó todas las rentas, y todas las tierras á diversas personas, que se habian apoderado de todos sus bienes despues que este Monasterio fué arruinado. Aun todavia se hacian por eleccion los Dueños de ellos, y se llamaban Abades, mostrándose por estos títulos la grandeza antigua de esta casa ilustre. Sin embargo, hubo muchos que trataron de persuadir á nuestro nuevo Restaurador, que no enagenase las antiguas heredades de este Monasterio, y que las retuviese para él. Pero este grande Apasionado de la pobreza no quiso oirlo: é hizo que segun la costumbre se eligiese quien las poseyese, reteniendo él solamente el lugar para él y los suyos. Con todo eso, tal vez él hubiera hecho mejor en retenerlas, como se experimentó despues: pero él tuvo mayor cuidado de consumirse en la humildad, que de pensar en la paz para lo sucesivo.

14 Precediendo pues el mandato de su Padre Imaro, tomó consigo como diez hermanos suyos, y viniendo á este lugar comenzó á edificar todo de nuevo. Y como un dia él estuviese trabajando con una hacha, habiéndose abanzado por descuido uno de los Obreros al sitio donde nuestro Santo echaba la Hacha, ella cayó con tal impetuosidad sobre el espinazo de este pobre hombre, que él fué derrivado al golpe en la tierra. Acudieron todos allí al momento, pensando que él estaba muerto, ó muy herido. Es cierto que su vestido fué cortado de arriba abaxo, mas su persona quedó sana y salva; y él fué tocado del golpe tan ligeramente, que apenas parecia señal alguna en su pellejo. Asi, este hombre, que habia sido abatido por la fuerza del golpe del hacha, no fué herido en nada con pasmo de todos los asistentes: lo qual animó su esfuerzo para trabajar mas fuertemente que antes. Ved ahi el primer milagro de San Malachias. En lo demás, la Iglesia fué

aca-

acabada en muy poco de tiempo. Ella no era sino de madera al estilo de los Escoceses, pero las tablas estaban trabajadas muy curiosamente, y estaban muy juntas, y toda su obra era bastante agradable. Se comenzó á celebrar allí el Oficio Divino, y ya que no se hacía por un número tan grande de Religiosos como antes, á lo ménos se hacia con tanta piedad y devocion. Malachias governó algun tiempo este Monasterio segun que le estaba ordenado por su Santo Maestro Imaro. Él era el Superior y la Regla de sus hermanos. Ellos aprendian en su manera de vivir lo que ellos debian guardar; y él caminaba delante de ellos en toda justicia y santidad en la presencia de Dios. Solo que á mas de los exercicios comunes, él tenia tambien otros particulares, en los quales no solamente superaba á los demas, sino que los demas no le podian seguir á causa de su extrema austeridad. En este tiempo se halló en este lugar un enfermo, que el Diablo no dexaba, y á quien él decia claramente, que se guardase bien de creer las advertencias que Malachias le hacia, sino que mas antes quando estuviese cerca de él, le hiriese con un cuchillo, y le matase. Lo que siendo sabido por los que le asistian, á los quales él mismo lo declaró, al punto ellos dieron parte al Santo para que se precaviese. Pero él, recurriendo á sus ordinarias armas de la Oracion, vino animosamente á atacar á su enemigo, y echó fuera la enfermedad, y el Demonio todo á un tiempo. El enfermo se llamaba Malco, y era hermano segun la carne de nuestro Christiano Abad de Melifonte: y entrambos viven todavia, y mas unidos que nunca el uno al otro por el lazo del Espíritu. Pues aquel, luego que fué sanado, no puso en olvido un tan grande beneficio, sino que convirtiéndose á Dios en este mismo lugar, trocó al mismo tiempo de hábito y de Espíritu. Los Monges conocieron por este hecho, que el Espíritu maligno tenia envidia del bien que ellos practicaban: ellos fueron edificados con esto, y tuvieron mas cuidado para lo sucesivo.

CAPÍTULO VII.

Él sana un enfermo de la Dysentéria.

15 El sanó todavia en este mismo lugar un Clérigo, llamado Miguel, que estaba fatigado de una dysentéria, enviándole algunos platos de su mesa. Habiendo recaido este mismo en una grave enfermedad, él le dió la sanidad del cuerpo y del alma. Lo que fué causa de que este se dedicase enteramente al servicio de Dios, y de Malachias, temiendo que no le sucediese todavia alguna cosa peor, si él se hacia ingrato á un tan grande favor, y á un milagro tan notable. Despues hemos sabido, que él governa ahora un cierto Monasterio en la Escocia, que es el último de los que él ha fundado. Todas estas cosas hacian, que asi la reputacion como la Congregacion de Malachias se aumentase cada dia mas, y que su nombre fuese grande dentro, y afuera; mas no tan grande como la realidad de la cosa lo merecia. Como este lugar estaba prórimo á la Ciudad, él permaneció en él aun despues que fué elevado al Obispado.

CAPÍTULO VIII.

Él acepta con mucha repugnancia el Obispado de Conareth.

15 Habia entonces un Obispado, que por mucho tiempo estuvo vacante, porque Malachias no queria aceptarle, habiéndose hecho la eleccion para él en su persona. Pero persistiendo siempre en la eleccion los que la habian hecho en él, nuestro Santo se vió precisado á rendirse á sus instancias, especialmente despues que él tuvo el mandato expreso de su Maestro, y de su Metropolitano. Habiendo sido pues consagrado Obispo como á los treinta años, fué conducido á Conereth, que era el nombre de esta Ciudad. Mas, luego que él comenzó á hacer sus fun-

ciones, el hombre de Dios conoció bien presto, que él estaba destinado á cuidar de unas bestias mas antes que de unos hombres que fuesen racionales. En ninguna parte habia él visto tanta rudeza, y tanta barbarie. Jamas habia él encontrado gentes tan adheridas á sus modos de obrar, tan brutales en sus prácticas, tan impias respecto de la fé, tan bárbaras en la observancia de las leyes, tan poco capaces de disciplina, y tan disolutas en su vida. Ellos eran Christianos en el nombre, pero paganos en efecto. No sabian, qué cosa era pagar los diezmos, ni ofrecer á Dios las primicias de todas las cosas: ellos no hacian algun matrimonio legítimo: ellos no se confesaban absolutamente, y no se hallaba persona que pidiese, ó que ordenase las penitencias. Habia entre ellos muy pocos Eclesiásticos, y no era tampoco necesario que hubiese muchos, pues que los pocos que habia, no encontraban en qué emplearse entre los legos: ni ellos podian esperar hacer grande fruto en un pueblo tan pervertido, no viéndose aun en las Iglesias persona alguna para oir la palabra de Dios, y el Oficio Divino. ¿Qué haria en este lance el Soldado de Jesu-Christo? ¿Era preciso necesariamente, ó que él se retirase vergonzosamente, ó que él emprendiese combatir con extremo peligro. Mas, aquel que habia recibido la calidad de Pastor, y no de mercenario, quiso mas perseverar que huir, estando enteramente dispuesto á dar la vida por sus ovejas, quando eso fuera necesario. Y aunque este Pastor, se encontraba enmedio de unos lobos sin oveja alguna, él permaneció allí con una intrepidez maravillosa, buscando todos los medios posibles para trocar los lobos en corderos. Él les exhortaba en público, él les reprendia en secreto, él lloraba sobre cada uno en particular; unas veces usaba de severidad, otras de dulzura, segun que lo juzgaba conveniente para utilidad de ellos. Mas como él veia, que no ganaba mucho por todos estos caminos, ofrecia continuamente á Dios por ellos el sacrificio de un corazon contrito y humillado. Quantas veces pasó él las noches enteras en oracion, levantando sus manos al Cielo para implorar la misericordia para ellos! Quando ellos no querian venir á la Iglesia, él se iba á encon-

trarles por las calles y las plazas públicas, á pesar de ellos. Y dando vueltas á la Ciudad, él llegaba á perder el aliento, por buscar alguno que él pudiera ganar para Jesu-Christo.

17 Él discurria tambien por los campos y las aldeas con la tropa santa de sus discípulos, que nunca dexaban de acompañarle. Él iba por un lado y por otro, y distribuía el grano celestial á estos mismos que no le querian recibir. No se servia de caballo en sus viages; él iba por su pie, á fin de mostrarse mas digno discípulo de los Apóstoles. O buen Jesus! ¿qué no ha sufrido por vuestro nombre este valiente Capitan de la parte de los malos? ¿Qué no ha padecido de aquellos por quienes él os pedia gracias y favores con una perseverancia invencible? ¿Quién podria explicar las persecuciones, las injurias, y las afrentas, que le han hecho? ¿Quántas veces se encontró oprimido del hambre, y traspasado de frio en su desnudez! Con todo eso, él permanecia siempre pacífico con aquellos que aborrecian la paz, no cesando de trabajar en todo tiempo, y de todas maneras: él importunaba, y hacia mil instancias en todos tiempos. Quando vomitaban contra él mil blasfemias, él usaba de oraciones; él se servia del escudo de la paciencia contra todas las injurias con que le cargaban: y por este medio él vencia el mal con el bien. ¿Y cómo no conseguiria él la victoria? Él tenia una perseverancia invencible, y segun la promesa del Evangelio (1), fué preciso abrir á quien habia llamado con tanta constancia. ¿Y cómo no se veria el cumplimiento de lo que el Verbo habia prometido dar? La diestra del Señor ha hecho ver su poder, porque la boca del Señor ha dicho la verdad. En fin, la dureza vino á ablandarse, y la barbarie cesó. Este pueblo, que era tan feroz, comenzó poco á poco á suavizarse, á recibir la correccion que se le hacia, y á habituarse á una conducta mas regular. Se abolieron las leyes bárbaras, y se introduxeron las Romanas. Se recibieron por todas partes las prácticas de la Iglesia, y se desecharon las que eran contrarias á ella: se

(1) Luc. xi. 9.

reedificaron las Iglesias, se regló el Clero, se celebraron dignamente los divinos mysterios. El Sacramento de la Penitencia se hizo muy freqüente, los pueblos se hicieron mas faciles á la asistencia en las Iglesias, la solemnidad de las nupcias restableció los matrimonios en su honor. En fin, todas las cosas fueron puestas en tan buen órden, que se puede decir al presente de los Hiberneses lo que Dios decia otro tiempo por su Propheta (1): *Aquel que no era mi pueblo, se ha hecho ahora mi pueblo.*

CAPÍTULO IX.

Él hizo edificar el Monasterio de Ibrac.

18 Como todo el mal viene del lado del Aquilon, (2) sucedió algunos años despues, que esta Ciudad fué arruinada por un Rey de las partes Septentrionales de Hibernia. Y puede ser que este mal fuese un bien para aquellos que hicieron de él un buen uso. Porque á la verdad, ¿quién sabe si Dios no quiso borrar por este azote los antiguos crímenes de su pueblo? Entretanto, viéndose Malachias obligado á ceder á la necesidad, se retiró tambien de su parte con toda su Comunidad. Verdaderamente su salida no fué sin algun fruto, porque fué una ocasion favorable para edificar el Monasterio de Ibrac, despues que él llegó á este lugar con ciento y veinte de sus Religiosos. Y allí fué tambien á donde le vino á ver el Rey Cormaco, que era este Príncipe, que fué expelido de su Reyno, cómo nosotros hemos contado yá, y que recibió tanto consuelo de la misericordia de Dios baxo la conducta de Malachias. Era en el Reyno de este Príncipe, donde este Monasterio estaba situado. Es dificil exprimir la alegria de este Rey á la vista de Malachias: él mismo se ofreció, y todo lo que él poseia para el servicio de nuestro Santo, y de sus Religiosos, en reconocimiento de los beneficios que habia recibido de ellos. Él le envió

(1) Oseæ 2. 10. (2) Jer. 1. 13.

al punto un número muy grande de reses para el uso de sus Monges, y una buena suma de oro y plata, para que se emplease en los edificios, con una magnificiencia Real. Él iba y venia continuamente á este Monasterio, permaneciendo siempre Rey en su hábito del mundo, pero siendo un verdadero discípulo de Malachias en su conducta y en su manera de vivir. Dios dió su bendicion á este lugar en consideracion de Malachias: mas, con tanta abundancia, que él se hizo en poco tiempo muy célebre en posesiones, en rentas, y en personas ilustres. En lo demas, aunque Malachias era Obispo y Superior, él comenzó á tener una vida enteramente nueva, practicando él mismo todas las ordenanzas y todas las observancias, que él hacia para los otros. Él asistia por su turno en la cocina, él servia á los otros en la mesa, y no permitia que se le pasase su vez, quando le correspondia leer ó cantar en el Coro como los otros; haciendo todos los oficios como un simple Conventual con una exâctitud maravillosa. Él no solamente tomaba parte en la pobreza de la Casa, sino que él queria ser el mas pobre de todos, practicando la pobreza mas que todos los otros con un rigor enteramente exemplar.

CAPITULO X.

Él es hecho Arzobispo y Primado de Hibernia.

19 Mientras que las cosas pasaban de esta suerte, sucedió que el Arzobispo Celso, que habia dado el Diaconado y el Presbiterado á Malachias, y que le habia hecho Obispo, cayó gravemente enfermo. Y viendo que se moria, él hizo una especie de testamento, por el qual declaraba á Malachias por su Sucesor, no encontrando otro mas digno que él para llenar la primera Iglesia de Hibernia. Él testificó su última voluntad á los que estaban presentes, y la hizo saber á los ausentes, haciendo tambien sobre esto mismo un encargo especial á los dos Reyes de Mumonia, y á los Ancianos de la tierra de S. Patricio. En efecto, todos los de la Nacion tienen tal veneracion

á esta Silla Episcopal en consideracion de S. Patricio, que convirtió otro tiempo todo el Pais á la fé, y ellos miran como el Apóstol particular de esta Nacion toda, y el qual ha sido el primer Obispo en este lugar durante la vida, y en él ha sido enterrado despues de su muerte; que no solamente los Obispos, los Presbyteros, y todo el Clero, sino tambien los Reyes y los Príncipes rinden una perfecta obediencia en todas las cosas á este Metropolitano, que ellos reconocen por su Superior. Con todo eso, se habia introducido una costumbre tan mala por ambicion diabólica de algunos Grandes del Pais, que ellos pretendian esta dignidad como una herencia por derecho de sucesion, y no sufrian que hubiese Obispos, sino de su raza y familia. Ni esta sucesion habia durado tan poco tiempo en esta forma, que no hubiesen pasado quince generaciones que estuviesen en esta posesion. Y esta desgraciada familia de tal modo se habia fortificado en este derecho ilegítimo, que no se podria castigar con bastante severidad, que si por acaso faltaban á esta familia personas en el Clero, no la faltaban, con todo eso, jamás Obispos. En fin, habia ya habido ocho Obispos antes de Celso, que estaban casados, y sin haber tenido algun órden, aunque ellos eran literatos. Este era el orígen de todos los desórdenes, que se habian extendido, como hemos dicho, en toda la Hibernia, donde ya no habia ni disciplina Eclesiástica, ni vigor de los Cánones de la Iglesia, ni exercicio de Religion. De ahi venia esta barbarie cruel, que se habia introducido en lugar de la mansedumbre del Christianismo, ó mas antes una verdadera imágen del paganismo baxo la apariencia, y el nombre de una profesion christiana. Porque (lo que es inaudito desde el nacimiento del Christianismo) se trocaban, y se multiplicaban los Obispados sin Orden, sin razon, segun la voluntad del Metropolitano; de tal suerte que no era bastante un Obispo para un Obispado, sino que cada Iglesia tenia un Obispo particular. Ni hay que admirarse de esto. Los miembros de una cabeza tan enferma, ¿cómo podrian ellos estar sanos?

20 Por eso Celso, que era un hombre de bien, y temeroso de Dios, gimiendo continuamente sobre estos males

de su pueblo, hizo todos los esfuerzos para tener á Malachias por su Sucesor, confiando que por este medio se podria destruir esta infeliz Sucesion, que se habia tan fuertemente establecido: porque sabia, que él estaba estimado de todos generalmente; que todos le miraban como un hombre exemplar, y el Señor estaba con él. Ni él fué frustado en su esperanza, pues despues de su muerte se puso á Malachias en su lugar; aunque no fué tan presto, ni sin grandes dificultades. Porque un cierto Mauricio, que era de esta familia perversa, se puso al momento en posesion; y hallándose apoyado del brazo secular, presidió en esta Iglesia durante el espacio de cinco años, no como Obispo sino como Tyrano. Habiéndose reunido todos los sufragios de los hombres piadosos por la persona de Malachias, cada uno procuraba persuadirle, que se encargase de su rebaño segun la ordenanza de Celso. Mas, él, que miraba toda elevacion como un precipicio, creia haber encontrado un buen motivo para excusarse de eso, demostrando, que su entrada no podia ser pacifica en el tiempo presente. Sin embargo, dos Obispos entre otros, Malco y Gileberto hacian todas las instancias posibles, y solicitaban poderosamente á todo el mundo para llevar al cabo una obra tan santa. El primero era aquel anciano Obispo de Lesmor, de quien hemos hablado (1) ya; y el otro habia hecho por la primera vez, segun refieren, la funcion de Legado Apostólico en toda la Hibernia. En manera, que viendo que habian pasado ya tres años despues de la empresa temeraria de Mauricio, y el sufrimiento de Malachias, y no pudiendo ya soportar este infame adulterio de la Iglesia, y el deshonor de Jesu-Christo; despues de haber hecho juntar todos los Obispos y los Grandes del Pays, fueron á encontrar á Malachias, animados todos de un espíritu mismo en la intencion de precisarle á tomar posesion de su Iglesia. Desde luego él rehusó aceptar este cargo; representando los grandes obstáculos que se encontraban en esto, el número, el poder, y la ambicion de esta Casa poderosa, que él tenia por contraria,

(1) Cap. 4.

ria; que era una empresa extraordinaria para quien era tan poca cosa, oponerse á tantas gentes, tan fuertes, y tan arraigadas, que habian tenido el Santuario de Dios como una herencia despues de casi doscientos años, de que ellos de nuevo se habian puesto en posesion, y de que no se les podria destronar jamas sin la muerte de muchas personas; que él no podia sufrir que se derramase la sangre humana por su causa; y en fin, que él estaba ya ligado á otra Esposa, la qual él no podia abandonar.

21 Pero, perseverando toda la Junta en las instancias que se le hacian, y protextándole, que esto era la voluntad de Dios; y ademas ordenándole con toda la autoridad que ellos tenian, que aceptase este peso y este cargo, y aun amenazándole de excomulgarle: "Vos, dixo él, me »llevais á morir: pero yo quiero obedeceros en la esperanza del Martyrio, y con la condicion de que si las »cosas prosperaren, segun la confianza que Vos mostrais »de eso, y si Dios saca su heredad de las manos de »aquellos que la habian quitado á su Iglesia, despues que »todo se haya puesto en buen orden, y la Iglesia goze »de una verdadera paz, me será permitido volver á mi »primera Esposa, y reasumir mi amada pobreza, de la qual »se me arranca con violencia, y ademas, de que se pondrá »alli en lugar mio otro Obispo, el que sea entonces ha»llado el mas digno y mas capaz de esta silla." Observad, os ruego, Letor mio, la virtud de este hombre santo, y la pureza de sus intenciones, pues no busca en ninguna manera el honor del mundo, y no teme la muerte por el amor de Jesu-Christo. ¿Qué cosa mas pura ó mas fuerte que esta Alma, que se expone á toda suerte de peligros, y de trabajos, para dexar recoger sus frutos á otro, y hacerle gozar de la seguridad y de la paz en la primera Dignidad de la Provincia? Esto es lo que Malachias hace, quando él hace este pacto con todos los Grandes, de que le será libre volver á tomar su primera pobreza, despues que él habrá restituido la paz y la libertad á la Iglesia Primada de Hibernia. En fin, se le concede su peticion, y al punto él obedece á la voluntad de los Prelados, ó mas bien á la de Dios, de quien él hacia memoria de

haber tenido una revelacion tocante á lo que se pasaba entonces á pesar suyo. En efecto, un dia quando Celso estaba ya enfermo, una grande Matrona de una Magestad extraordinaria apareció á Malachias, que estaba entonces bien distante de Celso, y no sabia nada de su enfermedad. Y como él la hubiese preguntado, quien era, ella respondió, que era la Esposa de Celso, y al mismo tiempo le puso entre las manos el Báculo pastoral que ella tenia, y desapareció. Pocos dias despues, estando el Obispo Celso sobre el punto de morir, envió su Cruz á Malachias como á su Sucesor, el qual apenas puso en ella la vista, quando reconoció, que esta era la misma Cruz, que él habia visto en su revelacion. La memoria de esta Vision disustó á Malachias, y le hizo temer, que él no resistiese á la voluntad de Dios, si continuaba en rehusar la admision de esta Dignidad: (lo que él tan largo tiempo habia disimúlado.) Con todo eso, él no entró en la Ciudad, mientras que el Usurpador vivió, de temor de no ser causa de la muerte de alguno de aquellos á quienes él venia á dar la vida. Asi, él vivió dos años fuera de la Ciudad (que fué el tiempo que el intruso sobrevivió á esto) exerciendo las funciones de Obispo, y trabajando incesantemente en el bien de las almas de toda la Provincia.

CAPITULO XI.

Evita milagrosamente los lazos, que le habian puesto, y los Autores de ellos perecen desgraciadamente.

22 Habiendo muerto Mauricio en muy poco tiempo, un cierto Nigelo, que no era sino un poco negro de nombre, pero que lo era mucho de costumbres, se apoderó todavia de la Silla Episcopal. Pues este infeliz Mauricio durante su vida habia provisto su alma de un heredero, en el qual él pudiese continuar sus obras de damnacion, al irse el mismo á padecer las penas de la Justicia Divina por sus propios crímenes. Este era pariente de Mauricio, y de esta desgraciada familia. Sin embargo,

el Rey, los Obispos, y las Personas de bien, se juntaron para establecer á Malachias en esta Silla Arzobispal, á lo qual los malos se opusieron con todas sus fuerzas. Un hijo de Belial, cuya malicia estaba siempre dispuesta para executar qualquiera mala accion, habiendo sabido el lugar donde se habia de tener la Junta, y habiendo él agregado á si mucha gente, se apoderó secretamente de una eminencia, que estaba enfrente de este lugar, á fin de sorprenderlos quando ellos menos lo pensaban, y de matar los inocentes. Pues ellos habian resuelto quitar la vida al Rey con los Obispos, á fin de que no quedase persona, que pudiese vengar la sangre de los Justos. La conjuracion fué descubierta á Malachias; el qual volviendo á entrar al momento en la Iglesia que estaba próxima á él, apenas se encomendó á Dios, levantando las manos al Cielo, quando el tiempo se mudó repentinamente, y el dia se hizo una noche sombria acompañada de borrascas, de lluvias, y de tempestades. Los torbellinos de viento, los rayos, y los truenos eran tan espantosos, que parecian amenazar con el último dia del mundo, y todos los elementos con una próxima ruina.

23. Mas, á fin de que esteis persuadido, amado Letor, de que fué la Oracion de Malachias la que hizo este fracaso de los elementos, sabed, que no hubo sino aquellos que habian atentado contra su vida, y que estaban dispuestos á las obras de iniquidad, que fuesen ceñidos de esta tempestad horrible, y que fuesen envueltos en estos torbellinos de tinieblas. En fin, aquel que era el Caudillo de esta desgraciada conspiracion, fué herido de un rayo, y de un golpe de trueno, de que él murió al instante con otros tres, que habiendo sido los cómplices de un mismo crimen, fueron castigados con una misma muerte. Sus cuerpos fueron hallados á la mañana medio abrasados, y podridos, y pegados á las ramas de unos árboles, donde á cada uno habia arrebatado, y estrellado el uracan. Otros tres tambien fueron encontrados medio muertos, y todos los demas de la tropa estaban dispersados por todas partes. Mas, en quanto á los que estaban con Malachias, aunque enteramente muy cerca de este lugar, ellos no

fueron asustados la menor cosa de la tempestad, ni recibieron de ella daño ninguno. Este caso nos hace conocer manifiestamente la verdad de esta palabra (1): *La oracion del Justo penetra los Cielos.* Y nos representa de nuevo enteramente este antiguo milagro, que se hizo entre los Egipcios, quando permaneciendo todo el Egipto en las tinieblas, la sola estancia de los Israelitas gozaba de una plena luz, segun la relacion de la Escritura (2): *Por donde estaba el pueblo de Israel, se veia muy claramente.* Esto me hace tambien acordar de lo que sucedió al Propheta Elias (3), que unas veces hacia venir las nubes y la lluvia desde las extremidades de la tierra, y otras descender fuego del Cielo sobre los blasfemos por la virtud de su oracion (4). De esta misma manera pues, quiso Dios ser glorificado en la persona de su siervo Malachias.

CAPÍTULO XII.

Él suaviza sus Enemigos y Émulos, que venian contra él armada la mano, y les reconcilia consigo por su generosidad, y la confianza inalterable, que él tenia en Dios.

24 Despues de la muerte del usurpador de la Iglesia, el pobre Malachias en la edad de treinta y ocho años tomó posesion del Arzobispado de Armaca, y fué Metropolitano de toda la Hibernia. Y habiéndose vuelto á su casa el Rey, y todos aquellos que le habian acompañado en la entrada de este nuevo Prelado, este quedó solo entre las manos de Dios, mas no sin estar afligido de combates por afuera, y de terrores por dentro. Porque, bramando esta generacion de Vivoras, y gritando por todas partes, que la habian despojado de su herencia, hizo nuevas conspiraciones en la Ciudad, y en las Campiñas contra el Señor, y contra el Ungido del Señor. En esto, viendo Ni-

(1) Eccl. 35. 21. (2) Exod. 10. 23. (3) 3. Reg. 18. 45.
(4) 4 Reg. 1. 10.

gelo, que le era forzoso abandonar su presa y retirarse, llevó consigo algunas de las mas preciosas Reliquias de esta Iglesia, y entre otras el Libro de los Evangelios, que habia servido á S. Patricio, y el báculo Pastoral todo cubierto de oro, y de piedras preciosas, que se le llamaba el Báculo de Jesus, porque era tradicion, que nuestro Señor mismo le habia traido, y le habia hecho: lo que le hacia muy precioso, y muy venerable á todos los del Pais. Y á la verdad, estas cosas son tan considerables, y tan respetadas entre estos pueblos, que ellos han venido á la extravagancia de reconocer por Obispo al que las tiene en posesion. Este Gyróvago, como otro Sathanas, se iba por todo el Pais, dando vueltas por todas partes, y llevando estas santas Reliquias, que él mostraba á todos; y por este medio era bien recibido de todo el mundo, atrayendo hácia sí todos los pueblos, é inspirándoles toda la aversion posible contra Malachias.

25 Habia uno de los Caudillos de esta poderosa y perversa familia, á quien el Rey, antes de partirse de la Ciudad, habia obligado á hacerle juramento de que conservaria la paz con su Prelado; y aun habia tomado de él muchas prendas de su palabra. Mas, desde el momento que el Rey hubo salido de la Ciudad, él entró en ella, y concertó con sus parientes y amigos en qué manera ellos podrian apoderarse del Santo Obispo, y matarle. Y habiendo conspirado contra su vida, ellos señalaron el dia, y el lugar de la execucion con mucha cautela, porque temian el pueblo; y este traidor les dió la señal. En el mismo dia señalado por ellos, estando el Obispo asistiendo á las Vísperas con todo su Clero, y gran número del Pueblo, este mal hombre le envió á cumplimentar, y á suplicarle, que viniese á su Casa para hacer entre sí una perfecta reconciliacion. Y habiendo respondido los que acompañaban al Prelado, que mas antes le correspondia á él venir á su presencia, tanto mas, quanto la Iglesia era el verdadero lugar para reconciliarse (lo que ellos decian por un presentimiento que tenian de la ficcion) los que habian sido enviados al Obispo, replicaron, que no habia alli seguridad para su Señor; que habria que temer de su vida; y

que él no debia fiarse en un populacho, que habia estado dispuesto poco antes á quitarle la vida con motivo del Obispo. Asi, contextando los unos, que él debia venir, y los otros, que no debia, el Obispo tomó la palabra, y como él queria la paz, y no temia la muerte: "Dexad-»me, dixo él, dexadme, Hermanos mios, imitar á mi »Maestro. En vano llevo yo el nombre de Christiano, si »yo no sigo el exemplo de Jesu-Christo. Puede ser, que »yo aplaque al Tirano con mi humildad, y si yo no soy »tan dichoso que lo consiga, á lo menos siendo yo Pastor »y Sacerdote, y rindiendo á una de mis ovejas, y á un »lego lo que él me debia, yo tendré la ventaja de daros »un buen exemplo por mi conducta. ¿Qué importa que »me quiten la vida? Yo no rehuso la muerte, con tal que »yo os dé el buen exemplo de la vida. *Es menester*, dice »el Príncipe de los Apóstoles (1), *que un Obispo no domine »sobre su Clero, sino que él se haga el modelo de su re-»baño.* Y él no debe hacerse otro modelo que aquel que él »ha recibido de Jesu-Christo, que se humilló haciéndose »obediente hasta la muerte. ¿Quién me hará la gracia de »que yo pueda dexar á mis hijos un modelo tan bueno, »sellado con mi propia sangre? Entonces vos conoceréis »por experiencia si vuestro Obispo ha aprendido, segun »conviene, de Jesu-Christo, que no se debe temer la »muerte por Jesu-Christo". Y levantándose al mismo tiempo de su silla, él se puso en camino, desatándose en lágrimas todos los Asistentes, y rogándole que no desease tan ardientemente morir por Jesu-Christo, que dexase en la última desolacion el rebaño de Jesu-Christo.

26 Pero nuestro Santo, poniendo toda su confianza en Dios, prosiguió su camino con toda la alegria imaginable acompañado solamente de tres de sus Discípulos, que estaban dispuestos á morir con él. Desde el momento que él llegó á la casa, y que se vió enmedio de esta tropa de gentes armadas, fortalecido del Escudo de la fe, ellos mudaron el semblante, quedando todos atónitos: de suerte que el Obispo podia decir como el Propheta Rey (2): *Mis*

(1) 1. Petr. 5. 3. (2) Ps. 26. 8.

enemigos que me perseguian, se han hecho flacos y abatidos. Tampoco hay nada mas cierto: porque por entonces Vos hubierais visto la víctima permanecer firme sobre sus pies, y los verdugos que la rodeaban de todas partes con las armas en la mano, sin que se hallase persona para inmolar la víctima. Vos hubiérais creido, que sus brazos se habian hecho inmoviles, sin accion para extender la mano sobre la presa. Pero, lo que es mas todavia, aquel que era el Caudillo de esta infeliz empresa, en vez de levantarse contra él, se levantó para saludarle. ¿Qué es esto pues, hombre miserable, es esto la señal que habias querido dar para quitar la vida á nuestro Obispo? Esto es mas antes una señal de respeto que una señal de muerte. Esto es estorvar la muerte, y no procurarla. Cosa admirable! Aquellos que habian jurado la muerte del Prelado, le ofrecen la paz. Y seguramente él no pensaba rehusarla, pues que la habia venido á buscar con peligro de su vida. La paz fué hecha, y una paz tan firme, que despues de este dia el Obispo no tuvo solamente un enemigo reconciliado, sino una oveja perfectamente sumisa, y afecta á él. Apenas se supo la noticia de todo esto, quando todos los fieles se hallaron en una extrema alegria de que la sangre inocente este dia habia sido conservada, y de que las almas de muchos criminales habian sido reducidas al camino de la salud por los méritos de Malachias. Todo el mundo se llenó de admiracion, al saber que los dos mas determinados de esta familia, y enemigos suyos, es decir, aquel de quien hablamos ahora, y el otro de quien antes hemos hablado, habian sido vencidos tan presto por la virtud divina; la qual sorprendió estos dos impíos de una manera admirable en los malos designios, que ellos habian formado, habiendo sido el primero castigado terriblemente en su cuerpo, y este trocado misericordiosamente en el corazon.

27 Habiéndose pasado estas cosas, el Obispo comenzó á disponer con una entera libertad, y reglar en la Ciudad todo lo que dependia de su ministerio, siempre, no obstante, con mucho peligro de su vida. Porque, aunque no hubiese persona, que osase abiertamente emprender

nada contra él, no habia con todo eso ni lugar, ni tiempo en que el Obispo pudiese tenerse del todo por seguro; y guardarse de los lazos, que secretamente se disponian contra él. Se le deputó guardia para custodiarle noche y dia; mas toda su seguridad estaba en Dios. En medio de esto se tomó la resolucion de perseguir este Cismático mencionado mas arriba, porque él seducia mucha gente del pueblo por las Reliquias que llevaba consigo, persuadiéndolas, que á él debian reconocer por su Obispo. Y sublevando asi muchas gentes contra Malachias, y desgarrando la unidad de la Iglesia, se executó al momento la resolucion tomada. Y el Obispo por la gracia, que él habia recibido de Dios, y el crédito que él se habia adquirido sobre su pueblo, siguió de tan cerca á este hombre perverso, y en poco tiempo le rodeó por todos los caminos con tanta facilidad, que él se vió precisado á rendirse, á restituir todas las cosas santas, que él habia quitado; y á vivir en lo adelante quieto en una entera sumision. De esta manera Malachias prosperaba de dia en dia, y se fortificaba mas y mas en medio de los peligros y de los trabajos, tomando su esperanza, y la virtud del Espíritu Santo nuevos aumentos en él.

CAPÍTULO XIII.

Dios toma venganza de los que murmuraban de Malachias.

28 No solamente Dios ha castigado á los que querian hacer mal á Malachias, sino tambien á los que murmuraban de él. Uno, que era grande Privado de los Príncipes, de los Magnates, y del Rey mismo, porque él sabia hacerles la Corte, era un gran hablador, y muy lisongero; favorecia á los enemigos de Malachias en todo lo que él podia, y sostenia su partido porfiadamente. Y él era tan atrevido, que insultaba al Santo Obispo en su cara, y murmuraba de él en su ausencia con muchos ultrages, haciéndole frente por todas partes sin respeto alguno; y especialmente quando él sabia, que él se hallaba en las mas

mas célebres concurrencias. Mas, esta lengua murmuradora fué bien presto castigada, como ella merecia. Pues en muy poco tiempo ella se puso hinchada y todo podrida, y los gusanos que herbian en ella, salian y se derramaban de esta boca, que habia proferido tantas blasfemias. De suerte, que despues de haberles vomitado continuamente durante siete dias, él vomitó con ellos tambien su desgraciada alma.

29 En otra ocasion, hablando el Santo Obispo en público, y exhortando á su pueblo, una mala muger tuvo tambien la insolencia de interrumpirle con sus importunos gritos sin respeto ninguno de su carácter, ni del espíritu, que hablaba por su boca. Ella era de esta raza perversa, y poniéndose en furia, vomitaba una infinidad de blasfemias, y de injurias contra el Santo, llamándole hypócrita y ladron del bien de otro, insultándole tambien de que era calvo. A lo que el Santo hombre, que era extremamente manso, y humilde, no la respondió una palabra. Mas, nuestro Señor respondió por él: pues en el mismo momento ella se volvió loca por un justo juicio de Dios; y gritando sin cesar, que Malachias la ahogaba, su pecado de blasfemia fué castigado inmediatamente con una muerte espantosa. Asi, sirviéndose esta infeliz de los oprobios que otro tiempo se hicieron al Propheta Eliséo (1), experimentó con daño suyo, que ella habia acometido á otro semejante á él.

30 Yo no quiero omitir tampoco, que habiéndose excitado una peste muy grande en la Ciudad, todo el Clero con el pueblo salió en procesion con todas las Reliquias de los Santos, y por las Oraciones de Malachias cesó la peste en el mismo momento. Esto hizo, que ya nadie se atreviese á murmurar de Malachias, clamando aquellos, que eran de la raza de Canaan: Huyamos de Malachias, porque el Señor combate por él. Mas, ellos hicieron muy tarde esta reflexîon, porque siguiéndoles por todas partes el zelo del Señor, les persiguió hasta su última ruina. ¿Quién podria explicar en quan poco tiempo pereció su

(1) 4. Reg. 2. 24.

memoria con todo el ruido que ellos habian hecho: de qué manera ellos fueron afligidos todos: cómo ellos cayeron de un golpe en su última desolacion, y perecieron todos á causa de su iniquidad? Una extincion tan pronta de toda esta familia fué un milagro, que tiene todavia hoy llenos de asombro todos aquellos que conocieron su orgullo y su potencia. Hubo todavia otros muchos prodigios, por los quales Dios quiso glorificar su nombre, y que fortificaron mas y mas á su Siervo entre todos los peligros y trabajos, que le era preciso soportar. Mas ¿quién podria contarlos todos? Sin embargo, aunque nosotros no podamos contarlos todos, no conviene pasarlos todos en silencio. No obstante, por no romper el hilo de nuestra historia, reservarémos para el fin lo que tenemos que decir sobre esto.

CAPÍTULO XIV.

Él cede á otro la Silla Arzobispal, despues de haberla restablecido en la paz.

31 En fin, despues que Malachias quedó libre de todos sus enemigos, é hizo á la Iglesia recobrar su libertad en menos de tres años; despues de haber desterrado de su Diócese su primer barbarie; y reformado por todas partes la vida de sus nuevos Christianos; viendo que todas las cosas estaban en paz, él comenzó á pensar en su reposo propio, y acordándose de su primera resolucion, él estableció en su lugar un Santo hombre llamado Gelasio, cuya virtud merecia justamente este honor, consintiendo en ello el Clero, y el Pueblo, ó mas bien sufriéndolo á pesar suyo, á causa de la palabra que ellos habian dado antes, sin lo qual esta separacion les hubiera sido del todo insoportable. Asi, habiendo Malachias consagrado este nuevo Prelado, y habiéndole recomendado muy particularmente á los Reyes, y á los Grandes del Pais, él se retiró lleno de gloria por sus milagros, y por sus triunfos, y se volvió á su Iglesia: no, con todo eso, á Conereth. Y oid la causa, pues es digna de referirse. Se decia, que esta Diócese de Co-

nereth estaba otro tiempo separada en dos Obispados, de los que cada uno tenia su silla particular; lo qual Malachias tenia por mas conveniente. De suerte, que él volvió á poner en dos Sugetos lo que la ambicion habia reunido en uno. Y habiendo dexado uno de estos Obispados para otro Obispo, él retuvo el otro para sí solamente. Por eso él no fué á Conereth, á causa de que él habia establecido allí otro Obispo, sino que se retiró á Dunas, poniendo así las cosas en su primer estado. O corazon verdaderamente puro! O sencillez de los ojos de la paloma! Él dá á este nuevo Obispo la principal Silla, y la mas cómoda, que él habia ocupado antes. ¿Dónde están ahora estas personas que litigan tan fuertemente sobre los límites de sus Diócesis, y que mantienen enemistades perpetuas por una mala Aldéa, que ellos desean juntar á su Beneficio? Yo no sé si mas antes á estas personas que á otras, se dirige este reproche del Propheta (1): *Ellos han partido en dos pedazos las mugeres preñadas de Galaad, á fin de extender mas sus confines.* Pero conviene reservar este Moral para otra ocasion.

32 Habiendo pues Malachias tomado el Obispado de Dunas, pensó desde luego segun su costumbre, en establecer junto á sí una Comunidad de Clérigos Regulares de sus mas fieles hijos, á fin de que le sirviesen de alivio en las fatigas ordinarias de su ministerio. Y como si él no fuera todavia mas que un Novicio en la vida espiritual, comenzó á revestirse de nuevo las armas de la santa pobreza, á exercerse en las acciones de humildad, á practicar toda la severidad de la disciplina monástica, á reglar el tiempo de sus meditaciones, y de sus oraciones, que eran continuas. Bien que las mas de las veces él fué obligado á contentarse con sus buenos deseos, no pudiendo siempre ponerlas en práctica, á causa del excesivo número de personas que le venian á buscar de todas partes. Porque no solamente las gentes del comun del pueblo, sino los hombres ilustres, y los mas grandes del Pais se apresuraban á venir á encontrarle para recibir las instrucciones

(1) Amos. 1. 13.

de su sabiduría, y su santidad, y someterse á sus correcciones, y á su direccion. Por otra parte, él iba por todos los lugares sembrando la palabra de Dios, ordenando, y reglando con toda la autoridad de un Apóstol, lo que concernia al bien de la Iglesia, sin que ninguno le dixese jamás: ¿Qué poder teneis Vos para obrar de esta suerte? porque todos veían los grandes milagros y prodigios, que él obraba; y porque la libertad está, donde está el espíritu del Señor(1).

CAPITULO XV.

Resuelve ir á Roma para recibir el Palio del Papa.

33 Sin embargo, no creyéndose Malachias en una perfecta seguridad de hacer todas estas cosas sin la autoridad de la Silla Apostólica, tomó la resolucion de irse á Roma, á fin de obtenerla: y principalmente porque esta Metrópole no habia tenido hasta entonces el uso del Palio, que es la plenitud de honor de la Dignidad Episcopal. Asi, él creyó, que era muy justo emplear sus cuidados y sus trabajos, para conseguir esta insignia de honor á su Iglesia, en favor de la qual él habia trabajado tan felizmente. Habia allí todavia otra Metrópole, que habia sido erigida de nuevo por el Obispo Celso, sometida sin embargo á la Primera Iglesia, y á su Arzobispo como Primado de todas las Iglesias. Malachias, pues, deseaba tambien, que ella fuese honrada con el Palio, y confirmada por la autoridad de la Santa Sede, como ella lo merecia bien por la consideracion á los grandes méritos de Celso. Habiendo venido al conocimiento de sus Hijos, de los Grandes, y del Pueblo el designio de este viage, ellos manifestaron mucho displacer por eso, no pudiendo consentir en una ausencia tan grande del Padre comun de la Patria, que les parecia insoportable, y les hacia recelar que él no muriese en el camino.

(1) 2. Cor. 3. 17.

34 En este mismo tiempo sucedió la muerte de su Hermano llamado Christiano, y que era un hombre muy de bien, lleno de gracias y de virtudes. Él era tambien Obispo como él, y aunque no estuviese en tan alta reputacion como la que Malachias se habia adquirido en el mundo, tal vez no le cedia en la santidad de vida, y en el zelo de la justicia. La muerte de este Santo Obispo puso todo el pueblo en una extrema consternacion, é hizo, que la partida de Malachias pareciese mas insoportable que antes. De manera, que todos decian, que no convenia condescender en modo alguno á este viage de su único Padre, y Protector, de temor de que todo el Pais no quedase en la última desolacion, si á un tiempo mismo era privado de las dos columnas, que sostenian su Iglesia toda. Todos pues unanimemente se opusieron á su viage, y le querian retener por fuerza, á pesar de todas las amenazas que él les hacia de la venganza divina. Ellos no quisieron jamas dexarle en libertad, sin que primeramente no se hubiese sabido qual era la voluntad de Dios tocante á este viage, por las suertes que se echasen á este fin. Y por mas que Malachias intentó estorvarlo, ellos no dexaron de echar las suertes; que se hallaron por tres veces diferentes favorables al Santo Obispo, no habiéndose ellos contentado con la primera vez: tanta era su ansia de retenerle. Mas, ellos se vieron por ahi obligados á rendirse á la voluntad de Dios. Dexaron pues á su Padre ir, pero con unos llantos, clamores, y gemidos que no se podrian explicar bastante. Sin embargo, á fin de que nada quedase en desorden, él se puso á deliberar en qué manera podria reparar la pérdida de su difunto Hermano. Y habiendo hecho llamar á su presencia tres de sus Discípulos, él se halló en una congojósa incertidumbre y perplexidad sobre qual de los tres seria el mas útil, y el mas digno para ocupar el lugar de su difunto Hermano. Luego, mirándoles al uno despues del otro con una atencion particular: "Es menes»ter, dixo, ó Edan (este era el nombre del uno de ellos) »que vos tomeis este cargo. Sobre lo qual poniendo este »muchas dificultades, y derramando lágrimas en la mayor »abundancia: Vos no teneis que temer, le dixo Malachias,

»pues es nuestro Señor, quien me ha dado á conocer, »que Vos estais destinado para eso, habiendo visto antes »el anillo de oro, que debe ser la divisa de vuestro ma»trimonio espiritual." Lo que hizo, que Edan se sometiese á lo que se queria hacer de él. Y Malachias, despues de haberle consagrado Obispo, se puso en camino para Roma.

35 Despues que hubo salido de Escocia, y arribado á Yorch (1), habiéndole mirado atentamente un Presbytero llamado Sycaro, le reconoció. Él no le habia visto jamas: pero como él tenia el Espíritu de prophecia, ya mucho antes habia tenido revelacion acerca de él. Y mostrándole al mismo tiempo con el dedo á todos los Asistentes: Ved ahi, les dixo, aquel de quien yo os habia hablado, que vendria un Santo Obispo de Hibernia, que conoce los pensamientos de los hombres. Asi, la antorcha no pudo permanecer mas tiempo baxo de la medida, manifestándola por la boca del Presbytero Sycaro el Espíritu Santo, que la habia encendido. Este mismo le declaró muchas cosas secretas, que concernian á él, y á los suyos, y que Malachias reconoció ser tales como él se las descubria. Algunos de su compañía quisieron saber de Sycaro lo que sucederia en quanto á su vuelta: á lo que él respondió al momento (lo que despues se reconoció ser verdadero por la experiencia misma) que pocos de los que le acompañaban, volverian con él. Lo qual les hizo recelar la muerte: mas, Dios dispuso esto de otra manera; pues á su vuelta de Roma hubo pocos que retornasen á su Pais con él segun la prediccion de Sycaro, habiéndose quedado algunos de ellos con nosotros, y otros en otras partes; para instruirse perfectamente en las observancias de la vida monástica. Ved ahi por lo que toca al Presbytero Sycaro.

36 En la misma Ciudad de Yorch un cierto Uvaleno, que era Prior de los Clérigos Regulares en Kircham, hombre muy poderoso segun el siglo, y que es ahora Monge, y Abad de Monges en el Monasterio de Mailros, que es de nuestra Orden, vino á ver al Santo Obispo, á quien

(1) Año de 1139.

él profesaba mucho afecto, para encomendarse á sus Oraciones con mucha humildad. Pues, observando este, que el Obispo tenia muchas personas en su compañía, y pocos Cavallos para llevarlas (porque habia con él cinco Presbyteros, á mas de los sirvientes, y otros muchos Clérigos, y no habia en todo sino tres cavallos) él le ofreció el Cavallo sobre el qual él mismo habia venido, estándo solamente disgustado de que él tenia el paso un poco áspero, y añadiendo que él le daría con mucho mayor voluntad, si él fuera mejor, pero que le suplicaba, que le acetase tal como él era. "Por mí, le respondió el Obispo, »yo le acepto, tanto mas gustoso, quanto vos le teneis »en menor estimacion. Porque yo no podria dexar de es»timar lo que me es ofrecido de una tan buena volun»tad como la vuestra. Y volviéndose hacia sus gentes; »Acomodadle para mi, dixo él, porque él se hará bueno »y cómodo, y nos servirá largo tiempo." Dicho esto, él subió luego sobre él, y habiéndole encontrado por entonces muy áspero como él lo era efectivamente, poco tiempo despues él mudó en una manera tan admirable, que se hizo extremamente cómodo, y tenia un paso él mas suave y agradable. Y á fin de que lo que él habia dicho de él, se verificase puntualmente, él se sirvió de él nueve años todavia hasta su muerte, y se hizo tan excelente, que se le apreciaba por un Palafren de mucho valor. Mas, lo que hizo todavia ilustre este milagro á los que lo veian, es que este Cavallo que tiraba á negro, se hizo todo blanco, y de una blancura tan grande, que apenas se hallaba otro Cavallo que fuese tan blanco como él.

CAPÍTULO XVI.

Él visita la Abadia de Claraval á su paso y á su vuelta de Roma.

37 Yo tambien tuve la dicha de ver este Santo Personage en su camino; y yo fui colmado de tanta alegria por su vista y por sus discursos, que todas las riquezas

del mundo no pudieran darme una satisfaccion mas sensible. Y lo que hizo el colmo de mi dicha, es, que por grande pecador que yo sea, tuve desde entonces una parte muy grande en su amistad, que él me ha conservado siempre hasta la muerte, como yo lo he dicho ya en el Prólogo de esta Vida. Él tambien tuvo la bondad de venir á Claraval, y fué sensiblemente tocado á la vista de mis Religiosos, como ellos igualmente de su parte fueron muy edificados de su presencia, y de sus palabras. Le agradó mucho el lugar, y estuvo muy satisfecho de nuestra Comunidad: y despues de habernos manifestado todas las ternuras imaginables, se despidió de nosotros, y prosiguió su camino. Pasó los Alpes, y llegó á la Italia, y allí dió la salud al hijo de su Huesped, que estaba enfermo de muerte.

38 Era entonces Inocencio II de dichosa memoria quien estaba sentado en la Cáthedra Apostólica, y le recibió con grande agasajo, compadeciéndose mucho de él por las fatigas que habia tenido en tan largo viage como el que habia emprendido. La primera peticion, que Malachias hizo á su Santidad, fué que le permitiera ir á morir y vivir en Claraval, que era el mas intimo de sus deseos. Lo qual pidió con abundantes lágrimas, como que era la cosa, que en este mundo él deseaba mas vivamente. No porque él hubiese olvidado el motivo principal por qué él habia venido á Roma, sino porque la afeccion que tenia á Claraval, le tocaba extremamente el corazon. *Sin* embargo, él no pudo nunca conseguir lo que pedía con tanta instancia, porque el Papa estaba persuadido á que él haria mucho mas fruto en el cargo, que él ocupaba. Con todo eso, no fué frustrado del todo del deseo de su corazon, pues que Dios le concedió, ya que no vivir, á lo menos morir en Claraval, como él deseaba. Permaneció en Roma un mes entero, visitando con freqüencia los Santos Lugares, donde él hacia largas Oraciones. Despues que su Santidad se hubo freqüentemente y cuidadosamente informado de él, y de todos los de su comitiva, sobre la disposicion del Pais, las costumbres de esta Nacion, estado de las cosas, y sobre las maravillas que Dios habia obra-

obrado en estos Lugares por el Santo Obispo, al tiempo de despedirse para volverse, el Papa le hizo su Vicario Apostólico, y su Legado en toda la Hibernia. Pues habia escrito á su Santidad el Obispo Gileberto, que estaba por entonces revestido de esta comision, que él se hallaba en la imposibilidad de desempeñar estas funciones, á causa de su mucha edad, y de sus achaques corporales. Habiendo sido esto ordenado asi, Malachias pidió al Pontifice la confirmacion de su nueva Metrópole, y el Palio para las dos Iglesias, de que hemos hablado ya. Tuvo efecto su peticion, mas en quanto al Palio, dixo el Papa: "Es »menester, que eso se haga con mas solemnidad. Asi, »despues que Vos háyais convocado los Obispos, los Ecle»siásticos, y los Grandes del Pais, tendreis un Concilio »General, y despues de haber tenido el beneplácito y el »consentimiento de todo el Concilio, enviaréis acá algunas »personas de consideracion para pedir el Palio, y yo os »le concederé." Despues, sacando la Mytra, de sobre su cabeza, él la puso sobre la suya; y le dió tambien una Estola y un Manipulo, de que él acostumbraba servirse en el Altar. En fin, habiéndole dado el beso de paz, le despidió con la bendicion, y la autoridad Apostólica.

39 Él volvió á tomar su camino por Claraval, y nos dió segunda vez su bendicion: pero con un extremo displacer, que él nos manifestó con grandes suspiros, de que no se le hubiera concedido permanecer enteramente con nosotros. Con todo eso, yo os ruego, dixo él, que retengais estos en mi lugar, á fin de que ellos aprendan de Vos de qué manera debemos nosotros portarnos. A lo que él añadió. Esto será una Simiente que Vos nos daréis, en la qual las naciones serán bendecidas; yo digo las naciones, que han oido otras veces pronunciar el nombre de Monges, pero que no han visto ninguno de ellos. Él tomó quatro que estaban al rededor de él, y los dexó en este lugar, y se fué. Despues, habiendo sido probados y juzgados dignos de la Profesion monástica, fueron todos quatro admitidos á ella. Algun tiempo despues, habiendo el Santo Obispo arrivado á su Pais, nos envió todavia otros, para que igualmente abrazasen la Profesion Reli-

giosa. Y habiendo sido bien instruidos en ella, y educados en toda Sabiduría, nosotros establecimos el Monge Christiano que era uno de ellos, y de una Santidad exemplar por su Superior, y les volvimos á enviar á Hibernia con algunos de los nuestros, que eran necesarios para hacer el número de una Comunidad de Abadía. Esta en poco tiempo formó cinco filiaciones, y multiplicándose la simiente mas y mas, el número de los Monges creció extremamente, segun el deseo, y la prediccion del Santo Obispo Malachias. Mas, es menester ahora, que volvamos á tomar el hilo de la Historia.

CAPÍTULO XVII.

El hace muchas curaciones milagrosas.

40 Habiéndonos pues dexado Malachias, arrivó dichosamente á Escocia, y él encontró en uno de sus Castillos al Rey David, que vive todavia hoy, cuyo Hijo estaba enfermo de muerte. El Rey le recibió con mucho honor, y habiéndole suplicado nuevamente, que diese la sanidad al Joven Principe, él le roció con agua, que él habia bendecido, y mirándole, le dixo: Hijo mio, tened confianza; Vos no moriréis por esta vez. Él no hizo mas que pronunciar estas palabras, y al dia siguiente el enfermo se halló enteramente sano, segun la prediccion del Santo. El Padre tuvo de eso tanto gozo, que no se podria explicar, y toda la casa dió muestras extraordinarias de alegria. Corrió por todas partes la fama de un milagro tan estupendo, pues habiendo sucedido en el Palacio Real, y en la Persona del Hijo del Rey, no podia estar oculto mucho tiempo. De modo, que no se oia de todas partes sino Cánticos de alegria y de acciones de gracias, asi por la salud del Principe, como por la novedad del prodigio. Este Príncipe se llamaba Henrique, y es todavia Hijo único, muy valeroso y muy sabio, imitando enteramente á su Padre en la observancia de la justicia, y en el amor que él tenia al Santo Obispo. En efecto, el uno y el otro

amaban tiernamente á Malachias durante su vida, como á quien dichosamente le habia retirado de las puertas de la muerte. Ellos le rogaron encarecidamente, que permaneciese algunos dias con ellos, mas como él huia extremamente la gloria, se fué de alli muy de mañana. Pasando por la Ciudad de Crugeldo, le presentaron una niña, que era muda: y luego que él hubo orado por ella, su lengua fué desatada, y ella habló mucho bien. Otra vez, entrando en un lugar, que se llama S. Miguel, él sanó en presencia de todo el Pueblo una muger, que estaba phrenética, y que era necesario atar con sogas. Continuando su camino, y habiendo llegado al puerto de Lapasper, estuvo precisado á permanecer algun tiempo alli, aguardando el tiempo propio para pasar el Trayecto. Pero la corta mansion que él hizo alli, no fué inútil, porque él hizo formar alli un Oratorio con ramages entrelazados los unos con los otros, y él mismo trabajó en ello. Habiéndose acabado esta obra, él la hizo rodear de un foso, para que sirviese este espacio de Cementerio; que él bendixo. Los milagros que se han hecho aqui hasta el presente, dan bastante á conocer los méritos de aquel que habia bendecido este lugar.

41 De ahi es haberse hecho custumbre de traer de los lugares mas remotos todos los enfermos, de los quales muchos volvian de alli en una sanidad perfecta. Habiendo sido traida á este lugar en un carro una muger que no tenia uso ninguno de sus miembros, se volvió desde alli á pie á su Casa; no habiendo permanecido mas que una noche en aquel lugar para esperar la misericordia del Señor. Otra, que acostumbraba ir á este lugar, á pasar la noche en Oracion, fué encontrada sola alli por un hombre bárbaro, el qual arrebatado de su pasion, y fuera de sí, intentó por fuerza abusar de ella. La que retirándose hacia otro lado toda temblando, y conociendo, que este hombre estaba poseido del Espiritu del Demonio: Ah! miserable, le dixo, mirad bien lo que haceis, considerad el lugar donde yo estoy, respetad la santidad de él, reverenciad la Magestad de Dios, y los méritos de su siervo Malachias, mirad por vos mismo. Todo este discurso no pudo dete-

ner la pasion de este hombre furioso: mas (lo que es una cosa enteramente espantosa,) Ved ahi en el tiempo mismo un horrible Escuerzo todo lleno de veneno, que parecia salir de entre los pies de esta muger, y que de tal suerte espantó á este hombre, aunque furioso de su pasion, que el huia á grandes saltos del Oratorio. Él se retiró todo confundido, y la muger permaneció en su pureza por los méritos de Malachias, y por un milagro de Dios enteramente extraordinario. Fué muy á propósito, que él se sirviese de un monstruo feo y horrible para estorvar un crímen vergonzoso y detestable. En efecto, era menester el yelo de un réptil extremamente frio, para apagar el fuego de una pasion todo brutal, y que los intentos de una accion tan temeraria fuesen reprimidos por un animal tan vil é inútil como este. Esto poco, que hemos referido de sus muchos prodigios, bastará por el presente: pasemos á lo que resta decir.

CAPÍTULO XVIII.

Apenas se halla de vuelta, quando él emplea todos sus cuidados en la reforma de su Diócesi.

42 En fin, Malachias entró en el mar; y navegando prosperamente, llegó á su Monasterio de Benchor, á fin de que los que eran sus primeros hijos, recibiesen de su Padre la primera gracia. ¿De qué manera pensais Vos, que ellos se portaron en el recibimiento de su Padre, y de un tal Padre como este, y que acababa de hacer con buena salud un viage tan largo? No hay que admirar, que ellos fuesen arrebatados de alegria por tan agradable regreso, pues que los extraños mismos manifestaron por todas partes un gozo y contento, que no se podria exprimir suficientemente. Todos salian de las Ciudades, de las Aldeas, y de los Castillos, y venian á verle, y era universal la alegria por todos los lugares por donde él transitaba. Pero él no gusta de estos honores, y no piensa, sino en cumplir las funciones de su Legacion. Él junta

Synodos en muchos lugares, á fin de que no haya parte de este pais, que no guste del fruto de su comision: él siembra por mar, y por tierra, y ninguno es substraido á sus cuidados y solicitud. Él no tiene reparo ni al sexô, ni á la edad, ni á la condicion, ni á la profesion de qualquiera que sea: él difunde por todas partes una simiente saludable: él hace oir de todos lados la voz de la salud: él corre, él se hace entrada en todos los lugares con la espada de la palabra divina, para vengar á Dios en las naciones, y exprobar á los Pueblos sus ingratitudes. Él infunde terror á todos los malos; él grita á los impíos(1): *Absteneos de vuestras iniquidades*; y á los pecadores: *Cesad de elevaros con soberbia.* La Religion es establecida, propagada, y mantenida por todas partes: él se aplica con toda la atencion á remediar la necesidad de cada uno. En todos los Synodos, que él hace en diversos Lugares, él toma á su cargo, y pone toda su solicitud en restablecer las antiguas costumbres de la Iglesia que estaban aprobadas por ella, y que se hallaban abolidas por la negligencia de los Eclesiásticos. Y no solamente él restaura las prácticas antiguas, sino que establece otras nuevas tambien; y todas las Ordenanzas, que él hace, son recibidas como venidas del Cielo, y son observadas, y puestas en escrito para perpetua memoria. Y á la verdad, ¿cómo ellas no serian venidas del Cielo, pues que estaban confirmadas por tantos milagros celestiales? Pero, á fin de que Vos deis á esto mayor creencia, yo referiré aquí algunos de ellos brevemente, pues seria imposible contarlos todos. Sin embargo, os confieso, que yo me detengo en esto con mucho mas gusto para atraeros á la imitacion de sus virtudes, que para haceros admirar sus prodigios.

(1) Ps. 64. 5.

CAPÍTULO XIX.

De las principales virtudes de Malachias, y de sus costumbres, enteramente dignas de un verdadero Obispo.

43 El principal y mas grande milagro que él ha hecho, á mi parecer, es el mismo. Porque sin hablar de su interior, cuya hermosura, fortaleza, y pureza nos eran bastante conocidas por su vida y por sus costumbres; su exterior era tan compuesto, y de una gravedad tan perfecta y tan modesta, que no se podia notar nada en su persona, que pudiese ofender los ojos de los que le miraban. La Escritura nos enseña (1), que aquel es perfecto, que no peca en sus palabras: mas ¿quién ha reconocido en Malachias una sola palabra ó una accion inútil, y ociosa, por mucho que le haya observado? ¿Quién le ha visto jamas mover el pie ó la mano inútilmente? O mas bien, ¿quién no se edificaba de la modestia de su andar, de su mirar, de sus vestidos, y de su semblante? Jamás la tristeza, ni la alegria inmoderada han alterado el agrado de su rostro. Todo estaba perfectamente reglado en él, todo indicaba virtud, y señalaba el verdadero modelo de la perfeccion. Él estaba siempre muy serio, mas nunca áspero: él remitia un poco algunas veces de su gravedad, mas sin ninguna apariencia de ligereza. En nada era negligente, aunque sabia disimular muchas cosas por algun tiempo. Él estaba siempre tranquilo, mas nunca ocioso. Desde el primer dia de su conversion *hasta el fin* de su vida, él no poseyó nada en propio: y siendo Obispo, él no tenia siquiera ni criado, ni sirvienta, ni heredad, ni dominio, ni rentas Eclesiásticas ó Seculares, que le perteneciesen en particular. Su mesa no tenia nada de fixo ó asignado, ni él tenia rentas asignadas para su vivir, no teniendo siquiera para sí una Casa. Él estaba casi siempre fuera de la Ciudad, visitando incesantemente todas sus

(1) Iac. 3. 2.

Parroquias. Él servia al Evangelio, y el Evangelio le sustentaba, como el Señor lo ha ordenado, diciendo (1), *que un Obrero merece recibir su recompensa*; solamente que predicando freqüentemente el Evangelio sin ser gravoso á ninguno, èl llevaba consigo lo que habia sacado de su trabajo y del de sus Discípulos, para sustentar los que trabajaban con él en las funciones de su ministerio. Y si algunas veces estaba precisado á tomar algun reposo, él lo tomaba siempre en los Lugares Santos, que él habia establecido en diversas partes de toda la Irlanda. Y quando él no podia menos de aposentarse en casa de alguna persona particular, él se acomodaba facilmente á su modo de vivir, contentándose con una vida y una mesa comun. No se podia reconocer á Malachias entre los otros, ni por su alimento ni por sus vestidos; porque quanto él estaba mas elevado sobre los demás, tanto mas se abatia él baxo de ellos.

44 En fin, aunque él era Obispo, y Legado del Papa, iba á predicar la palabra de Dios á pie, como sus discípulos. Y esta virtud era tanto mas de admirar en Malachias, quanto ella se hallaba menos en uso en los demas Prelados de la Iglesia. Ciertamente, obrar de esta suerte, era ser un verdadero sucesor de los Apóstoles. Pero es menester notar todavia de qué manera partia él su herencia con sus hermanos, que eran los verdaderos nepotes de los Apóstoles. Los otros Prelados dominan sobre el Cléro; pero éste, siendo él perfectamente libre, se hizo esclavo de todo el mundo. Otros se sustentan regaladamente de las rentas de la Iglesia sin predicar el Evangelio, ó á lo menos no le predican, sino para sustentarse mejor; pero Malachias, á imitacion de S. Pablo, no come sino por necesidad para predicar el Evangelio. Estos no estiman la piedad sino por el fausto, y por las rentas quantiosas: y él no toma por herencia suya, sino el trabajo y la pena. Otros se tienen por muy dichosos, quando ellos han extendido bien lexos los límites de sus Dióceses: y este no se gloria, sino en la extension de la caridad. Aquellos llenan sus troxes de granos,

(1) Luc. 10. 7.

y sus cuevas de vinos, á fin de que sus mesas estén mejor cargadas: y este vá á recoger en los desiertos, y en las soledades los sugetos capaces de llenar los Cielos. Aquellos, hun percibiendo los diezmos, las primicias, y las ofrendas de los fieles, y juntando tesoros inmensos por las secretarias, los tributos, y los demas impuestos, que ellos obtienen de la liberalidad del Rey, no dexan de tomarse cuidados excesivos por su comer, y por su beber: y este, que carece de todo eso, tiene siempre de qué enriquecer muchas personas con el tesoro de la fé. La codicia, y las ansias de estos Prelados no tienen jamas fin; y Malachias, que no desea nada, no extiende nunca sus deseos, ni sus pensamientos hasta mañana. Aquellos sacan de los pobres de qué dar á los ricos: y este solicita los ricos para sustentar los pobres. Aquellos desocupan la bolsa de sus súbditos: y este carga los altares de votos, y de hostias pacificas por los pecados de su pueblo. Aquellos se hacen fabricar grandes palacios, levantan hasta el Cielo torres y fortalezas: y este, no teniendo donde reclinar su cabeza, trabaja en la obra de un perfecto Evangelista. Aquellos van montados con grande comodidad, y acompañados de un numeroso séquito de domésticos, que comen de valde este pan que no es suyo: y este marcha á pie con sus hermanos, que él mira como unos Angeles del Cielo, para ir á saciar las almas, que estan hambrientas de los bocados celestiales. Aquellos no tienen el menor conocimiento de su rebaño: y este le instruye continuamente. En fin, aquellos obsequian á los poderosos y grandes del mundo: y Malachias les impone las penitencias, que ellos merecen. O hombre verdaderamente Apostólico! Quan *justamente* es honrado por tantas ilustres señales de su Apostólado! Qué maravilla pues, que siendo el mismo tan admirable haya hecho tantas cosas maravillosas; ó mas bien, que Dios las haya hecho en su persona? Pues como dice el Propheta (1), *Vos sois, Dios mio, quien obrais todos estos prodigios.*

CA-

(1) Ps. 76. 15.

CAPÍTULO XX.

Libra dos Energúmenos atormentados por el Demonio.

45 Habia en la Ciudad de Curlatin una muger, que estaba poseida del maligno espíritu. Fué llamado allí Malachias; y orando por ella, él estrechó al demonio, y le obligó á salir. Pero, no estando todavia sacada la malicia del enemigo, él entró en el cuerpo de otra muger, que estaba presente. Mas, el santo Obispo le habló de esta manera: »Yo »no te he quitado esta, para que tu fueses á atormentar »esta otra. Y mandándole, que saliese de esta segunda, él obedeció al momento, pero se volvió á la primera. Habiéndole echado por segunda vez el Santo con una sola insinuacion, él volvió á entrar todavia en aquella que acababa de dexar, y prosiguió por algun tiempo en hacer estas idas y estas vueltas. Entonces viendo Malachias, que el Demonio se burlaba asi de él, se puso ayrado, y recogiendo todo su espíritu en sí mismo, dió un fuerte quexido, y por un esfuerzo de su fé, echándose con todas sus fuerzas sobre su enemigo, le obligó á tomar la fuga, y dexar estas mugeres en reposo, mientras que él no padecia menores penas, que las que él acababa de atormentar. Sin embargo, amado Lector, no conviene, que vos penseis, que la resistencia, que el Demonio hacia al Santo Obispo, era de su propia potencia. Era la Providencia divina quien lo permitia asi, para manifestar mas la presencia del espíritu maligno, y el triunfo de Malachias. Pero escuchad todavia lo que él hizo en otro lugar, donde él no se hallaba en persona, para convenceros mejor de que él pudo bien hacer por su presencia, lo que él ha podido obrar en su ausencia.

36 En un pais de Irlanda á la parte septentrional, estaba postrado en cama un pobre enfermo: y sin duda esto era por un maleficio de los Demonios. Porque por las noches se les oia decir estas palabras los unos á los otros: Tengamos cuidado de que este no vaya á tocar la cama,

ó el xergon de este Hipócrita, y que por este medio él se nos escape. Este hombre al punto conoció, que ellos hablaban del Santo Obispo, de quien él se acordaba, que habia dormido una noche en esta casa, y cuyo xergon estaba allí: de suerte, que confiando en los méritos de una persona tan santa, él comenzó como mejor pudo, á ir arrastrándose, aunque él se hallaba muy débil, mas con una fé muy fuerte. Y en el tiempo mismo él oyó gritos en el ayre, y unas voces que decian: Estorvadle, estorvadle, detenedle; nosotros vamos á perder nuestra presa. Mas él, animado de la fé, y del grande deseo, que él tenia de ser librado, procuraba á fuerza de las rodillas, y de las manos acercarse al remedio, con tanto mayor empeño, quanto él les escuchaba gritar mas: dándose tan buena maña, que habiendo llegado al lugar donde estaba esta pequeña cama, él subió encima, y se revolvió en ella de todos lados, oyendo entre tanto los gritos, y los lamentos de estos miserables espíritus, que decian: Ay, Ay, nosotros mismos nos hemos descubierto; hemos sido engañados: vedle ahi ya escapado de nuestras manos. En efecto, todo este espanto y horror, que él tenia de los Demonios, se disipó á un tiempo mismo con su enfermedad. Otro hombre, que tambien era atormentado por los espíritus malignos en la Ciudad de Lesmor, fué igualmente librado por los méritos de Malachias. Tambien pasando él un dia por Linster, le fué presentado un niño poseído del diablo, y al momento le volvieron con una sanidad perfecta. En la misma Provincia él mandó, que desatasen una frenética, que estaba atada con fuertes sogas, y que la lavasen en el agua, que él habia bendecido: y ella fué lavada y sanada á un tiempo mismo. Otra de la Provincia de Ulidia, que desgarraba sus propios miembros con sus dientes, fué sanada al punto que el Santo hubo orado por ella, y que la tocó. Habia allí un loco, que hacia muchas predicciones, que sus amigos y parientes traxeron bien atado y sujeto al Hombre de Dios, porque él era extremamente peligroso y terrible por las fuerzas, que él sacaba de su rabia. Malachias ora á Dios por este miserable; y en la hora él fué curado y desatado.

Esto sucedió en un lugar, que yo no nombro, porque es enteramente bárbaro: lo que hace tambien, que yo omita otras muchas cosas de esta naturaleza. En otra ocasion, pasando él por la misma Ciudad de Lesmor, le fué presentada una niña muda en la plaza pública por sus parientes, quienes le hacian todas las instancias y súplicas posibles, para que la diese el habla. Malachías se paró, y habiendo hecho su oracion, él la tocó la lengua con la punta del dedo, la puso saliva en la boca, y la entregó á sus parientes con el uso de la palabra.

CAPÍTULO XXI.

El favorece á muchas personas en el artículo de la muerte, y en el trabajo del parto.

47 Saliendo él un dia de una Iglesia, encontró un hombre, que en compañia de su muger, que no podia hablar, venia á buscarle. Se le pidió, que tuviera lástima de esta criatura, y rodeándole todo el pueblo, él se detuvo á la puerta: donde, despues de haber echado la bendicion sobre la muda, él la mandó que rezáse la Oracion Dominical. Ella la recitó toda entera, y todo el Pueblo dió gracias á Dios. Habia en la Ciudad de Oenthreb (1) un hombre rico, que estaba en la cama enfermo, y que habia perdido el habla ya por doce dias. Mas, al punto que él percibió al santo Hombre, que le venia á visitar, recobró la libertad de su lengua, recibió la santa Comunion, y estando fortalecido con este Sacramento saludable, él murió, despues de haber hecho una buena confesion. O oliva fructífera en la casa de Dios! O aceyte de alegria, lleno de uncion y de luz! Él ha iluminadó aquellos que estaban sanos por el explendor de sus milagros, y él ha ungido al enfermo por la suavidad de su beneficio, habiendo obtenido á este moribundo la facultad de confesar y de comulgar para seguridad de su salud. Un hombre noble le vino á buscar un dia para comunicar con él algunas cosas.

(1) Otr. Onereb.

Y estando ellos hablando juntamente, este hombre, lleno de fé, sacó secretamente tres juncos del pequeño lecho en que Malachias estaba sentado, y los llevó consigo. Y Dios se sirvió de este piadoso robo para hacer muchos milagros por la fé de este hombre, y por la santidad del Obispo. Otra vez, habiendo venido á la Ciudad de Evahia, estando á la mesa, una persona de mucha consideracion de aquel lugar, le vino á suplicar con mucha humildad, que orase por su muger que estaba en cinta, y que habia pasado el tiempo ordinario de su parto, de lo que todo el mundo estaba admirado, y no podia creer, que ella pudiese evitar la muerte en un accidente tan peligroso. El Obispo del lugar, Nehemias que estaba sentado junto á él, y todos los Asistentes que se encontraban alli, juntaban sus ruegos á los de este buen hombre. Entonces tomando Malachias la palabra, aseguró, que él tenia grande compasion del estado en que se hallaba esta Señora, porque ella era virtuosa y honesta; y al mismo tiempo dando á su marido del vino, que él acababa de gustar, Id, dixo él, „dadla á beber de este vino, confiando en Dios, que tomando una bebida de bendicion, ella parirá en poco tiempo, y sin peligro." Se executó lo que él habia ordenado, y la noche siguiente, se vió suceder la cosa, como él lo habia predicho. Estaba él un dia conferenciando en la Campaña con el Conde de Ulidia, y habia al rededor de él cantidad de gente, quando una muger en cinta, y muy incomodada, se presentó á él, declarándole, que contra todas las leyes de la naturaleza habia yá quince meses y veinte dias que ella guardaba su fruto en el vientre. Malachias tocado de compasion de una incomodidad tan nueva y tan molesta, oró por esta muger, y al punto ella parió dichosamente. Todos los que estaban presentes, sintieron de esto una extrema alegria, y quedaron sumamente sorprendidos de la facilidad, y de la prontitud con que esta muger habia parido en el sitio mismo, y de ver que el peligro de un triste aborto se habia en un instante trocado en la alegria de un milagro portentoso.

CAPÍTULO XXII.

El amenaza á un Concubinario obstinado, con su última desgracia.

48 Aconteció en el lugar mismo una cosa semejante á esta en quanto al milagro, pero de un suceso muy diferente. El vió un hombre, de quien se decia, que mantenia públicamente la Concubina de su hermano, y que era Soldado, y uno de los Cavalleros del Conde. El habló públicamente á este hombre, y mostrando para con él el zelo de otro San Juan Bautista: No os es permitido, decia él, tener la Concubina de vuestro hermano. Pero endureciéndose este como otro Herodes, no solamente no quiso rendirse, sino que le respondió con mucha insolencia, jurando delante de todos, que él no la dexaria jamas. Tocado sensiblemente Malachias por esta respuesta, y extremamente zeloso por la justicia de Dios: »El Señor, dixo, »te apartará de ella á pesar tuyo." Haciendo este muy poco caso de estas amenazas, se retiró al momento muy irritado; y volviendo á encontrar esta muger muy cerca del sitio donde habia un gran concurso de gentes, él la violó por fuerza, como un hombre todo dado á Satanás, á quien él acababa de ser entregado. El crimen no pudo ser oculto. La criada que acompañaba á su Señora, corriendo á toda priesa á la casa que no estaba muy lexos, dió la noticia de la desgracia, que acababa de suceder. Informados los hermanos de esta muger, que entonces se hallaban en casa, de un accidente tan funesto, y queriendo vengar el honor de su propia hermana, corren prontamente al lugar donde la cosa habia pasado; y habiendo encontrado allí al enemigo de la honestidad, sobre su hecho, le atravesaron con las espadas, y le dieron la muerte. La Junta no se habia acabado todavia, quando el Escudero del muerto les refirió la extrema desgracia de su miserable Amo. Todos los malos (que eran muchos en este pais) fueron aterrados con esta nueva, y se convirtieron, lavando sus manos en la sangre del pecador.

CAPÍTULO XXIII.

Él dió la sanidad á muchos enfermos.

49 Habia largo tiempo que el Conde Diarmicio estaba enfermo en la cama. Mas, el Santo Obispo, despues de haberle dado una severa reprension sobre todos los desórdenes de su vida, y sus antiguos vicios, le echó agua bendita, y al punto le hizo levantar de la cama con una sanidad perfecta; de modo, que al momento mismo él montó á cavallo contra toda su esperanza, y la de su Casa. En la Ciudad de Casel un hombre le presentó su hijo, que estaba paralytico, pidiéndole, que le diese la salud. Malachias oró un poco de tiempo por él, y le dixo: Idos, vuestro hijo será sanado. Él se fué de allí, y volvió por la mañana con el enfermo, que no estaba curado. El Santo se levantó, hizo una larga oracion sobre el enfermo, y este recibió una entera sanidad. Despues, volviéndose al Padre, le dixo: Ofreced este niño á Dios, El Padre lo prometió; mas él no guardó su palabra, y al cabo de algunas semanas recayó en la misma enfermedad, sin duda á causa de la desobediencia del Padre, y de la violacion de su promesa. Estando Malachias en los confines de Mumonia, un hombre, que venia de muy lexos, le traxo un hijo suyo, que enteramente no podia andar: informándose el Santo de como le habia sucedido esto, él le dixo, que sospechaba que eso le habia venido pos la malicia del Diablo: á lo que añadió, que estando jugando el niño en un prado, el diablo le habia echado en un grande adormecimiento, despertando del qual se habia encontrado con la incomodidad que padecia. Y al hacer esta relacion, él suplicaba al Santo con muchas lágrimas, y le pedia su amparo. Compadecido Malachias del Padre, y del Hijo, se puso en oracion, ordenando, que el enfermo se echase á dormir en el sitio donde él estaba. Él dormió, y se levantó perfectamente sano. Y como este niño habia venido de muy lexos, él le detuvo algunos dias en su compañia, y vivia con él.

50 Cierto pobre se sustentaba de las limosnas, que él recibia del Monasterio de Benchor, y se le daba todos los dias su racion ordinaria, haciendo él algun servicio en la Panadería. Él estaba gotoso desde muchos años, arrastrándose por la tierra con las manos, sin poder servirse de los pies, que estaban sin movimiento. Encontrándole triste, y melancólico un dia Malachias delante de su celdita, le preguntó la causa de su tristeza. Vos veis, dixo él, quanto tiempo ha que yo estoy afligido, y que la mano de Dios se hace pesada sobre mí; y para colmo de mi afliccion, aquellos que debian tener mayor compasion de mi, me insultan continuamente, y me echan en la cara mi miseria. Nuestro Santo fué tocado de este discurso, y levantó sus ojos, y sus manos al Cielo. Despues, poniéndose por algun tiempo en oracion, él entró en su celdita, y el pobre afligido se levantó derecho sobre sus pies, estando él mismo tan lleno de asombro, que no sabia si lo que pasaba era verdad, ó bien no era mas que un sueño. Él comenzó, con todo eso, á andar poco á poco, no creyendo, que él lo pudiera hacer: mas, en fin, como quien despierta de un sueño profundo, él reconoció la misericordia de Dios sobre sí: él marchó con firmeza, y volvió á la Panadería, saltando con grande gozo, y alabando á Dios por el favor que habia recibido de él. Se sorprendieron, y no sabian si esto era una phantasma, todos los que le habian visto antes, y que le conocian, al verle en este estado de sanidad. Malachias curó tambien con sus Oraciones un Hydrópico, el qual sirvió de Pastor despues al Monasterio.

51 Llegó á vacar el Obispado de Coreagia en Irlanda. Se hace la Junta para elegir un nuevo Obispo; pero las partes no quieren concordar, queriendo cada uno (como sucede muchas veces) tener un Obispo de su eleccion, y no de la de Dios. Sobrevino Malachias durante este debate, y habiendo sabido la diferencia de unos y de otros, juntó el Clero, y el Pueblo, procurando reunir los corazones, y los sufragios de todo el concurso, y habiéndoles persuadido, que ellos debian remitirse en esto á él, como á quien estaba cargado del cuidado de esta Iglesia, igual-

mente que de todas las otras de Hybernia, él les nombró al momento, no uno de los grandes del pais, sino un hombre pobre, que era extrangero, y de quien él conocia la santidad, y la doctrina. Se le buscó, y se supo que él estaba en la cama, y con tan grande debilidad, que él no podia venir en modo alguno, á menos que no le traxeran entre los brazos. Que él se levante en el nombre del Señor, dice Malachias; yo se lo mando, y la obediencia le dará la sanidad. ¿Qué haria este pobre enfermo en este lance? Él quisiera obedecer, pero él se sentia en la imposibilidad de hacerlo; y quando él hubiera podido, temia extremamente que no le hiciesen Obispo. Hallándose pues con voluntad de obedecer, y combatido, sin embargo, por dos grandes obstáculos, que eran el peso de su enfermedad, y el temor de la carga que le querian imponer; la obediencia acompañada del deseo de conseguir la salud, llevó la victoria. Él hace muchos esfuerzos, y se mueve con pena; él prueba sus fuerzas, y se halla mas fuerte que lo acostumbrado. Crece su fé con sus fuerzas, y aumentándose aquella mas y mas, sus fuerzas se aumentan mas tambien. Él comienza á levantarse por sí mismo, él anda cada vez mejor, él no siente ya tanto cansancio al caminar. En fin, él viene á la presencia de Malachias fácilmente y sin la ayuda de nadie; y tomándole el Santo por la mano, le hace sentar en la Cáthedra Episcopal con aplauso general de todo el Clero, y de todo el Pueblo. Todo esto se pasó en una perfecta union, sin que ninguno de la Asamblea osase oponerse á la voluntad de Malachias despues del milagro que acababan de ver en esta persona; quien tampoco puso dificultad alguna de su parte en someterse á ello, despues de haber tenido toda la seguridad posible de la voluntad de Dios por un prodigio tan grande, y tan evidente.

52 Una muger de calidad, que Malachias estimaba mas por su virtud que por su nobleza, estaba muy incomodada de un fluxo de sangre; y hallándose en el extremo de perder todas sus fuerzas juntamente con su sangre, envió recado al Hombre de Dios para pedirle que socorriese á su alma en el poco tiempo que le restaba de vida,

ya

ya que ella no podia tener mas la dicha de verle en este mundo. Habiendo tenido Malachias esta noticia, fué tocado de ella muy sensiblemente, porque esta era una Señora de gran virtud, y que hacia mucho fruto por sus buenas obras, y por su exemplo. Y viendo, que él no podria llegar tan presto á su casa, llamó á Malco que era todavia muy joven, y bien dispuesto para acudir prontamente á esta Moribunda (este Malco era hermano del Abad Christiano, de quien nosotros hemos hablado mas arriba.) "Apresuraos, dice él, y llevadla estas tres manzanas, so-"bre las quales yo he invocado el nombre del Señor. Yo "confio en la divina bondad, que al punto que ella las "habrá gustado, no morirá, aunque yo no podré llegar "prontamente." Malco se puso al momento en camino segun le fué ordenado: él entra en la casa de la moribunda como otro sirviente del Propheta Eliseo (1). Manda á la enferma que tome, y que coma de esta fruta, que Malachias habia bendecido, y la dice que ella puede sanar. Esta Señora llena de gozo de oir el nombre de Malachias, hace señal á fin de que la levanten la cabeza para poder obedecer: la ayudan á eso, ella come de las manzanas; se hace mas fuerte; recobra el habla; y da por eso gracias á Dios. Entonces Dios la envia un suave sueño, y descansa muy dulcemente, lo que ella no habia podido hacer, como ni comer tampoco en mucho tiempo. Durante este sueño, su sangre se detuvo, y habiendo despertado un poco despues, se encontró sana; solamente que ella estaba muy débil á causa de la grande dieta, y de la pérdida de la sangre que ella habia tenido despues que estuvo enferma. Mas, el dia siguiente ella fué perfectamente curada y sanada por la llegada de Malachias, que ella habia deseado con tanto anhelo.

Eee

(1) 4 Reg. 4 29.

CAPÍTULO XXIV.

Él resucita una muger, que habia muerto sin recibir el Sacramento de la Extrema-Uncion.

53 Habia en la vecindad del Monasterio de Benchor un Cavallero cuya muger se hallaba enferma de muerte; y se pidió á Malachias que viniese á visitarla antes que ella muriese, á fin de que él la diese la Santa Uncion. Vino Malachias; y al punto que la enferma percibió que él estaba alli, tuvo grande alegria, y mucha esperanza de conseguir la salud. Y como él se preparase á darla este Sacramento, todos fueron de parecer, que siendo ya muy tarde, valia más diferirlo para la mañana. Vino en ello Malachias, y habiendo dado su bendicion á la enferma, se fué de alli con aquellos que le habian acompañado. Mas, no estaba él todavia muy léxos, quando de repente se comenzó á gritar, á llorar, y hacer mucho ruido en la casa, diciendo á grandes voces que ella estaba muerta. Habiendo Malachias oido todo este ruido, acudió prontamente seguido de sus Discípulos, y acercándose á la cama de la Enferma, que él halló efectivamente difunta, se afligió en gran manera, imputando á si propio, que ella hubiese muerto sin la gracia del Sacramento. Entonces levantando las manos al Cielo, Ay, Dios mio, dice él, yo he faltado notablemente en este lance: yo soy, yo soy quien he pecado por haber diferido demasiado darla el Sacramento, y no ella que le estaba pidiendo. Y pronunciando estas palabras con grande dolor, protextó delante de todos, que no recibiria consuelo, ni tomaria descanso ninguno hasta que le fuese permitido restituirla la gracia, de que él la habia privado. Y estándose toda la noche junto á la difunta, se afligia llorando y suspirando: y en lugar del Oleo Sagrado, derramando torrentes de lágrimas sobre la difunta, él procuraba del modo que le era posible compensar la Santa Uncion, que ella no habia recibido. Esto es lo que practicó por su parte: pero él mandó tambien

á sus Discípulos que velasen y orasen incesantemente: de suerte que ellos pasaron la noche cantando Psalmos; y él derramando lágrimas. Entretanto llegó el dia: y Dios oyó las Oraciones de su Siervo; porque el Espíritu del Señor, que solicita en favor de los Santos con gemidos inefables, intercedia por él. ¿Qué mas? La que estaba muerta, abre los ojos, y al modo de estas personas, que despiertan de un profundo sueño, comienza á frotarse los ojos, y la cabeza con sus manos; se levanta sobre su cama, y divisando á Malachias, le saluda muy devotamente, inclinándose hácia él. A este tiempo mismo los llantos fueron trocados en gozos, y todos los que lo habian visto y oido se llenaron de un asombro todo particular. Malachias rindió gracias á Dios, y la dió el Sacramento de la Santa Uncion, sabiendo que los pecados (1) son perdonados por él, y que la Oracion de la fe es capaz de dar la sanidad á los enfermos. Despues de lo qual él se fué de alli, y la Moribunda fué convaleciendo, y vivió todavia algun tiempo en una perfecta salud, á fin de que la gloria de Dios fuese manifestada en ella, habiendo cumplido la penitencia que Malachias la habia impuesto: y muriendo despues segunda vez en una confesion saludable, se fué á gozar de la presencia bienaventurada de Dios.

CAPITULO XXV.

El hace muchos favores á diversas personas.

54 Habia una muger, que estaba extremamente dominada por el espíritu de cólera y de furor, en tanto grado, que no solamente sus parientes, y sus vecinos huian su trato, sino que sus mismos hijos no podian habitar con ella. Era un uracan y una tempestad furiosa por todas partes donde ella se hallaba. Ella era atrevida, ardiente, arrebatada; cuya lengua y manos todos temian igualmente;

(1) Iac. 5. 15.

odiosa é insuportable á todo el mundo. Afligidos extremamente sus hijos así por sí mismos como por ella, la llevaron á Malachias, haciéndole encarecidas súplicas con muchas lágrimas y gemidos. El Santo Obispo movido de compasion por el peligro en que estaba la Madre, y por la afliccion en que estaban los dos Hijos, apartó de los demas esta muger, y la preguntó muy exâctamente; si se habia confesado bien otras veces de sus pecados. Ella le respondió, que no. Confesaos pues, la dixo. Se confesó ella al momento, y despues de haberla impuesto su penitencia, y orado por ella á Dios que se dignase darla el Espíritu de mansedumbre, en el nombre de nuestro Señor Jesu-Christo la mandó, que jamás volviera á ponerse en cólera, como habia hecho hasta entonces. Esta muger desde este momento tuvo tanta mansedumbre, que todo el mundo quedó convencido, de que esto habia sido una mutacion maravillosa hecha por la diestra del Altísimo. Dicen que ella vive todavia, y que es tan pacífica y tan paciente, que en vez de que ella se arrebataba otras veces contra los que la trataban, está ahora á la prueba de toda suerte de pérdidas, de injurias, y de aflicciones. Si tambien á mi es permitido, segun lo que dice el Apóstol (1), juzgar de las cosas segun mi sentido, cada uno crea de esto lo que le agrade, me parece que este último milagro es preferible al de la Muerta resucitada, de que acabamos de hablar; porque aquí es el hombre interior el que ha recobrado la vida, en lugar de que allí solo era el exterior quien fue resucitado. Mas, pasemos á lo demas.

55 Un hombre que era considerable en el siglo, y que vivia en el temor de Dios, vino un dia á visitar á Malachias, y se lamentaba de la sequedad de su alma, suplicándole encarecidamente que pidiese por él á Dios el don de las lágrimas. Sonriendose Malachias del gozo, que le causaba el ver en un hombre del siglo tan grandes deseos de la vida espiritual, le abrazó muy tiernamente, y le dixo: Yo ruego á Dios, que vuestra peticion sea oida.

(1) Rom. 14. 5.

Y este hombre en lo sucesivo tuvo un corazon tan enternecido, que sus ojos derramaban incesantemente arroyos de lágrimas: de suerte que le podian justamente atribuir estas palabras del Cántico (1): *La fuente de los huertos, y el pozo de las aguas vivas.*

56 Hay una Isla del mar en Irlanda, que era en todo tiempo extremamente abundante en peces, y la mar muy criadora de ellos en este sitio. Se creja en este Pais, que los pecados de los habitantes de esta Isla eran la causa de que hubiese cesado esta abundancia, y hubiese sucedido á ella la esterilidad; y esta tierra, que otro tiempo tenia un gran número de hijos, se hizo enferma, segun habla la Escritura, siendo destituida enteramente de su primera comodidad. Estando sus habitantes muy afligidos por esta desgracia, y lamentándose continuamente los pueblos de una pérdida tan considerable para ellos, una muger tuvo revelacion de que se podria hallar el remedio de esta por las Oraciones de S. Malachias: lo que todos los demas supieron por ella misma. Dios quiso, que discurriendo Malachias por los sitios comarcanos para predicar el Evangelio, viniese á este lugar á fin de hacerle participante de la misma gracia. Mas, estos Bárbaros, que tenian mas ansia por recuperar su pesca, que por la predicacion del Evangelio, le hicieron todas las instancias imaginables para que se compadeciese de la esterilidad de su Isla. Y como él les respondiese, que él no habia venido por eso, sino para ganar hombres á Dios, mucho mas antes que para pescar peces, viendo con todo eso la gran confianza que ellos tenian, él se puso de rodillas sobre el borde de la rivera, y pidió á nuestro Señor, que no negase á estas pobres gentes, aunque indignas, la gracia que ellos le pedian con tanta confianza, de gozar de la antigua abundancia de sus pescados. La Oracion del Santo subió al Cielo, y la copia de los peces volvió á su Isla, y aun acaso en mayor abundancia que lo pasado, la qual continúa todavía hasta el presente. Qué maravilla, que la Oracion del Justo, despues de haber penetrado los Cielos, haya penetrado tam-

(1) Cant. 4. 15.

bien los abysmos, y revocado del fondo de la mar la primera abundancia de estos peces!

57 Tres Obispos vinieron un dia con Malachias á la Aldea de Fochart, que se cuenta ser el lugar del nacimiento de la Virgen Santa Brigida. El Sacerdote, que les recibió en su Casa, con mucho sentimiento les dixo, que no sabia qué darles, porque no tenia peces: y habiendo respondido Malachias, que era menester ir á buscar los Pescadores: Ay! dixo él, ya ha dos años que absolutamente no se saca un pez del Rio; lo que ha ocasionado, que los pescadores desesperados de volverlos á ver jamás, hayan dexado su oficio. Id, Id, dixo él, mandadles que echen las redes en el nombre del Señor. Hízose asi, y ellos sacaron al momento doce Salmones grandes. Echaron segunda vez las redes, y habiendo sacado de nuevo otros tantos, ellos llenaron la mesa de estos peces milagrosos. Y para que no se dudase, que esta pesca habia sido concedida á los méritos de Malachias, la misma esterilidad precedente continuó los dos años siguientes.

CAPÍTULO XXVI.

Él sostiene la verdad del Cuerpo de Jesu-Christo en la Eucharistía.

58 Un Eclesiástico, que traia en la Ciudad de Lesmor una vida bastante buena en la apariencia, pero cuya creencia no era muy cathólica, y que presumia saber algo, tuvo un dia la temeridad de decir, que no habia en la Eucharistía mas que el Sacramento, es decir la Santificacion, y no la verdad del Sacramento, ó la realidad del Cuerpo de Jesu-Christo. Habiéndole Malachias amonestado en particular, mas siempre inutilmente, le hizo una vez llamar en público, pero sin embargo no delante de personas legas; á fin de que si era posible, fuese corregido y sanado, sin ser puesto en mayor confusion. Se permitió pues á este hombre exponer su modo de pensar en presencia del Clero. Mas, despues que él hubo recogido todas las fuerzas de su espíritu, que era muy sutil, y que él hubo

hecho todos sus esfuerzos para sostener y defender su error, habiéndole Malachías combatido y convencido al juicio de todos, él se retiró todo confuso de la Junta, pero sin haber trocado de sentimientos. Publicaba él, que no habia sido vencido por las razones del Obispo, sino solamente oprimido por el peso de su autoridad. Sin motivo, dixo él, ó Malachias, me habeis hoy confundido, y seguramente vos habeis hablado contra la verdad, y contra vuestra conciencia. Afligido Malachias extremamente del endurecimiento de este hombre, y lamentándose todavia mas de la injuria que se hacia á la fé, y del peligro en que él se ponia, convoca una Junta general; reprende públicamente á este insensato, y le exhorta á reconocerse. Haciéndole iguales amonestaciones los Obispos, y todo el Clero, y viendo la obstinacion de este corazon endurecido, le excomulgan, y le declaran herege. Mas ni este golpe de trueno fué capaz de despertarle. No, no, dixo él; vosotros todos sosteneis el partido de un hombre mas antes que el de la verdad; yo no tengo respeto ninguno á persona, que me haga abandonar la buena doctrina. Pero no pudiendo el Obispo soportar su insolencia: »Que el Señor, dixo él, te obligue á pesar tuyo á confesar la verdad:« y habiendo respondido este infeliz hombre á estas palabras: Así sea, se retiró la Asamblea. Pero sintiéndose herido de un golpe tal, y no pudiendo vivir en la infamia, y en el oprobio á que él estaba reducido, él pensó dexar el pais. Él recoge todo lo que tenia de mejor, y ya se retiraba, quando acometido repentinamente de una enfermedad, se halló precisado á detenerse, y faltándole las fuerzas, se echó en la tierra en el mismo sitio, perdido todo el aliento, y extremamente fatigado. Habiendo un loco, que corria por los campos, encontrado á este hombre miserable, le pregunta: Qué hace: á lo que él responde, que se halla muy malo, y que él no puede continuar su camino, ni volverse á su casa. Este insensato le replicó, que esta enfermedad no era otra cosa que la muerte misma: lo que él no decia de sí propio, sino que Dios justamente quiso servirse de un hombre fatuo para instruir y corregir á quien no habia querido rendirse á los consejos saludables de las

personas las mas sensatas. Él le dixo ademas: Vuélvete á tu Casa, y yo te ayudaré. En fin, conduciéndole él, vuelvese á la Ciudad: entra en si mismo y recupera la misericordia del Señor. En el momento es llamado el Santo Obispo, el Herege reconoce la verdad, dexa su error, recibe la absolucion despues de haber confesado su pecado, pide el Sagrado Viatico, es reconciliado, y en un momento mismo su perfidia fué detestada por su propia boca, y borrada por su muerte. En manera que, con grande asombro de todos la palabra de la Escritura, y de Malachias fué inmediatamente cumplida (1): *La afliccion dá la inteligencia.*

CAPÍTULO XXVII.

Él restablece la paz y la concordia entre las Personas que tenian grandes diferencias las unas con las otras.

59 En un ocasion se excitaron grandes altercados entre los pueblos de cierto Pais: y Malachias fué llamado para ponerles en paz. Pero hallandose él ocupado en varios negocios, dió la comision á otro Obispo. Este se excusó, y rehusó ir á estos Lugares, por quanto, decia él, se pide á Malachias, y no á mí: que á él se le despreciaria; y que asi no queria tomarse tanto trabajo inutilmente. Id, le dixo Malachias, Dios será con vos. Yo bien quiéro, dixo el; mas si ellos no quieren escucharme, seguramente yo llamaré vuestra Paternidad á mi socorro. Yo convengo en ello, dixo Malachias sonriendose. El Obispo pues fué allá, y habiendo hecho juntar los contendentes, les prescribió la forma de su composicion: ellos la aceptan gustosos, y se reconcilian mútuamente, jurando la paz entre sí: y por este medio el Obispo se volvió muy satisfecho. Pero viendo el uno de los Partidos, que sus émulos, por creerse seguros, estaban descuidados, pues estando hecha la paz, ellos no sospechaban nada de mal de su

(1) Isai. 28. 19.

su parte, comenzaron á decirse los unos á los otros: ¿En qué pensamos? Nada hay mas fácil, que vengarnos de nuestros enemigos; y al tiempo mismo comenzaron á maltratarlos. Habiendo llegado al conocimiento del Obispo, fué á encontrar al Gefe del partido, arguyéndole de su crimen, y de su perfidia; pero no sacó de eso otra cosa que el menosprecio. Entonces, viéndose él asi despreciado, se sirvió del nombre de Malachias contra este hombre endurecido, que no hizo tampoco de eso ningun aprecio; y burlándose del Obispo, añadió: ¿Qué, pensabais vós que por vuestra consideracion nosotros habiamos de perder la ocasion de vengarnos de nuestros enemigos, que Dios nos entrega en nuestras manos? Al punto acordándose el Obispo de lo que él habia dicho á Malachias, y volviéndose con muchas lágrimas hácia el Monasterio del Santo Hombre: Dónde estais, dice él, Hombre de Dios? ¿dónde estais ahora? ¿No es esto, Padre mio, lo mismo que yo os dixe? Ay, ay! yo vine aqui para traer el bien, y no el mal: y ved ahi que por causa mia estas gentes perecen, los unos en el cuerpo, y los otros en el alma. Este buen Obispo se quexaba asi, y se lamentaba como si Malachias estuviera presente, y él le pudiera solicitar boca á boca á que le amparase contra estas gentes malignas. Entretanto, los impíos no cesaban de perseguir, y de saquear aquellos con quienes habian hecho la paz. Pero sucedió entonces, que el Espíritu de mentira les engañó por la boca de algunas gentes, que vinieron á decirles, que los enemigos habian hecho una grande irrupcion en su Pais; que ellos pasaban á todos por el filo de su espada; y llevaban todos sus bienes con sus mugeres y sus hijos. A estas nuevas ellos huyeron sobre la marcha, y se volvieron á sus casas. Los últimos seguian á los primeros sin saber adonde ellos iban, é ignorando lo que habia sucedido, porque ellos no habian oido á los mensageros que habian venido á dar el aviso. Mas, luego que llegaron á sus lugares, y que hallaron que no habia nada de lo que les habian venido á decir, se confundieron en gran manera de verse sorprendidos en su propia malicia, y reconocieron, que habian sido entregados al espíritu de error, á causa de haber engañado al

Enviado de Malachias, y menospreciado su nombre. Hecho sabedor el Obispo de este engaño de los traydores en la iniquidad que ellos habian proyectado, se vino donde estaba Malachias con grande alegria, y le contó por órden todas las cosas que habian sucedido.

59 Viendo Malachias, que la paz habia sido rompida por esta ocasion, tomó su tiempo para restablecerla entre ellos por sí mismo. Él renovó el tratado por segunda vez, y puso toda su diligencia en hacerle mas firme y durable, tomando un nuevo juramento de los unos, y de los otros. Con todo eso, aquellos á quienes se habia faltado en la fé, acordándose de los malos tratamientos que ellos habian recibido de sus enemigos, resolvieron resarcirse de ellos, sin cuidarse del juramento, que habian hecho, ni del mandato de Malachias. Y habiendo juntado todas sus fuerzas, estaban ya puestos en camino para sorprender á sus enemigos, y causarles un daño igual al que habian proyectado contra ellos. Y despues de haber atravesado un gran rio, que los separaba, se hallaron cortados por un pequeño arroyo, que ellos encontraron un poco mas adelante, pues este pequeño arroyo les pareció un grande rio, que les cortaba el paso de todos lados. Se sorprendieron en gran manera de ver este pequeño arroyo tan hinchado, habiéndole visto antes tan estrecho: y se preguntaban los unos á los otros, ¿de dónde podia venir una inundacion tan prodigiosa? El ayre, decian ellos, está sereno: ya ha largo tiempo que no ha llovido; y aun quando hubiera llovido mucho, ninguno de nosotros ha visto jamas una tan grande avenida de agua, que haya inundado toda la tierra, los campos, y los prados. Ciertamente aqui está el dedo de Dios, y sin duda él nos ha opuesto estas barreras á causa de su siervo Malachias, de quien nosotros hemos violado el mandato, y el tratado que á persuasiones suyas nosotros habiamos hecho. Asi, sin pasar mas adelante, cada uno se volvió á su casa con grande confusion. Este caso fué publicado por todo el pais, y todos bendixeron á Dios, que habia sabido tan bien arruinar los designios de los hombres, y ensalzar el mérito de Malachias, abatiendo el orgullo de los pecadores.

60 Un cierto Cavallero, que habia caido de la gracia del Rey, fué reconciliado con él por la mediacion de Malachias. En efecto, él no podia fiarse en el Rey enteramente para hacer la paz, á menos que no mediase Malachias, ú otro sugeto á quien él respetase tanto como á este Santo Obispo. Ni le faltaba mucho motivo para esta desconfianza, como despues se vió. Porque, como él se creyese seguro, y estuviese descuidado del todo, el Rey le hizo prender, y poner en prisiones, estando él mismo mas encadenado por el odio que él conservaba todavia sobre lo pasado. Sus amigos se dirigieron al Mediador para sacar este hombre de la prision, donde no aguardaba otra cosa mas que la muerte. ¿Qué haria Malachias en este caso? Él no tuvo arbitrio, sino recurrir á su ordinario refugio. Él juntó un exército muy poderoso, que no consistia en otra cosa que en la tropa grande de sus Discipulos: él fué á encontrar al Rey en esta disposicion, y le pide el preso; lo que le es negado. Malachias hace instancia, y le dice: »Señor, Vos os portais mal con Dios y conmigo, »y obrais contra vos mismo, violando la paz que vos »habiais hecho. Si vos afectais no acordaros de eso, yo no »he perdido la memoria de ello. Este Cavallero se ha fiado »sobre mi buena fé: si él viene á perder su vida, yo soy »quien le ha entregado á la muerte, y yo soy respon»sable de su sangre. ¿Què interés teneis vos en hacerme »pasar por un traydor, y á vos por un transgresor? Sa»bed, que yo no he de comer, ni tampoco alguno de »los que están conmigo, sin que vos hayais dado la li»bertad al preso. Despues de haber acabado estas palabras, él entra en la Iglesia, él implora la omnipotencia del Señor con lágrimas y gemidos de todos los suyos; para que libre de las manos de un transgresor este pobre hombre que era maltratado injustamente: y ellos pasaron todo el dia, y toda la noche siguiente en ayuno y oracion. Refieren al Rey lo que se pasaba; mas él endurece su corazon por lo mismo que le debia ablandar mas. Este hombre carnal se fué de allí á otra parte, de temor de que si él permanecia cerca del Santo, no experimentase la eficacia de su oracion, como si la virtud de la Oracion dependiese de la

distancia de los lugares. Ah! miserable, vos dais límites á las Oraciones de los Santos, é ignorais que la Oracion es una flecha que os dirigen para advertiros, que eviteis el golpe de aquel que la dispara contra vos? ¿Adónde podreis iros, para evitar su presencia? En fin, ella le sigue en su fuga, y le encuentra en el lugar donde él se habia ocultado. Tu te volverás ciego, y perderás la vista, á fin de que veas mas claramente, y comprendas mejor, que es cosa dura para tí (1) tirar coces contra el aguijon. Pero á lo menos ahora comienza tú á sentir, que las flechas del Todo Poderoso, que son bien agudas, han llegado hasta á tí, y que si ellas han resurtido contra tu corazon, porque él está mas duro que una piedra, pero no han resaltado de tus ojos. Ojalá que á lo menos ellas penetren por la abertura de ellos hasta á tu corazon, y que tu ceguedad reciba inteligencia por tu aflicion. Vos hubiérais visto entonces como otro Saulo, que era llevado por la mano, y que le conducian á Ananias; es decir, que el Lobo era llevado á la Oveja para restituir su presa. Él en efecto la restituyó, y él recobró la vista, habiendo Malachias, que era verdaderamente Cordero, tenido compasion del Lobo. Por todas estas cosas, que nosotros acabamos de referir, facilmente podeis reconocer, amado Lector, con qué género de gentes Malachias habitaba: quales eran estos Príncipes, y estos Pueblos, y como, segun el lenguage de la Escritura (2), él era el hermano de los Dragones, y el compañero de los Avestruces. Por eso tambien Dios le dió la gracia de pisar con sus pies las Serpientes, y los Escorpiones; de encadenar los Reyes; y de poner sus Príncipes en prisiones. Pero escuchad todavia lo que se sigue.

(1) Act. 9. 5. (2) Iob. 30. 29.

CAPÍTULO XXVIII.

Él soporta pacientemente los insultos de su contrario, quando fabricaba un Oratorio: pero este fué castigado por la Justicia Divina.

61 Un hombre noble, á quien él habia cedido las tierras de su Monasterio de Benchor, cayendo en un extremo olvido de su Bienhechor, le trató despues con la mayor insolencia, declarándose contrario á él, y á los suyos en todas ocasiones, poniéndole lazos en todas partes; y murmurando continuamente de su conducta. Pero él no permaneció mucho tiempo sin castigo, pues teniendo un hijo único, el qual tambien, á imitacion de su Padre, habia atentado contra Malachias, le vió morir en este mismo año, y su muerte sucedió en la manera que vais á oir. Malachias tenia designio de fabricar en Benchor un Oratorio de piedra como los que suelen fabricarse en otros paises. Y habiendo comenzado á echar sus cimientos, las gentes del pais admiraban la obra, porque no se hallaba fabrica semejante en toda la Provincia. Mas, este mal hombre, que era extremamente insolente y presuntuoso, no se admiró de ello como los otros, sino que se indignó, y despues de la indignacion, que él concibió de ella, manifestó por los efectos su ciega pasion. Él sembró malas voces en el pueblo: yá murmuraba del Santo Obispo en secreto, yá decia de él mil blasfemias en el público; ahora le tachaba de ligereza, despues le acusaba de espíritu de novedad: en fin, exâgeraba con exceso los gastos que hacia, procurando por sus discursos envenenados animar los unos y los otros á estorvar la obra del edificio. Yo solamente quiero, les decia él, que me sigais, y no permitamos que con confusion nuestra se haga lo que no se debería hacer sino por nosotros mismos. Así, habiéndo él persuadido á muchos, ellos vienen al sitio de la obra, y habiendo encontrado allí al Hombre de Dios, aquel que era el autor del mal, comenzó el primero á censurarle de palabra. ¿A qué fin, pensais, dixo él, buen hombre, traeis nos

este espíritu de novedad á nuestro Pais? Nosotros somos Escoceses, y no Franceses. ¿Qué ligereza es esta, que vais mostrando aquí? ¿Qué nos costaba á nosotros hacer un edificio como este, igualmente soberbio que superfluo? ¿Dónde encontraréis de qué sacar para tales gastos, siendo vos un pobre y necesitado? ¿Quién verá jamás acabada la obra? Qué presuncion es esta comenzar lo que no podreis, yo no digo acabar, sino ni ver jamás acabado? No es mas antes un rasgo de locura que de prudencia, emprender lo que es sobre las propias fuerzas y facultades? Cesad, cesad en vuestra empresa, y no continueis una locura de esta calidad; pues tampoco nosotros lo permitirémos, ni lo sufriremos. Él habló de esta suerte, declarando bien lo que él queria hacer, mas sin considerar bastante lo que él podia: pues todos aquellos, que él habia traido consigo, y sobre quienes él se apoyaba principalmente, al ver al Santo Hombre, se hallaron todos trocados repentinamente, y no fueron mas del parecer de este fanfarron.

62 Entonces dirigiéndose á él el Hombre de Dios con una santa libertad: »O infeliz, le dice, esta obra que tu »ves comenzada, y que no puedes sufrir, será indubitablemente acabada, y muchos la verán en su perfeccion; »mas porque tu no lo quieres, tu no lo verás, y tu morirás, aunque tu no lo quieras. Ten á lo menos cuidado »de tí mismo, para que tu no mueras en tu pecado." La cosa sucedió, como habia sido predicha: este miserable murió, y la obra fué acabada; mas él no la vió en este estado, porque murió en este mismo año. Entretanto, habiendo sabido el Padre lo que el Hombre de Dios habia predicho de su Hijo, y no conociendo que su palabra era viva y eficaz, exclamó al momento: Ah Dios! él ha hecho morir mi Hijo. Y encendiendo el Diablo su pasion, él se arrebató de tal furor contra el Santo, que en presencia del Duque y de los Magnates de Ulidia, acusaba de envidia, de falsedad, y de mentira á quien era el mas veraz de todos, el Discípulo, y el Amante de la verdad: y añadiendo otra injuria, él le llamó con el nombre de mona. Pero Malachias, que estaba enseñado á no

volver maldicion por maldicion, estuvo callado, y no habló una sola palabra, mientras que este pecador le cargaba de injurias. Sin embargo, el Señor no habia olvidado la palabra, qué él ha pronunciado (1): *A mi toca la venganza, yo no dexaré de tomarla.* Pues en el dia mismo, habiendo este hombre vuelto á su casa, recibió la punicion de su lengua temeraria é insolente, siendo autor de esto aquel mismo que le habia incitado á este desorden. El Diablo se apoderó de él al momento, y le echó en el fuego. De donde habiendo sido retirado al momento por las manos de aquellos que estaban presentes, su cuerpo quedó medio quemado, y su entendimiento enteramente perdido. Quando él hacia mil locuras, Malachias fué llamado; y él encontró este hombre maldiciente con la boca toda torcida, y llena de espuma, dando horribles gritos, asustando á todos por las horribles agitaciones de su cuerpo, que muchas personas juntas tenian trabajo en detener. Pero orando por su enemigo nuestro Obispo, que era perfecto verdaderamente, fué oido en la misma hora, aunque solamente en parte. Pues al mismo tiempo que el Santo Hombre estaba en Oracion, este miserable comenzó á abrir los ojos, y á volver á su buen sentido, de suerte con todo eso, que el Espíritu maligno continuaba en atormentarle, á fin de que él aprendiese á no arrebatarse mas en las injurias y las murmuraciones contra el Hombre de Dios. Yo creo, que él vive todavia, y que hace penitencia de todos los excesos, que cometió contra el Santo Obispo; y aun se dice tambien, que por ciertos tiempos él es todavia lunático. Y como él á causa de su debilidad é inutilidad no era capaz de poseer las tierras, que le habian cedido, ellas volvieron sin pleyto á aquellos á quienes ellas pertenecian; ni Malachias rehusó recibirlas como fruto de la paz, despues de haber sufrido tan grandes persecuciones.

63 Pero volvamos al edificio, que nuestro Obispo ha comenzado. No solamente él no tenia con qué acabarle, sino que del todo le faltaba con qué poderle continuar;

(1) Deuter. 23. 35.

sin perder, con todo eso, nada de la confianza, que él tenia en Dios. El Señor proveyó tambien lo necesario, y no quiso, que faltase la plata, á quien no habia fundado su esperanza sobre los tesoros de la tierra. Y en verdad, solo Dios podia ser quien habia escondido un tesoro en este lugar, y no permitió que se encontrase hasta el tiempo en que Malachias emprendió esta Obra. Este fiel Siervo de Dios encontró en la bolsa de su Señor lo que él no tenia en la suya. En efecto, era bien justo, que aquel que no tenia nada de propio á fin de agradar á Dios, entrase en la comunicacion de los bienes de la bondad divina, y que entrambos no tuviesen sino una bolsa comun. Un Hombre de fé posée todas las cosas del mundo: y ¿qué es todo el mundo sino la bolsa general de la divina Providencia? Eso mismo es lo que el Señor dice por el Propheta (1): *Toda la tierra es mia con toda su plenitud.* Habiendo pues Malachias hallado una grande suma de plata, no la reservó para si, sino que la empleó toda enteramente, disponiendo que el don de Dios fuese todo expendido en su Obra. Él no tuvo atencion á sus menesteres particulares, ni á los de sus Discípulos; sino que puso toda la confianza en Dios, á quien, sabia él, que debemos recurrir, quando la necesidad lo pide. En lo demas, no se debia dudar, que esto no fuese la Obra de Dios; pues que Malachias no lo habia emprendido, sino por revelacion divina. Él habia conferenciado sobre esto primeramente con sus Hermanos: de los quales muchos no daban con gusto su consentimiento, á causa de la pobreza en que ellos se hallaban. Lo que le tuvo en algun tiempo suspenso, no sabiendo lo que deberia hacer, hasta que habiéndose puesto á orar, él imploró la Bondad Divina con muchas instancias, para que le diese á conocer qual era su voluntad. Y un dia, como él viniese de los Lugares circunvecinos, y se acercase al sitio donde se ha hecho el edificio, él miró de lexos, y percibió en este mismo lugar una gran Capilla fabricada de piedra, que era muy bella; y considerando muy particularmente su situacion,

(1) Ps. 46. 12.

su forma, y su composicion, él hizo su empresa con mucha confianza, despues de haber manifestado su Vision á algunos de los Religiosos Ancianos solamente. Entretanto, él observó con tanta exâctitud lo que él habia advertido sobre el lugar, la manera, y la qualidad de este edificio, que despues que él hubo acabado su Obra, esta se encontró perfectamente semejante á la que él habia visto, como si se le hubiera dicho igualmente que á Moyses (1): *Mirad que hagais todas las cosas conforme al modelo que se os ha mostrado sobre la montaña.* Él tuvo tambien una Vision semejante, en la qual no solamente el Oratorio, sino todo el Monasterio de Sabalunce le fué mostrado segun él era antes que él fuese fabricado.

CAPÍTULO XXIX.

Él resplandece mucho por el Espiritu de prophecia, y por toda suerte de milagros.

64 Un dia que pasaba por cierta Villa, y que una grande multitud de pueblo se juntaba al rededor de él, él vió casualmente entre los otros un Joven, que mostraba un extremo empeño de verle. Él estaba sobre una piedra, y levantándose sobre las puntas de los pies, y alzando la cabeza, le miraba atentamente con todos sus ojos, y con toda su alma, como otro Zacheo del Evangelio (2). No estaba ignorante Malachias de que este habia venido verdaderamente en el Espiritu y en la resolucion de Zacheo, como el Espiritu Santo se lo revelò. Con todo eso, él no manifestó nada de esto por entonces, y siguió su camino sin decir nada. Mas, estando de vuelta en la posada donde él moraba, él contó por la noche á sus Hermanos lo que habia visto, y lo que él habia previsto de este Joven. Tres dias despues él vino á visitarle en compañía de un Hombre noble que era su Amo, el qual exponiendo el voto y el deseo de este Joven, suplicó al Santo Obispo, que le recibiese en el número de los suyos á recomendacion suya.

(1) Exod. 25. 22. (2) Luc. 19. 4.

Reconociéndole Malachias, respondió al Caballero, que no era necesario que un hombre recomendase á quien ya Dios le habia recomendado: y tomándole al mismo tiempo por la mano, le entregó al Abad Congano, y este le puso en mano de sus Religiosos. Este Joven, que vive todavia, si yo no me engaño, fué el primer Converso Lego del Monasterio de Suria, y él tiene la aprobacion de toda la Comunidad por la santidad de la vida, que él tiene entre sus hermanos segun el Orden del Cister. Lo qual les hizo conocer, que Malachias tenia el Espíritu de prophecia, no solamente en lo que acabamos de contar, sino en otras cosas que nos resta decir.

65 Estaba un dia celebrando el Santo Sacrificio de la Misa, y habiéndose acercado á él el Diácono para hacerle el servicio de su ministerio, mirándole Malachias, se puso á suspirar, porque él reconoció alguna cosa secreta, que no convenia á la santidad de esta accion. Acabado el Sacrificio, llamó al Diácono aparte, é informándose de él sobre el estado de su conciencia, confesó que le habia sucedido una ilusion durante la noche. El Santo le impuso penitencia, y le dixo: Vos no debiais servir al altar en esta disposicion, sino mas antes absteneros de las funciones sagradas por respeto á los divinos Mysterios, á fin de que siendo purificado por este sentimiento de humildad, os hiciéseis mas digno de ser empleado en un exercicio tan Santo. En otra ocasion tambien, celebrando los Santos Mysterios, y haciendo Oracion durante el Sacrificio con la Santidad y pureza de corazon, que le era ordinaria, y estando asistido de su Diácono, una paloma entró por la ventana con una claridad maravillosa. El Celebrante fué todo rodeado de este explendor, igualmente que la Iglesia, que era sombria y obscura. La paloma, despues de haber revoleteado en este lugar, vino en fin á posarse sobre la Cruz que estaba delante de los ojos del Santo Obispo. El Diacono quedó tan pasmado de la novedad de esta luz, y de esta ave, que es bastante rara en este Pais, que él cayó postrado en tierra, todo palpitando, y no osando levantarse, aun para satisfacer al deber de su ministerio. Despues de la Misa, habiéndole el Santo Obispo

llamado á solas, le mandó con pena de la vida que no descubriese qué habia visto, mientras que él viviese. Hallándose un dia con un Co-Obispo suyo en la Ciudad de Armaca, él se levantó por la noche para ir á celebrar la Conmemoracion de los Santos, que son en gran número en el Cementerio de S. Patricio, y de repente vieron uno de los altares de este lugar todo cercado de llamas. Entrambos vieron este prodigio, y entrambos se sorprendieron de verle. Pero Malachias, concibiendo, que esto era una señal visible del mérito de aquel ó de aquellos, cuyos cuerpos reposaban baxo de este altar, comenzó al punto á correr, y pasando por medio de las llamas, se fué á abrazar el Altar Santo con sus dos manos. Nadie supo lo que él hizo ni lo que él sintió entonces, mas todos los Hermanos que estaban con él en este lugar, reconocieron, qué él salió de allí abrasado todo de un fuego celestial mas que lo ordinario.

66 Ved aqui una parte de esta grande cantidad de cosas que han pasado: pero eso mismo es mucho mas por el tiempo presente, que no es el de los prodigios ni de los milagros, segun estas palabras del Propheta (1): *Nosotros no hemos visto grandes maravillas, y ya no se hallan Prophetas ningunos.* Y esto es lo que nos hace conocer la grandeza de los méritos de Malachias, que ha hecho tantos milagros, y en un tiempo en que ellos son extremamente raros. Y á la verdad, ¿qué prodigios se han hecho en los tiempos pasados, en que Malachias no haya resplandecido? Si nosotros hacemos reflexion sobre lo poco que hemos referido, él ha tenido el don de prophecia, y la revelacion de cosas mysteriosas. Se ha hecho en su favor venganza contra los impios: él ha dado la sanidad á los enfermos, la razon á los que estaban privados de ella; y en fin, ha resucitado los muertos. Sea pues bendecido eternamente Dios, que amó y enriqueció su Siervo con tanta profusion, que le hizo glorioso delante de los Reyes, que le coronó de gloria delante de los ojos de todo el mundo. El amor se hace manifiesto en los méritos, la riqueza con que

(1) Ps. 78. 9.

fué adornado, en los milagros; la magnificiencia con que Dios le hizo ilustre, en la venganza de sus enemigos, la glorificacion en la posesion de las recompensas. Vos teneis en Malachías, industrioso Letor, que admirar, y que imitar. Ahora es preciso, que Vos consideréis lo que conviene que vos espereis para vos mismo. Pues, el fin de todas estas cosas, es la muerte preciosa.

CAPÍTULO XXX.

Predice el lugar y el tiempo de su muerte, y emprende todavia ir á verse con el Papa Eugenio para lograr el Palio que él habia pedido.

59 Le preguntaron una vez en qué lugar querria él mas morir, si se le diese la eleccion para ello (pues esta era la conversacion que se habia excitado entre los Hermanos, qué lugar querria cada uno escoger para morir en en él.) Malachías estuvo algun tiempo sin responder; pero haciéndole instancia los Religiosos para que declarase su pensamiento: "Por mi, (dixo él) si yo muero en este Pais, yo no »deseo otro lugar que este, de donde yo puedo resucitar »con nuestro Apóstol (queriendo hablar de S. Patricio;) »mas si yo me veo precisado á viajar, y Dios lo per»mite asi, yo he escogido el Monasterio de Claraval para »mi sepultura, y el dia de los Difuntos para el de mi »muerte." Si esto que él ha testificado, no fué mas que un simple deseo, él ha sido cumplido: y si fué una prophecia, ella no ha faltado en un punto. Nosotros lo hemos visto cumplirse, como nosotros lo habiamos oido, asi en quanto al lugar como en quanto al dia. Pero digamos brevemente de qué manera, y con que ocasion eso sucedió. Malachias sentia ver privada la Irlanda siempre del honor del Palio, teniendo él un grande zelo por todos los mysterios divinos, y no pudiendo sufrir que su Nacion careciese de una sola cosa en esta materia. Él se acordó de que el Papa Inocencio le habia hecho la promesa de concedérsele; y él se hallaba sentido de que habiendo vivido todavia mucho tiempo, él no le habia enviado. To-

mando pues ocasion del viage, que el Papa Eugenio acababa de hacer á Francia, se alegró mucho de tener á la mano tan bella comodidad para renovar su pretension. Él esperaba mucho de un Papa tan Santo, y especialmente de que él habia sido sacado del Claustro para tener el govierno de toda la Iglesia, y todavia mas particularmente de que él era hijo de la Abadia de Claraval, no creyendo encontrar dificultad ninguna en su Santidad. Él llama pues los Obispos de todas partes; convoca un Concilio, donde despues de haber tratado durante tres dias de los negocios que urgian mas, él empleó el quarto sobre el asunto del Palio que convenia pedir al Sumo Pontifice. Toda la Asamblea convino gustosa en que se prosiguiese la pretension, con tal que fuese otro y no Malachias el que se enviase á promover este negocio. Sin embargo, como el camino era muy breve, y el viage muy soportable, ninguno se atrevió á oponerse á su sentimiento y voluntad: en manera, que apenas se habia finalizado la Asamblea, ya Malachias se puso en camino. Algunos de los Religiosos que vivian con el, le acompañaron hasta la rivera de la Mar, pero el no quiso permitir que viniesen muchos hasta alli. Uno de ellos que se llamaba Cathólico, todo deshecho en lágrimas, le dixo con grandes suspiros: ¿Qué pues, vos os vais de aqui, y me dexais en las penas que me consumen todos los dias, y que os son bien conocidas, sin tener compasion de mi miseria, ni darme algun remedio? Si yo merezco padecer, ¿en qué han pecado mis hermanos, que estan precisados á emplear casi todos los dias y las noches conmigo, para darme algun alivio? La ternura de un tan buen Padre fué sensiblemente tocada de las palabras y de las lágrimas de este hijo que lloraba amargamente; y abrazándole con muchas caricias, le hizo el signo de la Cruz sobre el corazon, y le dixo: "Estad seguro, Hijo mio, de que vos no padeceréis mas todas »vuestras penas, hasta que yo esté de vuelta. Este pobre Religioso estaba Epiléptico, y caia freqüentemente en su accidente, de manera que el padecia extremamente una, y muchas veces en un mismo dia. Seis años habia, que él estaba acometido de este cruel achaque. Mas, en fin,

él quedó perfectamente sano por la sola palabra de Malachias. Desde este tiempo él no ha tenido amago ninguno de él, y nosotros esperamos, que él no le tendrá jamás, pues que Malachias no ha de volver jamas á este Pais.

68 Al subir á la Embarcacion, acercándose á él para pedirle alguna cosa dos de sus familiares de mas intimidad, que quereis? les dixo él. A lo que ellos respondieron: No os lo dirémos, sin que primero no nos prometais, que lo habeis de conceder. Él se lo prometió, y ellos dixeron: Nosotros queremos que vos tengais la bondad de prometernos con seguridad, que volveréis á Irlanda sin algun riesgo. Todos los demas le hicieron las mismas instancias. Mas, despues de estar un poco de tiempo recogido en si mismo, él se arrepintió primeramente de haber empeñado su palabra; y no sabiendo como salir de este mal paso, se halló muy embarazado por todos lados, viendo su voto ó su promesa en peligro por una parte y por otra. Él creyó, con todo eso, que valia mas rendirse á lo que urgia mas por lo presente, y dexar lo demás á la Providencia Divina. Él asiente pues con mucho disgusto: pero mas queria él no contristarlos; y despues de haberles prometido los que ellos querian, él subió á la embarcacion. No estaban á la mitad del camino, quando un viento contrario, que de repente se levantó, rebatió la nave, y la hizo volver á Irlanda. Habiendo llegado á la Rivera, descendió de la nave, y pasó la noche en una de las Iglesias que habia en este mismo puerto; de lo qual él se alegró mucho, dando gracias á Dios, que le habia puesto en estado de satisfacer su promesa. Venida la mañana, volvió á entrar en la nave, y tuvo un tiempo tan favorable, que ellos pasaron el trayecto en este mismo dia, y arribaron á Escocia. El tercer dia él llegó á un lugar que se llama el Estanque Verde, donde él habia comenzado á trabajar para fundar alli una Abadia, y habia dexado alli algunos de nuestros Monges, que él habia llevado consigo con este designio. Él nombró un Abad para que governára la comunidad, y despidiéndose de ellos, continuó su viage.

69 Al pasar por este Pais, el Rey David vino á su

encuentro: le recibió con grande alegria, y le detuvo consigo algunos dias, en que despues de haber hecho muchas cosas muy agradables á Dios, tomó su camino. Y pasando por la Escocia, él se adelantó hasta la entrada de Inglaterra; y se detuvo en el Monasterio de Gisiburne, donde hay Canónigos Regulares, que eran muy íntimos de él habia ya largo tiempo, á causa de su vida honesta y virtuosa. Aqui fué, donde habiendo traido á su presencia una muger que padecia muchísimo de un Cancro, y que causaba horror al verla, fué sanada enteramente con el agua que él habia bendecido. Pues desde el momento que se echó de esta agua sobre sus llagas, ella no sintió ya dolor alguno, y á la mañana apenas se conocian sus cicatrices. De alli él tomó su camino al Mar, en donde se le negó el paso; y el motivo fué (si yo no me engaño) una cierta diferencia, que habia entre el Papa, y el Rey de Inglaterra, que hacia que este Principe sospechase algo de malo de este Santo Hombre, si él pasaba la Mar, no queriendo tampoco dexar esta libertad á los otros Obispos. Es cierto, que este obstáculo se oponia extremamente á la voluntad de Malachias, mas no á su voto. Él sentia un grande dolor de ver retardar sus designios, porque él no sabia, que por este medio mismo habian de ser cumplidos. En efecto, si él hubiera tenido la libertad de pasar en este tiempo, él hubiera estado precisado á no ir á Claraval, á fin de seguir al Papa que habia partido ya de alli, y que se acercaba á Roma. Pero sucedió por este retardo, que habiéndose dilatado su pasage mas largo tiempo, él tuvo la proporcion de llegar oportunamente al tiempo y al lugar de su dichoso tránsito.

CAPÍTULO XXXI.

Él llega segunda vez á Claraval para morir en el tiempo y en el lugar, que él habia deseado.

70 Nosotros le recibimos como á quien venia verdaderamente de las Partes Occidentales, pero que como

un Sol nos venia á visitar de parte del Altísimo. O ¡con quantos rayos de claridad ilustró de nuevo este Sol nuestro Monasterio de Claraval! O ¡qué dichoso fué para nosotros el dia de su llegada! Este fué el dia que el Señor hizo, dia lleno de gozo, y de alegria. ¿Con qué prontitud no salí yo á recibirle, aunque trémulo y extremamente debilitado? Con qué trasportes de alegria no me eché yo entre sus brazos. ¿Quál fué la alegría de mi corazon al recibir yo esta gracia, que se nos enviaba del Cielo? Ó Padre mio ¿con qué placer no os hize yo entrar en la casa de mi Madre, y en la Cámara de aquella que me engendró? Qué dias dichosos no pasé yo en vuestra compañia, aunque de poca duracion? Ó ¡de quantas satisfacciones por su parte tambien llenó nuestro Huesped á cada uno de nosotros! Él se mostraba afable á todos, con un semblante siempre alegre, y un recibimiento extremamente agradable. Qué bondad, y qué dulzura no manifestaba él á los que venia á visitar desde las extremidades de la tierra, no para oir alli la sabiduría de Salomon, sino para descubrirnosla en su persona? En efecto, nosotros hemos escuchado su sabiduria, nosotros hemos gozado de su presencia, y nosotros la poseemos todavia. Mas, apenas se habian pasado quatro dias de este grande gozo, quando el dia de S. Lucas Evangelista, despues de haber celebrado él la Misa Conventual con aquella grande devocion que era propia en él, fué acometido de un acceso de fiebre, que le postró en la cama, y á nosotros todos nos abatió con él. Entonces toda nuestra alegria fué trocada en tristeza; pero tanto mas moderada, quanto la calentura parecia ser bastante ligera. Hubiérais visto entonces nuestros hermanos ir por uno y por otro lado, para dar, y para recibir. No habia uno que no tuviese un grande consuelo en verle, y todavia mucho mayor en hacerle algun servicio. Lo uno y lo otro era verdaderamente dulce y saludable: era un acto de humanidad el servirle, pero era un grande provecho la gracia, que se recibia de eso. Ninguno queria estar ocioso cerca de él: todos hacian grandes diligencias por rendirle algun servicio: los unos se tomaban el trabajo de buscar los remedios que le eran necesa-

rios

sarios; los otros, de aplicarle los fomentos, y precisarle á tomar algun alimento. "Todo eso, les decia él, es inútil; pero yo quiero con mucho gusto hacer lo que vos me ordenais por la caridad que os tengo." Pues él sabia bien, que el dia de su muerte estaba cercano.

171 Y quando los Religiosos que habian venido con él, le decian con mucha confianza, que no debia desconfiar de vivir, porque todavia no se advertia algun indicio de muerte en él: "Es menester, decia él, que Malachias salga de este cuerpo en este año. Y él añadia: Ved ahi el dia que yo he deseado, como vos sabeis, para el de mi muerte, que ya se acerca. Yo sé en quien he puesto toda mi confianza; y yo estoy seguro de que no seré frustrado de mis deseos, pues yo poseo ya una parte de ellos. Por lo que toca á mi cuerpo, aqui es donde yo he escogido el lugar de mi reposo: en quanto á mi alma, á Dios toca proveer en eso, y él es quien quiere salvar todos los que esperan en él. Es cierto que yo tengo mucha confianza en este dia, en el que los Vivos hacen tan buenos oficios á los fieles Difuntos." Y este dia estaba ya muy próximo, quando él tenia estos discursos. En esto, él ordena, que se le dé la Extrema-Uncion; y habiendo ido la Comunidad á buscarla para traérsela en ceremonia, él no quiso darla el trabajo de subir adonde él estaba, sino que él mismo descendio á la Iglesia. Pues él vivia en el aposento mas alto del Monasterio. Alli habiendo recibido la Uncion, y el Viático Sagrado, se encomendó á las Oraciones de la Comunidad toda, y la Comunidad á Dios: y luego se subió á su lecho. Observad, os ruego, que él baxó por su pie de lo alto del Monasterio, y que volvió á subir alli del mismo modo, aunque él decia, que la muerte estaba enteramente próxima. ¿Quién habria podido creer, que un hombre en este estado hubiera de morir tan presto? Solo Dios, y él lo podian saber. Su rostro no parecia casi nada desfigurado; él no estaba tampoco enflaquecido; él no tenia ni la frente arrugada, ni los ojos undidos: la nariz y los labios no estaban retirados, ni los dientes ennegrecidos: el cuello y las Espaldas estaban en su estado regular, y su cuerpo

no estaba extenuado todavia. Pero la muerte misma no pudo deshacer la gloria de su cuerpo, ni la gloria de su semblante. Estando muerto, él parecia tal como él era durante su vida.

72 Nosotros hemos corrido bastante hasta aqui: mas ahora es preciso detenernos, pues que Malachias consumó su curso. Él se halla al presente en un estado de consistencia; y es menester que nosotros tambien nos fixemos en donde nosotros nos hallamos. Porque, ¿quién es el que correria gustoso á la muerte? Y sobre todo, ¿quién podria, ó Santo Padre, hacer relacion de la vuestra? ¿quién querria escucharla? Sin embargo, como nosotros nos hemos amado durante la vida, no conviene que nos separemos por la muerte misma. Hermanos mios, ¿debemos abandonar nosotros en la muerte aquel por quien nosotros hemos tenido tanto interes durante la vida? Él ha venido corriendo aqui del centro de Escocia, para morir cerca de nosotros: vamos tambien, y moramos nosotros con él. Es menester pues, es menester que nosotros digamos lo que estuvimos precisados á presenciar. La Solemnidad de todos los Santos se celebró con grande alegría de todos: mas, segun el dicho del Sabio (1), *la Música en el luto es una cosa bien importuna.* Nosotros estuvimos alli presentes, y nosotros cantamos, aunque penetrados de pesar: nosotros cantamos llorando, y lloramos cantando. Entretanto, si Malachias no canta, él tampoco llora. ¿Ni como lloraria aquel que se acerca á la alegria esencial? A nosotros que quedamos todavia acabajo, es á quienes por suerte precisa han quedado los llantos. Pero Malachias va á entrar en los gozos eternos, y lo que él no puede hacer corporalmente, lo va á hacer con su alma, segun lo que está escrito (2): *El pensamiento del hombre confesará vuestra gloria, y la memoria continua que le quedará de ella, os hará una fiesta de gozo.* Faltando ya el instrumento del cuerpo, guardando silencio el órgano de la boca, y no haciendo ya su oficio la voz, el alma será á quien tocará solemnizar esta fiesta. Y ¿cómo nuestro Santo no la solemnizaria, pues que él iba

(1) Eccl. 22. 6. (2) Ps. 75. 11.

á entrar en la Solemnidad de los Santos? El no hará sino rendirles lo que bien presto será rendido á él mismo, pues que dentro de poco ha de ser asociado á su compañía.

73 En el Crepúsculo de la tarde, despues que nosotros hubimos celebrado la Solemnidad de este dia, Malachias se habia acercado, no á las tinieblas de la noche, sino al explendor de la aurora; pues que la noche se habia aproximado. En manera, que aumentándose mucho la fiebre, un sudor ardiente que salia de las entrañas, comenzó á difundirse por todo el cuerpo; á fin de que habiendo en algun modo pasado por el fuego y por el agua, llegase al lugar del refrigerio. Entonces se empezó á desconfiar de su vida: cada uno mudó de parecer, y ya no se dudó mas de la verdad, que Malachias habia pronunciado contra sí mismo. Nos llaman á todos, y todos nos pusimos cerca del Moribundo: el qual mirando á todos los Asistentes les dice: "Yo he tenido siempre un grande de»seo de hacer esta Pasqua con vosotros: y yo tengo un gran»de motivo de dar gracias á la Bondad Divina por haber»me concedido lo que yo mas deseaba." Vos veis un hombre que está asegurado de su muerte, y que no estando todavia muerto, está muy asegurado de la vida. Y ciertamente, no hay que admirarse de eso; pues viendo la noche, que él habia esperado, y que en un momento debia ser seguida del dia, como si hubiera triunfado de esta misma noche, parece que él insultaba á estas tinieblas, y que las decia: Yo no diré mas con el Propheta: *Puede ser que las tinieblas me envuelvan, pues que esta noche es para mi una luz que hace todas mis delicias.* "Y consolan»donos dulcemente: Tened cuidado de mi, dice él, y yo »no os olvidaré jamás en quanto me sea permitido: y yo »no dudo de ningun modo que me será permitido, porque »yo he creido en Dios, y todas las cosas son posibles al »que tiene fé. Yo he amado á Dios: yo os he amado tam»bien á vosotros; y la caridad nunca falta. Despues levantan»do los ojos al Cielo: Dios mio, dice él, conservadlos en »vuestro nombre, y no solamente estos, sino tambien to»dos aquellos que se han consagrado á vuestro servicio por

mis palabras, y por mi ministerio." En fin, habiendo puesto las manos sobre cada uno de los Asistentes; y habiendo dado á todos su bendicion, él nos envió á tomar un poco de descanso, porque su hora no habia llegado todavia.

74 Nos fuimos de allí por obedecerle: y volvimos cerca de la media noche, porque á esta hora nos viniéron á decir, que la luz parecia brillar en las tinieblas. Toda la casa se llenó de gente, concurrió toda la Comunidad, y juntamente acudiéron allí otros muchos Abades, que habian venido á visitar á este Santo Obispo; y todos acompañamos á nuestro Amigo, que retornaba á su Patria, con Himnos, Psalmos, y Cánticos espirituales. En fin, el Santo Obispo Malachias, Legado de la Santa Sede Apostólica, habiendo sido sacado como de entre nuestras manos por los Angeles, se dormió en el Señor en el lugar, que él habia escogido, y en el tiempo, que él habia predicho, á los cinqüenta y quatro años de su edad. Y verdaderamente esto fué para él un dulce sueño: y que nos fué representado como tal por la serenidad de su rostro, y por la suavidad de su tránsito. Todos tenian fixados los ojos en él, y ninguno pudo percibir el momento de su muerte: cada uno le creia muerto estando todavia con vida, y vivo todavia despues de su muerte, no habiendo advertido diferencia ninguna en estos dos diversos tiempos de su vida y de su muerte. Tan vivo y tan sereno quedó su rostro despues de su muerte, como acostumbraba estár durante su vida; y al modo de una persona que duerme dulcemente. Hubiérais dicho que la muerte no le habia quitado nada de su natural agrado, sino que, al contrario, ella le habia dado mucho mayor explendor. No hubo en él mutacion: pero él la produxo muy grande en todos los Asistentes: pues suspendiéndose repentinamente de un modo maravilloso los llantos y los suspiros de todos, la tristeza se trocó en alegria, y los cánticos de gozo desterráron los suspiros y las lágrimas. Levantáron el cuerpo, y las voces se levantáron hasta el Cielo, mientras que los Abades le llevaban sobre sus hombros para colocarle en la Iglesia. Se vió aquí la victoria de la fe, y el triunfo del amor. Cada cosa volvió á tomar su primer estado; todo se pasó

con un grande órden, y todo se hizo con mucha razon.

75. Y en efecto, ¿qué razon habia para llorar excesivamente á Malachias, como si su muerte no hubiera sido preciosa; como si ella no hubiera sido mas antes para él un dulce sueño; como si ella no hubiera sido el puerto de la muerte, y la puerta de la vida? Malachías, nuestro íntimo amigo, se regocija: y ¿yo habia de llorar? Estos llantos no pueden encontrar fundamento sino en el uso, mas no en la razon. Si agrada al Señor dar un dulce reposo á su Amado, y un reposo tal como este, que es la herencia del Señor, la recompensa de Hijo, y el fruto de un vientre bendito: ¿qué motivo hay para llorar de un honor tan grande? ¿Qué? ¿es conveniente que yo llore á quien está librado de los llantos? Él se regocija del triunfo, él está admitido en el gozo del Señor, y ¿yo le lloraré en este estado? Bien léjos de eso, yo deseo para mí las mismas ventajas, sin envidiarle, con todo eso, su dicha. Entretanto, se preparan todas las cosas para los funerales: se ofrece por él el Santo Sacrificio de la Misa; todo se cumple segun la costumbre de la Santa Iglesia con una devocion extraordinaria. Y como se hallase de léjos un niño, que tenia un brazo enteramente muerto, y del qual recibia mas incomodidad que servicio, yo hize señal para que se le hiciese arrimar al Difunto, y habiéndole tomado su mano, que estaba del todo seca, yo la hize tocar á la mano de nuestro Santo Obispo; y al momento ella recibió el movimiento y la vida. En efecto, la gracia de las curaciones vivia todavia en nuestro ilustre Difunto, y su mano fué respecto de aquella que estaba muerta, lo que Eliseo respecto del muerto, de quien se habla en el Quarto Libro de los Reyes (1). Este niño habia venido de muy lexos, y volvió á su pais llevando su mano perfectamente sana, habiéndola traido aqui colgando, y sin algun movimiento. En fin, habiendo sido muy bien cumplidas todas las ceremonias del Funeral, Malachias fué enterrado en la Capilla de la Santa Virgen Maria, Madre de Dios, segun habia sido la agradable voluntad de Malachias, el año de la Encarnacion de

(1) 4. Reg. 13. 21.

nuestro Señor mil ciento quarenta y ocho, á quatro de las Nonas del mes de Noviembre. Este es, ó buen Jesus, vuestro depósito, que nos ha sido confiado; este es vuestro tesoro, que se conserva entre nosotros. Nosotros le guardamos para dárosle en el tiempo que Vos juzgáreis oportuno. Mas, nosotros os suplicamos á lo menos, que él no salga de aqui sin aquellos que le han hecho compañía, y que teniendo la dicha de reynar con Vos, y con él por todos los siglos, nosotros tengamos por conductor de una marcha tan dichosa aquel que hemos tenido por Huesped en esta vida. Asi sea.

F I N.

San Bernardo predicó dos Sermones de S. Malachias, que se hallan traducidos al Castellano en el Tomo segundo fol. 375. =